

MENTES PODEROSAS

# NUNCA OLVIDAN

ALEXANDRA BRACKEN

de

Ruby nunca hizo preguntas sobre las habilidades que casi le cuestan la vida, pero ahora debe recurrir a ellas a diario, en peligrosas misiones para derribar un Gobierno corrupto. Los chavales de la Liga la llaman Líder, pero ella sabe mejor que nadie lo que es en realidad: un monstruo.

Cuando le confían un arriesgado secreto, Ruby deberá embarcarse en su misión más peligrosa: partir en busca de la información acerca de la enfermedad que acabó con la vida de los jóvenes estadounidenses y que convirtió a los pocos supervivientes en seres marginados, temidos y odiados. La verdad se encuentra a salvo en un solo lugar: en manos de Liam Stewart, el chico que una vez supuso el futuro soñado para Ruby y que ahora es incapaz de reconocerla.

**¿Y si ganar la guerra significa perderse a sí misma?**



Alexandra Bracken

# **Nunca olvidan**

**Saga: Mentes poderosas - 2**

ePub r1.0  
macjaj 04.06.14

Título original: *Never Fade*  
Alexandra Bracken, 2013  
Traducción: Manuel Manzano  
Diseño de cubierta: Sammy Yuen

Editor digital: macjaj  
ePub base r1.1



*A la memoria de mi padre,  
cuyo amor por la vida y coraje inquebrantable  
siguen inspirándome cada día*

# PRÓLOGO

El sueño apareció por primera vez durante mi segunda semana en Thurmond, y venía a visitarme al menos dos veces al mes. Supongo que tiene sentido que naciera allí, detrás de la valla eléctrica que zumbaba alrededor del campo. Todo en aquel lugar te marchitaba hasta sacarte lo peor de ti, y no importaba cuántos años pasaran, dos, tres, seis. Con aquel uniforme verde, encerrada en la misma rutina monótona, el tiempo se había detenido y traqueteaba como un coche destartado a punto de detenerse para siempre. Sabía que me estaba haciendo mayor, veía atisbos de mi rostro cambiante en las superficies metálicas de las mesas del comedor militar, pero yo no lo sentía así. ¿Quién era yo, y por qué había sido desconectada, quedándome varada en medio de ninguna parte? Me preguntaba si seguía siendo Ruby. En el campo, no tenía un nombre escrito en la parte exterior de la puerta de mi compartimento. Yo era un número: el 3285. Yo era una carpeta en un servidor o simplemente estaba encerrada en un archivador de metal gris. Las personas que me habían conocido antes del campo ahora ya no me reconocían.

Siempre empezaba con el mismo trueno, la misma explosión de ruido. Yo era vieja, estaba retorcida y encorvada y dolorida, de pie, en medio de una calle muy transitada. Puede que fuera en algún lugar de Virginia, de donde era yo, pero había pasado tanto tiempo desde que estuve allí por última vez que no podía decirlo con seguridad.

Los coches pasaban en ambas direcciones por un tramo de carretera oscura. A veces oía el trueno de una tormenta que se acercaba, otras veces el estruendo de los cláxones de los automóviles aumentando cada vez más, y más, y más, a medida que se acercaban. A veces no oía nada en absoluto.

Pero, aparte de eso, el sueño siempre era el mismo.

Un grupo de coches negros idénticos frenaban derrapando hasta detenerse cerca de mí, y luego, tan pronto como levantaba la vista, invertían la dirección. Todo lo hacía. La lluvia se elevaba desde el gomoso asfalto negro, flotando en el aire en forma de perfectas gotas brillantes. El sol se deslizaba hacia atrás a través del cielo, persiguiendo a la luna. Y, a medida que pasaba cada ciclo, podía sentir mi vieja y encorvada espalda estirarse hueso a hueso hasta que me ponía de pie, de nuevo erguida. Al elevar las manos hasta mis ojos, las arrugas y las abultadas venas azuladas se desvanecían, mientras la vejez desaparecía de mi cuerpo.

Y luego las manos se me hacían más y más y más pequeñas. Mi visión de la carretera cambiaba; mi ropa parecía tragarme entera. Los sonidos eran ensordecedores, cada vez más molestos y más confusos. El tiempo corría hacia atrás más deprisa, enmarañándose, estrellándose contra mi cabeza.

Solía soñar con que volvía atrás en el tiempo, para recuperar las cosas que había perdido y la persona que yo era antes.

Pero ya no he vuelto a soñar.

# CAPÍTULO UNO

El hueco de mi brazo presionaba contra la garganta del hombre, apretando mientras las suelas de goma de sus botas empujaban contra el suelo. Clavó las uñas en el tejido negro de la camisa y de los guantes, arañando desesperadamente. Empezaba a faltarle el oxígeno en el cerebro, pero eso no mantuvo a raya los destellos de sus pensamientos. Lo vi todo. Sus recuerdos y pensamientos ardieron al rojo vivo detrás de mis ojos, sin darme tregua, ni siquiera cuando la mente aterrorizada del guardia de seguridad trajo una imagen de sí mismo a la superficie, con los ojos muy abiertos y fijos en el techo del pasillo oscuro. ¿Muerto, tal vez?

Sin embargo, no iba a matarlo. El soldado me pasaba una cabeza entera, y sus brazos eran del tamaño de mis piernas. La única razón por la que había conseguido saltarle encima era porque estaba de espaldas a mí.

El instructor Johnson llamaba a esa llave el Bloqueo de Cuello, y él mismo me había enseñado toda una colección. El Abrelatas, el Crucifijo, la Maniobra de Cuello, la Doble Nelson, el Tornado, el Bloqueo de Muñeca y el Chasquido de Columna, solo por nombrar unos cuantos. Todos los medios por los que yo, una chica de uno setenta de estatura, podía inmovilizar a alguien que me superara físicamente. Suficiente como para no tener que usar un arma.

Ahora el hombre estaba medio alucinando. Deslizarme en su mente fue rápido y fácil; todos los recuerdos y pensamientos que emergieron a la superficie de su conciencia se tiñeron de negro. El color sangraba a través de ellos como una mancha de tinta sobre papel mojado. Y fue entonces, solo después de haberme introducido en él, cuando aflojé mi brazo en su cuello.

Probablemente eso no era lo que se esperaba cuando salió por la entrada lateral oculta de la tienda para fumarse un cigarrillo.

El mordisco del aire gélido de Pensilvania había enrojecido las mejillas brillantes debajo de la barba pálida de aquel hombre. Dejé escapar un solo resoplido de aliento caliente desde detrás de la máscara de esquí y me aclaré la garganta, con plena conciencia de los diez pares de ojos fijos en mí. Mis dedos temblaban mientras se deslizaban a través de la piel del hombre, que olía a humo rancio y a los chicles de menta que usaba para tratar de ocultar su mala costumbre. Me incliné hacia delante, presionando dos dedos contra su cuello.

—Despierta —le susurré.

El hombre se esforzó en abrir sus ojos grandes e infantiles. Algo en mi estómago se encogió.

Miré por encima del hombro al equipo táctico detrás de mí, que contemplaba la escena en silencio, los rostros invisibles detrás de sus máscaras.

—¿Dónde está el Prisionero 27? —le pregunté.

Estábamos fuera de la línea de visión de las cámaras de seguridad; razón, supongo, por la que aquel soldado se había sentido lo suficientemente seguro como para salir a tomarse un descanso no programado. Pero yo estaba más que ansiosa por terminar aquella parte.

—¡Date prisa! —dijo Vida a mi lado, con los dientes apretados.

Me temblaron las manos mientras una oleada de calor me subía por la espalda cuando el líder del

equipo se puso justo detrás de mí. Pero no me dolió como solía hacerlo. No me estrujó, retorciéndome la mente en nudos de puro dolor. En cambio, me hizo sensible a los fuertes sentimientos de alguien que se encontraba cerca de mí, junto a la repulsión de aquel hombre. Su odio negro, negro.

Con el rabillo del ojo pude ver el pelo oscuro de Rob. De sus labios estaba a punto de salir la orden de seguir adelante sin mí. De las tres operaciones en las que había participado con él como líder, yo solo había sido capaz de terminar una.

—¿Dónde está el Prisionero 27? —repetí, espoleando los pensamientos del soldado con mi propia mente.

—El Prisionero 27.

Cuando repitió las palabras, un rictus le crispó su poblado bigote. Las canas le hacían parecer mucho más viejo de lo que realmente era. El archivo de la misión que nos habían encomendado en el cuartel general incluía información sobre todos los soldados asignados a este búnker, también sobre este, un hombre llamado Max Brommel. Edad cuarenta y un años, originario de Cody, Wyoming. Se mudó a Pittsburgh, Pensilvania, para trabajar de programador; perdió el puesto cuando se estancó la economía. Una buena esposa, actualmente sin trabajo. Dos hijos.

Ambos muertos.

Una tormenta de imágenes turbias inundó cada rincón oscuro y cada grieta de su mente. Vi a una docena de hombres, todos vestidos con el mismo uniforme de camuflaje y saltando fuera de la parte trasera de una camioneta, y a varios más saliendo de los Humvees<sup>[1]</sup> que escoltaban a los vehículos más grandes, llenos de delincuentes, sospechosos de terrorismo, y, si lo que nos había comunicado el de inteligencia de la Liga de los Niños era correcto, a uno de nuestros mejores agentes.

Vi, ahora con más calma, a esos mismos soldados sacar a uno... dos..., no, tres hombres de la parte trasera del camión. No eran oficiales de las Fuerzas Especiales Psi ni del FBI ni de la CIA, y definitivamente no era un equipo del SWAT o de los SEAL, que probablemente podrían haber aplastado nuestra pequeña fuerza con un golpe rápido. No, eran soldados de la Guardia Nacional, llamados de nuevo al servicio activo debido a los terribles tiempos que corrían; nuestra inteligencia había, al menos, acertado con eso.

Los soldados ajustaron firmemente las capuchas sobre las cabezas de los prisioneros, y luego los obligaron a bajar las escaleras de la tienda abandonada hasta la puerta metálica corredera del búnker que se ocultaba debajo.

Después de que gran parte de la ciudad de Washington fuera destruida por lo que el presidente Gray afirmó que era un grupo de retorcidos niños Psi, tuvo especial cuidado en construir estas llamadas minifortalezas por toda la costa por si se daba otra emergencia de esa magnitud. Algunos búnkeres se construyeron debajo de hoteles, otros en las laderas de las montañas, y algunos, como este, estaban ocultos a la vista en pequeños pueblos, en tiendas o edificios gubernamentales. Eran para la protección de Gray, para la protección de su gabinete y para la de importantes funcionarios militares, y, al parecer, para encarcelar a «amenazas de alto riesgo para la seguridad nacional».

Incluyendo nuestro propio Prisionero 27, que parecía estar sometido a algún tratamiento especial.

Su celda estaba al final de un largo pasillo, dos pisos más abajo. Era una habitación de techo bajo, solitaria y oscura. Las paredes parecían gotear a mi alrededor, pero el recuerdo se mantuvo estable. Todavía llevaba la capucha, y le habían atado los pies a las patas de la silla metálica que había en el centro de la celda, bajo el halo de luz de una bombilla desnuda.



Me retiré de la mente del hombre, liberándolo a él y a mí misma de mi presa física y mental. Se deslizó hasta el suelo por el grafiti en la pared de la lavandería abandonada, todavía bajo las garras de la niebla de su propio cerebro. Borrarle de la memoria mi cara y las de los hombres detrás de nosotros en el callejón era como sacar las piedras del fondo de un estanque claro, poco profundo.

—Dos pisos más abajo, sala Cuatro B —dije, volviéndome hacia Rob.

Teníamos un esbozo esquemático de la disposición del búnker, pero nada en cuanto a los pequeños detalles de dirección; no íbamos a ciegas, pero no es que estuviéramos moviéndonos por aquel espacio con mucha precisión. Sin embargo, el diseño básico de aquellos búnkeres siempre era el mismo. Una escalera o un ascensor que bajaba por un extremo de la estructura y un largo pasillo que derivaba desde allí hacia cada nivel.

Levantó una mano enguantada, interrumpiendo el resto de mis instrucciones y señalando al equipo detrás de él. Yo le di el código que había extraído de la memoria del soldado: 6-8-9-9-9-9-<sup>\*</sup> y me aparté, tirando de Vida hacia mí. Ella me empujó hacia el soldado más cercano, gruñendo.

No podía ver los ojos de Rob detrás de sus gafas de visión nocturna cuando brilló la luz verde, pero no lo necesité para poder leer sus intenciones. No había pedido que viniéramos, y estaba claro que no nos quería por allí porque él —un ex Ranger del ejército, como le encantaba recordarnos— podría haber manejado todo esto fácilmente con un puñado de sus hombres. Más que nada, creo que estaba furioso porque después de todo tenía que hacerlo. La política de la Liga era que, si te capturaban, quedabas automáticamente desautorizado. Y nadie vendría a por ti.

Si Alban quería que este agente volviera, es que tenía una buena razón para ello.

El reloj se puso en marcha en el momento en que se abrió la puerta. Quince minutos para entrar, agarrar al Prisionero 27, y largarnos de allí bien lejos y a toda velocidad. Sin embargo, ni siquiera sabíamos si disponíamos de tanto tiempo. Rob solo había estimado cuánto tiempo tardarían en llegar los de apoyo una vez se activaban las alarmas.

La puerta se abrió a la escalera de la parte trasera del búnker. Sumida en la penumbra, bajaba en espiral, sección por sección, con solo unas pocas luces en los escalones de metal para guiarnos. Oí a uno de los hombres cortar el cable de la cámara de seguridad de la pared, por encima de nosotros, noté la mano de Vida que me empujaba hacia delante, pero tardé mucho, demasiado, en conseguir que mis ojos se acostumbraran. Restos de los productos químicos de la lavandería flotaban en el aire seco reciclado, quemándome los pulmones.

Entonces, empezamos a movernos. Rápido, y tan silenciosamente como un grupo de personas calzadas con pesadas botas militares puede bajar tronando por un tramo de escaleras.

Me zumbaba la sangre en los oídos cuando Vida y yo llegamos al primer rellano. Seis meses de entrenamiento no era mucho tiempo, pero había sido suficiente para enseñarme a cómo mantener alrededor de mi núcleo la ya familiar armadura de mayor concentración.

Algo duro se estrelló contra mi espalda, después algo todavía más duro, un hombro, una pistola, y luego otra, y más, hasta que la cosa adoptó un ritmo tan constante que me veía obligada a presionar contra la puerta del rellano del búnker para evitar los golpes. Vida dejó escapar un ruido fuerte cuando el último del equipo pasó por delante de nosotros. Solo Rob se fijó en nosotras y se detuvo para hablarnos.

—Cubridnos hasta que hayamos terminado, y luego monitoread la entrada. Ahí mismo. No

abandonéis vuestra posición.

—Se supone que nosotras... —comenzó a decir Vida.

Di un paso hacia ella, interrumpiéndola. No, esto no era lo que marcaban los parámetros de operaciones, pero era mejor para nosotras. No había razón alguna para que los siguiéramos por el búnker y, potencialmente, hacer que nos mataran. Y ella sabía —nos lo habían taladrado en el cráneo un millón de veces— que esta noche Rob era líder. Y la primera regla, la única que importaba cuando llega el momento en que el corazón se te sale del pecho de puro terror, era que siempre, incluso frente a un incendio o a la muerte o la captura, siempre, hay que seguir al líder.

Vida estaba detrás de mí, lo suficientemente cerca como para que notara su aliento caliente a través del grueso pasamontañas negro de lana. Lo suficientemente cerca como para que la furia que irradiaba cortara el aire helado de Filadelfia. Vida siempre irradiaba una especie de ímpetu sanguinario, más aún cuando Cate era el líder de una Operación; la excitación por probarse a sí misma ante nuestra cuidadora siempre había hecho que desaprovechara las mejores lecciones de su formación. Esto era un juego para ella, un reto, una ocasión para poder demostrar su perfecta puntería, su entrenamiento de combate, sus poderes, propios de los Azules. A mí me parecía más bien una oportunidad perfecta para conseguir que la matasen. A los diecisiete años, Vida podía haber sido la alumna perfecta, el estándar en el que la Liga podría haber reflejado el resto de sus hijos anormales, pero lo único que contaba era que nunca había sido capaz de dominar su propia adrenalina.

—No vuelvas a tocarme, zorra —gruñó Vida en voz baja, furiosa, y empezó a retroceder para seguirlos por las escaleras—. ¿Eres una maldita cobarde que te vas a quedar aquí quietecita? ¿No te importa que nos haya faltado al respeto? Tú...

La escalera vibró bajo mis pies, como si respirara profundamente solo para dejar salir la explosión inmediatamente después. La detonación pareció detener el tiempo, salí volando, lanzada con tanta fuerza contra la puerta que pensé que me fracturaba el cráneo. Vida se estrelló contra el suelo, y se cubrió la cabeza, y fue solo entonces cuando el rugido de la granada de conmoción llegó hasta nosotros, ya que voló en pedazos la entrada de debajo.

El humo y el calor eran lo bastante densos como para someterme por completo, pero la desorientación era mucho peor. Cuando me obligué a abrir los ojos, noté los párpados como si me hubieran arrancado la piel a tiras, en carne viva. Una luz carmesí pulsaba a través de la oscuridad, abriéndose paso entre las nubes de escombros de cemento. Un intenso palpitar me retumbaba en los oídos, pero no eran los latidos de mi corazón. Era la alarma.

¿Por qué habían utilizado la granada cuando sabían que el código para esa puerta sería el mismo que el de fuera? No habían sonado disparos, estábamos tan cerca que habríamos oído al equipo táctico cargando sus armas. Ahora todo el mundo sabría que estábamos allí, y eso no tenía sentido tratándose de un equipo de profesionales.

Me arranqué la máscara de la cara, arañándome la oreja derecha. Sentía un dolor agudo y punzante y la unidad de comunicaciones se desprendió en pedazos. Apreté la mano enguantada contra ella cuando cayó a mis pies, sintiendo una oleada de náuseas tras otra. Pero cuando me volví para buscar a Vida, para arrastrarla por las escaleras hacia la noche helada de Pensilvania, ya se había ido.

Aterrorizada y con los latidos del corazón retumbándome en el pecho busqué su cuerpo a través del

hueco de la escalera; vi al equipo táctico pasar al otro lado. Me apoyé en la pared, tratando de mantenerme en pie.

—¡Vida! —Oí la palabra salir de mi garganta, pero desapareció bajo el zumbido en mis oídos—. ¡Vida!

La puerta del rellano estaba destrozada, abollada, chamuscada, pero al parecer todavía funcionaba. Crujió y comenzó a abrirse, solo para bloquearse a mitad de camino con un chirrido horrible. Retrocedí hacia la pared, subiendo dos peldaños por las escaleras rotas. La oscuridad me ocultó con su manto cuando el primer soldado se deslizó a través de la puerta, balanceando el arma de fuego en el estrecho espacio. Respiré profundamente y me puse en cuclillas. Tardé tres parpadeos en aclarar la visión, y, para entonces, los soldados ya cruzaban la puerta, saltaban por encima del agujero irregular en la plataforma del rellano y continuaban por las escaleras. Vi a cuatro, luego a cinco, luego a seis, tragados por el humo. Una serie de extraños estallidos y zumbidos parecía seguirlos, y no fue hasta que me puse de pie, deslizando el brazo por encima de mi cara, cuando me di cuenta de que abajo había un tiroteo.

Vida se había ido, el equipo táctico estaba ahora metido en un avispero de su propia creación, y el Prisionero 27...

«Maldita sea», pensé, moviéndome hacia el rellano. Habitualmente había unos veinte o treinta soldados en la dotación de personal de estos búnkeres. Eran demasiado pequeños para albergar a más, ni siquiera temporalmente. Pero, solo porque el pasillo estuviera vacío, no significaba que el tiroteo de abajo hubiera concentrado toda su atención. Si me atrapaban, eso sería todo. Estaría acabada, muerta, de una manera u otra.

Pero estaba ese hombre que había visto, el que llevaba la capucha sobre la cabeza.

No sentía ninguna lealtad particular hacia la Liga de los Niños. Había un contrato entre nosotros, un extraño acuerdo verbal tan formal como sangriento. Aparte de mi propio equipo, no tenía a nadie por quien preocuparme, y ciertamente no había nadie que se preocupara por mí más allá del mínimo indispensable para mantenerme viva y disponible para atacar a sus objetivos como un virus.

Mis pies no se movían, no todavía. Había algo en esa escena que se repetía una y otra vez en mi mente. Era la forma en que le habían atado las manos, en cómo se habían llevado al Prisionero 27 hacia la desconocida oscuridad del búnker. Era el brillo de las armas, la improbabilidad de escapar. Sentí que la desesperación crecía en mi interior como una nube de vapor, esparciéndose a través de mi cuerpo.

Sabía qué se sentía al ser un prisionero. Sabía qué era sentirte capturada por el tiempo y que cada día perdieras un poco más de esperanza de que la situación cambiara, de que alguien viniera a ayudarte. Y pensé que, si uno de nosotros podía simplemente llegar hasta él para demostrarle que estábamos allí, antes de que fallara el Operativo, valdría la pena el intento.

Pero no había manera segura de avanzar hacia abajo, y el fuego cruzado estaba haciendo esos estragos de los que solo son capaces las armas automáticas. El Prisionero 27 sabía que allí hubo alguien, y también que no habían sido capaces de llegar hasta él. Tuve que librarme de esa compasión. Tenía que dejar de pensar en que aquellos adultos merecieran ningún tipo de piedad, especialmente los agentes de la Liga. Para mí, incluso los nuevos reclutas apestaban a sangre.

Si me quedaba aquí, justo donde Rob me había ordenado, nunca podría encontrar a Vida. Pero si me iba y le desobedecía, se pondría furioso.

«Tal vez él quería que estuviera aquí de pie cuando se produjo la explosión —me susurró una vocecita en el fondo de mi mente—. Tal vez él esperaba que...».

No, no iba a pensar en eso ahora. Vida era mi responsabilidad. No Rob, no el Prisionero 27. Maldita Vida la víbora. Cuando yo estuviera fuera de aquí, cuando encontrara a Vida, cuando ambas estuviéramos seguras de vuelta en el cuartel general, valoraría de nuevo la situación en mi mente. No ahora.

Mis oídos todavía zumbaban con su propio pulso, demasiado fuerte para poder escuchar los fuertes pasos procedentes del puesto de vigilancia en la lavandería. Literalmente, chocamos el uno contra el otro cuando mi mano rozó la puerta exterior.

Aquel soldado era muy joven. Si solo me fijara en las apariencias, habría pensado que tenía un par de años más que yo. Ryan Davidson, me dictó mi cerebro, haciendo emerger todo tipo de información inútil desde el archivo de la misión. Nacido y criado en Tejas. Guardia Nacional desde que su colegio había cerrado. Estudiante de historia del arte.

Sin embargo, una cosa era tener la vida de alguien impresa en nítidas letras negras, y otra tenerla frente a ti. Era algo completamente distinto a encontrarse cara a cara con la carne y la sangre. Era distinto a notar el olor caliente de su respiración y ver el pulso en su garganta.

—¡A... alto! —exclamó mientras sacaba la pistola, pero le lancé una patada a la mano y envié el arma dando tumbos por el rellano hasta caer escaleras abajo. Ambos nos lanzamos a por ella.

Me golpeé con la barbilla en el metal plateado, y el impacto me sacudió el cerebro. El dolor me cegó durante un segundo, pero entonces vi un prístino destello blanco frente a mis ojos. Y después todo se volvió de color blanco brillante. El dolor empezaba a disiparse cuando el soldado se lanzó encima de mí y me golpeó contra el suelo, haciendo que me clavara los dientes en el labio inferior y se me abriera una brecha. La sangre salió a borbotones, salpicando por el hueco de la escalera.

El guardia me inmovilizó en el suelo con todo su peso. En el instante en que sentí que cambiaba de posición, supe que estaba cogiendo su radio. Pude escuchar la voz de una mujer que decía: «Informe de estado» y «voy a subir», y darme cuenta de lo jodida que estaría si cualquiera de aquellas dos cosas sucedía de verdad me sumió en ese estado que al Instructor Johnson le gustaba definir como un pánico controlado.

Pánico, porque la situación parecía intensificarse rápidamente.

Controlado, porque en aquel contexto yo era la depredadora.

Yo tenía una mano sobre el pecho, y la otra entre mi espalda y su estómago. Usé esta última. Palpé su uniforme lo mejor que pude, en busca de la piel desnuda. Los dedos invisibles de mi cerebro se extendieron por su cabeza y abrieron su camino, uno cada vez. Se deslizaron a través del recuerdo de la expresión de sorpresa de mi rostro detrás de la puerta, de las imágenes azules y cambiantes de mujeres bailando en escenarios con poca luz, de un campo, de otro hombre lanzándole un puñetazo...

Entonces, el peso se aflojó, y el aire, frío y rancio, inundó de nuevo mis pulmones. Me di la vuelta sobre mis manos y rodillas, jadeando en busca de más. La figura que ahora estaba de pie junto a mí había arrojado al soldado por las escaleras como si fuera una bola de papel arrugado.

—¡Arriba! Tenemos que...

Las palabras sonaban como si se pronunciaran debajo del agua. Si no hubiera sido por los mechones de cabello de color violeta intenso que sobresalían por debajo de su máscara de esquí,

probablemente no habría reconocido a Vida. Su camisa oscura y sus pantalones estaban rotos, y parecía cojear un poco, pero estaba viva, y allí, y parecía que de una sola pieza. Oí su voz a través del sonido ahogado en mis oídos.

—¡Por Dios, qué lenta eres! —me gritó ella—. ¡Vamos!

Empezó a bajar las escaleras, pero le agarré del cuello de su chaleco de Kevlar y tiré de ella hacia atrás.

—Vamos afuera. Vamos a cubrir la entrada. ¿Tu comunicador sigue funcionando?

—¡Todavía están luchando allá abajo! —gritó—. ¡Podemos serles útiles! ¡Dijo que no abandonáramos nuestra posición!

—¡Entonces considéralo una orden mía!

Y tenía que hacerlo, porque esa era la forma en que esto funcionaba. Eso era lo que ella más odiaba de mí, de todo esto, que tenía el voto decisivo. Que tenía que hacer esa llamada.

Escupió a mis pies, pero oí cómo me seguía escaleras arriba, maldiciendo entre dientes. Se me ocurrió que en ese momento bien podría sacar su cuchillo y clavármelo en la columna vertebral.

Era evidente que el soldado que me encontré fuera no me estaba esperando. Levanté una mano, para apartar las suyas e impedir que él pudiera moverlas, pero el sonido de los disparos del arma de Vida por encima de mi hombro me hicieron apartarme del soldado mucho más rápidamente que las salpicaduras de sangre de su cuello.

—¡Nada de esa mierda! —exclamó Vida, levantando el arma y plantándomela en la palma de la mano—. ¡Vamos!

Mis dedos se curvaron alrededor de su forma familiar. Era la típica arma de servicio, una SIG Sauer P229 DAK negra, que todavía, después de meses de aprender a dispararla, limpiarla y desmontarla y montarla, notaba demasiado grande en mis manos.

Salimos a la noche. Traté de agarrar a Vida de nuevo para frenarla antes de que se encontrara con una situación a ciegas, pero se desembarazó de mí con un gesto rápido. Empezamos a correr por el estrecho callejón.

Alcancé la esquina justo a tiempo para ver a tres soldados, chamuscados y sangrando, sacando a rastras a dos figuras encapuchadas por lo que parecía ser nada menos que la boca de una alcantarilla de la calle. Ese punto de acceso sin duda no estaba en las carpetas que nos dieron los de operaciones.

¿Sería el Prisionero 27? No podía estar segura. Los prisioneros que estaban metiendo en la furgoneta eran hombres de la misma altura, así que aún existía una posibilidad. Y esa posibilidad estaba a punto de entrar en una furgoneta y alejarse para siempre.

Vida se llevó una mano a la oreja, y apretó los labios hasta que se le pusieron blancos.

—Rob dice que quiere que volvamos dentro. Necesita apoyo.

Ella ya se estaba transformando cuando la agarré de nuevo. Por primera vez, yo había sido solo ese poquito más rápido.

—Nuestro objetivo es el Prisionero 27 —le susurré, tratando de expresarlo de una manera que me permitiera conectar con su estúpidamente leal sentido del deber para con la organización—. Y creo que ese es él. Para esto es para lo que nos envió Alban, y, si se nos escapa, toda la Operación se habrá fastidiado.

—Él —protestó Vida, y se tragó cualquier palabra que fuera a salir de sus labios. Apretó la mandíbula, pero asintió con un casi imperceptible gesto de la cabeza—: No tendrán mi culo si nos

hundes. Que te quede claro.

—Todo será culpa mía —le dije—, no hay nada contra ti.

Ninguna mancha en su prístino historial de operaciones, ninguna cicatriz en la confianza que Alban y Cate habían depositado en ella. En esta situación ella saldría ganando de todos modos, ya fuera consiguiendo la «gloria» del éxito de la Operación o viéndome castigada y humillada.

Mantuve los ojos en la escena que se desarrollaba delante de nosotros. Había tres soldados, abatibles con las armas, pero para salirme con la mía necesitaba acercarme lo suficiente para tocarlos. Ese era el único límite frustrante para mis poderes que todavía no había sido capaz de superar, sin importar lo mucho que la Liga me hubiera forzado a practicar.

Los dedos invisibles que vivían dentro de mi cráneo se agitaban con impaciencia, como si estuvieran disgustados por no poder salir por su cuenta.

Me quedé mirando al soldado más cercano, tratando de imaginar los dedos serpenteando, extendiéndose por el asfalto, llegando a su mente desprevenida. Pensé que Clancy podía hacer eso. Él no tenía necesidad de tocar a la gente para obtener el control de sus mentes.

Me tragué un grito de frustración. Necesitábamos algo más. Una distracción, algo que pudiera...

Vida tiene una espalda tan fuerte y unas extremidades tan ágiles que hacen que incluso sus actos más peligrosos parezcan elegantes y fáciles. La vi levantar la pistola, estabilizarla, apuntar.

—¡Poderes! —le susurré—. ¡Vida, nada de armas, o alertarás a los demás!

Me miró como si se me estuviera saliendo el cerebro por la nariz. Abatirlos de un disparo era una solución rápida, y ambas éramos muy conscientes de eso, pero si fallaba y alcanzaba a uno de los prisioneros, o si ellos empezaban a disparar también...

Vida levantó la mano, y dio un único resoplido, irritada. Luego agitó ambas manos en el aire. Los tres soldados de la Guardia Nacional fueron alcanzados con tanta precisión y fuerza que salieron volando hasta la mitad de la manzana, y se estrellaron contra los coches aparcados allí. Por si no era suficiente que Vida fuera físicamente más rápida o más fuerte o tuviera mejor puntería que todos nosotros, también tenía un mayor y mejor control sobre sus poderes.

Dejé que la parte de mi cerebro que se ocupaba de los sentimientos se apagara. La habilidad más valiosa que me había enseñado la Liga de los Niños fue deshacerme del miedo y reemplazarlo por algo que era infinitamente más frío. Llámalo calma, llámalo concentración, llámalo nervios entumecidos, pero eso es lo que hice incluso cuando la sangre me hervía en las venas mientras corría hacia los prisioneros.

Olían a vómito, a sangre y a suciedad humana. Tan diferente de las estancias limpias y ordenadas del búnker y su olor a lejía. Me dio un vuelco el estómago.

El prisionero más cercano se acurrucó cerca de la cuneta, los brazos atados por encima de la cabeza. Su camisa colgaba a jirones de los hombros, destacando ronchas y quemaduras y contusiones que hacían que su espalda se pareciera más a un plato de carne cruda.

El hombre se volvió al oír el sonido de mis pies, levantó el rostro de la seguridad de sus brazos. Arranqué la capucha de su cabeza. Iba a decirle algunas palabras de consuelo, pero al verlo mi boca se desconectó de mi cerebro. Los ojos azules entrecerrados bajo una mata de pelo rubio desaliñado, pero yo no podía hacer nada, no podía decir nada, no cuando él se inclinó más hacia la pálida luz amarilla de la farola.

—¡Muévete, idiota! —gritó Vida—. ¿Por qué te paras?

Sentí como si hasta la última gota de sangre abandonara mi cuerpo de repente, rápida y limpiamente, como si me hubieran disparado al corazón. Y entonces supe, comprendí, por qué Cate había insistido tanto en que me reasignaran a una misión diferente, por qué me habían dicho que no entrara en el búnker, por qué no me habían dado ninguna información sobre el prisionero. Ni un nombre, ni una descripción, y ciertamente ninguna advertencia.

El motivo era que el rostro que estaba viendo ahora, más delgado, más marcado, y maltratado, era un rostro que yo conocía... que yo... que...

«Él no», pensé, sintiendo que el mundo se tambaleaba bajo mis pies. «Él no».

Al ver mi reacción se puso en pie lentamente y me mostró una sonrisa pícaro que luchaba contra una mueca de dolor. Se esforzó hasta erguirse y se tambaleó hacia mí, parecía roto, pensé, entre el alivio y la urgencia. Pero su acento del sur era tan cálido como siempre, aunque su voz era más profunda, más áspera, cuando por fin habló.

—¿Estoy tan guapo... como creo?

Y juro, juro que sentí que el tiempo se desvanecía.

## CAPÍTULO DOS

Así es como buscas a la Liga de los Niños: no la buscas.

No preguntas por ahí, porque no hay alma viva en Los Ángeles que admitiera jamás que esa organización existe y que sirve para sacarle las castañas del fuego al presidente Gray. Tener la Coalición Federal ya era bastante malo para sus negocios. Los que podrían decirte cómo dar con la Liga cobraban solo por toser un precio demasiado alto para la mayoría de las personas. No existía una política de puertas abiertas, no había cita previa. Había órdenes de deshacerse incluso de cualquiera que le echara una mirada de reojo a un agente.

La Liga te encuentra a ti. Ellos te meten dentro, si eres lo bastante valioso. Si luchas. Eso fue lo primero que aprendí sentada al lado de Cate cuando... o por lo menos fue el primer pensamiento real que se solidificó en mi mente... cuando el todoterreno en el que íbamos embocó a toda velocidad la recta final de la autovía, en dirección hacia el corazón de la ciudad.

Su base principal de operaciones, el cuartel general, como todo el mundo lo llama, estaba enterrado dos pisos por debajo de una fábrica de botellas de plástico que seguía en funcionamiento, contribuyendo con su propio granito de arena a la congestión de neblina marrón que flotaba por todo el distrito de almacenes del centro de Los Ángeles. Muchos de los agentes de la Liga y altos funcionarios «trabajaban» para Embotellados P & C, Inc., en el papel.

Mantuve las manos apretadas en mi regazo. Al menos en Thurmond podíamos ver el cielo. Había visto árboles a través de la cerca eléctrica. Ahora ni siquiera tenía eso, no hasta que la Liga decidiera si se me permitía moverme por encima del nivel del suelo y mirar.

—Es propiedad de Peter Hinderson. Probablemente lo veremos en algún momento. Él ha sido un firme defensor de los esfuerzos de la Liga desde el principio.

Cate se recogió el pelo en una cola de caballo cuando el coche giró hacia lo que parecía otro más de los muchos garajes de la zona. Así era la ciudad, descolorida bajo los tonos del atardecer y el cemento.

—Construyeron el cuartel general con su ayuda. La estructura se encuentra directamente debajo de la fábrica, por lo que, si los satélites intentaran dar con nosotros, los rastros de calor que puedan registrar procedentes de nuestro sistema de ventilación son directamente atribuibles a la actividad de la fábrica.

Ella sonaba increíblemente orgullosa de aquello, y a mí, sinceramente, no podría importarme menos. El horrible viaje en avión desde Maryland había competido con el mareo que me produjo recorrer el aeropuerto y con el hedor implacable a gasolina que emergía de la ciudad, cosa que me produciría el mayor y más cegador dolor de cabeza de mi vida. Cada poro de mi piel sufría y echaba de menos el aire dulce y limpio de Virginia.

Los demás agentes saltaron de su coche, y el parloteo y las risas cesaron de inmediato cuando nos descubrieron. Me habían estado mirando fijamente durante todo el vuelo. Al parecer, no habían necesitado ningún otro tipo de entretenimiento, más que tratar de averiguar por qué yo era lo suficientemente importante para Cate como para que esta hubiera ordenado una operación de



búsqueda para dar conmigo. Las palabras que les invadían la mente flotaban hacia mí como pequeños veleros de juguete en un estanque: «espía», «fugitiva», «Roja». Todas equivocadas.

Nos quedamos atrás mientras los otros agentes avanzaban hacia el ascensor plateado en el otro extremo del aparcamiento, sus pasos resonando en el cemento pintado. Cate fingió que invertía mucho tiempo en sacar nuestras cosas del maletero, haciendo cada movimiento dolorosamente lento, perfectamente coreografiado, para darles una ventaja sobre nosotras. Estreché el abrigo de cuero de Liam contra mi pecho hasta que fue nuestro turno.

Cate pulsó algún tipo de tarjeta de identificación contra el panel negro de acceso al lado de las puertas del ascensor. Eso lo mandó de nuevo hacia nuestra planta. Di un paso adelante, y me metí dentro manteniendo la mirada en el techo hasta que las puertas se abrieron de nuevo y nos encontramos con una pared de aire denso y húmedo.

Antiguamente debió de ser un desagüe. Bueno, no. A juzgar por las ratas, y el olor acre, y la ventilación débil, casi sin duda había sido un colector de aguas pluviales o una cloaca. Nuestro movimiento accionó una especie de detector de movimiento, porque al salir del ascensor dos hileras tristes de diminutas bombillas que colgaban a lo largo de las dos paredes se encendieron, iluminando ráfagas brillantes de grafitis y charcos de agua en el suelo de cemento que goteaba con fuerza del techo.

Me quedé mirando a Cate, esperando el remate del chiste de lo que evidentemente era una broma pesada. Pero ella simplemente se encogió de hombros.

—Sé que no es un lugar... hermoso, pero aprenderás a... Bueno, en realidad a nadie le gusta este sitio. Ya te acostumbrarás después de entrar y salir de aquí unas cuantas veces.

«Genial». Qué cosa tan fascinante, para esperarla con impaciencia.

Recorrer una sección respirando aquel aire húmedo y mohoso del Tubo era suficiente para revolver el estómago de una persona, y al traspasar las cuatro secciones se llegaba a los límites de la resistencia humana. Los pasillos eran lo suficientemente altos como para que la mayoría de nosotros pudiéramos caminar erguidos, aunque algunos agentes más altos —Rob incluido— tenían que agacharse para pasar por debajo de cada una de las vigas metálicas que sostenían los techos. Las paredes se curvaban a nuestro alrededor como líneas de expresión alrededor de la boca, sumiéndonos en la penumbra. El Tubo no tenía ningún lujo, pero era lo suficientemente amplio para que dos de nosotros pudiéramos caminar uno al lado del otro. Había espacio para respirar.

Cate levantó la mirada y saludó a una de las cámaras negras al pasar por debajo, en dirección a las puertas plateadas del otro extremo del Tubo.

No sé qué había en aquella visión que me hizo volver atrás. La finalidad de la misma, tal vez. La plena realización de lo mucho que tendría que trabajar, lo cuidadosa y paciente que tendría que ser para darle a Liam tiempo para llegar a un lugar donde no pudieran tocarle, hasta que yo pudiera largarme de aquí.

El panel de acceso sonó tres veces antes de emitir un destello verde. Cate devolvió la tarjeta de identificación a su cinturón, el sonido de su suspiro de alivio se perdió bajo el silbido del aire tratado que salió ondeando por las puertas.

Me aparté antes de que pudiera tomarme del brazo, obsequiosa ante su sonrisa amable.

—Bienvenida al cuartel general, Ruby. Antes de que hagas el tour completo, me gustaría que conozcas a algunas personas.

—Está bien —murmuré.

Fijé la mirada en la pared del largo pasillo, donde había clavados cientos de papeles amarillentos. No había nada más que ver, las baldosas eran de un negro brillante, y no había más luz que la que salía de los largos tubos fluorescentes que colgaban por encima de nuestras cabezas.

—Son notas de comunicación de los agentes —dijo Cate mientras caminábamos.

El reclutamiento obligatorio impuesto por Gray siguiendo la estela de la crisis significaba que todo el mundo de menos de cuarenta sería llamado en algún momento para servir al país, ya fuera como fuerzas de paz con la Guardia Nacional, con las patrullas fronterizas, o para encargarse del cuidado de niños con poderes en campamentos como las FEP (las Fuerzas Especiales Psi). La primera oleada de reclutas involuntarios estaba formada sobre todo por veinteañeros, demasiado viejos para haber sido afectados por la ENIAA (la enfermedad neurodegenerativa idiopática aguda en adolescentes) y demasiado jóvenes para haber perdido a sus hijos.

—Muchos de los agentes que tenemos aquí son exmilitares, como Rob —dijo mientras caminábamos—. Y muchos de nosotros somos civiles que nos unimos porque creíamos de verdad en la misión de Alban, o porque tratamos de conseguir un poco más de información sobre lo que les estaba pasando a nuestros hijos o hermanos. Hay más de trescientos agentes activos, con un centenar de operaciones monitorizadas en el cuartel general, de adiestramiento, o trabajando en nuestra tecnología.

—Y ¿cuántos niños?

—Veintiséis, Martin y tú incluidos. Seis equipos de cuatro, cada uno asignado a un agente, a un Cuidador, como nos llama Alban. Entrenarás con el resto de mi equipo, y, con el tiempo, te enviarán a realizar operaciones tácticas.

—¿Y la Liga los sacó a todos de los campamentos? —le pregunté.

Tuvo que usar de nuevo su identificación en la siguiente puerta.

—Tal vez a cuatro, como máximo, en los cinco años de existencia de la Liga. Ya verás, estos niños vienen de todas partes del país. A algunos, como Vida y Jude, los verás enseguida, los trajeron cuando empezaron las Recolecciones. Algunos tuvieron la suerte de que los vieran durante el transporte hacia los campamentos o cuando las FEP vinieron a recogerlos. También tenemos algunos bichos raros, como Nico, otro miembro de mi equipo. Él... tiene una historia interesante.

No podría decir si se suponía que eso era el cebo.

—¿Interesante?

—Recuerdas lo que te dije sobre Leda Corporation, ¿verdad? Acerca de cómo el Gobierno les dio la beca de investigación para estudiar el origen del ENIAA. Nico era... —Se aclaró la garganta dos veces—. Él era uno de sus sujetos. Vino hace un par de semanas, así que los dos podréis aprender juntos. Solo te aviso de que todavía está un poco delicado.

De inmediato, pude ver que el pasillo no había sido un indicador preciso de lo que era el resto de la estructura del edificio. Era como si hubieran terminado la entrada y o bien se quedaron sin fondos o habían decidido que no tenía sentido seguir adelante. El aspecto general del lugar era lo que se espera al caminar a través de una obra de construcción a medio terminar. Las paredes estaban desnudas, se veían los bloques de cemento gris, unidos mediante soportes metálicos. El suelo era cemento pintado. Todo era de cemento, por todas partes, todo el tiempo. Tal como me recibía aquel lugar, bien podría

estar de vuelta en Thurmond.

Los techos por encima de nuestras cabezas estaban llenos de tubos y de cables eléctricos envueltos en papel brillante. Y, aunque el cuartel no era tan oscuro como el Tubo, no tenía ningún tipo de luz natural, y las luces fluorescentes que parpadeaban lo sumían todo en un anémico resplandor enfermizo.

Lo más interesante del cuartel era su forma, la puerta de entrada se abría directamente a una gran sala central circular encerrada entre paredes curvadas de cristal. El pasillo discurría en forma de anillo alrededor de esa sala, aunque podía ver al menos cuatro pasillos diferentes que se bifurcaban hacia fuera en línea recta.

—¿Qué es él?

Yo seguía mirando hacia la derecha mientras caminábamos, a las figuras que pululaban de un lado a otro por la gran sala. Dentro había un puñado de televisores montados en la pared, por debajo de ellos había lo que parecían mesas de cafetería redondas y una buena variedad de agentes de la Liga jugando a las cartas, comiendo o leyendo.

El pasillo curvado no era estrecho, pero tampoco era enorme. Cada vez que más de una persona trataba de pasar a nuestro lado en dirección opuesta, uno de nosotros tenía que apartarse para dejarle espacio a la otra persona.

Las dos primeras agentes que nos encontramos, mujeres jóvenes vestidas con uniforme militar, confirmaron otra sospecha: mi historia me había derrotado aquí. Todo eran sonrisas amistosas cuando sus ojos se encontraron con Cate, pero, cuando se volvieron hacia mí, las mujeres se apresuraron a rodearnos y continuaron a buen ritmo.

—¿Qué es él? —repetí. Al ver la nube de confusión en los ojos de color azul claro de Cate, le aclaré—: ¿De qué color?

—Oh. Nico es un Verde, es increíble con la tecnología. Parece que lo procese todo como un programa. Vida es una Azul. Jude es un Amarillo. Es el único equipo que tiene mezcla de poderes. Los otros son estrictamente de un solo color cada uno, y sirven para diferentes funciones de apoyo en operaciones.

Las luces del techo convertían su pelo rubio en blanco nacarado.

—Ahora tú eres la única Naranja de aquí.

Genial. Éramos la maldita Conexión Arcoíris. Todo lo que necesitábamos era un Rojo para completar la baraja.

—¿Así que te cuelgan todas las sobras cuando los otros equipos ya están llenos?

Cate sonrió.

—No. Elijo los miembros de mi equipo cuidadosamente.

Por fin salimos del anillo exterior, agachándonos por uno de los pasillos rectos. Ella no dijo nada, ni siquiera a los grupos de agentes que se apartaban a nuestro paso. Sus ojos nos siguieron todo el camino hasta una puerta marcada con el nombre de Cate, y cada vez más sentía como si me clavaran uñas puntiagudas en la columna vertebral.

—¿Lista? —preguntó. Como si tuviera elección.

Hay algo muy íntimo en el hecho de ver el dormitorio de alguien, y en ese momento —incluso ahora— me sentí incómoda al ver las pequeñas chucherías que tenía de allí de contrabando. La habitación era pequeña pero habitable, compacta pero, sorprendentemente, no claustrofóbica. En un

rincón estaba el catre, y detrás Cate había clavado una sucia colcha de retales. El estampado de margaritas rojas y amarillas brillantes disimulaba hasta la peor de las manchas de la tela. Había un ordenador en la mesa plegable que servía de escritorio, un bolso, una lámpara y dos libros.

Y por todas partes había imágenes.

Siluetas de personas pintadas con los dedos. Retratos a lápiz de rostros que no reconocía. Paisajes al carboncillo que parecían tan inhóspitos como la vida bajo tierra. Fotografías de rostros cálidos y montañas nevadas estaban colgadas en filas ordenadas, demasiado lejos para que pudiera ver sus hermosos detalles brillantes. Por no hablar de los tres cuerpos en el camino.

Un chico delgado como un palo se paseaba como podía por el escaso metro de espacio que había entre la mesa y la cama, pero se detuvo de golpe en cuanto entramos, balanceando su cabeza llena de rizos de color marrón rojizo hacia nosotros. Su rostro sonreía mientras se arrojó hacia Cate y le rodeó los hombros con sus brazos delgados como lápices.

—¡Estoy tan contento de que estés de vuelta! —dijo aliviado, con la voz quebrada.

—Yo también —dijo—. Jude, esta es Ruby.

Jude era todo piel y huesos, y parecía que había crecido algo así como cinco centímetros en cinco días. No era un chico feo, ni mucho menos, sino que era simplemente evidente que aún no había terminado de crecer. Ya habría tiempo de que su rostro estuviera en proporción con su nariz larga y recta, pero aquellos grandes ojos marrones eran como algo salido de unos dibujos animados.

Por su mirada, tendría unos trece años, tal vez catorce, pero se movía como si todavía estuviera desconcertado porque no sabía cómo debía controlar sus largas extremidades, como si acabara de dar su primer estirón.

—Encantado de conocerte —dijo—. ¿Acabas de volver? ¿Has estado en Virginia todo este tiempo? Cate dijo que os separaron y que estaba muy preocupada por algo que...

El chico no terminaba una palabra antes de comenzar la siguiente. Parpadeé, tratando de zafarme de su abrazo.

—Judith, parece que tu novia ya tiene bastante de tus achuchones —dijo alguien en voz baja en algún lugar más allá de su hombro—. Afloja.

Jude me soltó de inmediato con una risita nerviosa.

—Lo siento, lo siento. Pero es un placer conocerte. Cate nos ha hablado mucho de ti... ¿Estuviste en el mismo campo que Martin?

Detecté una punzada extraña en su voz al pronunciar el nombre del otro Naranja. Su tono subió y chasqueó la lengua al pronunciar la palabra.

Asentí con la cabeza; entonces él sabía lo que era yo. Y aun así me había tocado. Qué chico tan valiente, y estúpido.

—Esa de la cama de ahí es Vida —dijo Cate, empujándome hacia la otra chica.

Debí de dar un paso hacia atrás; la fuerza de su mirada me hizo sentir como si me hubieran empujado hasta el otro rincón. No sé cómo no la había visto allí sentada en la cama, con los brazos y las piernas cruzados con total y completa indiferencia. Pero, ahora que la veía, sentí que me encogía un poco.

Era absolutamente encantadora, una mezcla perfecta de etnias, su piel era de un color marrón brillante que me recordó a una cálida tarde de otoño, los ojos almendrados y el pelo teñido de un azul

eléctrico. Era el tipo de rostro que se esperaría ver en una revista: pómulos altos y audaces y labios carnosos que siempre parecían mostrar una leve sonrisa.

—Hola. Muy amable de tu parte que por fin hayas arrastrado tu culo hasta aquí. —Su voz era fuerte, intensa, y cada palabra parecía puntuada por un latigazo.

Cuando se levantó para abrazar a Cate, me sentí una enana tan liviana como el aire.

En lugar de reclamar su asiento, se quedó de pie, y luego avanzó hacia Cate para que ella se interpusiera entre nosotras. Yo conocía esa actitud. ¿Cuántas veces había hecho lo mismo frente a Zu o Chubs o Liam? ¿Cuántas veces lo habían hecho conmigo? De espaldas a la mujer, Vida me estudió detenidamente.

—Pobrecita. Si haces lo que te diga, todo te irá bien.

«Es así, ¿no?»», pensé con un escalofrío ante el tono de su voz.

Cuando se volvió para mirar a Cate, era todo dulzura de nuevo. Su piel oscura tenía un especial brillo de felicidad.

—El del rincón es Nico —dijo Vida, haciéndose cargo de las presentaciones—. Amigo, ¿puedes desconectar durante dos segundos?

Nico estaba sentado en el suelo, con la espalda contra el pequeño aparador de Cate. De algún modo, me pareció pequeño, y de inmediato entendí lo que Cate quiso decir cuando usó la palabra «delicado». No era su estatura o su constitución, que eran pequeñas, sino las líneas de tensión de su rostro. Un mechón de pelo negro azabache se había escapado de las garras de su peinado con gomina cuando dijo:

—Hola. Encantado de conocerte.

Y entonces bajó los ojos hasta el pequeño aparato negro que tenía en las manos, y sus dedos empezaron a volar sobre las teclas. El dispositivo lanzaba contra su piel bronceada un resplandor blanco poco natural, destacando incluso sus ojos casi negros.

—Entonces, ¿cuál es tu historia? —preguntó Vida.

Me tensé, crucé los brazos en una imitación de su postura. Y supe, sin ninguna duda, que si esto iba a funcionar, que si yo iba a vivir con estos niños y verlos a diario y a entrenar con ellos, entonces tenía que mantener una distancia prudencial. Durante las últimas semanas lo único que había aprendido era que cuanto más conoces a alguien, más tienes que cuidar de él o de ella. Los límites entre las dos personas se vuelven borrosos, y, cuando llega la separación, para uno es insoportable desentenderse de esa vida.

Incluso si hubiera querido explicarles lo de Thurmond, no había manera de traducir en palabras ese tipo de dolor. No hay manera de hacer que nadie lo comprenda, no cuando solo la idea del Jardín, de la Fábrica, de la Enfermería era suficiente para que la ira me ahogara. La quemadura en mi pecho se había mantenido allí durante días, como la lejía de la colada que nos dejaba ampollas en las manos.

Me encogí de hombros.

—¿Qué pasa con Martin? —preguntó Jude, retorciendo los dedos unos contra otros hasta enrojecerse las manos—. ¿Seremos cinco en el equipo?

Cate no cambió de expresión.

—Martin se trasladó a Kansas. Trabaja allí con los agentes.

Vida se volvió hacia ella de nuevo.

—¿En serio?

—Sí —dijo Cate—. Ruby ocupará su lugar como líder del equipo.

Se había acabado tan rápido. Fueran cuales fueran los falsos cumplidos que Vida había logrado reunir para Cate, se esfumaron con una sola respiración, fuerte y profunda, y en ese segundo vi el destello de la traición. La vi tragarse físicamente las palabras y asentir.

—Espera, ¿qué? —dije casi atragantándome.

Yo no quiero esto. Yo no quiero nada de esto.

—¡Genial! ¡Felicidades! —exclamó Jude dándome un puñetazo amistoso en el hombro que me despertó de mi aturdimiento.

—Sé que haréis que Ruby se sienta bienvenida y le enseñaréis cómo va esto —dijo Cate.

—Sí —dijo Vida entre dientes—. Por supuesto. Todo lo que quiera.

—Cenaremos juntos —informó Jude con una voz brillante. Total y felizmente ignorante de la forma en que Vida abría y cerraba los puños a los costados—. ¡Es noche de pasta!

—Tengo que presentarme a Alban, pero vosotros cuatro deberíais ir a cenar juntos, así de paso podréis enseñarle a Ruby dónde están las literas para que pueda instalarse —dijo Cate.

Tan pronto como salió y cerró la puerta sentí que alguien me agarraba por la cola de caballo, me la enrollaba en el cuello y me empujaba contra la pared. Estrellas negras explotaron en mis ojos.

—¡Vida! —jadeó Jude.

El golpe fue lo suficientemente fuerte como para que incluso Nico levantara la vista.

—Si crees por un maldito segundo que no sé lo que ha pasado, te equivocas —me susurró Vida entre dientes.

—Sal de mi cara —le espeté.

—Sé que esa historia de que Cate te perdió es una mierda. Sé que echaste a correr —dijo—. Te haré pedazos antes de que vuelvas a hacerle daño.

—No sabes nada de mí —respondí, alimentándome de su ira de una manera que no esperaba.

—Sé todo lo que necesito —escupió Vida—. Sé qué eres. Todos lo sabemos.

—¡Ya está bien! —gritó Jude, cogiéndome del brazo y tirando de mí hacia atrás—. Vamos a ir a cenar, Vi. Vengas o no vengas.

—Pues que tengáis una bonita cena de mierda —dijo con su tono de voz más dulce, pero la furia que irradiaba de Vida cortaba el aire entre nosotros y se cerró alrededor de mi cuello como un puño. Como una promesa.

No estoy segura de por qué el círculo de mesas vacías a nuestro alrededor me molestó tanto como lo hizo. Tal vez fue por la misma razón que Jude sintió que tenía que hablar durante toda la comida para compensar su silencio.

Acabábamos de sentarnos a una de las mesas circulares más pequeñas cuando unos cuantos agentes y otros chicos se levantaron de la suya. Unos se llevaron sus bandejas y salieron de la sala, otros se apretujaron en otra de las mesas ya completas que había un poco más allá. Traté de decirme a mí misma que no era por mi culpa, pero algunos pensamientos viven en tu mente como una enfermedad crónica. Crees que finalmente los has aplastado, solo para darte cuenta de que se han transformado en algo nuevo, más oscuro. «Por supuesto que se habían levantado y marchado —me susurró al oído una voz familiar—. ¿Por qué querrían estar cerca de algo como tú?».

—... es donde comemos y pasamos el rato cuando estamos inactivos. Después de que limpien el desorden todo lo que puedes hacer es jugar a las cartas, o al ping-pong, o simplemente ver la televisión —dijo Jude con la boca llena de lechuga—. A veces un agente nos trae alguna película nueva, pero casi siempre estoy en la planta baja, en el laboratorio de los ordenadores.

Sentía una extraña especie de vértigo en aquella sala de forma circular, y la sensación se intensificaba por los diez televisores conectados en todo momento y a la altura de los ojos. Cada uno sintonizado en el único canal de noticias nacionales superviviente (eso solo cambiaría si estuvieras dispuesto a atracar el bolsillo del presidente, porque allí dentro encontrarías algo de dinero) o proporcionando una fascinante visión de la estática en silencio. Yo no tenía estómago para los horrores que los presentadores mostraban a diario. Era un juego mucho más interesante ver a qué mesa separada se sentaba cada nueva tongada. Los chicos, después de haber recogido sus alimentos de las mesas del buffet, se reunían con los demás. Los más robustos, que probablemente eran exmilitares, se sentaban con aquellos que tenían su mismo aspecto, y solo había unas cuantas agentes diseminadas por allí para darle un poco de variedad al ambiente.

Estaba tan concentrada en contar las mujeres que no me di cuenta de que entraba Cate, hasta que se detuvo detrás de Jude.

—A Alban le gustaría verte —dijo mientras cogía mi bandeja.

—¿Qué? ¿Por qué?

Jude debió de confundir mi mirada de sublevación por miedo, porque se acercó y me dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Oh, no, no te pongas nerviosa! Es muy majo. Estoy seguro de que... Estoy seguro de que lo único que quiere es conversar, como es tu primer día aquí. Seguro que es solo eso. Una especie de saludo.

—Sí —dije entre dientes, haciendo caso omiso de la nota de celos que detecté en su tono de voz. Al parecer, ser convocado por Alban no era algo habitual—. Por supuesto.

Cate me llevó fuera del atrio, me dejó allí en el pasillo, y metió mi bandeja en una cesta junto a la puerta. En lugar de ir a la derecha o a la izquierda, me guio hacia una puerta en la pared de enfrente que no había visto antes, medio arrastrándome por las escaleras que había al otro lado. Pasamos el segundo nivel, serpenteando hacia abajo y alrededor del tercero. A partir de la segunda planta me sentí más a gusto. Se estaba más caliente, más seca, sin la humedad que se aferraba a las paredes de los pisos superiores. Ni siquiera me molestó el olor a plástico caliente, cuando pasamos junto a la gran sala de ordenadores instalada en el atrio de ese nivel.

—Siento todo esto —dijo Cate—. Sé que debes de estar agotada, pero él tiene muchas ganas de conocerte.

Junté las manos a la espalda para esconder los temblores. Durante el vuelo Cate había tratado de pintarme un retrato de Alban que lo mostraba como un hombre noble y amable, muy inteligente, un patriota americano de buena fe. Cosa que evidentemente no concordaba con todo lo que había oído hablar de él: que era un terrorista que había coordinado más de doscientos ataques contra el presidente Gray por todo el país y que había matado a un buen número de civiles en el proceso. Las evidencias estaban por todas partes: los agentes habían clavado en las paredes docenas de artículos periodísticos y capturas de pantalla de los informativos de la televisión, como si la muerte y la destrucción fueran

algo que celebrar.

Esto era lo que yo sabía de John Alban por experiencia propia: había formado una organización llamada la Liga de los Niños, pero solo estaba dispuesto a sacar de los campamentos a los niños que tuvieran poderes. A los útiles. Y que, si el tipo era rencoroso, existía la posibilidad de que yo fuera castigada por hacer que el plan resultara lo más difícil posible.

Caminamos hasta el otro lado del círculo. Cate puso su tarjeta de identificación en el panel negro, a la espera del pitido. Una parte de mí ya sabía que lo que esperaba no era una luz verde intermitente.

Cuando avanzamos por las escaleras de cemento ya no quedaba rastro del calor que habíamos dejado atrás. La puerta se cerró automáticamente detrás de nosotras, sellando el espacio con un ruido de succión. Me volví, sorprendida, pero Cate me dio un codazo suave y seguimos adelante.

Había otro pasillo, pero diferente a los que había visto en el primer nivel. Las luces de aquí no eran tan fuertes y parecían estar sometidas a una especie de parpadeo continuo. Una mirada fue todo lo que necesité para que el corazón se me subiera a la garganta. Era Thurmond, era un trozo de lo que había sido para mí. Puertas metálicas oxidadas, paredes de sólidos bloques de hormigón solo interrumpidas por pequeñas ventanas de observación. Pero esta era una prisión con doce puertas en lugar de docenas de ellas, con doce personas en lugar de miles. Los olores rancios disimulados con un toque de lejía, las paredes y los suelos desnudos... La única diferencia era que las FEP nos habrían castigado si hubiéramos intentado golpear contra las puertas de la forma en que los presos lo hacían aquí y ahora. Voces apagadas suplicaban que los dejaran salir, y me pregunté, por primera vez, si alguno de los soldados se sentiría como me había sentido yo, enferma, como si la piel y la carne me apretaran el cráneo. Y lo supe exactamente cuando pegaron sus rostros a las ventanillas, con los ojos inyectados en sangre, siguiéndonos hasta el final del pasillo.

Cate presionó su tarjeta de identificación contra el panel negro de la última puerta a la izquierda, inclinando la cara hacia abajo entre las sombras. La puerta se abrió, ella la empujó hacia dentro y luego señaló la mesa vacía y un conjunto de sillas. La bombilla que colgaba del techo se balanceaba. Me separé de ella y clavé los talones en las baldosas.

—¿Qué demonios es esto? —le exigí.

—No pasa nada —contestó ella, con un tono de voz bajo y tranquilizador—. Usamos esta ala para los activos o los agentes deshonestos que traemos aquí para hacerles preguntas.

—¿Quieres decir para interrogarlos? —le dije.

«No —pensé, la idea floreció como puntos negros en mi campo de visión—. Martin era quien los interrogaba. Y ahora voy a ser yo quien los interroge».

—Yo no... —empecé a decir.

«No confío en mí misma. No quiero hacer esto. No quiero nada de esto», pensé.

—Estaré aquí con vosotros todo el tiempo —dijo Cate—. No te pasará nada. Alban solo quiere ver qué nivel de poderes tienes, y esta es una de las pocas maneras que podemos usar para saberlo.

Casi me reí. Alban quería asegurarse de que había hecho un buen negocio.

Cate cerró la puerta y me llevó hasta una silla frente a la mesa de metal. Oí pasos e hice ademán de levantarme, pero me indicó que volviera a sentarme.

—Solo serán un par de minutos, Ruby, te lo prometo.

«¿Por qué estás tan sorprendida?», me pregunté. Yo sabía lo que era la Liga, sabía de qué iban. Cate me dijo una vez que había sido fundada para exponer la verdad acerca de los niños en los



campamentos; era divertido, entonces, lo lejos que había llegado el mensaje. Había estado aquí menos de medio día, y ya me había dado cuenta de que en cinco años todo lo que habían logrado hacer era convertir a unos cuantos niños en soldados, capturar e interrogar a personas, y derribar algunos edificios clave.

Por el tamaño y la forma de la ventanilla de la puerta, no pude ver mucho más que el rostro oscuro de Alban cuando apareció flanqueado por media docena de hombres. Su voz se filtró a través de un intercomunicador crepitante.

—¿Estamos listos para proceder?

Cate asintió y dio un paso atrás, murmurando:

—Haz lo que se te pida, Ruby.

«Eso es lo que he hecho siempre».

La puerta se abrió y aparecieron tres figuras. Dos agentes masculinos, vestidos muy dignos con sus uniformes verdes, y una mujer bajita entre ellos, a la que llevaban a rastras y que ataron con bridas de plástico a la otra silla. Una especie de capucha de arpillera le tapaba la cabeza, y, a juzgar por los gruñidos y gemidos de protesta, le habían amordazado la boca.

Una punzada de terror me recorrió lentamente la columna vertebral en zigzag hasta la base del cuello.

—Hola, querida. —La voz de Alban se filtró de nuevo a través de la ventanilla—. Espero que estés bien esta noche.

John Alban había sido consejero en el gabinete del presidente Gray hasta su que su propia hija, Alyssa, había muerto de ENIAA. Cate me explicó que no pudo soportar el sentimiento de culpa, y, cuando trató de comunicar la verdad a los principales periódicos, y no la versión endulzada de los campamentos, nadie estuvo dispuesto a creerse la historia. No cuando el presidente Gray ejercía un férreo control sobre ellos. Ese fue el legado de los atentados de Washington, D. C.: no se escuchaba a los hombres buenos, y los malos se aprovechaban de todas las ventajas.

Su piel oscura y erosionada por el tiempo lo situaban en la edad madura, y las gruesas bolsas debajo de sus grandes ojos hacían que el rostro pareciera hundido.

—Es un placer tenerte aquí, por supuesto. A mis consejeros y a mí nos encantaría ver el alcance de tus poderes y cómo pueden beneficiar a nuestra organización. —Asentí, con la lengua haciendo fuerza contra el paladar—. Creemos que esta mujer ha estado pasando información a los hombres de Gray, saboteando en su beneficio las operaciones para las que fue enviada. Me gustaría que explorases sus recuerdos recientes y me dijeras si eso es cierto.

Él pensaba que era así de fácil, ¿verdad? Un vistazo al interior, y ahí tienes las respuestas. Cuadré los hombros y lo miré a través del cristal. Quería que él supiera que yo era muy consciente del hecho de que él estaba detrás de la puerta no para protegerse de aquella mujer, sino de mí.

Todo lo que tenía que hacer era ganarme su confianza, obtener un poco de libertad. Y, cuando llegara el momento, se arrepentiría por haberme obligado a practicar mis poderes sobre nadie, y se despertaría una mañana y descubriría que me he ido, borrando todo rastro de mí en este agujero en el suelo. Este sería mi juego. Una vez confirmara que los demás estaban a salvo, me largaría. Rompería el trato.

—Tendrás que darme una operación específica que buscar —le dije, preguntándome si aún podía

oírme—. De lo contrario podríamos estar aquí toda la noche.

—Entiendo. —Su voz crujió al otro lado—. No hace falta decir que lo que oigas y veas en esta sala es una información privilegiada a la que tus compañeros nunca tendrán acceso. Porque, si algo de este asunto se comparte, habrá... repercusiones.

Asentí con la cabeza.

—Excelente. Hace poco esta agente se encontró con un contacto para recibir un paquete de información.

—¿Dónde?

—En las afueras de San Francisco. Y eso es todo lo preciso que puedo ser.

—¿El contacto tiene un nombre?

Hubo una larga pausa. No necesité levantar la vista de la cabeza encapuchada de la mujer para saber que los consejeros estaban consultando entre sí. Finalmente, su voz se filtró de nuevo.

—Ambrose.

Los dos soldados que habían traído a la mujer salieron de la habitación. Ella oyó la cerradura de la puerta, pero no fue hasta que me acerqué y le toqué la muñeca cuando reaccionó y trató de librarse de mí.

—Ambrose —le dije—. San Francisco. Ambrose. San Francisco...

Repetí esas palabras, una y otra vez, mientras me hundía en su mente. La presión que había estado acumulando de manera constante desde el momento de abordar el avión en Maryland se liberó con un suave suspiro. Sentí que me adentraba más en ella, y un torrente de pensamientos fluyó en su mente. Eran deslumbrantes, tenían un fulgor dolorosamente intenso, como si cada recuerdo se hubiera sumergido en pura luz del sol.

—Ambrose, San Francisco, Inteligencia, Ambrose, San Francisco...

Era un truco me había enseñado Clancy: a menudo la simple repetición de una palabra o una frase o un nombre específico a alguien era suficiente para dibujarlo directamente en el pensamiento de esa persona.

La mujer se relajó bajo mis dedos. Ya era mía.

—Ambrose —repetí en voz baja.

Era alrededor del mediodía; yo era el agente y ella era yo, y lanzamos una rápida mirada hacia el sol directamente sobre nosotros. La escena brilló mientras discurría a través de un parque desierto, unas zapatillas de tenis negras se deslizaban a través de la maleza. Había una construcción un poco más adelante, un baño público.

No me sorprendió, entonces, que un arma de fuego apareciera de repente en mi mano derecha. Cuanto más me adentraba en el recuerdo, más sentidos me despertaban las imágenes: un olor aquí, un sonido allí, un roce. Había notado el frío metal metido en la cintura de mis pantalones desde el momento en que entré en el recuerdo.

El hombre que esperaba en la parte trasera del edificio ni siquiera tuvo tiempo de volverse antes de acabar en el suelo, con un agujero del tamaño de una moneda de un dólar en la parte posterior del cráneo. Retrocedí, dejando caer la muñeca de la mujer. La última visión que tuve antes de que se cortara la conexión era una carpeta azul y su contenido esparcido al viento, revoloteando a la deriva hacia un estanque cercano.

Abrí los ojos, y la luz de la bombilla que colgaba del techo iluminó la parte posterior de mis ojos

dolorosamente. Por lo menos no era una migraña; y, aunque el dolor disminuiría poco después, la desorientación seguía siendo horrible. Tardé dos segundos en recordar dónde estaba, y otros dos para encontrar mi voz.

—Ella conoció a un hombre en un parque, detrás de los baños públicos. Ella le disparó en la parte posterior de la cabeza después de acercarse por detrás. Los informes de Inteligencia que llevaba estaban en una carpeta azul.

—¿Viste lo que le pasó a la carpeta? —preguntó Alban, con un tono de voz teñido de emoción.

—Está en el fondo de la laguna —le dije—. ¿Por qué le disparó? Si él era su contacto...

—Ya es suficiente, Ruby —me interrumpió Cate—. Que pasen, por favor.

La mujer estaba débil, aún medio aturdida por mi influencia sobre ella. No se resistió cuando la liberaron de sus ataduras, la agarraron y la levantaron de la silla. Pero me pareció oír que lloraba.

—¿Qué va a pasar con ella? —presioné, volviéndome hacia Cate.

—Ya es suficiente —repitió. Me estremecí ante su tono—. ¿Podríamos tener su permiso para excusarnos? ¿Está satisfecho con sus resultados?

Esta vez Alban nos recibió en la puerta, aunque no dio un paso para acortar el espacio entre nosotros. Ni siquiera me miró a los ojos.

—Oh, sí —dijo en voz baja—. Estamos más que satisfechos. Esto que puedes hacer es algo realmente especial, querida, y no tienes ni idea de la diferencia que puede significar para nosotros.

Pero la tenía.

Liam no me había explicado demasiado sobre el tiempo que había pasado en la Liga, solo que había sido breve y brutal, y tan perjudicial que había aprovechado para escaparse a la primera oportunidad que se le había presentado. Pero, sin que ninguno de nosotros se diera cuenta, me había preparado para la nueva realidad de mi vida. Advirtiéndome una, dos, tres veces de que la Liga controlaría cada movimiento que hiciera, que esperarían de mí que tomara la vida de otra persona, solo porque eso se adaptaba a sus necesidades y era lo que querían. Me había hablado de su hermano, Cole, y en lo que se había convertido bajo la persuasión de las manos ejecutoras de la Liga.

Cole. Yo sabía por los chismes que se contaban en la Liga que era un agente encubierto de eficacia aterradora. Sabía por Liam que había prosperado en el pulso por el poder que te brinda disparar un arma de fuego.

Pero lo que nadie, ni siquiera Liam, había pensado en decirme era en lo muy... muy parecidos que eran.

## CAPÍTULO TRES

Por alguna razón, Jude se había erigido en una especie de comité formado solo por él que se encargaba de darnos al equipo la bienvenida. Cuando llegamos de vuelta al cuartel general después de mi primera Operación con la Liga, allí estaba esperándonos su figura larguirucha, paseando de un lado a otro por el pasillo de la entrada, lanzándose hacia mí para enterrarme bajo una avalancha de preguntas. Seis meses más tarde, él seguía siendo el único que nos esperaba, premiándonos que volviéramos sanos y salvos con una sonrisa que le dividía la cara en dos.

Me preparé para el impacto mientras Vida pasaba su tarjeta de identificación por el panel de la puerta. Rob y el resto de los miembros del equipo táctico habían escoltado a Cole Stewart unos pocos minutos antes, pero nos habían obligado a quedarnos atrás, y nos tomamos nuestro tiempo yendo por el túnel. Era importante asegurarse de que Rob se llevaba los méritos, dejarlo que se revolcara en la gloria como un perro en la hierba. Habíamos oído los gritos mientras entraban, y los vimos alzar los puños mientras caminaban por el Cuartel General, casi dejando a Cole atrás en su silla de ruedas.

Ahora ya no quedaba nadie en el largo pasillo blanco de entrada. Los agentes habían dejado una estela de ruido de celebración detrás de ellos, que disminuía a cada paso que daban, hasta que lo único que pude oír era mi propia respiración, y lo único que pude ver era el espacio vacío al final del pasillo donde debería haber estado Jude.

—Oh, gracias, Dios —dijo Vida, alzando los brazos por encima de la cabeza—. Un día no voy a poner conseguir alinear mi espalda después de su abrazo de la muerte. Adiós, Bu.

Creo que algunas personas utilizan el apodo «Bu» como una expresión de cariño. Vida lo usaba para hacerte sentir como uno de esos perros pequeños que tienen el cerebro del tamaño de una nuez, que hasta se mean encima cuando se emocionan demasiado.

La dejé allí sin decir una palabra, y me dirigí hacia la izquierda, hacia Cate y los otros agentes de alto rango, para registrar mi entrada. Cinco minutos de infructuosa búsqueda más tarde, incliné la cabeza hacia el interior del atrio para ver si ella estaba allí. Probablemente estaría con los demás, pensé, explorando el espacio casi vacío. Y, aunque no vi su pelo rubio platino en ninguna de las mesas, reconocí la mata de rizos rojizos frente a uno de los televisores.

No tuve la suerte de conseguir una escapada limpia; esos dos segundos que estuve mirándolo fijamente habían sido suficientes para que él reconociera mi mirada. Jude consultó su viejo reloj de pulsera de plástico y luego se volvió a mirarme con horror.

—Ru —me llamó, saludándome con la cabeza—. ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! He perdido totalmente la noción del tiempo. ¿Ha ido todo bien? ¿Acabas de llegar? ¿Ahora mismo? ¿Dónde está Vida? ¿Ella ha...?

Yo no era suficientemente buena persona como para decir que ninguna parte de mí quería darse la vuelta y salir corriendo antes de que él pudiera llegar y abrazarme y arrastrarme con él por toda la sala.

Al cruzar la habitación me di cuenta de que Nico también estaba allí, sentado al extremo opuesto de la mesa. Unode los pilares de cemento colocado justo entre la puerta y él me lo había tapado, y

tampoco ayudó que el chico no pareciera mover un solo músculo. Seguí su mirada pétrea hasta el pequeño dispositivo que había encima de la mesa. Un intercomunicador.

Era del tamaño de un teléfono y se podía confundir fácilmente con uno si no lo mirabas con más detenimiento. Habían rescatado una vieja generación de teléfonos, con el teclado real, en lugar de una elegante pantalla táctil. Las nuevas carcasas que habían creado para ellos eran ovales y lo suficientemente finas como para deslizarse en un bolsillo trasero o en el interior de la manga.

Un par de Verdes habían desarrollado esta pequeña joya con la idea de que los agentes pudieran transmitir mensajes digitales, fotos y vídeos cortos sin tener que destruir el teléfono cada vez. La tecnología que los hacía funcionar era sobre todo un misterio para mí, pero sabía que se comunicaban mediante alguna red no hackeable que habían desarrollado los Verdes. Solo podían utilizarse para contactar con los demás usuarios de la red, y solo si tenías el número PIN secreto del otro intercomunicador. Eran inútiles si necesitabas enviar imágenes grandes o archivos de vídeo de más de treinta segundos; Alban había rechazado enviarlos en el campo por esa razón, calificándolos como el proyecto aburrido de algún chico. Por lo que yo sabía, por lo general, ahora los Verdes solo los usaban para hablar unos con otros en el cuartel general cuando se encontraban en diferentes sesiones de entrenamiento, o por la noche después de apagar las luces.

—¿... vuelto? ¿Has conocido a la agente? ¿Era tan cabrona como dice todo el mundo? ¿Nosotros podremos...?

—¿Qué está pasando? —le pregunté, mirando a Nico y a la pantalla del televisor.

Habían elegido uno en que solo se emitían noticias locales de California y el tiempo.

Era como si yo hubiera absorbido las palabras directamente de él. Jude se tensó de esa manera en la que abría mucho los ojos justo antes de mostrar una sonrisa demasiado forzada.

—¿Qué está pasando? —repetí.

Jude tragó saliva y miró a Nico antes de inclinarse para hablarme al oído. Sus ojos escrutaron el atrio como si buscaran rincones oscuros que antes no existían.

—Han enviado a Blake Howard a una Operación —dijo—. Estamos...

—¿Blake Howard? ¿El chico verde del Equipo Uno?

¿Ese que parecía que te podías cargar con un solo estornudo certero?

Jude asintió, echando otro vistazo nervioso detrás de mí.

—Yo solo... estoy preocupado, ¿sabes? Nico también lo está.

Acojonante. Nico nunca dejaba pasar una buena teoría de la conspiración, sobre todo cuando se trataba de la Liga. Cada agente era un agente doble. Alban estaba trabajando con Gray para derribar la Coalición Federal. Alguien estaba envenenando nuestro suministro de agua con plomo. No sé de dónde lo sacaba, o si era solo la forma en que su cerebro procesaba toda la información que absorbía y que no sabía cómo desechar.

—Deben de querer canjearlo por algo —dijo Nico, agarrando el intercomunicador—. ¿Para obtener más información? ¿Para traer a otro agente de vuelta? Eso no es tan descabellado, ¿no? Ya hay demasiados Verdes aquí. Odian tenernos a tantos de nosotros. Nos odian.

Traté de no entornar los ojos.

—¿La Operación implica tecnología? —le pregunté.

—Bueno, sí, pero... —dijo Jude—. ¿Cuándo han enviado antes a un chico del Equipo Uno? Se supone que son para uso exclusivo del cuartel general.

No estaba equivocado. Vida los llamaba los Chirridos, y el nombre se le había pegado a todo el mundo. Todos los Verdes con habilidades de lógica y razonamiento sobrealimentados fueron usados por la Liga para descifrar códigos y programar virus informáticos, creando dispositivos desquiciados. Todos tenían el mismo andar torpe; Nico también. Caminaban con una cadencia extraña, arrastrando los pies contra las baldosas, haciendo que sus zapatillas de deporte emitieran esos pequeños chirridos. Estoy segura de que se habían ido copiando el andar unos a otros inconscientemente, y siempre se mantenían en una especie de movimiento sincronizado, como las piezas de una máquina a pleno funcionamiento.

—Ya es mayor y tiene las habilidades y los poderes adecuados para ayudarles —le dije—. Sé que los demás equipos verdes están ocupados esta semana. Puede que lo hayan reclutado como último recurso.

—No —dijo Jude—. Creemos que se lo han llevado a propósito. Lo querían.

Pasó un rato antes de que Jude reuniera el valor para mirarme de nuevo. Cuando lo hizo, su expresión era tan obviamente avergonzada y aterrorizada que sentí que tenía que tranquilizarme lo suficiente para poder seguir preguntándole.

—¿Hay algo que no me estás diciendo? ¿Qué me estoy perdiendo aquí?

Jude se retorció el faldón planchado de la camisa en un nudo. Nico solo miraba al frente, sin parpadear, con la mirada fija en el intercomunicador.

—Hace unos días —comenzó Jude—, Nico, Blake y yo... estábamos haciendo el tonto por aquí. Tratábamos de construir uno de esos coches de control remoto con las piezas de sobra de los ordenadores.

—¿Y?

—Nico tuvo que ir y hablar con Cate, pero Blake y yo jugamos con el coche haciendo una prueba de conducción en torno a esta planta. Eran casi las dos de la tarde, y aquí abajo no había nadie. Así que pensamos que estaría bien y que no íbamos a molestar a nadie. Pero... ¿conoces esas habitaciones que utilizamos para almacenar cosas para las operaciones? Como los chalecos, la munición extra, ¿esas cosas?

Asentí con la cabeza.

—Oímos voces que procedían de una de ellas. Pensé que tal vez los chicos estaban jugando a cartas o algo así; a veces lo hacen aquí abajo para poder hablar mal de Alban o de alguno de los consejeros —dijo Jude, temblando ahora visiblemente—. Pero, cuando oí lo que estaban diciendo en realidad, me di cuenta de que no estaban jugando a nada, Ru, hablaban de nosotros. Eran Rob y Jarvin, y un par de amigos suyos. No paraban de decir cosas como que había que reducir la población de bichos raros y que Alban se iba a poner de nuevo en marcha, y que pronto quedaría claro que éramos una pérdida de tiempo y de recursos.

Sentí un escalofrío que me llegó directamente a los huesos. Cogí la silla más cercana y la arrastré más cerca de Nico. Jude hizo lo mismo, y empezó a retorcerse las manos.

—¿Y os pillaron escuchándoles?

—Sé que es estúpido, pero, cuando oí eso, me asusté. No era mi intención, pero se me cayó el coche. Corrimos antes de que se abriera la puerta, pero estoy seguro de que nos vieron. Oí a Rob pronunciar mi nombre.

—¿Entonces qué? —insistí.

Mi mente empezaba a hacer conexiones peligrosas.

—Entonces Blake fue asignado a esa Operación, aunque es del Equipo Uno. Jarvin dijo que necesitaba un Verde para introducirse en la sala de servidores de la compañía, y él no tuvo otra opción.

Me recliné hacia atrás lentamente. Reducir la población de bichos raros. Mi oído, el que se había llevado la peor parte de la explosión de la granada, parecía tener un pulso propio.

«Eso fue un accidente», me dije a mí misma. «Rob estaba siendo imprudente». Pero la segunda mentira sonó menos convincente que la primera. Reducir la población de bichos raros. ¿Cómo? ¿Exponiéndolos a situaciones mortales en operaciones que podrían confundirse como accidentes? Rob ya había matado a niños antes, aunque yo solo estaba segura de las dos muertes que había vislumbrado en su memoria, pero eso no significaba que no fueran más.

«¡Por Dios!». Una ola de náuseas cegadora me invadió el estómago. ¿Lo iba a matar para mantener el número de niños adecuados aquí abajo?

No, no, tenía que parar. Mis pensamientos habían entrado en barrena y se escapaban a mi control. Eran Nico y Jude, dos chicos con demasiado tiempo libre para aburrirse y elucubrar pesadillas. Estaban constantemente metiéndose en problemas, y entonces se morían de miedo cuando el problema se daba la vuelta y les mordía en el culo.

—No es más que una coincidencia —dije.

Tenía otra cosa más que señalar, estaba segura, pero me descolgué de la cadena de pensamientos cuando oí que alguien me llamaba desde el otro lado de la habitación. Uno de los consejeros de Alban, el bueno de Cara de Mapache, estaba en la puerta del atrio.

—A él le gustaría hablar contigo en su oficina dentro de una hora.

Luego se volvió sobre sus talones y se fue, claramente enfadado de que le hubieran encargado ejercer de mensajero.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Jude, visiblemente confuso.

Casi nunca veías a los trajeados consejeros a más de unos pocos pasos de distancia de Alban; no me habría sorprendido que irrumpieran en su habitación todas las noches y se turnaran para susurrarle planes y palabras dulces al oído mientras dormía.

Había diez hombres en total, todos rondando los cincuenta años de edad, que habían dividido las áreas de interés de Alban y asumido el control de cada una. Ellos coordinaban y aprobaban las operaciones, traían los suministros y los nuevos contactos, reclutaban a los nuevos instructores y administraban las finanzas de la Liga. Todo para que Alban pudiera centrarse en el «panorama general» de objetivos y metas.

Jude aseguraba que solo estaban allí porque Gray los quería muertos por una razón u otra y no habían tenido más remedio que pasar a la clandestinidad. Todavía no me sabía los nombres de la mitad de ellos, ya que la mayoría hacía todo lo posible para no tratar directamente con los bichos raros Psi. Era más fácil fijarme en sus características y ponerles apodos. Cara de Mapache, Orejas de Mono, Dientes de Caballo y Labios de Rana eran los que veía más a menudo.

La creatividad que perdían los nombres era compensada con la precisión.

—¿Una sesión informativa? ¿Ya? —preguntó Jude, mirando de nuevo el televisor.

Estiré la mano y apagué el aparato manualmente.

—¡Eh!

—Llegas tarde —le dije, señalando el reloj de la pared—. Otros dos minutos y el instructor Johnson te pondrá una falta.

—¿Y? —replicó Jude—. ¡Esto es más importante!

—¿Más importante que ser eventualmente activado? —le dije—. Porque, la última vez que lo comprobé, tus dos faltas te dejaban lejos de quedarte para siempre de apoyo en el Cuartel General.

Era una táctica de juego cojonuda; la mirada furibunda de Nico me lo confirmó. Pero él sabía, probablemente mejor que yo, que un futuro en el que Jude nunca llegara a salir en una Operación era un futuro por el que Jude habría vendido ambos brazos.

Les acompañé por todo el camino hacia la sala de entrenamiento por si acaso sucumbían a la tentación de escaparse. Los equipos con los que entrenábamos normalmente —Dos, Tres y Cuatro— ya estaban allí, calentándose, oscureciendo la pared de espejos. Esa era la única zona de todo el Cuartel General que realmente olía a ser humano. El hedor a sudor y a cuerpos calientes le confería a la sala una especie de sacudida de vida real y tangible. Y al menos era mejor que el moho.

El instructor Johnson asintió en mi dirección mientras sostenía la puerta abierta; las luces fluorescentes blanqueaban su cabello rubio. Tanto Vida como yo estábamos exentas de las clases y del entrenamiento del día, pero al día siguiente nos incorporaríamos de nuevo. Yo caería otra vez en el patrón de este lugar, agradecida por el alivio de no tener que pensar en otra cosa que no fuera pasar de una hora a otra, de puerta en puerta. Una lección de vida sobre cómo seguir adelante, por cortesía de Thurmond.

Jude y Nico podrían odiarme por ello, pero no me importaba. Simplemente no podía permitirme el lujo de alimentarme de su miedo y dejar que me envolviera. Me había esforzado mucho para conseguir insensibilizarme en este lugar, y ellos no iban a hacer que estallara sin motivo. Tenían mi atención, mi preocupación, mi protección, pero no eso.

Duchada, alimentada, vestida con ropa limpia y con los pensamientos serenos, estaba lista para reunirme con John Alban. Pero él no estaba listo para mí.

Puedes decir muchas cosas sobre el fundador de la Liga, y tal vez alguna que otra palabra halagadora. Era un hombre inteligente, nadie iba a negarlo. La Liga era lo que era hoy gracias a él. No obstante, algunos consideraban que ya había llegado el momento de que llevara las agresiones contra Gray «hasta un nuevo nivel», y otros lo presionaban para que se mantuviera como hasta ahora, porque eso funcionaba.

Pensé que tenía todo el derecho a querer pensar más antes de tomar una gran decisión, pero entendía la impaciencia. Yo sabía que querían capitalizar el creciente descontento y los murmullos de protesta que habíamos estado rastreando.

Oí voces más allá de la puerta, leves al principio, pero luego lo suficientemente airadas como para captar mi atención. Mi intención de llamar a la puerta se vino abajo, y me quedé allí, escuchando.

—¡No! —exclamó Alban—. ¡Dios mío, no! ¡No! ¿Cuántas veces tengo que repetir la palabra para que se incorpore a su vocabulario? Fue la misma respuesta la primera vez ante tus superiores, cuando convenciste a Jarvin de que se lo presentara a los consejeros, y, sí, ahora también.



—No estás pensando desde la perspectiva de...

Retrocedí un poco por instinto, apoyando el peso sobre los talones, y me alejé de la áspera voz de Rob.

—¿Crees que podemos seguir con esto sin hacer una gran declaración? ¿Cuántas de esas cosas van por ahí rondando, arrastrándose por todo el Cuartel General, desperdiciando nuestro tiempo y nuestras energías?

Alban lo interrumpió.

—No son cosas, como bien sabes. Esto no es negociable. El fin nunca justifica los medios, no importa cómo intentes vendérmelo. Nunca. Son niños.

En el fondo de mi mente, un pensamiento empezaba a fundirse con otro, uno mucho más oscuro, pero obligué a mi atención a volver a la realidad del momento.

—Tú eres el que siempre dice que hay que hacer cualquier cosa para conseguir echar a Gray, ¿no es así? Una maniobra de distracción sería más que suficiente para nosotros para entrar y desmantelar los campamentos, y hacer estallar la noticia por todo el maldito país. Esta es la única manera ahora. Saben lo de nuestras identificaciones falsificadas, ahora ni siquiera podemos entrar a extraer a los agentes que todavía tenemos infiltrados en los campamentos. ¡Nos están esperando! ¡Todos estamos esperando a que hagas algo! ¡Decide algo!

Se hizo un largo y amargo silencio. Si Alban estaba buscando las palabras para replicar, no las encontró. No pude mantener mi propia mente bajo control. ¿Qué tipo de plan podía hacer que se alterasen tanto?

—Solo te aviso —continuó Rob, ahora más tranquilo— de que he oído a los agentes preguntarse hacia qué tipo de política nos desplazamos. Muchos todavía piensan que aún deseas reavivar las cosas entre Gray y tú. Que echas de menos a tu amigo.

Cerré los ojos. Era una regla tácita que nadie hiciera referencia a la antigua amistad de Alban con el presidente Gray y la primera dama, por ningún motivo. Cate me dijo una vez que a Alban ni siquiera le gustaba que le recordaran el trabajo que había hecho como secretario de Seguridad Nacional, así que me imagino que no estaría muy emocionado de que se le recordara que una vez participó en el pequeño círculo de personas que disfrutaba de las cenas privadas en la residencia ejecutiva de la Casa Blanca.

Una nueva voz intervino.

—John, no desestimemos esto completamente. Es una táctica que se ha utilizado antes, y es eficaz. No lo sabrán. Tenemos maneras de ocultar el mecanismo de...

Estaba tan concentrada en la conversación delante de mí que no oí a la persona que cojeaba por detrás. No hasta que se movió justo a mi espalda, y me tocó en el hombro para llamar mi atención.

—Creo que será mejor que no le digas a nadie lo que estás haciendo, fisgona —dijo Cole—. ¿O es que quieres que te recuerde aquella vieja historia sobre aquel gato inoportuno y su curiosidad?

Era demasiado tarde para echarme atrás y fingir que no había estado escuchando, y ahora estaba demasiado nerviosa como para molestarme en intentarlo.

El médico del equipo de Rob había hecho un buen trabajo al suturar los cortes más profundos de la cara de Cole, y limpiándole los restos que se le habían incrustado en la piel. Vestía una camisa holgada y pantalones de una talla demasiado grande para él, pero al menos ya no llevaba los viejos

harapos manchados de vómito. Parecía una persona diferente, y yo estaba agradecida por ello. Era más fácil mirarle.

Y por fin yo estaba recibiendo una buena.

Cuando Liam me dijo que tenía un hermano mayor, yo me lo había imaginado mucho mayor, de unos veinticinco o veintiséis años, la misma edad que Cate. Pero yo había oído a alguien del equipo táctico de Rob quejarse de él en el vuelo de regreso. Acerca de su actitud punk, de que solo tenía veintiún años pero Alban desperdiciaba todas las buenas operaciones. «El muchachito de oro».

Tres años, eso era lo único que lo separaba de Liam. Y la ENIAA. Cole era miembro de esa reducida generación que había sido lo bastante mayor como para evitar las garras de la enfermedad.

—No tuvimos muchas oportunidades de hablar en el avión, ¿no? —comentó por encima de mi hombro mientras se peinaba el pelo húmedo con los dedos vendados.

Medía unos pocos centímetros más que su hermano, lo que noté cuando se inclinó para estudiar mi cara, con una sonrisa de pirata cruzando la suya. Cole podía ser un poco más delgado, más estrecho de hombros y cintura, pero había algo familiar en su manera de moverse que...

Negué con la cabeza, tratando de aclarar el rubor de mis mejillas cuando llamé a la puerta. Esto llevó la discusión del interior a un final abrupto. Alban se levantó detrás de su escritorio de madera oscura cuando entré, cerrando su portátil e interrumpiendo el murmullo de los escáneres de radio sobre la mesa cercana. Rob y el consejero Labios de Rana ya estaban de pie, y tenían los rostros enrojecidos por la discusión. Al vernos, Rob entornó los ojos y se apoyó en uno de los muchos estantes de Alban llenos de cachivaches inútiles de su antigua vida.

—Señor —dije—, ¿quería verme?

—Dios mío, siéntate, siéntate —dijo Alban, agitando una mano hacia una de las sillas plegables frente a él—. Parecéis muertos vivientes.

—Estoy bien —dije, y luego añadí en el último momento—: Gracias.

Odiaba la vocecita que salía de mi garganta cuando él estaba cerca. La odiaba.

Alban se recostó en su asiento, tensando los labios para mostrar una sonrisa de dientes amarillos. El hombre no solía mostrarse mucho en público, no con una recompensa tan alta sobre su cabeza. Si necesitaba hacer un discurso grabado en vídeo, siempre le limpiaban la piel picada de viruela e iluminaban su tez en la posproducción. También solían usar el Photoshop para retratarlo con paisajes o ciudades estadounidenses de fondo, para que diera la impresión de que era mucho más valiente, por dejarse ver al aire libre, de lo que en realidad era.

—Me gustaría tener una reunión informativa informal sobre la operación de anoche para recuperar al agente Stewart, si vosotros tres estáis de acuerdo. Creo que no puede esperar.

Esperó hasta que Cole se acomodó en la silla junto a la mía antes de avanzar desde el otro lado de la mesa para estrecharle la mano.

—No puedo decirte lo bueno que es ver tu rostro de nuevo, mi querido muchacho.

—Bueno, qué suerte. —Cole arrastró las palabras, sin disimular un deje de amargura—. Parece que veréis bastante a este hermoso chico de ahora en adelante.

«Ya basta», me dije a mí misma, antes de ponerme más tensa todavía. Cole no era Liam, no importaba lo parecidos que fueran. No importaba lo similares que eran sus voces. «Concéntrate en las diferencias».

Cole era más corpulento que Liam y también más pulcro. Se había rapado la cabeza desde la

última vez que lo había visto, haciendo que pareciera dos tonos de rubio más oscuro que el que tenía en realidad. El Liam que yo había conocido era desaliñado hasta el límite, cariñoso en todas las formas imaginables. Y allí estaba su hermano mayor, que parecía haber sido esculpido en hielo, tieso y golpeado hasta casi la muerte. No era tan diferente de la situación en la que había dejado a Liam. Y era tan espantoso, tan horrible lo rápido que mi mente había cambiado a un hermano por el otro... Cuánto animaba mi espíritu y aliviaba la opresión de mi pecho imaginar que Liam estaba de nuevo aquí, junto a mí.

«Basta. Para ya».

Labios de Rana cerró la puerta de la oficina y se retiró a un rincón de la pequeña habitación, deslizándose tras la sombra de Alban.

—Nunca habría interrumpido tu recuperación —dijo Alban—, pero después de oír el informe oral del agente Meadows, parece como si, por así decirlo, hubiera alguna confusión. Estoy interesado en escuchar lo que pasó desde tu punto de vista, Ruby.

No me di cuenta de que me estaba hablando hasta que Rob se apartó de la estantería, ensanchando el torso mientras respiraba profundamente. Antes de partir hacia la Operación, se había rapado de nuevo su pelo oscuro, y eso hacía que los huesos de su cara parecieran todavía más pronunciados. Había cambiado la forma en que las sombras caían sobre su piel.

Dios, ¿por qué estábamos haciendo esto? ¿Dónde estaba Cate? Nunca había sido interrogada sin ella, y nunca aquí, en la oficina de Alban, tras una puerta cerrada. Me sorprendió lo ansiosa que estaba; no confiaba en ella, pero en algún momento supongo que había empezado a acostumbrarme a su presencia silenciosa y estable a la espera de ayudarme si daba un traspié.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunté, tratando de mantener la voz firme.

Alban entendió mi pregunta.

—Solo es una charla informal, Ruby. El nivel de secreto que rodea a esta Operación implica que no podemos realizar el interrogatorio en presencia de toda la organización. Deberías sentirte libre de decir lo que piensas.

Apreté las manos sobre las rodillas, tratando de evitar que me rebotaran.

—El agente Meadows —empecé a decir, sonando demasiado alto a mis propios oídos— nos explicó los parámetros de la misión durante el vuelo, exponiendo el objetivo y lo que sabíamos sobre el diseño de este búnker en particular. También nos recordó los planes de retorno que habíamos discutido antes de salir.

La boca de Alban era grande y no podía ocultar sus sentimientos. Una de las comisuras se torció hacia arriba.

—¿Y alguno de estos planes de retorno incluían que tú y Vida dejarais el búnker?

—No, señor —le dije—. El agente Meadows nos pidió que mantuviéramos nuestra posición en el hueco de la escalera para cubrirlos desde allí.

Alban puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en los dedos.

—¿Puedes explicar, entonces, por qué os fuisteis?

No me volví a mirar a Rob, pero sabía que él me estaba observando. Todos me miraban, y, por la intensidad de sus miradas, me dio la impresión de que Meadows ya había respondido esa misma pregunta antes.

«Si meto a Rob en problemas —pensé—, ¿en qué lío me meteré yo?». Él tenía mucho temperamento. Sabía que se enfadaría cuando tomé la decisión de esperar fuera con Vida, pero eso no sería nada comparado con su furia si ahora lo vendía y le decía a los demás lo que pasó en las escaleras. No podía dejar que vieran la desconfianza que me afloraba al rostro, no podía hacer las preguntas que quería. «¿Por qué no nos avisaste?». Mi intercomunicador funcionaba perfectamente, lo habría oído.

—La escalera estaba... interceptada. Le di a Vida la orden de salir de allí para que pudiéramos monitorizar la situación desde fuera.

—¿Y no me lo dijiste porque...? —preguntó Rob, traicionado por su ira.

—Mi intercomunicador se rompió —le dije—. Como vio cuando nos reagrupamos.

Él gruñó.

—Muy bien —dijo Alban un momento después—. ¿La escalera se vio interceptada? ¿Cómo es eso?

«Hubo una granada. Rob lanzó una granada». Siete palabras. Una manera perfecta de asegurarme de que Rob se vería obligado a tragar hasta la última gota de la amarga reprimenda que se merecía. Alban me creería. Nunca había dudado, ni una sola vez, de mi palabra. Me había defendido, incluso ante sus consejeros, después de que extraje unas cuantas noticias no deseadas de una mente desafortunada. Siete palabras para decirle la verdad: que Rob se había montado su propia Operación, y que por pura estupidez o intencionadamente le había faltado un pelo para matarnos tanto a Vida como a mí.

No sé cómo lo sabía, o incluso por qué me sentía tan segura de ello; era tan cierto como el estruendo de la sangre zumbándome en los oídos. Si yo lo pillaba en esto, si lo avergonzaba, la próxima vez me tendría en su punto de mira, y no fallaría.

—No estaba... bien construida, y se derrumbó —expliqué—. No podía soportar el peso de todos nosotros a la vez. Estaba muy mal construida.

—Muy bien —dijo Alban, arrastrando las palabras—. El agente Stewart informó de que fuisteis tú y Vida las que lo rescatasteis. ¿Cómo sucedió?

—¿Ella y la otra ignoraron mi orden de volver al búnker! —exclamó Rob—. Sé que oísteis la orden. Sé que eres la única que te negaste a volver sobre tus pasos.

Los cuatro hombres se habían vuelto hacia mí. Mi visión se redujo, y se oscureció de nuevo por los bordes. Me llevé una mano a la garganta, tiré del cuello estrecho que me asfixiaba, tratando de liberar la respiración.

Yo quería a Liam. Todo lo que quería era a Liam allí mismo, de pie suficientemente cerca para oler su dulce aroma a cuero, a humo y a hierba.

—Ruby —dijo Alban, su tono de voz tan serena, profunda y paciente como el mar—, por favor, ¿puedes responder a mi pregunta?

Yo solo quería que aquello terminara. Quería volver a mi habitación y dormir, meterme en mi litera en la fría oscuridad y dejarme invadir por la nada.

—Él tiene razón. Le dije a Vida que desatendiera las órdenes. En cuanto subimos al nivel del suelo, vimos que varios soldados de la Guardia Nacional sacaban a los prisioneros por una entrada que no conocíamos. No pedí permiso para proceder. Sé que debería haberlo hecho.

—¡Porque sabes que lo único que debes hacer es seguir las malditas órdenes de tu líder! —ladró Rob—. ¿Crees que habríamos perdido tantos hombres si hubieras estado allí para cubrir nuestra vía de escape?

Las televisiones de detrás de Alban estaban apagadas, pero juro que podía oír el ruido de la estática cada vez más fuerte cuanto más tiempo él se mantenía en silencio. Se llevó la mano a la parte superior de la cabeza, pero no apartó la mirada de mí.

Y entonces se oyó la voz, tan dulce como el té sureño, de Cole:

—Bueno, gracias a Dios que desobedeció, de lo contrario ahora yo estaría a mitad de camino al infierno.

Estaba claro que había subestimado hasta qué punto la influencia de Cole era efectiva en la organización. «Influencia» no era la palabra correcta para él. «Dominio», tal vez, que era sobre todo encanto respaldado por sus resultados mortales. Las cejas de Alban se elevaron, pero se limitó a asentir, permitiendo a Cole que continuara.

—Veamos, llamemos a las cosas por su nombre —dijo Cole, echándose hacia atrás para ponerse más cómodo—. Ella es la que me sacó de allí. ¿Por qué eso iba a significar problemas para ella?

—¡Desobedeció mis órdenes directas!

Cole pasó de Rob con un gesto de aburrimento.

—¡Quiero decir, Santo Dios, miren a esta pobre chica! Le han dado una paliza de muerte por salvarme. Si creen que voy a quedarme aquí tranquilo y dejar que ella cargue injustamente con las culpas de la misión, por cierto, un verdadero fracaso, están muy equivocados.

Nadie dijo nada; miré abiertamente la expresión de suficiencia de Cole, y, a continuación, la expresión asesina de Rob. El espacio entre ambos estaba lleno de algo más que desconfianza y molestia; allí había años de historia, coloreados por un odio que no entendí.

La tensión en el rostro de Alban fue desapareciendo como si se la llevara la lluvia hasta que también mostró una amplia sonrisa.

—Me inclino a estar de acuerdo con el agente Stewart, Ruby. Gracias por pensar tan rápido y actuar. —Alban trasteó con algunos periódicos de su escritorio—. Agente Meadows, voy a revisar el informe completo esta tarde. Por ahora puede marcharse.

Cuando el agente sénior se puso de pie, yo hice lo mismo, dirigiéndome con rapidez hacia la puerta. De repente, la voz de Alban me detuvo.

—Solo una cosa más, Ruby, si no te importa. Me gustaría hablar de algo contigo y Cole.

«Deje que me vaya, deje que me vaya, deje que me vaya...».

A Rob no le gustó aquello, eso estaba claro, pero no tenía otra opción. Cerró la puerta tras él con tanta fuerza que hizo temblar las viejas botellas de cristal de Coca-Cola que recubrían el estante que había encima.

—Ahora, en otro orden de cosas... —dijo Alban mirándome—. Debo comenzar diciendo que hoy hemos confiado en ti, querida, y lo que se ha hablado aquí está muy por encima de tu nivel de seguridad. Si oigo una palabra de esta conversación fuera de las paredes de este despacho, habrá consecuencias. Y las mismas reglas se aplican aquí abajo.

«No, por favor, esto no. Por favor, no dejes que sea así».

—Sí, señor.

Satisfecho, se volvió hacia Cole.

—Quise decir lo que dije antes. Lamento tener que hacer esto antes de que te hayas recuperado totalmente. Pero, como bien sabes, tenemos que recuperar la información que te arrebataron.

—Soy muy consciente —dijo Cole—, pero ya se lo dije, no sé quién la tiene. Ellos me dejaron fuera de combate, y vi que alguien la cogía, pero, la verdad, señor, no me acuerdo mucho de lo que sucedió después de que me metieron en el búnker. No estoy seguro de que si fue mi contacto el que se la llevó.

Se pasó una mano vendada por el pelo rubio muy corto, y me pregunté si para Alban era tan obvio como para mí que él no decía la verdad.

—Y eso es comprensible teniendo en cuenta las circunstancias —dijo Alban, echándose hacia atrás en su silla. Entrelazó los dedos juntos y descansó las manos sobre su abultado estómago—. Aquí es donde entra en juego Ruby. Ella ha sido fundamental para ayudarnos a... refrescar la memoria de los activos. Ella nos ayudó a localizar más de una información desviada por caminos incorrectos.

«Por favor, por favor, por favor, él no». No quería ver dentro de su mente, no quería ver destellos de Liam o de su vida. Solo quería alejarme de él antes de que la presión en mi pecho me destrozara el corazón.

Cole se puso pálido bajo su bronceado, frunció el entrecejo y apretó los dedos en los apoyabrazos de la silla de plástico.

—Oh, vamos —rio Alban—. Me han dicho que es completamente indoloro, y, si no lo es, le diremos que pare de inmediato.

Eso no lo dudaba. Aunque yo tuviera la desfachatez de no liberar la mente de Cole, todos los consejeros y cada agente sénior llevaban esos altavoces portátiles que funcionaban como máquinas de Ruido Blanco en miniatura.

—Eres el primero en ofrecerse para saltar de los puentes e infiltrarse en las FEP, ¿y no puedes dejar que una niña eche un vistazo rápido dentro de tus recuerdos por el bien de tu familia aquí, por el bien de tu país? —preguntó Alban sin dejar de sonreír, a pesar del tono de provocación.

«Inteligente», pensé. Ese discursito de «hazlo por tu Glorioso País» era algo más que una orden directa, y Cole era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de lo bien que quedaría si concordaba con su propio «libre albedrío».

—Muy bien —dijo Cole, volviéndose a mirarme finalmente—. ¿Qué necesitas que haga?

Pasaron unos instantes antes de que me saliera la voz, pero estuve orgullosa de lo fuerte que sonó.

—Dame tu mano.

—Sé amable conmigo, cariño —dijo Cole, mientras me daba un ligero tirón con los dedos, que ya había entrelazado con los míos.

Alban se echó a reír ante aquello, pero Cole dejó escapar un suspiro y cerró los ojos.

Su mano estaba helada y resbaladiza al tacto. Traté de ignorar la presión insistente de su pulgar contra la mía. Cuando Liam me cogía la mano parecía que la suya se tragara la mía por completo, pero, de alguna manera, la mano de Cole era aún más grande; las palmas de las manos tenían ese tipo de callos que solo salen después de años de destrozárselas por el peso levantado y las armas y las peleas. Retorcía los dedos de la mano izquierda cada pocos minutos.

Yo no quería pensar en nada de eso. Mantuve los ojos clavados en su mano izquierda, mientras los

dos dedos se le encogían cuando luchaba en silencio contra el dolor de sus heridas.

—Trata de relajarte —le dije—. ¿Puedes decirme qué es lo que estoy buscando? ¿Qué es, qué tamaño tiene, qué color? Dame tantos detalles como puedas.

Los ojos de Cole aún estaban cerrados.

—Una unidad flash de tamaño estándar. Un palito negro de la longitud de mi pulgar aproximadamente.

Yo había hecho esto tantas veces durante los últimos seis meses que ya no sentía ningún tipo de dolor, pero me preparé de todos modos. La mano le temblaba ligeramente. ¿O tal vez era la mía? Apreté los dedos a su alrededor, tratando de calmarnos a los dos.

—Piensa en el último momento que recuerdas. Trata de traerlo a la mente, si puedes.

Cole respiró dos veces, dos suspiros fuertes y cortos.

Yo me sentía como si me hubiera metido bajo la superficie de un río todavía caliente por el sol. Tras el esfuerzo invertido en conseguir atravesar sus defensas naturales, no encontré nada frío en las manchas de colores ni en las formas borrosas que fluyeron más allá de mí. Pero se movían demasiado rápido. Aquí y allá, vi rostros u objetos, una manzana verde, un columpio solitario, un pequeño oso de peluche ardiendo sobre hierba muerta, una puerta con un cartel que decía «¡NO ENTRAR!» garabateado a lápiz, casi como si Cole estuviera tratando de pensar en todo, menos en lo que yo le había pedido específicamente.

Cole estaba casi totalmente relajado en su silla, con la cabeza inclinada hacia un hombro. Creí notar que él empezaba a temblar un poco, mientras su cabello rozaba mi cuello.

—Muéstreme cuándo perdiste la tarjeta de memoria —dije en voz baja—. La unidad flash negra.

El recuerdo emergió tan rápido como si yo lo hubiera sacado del agua. Un niño pequeño vestido con un mono, de no más de dos o tres años de edad, sentado en medio de un mar de alfombras de topes grises, gritando a pleno pulmón.

—La unidad flash —le dije otra vez.

La escena se desvaneció, y fue reemplazada por un cielo nocturno y una hoguera crepitante que arrojaba un brillo cálido sobre una tienda y enmarcaba las siluetas oscuras que se movían en su interior.

—Filadelfia —oí decir a Alban detrás de mí—. Filadelfia, Cole. ¡El laboratorio!

Cole tuvo que haber captado la voz del hombre, porque sentí que se estremecía contra mí. Apreté con más fuerza, hundiendo las manos en la corriente, de repente preocupada por lo que sería de mí si no podía producir el tipo de resultados que Alban esperaba. «La unidad flash —pensé—. Filadelfia».

El recuerdo vacilaba y flotaba, de color negro, como una gota de tinta suelta en la punta de un bolígrafo. Y, con un último estremecimiento, finalmente emergió, libre.

La escena cambió a mi alrededor, tirando de mí hacia fuera, a una noche lluviosa. Un destello de luz se movió por la pared de ladrillo a mi izquierda, y luego otro. Eran faros de coches. No pude oír el chirrido de los frenos o los acelerones, pero yo era Cole, y veía las cosas como él las vio entonces, y Cole estaba en marcha.

Agua sucia y basura dispersa volaron alrededor de mis tobillos; mantuve una mano contra la pared de ladrillo, sintiendo la oscuridad. El hormigón brilló como si algo afilado estallara contra él, luego una vez más, y otra vez, hasta que supe exactamente lo que estaba pasando. Me estaban disparando, y

cada vez estaban más cerca de alcanzarme.

Salté hacia arriba, me agarraré al primer peldaño de una escalera de incendios y tiré de ella hasta que bajó hasta el suelo. Mis manos estaban rígidas y congeladas, hasta el punto de que apenas podía doblar los dedos alrededor de las barras mientras subía. Y los disparos todavía no habían cesado, no hasta que me lancé al suelo rugoso del rellano, llenándome el cabello de polvo y yeso suelto. Entonces me levanté de golpe y salté desde el techo de aquel edificio al siguiente. Miré hacia el suelo durante el segundo que volé de un lado a otro. Las luces rojas y azules del coche patrulla rastrearon mi progreso a través de los techos de los edificios, como una sombra burlona. En lo alto, el viento se agitaba, tirando de la camisa desabrochada que llevaba puesta.

Caí por el borde del siguiente edificio bajo, y sentí unas ligeras náuseas por el fuerte olor a basura podrida. Mis pies golpearon la tapa de goma del contenedor de basura, y debido a la fuerza del impacto se me doblaron las rodillas y me precipité de cabeza al suelo.

Pasó un segundo, tal vez fueron dos, pero yo estaba demasiado aturdido por el dolor como para poder moverme. Empecé a mover las manos, que me habían quedado debajo del cuerpo, cuando el callejón se inundó de una intensa luz blanca.

Uno no puede moverse muy rápido cojeando, y no puede ir muy lejos con un callejón sin salida a la espalda. Pero me levanté de todos modos, y me escapé por la maltrecha puerta que había a mi izquierda, dejando a los soldados y a la policía gritándose unos a otros que corrieran a perseguirme. Mis pasos eran lentos pero seguros, sabía adónde iba, y me aseguré de atrancar la puerta detrás de mí.

Necesité dos valiosos segundos para que mis ojos se acostumbraran a la penumbra del pasillo. Tropecé por las escaleras hasta llegar a la 2a, una puerta de color azul pálido, y entonces la abrí empujando con el hombro.

El apartamento estaba iluminado, y todavía salía café de la cafetera de la encimera, pero no había nadie dentro. Revisé cada habitación, miré debajo de la cama, en los armarios, antes de recorrer mi camino de regreso al pasillo, en dirección a la chaqueta negra allí colgada.

El edificio parecía temblar debido a la fuerza y el estruendo de las botas que recorrían la estrecha escalera. Me temblaban las manos mientras cogía la chaqueta, sintiendo el forro interior, recorriendo la costura inferior con incredulidad una y otra vez.

La puerta explotó junto a mí, y no tuve oportunidad de moverme, de luchar, de correr. Me lanzaron al suelo, y me sujetaron los brazos con fuerza por detrás de la cabeza. Vi sus botas pasar por encima de mí, en dirección a otras habitaciones, sus armas de fuego listas para ser disparadas a medida que descartaban una habitación tras otra. Y fue solo entonces, después de revisar todo el apartamento, cuando me arrastraron escaleras abajo, más allá de las caras desencajadas de mis vecinos, a través de la puerta destrozada de la calle, y de nuevo bajo la lluvia, donde una furgoneta negra esperaba para transportarme.

Había FEP, soldados de la Guardia Nacional, policías. No había forma de salir, no ofrecí resistencia cuando me metieron en la parte trasera de la camioneta y me ataron a una barra con unas esposas. Había otras personas allí, pero ninguna me era familiar. Ninguno de ellos era él.

No sé por qué entonces levanté la vista, quizá por instinto, o por desesperación. Cerraron la puerta de un golpe fuerte, dándole un portazo a mi vida, y, aun así, lo más importante fue que durante medio segundo vi la imagen del rostro aterrorizado de Liam debajo de una farola parpadeante cercana, desapareciendo en la oscuridad.





## CAPÍTULO CUATRO

—¿Cómo has podido? —sonó la voz chillona de Cate—. Ella no ha dormido durante los últimos dos días, ¿y la haces pasar por esto?

Mantuve los ojos fijos en una pequeña figurita que representaba a un niño haciendo cabriolas, medio oculto por la bandera estadounidense colgada del escritorio de Alban. Yo estaba tumbada de espaldas en el suelo, pero no recordaba cómo había llegado allí.

—¡Ella no es un cachorrillo entrenado para hacer piruetas para ti en la copa de un sombrero! —Cate tenía una manera de gritar para la que no le hacía falta levantar la voz—. Es una niña. ¡Por favor, no vuelvas solicitar sus «servicios», como tan elocuentemente lo has definido, sin consultarme primero!

—Creo —fue la aguda respuesta de Alban— que esta es la única lección que puedo soportar recibir de ti hoy, agente Connor. Esta «niña» ya tiene edad para tomar sus propias decisiones, y, mientras ella pueda informarte a ti, y tú puedas informarme a mí, yo no, o no siempre, necesitaré consultarte mis decisiones y menos que me las apruebes, y ahora te pediré, muy amablemente, que salgas de este despacho antes de que digas algo de lo que puedas arrepentirte.

Me obligué a levantarme del suelo y me senté de nuevo en la silla. Cate se lanzó hacia delante para ayudarme, pero yo me la saqué de encima. Parecía que no había dormido, llevaba el pelo revuelto y erizado, y la cara más pálida que nunca. Ella había entrado como un tornado en el despacho cinco minutos antes y no se había detenido ni para respirar. No sé quién la había avisado; Rob, tal vez, pero lo único que había logrado hasta ese momento era que me sintiera como una niña de cinco años humillada.

—Estoy bien —le dije, pero ella no parecía muy convencida.

—Te esperaré fuera —contestó.

—Entonces tendrás que esperar un buen rato. Tenemos un invitado abajo que me gustaría que viera Ruby.

Por supuesto. ¿Por qué no iba a disfrutar de un día de «entretenimiento» con los invitados?

—¿Ah, sí? —La mirada de Cole nos recorrió a los tres—. ¿Estoy invitado a la fiesta?

Por fin, Alban se levantó, dio la vuelta al escritorio y se quedó de pie entre Cole y mi silla. Con cuidado, se sentó en el borde de la mesa, y esa era la primera vez que yo estaba lo suficientemente cerca de él como para darme cuenta de que olía como el moho que nunca podríamos limpiar del todo de las duchas.

—Te veré en la reunión de altos funcionarios, agente Connor. —Entonces dijo en voz baja—: Ven preparada. El agente Meadows traerá su propuesta para que volvamos a votar.

Cate giró sobre los talones, con las manos medio levantadas, como si alejara de ella la idea de volver a verle. Ella todavía temblaba cuando Labios de Rana la escoltó afuera.

Alban ni siquiera se inmutó cuando ella cerró la puerta.

—Así que no has encontrado el pequeño tesoro que nos falta, ¿verdad?

La interrupción de Cate había roto mi estado de confusión, solo para que volviera a caer de lleno

otra vez, retorciendo las manos debajo de la mesa para no echárselas a Cole alrededor del cuello.

Al final, no había importado nada que yo hubiera usado la Liga para que Liam quedara libre. Su hermano, al parecer, había encontrado la forma de arrastrarlo de nuevo al meollo de las cosas. Yo no entendía muy bien lo que había visto, que no era, como creía Alban, la unidad flash en sí, pero me había quedado lo suficientemente claro que Liam había estado involucrado de alguna manera.

—Bueno, no nos mantengas en vilo —dijo Alban—. Tenemos que conseguir protección para el informante lo más pronto posible.

«O necesitas enviar a alguien para matarlo por ello».

—Creo —empezó a decir Cole.

La única cosa, el único don solitario que Thurmond me había dado, era la capacidad de mentir, y con una cara seria, inflexible.

—No los reconozco —le dije—, así que no puedo darle un nombre. Tal vez si yo los describiera, ¿el agente Stewart será capaz de darle uno?

—Tal vez —consiguió croar Cole. Entonces, después de aclararse la garganta, agregó—: He trabajado con un montón de gente en Filadelfia, aunque...

Alban me hizo un gesto de impaciencia, sus ojos oscuros fangosos en los míos.

—Era una mujer —le expliqué—. Pude ver su pie cerca de la furgoneta de las FEP. Parecía nerviosa y no dejaba de mirar a su alrededor, hasta que vio algo en la acera; así que supongo que debe de haberlo encontrado. Cuarenta y muchos, corpulenta. Tenía el pelo largo y oscuro y gafas de montura verde. Tenía el puente de la nariz ligeramente torcido.

Y también era mi maestra de primer grado, la señora Rosen.

Alban asintió ante todos y cada uno de los pequeños fragmentos de la descripción, luego se volvió hacia Cole.

—¿Te suena?

—Sí —dijo Cole, tamborileando con los dedos en el reposabrazos—. Eso me da con qué empezar a trabajar. Voy a escribir un informe completo para usted.

Alban asintió.

—Quiero tenerlo en mi escritorio a las ocho de esta noche.

—Sí, señor —dijo Cole, levantándose con dificultad.

Tuve miedo de mirarlo a los ojos, miedo de delatarme a mí misma. Se detuvo un segundo en la puerta hasta que Labios de Rana salió con él.

Alban se puso de pie y se volvió hacia la fila de archivadores desiguales que había detrás de su escritorio. Se sacó un manojito de llaves del bolsillo delantero de la camisa, y me guiñó el ojo. Casi no podía creerlo, cada vez que había estado en su despacho, miraba esas cosas feas, preguntándome qué habría dentro, y ahora él mismo estaba abriendo realmente uno.

Dio unos golpecitos con el dedo contra el cajón más cercano.

—Los consejeros creen que mantener estos archivadores es algo completamente arcaico y desfasado teniendo en cuenta los tiempos digitales en que vivimos. ¿No es así, Peters?

El consejero le mostró una sonrisa de labios apretados.

Fuera lo que fuera lo que pensaba realmente, para mí era uno de esos trucos de Alban de la «vieja escuela» para hacer lo que debía hacer. Los registros o archivos o lo que guardara allí solo podían ser vistos por una persona: él. No había ninguna posibilidad de que alguien los hackeara o instalara algún

tipo de virus para entrar por la puerta trasera y descargar su contenido. Había insistido en instalar tanto un escáner de retina como una cerradura digital con teclado en la puerta de su despacho, las dos piezas de tecnología más caras de todo el Cuartel General. Si alguien quería ver esos archivos, necesitaba su permiso o ser muy creativo.

Sacó una carpeta roja del archivador negro abollado del extremo derecho, cerrando el cajón de un empujón con la cadera cuando se volvió hacia mí.

—Quería decirte algo, Ruby. No he tenido la oportunidad de darte las gracias por el excelente trabajo que has hecho consiguiendo esta información sobre los campamentos. Sé que me la diste hace unos meses, pero solo he tenido un par de minutos para hojearla. Sé que para ti ha significado mucho esfuerzo, cosa que admiro.

No sé si antes de este momento aquel hombre me había sorprendido realmente. Hacía semanas que había perdido la esperanza de que aquella carpeta captara su atención. Apenas sobresalía una punta de ella al final de una pila de papeles tan alta como yo en su escritorio. Esa era mi última esperanza, pensé, y estaba siendo machacada.

¿Por qué le pones a una organización el nombre de «Liga de los Niños» si solo piensas fingir que ayudas a los niños? Esa pregunta me acompañaba a diario, durante todas las clases, en cada Operación. Sentía sus dientes mordéndome en la nuca cada vez que me daban permiso para salir de la habitación, sin que me miraran una segunda vez; y no soltaba su presa, no me dejaba marcharme, no me liberaba la conciencia. A la mayoría de los agentes, especialmente a los chicos exmilitares, los campamentos no podrían haberles importado menos. Odiaban a Gray, odiaban el proyecto, odiaban que les cambiaran las órdenes de servicio, y esta era la única organización que era visible y que intentaba hacer algo aparte de enviar mensajes vagamente amenazantes cada pocos meses. Tratar de hacer cualquier cosa para ayudar a otros niños era como gritar en una habitación donde todo el mundo ya estaba gritando. Nadie quería escuchar, porque tenían sus propios planes, sus propias prioridades.

Desde la primera noche en el cuartel, yo sabía que la única manera de poder soportarme a mí misma en el futuro sería intentar, con el mayor esfuerzo posible, redirigir los recursos de la Liga hacia la liberación de los niños que aún estaban en los campamentos. En los últimos meses, había dibujado, escrito y planificado todo lo que recordaba de Thurmond, la forma en que patrullaban las FEP, cada cuánto se relevaban, los dos puntos ciegos que habíamos descubierto en el recorrido de las cámaras de vigilancia...

De alguna manera, aquello se había convertido en una especie de adicción. Cada vez que me sentaba, era como estar alrededor de la fogata en East River, escuchando a Liam hablar apasionadamente sobre cómo teníamos que ser los que nos ayudábamos a nosotros mismos y a los demás, que ninguna organización iría nunca más allá de sus propias necesidades o de su imagen para ayudarnos. Tenía razón, por supuesto, y eso se había vuelto en algo más que evidente para mí en los últimos seis meses.

Le creí. Creí en él. Pero también lo había despojado de ese camino cuando nos separamos, y ahora tenía que ser yo quien lo continuara.

—Lo entiendo, señor.

—He hecho copias —dijo—. Lo discutiremos más tarde, en nuestra reunión del personal de alto rango. No puedo prometerte nada, pero, después de todo el trabajo que has hecho para nosotros en

estos últimos meses, tú...

No tenía idea de hacia dónde se dirigía esa frase, y nunca lo sabría. Porque en ese instante, sin molestarse en llamar, otro de los consejeros, Dientes de Caballo, metió su cabeza de cabellos plateados y abrió la boca para cerrarla de nuevo inmediatamente cuando me vio sentada allí. Labios de Rana se apartó de la pared en la que había estado apoyado y dijo simplemente:

—¿Nevada?

Dientes de Caballo sacudió la cabeza.

—Es lo que nos temíamos.

—Maldita sea —exclamó Alban, de nuevo en pie—. ¿La Profesora está viva?

—Sí, pero su trabajo...

De repente los tres pares de ojos se volvieron hacia mí, y me di cuenta de que debería haber salido de allí hacía treinta segundos.

—Estaré en el atrio —murmuré—, si todavía me necesita.

Alban fue el que me saludó con la mano cuando salí, pero fue la voz de Labios de Rana la que me siguió fuera de la oficina, traspasando la puerta que se cerró detrás de mí.

—Nunca pensé que esto era una buena idea. ¡Se lo advertimos a ella!

La curiosidad me mantuvo allí de pie, esperando alguna pista acerca de qué estaban hablando. El hombre prácticamente escupía las palabras, lleno de ira, haciendo que salieran a través de sus labios sobredimensionados en un torrente desbocado. Traté de recordar la última vez que había visto a uno de ellos en aquel estado y no pude. Jude siempre bromeaba que eran parte humanos y parte robots, programados para hacer sus tareas con la menor cantidad de corazón posible.

—Ella tomó precauciones, no todo está perdido —dijo Alban con calma—. Que nunca se diga que esa mujer se ha dejado cegar por el amor. Ven conmigo... Jarvin volverá y necesito estar al tanto. Él podría tener que llevar un equipo a Georgia para arreglar el lío que hay.

Solo necesité oír los pasos que se acercaban desde el otro lado de la puerta para saber que había conseguido la poca información que darían. Me volví cuando un grupo de niños pasó por mí lado de camino hacia el atrio, y me mezclé con el grupo.

Cuando miré hacia atrás, Alban estaba fuera de la puerta de su oficina, dejando que los consejeros le susurraran al oído en medio del bullicio. No me reconoció, pero noté que sus ojos me seguían todo el camino, como si no pudiera dejar que me apartara de su vista.

Unas horas más tarde todavía estaba en el atrio. A la espera de un hueco conveniente en la agenda de Alban para que me encargara revolver en el cerebro de alguien. Nico se había presentado unos minutos antes y me había traído un sándwich, pero no estoy seguro de quién estaba menos interesado en su cena.

«Nevada». La Liga siempre tenía la precaución de dar nombres en código para cada agente y para cada Operación. En ese momento, yo conocía el personal del Cuartel General lo suficientemente bien como para saber que no teníamos a ninguna «profesora» trabajando en Los Ángeles. Pero «Nevada»... Mi cerebro trató de captar la frase como si estuviera pronunciando una palabra extranjera. Despacio. Metódicamente. Habría tenido acceso a los nombres de misiones secretas y de proyectos muy por encima de mi autorización de seguridad en la Liga por el solo hecho de hacer el trabajo sucio que

estaba desempeñando para ellos en la planta baja, pero ese no era uno de ellos.

—Eh —dije, mirando a Nico, que no separó los ojos de la pantalla de su ordenador portátil—. ¿Si te diera el nombre de una Operación, serías capaz de encontrarla en los servidores?

—¿Los servidores clasificados? —preguntó. Cualquier cosa menos segura era una pérdida de tiempo y de talento para los Verdes—. Claro. ¿Cómo se llama?

—Nevada. Creo que la agente a cargo se llama Profesora, y podría ser una mujer que opera en el Cuartel General de Georgia.

Tal como me miró Nico, parecía que yo hubiera recogido mi bandeja de plástico y se la hubiera estampado contra la cara.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Has oído hablar de ella?

Los agentes que estaban sentados a la mesa contigua se levantaron y se fueron cuando llegué yo, y tuve mi propia sección privada en la sala redonda porque fulminé a los Azules que estaban en la mesa de la izquierda hasta que también se fueron. Así que la sala estaba lo bastante tranquila como para oír cómo tragaba mientras bajaba la mirada hacia el teclado y luego se volvía hacia mí.

Y también estaba lo bastante tranquilo como para escuchar el jadeo de Jude cuando irrumpió por las puertas del atrio.

Pasó de largo por las otras mesas con agentes y niños y vino directamente hacia nosotros. Ignorarlo no iba a hacer que desapareciera, él era ese sarpullido que siempre vuelve, incluso después de seis tipos diferentes de tratamientos a base de silencio.

—Eh —dijo Nico—, ¿qué estás...?

Mantuve mis ojos clavados en mi sándwich sin tocar, y solo levanté la mirada cuando nos agarró a ambos del brazo y empezó a sacarnos de nuestros asientos.

—Venid conmigo —dijo con un tono de voz tenso—. Ahora.

—Estoy ocupada —murmuré—. Vete a buscar a Vida.

—Tienes que venir. —Su tono de voz era duro y bajo. Casi no lo reconocí—. Ahora. Ya.

—¿Por qué? —pregunté, negándome a levantar la mirada.

—Blake Howard ha regresado de su Operación.

—¿Y a mí debe importarme por algo?

Sus dedos ardían sobre mi piel.

—Ha regresado dentro de una bolsa para cadáveres.

En el momento en que llegamos al vestíbulo de la entrada, la pequeña multitud de espectadores, agentes de alto rango, Alban, y sus consejeros bajaban en tromba al nivel inferior, donde se encontraba la enfermería, con expresiones sombrías en sus rostros y haciéndose unos a otros preguntas susurradas furiosamente.

—¿Estás seguro? —le pregunté a Jude cuando ya alcanzábamos al grupo—. ¿Qué has visto exactamente?

Tragó una bocanada de aire. Desde tan cerca, vi sus párpados enrojecidos, y me pregunté si había estado llorando antes de venir a buscarme.

La mano de Jude flotó hasta agarrar la pequeña y casi completamente plana brújula de plata que siempre llevaba colgada de una cadena alrededor del cuello. Alban se la había dado para su colección

personal de trastos, junto con la profecía personal de que Jude se convertiría en «un gran explorador» y «un viajero de primer orden». El chico nunca se la quitaba, a pesar de que sus propios poderes hacían que aquel pequeño dispositivo le resultara prácticamente inútil. Como Amarillo, el tacto de Jude siempre llevaba una carga eléctrica débil que interfería con el dispositivo como un imán. Y eso hacía que la aguja siempre apuntara hacia Jude y no hacia el norte.

—Los vi entrar, entonces Cate me hizo salir. Pero oí a Alban preguntándole al agente Jarvin cómo pudo haber sucedido, y Rob le dijo que había sido un accidente. —Jude miró a nuestro alrededor por encima de mi cabeza para asegurarse de que no había nadie lo suficientemente cerca como para oírle—. Ru, no creo que fuera un accidente.

Cuando llegamos al rellano del segundo nivel, Nico nos pasó volando en dirección a la tercera planta, el nivel más bajo.

—¡Eh! —le gritó Jude—. Nico.

—Deja que se vaya —le dije, deseando poder seguirlo y evitar aquel completo desastre.

La enfermería estaba justo debajo del atrio, y ocupaba el gran espacio circular del segundo nivel, con el laboratorio de los ordenadores directamente debajo de ella en la tercera planta. A pesar de su tamaño, estaba casi siempre repleto de máquinas, camas, y de las pocas enfermeras y médicos que la Liga mantenía en el personal para las emergencias y los accidentes que ocurrían durante los entrenamientos. Había tenido que ir más de una vez para que me recompusieran, y no había pasado por alto el hecho de que ellos llevaban unos gruesos guantes de goma especiales para tocarme.

Ahora llevaban los habituales guantes blancos mientras se movían entre Jarvin y sus otros compañeros de equipo para examinarlos. Jude trató de entrar, aún jadeando mientras alcanzaba el pomo de la puerta. Tiré de él hasta la ventanilla de observación, donde se apiñaban varios agentes, mirando una camilla que se movía entre las filas de camas y los carros médicos hacia el biombo del fondo de la sala. Encima de la camilla había una bolsa de plástico negra, llena.

Empujé hasta que Jude y yo llegamos frente a la ventanilla a tiempo para verlos abrir la bolsa y poner a Blake Howard sobre una mesa plana de metal. Una zapatilla de deporte blanca colgaba de su pie derecho, y la sangre que empapaba su ropa era visible desde donde estábamos, y luego nada más. Alban cruzó con Jarvin y Cate y Rob, hasta llegar al biombo, cosa que solo nos permitió ver sus siluetas sombreadas.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío, oh, Dios mío —susurraba Jude con las manos tirándose de los rizos de color castaño rojizo—. Era él, era él de verdad.

Extendí la mano para cogerlo por el codo y tratar de calmarlo mientras se balanceaba hacia delante y atrás. Yo no conocía a Blake. No conocía a ninguno de los niños que no estaban en mi equipo, aparte de sus nombres, y mi personalidad ganadora garantizaba que ellos nunca me conocerían a mí. Pero Jude y Blake habían sido uña y carne, y los dos y Nico pasaban la mayor parte del tiempo libre juntos, trasteando en el laboratorio de los ordenadores o jugando a algún juego. La única vez que había visto una sonrisa abrirse en la cara de Nico fue cuando Blake había estado con él, con sus ojos verdes iluminados, agitando las manos, contando una historia que hizo que Jude prácticamente llorara de risa.

—Tenemos que ir a buscar a... Tenemos que ir a buscar a Nico, creo. Creo que ha ido a mirar algo —dijo Jude finalmente.

Nos alejamos de la puerta y lo acompañé por el pasillo hacia la escalera. Tuvimos que apretujarnos para dejar pasar a los agentes que corrían por el pasillo para confirmar los rumores que estoy segura

de que se estaban propagando como la pólvora por todo el Cuartel General.

—Tengo que decirte algo —susurró cuando llegamos a las escaleras—. Tienes que saber... que no creo que haya sido un accidente. Creo, creo que he sido yo el que ha hecho esto.

—Esto no tiene nada que ver contigo. —Soné mucho más tranquila de lo que me sentía de verdad—. Suceden accidentes continuamente. El único culpable es Jarvin. Él es el que reclutó a alguien que no tenía el entrenamiento completo de campo.

Jude no me dio la oportunidad de echarle un cable. Me cogió por la muñeca y me arrastró tras él por las escaleras hasta el tercer nivel. Veía los ángulos agudos de sus hombros moverse bajo su vieja y raída camiseta de Bruce Springsteen, y por primera vez me di cuenta de que tenía un agujero en el cuello. Él sabía exactamente adónde se había ido Nico.

Ya habían pasado varias horas desde nuestra clase de entrenamiento en la sala de ordenadores, pero me sorprendió encontrarla tan vacía. Por lo general, siempre había un buen número de Verdes que frecuentaban la sala, usando cualquier programa informático o perfeccionando un virus. Si no fuera la hora de la cena, probablemente la expresión de Nico podría haber sido capaz de vaciar la sala.

—Lo encontré —dijo.

—¿Y? —La palabra tembló al salir de la boca de Jude.

—No fue un accidente.

Nico era propenso a tener sentimientos espantosos, que yo estaba segura de que eran así porque tenían que hacer frente a su propio interior espantoso. Pero nunca vertía aquellos pensamientos amargos y venenosos sobre el resto de nosotros. No hasta este momento.

—¿Qué es lo que has encontrado? —le pregunté—. Uno u otro tenéis que explicarme lo que está pasando.

—Dijiste que no era nada —dijo Nico—. Pensaste que era una coincidencia. Deberías habernos creído.

Su tono de voz era ácido sobre mis nervios ya a flor de piel. Mantuve la vista clavada en la pantalla mientras cliqueaba en un archivo de vídeo. Apareció el reproductor, y se amplió para adaptarse a las imágenes en blanco y negro. Diminutas figuras con forma humana se movían alrededor de una sala llena de máquinas enormes. Había visto suficientes como para poder identificarla de un solo vistazo: una sala de servidores.

—¿Qué estoy viendo? —le pregunté—. Por favor, dime que no has sido lo suficientemente estúpido como para descargar el vídeo de seguridad de la compañía en donde Blake y el equipo de Jarvin irrumpieron...

—¿Y darle a Jarvin o a uno de sus amigos la oportunidad de eliminar de forma remota las pruebas? —contraatacó Nico.

Era un clip de treinta segundos; y eso era todo lo que necesitaba. Quería decirle que él había corrido un gran riesgo al descargárselo, que los de sistemas podrían rastrear la descarga hasta dar con nosotros, pero Nico no estaba siendo descuidado.

Treinta segundos. Pero sucedió en menos de quince.

Blake había entrado en la sala de servidores vestido con el habitual atuendo negro de Operaciones, y había localizado la máquina inmediatamente. La repentina aparición del guardia me hizo saltar, una patrulla nocturna que quien había planeado la misión no había estudiado bien por descuido. Blake se



había escondido detrás de la torre del servidor, agachándose y pasando de ese pasillo al siguiente para evitar ser visto. El guardia no habría notado que algo iba mal si Jarvin y otro miembro del equipo táctico no hubieran irrumpido en la habitación, disparando sus armas de fuego.

Me incliné hacia la pantalla, maravillándome de lo fuerte que era el contenido de aquella grabación. Pudimos ver a los dos agentes poniéndose a cubierto, la manera deliberada en que Jarvin desvió su pistola del guardia de seguridad para apuntar directamente a la espalda desnuda de Blake. Y entonces el estallido de luz mientras disparaba contra el chico.

Jude se apartó, tapándose la cara para no verlo.

«Mierda —pensé—, mierda, mierda, mierda».

Estaba claro que Nico lo había visto antes de que llegáramos nosotros, pero ahora lo estaba mirando una y otra vez, hasta que tuve que cerrar el reproductor de vídeo. Él no dijo nada, su rostro no mostraba ninguna expresión. Cerró los párpados, y casi pude sentir la forma en que se transportaba lejos, hasta ese lugar que era solo suyo.

—Esto... No puedo... —exclamó Jude, alzando la voz a cada palabra, presionando con la palma de la mano su brújula plana—. Es que estos chicos... son malos. Las otras personas que hay aquí se preocupan por nosotros, y, en cuanto se enteren de lo que ha pasado, los castigarán. Nos apoyarán. Esto no es la Liga. Esto no es... No es...

—¡No le cuentes a nadie nada de esto! —le dije—. ¿Me oyes? A nadie.

—Pero Ru. —Jude me miró horrorizada—. ¡No podemos dejar que se salgan con la suya! ¡Tenemos que contárselo a Cate, o a Alban, o... o a alguien! ¡Ellos pueden arreglarlo!

—Cate no podrá hacer nada si tú ya estás muerto —le dije—. Lo digo en serio. Ni una sola maldita palabra. Y nunca vayas solo a ninguna parte, quédate conmigo, o con Vida, o con Nico, o con Cate. Prométemelo. Si ves a alguno de los hombres venir hacia ti, retrocede y vete hacia otro lado. Prométemelo.

Jude seguía negando con la cabeza, con los dedos apretados a su brújula. Traté de pensar en algo reconfortante que decirle. Y era muy extraño sentirme desgarrada entre el deseo de protegerlos de la verdad de lo que realmente era la Liga y del tipo de crueldad viciosa que había que demostrar para ser un agente en activo, y la pequeña satisfacción de saber que yo había tenido razón sobre todo y desde el principio. Este no era un lugar seguro. Tal vez había sido para los niños como nosotros, pero ahora los cimientos se estaban agrietando, y un paso en falso podría hacer que todo el Cuartel General se derrumbara encima de nosotros.

Rob y Jarvin no eran almas pacientes. Siempre terminaban sus Operaciones en la fecha prevista. Y esta vez no sería diferente, estaba segura de ello. Cate y algunos otros agentes podrían ser comprensivos con nosotros los niños, pero ¿por cuánto tiempo? Si nos convertíamos en un lastre, si parecía que no éramos nada más que un desastre a evitar, ¿seguirían estando con nosotros?

Una y otra vez, mi mente seguía volviendo a la granada, a la forma en que había explotado directamente bajo nuestros pies. La forma en que Rob nos había ordenado permanecer exactamente allí.

Yo tenía poder para arreglar esto, sabía que lo tenía. Solo tenía que conseguir estar lo suficientemente cerca de Rob y de todos sus amigos para hacerlo. Y, por desgracia, esa iba a ser la parte más difícil.

—Ni una palabra —le dije dándome la vuelta para irme—. Yo me encargo de esto.

Y lo haría. Yo era la líder. Cualquier pensamiento que hubiera dedicado a la idea de escapar en cuanto supiera dónde estaban Liam y los demás se desvaneció como un sueño al despertar por la mañana.

Jude estaba vivo, y Nico estaba vivo, y yo estaba viva, y, por ahora, tenía que concentrar cada gramo de mi energía en mantenernos de esa manera.

# CAPÍTULO CINCO

En vez de dirigirme hacia el atrio, subí por las escaleras a la planta superior, seguí el pasillo curvado del segundo piso hasta los vestuarios, me duché y me cambié de ropa. El Cuartel General estaba frío y sucio como siempre, pero sentía pegajoso y caliente cada centímetro de mi cuerpo, como si estuviera al borde de la fiebre. Unos pocos minutos bajo el agua helada me ayudarían a aclararme las ideas. Podría aprovechar aquel raro silencio para tratar de idear algún tipo de plan para asegurarme de que alguno de nosotros estaba con Jude en todo momento.

Las luces ya estaban encendidas cuando entré. Tenían sensores automáticos de movimiento, lo que significaba que alguien hacía poco que había entrado o salido. Me quedé completamente inmóvil, con la espalda apoyada en la puerta, escuchando el constante goteo de un grifo en algún lugar al otro lado de la habitación. No había nadie en las duchas; todas las cortinas amarillas estaban descorridas, y pude oír el chirrido de los grifos o la explosión habitual del agua a presión.

Lo que oí era muy un sonido muy leve, casi imperceptible bajo el goteo. Un golpeteo constante, como una bota contra el cemento, y un ruido, como alguien pasando una página...

Caminando con mucho sigilo, tomé el camino más largo que rodeaba las taquillas, y cuando llegué a la esquina entré en la siguiente fila larga de reluciente metal plateado.

Sentado en el banco y con una carpeta en las manos, Cole no levantó la mirada. Pude ver el dibujo familiar del croquis de la valla eléctrica de Thurmond mientras pasaba la página.

—¿Crees que Caledonia se parecía mucho a esto?

Todos los músculos de mi espalda se tensaron, obligándome a mantenerme de pie cuando la visión de él fue suficientemente clara como para que me dieran ganas de hundirme en el suelo. Apreté los puños a los costados y respiré hondo.

—No —dije—. El campo de Caledonia era más pequeño. Lo reformaron a partir de una antigua escuela de primaria. Pero algunos de los detalles son iguales.

Él asintió con aire ausente.

—Thurmond, hombre —dijo, metiendo un dedo en la llaga—. Vi algunos bocetos rudimentarios un par de años atrás, pero nada con tanto detalle como esto. Los agentes que tuvimos allí no llegaron a ver la mitad de estas cosas, ni siquiera Connor.

Me quedé exactamente donde estaba, cerca de las taquillas, a la espera de que se marchara.

—Alban nos ha dado estas copias en la reunión de personal sénior de esta noche —dijo Cole—. Cate se levantó para excusarse a media reunión. ¿Alguna idea de por qué?

No dije nada. En realidad, tenía una idea. Cate había estado tratando de mantenerme lejos de esta pista desde hacía meses. Tuve que darle la carpeta a Alban cuando ella no estaba cerca.

—Y yo que pensaba que eras una lectora de mentes —dijo con una risita.

Los músculos de Cole todavía estaban tensos, y era obvio que estaba sufriendo una gran cantidad de dolor mientras se levantaba. Incliné la cabeza hacia las duchas.

Lo seguí a una de las cabinas de las duchas. Los anillos de la cortina crujieron mientras él cerraba el plástico barato detrás de nosotros, sobresaltándome y haciendo que pegara la espalda contra la

pared de cemento. El espacio era muy reducido, y ya me sentía incómoda cuando él se inclinó hacia mí, la cara amoratada a pocos centímetros de la mía, para abrir el grifo de la ducha.

—¿Qué haces? —le pregunté, tratando de abrirme camino por delante de él.

Me agarró por los hombros y me mantuvo a su lado bajo el chorro de agua. Estábamos empapados antes de que Cole comenzara a hablar.

—Las duchas son el único lugar del Cuartel General que no está monitorizado. No quiero correr el riesgo de que las otras cámaras de la habitación puedan registrar nuestra charla.

—No tengo absolutamente nada que decirte —le dije, tratando de salir.

—Pues yo sí tengo mucho que decirte a ti.

Cole levantó ambos brazos para retenerme y casi perdió el equilibrio. Inestable, no podía ejercer demasiada fuerza, estaba cansado y era un blanco fácil. Lo empujé con el hombro, pero debí de dejar entrever mi plan porque me cogió un brazo y me lo retorció hasta que los músculos me ardieron y sentí que me estallaban las articulaciones. Su piel estaba caliente, como si tratara de fundir su sangre encendida con la mía.

«Es uno de ellos, es uno de ellos, es uno de ellos».

—¡Cálmate! —ladró, apretando más—. ¡Contrólate! ¡No voy a hacerte daño! ¡Quiero hablar de Liam!

Cole relajó su puño de hierro en mi brazo, y luego dio un paso atrás, levantando las manos. Todavía me costaba respirar cuando me di la vuelta. El agua nos pareció una buena barrera que ninguno de los dos estaba dispuesto a cruzar. El vapor se enroscó alrededor de mis zapatillas de deporte empapadas, luego de mis rodillas, y después empecé a respirar aquel aire húmedo y caliente que me presionaba contra el pecho.

—¿De Liam? —dije, cuando recuperé el control de mí misma. Entonces Cole me lanzó una mirada exasperada, y supe que el juego había terminado—. Tú lo trajiste de nuevo —añadí con un hilo de voz—. Hice todo lo posible para asegurarme de que él estaría a salvo.

—¿Seguro? —Cole se rio, pero sin una pizca de humor—. ¿Crees que enviar al pobre idiota al mundo exterior para ser capturado o asesinado era un acto de bondad? Tiene suerte de que yo aún compruebe nuestro procedimiento de contacto, de lo contrario los dispositivos de seguimiento ya habrían dado con su culo y lo habrían devuelto al campamento.

No pude evitarlo, apreté los puños.

—¿Cómo lo obligaste a ayudarte?

—¿Por qué supones que le he obligado nunca a hacer nada, cariño?

—¡No me llames así! —le espeté.

Cole levantó sus finas cejas.

—Supongo que eso responde a mi pregunta acerca de por qué mentiste a Alban. El cuidado que has tenido de no explicar casi nada de lo que sabes de mi hermano.

Ahora era mi turno de estar sorprendida.

—¿Cate no te lo dijo?

—Tenía mis sospechas, pero no había ninguna mención de él en su archivo. —Cole ladeó la cabeza, un gesto muy propio de Liam, y se dio golpecitos contra la pierna con el segundo y el tercer dedos de la mano izquierda; un tic nervioso, tal vez—. Alban parece tener una idea, pero los demás no.

Se inclinó hacia fuera del chorro, y buscó un punto de apoyo. Seguía sufriendo, pero una punzada

de orgullo le impedía demostrarlo. Algo típico de los Stewart.

—Mira, él no trabajaba conmigo. Esa noche, cuando lo viste, era la primera vez que lo veía desde que se separó de la Liga, hace años. Creamos un procedimiento de contacto para casos de emergencia, que utilizamos. Pensé que era una situación de vida o muerte, de lo contrario nunca le habría dicho cómo encontrarme.

—¿Porque estabas en una Operación encubierta? —le pregunté—. ¿Qué demonios hay en esa unidad flash? Nunca he visto a Alban tan nervioso. —Cole mantuvo los ojos fijos en los míos y, como yo estaba tan furiosa, fui capaz de aguantarle la mirada—. Dime.

Dejó escapar un largo suspiro, y se frotó el cráneo con los dedos vendados. Ellos le habían roto todos y cada uno de los dedos de su mano izquierda para tratar de sacarle información. Alban me lo había explicado con no poca satisfacción.

—¿He de suponer que vuestra Operación, fuera lo que fuera, terminó viéndose interceptada y por eso irrumpieron en tu apartamento?

Cole me miró ofendido por la sugerencia.

—Diablos, no. Mi tapadera era impecable. Me podría haber quedado allí para siempre y nadie habría sospechado nada. Me atraparon porque el dispositivo de seguimiento que iba detrás de Lee lo vio ir a mi apartamento para decirme que ayudara a un niño Psi fugitivo. Nada de eso habría sucedido si no hubiera aparecido. ¡Aún me quedaban tres horas para ser evacuado!

—Está bien, pero todavía no me has dicho qué demonios estabas haciendo en Filadelfia. Quiero saber lo que hay en esa unidad flash y por qué no pudiste encontrarla. Eso es lo que estabas buscando, ¿verdad?

—Sí —dijo por fin—. Eso es lo que estaba buscando. El idiota se la llevó sin siquiera darse cuenta. Me resistí a creerlo.

—¿Qué?

—Yo tenía mi tapadera en Leda Corporation, donde trabajaba como técnico de laboratorio en la investigación sobre los Psi que encargó Gray. Has oído hablar de ese programa, ¿no? —Esperó hasta que asentí antes de continuar—. Mi objetivo inicial era mantenerme alerta sobre cómo iban las cosas. Alban quería saber qué tipo de pruebas estaban haciendo y si habían descubierto algo, pero también se supone que debía informar si yo pensaba que era posible sacar a algunos niños del programa.

—Lo hiciste —le dije, ligando cabos tan rápido que hasta a mí me sorprendió—. Nico. Ese era el programa de pruebas en el que estaba él.

Cole se encogió de hombros bajo el chorro de agua.

—Él era el único que estaba... lo bastante fuerte como para sacarlo. Los otros eran solo... No puedo describírtelos sin que suene a película de terror.

—¿Cómo conseguiste sacarlo?

—Simulando que sufría un paro cardíaco y moría —dijo—. Los del laboratorio llamaron al «servicio de recogida», pero la Liga lo recogió en primer lugar.

Mi cerebro iba a toda velocidad, valorando una posibilidad horrible tras otra.

—¿Así que la información que había en la unidad flash era la investigación que robaste?

—Sí, algo por el estilo.

—¿Algo por el estilo? —repetí incrédula—. ¿Y yo ni siquiera he llegado a saber lo que hay en esa

estúpida cosa?

Dudó el tiempo suficiente como para que yo estuviera segura de que en realidad no me lo iba a decir.

—Piensa en ello, ¿qué es lo único que quieren saber todos los padres de un niño muerto? Lo que los científicos siguen buscando después de tantos años.

La causa de la enfermedad Psi.

—¿Tú has...?

No. Él no bromeaba. No sobre aquello.

—No puedo darte detalles. No tuve tiempo de ver cuál era la información antes de descargarla, pero escuché la charla en el laboratorio la tarde en que llegaron a la conclusión de sus experimentos. Tenían la prueba de que el Gobierno es el responsable de todo esto. —Cole apretó los puños—. A pesar del hecho de que cerraron el laboratorio y silenciaron permanentemente a todos los científicos el día después de que yo fuera apresado por las FEP, debería ser prueba suficiente para la mayoría de la gente.

—¿Se lo contaste a Alban? —le pregunté.

No era de extrañar que estuviera tan desesperado.

—No hasta que volví y tuve que inventarme una excusa de por qué habían descubierto mi tapadera. Le dije que lo había descargado, pero que tenía algún sistema de seguridad. Estoy seguro de que mi orgullo se recuperará de eso dentro de unos mil años. —Cole suspiró—. Tenía miedo de que, si le decía lo que tenía, los agentes de aquí descubrirían cómo usarlo antes de que yo volviera con él. —Cole tamborileó su muslo con los dedos—. No podía decírselo y arriesgarme a que las noticias llegaran antes que yo. Como estaba desconectado del Cuartel General, vi que las cosas estaban cambiando. La gente que conocía y en la que confiaba estaba siendo trasladada a las otras bases, y las personas que no me gustaban, de repente, estaban al lado de Alban. Eso fue suficiente para hacer que me sintiera un poco incómodo, ¿sabes? —Asentí con la cabeza—. Sabía que si tenía algo real que ofrecerle Alban —continuó Cole— tendría una buena posibilidad de poder superar a los agentes que trataban de cambiar la Liga. Pero si corría la voz, si se sabía lo que era, serían capaces de comenzar a planear maneras de usarlo. Esa información es la moneda que necesitamos para rescatar este tugurio de las malas semillas, para convencer a Alban de que siga con nosotros. Es el único medio de vencerles en la mesa de reuniones cuando su plan les empiece a parecer la única opción real que tenemos.

Ráfagas aleatorias de la discusión entre Rob y Alban me inundaban ahora los oídos. «Gran declaración. Niños. Campamentos».

—Si esa información es tan importante, ¿cómo pudiste sacarla de Leda?

—Cosí la maldita unidad flash al forro de mi chaqueta. Como yo era del equipo de seguridad, salí del edificio con ella, y mis amigos de allí no sintieron la necesidad de cachearme. Sabía que alguien alertaría de la descarga de los archivos, pero usé uno de los identificadores de red de los científicos —dijo—. La cosa más fácil que jamás había hecho en mi maldita vida. En el momento en que dudaran de mi inocencia, ya estaría lejos. Hasta que mi «precioso» hermanito pequeño vio a las FEP que se dirigían hacia mi apartamento mientras yo estaba haciendo la comida para los dos. Él se escapó y cogió mi chaqueta por error.

Si Cole no pareciera tan enfadado consigo mismo por eso, no hubiera estado segura de haberle

creído. Me debatía entre la risa y golpearle la cabeza contra la pared de hormigón de detrás de nosotros.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpido? —le pregunté—. ¿Cómo pudiste cometer un error tan tonto? Has puesto su vida en peligro.

—Lo importante es que todavía podemos conseguir recuperar la información.

—Lo más importante... —Yo estaba casi demasiado indignada para por encadenar una oración entera—. La vida de Liam es más importante que esa estúpida unidad flash.

—Vaya, vaya. —Una sonrisa salvaje apareció en el rostro de Cole—. El hermanito pequeño tiene que besar bien.

La rabia se encendió en mí tan rápido, tan fuerte, que me olvidé de darle una bofetada.

—Vete al infierno —le dije, y traté de salir de allí embistiéndole.

Cole me agarró de nuevo y me empujó hacia atrás, riéndose entre dientes. Mi mano se crispó. Ya veríamos quién se reía cuando le friera el cerebro.

Esa misma idea debió de pasarle por la cabeza, porque Cole me soltó y dio un paso atrás.

—¿Has podido al menos establecer contacto con él desde que volviste? —le pregunté.

—Está fuera de mi alcance —dijo Cole, cruzando los brazos sobre su amplio pecho. Los dedos de su mano izquierda repiquetearon contra el brazo derecho—. Lo gracioso de él es que no tiene ni idea de la carga que lleva encima: no puedo predecir dónde podría estar o tratar de ir. Esto significa que ese pequeño idiota es casi imposible de rastrear, aparte de suponer que todavía está tratando de encontrar a nuestra madre y a nuestro padrastro. La teoría del caos en su máxima expresión.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque tú eres la única que puede hacer algo al respecto. —El vapor se elevó y Cole desapareció en él—. Escúchame. Estamos jodidos. La Liga no me deja salir del Cuartel General. Ni siquiera voy a poder llevar a cabo Operaciones, así que ni te hablo de rastrear la costa este en busca de un fugitivo. En cuanto se den cuenta de que nuestro pequeño informante de ficción no es real, empezarán a barajar las otras opciones. Y lo primero que harán es preguntarse: ¿quién es la única persona a la que conocen estos dos extraños? Se preguntarán: ¿quién es esta chica para que haya que protegerla?

Enfadada, crucé los brazos. Cole bajó la mirada, sus ojos se movieron hacia donde mi camisa mojada se adhería a mis pechos, así que aún levanté más los brazos. Dejó escapar un murmullo reflexivo, y una sonrisa distraída le cruzó el rostro.

—Tengo que decirte que en realidad no eres su tipo. A mí, en cambio, sí que me...

—¿Sabes lo que pienso? —le dije, dando un paso hacia él.

—En realidad no, querida, pero tengo la sensación de que voy a escucharlo de todos modos.

—En el fondo estás mucho más preocupado por Liam que por la información. Quieres que lo encuentre para asegurarte de que está bien. Esa es la verdadera razón por la que me lo pides a mí en lugar de a otra persona.

Cole se rio, burlón. Con el vapor de agua se le había pegado la camisa a la piel, y era imposible no mirar a las fuertes líneas de sus hombros mientras se movía.

—Claro, está bien. Sigue con esa teoría, pero ¿puedes dejar de pensar en mi hermano con esos ojos soñadores durante dos malditos segundos y concentrarte un poco? No se trata de él o yo, sino de asegurarnos de que controlamos la información para poder llevársela a Alban y cerrarles la puerta en

las narices a Meadows y a todos sus amiguitos. No tienes ni idea de qué clase de mierda quieren empezar a hacer en la organización, lo que os harían a vosotros, a todos los niños, si se salieran con la suya. Y lo harán, si no encontramos la manera de adelantarnos a ellos.

«¿Crees que podemos seguir con esto sin hacer una gran declaración?». Las palabras de Rob resonaron de nuevo en mi cabeza.

—¿Qué están planeando? ¿Tiene que ver con nosotros y los campos?

El agua empezó a correr de manera intermitente entre nosotros, el contador de tiempo que habían instalado para limitar el uso de agua caliente se apagó. El agua seguía fluyendo, pero se fue enfriando hasta llegar a la habitual temperatura helada. Y ninguno de los dos se movió.

—Su gran idea —comenzó a contar Cole con su tono de voz quebradizo— es usar a algunos de los niños «no esenciales» y la información que les diste sobre los campos. Ya sabes, los demasiado jóvenes para ser activados, algunos de los Verdes.

—¿Para qué? —le exigí.

—En tu informe dijiste que no buscan ni cachean a los niños que supuestamente están preseleccionados como Verdes, ¿no? —Esperó hasta que asentí para continuar—. Eso fue corroborado por uno de los otros niños que sacamos de un campo más pequeño. Meadows piensa que sus procedimientos de seguridad en las admisiones se han relajado en los últimos años, ya que quedan muy pocos niños fuera de los campamentos, y que cada vez llegan menos. Eso, y que las FEP están controlando cada vez mejor los campamentos más grandes.

—Eso es cierto —le dije.

Me había dado cuenta de que la cantidad de soldados había disminuido en los últimos años en Thurmond a medida que el campamento iba llegando a su máxima capacidad, y que se centraban mucho más en los recién llegados. Pero la disminución de los individuos solo se traducían en una cantidad cada vez mayor de armas y de la predisposición a bombardearnos con Ruido Blanco cada vez que alguien parecía a punto de actuar.

—Él piensa... —Cole se aclaró la garganta, presionándose la con la mano buena—. Meadows quiere atar explosivos a los niños. Devolvérselos a las FEP, y detonarlos cuando sean conducidos a los campos. Cree que así provocará suficiente miedo y descontento entre las FEP como para conseguir que ya no utilicen sus servicios.

No oí la última parte, no del todo. Una interferencia en mis oídos consumía cada sonido, cada pensamiento, todo menos mi frenesí de ideas.

—Si crees que vas a desmayarte, sienta el culo en el suelo —me ordenó Cole—. Te lo he contado porque ya no eres una niña, eres una adolescente, y necesito tu ayuda. Sé que no querías que sucediera esto, pero estás metida en ello. Hasta el cuello. Eres tan responsable de corregir esto como el resto de nosotros.

No me senté, pero las manchas oscuras en mi visión empezaron a crecer, expandiéndose, tragándose su rostro.

—Los otros agentes... ¿también quieren hacerlo?

—No todos —dijo—, pero sí los suficientes para que si Alban no estuviera aquí no hiciera falta siquiera preguntárselo a nadie. Y ahora lee entre líneas.

«Oh, Dios mío».

—Cate lo sabía, pero... ¿todavía está con él? ¿Por qué iba a estar con alguien que pudiera siquiera



pensar en algo así?

—Connor es una mujer inteligente. Si está con él, es por alguna razón, y probablemente no la que piensas. Los dos hemos visto cómo maneja las cosas Meadows.

—Entonces ¿sabrás que Jarvin «manejó» a Blake Howard? —le pregunté—. Le disparó al chico por la espalda en la Operación de anoche.

—¿Lo sabes con total seguridad? —exigió saber—. ¿Tienes alguna clase de prueba?

—Las grabaciones de las cámaras de seguridad —le dije—. Las descargamos antes de que nadie pudiera borrarlas de forma remota desde aquí.

—Guárdalas, por ahora. Cuando tengamos también la unidad flash con la información, también se lo daremos a Alban. Y a Nail Meadows y a los demás dentro de sus ataúdes.

—Aún no puedo asegurarte nada.

—Me estás matando, chica —dijo él, entornando los ojos de nuevo—. Encontrarás a Liam. Y recuperarás la unidad flash con la información y la traerás aquí. Nunca he dudado de ello. Porque, mi Joyita —dijo Cole, sonriendo cuando entorné los ojos ante mi nuevo apodo—, sé que no quieres que Alban averigüe lo que sucedió realmente y que Liam se vea involucrado, y sé que no quieres darle ninguna razón para que acepte el plan de Meadows. Y me aseguraré de que Alban le presta atención a la liberación de los campamentos; de la manera correcta, la que le sugieres en el informe. Eso es lo que has hecho, después de todo este tiempo, ¿verdad? Esa es la razón por la que has recopilado toda esa información para él, ¿no? Sé que no tiene nada que ver con la forma en que Meadows le ha dado la vuelta para ponerlo todo en tu contra.

«Puedes encontrarlo». La parte más fría, más tranquila y más racional de mi cerebro era muy poderosa. «Puedes verlo de nuevo. Puedes asegurarte de que esta vez llegue a casa. Y puedes ayudar a todos los niños. A todos ellos».

—Si acepto, quiero garantías de que no voy a ser reprendida cuando regrese de este pequeño viaje de placer. Y tienes que jurármelo, porque, si faltas a tu palabra, te fundiré el cerebro hasta que no seas más que un charco de babas y mocos. ¿Entiendes?

—¡Esta es mi chica! —exclamó Cole—. ¡Esta es mi Joyita! Veré si puedo colarte en la próxima Operación en el este. Tendrás que ser creativa para deshacerte de la Cuidadora que manden con vosotros, pero creo que estás lista para el reto. La dirección es 1222 West Bucket Road, Wilmington, Carolina del Norte. ¿Lo recuerdas? La cosa empieza allí. Lee es un animal de costumbres, y tratará de volver a casa para ver si nuestro padrastro dejó alguna pista sobre el lugar hacia dónde se dirigían.

Respiré hondo. Mi cuerpo estaba completamente inmóvil, pero todo dentro de mí parecía galopar, mi corazón, mis pensamientos, mis nervios.

—Puedes hacerlo —dijo Cole en voz baja—. Sé que puedes. Estaré protegiéndote las espaldas todo el camino.

—No necesito tu protección —le dije—, pero Jude sí.

—¿El flaco? Claro. Le echaré un ojo.

—Y a Vida y a Nico.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Cole hizo una pequeña reverencia cuando abrió la cortina y salió. Cerré los ojos, tratando de olvidar la familiar inclinación de su sonrisa y la forma en que hacía que sintiera que me iba a explotar el pecho—. Es un placer hacer negocios contigo.

—Eh —dije de repente. Si alguien podía saberlo, era otro agente encubierto—. ¿Has oído hablar de una Operación a la que llaman Nevada? ¿Una agente llamada la Profesora?

—Creo que he oído hablar de Nevada, solo que se trataba de un proyecto que estaban llevando a cabo en Georgia. ¿Por qué? ¿Quieres que lo investigue para ti?

Me encogí de hombros.

—Si tienes tiempo.

—Tengo todo el tiempo del mundo para ti, Joyita. Confía en mí.

Yo todavía estaba allí de pie cuando la puerta del vestuario se cerró de golpe y las últimas gotas de agua cayeron a mis pies.

Pasaron dos largas y tortuosas semanas antes de que encontrara la carpeta roja en mi casillero. Sentí cada segundo que pasaba, a lo largo de la rutina diaria cuidadosamente estructurada de entrenamiento, alimentación, entrenamiento, comida, cama. Mantuve la cabeza gacha y los pensamientos en movimiento. Tenía demasiado miedo de mirar a nadie a la cara por la remota posibilidad de que vieran en mi expresión la culpabilidad o lo que estaba planeando. Casi lloré, de alivio y pánico, cuando vi la carpeta de la Operación en lo alto de mi pequeño montón de libros.

El vestuario rugía a mi alrededor, todos especulaban, y las voces se superponían unas a otras. Alguien había sido lo suficientemente valiente o estúpido durante la lección del día como para preguntarle al instructor Johnson qué habían hecho con el cuerpo de Blake y si haríamos algún tipo de ceremonia para él. A Nico le habían entrado náuseas, pero Johnson se había limitado a hacer un gesto con la mano, pasando de la pregunta.

La líder del Equipo Dos, una Azul llamada Erica, daba en voz demasiado alta su opinión, decía que todavía estaba en la enfermería y que estaban examinando el cadáver, y otra, una Verde llamada Jillian, insistía en que ella había visto cómo se lo llevaban en una bolsa de plástico por el Tubo unos pocos días antes.

—Es evidente que lo han enterrado —dijo.

Me quedé de pie junto a mi taquilla, leyendo la carpeta protegida por la puerta. Podía oír a Vida a unos pocos metros de distancia, riendo a carcajadas de algo que le estaba contando otro Azul. Cuando me volví, estiré el cuello, tratando de mirar en su taquilla. Bueno. No había nada más que el montón desordenado de camisetas que tenía allí metidas. Ella estaría aquí. Y Jude y Nico estaban siempre cerca de ella, así que nadie intentaría nada con ella allí, ni siquiera Jarvin. Aquella abeja tenía mucho aguijón.

Abrí la carpeta de nuevo, dejando que mis ojos recorrieran cada línea. Que sea en la Costa Este, pensé, por favor en el este... Podría llegar a Carolina del Norte mucho antes desde Connecticut que desde Texas o desde el norte de California.

**Identificación de la Operación: 349022-A**

**Fecha y hora: 15 dic. 13:00**

**Localización: Boston, MA**

Massachusetts. Podía trabajar a partir de eso. Algunas de las líneas de tren todavía funcionaban bien.

**Objetivo: sacar al Dr. P. T. Fishburn, director de administración del Departamento de Genética y Enfermedades Complejas de la Facultad de Salud Pública de Harvard; deshabilitar laboratorio.**

El estómago me dio un vuelco: «Sacar», es decir, que tendría que interrogarle en Boston, en una casa franca de la Liga, o, si resultaba ser poco cooperativo, lo llevarían a la base más cercana y lo haríamos allí. Ese sería mi trabajo. Y «deshabilitar», es decir, freír, destruir, demoler, sería el trabajo del equipo táctico.

**Equipo táctico: Grupo Beta**

**Psi: Mandarina, Sol**

**Cuidador: TBD**

—Oh —susurré, sintiendo que se me iba de las manos—. Oh, no.

Dejé la carpeta en mi armario, cerré de golpe y me recogí el pelo mojado hacia atrás, en un moño suelto. Estaba fuera antes de que nadie pudiera darse cuenta de que me había ido. Eran las tres de la tarde; si Cate no estaba en una reunión, estaría en su habitación o en el atrio.

De mi pelo cayó una gota de agua sobre mi mejilla que me limpié con enojo, mientras me abría paso entre las tiras colgantes de plástico que supuestamente estaban allí, en teoría, para ayudar a aislar el poco calor que teníamos dentro del Cuartel General. Miré hacia los techos bajos para evitar el contacto visual con cualquier otro grupo de agentes, haciéndome a un lado para dejarlos pasar cada vez que me cruzaba con alguno de ellos.

Al oír los pasos que me seguían perfectamente sincronizados con los míos, se me erizó el vello de la nuca.

Había alguien detrás de mí. Y me seguía desde que salí del vestuario.

Los pasos pesados y su manera gutural de tragar aire me hicieron pensar que era un hombre. Miré hacia arriba al pasar por debajo de una de las vigas de acero, pero quien me seguía lo hacía por la derecha. No podía ver su reflejo, pero podía notarlo detrás de mí. A lo largo de aquel frío y húmedo pasillo, sentía cada gramo de su odio hacia mí, recorriéndome la columna vertebral.

«No mires —pensé, apretando la mandíbula—, sigue adelante». No era nada; mi mente me estaba jugando una mala pasada, como le encantaba hacer. «No es nada. No es nadie».

Pero pude notar que se inclinaba detrás de mí, y que sus dedos estaban tratando de alisar mi piel de gallina. Nada podía detener la repentina aceleración de mis latidos. Yo sabía qué podía hacer, y tenía la formación suficiente como para combatir contra quien fuera, pero en lo único que podía pensar era en el calzado de Blake Howard colgando de los dedos de sus pies, pálidos y rígidos, en la enfermería.

Entonces llegué hasta la doble puerta que estaba buscando y entré en el atrio casi sin respiración.

Estaban de nuevo en el medio, en las mesas redondas, con sus sillas plegables, devolviendo al espacio su uso habitual de sala recreativa. Aquí y allá vi a agentes vestidos con sus mejores sudaderas de la Liga, jugando a las cartas, viendo las noticias en las pantallas de televisión o incluso jugando al ajedrez con las piezas desaparejadas.

Cate entró por las puertas opuestas, su imagen se recortó con nitidez en su inusualmente brillante traje chaqueta azul marino. Llevaba el cabello rubio trenzado en un moño. Distraída, tropezó con un agente sentado a una mesa cercana, y murmuró una breve disculpa. No me di cuenta de que buscaba a alguien hasta que sus ojos se posaron en mi rostro.

—Ahí estás —dijo ella, corriendo lo mejor que pudo sobre sus tacones. Abrí la boca, pero ella levantó una mano para hacerme callar—. Lo sé. Lo siento. Hice todo lo que pude para cambiar la

decisión de Alban, pero él insistió.

—¡Aún no ha cumplido los dieciséis! —le dije—. ¡No está preparado, tú lo sabes, todos lo sabemos! ¿Estás tratando de convertirlo en el próximo Blake Howard?

Aquello sonó tan fuerte como un puñetazo en la cara. Cate retrocedió, y una expresión de terror cruzó su habitual máscara de calma.

—Luché para sacarlo de esto, Ruby. Le ordené a Vida que fuera contigo, pero alguien convenció a Alban de que Jude debía ser activado antes de tiempo. Necesitan un Amarillo para el sistema de seguridad, y Alban dijo que no tenía sentido llevar a dos equipos diferentes a una sola Operación.

Estábamos atrayendo las miradas de algunas personas. Cate me cogió del brazo y me llevó hasta una mesa vacía, obligándome a sentarme.

—Pues tienes que esforzarte más —insistí.

Nuestro pequeño Sol no funcionaba bien en situaciones de mucha presión, y tenía tendencia a alejarse para explorar cosas brillantes en vez de realizar la vigilancia como era debido. Lo único que sabía acerca del uso de un arma de fuego era que el extremo con el agujero debía apuntar lejos de su cara.

—Cumple quince en un par de semanas. —Cate mantuvo una mano sobre la mía—. Estoy segura de que... Estoy segura de que estará bien. Es una buena Operación, es sencilla, le irá bien para empezar en esto.

—Yo podría hacerlo sin ayuda de nadie. Si se trata de sabotear algún tipo de equipo eléctrico, puedo hacerlo yo.

—Tengo las manos atadas, Ruby. No puedo seguir luchando contra Alban, o empezará a verme como un problema. Y... —Suspiró profundamente, se alisó el pelo con aire ausente, y luego la falda. Su tono de voz sonó más fuerte cuando volvió a hablar, pero ahora ya no me miraba—. El único consuelo que tengo en todo esto es saber que él estará contigo y que tú cuidarás de él. ¿Puedes hacer eso por mí?

Tenía la piel hundida por debajo de los pómulos altos, como si acabara de recuperarse de una larga enfermedad. Me incliné hacia delante, fijándome en la forma en que el maquillaje se había acumulado en las nuevas, finas y oscuras arrugas que tenía alrededor de los ojos. Solo tenía veintiocho años y ya empezaba a parecer más vieja que mi madre cuando la dejé.

A veces me daba la impresión de que era precisamente en esos momentos cuando me encontraba a la verdadera Cate, en las pausas. Yo no describiría nuestra relación como «buena», ya que estaba construida sobre una mentira, una muy cruel. Ella podía decir una cosa y significar otra distinta. Pero en ese momento, completamente entregada a la calma, su cara me lo dijo todo. Vi la lucha en las líneas de su rostro, y supe que cualquier palabra que viniera después sería más para los agentes que nos rodeaban que para mí.

—Tengo que irme al norte —dijo con un tono de voz inexpresivo—, para una misión.

«Al norte» significaba las calles de la superficie de Los Ángeles. Así que probablemente tenía alguna relación con la Coalición Federal. Ahora Cate ya era una agente sénior. Se había ganado las alas. Si la enviaban allí, era para hacer algo importante para Alban.

—¿Así que no vendrás con nosotros? —le pregunté.

Cate miró detrás de mí y saludó a alguien que estaba allí de pie. Sentí que algo frío me goteaba por la nuca, aunque ya tenía el pelo casi seco.

—Hombre, hola —dijo Cate—. Estaba a punto de decirle a Ruby que estará en buenas manos en la Operación. Cuidarás de mi chica, ¿verdad?

Desde el primer día en que lo conocí, Rob nunca me había tocado voluntariamente. Él, como los demás, sabía lo que pasaba. Sin embargo, vi sus manos colgando a los costados; había cabellos oscuros y encrespados en el dorso de sus nudillos. Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿No lo hago siempre? —preguntó Rob con una leve sonrisa.

Cate se puso de pie, su cara pálida como la luna brilló bajo la luz artificial.

—Hasta luego, cocodrilo.

Era su estúpida e infantil manera a de despedirse; siempre decía lo mismo cuando se iba. Los otros nunca dejaban de contestarle con otra rima; Jude había pensado que su despedida era como una especie de juego de identificación. Ahora, apenas podía ahogar las palabras.

—Hasta luego, carahuevo.

Tan pronto como se alejó, vi a Cole sentado en el otro extremo de la sala, con un libro abierto sobre la mesa. Por la oscura expresión de su mirada, era más que evidente que había oído toda la conversación.

«Dijiste que lo protegerías». ¿Había realmente alguien en toda la Liga en el que se pudiera confiar? No podía contar con esta gente para nada. Todas sus promesas eran viles mentiras.

Cole sacudió la cabeza, girando las palmas boca arriba sobre la mesa. Era una disculpa, débil y silenciosa, pero al menos él lo entendía. Mover aquella simple pieza en el tablero era suficiente para cambiar todo el juego.

## CAPÍTULO SEIS

A Jude y a mí nos llevaron clandestinamente a Boston, a plena luz del día, viajando en los asientos plegables de un avión de carga con una bodega enorme. Era un modelo más antiguo que el que habíamos usado para volar de regreso desde Filadelfia, y su olor hacía que la hipótesis de Jude de que una vez había sido utilizado para transportar carne muerta tuviera muchas probabilidades de ser cierta.

Vi las enormes cajas frente a nosotros, tratando de ignorar la forma en que crujían bajo la tensión de las correas que las sostenían en su lugar. Todas estaban marcadas con el elegante cisne dorado de Leda Corporation, y que parecía una especie de terrible broma del universo. La parte racional de mí sabía que no significaba nada, que no era un mal presagio. Volábamos en aviones de Leda Corporation todo el tiempo. Se habían dado cuenta de las ventajas de jugar limpio tanto con Gray como con la Coalición Federal, lo que significaba que tenían «privilegios» especiales para viajar hacia y desde California para transportar sus productos. Tan poco cooperativo como siempre, Gray tuvo la brillante idea, para tratar de matar de hambre a la Coalición Federal de California, de prohibir las importaciones y las exportaciones en el estado. Por desgracia para el resto del país, California era el lugar donde se movía la mayoría del producto fresco, y tenían fácil acceso al petróleo que estaban perforando en Alaska.

Sin embargo, la Coalición Federal era nuestra celestina. Teníamos que aprovecharnos de vuelos como este a cambio de servirles de cuchillo en la oscuridad. Alban lo consideraba un «comercio justo» para el sistema de inteligencia que habíamos desarrollado y para las múltiples operaciones que habíamos ejecutado en su nombre a lo largo de los años, aunque yo sabía que él quería más. En concreto: respeto, dinero y la promesa de que tendría un lugar en su nuevo Gobierno en cuanto Gray estuviera fuera.

Al otro lado de la pila envuelta en plástico de cajas estaba el Equipo Beta, riendo, riendo, y riendo de una broma que se había perdido en el estruendo constante de los motores.

Presioné el dorso de las manos congeladas contra los ojos, tratando de aliviar las palpitations que sentía. El poco calor que seguía circulando por el espacio de carga debía de haberse aferrado al techo, porque no lo notaba en absoluto. Me hundí en el fondo de mi asiento, envolviéndome en el anorak negro con tanta fuerza como me permitía el cinturón de seguridad.

—Respira profundo —cantaba Jude—, espira profundo. Respira profundo, espira profundo. No estás en un avión, estás flotando por el cielo. Respira profundo...

—Creo que para que eso funcione de verdad tienes que respirar profundamente —le dije.

El avión descendió para elevarse un segundo más tarde.

—Eso —dijo, y se le quebró la voz—. ¿Eso era normal?

—Solo se trata de unas cuantas turbulencias —le dije, tratando de librarme de la mano con la que acababa de agarrarme el brazo—. Pasa en todos los vuelos.

Jude se había puesto el casco de uno de los miembros del equipo táctico y un par de gafas para protegerse los ojos. No tuve agallas para decirle que si el avión se estrellaba, una herida en la cabeza sería la menor de sus preocupaciones.

Dios. El pobre ni tan solo podía soportar el estrés de un viaje en avión.

Aquello era un error; yo debería haber luchado más, discutido más, insistido más para mantener a Jude fuera de esta Operación. De vuelta en el Cuartel General, la idea de tener que llevármelo para buscar a Liam había sido frustrante, una molesta dosis de realidad que tuve que tragarme, pero ahora... Ahora yo estaba asustada. ¿Cómo iba a soportar él la presión de escapar de Rob y del Equipo Beta si no podía quedarse quieto durante cinco minutos? ¿Si su imaginación ya le había robado el coraje y había echado a correr?

Tal vez pudiera encontrar una manera de dejarlo con Barton, pensé, frotándome la frente. El problema era... ¿cómo sabía que Barton no era uno de los agentes que habían tomado partido por Rob y su plan a favor de atacar los campamentos? ¿Cómo sabía que ninguno de sus compañeros de equipo no le metería a Jude, gustosa, limpia y fácilmente, una bala en el cráneo?

—Esto va a ser genial. Va a ser guay.

La carpeta de Jude de la Operación estaba llena de manchas de todo lo que había cenado la noche anterior, y ahora él parecía indefenso.

Yo quería gritar. Gritar. Era otra boca que alimentar y otra espalda que proteger. Jude era la encarnación viva de una distracción. Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Enviarlo de vuelta a ese infierno, con la esperanza de que todavía estuviera allí, vivo, cuando yo regresara y Cole pusiera en marcha su plan?

No. Jude era un peso muerto que yo iba a tener que llevar sobre mis hombros todo el camino, pero ahora yo era más fuerte. Podría hacerlo. Quería encontrar a Liam, y mantenerlos seguros a ambos, porque esa era la única opción. Eso era lo único que estaba dispuesta a aceptar.

—Bartlett. ¿Qué crees que hace? —preguntó Jude. Las páginas se desplegaron bajo sus dedos—. Reconozco los otros nombres. Frances es agradable, me dio una barra de chocolate una vez. Me gusta Lebrowsky y Gold, y también Fillman. Tipos guays. Me enseñaron a jugar al solitario. Y también me gusta el líder. Me alegro de que Barton consiguiera el ascenso. Pero ¿quién diablos es Bartlett?

—No sé, no importa —le dije, concentrada de lleno en las cajas de medicinas que tenía frente a mí.

En realidad, yo sabía quién era Bartlett, un chico nuevo que habían transferido desde la base de operaciones de Georgia. Había oído a algunas chicas Verdes en el vestuario hablar de que era un «buen espécimen», pero me habían visto y entonces me fui antes de que pudiera escuchar algo útil.

Ahora Jude tarareaba, siguiendo un ritmo frenético con el pie, contra las esteras del suelo. De debajo de la chaqueta se le había salido la brújula que le colgaba del cuello y se balanceaba al mismo ritmo. No creo que dejara de moverse durante las cinco horas que estuvimos en el aire.

—Bartlett recibió su entrenamiento en West Point. ¿Crees que eso significa que es bueno?

—Si has memorizado los archivos de personal, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque las personas son algo más que lo que dice sobre ellas un pedazo de papel o un expediente de equipo. En realidad, no me importa que la especialidad de Bartlett sea cuchillo de combate, quiero decir, no me malinterpretes, coño, pero prefiero saber por qué se unió a la Liga, y lo que piensa acerca de esta decisión de ahora. Su comida favorita...

En ese momento, me di la vuelta para mirarlo, medio sorprendida, medio horrorizada.

—¿Crees que saber cuál es su comida favorita es más importante que conocer su método preferido

de matarte en una pelea?

—Bueno, sí, es que...

No podía detenerme, y no podía explicar por qué la ira crecía tan rápidamente en mi interior.

—¿Quieres saber más sobre el Equipo Beta? —Podía escuchar mi corazón martilleándome en los oídos—. Durante las próximas doce horas, serán las únicas seis personas que no tratarán de matarte. Pero ellos no van a protegerte, especialmente si interfieres en la Operación. Así que sigue las órdenes del líder y mantén tu maldita cabeza agachada. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Por Dios —dijo Jude, parpadeando—. No todos los adultos del mundo tratan de enterrarnos.

Mi lengua estaba atrapada detrás de mis dientes apretados. «¿Crees que matarte es lo peor que podrían hacerte?».

—Solo quiero conocer a la gente —explicó—. ¿Qué hay de malo en eso?

—Bueno, lo siento —le dije—. La mayoría de ellos no quieren conocerte a ti.

—No, quiero decir... —Hizo un gesto en el aire con las manos, como si fuera a desvelar el misterio de lo que trataba de decir—. Es solo que hoy en día la gente enseguida te resume a un par de huesos desnudos de información y te carga en un sistema, ¿sabes? Y creo que nadie puede realmente conocer a otra persona a menos que te intereses de verdad.

Se detuvo, estirando su largo cuello para mirar a su alrededor, pero nuestra cuidadora para esta Operación estaba ocupada jugando una partida de cartas con Frances.

—Por ejemplo, mira a Rob. Su historial es perfecto. Fue a la Universidad de Harvard, en el ejército fue un Ranger, y luego un agente del FBI durante un tiempo. Mide uno ochenta y cinco de altura y pesa noventa kilos. Sabe cómo utilizar las armas de fuego y habla español a la perfección. Pero, en cambio..., nada de eso deja entrever el hecho de que... —Jude se fue apagando—. No quiero ver solo la cara de alguien; también quiero conocer su sombra.

No creo que Jude hubiera perdido nunca a nadie antes de Blake. Había oído hablar de los agentes asesinados en tal misión, o en tal redada, o en tal explosión, pero, una vez has experimentado plenamente el tipo de dolor específico que llega con la separación de alguien al que conocías hasta la médula de sus huesos, aprendes a no repetir.

—¿Sí? —le pregunté—. ¿Y conoces a mi sombra?

Jude miró hacia otro lado, hacia donde los tacones de sus botas cómicamente grandes rebotaban contra la estera.

—No —dijo con voz tan baja que casi se perdió en los miles de kilómetros de aire azul y cristalino que había debajo de nosotros—. A veces creo que incluso nunca he visto realmente tu cara.

No me molestó. No sentía las manos, pero era solo por culpa del frío, no del hielo que se había manifestado de alguna manera entre nosotros en el lapso de unos pocos segundos. Apreté la mandíbula para mantener los dientes cerrados, para no poder hablar, para evitar murmurar el feo sonido de la frustración. Yo no tenía necesidad de ser querida, o deseada, o cuidada, no necesitaba amigos, y ciertamente no necesitaba al niño que una vez hizo caer toda la red informática de la Liga tropezando con sus propios pies enormes, tratando de culparme por ser algo que no era. Yo estaba muy bien. Solo tenía un poco de frío.

Me acurruqué un poco más en mi anorak, mirándolo por el rabillo del ojo. Inquieto, se retorció las manos rojas.

—El Equipo Beta es un buen grupo —dijo finalmente—. Te tratan bien, siempre y cuando sigas



sus órdenes. A los del Alfa no les importas un comino, así que trata de asegurarte de que estás emparejado con otro chico que pueda vigilar tu espalda. El Delta está dirigido por Farbringer, y a él le gustan los chicos.

—¿Sí? —dijo Jude con una voz sin vida, mientras observaba las rodilleras de tejido negro—. Ruby —continuó en voz tan baja que casi no lo oí por encima del rugido del avión—. ¿Es que Rob me ha elegido para esta Operación para matarme?

Vi a Rob por primera vez justo después de que Cate me sacara de Thurmond. Los dos agentes de la Liga tenían previsto reunirse en una gasolinera abandonada, y cada uno traería consigo a los niños que hubieran logrado liberar. Él había asegurado que no pudo sacar a ninguno y que tuvo que escapar solo para evitar ser detectado por los controladores del campamento. Cate, que por aquel entonces no lo conocía muy bien, lo había creído al instante. Pero él dio un resbalón, y me tocó accidentalmente, y su mente se abrió a la mía. Y pude ver la verdad.

De noche no me quedaba despierta aterrorizada pensando en lo que les habría pasado a Liam y a Chubs y a Zu y a las niñas que había dejado atrás en Thurmond, sino que eran los recuerdos de Rob los que se deslizaban en mi mente. Veía al niño encapuchado en el suelo, mientras su cuerpo convulsionaba cuando el agente le disparaba a quemarropa. Vi la cara de aquella niña, y sus labios moviéndose para pedirle misericordia, y la forma en que el contenedor se había sacudido cuando Rob había arrojado dentro su cuerpo. Y al final me despertaba sintiéndome enferma, y no solo por la pérdida de aquellas vidas, sino porque sentía como si yo misma hubiera matado a aquellos niños. Hablar de conocer la sombra de alguien, tratar de ser su sombra.

—No puedo dejar de pensar en Blake. Pienso en él todos los días, todo el tiempo. Deberíamos habérselo dicho a alguien —dijo—. Jarvin y los otros habrían sido expulsados, la Liga volvería a ser como antes... Antes de que todo esto pasara. Ellos son los malos. Si te deshaces de ellos...

No siempre era así como funcionaban las infecciones. A veces la putrefacción se propagaba demasiado como para poder extirparla de un solo corte. Rob y Jarvin y los demás eran unos cuanto de muchos más. Estaba tan tentada de decirle la verdad, de decirle todo lo que me había contado Cole... Pero aterrorizarlo para que sufriera un ataque de pánico era, con mucho, lo más estúpido que podía hacer. Si esto debía funcionar, él no podía saber cuál era el plan de antemano. No podía darle ninguna oportunidad de que metiera la pata y nos sirviera en bandeja a Rob y a los otros.

—Todo saldrá bien —le dije—. Estaré contigo todo el tiempo.

Estaba temblando, y no creo que oyera salir ni una sola palabra de mi boca.

—¿Cómo pudieron hacer eso? ¿Qué daño les hemos hecho? ¿Por qué nos odian tanto?

Cerré los ojos ante el sonido de las risotadas de Rob cortando el aire.

—¿Por qué no intentas dormir? —le dije—. Vamos a estar en el aire durante unas cuantas horas. No hay ninguna razón por la que los dos tengamos que llegar cansados.

—Está bien —dijo—. Solo quiero...

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

—¿Podemos seguir hablando un poco más? —me pidió sin levantar la vista de sus rodillas, y recogiendo torpemente los pies sobre su asiento.

—Realmente no puedes quedarte ahí sentado y en silencio, ¿verdad? —le pregunté—. Esto te está matando, ¿no?

Pasó un buen rato antes de que respondiera, como si tratara de demostrar que estaba equivocada.

—No —dijo—. Es solo que no me gusta el silencio. No me gustan las cosas que oigo en el silencio.

«No se lo preguntes. No se lo preguntes. No se lo preguntes».

—¿Como... qué?

—Los oigo pelearse, sobre todo —susurró—. Oigo cómo él le grita a ella, y la manera en que ella solía llorar. Pero es... La oigo a través de las puertas cerradas. Mi mamá... Ella solía meterme en su armario porque él tenía menos temperamento cuando yo estaba fuera de su vista. No me acuerdo de cómo sonaba ella normalmente, solo de cómo sonaba al otro lado de la puerta del armario.

Asentí con la cabeza.

—Eso me pasa a mí a veces.

—¿No es muy raro? Han pasado ocho años y aún los oigo, y recuerdo lo oscuro y estrecho que era el armario, y que sentía como si no pudiera respirar. Los oigo todo el tiempo, como si me persiguieran, y no puedo escapar de ellos, nunca. No dejarán que me vaya.

Yo sabía que él estaba agotado, y sabía de primera mano lo que el cansancio puede hacerle a tu mente. Cómo jugaba contigo, cómo derribaba tus defensas una a una. Los fantasmas no acosan a las personas, sus recuerdos sí.

—¿Hablarás hasta que me duerma? Solo... quiero decir, solo hasta que me duerma. ¿Y podrías no contarle esto a nadie, nunca?

—Por supuesto.

Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento, preguntándome qué demonios podría decirle para calmarlo.

—Hay una historia que me gustaba mucho cuando era niña —comencé en voz baja, lo bastante fuerte para que pudiera oírme por encima del rugido de los motores del avión—. Sobre uno conejos. Tal vez la hayas oído antes.

Empecé por el principio, por la huida, la fuga por el bosque, encontrando un nuevo peligro a cada paso, sintiendo la desesperación que acompaña al deseo de proteger a todo el mundo cuando apenas puedes cuidar de ti misma. El chico de los ojos oscuros y sin fondo, la traición, el fuego, el humo. Y, cuando me di cuenta de que le estaba contando mi propia historia, Jude dormía profundamente, escondido en sus propios sueños.

Lo que ocurre en los lugares como Boston es que no importa lo que eran antes, no importa el aspecto de la población, no importa que las empresas hubieran florecido una vez, no importa qué persona importante nació allí, la ciudad que conocía la gente ha desaparecido. Era el ser querido que viste por el espejo retrovisor, haciéndose cada vez más pequeño cuanto más tiempo y distancia se interponía entre vosotros, hasta que llegó a convertirse en una forma irreconocible.

Los edificios de ladrillos rojos seguían firmemente enraizados en el suelo, pero sus ventanas estaban destrozadas. En algunas zonas de los parques la hierba estaba muerta, o había demasiada vegetación en otras, y donde una vez hubo árboles ahora solo quedaban escombros. Grandes casas estaban cerradas y tapiadas, el hielo y la nieve vieja se aferraba a sus piedras oscuras. Había un carril abierto en cada concurrida carretera para coches y bicicletas, que se movían lentamente, pero muchas

de las antiguas calles paralelas estaban repletas de tiendas de campaña improvisadas y la población se acurrucaba en su interior.

Era extraño ver aquellas brillantes y coloridas sombrillas viejas y las sábanas con estampados infantiles montadas como refugios improvisados. Las personas en peor situación estaban expuestas al aire helado con solo un saco de dormir o una pared para apoyarse.

—No lo entiendo —dijo Jude, mirando a través de los cristales tintados.

Ninguna de las farolas estaba encendida, pero había suficientes fuegos encendidos como para poder ver la escena, y los primeros copos de nieve, desde la parte posterior de la ambulancia de un hospital que habíamos recibido tan *amablemente* de los suministros de Leda Corporation.

—Una gran cantidad de personas perdió sus hogares cuando se derrumbaron los mercados —le dije, tratando de ser paciente con él—. El Gobierno no podía pagar su deuda, y por eso estas personas perdieron sus puestos de trabajo y no podían permitirse el lujo de quedarse con lo que tenían.

—Pero si todo el mundo en todas partes está así, ¿por qué los bancos no dejan que todos se mantengan como estaban hasta que las cosas se pongan mejor? ¿No hay nada que podamos hacer para ayudar?

—El mundo no funciona así —dijo Rob desde el asiento del conductor—. Hay que acostumbrarse.

Llevaba un uniforme azul oscuro de paramédico, y parecía disfrutar encendiendo las luces y las sirenas cuando la gente de la calle no se apartaban de su camino lo bastante rápido. Sentado delante con él estaba el único miembro del Equipo Beta que había sido asignado para servir de apoyo en nuestra Operación. Se llamaba Reynolds, y yo solo había tenido que echarle un vistazo a la cara de Jude cuando Reynolds y Rob se daban palmaditas en la espalda para saber que él había sido uno de los agentes que Jude había oído conspirar contra nosotros.

El resto del Equipo Beta iba tres manzanas por delante de nosotros, los siete hacinados en la parte trasera de una vieja camioneta. Iban vestidos de manifestantes, con ropa de calle, pelo desigual, gorras de los Red Sox y chaquetas bastante gruesas como para ocultar las armas.

El Profesor que buscábamos vivía en Cambridge, justo sobre el río Charles. La Facultad de Medicina de Harvard, donde llevaba a cabo su investigación, estaba felizmente situada en el centro de la zona noble de Boston. Rob había decidido, de un modo bastante cuestionable, dividir la Operación en un asalto simultáneo por dos frentes. El Equipo Beta se ocuparía de «deshabilitar» el laboratorio, y Jude y yo irrupiríamos en la vivienda del objetivo y lo «sacaríamos» para interrogarlo.

Al menos, eso es lo que pensaba Rob.

Retrocedimos hasta el puente de Longfellow, cruzamos el río escuchando las ansiosas preguntas de Jude sobre el béisbol, el río, sobre la sustancia pegajosa que estaba en el suelo de la ambulancia, sobre cómo volveríamos a casa, hasta que Barton finalmente habló por el intercomunicador.

—Aquí el Líder, en posición, listos para comenzar la Operación a las veintidós treinta. ¿Cuál es tu estado, Cuidador?

—A cinco minutos del nido de la oca —respondió Rob, y noté cómo aceleraba la ambulancia.

Mi ansiedad eligió ese preciso momento para despertar. Me senté un poco más erguida, apoyé el pecho contra las rodillas y las rodeé con mis brazos.

—¿Estamos conectados con la retaguardia?

—Aquí la retaguardia. La línea es segura, seguimos las dos unidades. Listos para proceder a las veintidós treinta. El satélite muestra una interferencia mínima en Objetivo Dos. Cuidador, hay una

considerable actividad en tu sector.

No estoy segura de a quién le molestaba más oírle llamarlo «cuidador», si a Rob o a mí. Él no tenía un equipo de niños como Cate, pero cualquiera que supervisara a los chicos con poderes en una Operación era bautizado así.

—Hay una protesta en el patio del Hombre Viejo —dijo Rob.

Miré hacia arriba, moviéndome a gatas para llegar a la ventana de atrás. Él estaba en lo cierto. Estábamos pasando por el parque arbolado de la universidad, con sus caminos entrecruzados. Cientos, quizá miles, de personas agrupadas alrededor de una gran hoguera, ignorando el aguanieve que les caía encima. Carteles y tambores llenaban el suelo nevado, lo único que se interponía entre los manifestantes y el pequeño anillo de policías descontentos que los habían rodeado. La gente parecía flotar en el borde del parque, como si buscaran una manera de romper la línea de uniformes y armas.

—¿Por qué están protestando? —susurró Jude, empañando el cristal con su aliento.

No le respondí, solo le hice un gesto para que se agachara. Empecé a contar las manzanas que pasábamos: una, dos, tres, cuatro, cinco.

La ambulancia se detuvo balanceándose a poca distancia de la agradable casita blanca del Profesor, con un tejado inclinado de pizarra gris. Rob se desabrochó el cinturón y se desperezó ligeramente mientras pasaba a la parte trasera.

—Estamos en posición —dijo, tocándose la oreja con la mano.

Noté que me miraba, pero yo seguí mirando fijamente a Jude, que había empezado a temblar de nuevo.

«Este chico va a hacer que lo maten», pensé, pellizcándome el puente de la nariz.

—Está todo despejado —dijo el agente de la vigilancia de la Operación en el Cuartel General—. Huevo de ganso en marcha.

—Roger —dijo Barton, y Rob le hizo eco.

El aspecto de Rob era un poco tosco, una barba oscura le cubría el borde de la mandíbula cuadrada, pero mantenía la mirada atenta. Le arrojó al chico la otra chaqueta de paramédico y una gorra similar que podría ocultar la evidencia de que Jude parecía un par de años más joven de lo que era.

—No digas una sola palabra, no te pongas nervioso, haz lo que yo haga y después trae tu culo de vuelta aquí —le dijo al muchacho. Luego, volviéndose hacia mí, añadió—: ¿Sabes qué tienes que hacer?

Lo miré directamente a los ojos oscuros.

—Sí.

Rob necesitaba a Jude para desactivar el sistema de alarma de la casa y al hombre de la camilla para llevar al Profesor si los vecinos curioseaban y descorrían las cortinas en el momento equivocado. Se suponía que le daríamos un paseo por la ciudad durante unos quince minutos para que yo pudiera inducirle a un estado de cooperación, y luego lo dejaríamos de nuevo en la acera, después de borrarle el recuerdo del encuentro. Si demostraba ser un hueso demasiado duro de roer, Rob tenía un piso franco donde emplearnos en él más a fondo... con métodos dolorosos de persuasión, supongo.

Rob abrió la puerta de atrás, dejando que entrara el aire helado. Él y Reynolds sacaron la camilla, junto con una bolsa de lona. Jude se retorció las manos.

Lo agarré por el brazo justo antes de que saltara detrás de Rob.

—Ten cuidado.

Jude asintió brevemente y apretó los dientes de una manera que me hizo pensar que trataba de mostrarme una sonrisa tranquilizadora o que intentaba no vomitar todo lo que tenía en el estómago.

—Hasta luego, cocodrilo.

La puerta se cerró detrás de ellos. «Hasta luego, carahuevo».

Ninguno de todos los sueños salvajes que había tenido sobre el día en que por fin hiciera el equipaje y me marchara se parecía a esto. No esperaba sentirme tan tranquila como estaba. La primera vez que me había escapado de Cate y Rob, el miedo me había atenazado rápidamente, haciendo que moviera los pies antes de que el cerebro se diera cuenta. No sabía adónde iba o qué iba a pasar. Solo había corrido. Encontrar a Zu y a los otros fue una cuestión de suerte.

Esta vez no podía confiar en la suerte. No tenía tiempo para sentir miedo de lo que pasaría si me atrapaban. El constante autocontrol que ejercía me hizo sentir mucho más fuerte que cualquiera de las emociones crudas y salvajes a las que me había rendido en la gasolinera. Tenía algo que lograr, y que proteger a alguien, y nadie, y mucho menos Rob Meadows, iba a impedírmelo, siempre y cuando me quedara aliento en el pecho.

La luz del porche se encendió cuando los tres pasaron por debajo. Jude me lanzó una rápida mirada por encima del hombro, luego desapareció por el lado de la glorieta hacia la caja de empalmes que controlaba la electricidad de la casa.

Cuando apagaron la luz del porche y Rob se inclinó sobre la cerradura de la puerta dorada, me quité de los hombros el grueso anorak negro de la Liga, saqué un encendedor y la navaja suiza que había escondido en uno de los bolsillos y los metí en mis botas. La vieja chaqueta de cuero de Liam no me protegería del frío por mucho tiempo, pero no tenía ningún dispositivo de rastreo cosido al forro.

Pasé al asiento del conductor y abrí la portezuela. Mis botas acababan de aterrizar en la nieve cuando Jude llegó a la parte trasera de la ambulancia.

—¿Qué estás...?

Corrí hasta él, y le tapé la boca con la mano. Sus ojos se abrieron en una expresión de pánico hasta que presioné un dedo sobre mis labios. Jude estaba demasiado confundido para procesar lo que sucedía. Tuve que cogerlo por la muñeca y arrastrarlo detrás de mí, ocultos detrás de la ambulancia.

—Estamos dentro —oí la voz áspera de Rob en mi oído a través del intercomunicador—. ¿Estado, líder?

—Según lo programado, Cuidador.

Levanté la vista hacia el cartel de la calle, estábamos en la esquina con Garfield, y traté de orientarme. Tenía que poner la mayor distancia entre Rob y nosotros antes de que él se diera cuenta de que habíamos desaparecido, y yo podía correr más rápido que cualquiera a pie, pero no podía correr más rápido que un coche... En especial, con Jude. Si llegábamos hasta la manifestación, es posible que pudiéramos perderlos a él y a Reynolds entre la multitud. Rob no pensaría en buscarnos en el único lugar que teníamos una buena oportunidad de ser atrapados. Él era un hombre despiadado y salvaje, pero no era muy imaginativo.

Jude jadeaba a mi lado, parecía un poco cansado pero por lo demás estaba bien. El viento golpeaba contra su gorro y tiraba del mío. Me bajé el gorro de lana negro, me lo apreté un poco más sobre las orejas, atrapando debajo un par de mechones largos de pelo suelto y amortiguando los sonidos del

intercomunicador de la Operación.

El frío no se parecía en nada al que había sentido en Virginia. Era muy intenso, como un zarpazo persistente en cada centímetro desnudo de mi piel. Intenté aumentar el ritmo, correr más rápido, parpadeando para contener las lágrimas y las ráfagas de nieve, pero Jude luchaba demasiado por mantener la marcha. Las placas de hielo se rompían bajo sus pies, ramas ocultas bajo la nieve vieja se resquebrajaban cuando yo las pisaba al mirar desde los troncos de los árboles que separan las casas y los edificios. Al sur, al sur, al sur. Yo solo necesitaba mantenernos en dirección sur, y entonces llegaríamos a Harvard Yard, y nos toparíamos con los manifestantes, y escaparíamos.

—Objetivo a la vista. Mandarina, ¿el perímetro está despejado?

Jude tiró de mí con un miedo salvaje, pero yo negué con la cabeza en señal de advertencia.

La voz de Rob me recorrió la columna vertebral como una cerilla al ser encendida contra el raspador de la caja. El fuego que se encendió era pequeño, pero hizo arder el estricto control que tenía sobre mi voz.

—Oh, sí —dije después de presionar el botón de mi comunicador—. La costa está completamente despejada.

Supe en qué momento Rob había abierto la puerta de la ambulancia, y se había dado cuenta de que nos habíamos ido. Su extremo de la línea se quedó en silencio, aunque tanto el Cuartel General como Barton solicitaban que les actualizara la información. Pude ver su rostro en mi mente, blanco, volviéndose rápidamente de color púrpura por el esfuerzo realizado para contener la furia. Una pequeña sonrisa curvó las comisuras de mi boca. No podía gritarme sin revelar primero que me había perdido. El trabajo de un Cuidador, por encima de cualquier otra cosa, era mantener a los chicos con poderes bajo su cuidado.

—Mandari... —empezó a decir Reynolds solo para ser bruscamente interrumpido.

—Hola, Rob —dije en voz clara pero baja. Vi la luz de la hoguera del patio, el nuevo tono naranja del cielo. Jude se me agarró a la parte posterior de mi chaqueta, sus largos dedos retorciéndose en el cuero mientras se esforzaba por seguir mi ritmo. Ahora la nieve caía con más fuerza. Saqué la capucha de lana que llevaba debajo de la chaqueta y me la puse en la cabeza, metí las manos en los bolsillos y crucé la última calle—. Tengo una pregunta para ti.

—Ru —susurró Jude—. ¿Qué estamos haciendo? ¿Adónde vamos?

—Mandarina, mantén fuera de la línea todas las transmisiones que no sean de la Operación —llegó la voz de Barton.

Bueno. Yo quería que él lo oyera. Quería que lo oyeran todos.

El anillo de la policía y de la Guardia Nacional se había abierto, y los manifestantes allí reunidos corrían por delante de ellos, con los carteles aferrados en las manos, redoblando los tambores. Una marcha de medianoche, supongo, aunque no tenía ni idea de cuál era su objetivo. Y, a juzgar por la variedad de carteles que vi, ellos tampoco parecían muy seguros de sobre qué estaban protestando. ¿El proyecto que los obligó a servir en las FEP? ¿La falta de voluntad del presidente Gray para negociar con el Gobierno de la Costa Oeste? ¿El estado general de horror que se extendía como una epidemia por todo el país, como la contaminación que asfixiaba a la población de Los Ángeles?

La mayoría de los rostros que nos rodeaban eran jóvenes, pero no adolescentes. Una buena parte de las universidades y colegios del país había sido cerrada temporalmente debido a la falta de fondos, pero, si todavía había alguna que tuviera dinero de sobra, supongo que Harvard sería una de ellas.

«SOMOS TUS CANSADAS, TUS POBRES, TUS MASAS APIÑADAS», leí en el cartel que había junto a mí.

Dejé que nos adelantaran. Si nos colocábamos detrás y lo bastante lejos, ellos tendrían menos posibilidades de oír las proclamas por el intercomunicador. Esperé hasta que despejaron la plaza antes de activar de nuevo el micrófono del intercomunicador.

—Solo quiero saber cuáles eran sus nombres.

—Mandarina. —La voz de Rob era tensa, y sonaba sin aliento—. No tengo ni idea.

—Mandarina, detente.

La mujer del Cuartel General tampoco parecía particularmente feliz conmigo.

—¿Qué diablos está pasando, Cuidador?

También Barton estaba escuchando.

—Esos dos chicos que sacaste de aquel campamento, la noche antes de que nos conociéramos —le dije, manteniendo la mirada fija en un chico joven con rastas que nos indicaba que avanzáramos—. El niño y la niña. Estoy segura de que los recuerdas. Costó mucho esfuerzo sacarlos. Les ataste las manos y los pies.

Jude se quedó mirándome, sus oscuras cejas se unieron en una expresión de confusión.

—No tiene ningún sentido para mí. Los sacaste y luego los mataste en ese callejón, y los dejaste allí, ¿por qué? ¿Cuál era la razón? ¿Qué dijeron o hicieron para cabrearte tanto? Aquella chica te estaba suplicando. No quería morir, pero la sacaste de ese campamento, y la ejecutaste. Ni siquiera le quitaste la máscara al chico.

Apreté los puños para que dejaran de temblarme. Y en ese breve instante, de pronto oí la crepitante voz de Alban en mi oído.

—¿Qué es todo esto? —dijo respirando profundamente—. Necesito que os reunáis con el líder. Si es que no queréis volver al Cuartel General con el Cuidador.

—No vamos a volver al Cuartel General —le dije—, hasta que él se haya ido para siempre.

Era un juego peligroso; si Alban mordía el anzuelo y echaba a Rob, todavía había una probabilidad de que otros miembros de su manada sedienta de sangre tomaran represalias contra los niños en el Cuartel General. Pero... pero... ahora que Alban sabía que Rob era hostil, él y los agentes en que podíamos confiar identificarían a los que habían adoptado aquella actitud, al menos durante las próximas semanas. Jarvin y los otros conspiradores se sentirían más seguros sabiendo que Jude estaba ausente y no podía delatarles. Y yo no necesitaba largarme para siempre. Un par de semanas y estaría de vuelta con todo lo que necesitábamos para forzarlos a salir.

—Rob, escucha, solo quiero saber sus nombres. Quiero saber si te has molestado en preguntarles antes de matarlos.

—¿Crees que esto es un juego? ¡Deja de mentir, maldita sea! Cuando te encuentre...

—Será mejor que nunca me encuentres —le dije con un tono deliberadamente frío. Ni siquiera tuve que cerrar los ojos para ver la cara de aquella chica. Sentí que caminaba junto a mí, con los ojos abiertos, fijos en el cañón de la pistola y en la mano firme que la sostenía—. Porque lo que voy a hacerte será mucho peor que meterte una bala en el cráneo.

No esperé a oír su respuesta. Me quité el intercomunicador y lo tiré al suelo, dejando que los pies que venían detrás de mí lo rompieran y dispersaran las piezas. Le hice un gesto a Jude para que me siguiera mientras corría para alcanzar a los manifestantes. Éramos una avalancha de gente que corría

por el amplio margen de la avenida Massachusetts. Me empujaban desde todos los lados, había decenas de brazos a mi alrededor, la gente gritaba y gritaba sin parar, y era el lugar más seguro en el que había estado en meses. Eché una mirada detrás de mí mientras me empujaban hacia delante, vi la cara pálida de Jude, los ojos muy abiertos, las mejillas y la nariz de color rosa por el frío violento. Me estaba relajando, sentí una oleada de fuego de poder y control. Habíamos escapado, y ahora ni siquiera nos buscaban.

Noté que Jude me agarraba de nuevo la parte posterior de la chaqueta y avanzamos, fluyendo con la multitud. Los tambores que nos precedían sacudían el aire con un ritmo frenético, y por primera vez sentí una punzada de pánico. Me pareció oír a alguien diciendo mi nombre detrás de mí, pero incluso las proclamas quedaron ahogadas por la furia que se apoderó de mi mente.

La multitud a mi alrededor seguía creciendo, y, cuanto más avanzaban por la calle, más parecía que aumentaba el frenesí de su excitación. La misma proclama era cantada a través de su sangre: «Más, más, más, más». Eso era lo único que tenían en común. La única cosa que todos querían, más alimentos, más libertad, más dinero, más.

Me di cuenta de hacia dónde nos dirigíamos casi de inmediato: de nuevo al corazón de Boston. El puente de la avenida de Massachusetts estaba más adelante, y allí estaban las conocidas luces intermitentes azules y rojas de los coches de policía que la bloqueaban.

Los manifestantes no se detuvieron.

Había docenas de policías antidisturbios, la Guardia Nacional apuntando, y ni uno solo de los manifestantes dejaba de marchar hacia delante. Noté que mis pies ralentizaban el paso, pero fui empujada hacia delante por el impulso de la ola aplastante que iba detrás de mí.

El policía que estaba en el centro de la línea de seguridad, un hombre viejo y canoso que nos miraba con recelo, levantó un megáfono.

—Soy el sargento Boers del Departamento de Policía de Boston. Están invadiendo la zona en violación de la Ley General de Massachusetts, capítulo dos sesenta y seis, apartado uno veinte, y son objeto de un posible arresto. Están reunidos ilegalmente. Exijo que se dispersen de inmediato y de manera pacífica. Si no se dispersan de inmediato y de manera pacífica, serán arrestados. Esta es la única advertencia.

No vi la primera piedra que lanzaron. Ni siquiera vi la segunda o la tercera. Pero oí el ruido de su impacto contra los escudos de la policía antidisturbios.

—¡Entonces disparad! —gritó alguien—. ¡Disparad! ¡Disparad! ¡Disparad!

Las chicas que estaban a mi alrededor recogieron la palabra y comenzaron a gritar.

—¡Disparad, disparad, disparad!

Era el único rival para las proclamas.

Di un paso atrás, abriéndome paso a codazos a través de la multitud palpitante. ¿Querían que la policía abriera fuego contra ellos? ¿Para qué?

Para registrarlo en vídeo. Vi los dispositivos de grabación apretados entre los dedos rígidos por el frío. Los copos de nieve se adherían a las lentes de las cámaras, que seguían el trayecto de cada piedra, de cada bola de nieve, de cada ladrillo que era lanzado hacia los hombres y mujeres de uniforme. Me agaché, protegiéndome la cabeza con los brazos mientras me abría camino a la parte trasera de la multitud. Un codazo fortuito se me clavó en la nuca, y fue suficiente para sacarme de mi ensoñación.

Me di la vuelta y busqué el brazo de Jude, pero la persona que me agarraba la chaqueta era una



chica asiática con gruesas gafas negras que parecía igual de sorprendida de verme como yo de verla a ella.

—¡Lo siento! —gritó—. Pensé que eras mi amiga.

«Maldita sea». Me di la vuelta, escudriñando la multitud. «¿Dónde está?».

El disparo fue lo bastante afilado para cortar las proclamas, lo bastante fuerte como para silenciarlas. La chica y yo saltamos hacia atrás, pero fuimos apartadas a empujones por la gente que todavía marchaba hacia delante detrás de nosotros. Tal vez el oficial o el soldado pensó que la amenaza disolvería la multitud, pero había juzgado muy mal la ira que alimentaba a aquella gente.

Los manifestantes a la cabeza de la multitud estaban acostumbrados a este tipo de intimidación. Eché un vistazo por encima del hombro; luchaban contra los escudos que bloqueaban su camino, clamando encima del capó de los coches de policía. Los más desafortunados eran arrancados de allí a tirones y golpeados en el suelo con las porras.

—¡Jude! —llamé, con un enorme sentimiento de culpa—. ¡Jude!

La primera lata de gas lacrimógeno lanzada emitió un silbido siniestro, pero no fue suficiente para amedrentar a la multitud. Solo consiguieron que los manifestantes se lanzaran a la carrera hacia los oficiales. Sentí que alguien trataba de agarrarme por el brazo y me di la vuelta para enfrentarme a él, pero al tirar me liberé de su presa.

«Mal plan —pensé, ahogándome en el aire envenenado—. Mal, mal, mal plan, Ruby».

Verlo fue una simple cuestión de suerte. Yo había empezado a darme la vuelta para dirigirme en dirección opuesta, y entonces vislumbré una cabeza de pelo rizado por el rabillo del ojo.

La chaqueta azul de paramédico se agitaba al viento, con una manga desgarrada irregularmente. Jude estaba quieto, de puntillas, con una mano en la farola más cercana para mantenerse en pie, con la otra hacía bocina mientras me llamaba.

—¡Ruby! ¡Ru! —gritaba una y otra vez.

Vi la forma en que el miedo se alimentaba de su ansiedad y la convertía en caos. Perdí de vista a Jude, oculto en una nube de gas lacrimógeno, escondido detrás de la súbita estampida de los cuerpos que trataban de escapar de las armas de fuego, del humo, del puente. La gente gritaba y los disparos no cesaban. Pero también se oían nuevos ruidos. El vuelo estacionario del helicóptero por encima de nosotros, iluminándonos con los reflectores. El zumbido de las aspas alejó un poco de humo, despejando el camino para que la Guardia Nacional corriera hacia nosotros. Por primera vez me di cuenta de que había más de un uniforme negro entre la gente.

Si hubiera sido una noche clara, si mis ojos no hubieran estado anegados en lágrimas, si hubiera podido oír algo que no fuera el estruendo de mi propio corazón, me habría dado cuenta antes. El aire parecía vibrar contra mi piel, y tragué la bocanada de ozono un segundo demasiado tarde para hacer algo al respecto.

—¡Jude, no!

La línea de farolas a lo largo del tramo de la carretera comenzó a zumbar, sus luces naranjas viraron al blanco un segundo antes de explotar, enviando una lluvia de cristales y chispas contra los manifestantes aterrorizados.

No estoy segura de que nadie pudiera reconocer lo que era Jude, no hasta que las luces de los edificios cercanos se encendieran, después de meses o años de oscuridad.

Llegué junto a él medio segundo antes de que lo hiciera un soldado de la Guardia Nacional y su arma, lanzándome contra su pecho y haciendo que ambos cayéramos al suelo. El impacto hizo sonar el aire de mis pulmones, pero pude levantarme y protegerlo de la culata del fusil del soldado, que con un solo golpe se rompió contra mi cráneo y me sumió en una oscuridad total.

## CAPÍTULO SIETE

El suelo tembló debajo de mi mejilla, un estrépito sordo que subrayó el ligero dolor en mi cerebro. Tardé un poco en notar me las extremidades. Respiré hondo, tratando de tragar el sabor a hierro y a sal de mi lengua seca. Mechones de pelo enmarañado se me pegaban al cuello. Intenté alcanzarlos y apartármelos solo para darme cuenta de que tenía las manos atrapadas detrás de mí, con algo afilado que se me hundía en la carne.

Cuando me di la vuelta en el suelo sucio de la furgoneta, me dolieron los hombros. Estaba oscuro en la parte de atrás, pero de vez en cuando un destello de luz se veía a través de la reja de metal que separaba los asientos delanteros del resto del vehículo; solo lo suficiente para que pudiera ver que el conductor uniformado y el hombre sentado en el asiento del copiloto iban vestidos de negro.

Maldita sea. El corazón me latía en los oídos, pero no estaba asustada, no hasta que vi a Jude sentado y sujeto a uno de los bancos, con las manos atadas y la boca amordazada.

Aunque las FEP me habían atado las manos, por cualquier razón, probablemente porque ya estaba inconsciente, no me habían amordazado, y me sentí agradecida por eso. Me subía bilis, quemándome la garganta, y la única manera de hacer que todo el asunto empeorara hubiera sido ahogándome en mi propio vómito. Podía sentir la ansiedad construir una frase en mi interior a un ritmo lento y constante: «Otra vez no, otra vez no, no puedo volver allí, otra vez no».

«Cálmate», me dije. «No eres tan buena como eso. Contrólate».

No podía mover la mandíbula para decir algo que llamara la atención de Jude. Pasaron varios minutos preciosos hasta que se dio cuenta de que yo estaba despierta, y, cuando lo hizo, su cuerpo dio un enorme tirón de la sorpresa. Trató en vano de quitarse el paño de la boca con el hombro. Negué con la cabeza. Si íbamos a hacer algo, tendría que estar en silencio.

El miedo de Jude era real, algo vivo. Se cernía sobre sus hombros, negro, atronador. Empezó a temblar con violencia. Sacudió la cabeza desesperadamente, tratando de enviarle bocanadas de aire a sus pulmones.

«Está sufriendo un ataque de pánico». Mi pensamiento estaba en calma, me sentía segura, y me sorprendió la determinación que inundaba mis venas.

—No pasa nada —le susurré, esperando que los chicos de delante no me oyeran por encima del parloteo de sus radios—. Jude, mírame. Tienes que calmarte.

Él negó con la cabeza, y pude leer sus pensamientos claramente, como si hubiera estado realmente en su interior. «No puedo, no aquí, no ahora, oh, Dios, oh, Dios».

—Estoy aquí contigo —le dije, pegando las rodillas al pecho.

Fue doloroso, pero me las arreglé para sacar los brazos alrededor de las piernas, por lo que ahora aún tenía las manos atadas pero delante de mí.

—Respira profundamente por la nariz —le dije—. Ahora déjalo salir. No pasa nada. Saldremos de esta. Solo tienes que calmarte.

Y tenía que hacerlo más pronto que tarde. Mi mente giraba en círculos tratando de pensar en que el campamento más cercano era... ¿Al norte del estado de Nueva York? ¿No había uno en Delaware,

cerca de un pueblo de tierras agrícolas abandonadas? ¿Dónde estábamos ahora?

Miré a Jude fijamente.

—Cálmate —le dije—. Necesito que te concentres. Tienes que detener el coche. ¿Te acuerdas de Saratoga?

Si había algo bueno que podía decir de los métodos de entrenamiento de la Liga, era que los instructores eran creativos. Tendían a saber, mediante una especie de sentido sobrenatural, qué tipo de situaciones nos encontraríamos, incluyendo un ejercicio práctico en un escenario casi exacto a este. En aquella simulación, Vida, Jude y yo habíamos participado en una supuesta Operación en Saratoga y habíamos sido tomados como rehenes. Vida y yo habíamos peleado a nuestra manera para salir de la camioneta y ambos habíamos sido abatidos a tiros en nuestra huida. El instructor Fiore señaló todo lo que deberíamos haber hecho, que incluía a Jude haciendo algo que no fuera esconderse en la parte trasera del coche.

Lo vi respirar profundamente y asentir.

Cuando viajé con Zu, el mayor obstáculo que tenía que vencer era controlar sus habilidades de Amarillo. Usaba guantes de goma durante la mayor parte del tiempo que pasamos juntas para evitar cargarse la maquinaria o el coche, pero la había visto perder el control dos veces sin llevarlos puestos para bloquear su tacto cargado de energía. Jude, creía, se había entrenado. Había tenido la ventaja de estar cerca de otros Amarillos que estaban dispuestos a ayudarlo a aprender. A pesar de que corría a una velocidad diez veces más rápida que todos a su alrededor, mantenía sus habilidades en jaque. La escena de la protesta había sido la primera vez que le había hecho dar un paso en falso, y de una manera horrible.

Cerré los ojos, y me di la vuelta sobre las rodillas, tratando de prepararme.

Sentí la enorme oleada de electricidad, se me erizó el vello de los brazos. Me crepitaron los oídos, el aire se calentó hasta arder en los pulmones.

Era demasiado para que la batería del coche lo resistiera. El coche ni siquiera se estremeció cuando murió; fue como si hubiera chocado contra una pared invisible. El impulso me lanzó contra la rejilla frontal. Los dos de las FEP gritaron confundidos.

Pero no había pensado en ello. Los coches de la Costa Este eran raros, con los precios de la gasolina por las nubes y los costes de mantenimiento. Solo había asumido que no habría nadie más conduciendo ahí fuera, que la furgoneta se detendría, y que encontraría una manera de deshacerme de las FEP.

Vi los faros blancos en el mismo momento en que lo hacían las FEP. La fuerza del impacto cuando el camión arrancó la parte delantera de la furgoneta nos hizo dar vueltas salvajemente. Los airbags explotaron con un olor a quemado. Me estrellé contra el banco de enfrente de Jude, que cayó al suelo.

La furgoneta se deslizaba sobre los neumáticos de la derecha, y por una fracción de segundo estuve segura de íbamos a seguir rodando hasta estrellarnos y morir. En cambio, la furgoneta cayó de nuevo sobre las cuatro ruedas. Por encima del siseo del motor humeante oí gritar a uno de las FEP, y oí los neumáticos del camión chirriar mientras frenaba hasta detenerse.

—¡Flowers, Flowers!

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mi visión doble mientras buscaba a Jude por el suelo con las manos. No me detuve hasta que encontré su huesudo y caliente tobillo y noté una contracción como respuesta. Vivo. Estaba demasiado oscuro para ver si de una sola una pieza.

—¡Flowers! ¡Maldita sea!

Si hubiera habido cualquier otra persona además de las FEP, podría haber sentido lástima por la molestia que le habría causado. Uno de los hombres de uniforme, Flowers, supongo, se desplomó hacia delante en su asiento, con el airbag desinflado y manchado de sangre.

—¡Mierda!

El conductor golpeaba con fuerza el volante. Palpó el salpicadero destrozado hasta que sus dedos alcanzaron la radio. Jude había hecho su trabajo. Cualquier cosa electrónica en un radio de quince metros había acabado frita. El hombre seguía tratando de conectarla, seguía diciendo: «Aquí Moreno, ¿me oye alguien?».

El de las FEP debió de recordar el protocolo, porque forzó la puerta hasta abrirla y saltó a la nieve. Ahora tenía que asegurarse de que estábamos bien.

Y yo estaba lista para él.

Me temblaban las piernas como un potrillo cuando me lancé por encima de Jude y empujé al soldado contra la puerta. Él tenía su pistola en una mano, pero necesitaba la otra libre para destrabar la puerta de atrás. Le rodeé el cuello con las esposas y tuve su cara entre mis manos antes de que pudiera dejar escapar un grito de sorpresa.

El soldado, Moreno, se sacudió, pero su cerebro no opuso mucha resistencia. Asumí el control con suavidad, fácilmente, sin el menor grito de dolor en mi mente.

—Quítanos... las esposas —le pedí.

Esperé a que lo hiciera antes de quitarle el arma de la mano. Jude dejó escapar un gemido de felicidad cuando lo liberó de sus esposas metálicas.

—Date la vuelta y empieza a caminar hacia Boston. No te detengas hasta llegar a Charles. ¿Entiendes?

Mi dedo se acurrucó en el gatillo de la pistola.

—Camino de regreso a Boston —repitió—. No me detengo hasta llegar a Charles.

Noté a Jude a mi espalda, balanceándose, pero mantuve el arma negra apuntando a la cabeza del de las FEP mientras se alejaba, desapareciendo entre las nubes arremolinadas de nieve, en lo profundo de la noche. Mis brazos empezaron a temblar, tanto por el gélido frío como por el estrés de mantenerme en pie.

El conductor del camión se tomó su tiempo, pero apareció por el lado del conductor y dio unos golpecitos en el cristal de la ventanilla.

—¿Están todos bien? ¡He llamado pidiendo ayuda!

Le hice una seña a Jude para que se quedara atrás. El de las FEP todavía era visible mientras se abría camino por la carretera a pesar de su uniforme oscuro y la carretera de color negro. El conductor del camión lo vio de inmediato. Conté sus pasos mientras corría tras él, gritándole: «¡Eh! ¿Adónde va? ¡Eh!».

Ante su mirada, Jude deslizó las esposas de sus manos temblorosas, que resonaron al caer al suelo. Cuando el conductor del camión se giró sobre sus talones, yo ya lo estaba esperando, levanté la pistola, las manos firmes.

El rostro del conductor del camión palideció rígido bajo la barba. Por un momento, no hicimos nada más que mirarnos el uno al otro mientras la nieve caía sobre su cabello hirsuto. Su chaqueta era

de franela, de un color rojo vivo y a juego con el gorro de lana que se había bajado hasta las orejas. Lentamente, levantó las manos en el aire.

—Niños —comenzó, con voz temblorosa—. Oh, Dios mío, sois vosotros.

Jude me apretó el hombro con la mano.

—Ru... —comenzó a decir con incertidumbre.

—Piérdete —le dije, señalando con la cabeza el arma en mis manos.

—Pero... la ciudad más cercana está a kilómetros de distancia.

Vi que el conductor se relajaba, sus manos caían a los costados y la sorpresa había desaparecido de su rostro. Era evidente que él pensaba que yo no era capaz de pegarle un tiro si llegaba el momento. Yo no sabía si estaba furiosa o agradecida al respecto.

—¿Adónde vais? ¿Necesitáis que os lleve? No tengo mucha comida, pero... estaréis calientes y...

Tal vez el conductor pensó que estaba siendo amable. Jude obviamente pensó eso, porque tuve que agarrarlo de la chaqueta para que no saltara fuera de la furgoneta y lanzara sus brazos alrededor del hombre en lloroso agradecimiento.

O tal vez el conductor solo quería los diez mil dólares por cabeza que daban por nosotros.

—Necesito que te alejes —le dije, quitando el seguro de la pistola—. Vete.

Me di cuenta de que quería decir algo más, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. El conductor negó con la cabeza una vez, dos veces, y me hizo un gesto débil. Jude dejó escapar una protesta ahogada, levantando una mano en su dirección, como si pudiera obligarlo a detenerse. El conductor tardó un poco en darse la vuelta y marcharse.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó Jude—. ¡Solo trataba de ayudarnos!

La fina capa de hielo de la carretera se agrietó cuando salté sobre ella, devolviéndome de nuevo a un pleno estado de alerta. No tenía tiempo para darle explicaciones, no cuando la necesidad de salir pitando de allí me quemaba en las venas. La noche iba a ser larga y los montones de nieve que cubrían los densos bosques que nos rodeaban estaban intactos. Tendríamos que movernos rápido y cubrir nuestras huellas.

—Nosotros nos ayudaremos a nosotros mismos —le dije, y lo conduje hacia la oscuridad.

Las luces distantes de los faros en la carretera no hacían mucho para aliviarnos el frío, que había clavado sus garras en mi pecho mientras corríamos. Seguí con la esperanza de encontrarnos con un coche que pudiéramos usar, pero todos los que habían sido abandonados en este tramo de carretera tenían la batería gastada o ni una gota de gasolina. Cinco minutos de marcha a través de la nieve hasta las rodillas por los bosques cercanos, siguiendo el borde de lo que supuse era la autopista de peaje de Massachusetts, y finalmente apareció la señal de la salida de Newton, Massachusetts, y otra que decía que faltaban setenta y dos kilómetros hasta Providence, Rhode Island.

Esto era lo que yo sabía sobre el estado de Rhode Island: estaba al sur de Massachusetts. Por lo tanto, iríamos a Providence. Y entonces buscaría una señal que indicara Hartford, la única ciudad que conocía en Connecticut, y luego hacia New Jersey. Y así sería como mi educación de cuarto grado haría que recorriera la Costa Este, por lo menos hasta que encontrara un maldito mapa y un maldito coche.

—Espera... —balbuceó Jude sin aliento—. Espera, espera, espera...

—Tenemos que avanzar más rápido —le advertí.

Lo había estado arrastrando detrás de mí durante todo el camino, pero estaba dispuesta a cargar con él si hubiera sido necesario.

—¡Eh!

Dejó que su cuerpo se relajara, cayendo de rodillas. Tiré de él con brusquedad, y casi perdí el equilibrio.

—¡Vamos! —le espeté—. ¡Levántate!

—¡No! —exclamó—. ¡No hasta que me digas adónde diablos vamos! ¡Probablemente Barton lleva toda la noche buscándonos!

La carretera estaba flanqueada a ambos lados por las colinas y los densos bosques de árboles, pero seguíamos avanzando demasiado expuestos. Cada vez que pasaba un camión de carga y nos bañaba con la luz blanca de sus faros, tenía que empuñar el arma.

Respiré profundamente.

—¿Tienes tu botón del pánico? —le pregunté—. Jude, mírame. ¿Todavía lo tienes?

—¿Por qué? —preguntó, buscándose por los bolsillos del pantalón—. Creo que sí. Pero...

—Tíralo.

Sus espesas cejas se juntaron encima de su larga nariz enrojecida por el frío. Usó la mano libre para rebuscar en su abrigo.

—Ruby, ¿qué está pasando? Por favor, ¡explícamelo!

—Tíralo —le dije—. No vamos a volver a Los Ángeles. Al menos no todavía.

—¿Qué? —Jude pareció empequeñecer y su voz sonó lejana—. ¿Hablas en serio? ¿Estamos... huyendo?

—Dentro de un tiempo volveremos —le dije—, pero primero tendremos otra Operación especial. Tenemos que seguir adelante antes de que alguien venga a buscarnos.

—¿Quién nos la asignó? —exigió Jude—. ¿Cate?

—El agente Stewart.

Jude no parecía muy convencido, pero ahora ya se había puesto en pie.

—Tengo que recuperar información de una de sus fuentes —le expliqué, tratando de hacer que sonara tan misterioso y peligroso como pude.

Y funcionó. Su mirada nerviosa cambió a una de interés. Y en ella se entrevió una pequeña emoción efervescente.

—Es vital para la misión de la Liga, pero no podía dejar que Barton supiera la verdadera razón de que nos hayamos marchado. Tenía que encontrar una manera de asegurarme de que Rob se fuera antes de que nosotros volvamos.

—¡Deberías habérmelo dicho! —dijo Jude—. Desde el principio, podría haber ayudado.

—Es secreto. Es información confidencial —le aseguré, y añadí—: Y peligrosa.

—Entonces ¿por qué diablos me llevas contigo? —me preguntó.

—Porque, si vuelves ahora, te matarán igual que mataron a Blake.

Me sentí avergonzada. El sentimiento se coló en mí, agarrándome por el cuello. Yo me lo había llevado sin darle ninguna oportunidad de elección, y luego había simplificado la verdad para que aceptara aquella realidad mucho más fácilmente. ¿No había odiado a Cate por hacerme a mí lo

mismo? ¿Se había sentido tan desesperada por conseguir que yo estuviera de acuerdo como yo lo estaba ahora con Jude?

Jude ralentizó el paso de nuevo, mirándome como si nunca antes me hubiera visto.

—Estaba bien —susurró—. Por eso me recogió. Tenía razón.

—Sí —admití—. La tenías.

Jude asintió, moviendo la mandíbula hacia atrás y hacia delante, tratando de sacar las palabras. Finalmente, metió la mano en su chaqueta de paramédico y sacó el botón negro familiar. Lo arrojó a un lado.

—De todos modos, no funciona —murmuró, soltándose de mi mano—. Freí ese coche y todo lo que había dentro, ¿recuerdas?

Vale. Por supuesto. Entonces los dispositivos de seguimiento de sus ropas tampoco funcionarían.

—Muy bien —dijo, y su tono de voz sonó ahora más fuerte.

Este era el Jude que había creído que las operaciones serían tan guays como los videojuegos a los que jugaba con Blake y Nico.

Estiré la mano y le quité el polvo de nieve del pelo y los hombros.

—Tienes que hacer todo lo que te diga, ¿entiendes? Vamos movernos fuera de la red, y nadie puede saber dónde estamos. Ni Cate, ni Vida, ni siquiera Nico. Si nos encuentran y nos capturan, arruinaremos todas las oportunidades que tenemos en esta Operación de asegurarnos de que la Liga es un lugar seguro.

De la forma más rápida y sencilla que pude, le expliqué la Operación. Todo, desde adónde nos dirigiríamos primero hasta lo que habían estado planeando Rob y los otros. Le di una pequeña porción de la verdad: que viajé con Liam durante un tiempo, pero que nos habíamos separado antes de que Cate me trajera, y que había perdido su rastro.

¿De verdad sería tan horrible contarle toda la verdad? Me sorprendió que una parte de mí incluso estuviera tentada a hablarle de esos últimos momentos preciosos en la seguridad de la casa. Es solo que... no tenía sentido complicarlo todo dejándolo en ese momento de la despedida. Yo era la única que quería vivir en ella, pensar en ella, soñar con ella. Y, para ser honesta, necesitaba que él confiara en mí por completo, ahora más que nunca, si quería que esto funcionara. Si le decía lo que le había hecho a Liam, cada mirada de Jude a partir de ese momento estaría contaminada por el miedo de que pudiera hacérselo a él también. Si es que se atrevía a mirarme una sola vez.

Este era el chico que se había sentado conmigo en cada comida, cuando la mitad de la Liga tenía demasiado miedo hasta para mirarme a los ojos. No se inmutaba cuando lo tocaba, esperaba a que yo regresara de las operaciones para asegurarse de que estaba a salvo. Tan molesto como me parecía entonces, nunca hubiera pensado en qué significaría perder aquello, perderlo a él.

Jude lo escuchó todo, extrañamente tranquilo para ser él. No reaccionó cuando le dije lo que había en la unidad flash que tenía Liam. Al principio pensé que había dejado de prestar atención, pero, al final de todo, asintió con la cabeza y se limitó a decir:

—Está bien.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Yo era plenamente consciente de lo estúpida que era aquella pregunta. ¿Qué pasaba?—. ¿Te encuentras bien? Ningún esguince, fisurado o roto, ¿verdad?

—Oh, ah, no, estoy bien, estoy entero. —Se dio un golpecito en la cabeza con el puño—. Pero me preguntaba...



—¿El qué? —le pregunté.

—Lo de antes. Antes, antes, quiero decir. —Se dio la vuelta para mirarme—. ¿En tu campamento tuviste que enfrentarte a las FEP muchas veces? Es que estabas tan tranquila. No me malinterpretes, cuando no parabas de decirme que me perdiera por ahí ha sido bastante épico, pero no parecías, ya sabes, asustada.

Levanté las cejas.

—¿Crees que no tenía miedo?

—¡Yo tampoco tenía miedo! —añadió Jude rápidamente—. Pero me preguntaba qué hacías antes de venir al Cuartel General...

—¿Tratas de preguntarme qué hacía antes de que Cate me trajera?

—Bueno, sí —dijo Jude—. Todos nos lo preguntábamos. Corrían rumores, pero parecían muy difíciles de creer.

—¿En serio?

—En serio.

Viendo que su línea de interrogatorio era un camino de ida hacia Villasilencio, EE UU, cambió de tema tan torpemente como pudo.

—¿De verdad crees que los científicos descubrieron qué lo causó? —preguntó Jude—. La idiopática esa bla-bla-bla.

—La enfermedad neurodegenerativa idiopática aguda en adolescentes —le ayudé.

También conocida como la razón por la que la mayoría de nosotros había muerto y el resto se había convertido en fenómenos de la naturaleza. ¿Cómo iba a olvidar lo que representaban esas palabras?

—Bien, lo que sea —dijo Jude—. Oh, vaya, ¿te imaginas lo que la Liga podría hacer con eso?

Pude oír la esperanza que subrayaba su tono de voz y sentí que mi corazón descansaba, aunque solo fuera un poco. ¿Cómo podía decirle que sería un verdadero milagro si encontráramos a Liam, y mucho más si todavía tenía la unidad flash?

—Pienso mucho en ello —dijo—. ¿Tú no? Hay muchas cosas que no entiendo, y Cate y los demás realmente no me han sido muy útiles, pero es guay pensar que, de alguna manera, nuestro cerebro ha mutado. Quiero decir, sería un poco más guay saber cómo y por qué sucedió, pero sigue siendo guay.

Yo solía pensar en ello, cuando estaba en Thurmond y no tenía nada en que concentrarme más allá de mi propia miseria. Pasé incontables días mirando la parte inferior de la litera de Sam, preguntándome cómo y por qué nos había sucedido todo esto. ¿Por qué algunos éramos Verdes y otros Naranjas y otros estaban muertos? Pero, casi desde el momento exacto en que Cate me sacó, me obligué a no pensar en ello. Había cosas más importantes en las que concentrarse, como sobrevivir. No ser recapturada. Liam y Chubs y Zu.

—Sé que es tonto, pero he estado tratando de descifrarlo todo. A veces creo que es un virus, y luego otras veces... Quiero decir, ¿cómo puede ser un virus o una enfermedad si apenas se extendió fuera de EE UU? —dijo Jude, y añadió—: ¿En qué nos diferenciábamos de esos otros niños, de los que murieron?

Todo cierto. Todo pura distracción.

—No nos pongamos nosotros delante. Primero tenemos que encontrar al hermano de Cole.

Jude asintió.

—Vaya, va a ser un poco... raro. Conocerlo, quiero decir. Recuerdo cuando se marchó. Nadie se dio cuenta de que había desaparecido hasta que hicieron el recuento al final de la simulación.

Lo miré de hito en hito.

—¿Conocías a Liam?

Jude levantó la vista, sus ojos ámbar se abrieron ligeramente.

—Oh, no, no, no personalmente. Sabía cosas de él. Él estaba entrenando en el Cuartel General de Georgia, y Vida y yo siempre hemos estado en Los Ángeles. Pero Liam es la razón por la que se trasladó el adiestramiento Psi a California. Menos oportunidades para que las personas desaparecieran cuando todo el mundo se encontrara bajo tierra, supongo.

Claro. Por supuesto. Liam no habría estado en California. Me sorprendió lo mucho mejor que me hizo sentir aquella idea, saber que no se había visto obligado a vivir en aquel agujero húmedo en el suelo.

—¿Liam es una de las personas que buscas en la red FEP todas las semanas? —preguntó Jude—. Nico lo mencionó una vez. ¿Vamos a buscarlos también?

Sentí que se me resquebrajaba la paciencia como la capa de hielo sobre la nieve que crujía a nuestro paso. No parecía que tuviéramos muchas oportunidades esta noche.

—¡No es de tu incumbencia! —siseé—. ¡Probablemente no estarías aquí si no te hubieras metido en esa mierda hasta el cuello!

—Lo sé, ¿vale? ¡Lo sé! —dijo Jude, gesticulando con las manos—. No te gustamos, no te gusta la Liga, no quieres ser líder, no quieres hablar de ti misma, ni de Cate, ni de tu formación, ni de tu comida favorita, ni de tu familia ni de tus amigos. Perfecto. ¡Muy bien! Espera, ¿qué estás haciendo?

Pensé que lo había imaginado mientras caminábamos, pero eran unas formas distantes, aunque no identificables. Pero, a medida que avanzamos hasta la cima de la colina siguiente, el bosque se acabó de pronto, dejando al descubierto la calle pequeña y estrecha de un vecindario.

Oí a Jude resbalar hasta detenerse frente a la acera de la calle helada cuando vio que las casas tenían las luces encendidas. Había coches en los caminos de entrada y gente que se movía detrás de las cortinas de las ventanas, dispuestos a señalar en el calendario otro miércoles ya terminado.

Un hombre con un camión destartado trataba de limpiar la calle, luchando a través de la gruesa capa de nieve. Le di un codazo a Jude, detrás de mí otra vez, con los ojos puestos en la casa que había justo al otro lado de la calle. Una idea se abrió camino a través de la bruma de mi cansancio. Había un pequeño sedan plateado estacionado en la calzada, pero, más importante aún, yo había visto una forma borrosa a través de la pequeña ventana de la puerta principal de la casa.

Efectivamente, tan pronto como pasó el quitanieves, una mujer salió y volvió a cerrar la puerta detrás de ella. Su cabello era de un rubio ceniciento, atravesado por mechones plateados. Asomaba por entre un gorro de lana esmeralda y un abrigo negro. Vi un destello de su vestido mientras se abrochaba el abrigo. El corte y el diseño parecían los propios de un uniforme de camarera de restaurante.

Sacó las llaves y las mantuvo en la mano mientras caminaba, levantando la vista hacia el cielo nocturno y hacia la nieve que caía suavemente a su alrededor. Esperé a que sonara el bip-bip del desbloqueo de las puertas antes de moverme.

—Vamos —dije, agarrando a Jude del brazo.

La mujer nos oyó llegar. Tensó la espalda aterrorizada cuando vio mi cara reflejada en la ventana oscura del coche. Vi el miedo y la confusión en sus ojos y aproveché la oportunidad para deslizar una de mis manos frías en la manga de su abrigo hasta dar con su carne cálida y desnuda. Olía a piña y a sol, tan brillante era su mente. Fue un toque rápido; de hecho, tenía que ser tan rápido que ni siquiera experimentara el habitual flujo de recuerdos. Ni siquiera estaba segura de que la tenía hasta que parpadeó lentamente, con los ojos vidriosos.

—Entra en el coche —le dije a Jude, buscándolo con la mirada por encima de mi hombro hacia donde estaba, boquiabierto—. Tenemos conductora.

Los beneficios de coaccionar a alguien para que condujera eran dos: ella no podía denunciar que le habían robado el coche y el teléfono, y, mejor aún, podría pagar los peajes y saludar con la mano en los controles de seguridad establecidos en la frontera de la ciudad por la Guardia Nacional o por la policía. Después pensar en ello dos segundos, la obligué a que nos llevara a la estación de transporte más cercana. En un mundo perfecto, Amtrak y todas sus muchas líneas aún habrían existido, pero la crisis económica hizo aflorar sus muchos defectos, y tardó solo un año en quebrar. Ahora, el Gobierno había puesto dos trenes eléctricos de ida y vuelta a las principales ciudades de la Costa Este cada día, sobre todo al servicio de transporte de la Guardia Nacional, de las FEP y de los senadores de las distintas zonas. El Elite Express, lo llamaban, y los billetes tenían un precio en concordancia con su nombre.

Colarnos en el tren era mucho más arriesgado que conducir un coche, pero no podía quitarme de encima la imagen de pesadilla de tener que parar y reponer combustible cada quince kilómetros. Sería como entorpecer cada valiosa hora que necesitábamos. Podríamos tener suerte y meternos en un tren casi vacío, por lo menos en el trayecto de un par de ciudades. Si nos parecía demasiado peligroso, o el tren empezaba a llenarse de miradas inoportunas, siempre podríamos bajarnos antes. Tenía una manera de hacernos desaparecer.

—Enciende la radio, por favor —le dije—. Un canal de noticias.

Jude y yo estábamos agazapados detrás, en el hueco entre los dos asientos delanteros y el trasero. Era muy incómodo estar sentada de esa manera y continuar con el contacto físico para mantener la conexión con ella. Respiré profundamente, apartando la mano, pero concentrándome en la línea brillante de conexión entre nuestras mentes. Tal vez así era como lo hacía Clancy, hasta que no necesitaba un contacto físico para establecer una conexión mental con una persona, apartándose un poco más cada vez.

La mujer obedeció y los altavoces detrás de mi cabeza emitieron el sonido de una pegadiza sintonía comercial. Era una locura que todavía anunciaran accesorios para piscinas, a pesar de que una buena parte de los estadounidenses habían perdido sus hogares.

Buscó más canales, pasando por alto la música y la estática, hasta que sonó la voz monótona de un hombre.

«La Cumbre de la Unidad, como se ha dado en llamar, se llevará a cabo en terreno neutral, en Austin, Texas. El gobernador del estado, quien recientemente negó las acusaciones de la alineación con la Coalición Federal en California, será el moderador de las conversaciones entre varios miembros clave del personal del presidente Gray y la Coalición para ver si se encuentra a tiempo un terreno

común entre los gobiernos rivales para la realización de la construcción del nuevo edificio del Capitolio en Washington, D. C., para el día de Navidad. El presidente Gray fue quien pronunció las siguientes palabras sobre este evento, posiblemente histórico».

La voz cambió abruptamente del tono grave de la periodista al distendido y sedoso del presidente.

«Después de casi una década de tragedia y sufrimiento, tengo la sincera esperanza de que podamos reunirnos hoy y empezar a hacer progresos hacia la reunificación. Mis asesores presentarán planes de estímulo económico en el transcurso de la cumbre, incluyendo programas para reactivar la industria de la construcción y planes para devolver a los estadounidenses los hogares que hayan perdido en la catástrofe económica de los últimos años».

Calamidades. Perfecto.

—¿Crees que Gray renunciará a la presidencia si llegan a un acuerdo? —preguntó Jude.

Negué con la cabeza. No conocía a Gray personalmente, pero sí a su hijo, Clancy. Y, si el hijo era como el padre, Gray tenía otro motivo para querer que se realizara aquella cumbre. Lo último que querría es perder el control.

Clancy. Me pellizqué el puente de la nariz, lo que me ayudó a librarme de aquel pensamiento.

La estación de Amtrak más cercana era la de Providence, Rhode Island, un enorme edificio de hormigón que antaño pudo haber sido hermoso, antes de que el paso del tiempo y los grafiteros dieran con él. Eché un vistazo al reloj de la fachada de su torre solitaria, pero o bien no funcionaba o eran las 11:32 desde los últimos cuatro minutos, según el reloj del salpicadero. Había unos cuantos coches en el aparcamiento cercano, y al menos tres docenas de personas amontonadas en un autobús de la ciudad que retumbaba por el carril de bajada.

Le toqué el hombro a la mujer, y me sorprendí un poco al notar su sobresalto. Ahora tenía la mente muy tranquila, como el cielo lechoso de fuera.

—Necesitamos que nos compres dos billetes de tren para llegar a Carolina del Norte, lo más cerca posible de Wilmington. ¿Entiendes?

La carne fofa de sus mejillas se estremeció ligeramente cuando asintió y se desabrochó el cinturón de seguridad. Jude y yo vimos la tambalearse por el camino a través de la nieve, en dirección a las puertas correderas automáticas. Si esto funcionaba...

—¿Por qué vamos a subirnos al tren? —preguntó Jude—. ¿No es muy peligroso?

—Valdrá la pena —le dije—. En coche tardaremos el doble de tiempo, si tenemos que seguir parando para echar gasolina.

—¿Y si alguien nos ve o hay FEP en el tren? —continuó.

Me quité el gorro de lana y se lo lancé, junto con la bufanda blanca y gruesa que había envuelto alrededor de mi cuello. Cuando nos sentáramos en el tren ya me ocuparía de taparlo con mi chaqueta, pero hasta entonces... tendríamos que encontrar un rincón oscuro de nuevo.

La mujer volvió más rápido de lo que esperaba, mirando al suelo, con algo blanco en las manos. Abrió la portezuela del conductor y se deslizó en el asiento, dejando entrar una bocanada de aire helado.

—Gracias —le dije cuando me dio las entradas. Entonces, cuando Jude salió, añadió—: Siento mucho todo esto.

Solo me volví para mirar el coche una vez, mientras nos dirigíamos hacia la estación. Le había dicho que esperara dos minutos, y que luego condujera de vuelta a su casa. Tal vez fueran mis ojos

cansados gastándome una broma o los remolinos de nieve que se elevaban entre nosotros, pero, cuando los faros de un coche que pasaba iluminaron el parabrisas del automóvil de la mujer, juro que vi el brillo de las lágrimas en sus mejillas.

Nos había comprado entradas para Fayetteville, Carolina del Norte, que por lo que sabía podría estar más o menos al otro lado del estado desde Wilmington. Y peor aún, la hora de embarque eran las 7:45. Es decir, que faltaban unas diez horas. Demasiado tiempo de espera, demasiadas oportunidades para que nos capturasen.

El interior de la estación no estaba tan lleno como el exterior. Había demasiado hormigón para que fuera realmente hermoso. Encontramos un banco en un rincón, frente a una pared de juegos arcade sin conexión. Nos sentamos allí y no nos movimos. Los trenes nocturnos iban y venían, los pies corrían por detrás de nosotros, el tablero de llegadas y salidas giraba y sonaba.

Estaba cansada y hambrienta. Había un carrito de café todavía abierto al lado de las taquillas, lo único que se interponía entre los empleados y el sueño, pero no tenía dinero, y no estaba tan desesperada como para usar mis habilidades con el pobre tipo atrapado en el carrito.

Jude se durmió en mi hombro. De vez en cuando, el locutor automático emitía por los altavoces alguna actualización sobre el tiempo o los trenes con retraso. Pero las lagunas de silencio entre ellas parecían crecer más a cada hora que esperábamos, y yo estaba empezando a arrepentirme cada vez más de aquella decisión. A las cuatro de la tarde, justo cuando estaba tambaleándome al borde del agotamiento, las dudas irrumpieron en mi mente. Cuando llegáramos allí, me pregunté, ¿Liam estaría todavía en Carolina del Norte? Era habilidoso cuando tenía que serlo. Podría cubrir una gran cantidad de distancia en el tiempo en que estábamos allí sentados, en el tiempo en que tardáramos en llegar hasta allí.

Había coches en el aparcamiento. ¿Quizá lo más inteligente era coger uno y tratar de evitar los peajes y los controles de la Guardia Nacional en las entradas y salidas de las grandes ciudades? No, porque eso también significaría que podríamos ser descubiertos por las miles de cámaras de carretera que el Gobierno había instalado con el propósito exacto de buscar niños como nosotros.

No fue el silbido de las puertas correderas de apertura lo que captó mi atención, sino un fuerte ruido de pasos. De vez en cuando, unas pocas personas entraban y salían de la estación, y a muchas sin hogar se les permitía dormir en el interior, con calefacción, por la noche, siempre y cuando ocuparan un rincón y no un banco. Pero aquellos pasos sonaron a muchos pies, y las suelas de goma de sus zapatos chirriaron cuando pisaron las baldosas. Por el rabillo del ojo vi al funcionario de la ventanilla sentarse más erguido.

Solo necesité un rápido vistazo por encima del hombro para confirmarlo. Uniformes negros.

Agarré a Jude, lo tumbé en el banco y me incliné encima de él, poniéndolo entre nosotros y la docena de miembros uniformados de las FEP que se habían detenido en el centro de la estación.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —susurró Jude.

Puse una mano en su hombro, manteniéndolo firmemente sujeto y quieto a mi lado. Yo sabía lo que estaba pensando: las mismas preguntas brillaban en mi mente. ¿Cómo nos han encontrado? ¿Cómo sabían que estaríamos aquí? ¿Cómo vamos a salir?

Bueno, la respuesta a la última pregunta no era enloquecer de pánico; en uno de esos raros

momentos fugaces, agradecida por las lecciones que me había enseñado la Liga, respiré profundamente para calmarme y empecé a reevaluar la situación.

Había once miembros uniformados de las FEP que acababan de sentarse en los bancos cerca de una de las puertas de salida hacia la zona de los autobuses. Dos de ellos eran mujeres, y ambas se levantaron para comprobar los monitores. Llevaban el pelo bien trenzado o peinado hacia atrás, los hombres parecían recién rapados. Más importante aún, a sus pies había once bolsas de lona de camuflaje, no armas.

Un chico del centro del grupo se levantó, riéndose a carcajadas mientras se abría camino hacia las máquinas expendedoras. Los demás le pidieron bolsas de Doritos o chicles o galletas saladas. No estaban escaneando la zona, ya que no estaban haciéndole preguntas al tipo de la taquilla. Iban de uniforme, pero no estaban de servicio.

—Son los nuevos reclutas —le dije a Jude—. Eh, mírame a mí, no a ellos. Van a subirse a alguno de los autobuses para servir en alguna parte. No nos están buscando a nosotros, solo tenemos que encontrar un lugar tranquilo para sentarnos hasta que llegue el tren. ¿De acuerdo?

Les di la espalda a los soldados, comprobé nuestra sala en busca de una puerta que pudiera ser desbloqueada o un pasillo que no hubiera visto antes. Apenas noté que Jude se tensaba de nuevo a mi lado, pero sí sentí cómo me tiraba de la trenza, mientras volvía la cabeza hacia las puertas correderas al mismo tiempo en que Vida entraba en el edificio con Barton y el resto del Equipo Beta. Todos iban vestidos con ropa de calle y observaban a las FEP, que no parecían haberse fijado en ellos.

«¿Qué hace ella aquí? ¿Qué hacen todos ellos aquí?». No había manera de... no había manera de que hubieran podido seguirnos...

—Mierda, mierda, mierda, mierda —susurró Jude, aferrándose a mí.

Por lo menos ahora ya comprendía el peligro que corríamos si nos devolvían al Cuartel General. No tuve que explicarle de nuevo que Vida no estaba aquí para ayudarnos. Miré a mi alrededor frenéticamente, hacia el panel de juegos arcade, hacia las taquillas de Amtrak, hacia el cercano baño de mujeres. Esto era mucho peor de lo que podría haber imaginado. Una parte de mí solo quería quedarse sentada y ceder a la imperiosa necesidad de estallar en lágrimas.

No me detuve para desbaratar el plan de Jude, que parecía a punto de echarse a llorar por lo que acababa de ver. Realmente no teníamos ningún plan. Lo arrastré detrás de mí, literalmente, hacia el pequeño baño familiar.

La puerta chirrió cuando la empujé con el hombro. No había ventanas en el baño, ni conductos de ventilación lo bastante grandes como para que pudiéramos salir. Había un retrete, un lavabo, y ninguna ruta de huida, así que entramos, extendí la mano, apagué las luces y eché el cerrojo. No más de un segundo más tarde, la puerta se sacudió cuando alguien tiró de ella.

Me senté en el suelo y apoyé las piernas contra el pecho, tratando de calmar mi respiración. Jude se derrumbó a mi lado. Presioné el índice contra mis labios.

No podíamos escondernos allí para siempre; alguien, con el tiempo, se daría cuenta de que el baño estaba cerrado y vendrían con una llave. Así que conté. Conté cuatro minutos, y me detuve y empecé de nuevo cada vez que oía las botas de alguien acercarse y alejarse.

—Vamos —le susurré a Jude, obligándolo a levantarse—. Tendremos que correr.

Ni siquiera avanzamos un metro.

Vida, que estaba agachada, se alzó y se plantó frente a nosotros, sus cejas subieron al mismo

tiempo que levantaba la pistola con la mano.

—Hola, amiguitos —dijo ella con dulzura—. ¿Me echabais de menos?

## CAPÍTULO OCHO

Cada palabra que me venía a la mente tenía el mismo significado.

—¿Qué haces aquí?

La sonrisa de triunfo que esperaba ver no hizo acto de presencia. En cambio, me echó una mirada y resopló.

—Vaya, tu instinto de supervivencia está de capa caída, ¿no? Y decían que serías difícil de encontrar.

Saqué la pistola del cinturón lentamente y apunté con cuidado. Dejé que las manos invisibles de mi mente se desplegaran, imaginando que la alcanzaban, que me metía en su cabeza. Pero... nada. Nada en absoluto.

—¡Qué bonita! —dijo—. ¡Yo también tengo una de esas!

Por un largo instante, ninguna de las dos se movió, sus ojos oscuros se movieron hacia mí, igual que cuando nos enfrentábamos en los entrenamientos. Midiéndome. Preguntándose si me gustaría mucho hacerlo.

Ninguna lo vio moverse: en un instante, Jude estaba acurrucado detrás de mí, y, de repente, se había acercado hasta Vida y le había puesto una mano en el hombro.

—Lo siento mucho.

Un pequeño arco de color azul eléctrico saltó desde el walkietalkie de su cinturón, acariciando la piel de Vida, como una serpiente explorando con su lengua. Vida debió de darse cuenta de lo que estaba a punto de hacerle en el mismo instante en que lo hizo, pero no pudo moverse lo bastante rápido. Puso los ojos en blanco mientras se desplomaba en el suelo.

—Oh, Dios mío —dije, dejándome caer a su lado para tomarle el pulso en el cuello.

—Solo le he dado un latigazo amoroso —dijo Jude, con el pelo todavía en punta—. Despertará... Despertará dentro de un minuto más o menos, pero, Ru, dime que acabo de hacer lo correcto. No quiero dejarla aquí. Creo que no deberíamos dejarla aquí sola, pero es que ella no iba a ayudarnos, y tenemos que encontrar a Liam, y ella lo hubiera contado, y él es importante.

—Has hecho lo correcto —le dije—. Jude, gracias. Gracias.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró Jude, siguiéndome por el pasillo hasta una habitación marcada como solo para empleados.

Un rápido vistazo alrededor me dijo que el equipo táctico se había dividido: una mitad estaba arriba, visible en las oficinas de cristal por encima de nosotros, y la otra mitad había salido a la plataforma del tren. Los soldados de las FEP estaban tendidos en el suelo y maniatados juntos en un corrillo involuntario de color negro.

Seguimos el largo pasillo hasta el final, solo había un trabajador de la estación en la sala de descanso de los empleados. Mantuve los ojos fijos en las puertas dobles al final del tramo de hormigón, demasiado asustada de lo que iba a ver si volvía la mirada.

Abrí la puerta de la derecha lo más silenciosamente posible, indicándole a Jude que me siguiera. Se cerró con un leve chasquido. Tardé dos valiosos segundos en averiguar que también nos buscaban



en la terminal de autobuses, y otros dos en ver al viejo vestido con el uniforme de la Marina que doblaba la esquina con una enorme y húmeda mancha de café en la chaqueta.

Se me erizó cada pelo del cuerpo cuando agarré a Jude del brazo y tiré de él hasta colocarlo a mi lado. El hombre se acercó y abrió los ojos con expresión de pánico cuando estuvo frente a nosotros. Por un terrible y largo instante, nadie dijo nada en absoluto. Solo se oía el ruido de los disparos en el interior de la estación y el chirrido de los neumáticos de los coches en el aparcamiento al otro lado del edificio.

Levanté una mano hacia él por instinto, pero Jude me retuvo.

—¿Son...? —El hombre, Andy, según decía la etiqueta que llevaba en la chaqueta, estaba pasando un mal trago y le costaba encontrar las palabras—. ¿Son los soldados?

—Quieren atraparnos —dijo Jude—. Por favor, ¿puede ayudarnos?

Y entonces Andy hizo lo último que esperaba que hiciera.

Asintió con la cabeza.

Nos metimos en el compartimiento del equipaje del autobús durante los primeros veinte minutos de viaje hasta que la estación de tren y los soldados de las FEP y Vida estuvieron demasiado lejos como para verlos por el espejo retrovisor. Hacía mucho frío y estábamos muy incómodos allí dentro; a cada curva éramos zarandeados de un lado a otro por el frío suelo de metal, encorvados sobre las rodillas y desorientados. Abracé a Jude dándole el calor que me quedaba en el cuerpo.

Él murmuró algo entre dientes. Vi que sacudía la cabeza, sus rizos me rozaron el hombro. Por último, cuando el camino se volvió más transitable, entendí lo que estaba diciendo.

—Ella nunca nos perdonará.

—¿Quién? —le pregunté, mientras le apretaba el brazo con la mano—. ¿Cate?

—No, Vida.

—Jude... —empecé a decir.

El sentimiento de culpa se había manifestado en tiempo récord.

—Le hicimos lo mismo que su hermana le hizo a ella —explicó Jude, interrumpiéndome—. La dejamos allí. Nos odiará para siempre.

—¿De qué estás hablando?

Jude se volvió hacia mí, frotándose los ojos con el dorso de la mano.

—Bueno, sabes lo de Cate, ¿verdad? ¿Sabes que era nuestra trabajadora social del SPI?

Algo pesado y resbaladizo se removió en mi estómago.

—¿Sabes lo que son los Servicios de Protección Infantil? —dijo rápidamente, y luego añadió—. Bueno, puede que no.

—¿Tú y Vida...?

—Sí —dijo—. ¿De verdad no tenías ni idea de eso? ¿Cate nunca te dijo lo que solía hacer ella?

No, no lo sabía; pero tampoco se lo había preguntado.

—Así que, qué, ¿os sacó del hogar de acogida y os metió en la Liga?

—Más o menos. —Se apoyó contra la puerta, resbalando contra mí en la siguiente curva cerrada. Entonces tuve que esforzarme para oírlo—. Cuando pasó lo de la ENIAA, muchos chicos fueron expulsados de las casas de acogida, ya sabes, los que no murieron. No tenían muchas oportunidades,

no había nadie que los reclamara, ni siquiera para enterrarlos cuando morían. Cate dijo que muchos de los trabajadores sociales tuvieron muchas dificultades para averiguar lo que les había pasado a sus chicos. Ella me encontró antes de que alguien me denunciara por la recompensa o de que fuera atrapado en las Recolecciones.

Las Recolecciones habían sido una serie de redadas masivas de los supervivientes de la ENIAA que aún no habían sido enviados a los campamentos. Cualquier padre que sentía que ya no podía cuidar a sus hijos anormales o que quería que entraran en los programas de «rehabilitación» de los campamentos solo tenía que enviarlos a la escuela, y los soldados de las FEP pasaban para detenerlos. Fue la primera gran detención de niños organizada. El siguiente paso era internarlos en los campamentos, lo quisieran los padres o no. Recolección involuntaria.

—Debió de ser una época aterradora.

Vi que se encogía de hombros, pero que luchaba por encontrar las palabras.

—Fue... Bueno, ya se acabó. Era mejor que estar en casa, de todos modos. Papá era un auténtico ganador.

Me obligué a apartar la mirada. La forma en que lo había dicho, con aquel brillo forzado...

—¿Y Vida...?

Era como si me hubiera convertido en una llave que hubiera abierto su interior. Eso o estaba demasiado agotado para tratar de mantenerlo todo enterrado.

—No sé cuál fue la situación de su familia. Ella tiene una hermana mayor, Nadia, que cuidó de ella durante un tiempo. Cate le perdió la pista, supongo que estaban de okupas en algún edificio. Vida despertó una mañana y se dio cuenta de que su hermana se había ido y los de las FEP estaban allí. Cree que su hermana los llamó para conseguir el dinero de la recompensa.

—Entonces, ¿cómo llegó Cate hasta ella? —le pregunté.

—Los de las FEP habían metido a diez niños en un autobús para enviarlos al este, al campamento de Wyoming, pero la Liga llegó primero. Conoces esa historia, ¿verdad?

La conocía. La Liga se había encontrado en posesión de cinco niños y no tenía ni idea de qué hacer con ellos, así que inició el famoso programa de entrenamiento. Yo sabía que Vida había estado con la Liga desde hacía mucho tiempo, pero no tenía ni idea de que era una de los Cinco de Wyoming.

—Vaya.

—Lo sé.

No sabía qué decir, así que solté lo único que se me ocurrió:

—Lo siento.

Jude hizo una mueca.

—¿Qué es lo que sientes? Tú no hiciste nada. Y, además, nosotros fuimos los afortunados. Cate es la que lo tiene más difícil. No creo que llegue a superar haber perdido a sus niños. Especialmente los que murieron en el fuego.

—¿Qué? —exclamé casi con un gemido.

—Fue aquel grupo que ella tenía que vigilar en la casa de acogida —explicó Jude—. Algunos de los niños empezaron a mostrar signos de habilidades psi, y la persona a cargo simplemente se asustó. Cate no sabe si uno de los niños lo hizo accidentalmente, o si fue la mujer. Supongo que era muy... muy... muy religiosa, una fanática. Cuando la policía la encontró, ella seguía diciendo que había sido obra de Dios.

—Eso es realmente... —No existía ninguna palabra para definir lo horrible que era, así que no intenté encontrarla.

—De todos modos, esa es la historia —dijo Jude, y se encogió de hombros—. El principio, por lo menos.

Contuve la respiración mientras el autobús se detenía en lo que supuse que era un puesto de control, y alguien, probablemente uno de las FEP, subió a bordo. No podíamos oír su conversación, solo los pasos mientras caminaban arriba y abajo por todo el pasillo del autobús por encima de nuestras cabezas. Un soldado más profesional le hubiera obligado a abrir el maletero, pero supongo que nos dieron paso sin problemas porque el único sonido que oímos inmediatamente después fue el rugido de la carretera pasando por debajo de nosotros.

Sin embargo, aquel hombre se disculpó repetidamente cuando nos sacó de allí dentro. Yo tenía la intención de borrarle la memoria, pero no había coches por allí, no había nada en aquel tramo de la carretera, solo árboles y nieve a los lados. Se trataba de Andy u otro bonito par de días vagando por ahí con Jude en medio de aquel paraíso invernal, en busca de la civilización.

—¿Está seguro de que esto está bien? —Jude y yo habíamos tomado uno de los asientos delanteros para tener una mejor visión de la carretera mientras Andy conducía—. ¿Podremos pagarle?

—No me malinterpretéis —dijo Andy—. Esto es un derroche espectacular de gasolina, pero no me importa cargarle los gastos al bueno de mi jefe de vez en cuando. Me rebajaron mucho el suelo en cuanto las cosas se pusieron mal, así que no me siento muy generoso con ellos. Además, el autobús suele ir bastante vacío, y tengo que llevarlo a Richmond tenga o no tenga pasajeros. El viaje de regreso va por lo general bastante lleno. Algunas personas parecen creer que hay más trabajo en el norte que en el sur, y casi nadie puede permitirse esos estúpidos trenes.

Durante el día anterior, Jude me había demostrado al menos seis veces lo ingenuo que era, así que fue un milagro que todavía pudiera sorprenderme con su dejadez. Después de unos minutos se quedó dormido, confiado. Como si no existiera el peligro de que el conductor del autobús llamara por radio o nos llevara directamente a la primera comisaría por la que pasara.

—Pareces a punto de rodar del asiento y caerte al suelo, señorita —dijo Andy, mirándome por el espejo grande que había por encima de su cabeza—. ¿No sería mejor que sigas el ejemplo de tu amigo y descanses un poco?

Yo sabía que estaba siendo grosera e irracional y todo ese tipo de cosas, pero mantuve los ojos fijos en la radio del autobús y fruncí el ceño. Andy miró hacia abajo, siguiendo mi mirada, y luego empezó a reír.

—Eres inteligente —dijo—. Supongo que debes de serlo en estos tiempos, para estar por ahí fuera dando vueltas. Oh, ahí hay un peaje, será mejor que te agaches.

Me deslicé hacia abajo, entre el protector de metal y el asiento, y con la manta tapé el cuerpo dormido de Jude. Andy le devolvió el saludo a quien le había dejado pasar.

Al final no pude soportarlo más.

—¿Por qué nos ayudas? —le pregunté.

Andy volvió a reír.

—¿Por qué te imaginas tú?

—¿En serio? —dije, inclinándome hacia delante—. Porque creo que quieres cambiarnos por el

dinero de la recompensa.

El conductor del autobús dejó escapar un silbido.

—Debo admitir que sería un buen negocio. Es curioso que el Gobierno pueda gastar dinero en eso, pero no pueda permitirse ningún tipo de ayuda para alimentos. —Negó con la cabeza—. No, cariño, tengo un trabajo. Hago lo que tengo que hacer. No quiero tener mala conciencia ni necesito dinero manchado de sangre.

—Entonces, ¿por qué? —le exigí.

Andy adelantó la mano izquierda, sacando algo del tablero de instrumentos. La cinta adhesiva con la que estaba pegado se despegó sin protestar, como si estuviera acostumbrada a ser arrancada y pegada de nuevo. Me lo tendió, y esperó a que yo lo cogiera.

Un niño me sonrió desde la superficie brillante de una fotografía, el pelo oscuro brillante. Parecía tener unos diez años, tal vez doce. Reconocí los colores apagados del telón de fondo detrás de él, era un retrato de escuela.

—Ese es mi nieto —explicó Andy—. Su nombre es Michael. Se lo llevaron de la escuela hace unos cuatro años. Cuando traté de llamar a la policía y averiguar qué había pasado, ni el Gobierno, ni la escuela ni nadie me dijo nada. Lo mismo les pasó a todos. No podía escribir en Internet sobre el asunto sin que me cortaran la conexión. No he podido ir a la televisión ni escribir a los periódicos porque Gray es dueño de todos ellos. Pero algunos de los padres de la escuela dijeron que oyeron por casualidad a algunos de las FEP hablando de un lugar llamado Black Rock.

Limpié las huellas de la superficie de la foto y se la entregué.

—Tienes razón —dijo—. Mi ayuda no es del todo desinteresada. Supongo que lo que estoy esperando es que tal vez puedas darme alguna información. Tal vez sepas qué es o dónde está Black Rock e incluso podamos llamar allí.

Fue la intensidad de la súplica implícita en su tono de voz lo que me llegó al alma. No podía separarla de la idea de que mi abuela también se había quedado sin saber lo que me había sucedido. Sentí que la piel del pecho se me encogía.

—Lo sé. Black Negro es un campamento de Dakota del Sur.

—¿Dakota del Sur! —Andy parecía asombrado—. ¿Hasta allí se lo llevaron? ¿Estás segura?

Yo estaba más que segura. La Liga tenía una lista de los quince campamentos donde estaban internados los niños Psi supervivientes. Algunos eran pequeños: un par de docenas de niños. Algunos eran escuelas que podían albergar unos cuantos cientos de ellos. Después estaban los campamentos como Black Rock y Thurmond que, debido a su ubicación remota, podían albergar a miles.

El campamento de Dakota del Sur era de especial interés para la Liga debido a los rumores que lo rodeaban. Todos los nuevos nacimientos a partir del momento en que la ENIAA fue reconocida oficialmente tenían que ser registrados en una base de datos especial. Se suponía que esos niños debían ser llevados a los médicos locales o a los científicos cada mes para que los examinaran, para que pudieran detectar «anormalidades». Cualquier niño que desarrollara habilidades psi antes de los diez años de edad pasaba a un programa de estudios especial en Black Rock. Los otros niños, si sobrevivían a la ENIAA y desarrollaban sus habilidades en el plazo de tiempo establecido, eran recolectados a la fuerza y llevados a los campamentos «normales» de rehabilitación.

—Podrían haberlo trasladado en algún momento —le dije—. ¿Sabe qué es él?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Andy, volviéndose ligeramente—. ¡Es mi nieto, eso es

lo que es!

Solo quería saber si era uno de los más peligrosos: uno Rojo o Naranja como yo. Para ver si había una posibilidad de que él ya hubiera sido eliminado de forma permanente.

—Esos campamentos... —comenzó a decir Andy protegiéndose los ojos de los faros de un camión que pasaba—. ¿Sabes qué hacen allí? ¿Has estado en alguno?

Miré de reojo a Jude.

—Sí.

—¿Y te dejaron salir porque te curaron? —me preguntó, y la esperanza en su tono de voz me rompió el corazón—. ¿Estás mejor ahora?

—¡No pueden curarnos! —exclamé—. Lo único que hacen todos esos niños a los que cogieron es trabajar y esperar. Yo me fui de allí porque alguien me ayudó a escapar.

Andy asintió, como si ya lo sospechara.

—Son tiempos terribles —dijo después de un rato largo—. Y tienes razón en no confiar en ninguno de nosotros. Lo que hemos hecho... Lo que permitimos que os hicieran es algo vergonzoso. Algo vergonzoso, vergonzoso, y nos iremos a la tumba sabiéndolo. Pero quiero que sepas que, por cada persona que entregó a un niño por miedo o por las recompensas, hay cientos, hay miles de personas más que lucharon con uñas y dientes para mantener a sus familias unidas.

—Lo sé.

—Es solo que... eran muy malos tiempos, y el Gobierno seguía diciendo que... aseguraba que si los padres no enviaban a sus hijos a los programas morirían como todos los demás. Así que no había opciones. Sabían que no podíamos hacer nada para recuperarlos, y eso me está matando. Me está matando.

—¿La gente realmente pensaba que los programas de rehabilitación iban a funcionar? —le pregunté.

Jude se acomodó en su asiento.

—No lo sé, cariño —dijo Andy—, pero estoy seguro de que querían creer que lo harían. No puedes hacer nada sin dinero, sin trabajo, sin casa..., y la esperanza es todo lo que queda, y, aun así, es un bien escaso. Dudo que nadie crea ya esas mentiras en estos días, pero... ¿qué podemos hacer ahora? No tenemos información con que ponernos a trabajar, solo rumores.

Eso me recordó que era tan importante para mí encontrar la unidad flash de Cole como encontrar a Liam. Todo el tiempo había estado pensando en ello como en un simple y pequeño dispositivo de plástico, sin pensar mucho en el valor de lo que estaba encerrado en él. Encontrar a Liam me importaba, él lo era todo para mí, pero la búsqueda de los datos de Cole... nos ayudaría a todos. Tenía el poder para reunir a las familias, a los seres queridos.

—Sacaré a todos los niños de todos los campamentos —le dije—. No me detendré hasta que todos vuelvan a sus casas.

Andy asintió, con los ojos fijos en la carretera.

—Entonces somos más que nunca.

La conversación se extinguió, y encendió la radio. Vi el amanecer, los colores iluminando el horizonte de un rosa suave, y me dolía el estómago de puro agotamiento. Pero, aun así, no podía conciliar el sueño.

Me eché la chaqueta de cuero de Liam por encima a modo de manta y algo se deslizó de uno de los bolsillos. Los dos billetes de tren que la mujer había comprado cayeron perezosamente en el suelo, uno hacia arriba y otro hacia abajo.

#### MANTENEOS

La palabra había sido garabateada con bolígrafo varias veces en la parte posterior de uno de los billetes, las letras salvajes e irregulares, y los trazos eran cada vez más oscuros y profundos.

Los recogí, comprobando el otro boleto.

#### A SALVO

#### MANTENEOS A SALVO

Al parecer no había tenido un control tan firme sobre aquella mujer como yo pensaba. Era una estupidez por mi parte estar tan asustada y ansiosa cuando ella estaba a cientos de kilómetros de distancia, pero no podía dejar de imaginarme lo peor. Ella podía haberle contado a todo el mundo que había llevado a un par de chicos con poderes en su asiento trasero. Podía haber entrado en aquella estación de tren y echar a correr o denunciarnos. Podía haber obtenido la recompensa, la satisfacción de saber que ya no estaríamos en la calle y que estaríamos lejos de ella.

Pero, en cambio, había hecho *esto*. Andy había hecho *esto*.

Cogí los billetes antes de que Jude pudiera despertar y verlos. No quería que tuviera la falsa esperanza de que estas personas eran simples llamas de velas en un mar de oscuridad.

Jude seguía cantando, literalmente, las virtudes de su nuevo héroe, Andy, cuando vimos que nos acercábamos a Wilmington. Cuando nos dejó en las proximidades de Richmond, nos dio instrucciones detalladas sobre las carreteras que debíamos evitar en nuestro trayecto. Y yo estuve demasiado nerviosa y molesta con el retraso para darle las gracias en ese momento. Ahora, cada vez que enfilábamos una nueva carretera con nuestro pequeño coche robado, recibía una punzada de remordimiento.

Wilmington lindaba con el Atlántico por un lado y con un río por el otro. Me sorprendió ver lo similar que era a algunas zonas de Virginia que conocía: el estilo de las casas, la forma en que los barrios se extendían. Incluso la forma en que el cielo gris caía sobre los tejados, oscureciendo hasta que por fin estallaban las nubes y empezaba a llover.

La dirección que Cole me dio, el 1222 de West Bucket Road, Wilmington, Carolina del Norte, estaba en un pequeño barrio llamado Dogwood Landing, no muy lejos de lo que supuse que era un campus universitario. Era una zona tranquila de la ciudad, rodeada de bosques helados y llena de un buen número de solares baldíos llenos de viejos carteles de: «Se vende». Elegí uno y aparqué frente a él el Volkswagen verde que habíamos robado después de separarnos de Andy.

—¿Eso es todo? —preguntó Jude, fijándose en la casa más cercana.

—No, aún queda un largo camino hacia abajo, creo. —Respiré hondo, preguntándome cómo era

posible sentir emoción y terror en la misma frase—. Quiero entrar desde la parte trasera, en caso de que alguien esté vigilando la fachada.

Esa había sido la razón por la que Liam y los otros no se habían ido directamente a casa después de escapar de Caledonia, ¿verdad? Me debatía sobre ello. Los consejeros de Alban siempre nos recordaban lo agobiantes que eran los de las FEP, pero Liam era una prioridad. ¿Cuáles eran las posibilidades de que el Gobierno aún no hubiera apostado a alguien aquí para vigilar a los padres de Liam, si ya habían pasado unos buenos nueve meses?

Dios. Los padres de Liam. ¿Qué demonios iba a decirles?

Le hice una seña a Jude para que me siguiera por el pasillo lateral de una de las casas. La mayoría eran pequeñas, de una sola planta, con techos grises inclinados, fachadas de ladrillo y molduras blancas. Mantuve a Jude cerca y detrás de mí mientras nos abrimos paso a través de los árboles por un estrecho camino de acceso, de tierra, que corría a lo largo de los patios traseros de las casas.

La casa de Liam se encontraba en un bosquecillo de árboles, un poco alejada de las demás viviendas de la manzana. Era similar a las otras que la rodeaban, con suaves persianas azules y un largo camino que conducía hasta el garaje. Lo que realmente necesitaba era una vista de la parte delantera.

Mantuve a Jude a mi espalda y tiré de él para que se agachara junto a mí, y nos pusimos a observar. Buscamos cámaras de vigilancia, huellas humanas y huellas de neumáticos, y los de las FEP encubiertos que rondaran por allí.

—Parece... —comenzó a decir Jude, vacilando.

Vacía, concluyó mi mente. Parecía que no había nadie en casa, y la manera en que estaban obstruidas las cunetas, repletas de hojas del otoño y suciedad, me hizo pensar que no había vuelto.

—¿Tal vez se fueron para hacer unos recados? —ofreció Jude.

—¿A las cuatro de la tarde de un jueves? Parece improbable —dijo una voz nueva detrás de nosotros.

La chica era una serpiente. Era la única explicación, dada la forma en que se había deslizado en silencio a través de las hojas.

—Líder —dijo Vida, asintiendo con la cabeza mientras se agachaba detrás de nosotros—. Judith.

Jude tropezó y se cayó al suelo.

—¿Qué estás...? —empecé a preguntar—. ¿Cómo has...?

Era imposible que hubiera adivinado dónde estaríamos. Ella era buena, pero no tanto. Debí de haberme perdido un dispositivo de seguimiento, algo...

—El cuello de la camiseta —dijo Vida, señalando a Jude—. La próxima vez que decidas echar a correr, asegúrate de encontrar todos los malditos dispositivos de seguimiento.

—¿Dispositivos de seguimiento? —repitió Jude, mirándonos.

—Jude frío el coche —le dije—, y todos los trastos eléctricos que había dentro.

Incluyendo, había supuesto yo, los dispositivos de seguimiento de su ropa.

—Y los dispositivos de seguimiento de los Amarillos van siempre recubiertos de goma —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Dios, ¿no lo sabías?

Era evidente que estaba orgullosa de sí misma, a pesar de que parecía que acabaran de torturarla y estaba empapada. Su pelo azul se retorció ahora en sus rizos naturales.

Tiré de Jude hacia mí, le desabroché la chaqueta y busqué en las costuras de su camiseta.

Efectivamente, noté la pequeña protuberancia, no mayor que un grano de arroz, cosida en el cuello. Corté la camiseta con mi navaja suiza, extraje el dispositivo de seguimiento y lo sostuve para que él lo viera. Antes de que pudiera agarrarlo, lo aplasté con la empuñadura de la navaja.

—¿Ellos... pusieron dispositivos de seguimiento en nuestra ropa? —preguntó Jude mirándonos con incredulidad, aunque estaba claro que hablaba consigo mismo—. ¿Por qué harían eso? Eso no puede ser...

Vida parecía a punto de estallar en su particular risa cruel, pero su expresión cambió, de alguna manera se reprimió. Enfocó la vista en algo que había detrás de nosotros, y se levantó de nuevo, sacando la pistola de la funda con un suave movimiento. Me volví, mi pelo cayó a los lados de la cara cuando me arrodillé para ver mejor.

El mundo se redujo.

De hecho, me pareció que se hundía debajo de mí, y sentí que cada hueso y cada músculo de mi pecho también lo hacían. No sé cómo me las arreglé para volver atrás o cómo llegué a levantarme, pero estaba demasiado entumecida por el shock como para que me importara exponerme a la vista de cualquiera que pudiera haber estado observando.

Entonces eché a correr. Oí a Vida y a Jude llamarme, pero el viento y la lluvia elevaron sus voces en la lejanía, y ya oí nada más que el latir de la sangre en mis oídos. Corrí por la ladera inclinada de la colina, a través de la maraña de ramas de los árboles, corrí a lo largo de una cerca derrumbada, y después la salté.

Él salió por una ventana, pasando una pierna tras otra por el alféizar, hasta que, por fin, sus zapatos se hundieron en el barro. Tenía el pelo más largo de lo que recordaba, los huesos de la cara hacían más nítido su perfil. Se había vuelto más grande, o yo me había vuelto más pequeña, o el recuerdo era en realidad una mentira. Me oyó llegar y se dio la vuelta, con una mano buscó algo dentro de su chaqueta de camuflaje, con la otra algo en la cintura de sus pantalones vaqueros. Sabía que cuando me viera se quedaría helado.

Pero entonces sus labios carnosos comenzaron a moverse, en silencio, hasta que finalmente se abrieron en una sonrisa diminuta. Mis pies ralentizaron la marcha, pero no me detuve.

Me costaba respirar. Mi pecho se agitaba por el esfuerzo de mantener el aire en movimiento. Apreté la mano con fuerza contra mi corazón. El agotamiento y el alivio y el mismo terror amargo que había sentido por la tarde me inundaron de nuevo, y ya no tuve fuerzas para luchar contra ellos, nunca más.

Me eché a llorar.

—Oh, por el amor de... —Chubs sacudió la cabeza y suspiró, pero oí su habitual afecto en su tono de voz—. Solo soy yo, idiota.

Y, sin decir nada más, avanzó los últimos dos pasos que quedaban entre nosotros y me envolvió entre sus fuertes brazos.



## CAPÍTULO NUEVE

El problema era que, en cuanto empezaba, no podía parar. Sentía que cada pedacito de mí se deshacía entre sus brazos, necesitaba tener la seguridad de que él era real y que el corazón que latía junto a mi oído era el suyo. Con cierta torpeza, Chubs me dio unas palmaditas en la espalda cuando enterré el rostro en su chaqueta y me hice pedazos.

—¿Cómo...? —Me atraganté—. ¿Por qué estás aquí?

Mi mente apenas registró el susurro que se oyó entre los árboles que teníamos a nuestras espaldas, pero Chubs levantó la vista y exclamó:

—¡Oh, vamos, Liam! Sé que tú también quieres un abrazo.

Sucedió demasiado rápido como para que pudiera advertirle. Chubs me liberó para ponerme detrás de él, dejándome más confusa de lo que estaba. Pensé que mi mente me estaba gastando una broma pesada, porque parecía que había sacado un cuchillo de caza de la cintura de sus pantalones. Y parecía que Vida lo apuntaba con un arma directamente a la cabeza, y había quitado el seguro.

—Es... —empecé a decir, sintiendo la tensión de su brazo agarrándome— Chubs.

—¿Quién diablos eres? —exigió él.

—No soy la persona que ha traído un cuchillo a un tiroteo —dijo Vida, agitando su arma para darle énfasis a la frase.

—¡Esperad, esperad, esperad! —exclamó Jude, saliendo de detrás del árbol a su derecha. Se deslizó hasta la mitad de la colina fangosa, interponiéndose entre ellos—. No, Liam —dijo, señalándose a sí mismo y, a continuación, a Vida—. Tampoco es Liam. —Jude se volvió hacia Chubs, con su grueso entrecejo fruncido mientras movía un dedo hacia nosotros—. Tampoco sois Liam.

Ante eso, Vida se volvió para mirarlo.

—¿En qué universo se parece en nada a Cole Stewart?

A Jude le salía un tono de voz agudo cuando se ponía a la defensiva.

—¡No lo sé! ¿Hermanos de distintas madres? Existe eso que llaman adopción...

Chubs bajó el cuchillo. Pude ver su mente trabajando detrás de sus ojos, saltando de una horrible posibilidad a otra mientras valoraba mis lágrimas, la ausencia de Liam y a la desconocida.

—Oh, Dios mío —dijo, palideciendo. Se agarró el estómago, como si estuviera a punto de vomitar—. Oh, Dios mío.

—No, no —le dije rápidamente—. ¡No está muerto!

«Que tú sepas», susurró mi mente.

—¿Por qué no estáis juntos? —Ahora parecía a punto de llorar. Pero el cabello de Chubs había crecido mucho más que la ordenada mata de pelo que llevaba de costumbre, y las gafas de montura plateada que ahora se adaptaban mejor a su cara le daban un aspecto mucho más maduro de lo que recordaba. En realidad, no se parecía a sí mismo, no hasta que vi el miedo estallar en sus ojos, aquel era el Chubs que recordaba, siempre entre un ataque de pánico y el siguiente—. ¡Él nunca te hubiera dejado a ti, nunca!

Aparté la vista. No hacia Vida y Jude, que al oír aquello se habían quedado en silencio, sino hacia

el barro blando en el que se habían formado los charcos de lluvia a nuestros pies.

—Ruby —comenzó a decir Chubs con voz tensa—. ¿Qué pasó? —Sacudí la cabeza, tapándome la cara con las manos heladas—. ¿Lo abandonaste? —aventuró—. ¿Tuvisteis una pelea? ¿Os separasteis por unos días?

Aunque fuera en un susurro, deseé poder decirle la verdad, pero me fue completamente imposible. Chubs dio un paso aturdido hacia atrás, con los ojos brillantes de puro horror.

—¡No, tú no! —me dijo, agarrándome por los hombros—. ¡Esa fue la única razón por la que pensé que iba a estar bien! ¡Pensé que los dos os mantendríais juntos!

—¿Qué se supone que debía hacer? —exigí, sin importarme elevar la voz—. Tú estabas... estabas muerto, y ellos nos apresaron, e hice un trato, y yo sabía... yo sabía que de otra manera no se iría. ¿Qué demonios se supone que debía hacer?

Chubs sacudió la cabeza.

—Y estos chicos, ¿son de la Liga? ¿Estás con ellos?

—Sí —empecé a decir.

—Todavía estamos aquí, esperando una explicación sobre de qué diablos va todo esto —interrumpió Vida mostrando una expresión en el rostro que demostraba que todo rastro de diversión había desaparecido.

Por fin, mi cerebro volvía a su estado habitual de funcionamiento, y con él llegó también un miedo agudo.

Vida estaba aquí. Vida, que nos había estado persiguiendo para llevarnos de nuevo a la Liga. Vida, que ahora había visto a Chubs y podría identificarlo para la Liga, si se trataba de eso. Y que podría incluso tratar de llevárselo.

Lo empujé hacia atrás, tratando de mantenerlo detrás de mí.

—Él no es nadie —le dije—. No es asunto tuyo.

—Ah, de eso nada, maldita sea, si va a venir con nosotros en busca de Stewart sí que es asunto mío —replicó Vida.

—¿Qué has dicho?

—Conecta tu cerebro de mierda de una vez, idiota —dijo ella—. No estoy aquí para llevarte de vuelta. Estoy aquí para ayudarte. —Y se dirigió a Jude—. Y muy amable por tu parte tratar de electrocutarme, pedazo de mierda.

—Si no estabas allí con el Equipo Beta y con Barton para llevarnos al Cuartel General, entonces ¿por qué?

Vida entornó los ojos pero respondió finalmente con la mirada más presumida posible.

—Me cautivó tu pequeña búsqueda romántica. La única manera de salir de allí sin que se viera como algo muy sospechoso fue sugerir que yo era quien mejor podría seguirlos, par de imbéciles, porque supuestamente conozco vuestras personalidades de mierda mejor que nadie.

—¿Qué pasa con el Equipo Beta? —preguntó Jude.

—Se retiró al Cuartel General. Tenían órdenes de llevar de vuelta a Rob o algo así... Vosotros dos, bragas de encaje, habéis provocado un maldito motín en casa con vuestro pequeño truco. —Se echó el pelo hacia atrás—. Alban me dio dos semanas para encontraros. Así que vamos a seguir con este espectáculo de terror por la carretera.

La miré fijamente, sacudiendo la cabeza.

—Mientes más que hablas. ¿Crees que simplemente vamos a largarnos contigo con la puesta de sol de fondo?

—No —dijo Vida—. Además, espero que lo hagáis haciendo cabriolas, y con una puta sonrisa en la cara y la menor cantidad de idioteces posible, o Cole no podrá cumplir con tu estúpido pacto de liberar los campamentos.

Era cierto, entonces. Estaba diciendo la verdad. Había venido a ayudarnos. De lo contrario, Cole no la hubiera metido en el asunto. El objetivo era demasiado valioso. Me sorprendió lo mucho que me picó en el orgullo saber que no creía que podía manejar esta Operación por mi cuenta. Que necesitaba refuerzos.

Jude se volvió hacia mí, totalmente perdido.

—¡Está bien, vámonos! —gritó Vida, batiendo las palmas—. Si vais a revisar la casa, hacedlo rápido.

—Yo no voy a ninguna parte contigo —interrumpió Chubs.

Reconocí la expresión de su rostro. ¿Cuántas veces la habría visto después de que se me llevaran, antes de llegar a aceptar el hecho de que estaba allí con ellos? Chubs nunca había sido de los que saben ocultar sus sentimientos, si se trataba de ira o miedo o desconfianza. Él y Liam eran iguales en ese sentido, solo que Liam era así por naturaleza y Chubs por elección. No estoy segura de si con aquello pretendía aparentar algo que no era.

—Sí —dije, cogiendo a Chubs del brazo otra vez. Sentí que el músculo se tensaba bajo mis dedos—. Vamos, tenemos que hablar. Te lo explicaré todo.

Chubs me miró con tristeza.

—Solo nosotros, entonces. Yo no...

Los cuatro las oímos al mismo tiempo. Portezuelas de coches cerrándose de golpe. Una, dos, tres.

Tiré de Chubs hacia mí, nos arrastramos hacia la casa, y le hice un gesto a Jude para viniera con nosotros rápidamente. Vida rodeó los árboles cercanos, sus botas en silencio sobre el suave musgo. Su brillante cabellera fue el último rastro de ella antes de desaparecer bajo la lluvia.

Miré hacia la ventana por donde había salido Chubs, extendí la mano hasta tocar el panel suelto, y luego de vuelta hacia el bosque. Quizá podríamos llegar a la carrera. Tratar de desaparecer entre la maleza y perderlos de vista.

—¿Es Barton? —me susurró Jude.

Chubs y yo lo hicimos callar. La fachada trasera de la casa de Liam tenía cinco ventanas con adornos blancos y una preciosa puertecita que habían sido clavadas con gruesos tableros de madera contrachapada. Una pequeña superficie cuadrada de ladrillos había sido construida amorosamente para servir de patio en la entrada trasera de la casa. Ahora, la hierba verde, brillante bajo la llovizna, se había colado a través de las grietas.

Salté sobre los ladrillos húmedos y aterricé sobre las manos y las rodillas, abriéndome camino lentamente a lo largo de la longitud de la casa hasta que las voces se hicieron más fuertes. Clavé las uñas en la tela de mi pantalón, agucé el oído. Dos hombres. Una mujer.

Cuando finalmente me di la vuelta para decirles eso a los chicos, Vida ya estaba allí, agazapada entre Chubs y Jude. Cuando vio que la miraba, levantó la vista y adelantó de un tirón impaciente la barbilla.

—Hay cuatro en total —susurró—. Una mujer, tres hombres. Creo que son de las FEP.

Le tapé la boca a Jude con la mano.

—¿Están armados?

Ella asintió con la cabeza.

—Lo de siempre. ¿Qué pasa con esta casa? ¿Por qué es tan importante como para instalar sensores de movimiento?

—¿Sensores? —preguntó Chubs.

—Los pegaron bajo el alero del techo en las cuatro esquinas de la casa —dijo ella, claramente molesta de que él no se tomara su palabra como una verdad evangélica.

Chubs y yo nos miramos, y dejé que Jude apartara mi mano de su boca. Por supuesto que habrían instalado algo para vigilar la casa. Si no por Liam, entonces por Cole. Era interesante que Cole no se hubiera molestado en contarle cualquiera de las historias pasadas de su hermano. Tal vez simplemente no había tenido tiempo.

Las voces se habían calmado, pero oí sus pasos por el jardín descuidado en el extremo derecho de la casa. Ahora estarían demasiado pendientes de nosotros para que pudiéramos salir corriendo hacia los árboles. Casi era imposible que no nos encontraran.

Con un suspiro que hizo temblar su enorme cuerpo, Chubs se levantó y tiró del panel de la ventana que teníamos enfrente. Con resignación, dejó caer los hombros.

—¿Confías en mí? —me preguntó, al ver mi expresión.

—Por supuesto.

Jude hizo un pequeño ruido detrás de mí, pero lo ignoré.

—Entonces dile a tus amigos que entren —dijo señalando la ventana abierta—, y ponte en pie. Voy a tener que esposarte.

Eso era lo bueno de que te sorprendieran con algo sin sentido: no tenía que fingir que estaba aterrorizada. Me quedé allí, sintiendo los bordes afilados de los lazos de plástico transparente que me cortaban la circulación de la sangre en las muñecas. Dejé que desconectarán todo pensamiento en mi cabeza.

«¿Quién es esta persona?», pensé, estudiándolo de cerca. Llevaba una chaqueta de camuflaje de cazador, con capucha, que creía haber visto antes, un jersey de cuello de lana gris, y un par de pantalones vaqueros desgastados, maltratados por el polvo y el uso continuado. Sujeto a la cadera llevaba lo que parecía un pequeño teléfono móvil y una bolsa de cuero. Cuando habíamos viajado juntos antes, él guardaba todas sus posesiones en una bolsa de cuero maltrecha que había encontrado. Aquello le quedaba mucho mejor que esta rara... imitación de lo que él pensaba que se parecía a los pertrechos de un cazador.

Debería de haberme resultado reconfortante verlo tan bien preparado y abastecido, pero, de alguna manera, solo me asustó más.

La mano de Chubs era firme cuando tomó mi barbilla en su mano, al moverla hacia delante y hacia atrás, inspeccionando los cortes y las magulladuras de la noche anterior con una mirada de desaprobación. Los otros observaban desde detrás de la ventana cerrada, el rostro de Jude tan cerca que casi lo presionaba contra el cristal.

—Podría ser mejor si finges que te desmayas —dijo.

La sugerencia llegó justo a tiempo. Al golpearme contra el suelo, vislumbré los negros uniforme de los de las FEP doblando la esquina.

Cuatro. Vida tenía razón. La mujer de pelo castaño era la más alta del grupo, les pasaba varios centímetros a los hombres. Uno de ellos era un hombre mayor, con el pelo de color rubio ceniza y alborotado, en una especie de corona alrededor de la cabeza. Los otros dos eran más jóvenes y se parecían lo bastante como para ser hermanos. Todos iban armados con fusiles, esposas y el equipo reglamentario.

—¿Puedo ayudaros en algo?

La cara de Chubs estaba esculpida en piedra.

Los soldados no sabían qué hacer con nosotros, pero tampoco bajaron sus armas. Sin embargo, yo empecé a atar cabos mucho antes de que Chubs comenzara a hablar de nuevo.

—¿Qué, me la van a quitar ante mis narices? ¿Es que no piensan pagarme?

El soldado más viejo levantó una ceja.

—¿Eres un rastreador de fugitivos?

«Exactamente lo que pensaba». Si ese era el truco, tendríamos más problemas de lo que creía. En un buen día, Chubs era tan amenazador como un cactus en una maceta.

—¡Tome!

Metió la mano en la bolsa de cuero de su cintura y le dio algo al de las FEP. Parecía un folleto pequeño, del tamaño de un pasaporte.

El viejo dio un paso adelante, pero se volvió para mirar a la mujer.

—Comprueba el perímetro. Asegúrate de que ella viajaba sola.

Chubs agitó el folleto de nuevo mientras los otros tres salían a comprobar el perímetro. El viejo suspiró, mirando de hito en hito la cara de Chubs y todo lo que estaba escrito en el papel.

—Muy bien, señor Lister —dijo, pasando de nuevo a él—. ¿La ha sacado de la base de datos?

—No, ella no está en la base de datos —dijo Chubs—. Probablemente lleva huida desde hace bastante tiempo. No hay ningún registro de ella.

—¿Has comprobado qué es? —preguntó—. Si es Azul o Amarillo, necesitarás...

—Es una Verde —le interrumpió Chubs—. ¿Por qué? ¿Quiere una demostración?

—Podemos llevárnosla —ofreció el hombre—. Te ahorrarás las molestias del transporte.

—Ya se lo he dicho, ella no está en el sistema —dijo Chubs, con su tono de voz más desagradable—. Sé cómo funciona esto. No puede arreglarme el pago si no está registrada. Tengo que ir a la estación más cercana y hacer el papeleo si quiero la recompensa.

El hombre soltó un bufido, pero no trató de negarlo.

—¿Ese coche de la carretera es tuyo?

—No —dijo Chubs, entornando los ojos—. Llegué volando en una nube, y he sido bombardeado desde el cielo sobre esta chica como un rayo de luz.

—Eh, oye —fue la respuesta áspera del de las FEP—. Yo puedo ocuparme de ella, y no hay absolutamente nada que puedas hacer al respecto. Así que cuidado con tu actitud, muchacho.

Esa actitud era la que me estaba confundiendo a mí también. Chubs no era valiente por naturaleza; solía perder el coraje cuando creía que sus amigos estaban siendo amenazados, es cierto, pero esto no

era tanto valentía como imprudencia. Y eso era lo último que me esperaba de él.

No sé si pasó mucho tiempo desde ese momento hasta que zumbó la radio del soldado de las FEP. Un minuto. Diez años. Una eternidad.

—Aquí Jacobson, ¿me oyes?

El hombre desenganchó de su cinturón el walkie-talkie negro.

—Te oigo. ¿Encontraste algo?

—No, nada fuera de lo común. Es difícil de decir con tanta lluvia. Cualquier huella se habrá borrado, cambio.

—Ella está sola, estoy seguro —dijo Chubs—. La seguí.

—Muy bien —dijo el hombre.

Vi sus botas hundirse profundamente en la hierba muerta y embarrada cuando dio dos pasos hacia mí. Cerré los ojos de nuevo, y me era casi imposible obligar a mi cuerpo a relajarse con él tan cerca. No quería que me tocara. El pánico estalló brillante como la luz de la mañana cuando me dio una patada en las costillas con la punta de su bota.

La piel fría y húmeda de su guante se cerró alrededor de mi brazo y me levantó del suelo. Al torcerme el brazo sentí un dolor agudo y punzante en el hombro.

—¡No! —protestó Chubs—. ¡No la toque!

Pero el soldado de las FEP no me soltó.

—Quiero decir —empezó a decir Chubs de nuevo, esta vez con voz neutra—. Restan los costes de la atención médica de la recompensa si los niños se lesionan. Puedo ocuparme yo..., señor.

—Eso está mejor —dijo el hombre, dejándome caer boca abajo en el suelo—. Sácala de aquí y llévatela. Estás violando no sé cuántas normas, y, si te encuentro de vuelta por aquí, seré yo quien te arreste.

La oreja se me estaba llenando de agua de lluvia, me corría libre por la curva de la mejilla, empapando la vieja chaqueta de Liam. Esperé a que el agua arrastrara mi miedo hacia la tierra, para que no pudiera alcanzarme de nuevo. Tragué una bocanada de aire húmedo y la mantuve en mis pulmones unos segundos.

Un motor de coche comenzó a rugir en la distancia. Abrí los ojos de nuevo, y vi a Chubs acercándose a mí. Se puso de rodillas, y con una mano alisó la nube enmarañada de pelo que me cubría la cara. Oímos las ruedas batir la grava suelta del camino de entrada, ambos quietos y en silencio.

—Lo siento —dijo finalmente Chubs—. ¿Estás bien? ¿Te ha dislocado el hombro? Porque si lo ha hecho...

—Estoy bien —respondí—, pero... pero ¿podrías por favor cortarme ya las malditas esposas de plástico?

Me quedé horrorizada por cómo me temblaba la voz, pero, además de aquel fastidio, mi cerebro estaba comenzando a mandarme viejos recuerdos que mejor estarían enterrados a gran profundidad. El viaje en autobús a Thurmond. La clasificación. Sam.

En el momento en que oí el chasquido del plástico bajo el cuchillo, me puse de rodillas, ignorando el dolor que me punzaba en el hombro derecho. Chubs trató de examinármelo, pero me incliné hacia atrás, justo para ponerme fuera de su alcance.

Nos sentamos allí, mirándonos el uno al otro, dejando que el espacio que había entre nosotros se

llenara de lluvia y silencio. Al final, le tendí la mano, y, sin decir una palabra, él me dio el librito negro.

La cubierta era una imitación de cuero duro, y no necesariamente me había equivocado al pensar que se trataba de un pasaporte. A primera vista, parecía exactamente igual: el mismo papel azul pálido y el sello iridiscente de los Estados Unidos de América superpuesto.

AGENTE DE RECUPERACIÓN DE FUGITIVOS PSI. Dios, ¿había un título oficial para ello?

—Joseph Lister —leí—. Veinticuatro años de edad, uno ochenta y cinco de estatura, setenta y siete kilos, de Penn Hills, Pensilvania. —Lo miré. Tenía en el rostro una mueca idéntica a la de su foto oficial—. Sabes, es gracioso. Lo menos creíble de todo esto es tu peso.

—Oh, qué graciosa —se quejó, cogiéndomelo de nuevo antes de que pudiera leer las otras páginas.

Aquello era tan de Chubs —del Chubs que conocía— que sonreí. Él luchó para mantener sus labios apretados en una línea sellada, pero vi el comienzo de una curva.

—Realmente pensé que estabas muerto —le dije en voz baja—. No debería haber dejado que se te llevaran.

Se llevó una mano al hombro, y presionó, como si su mente se conectara también en ese momento.

—Pulsaste el botón de pánico, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Yo hubiera hecho lo mismo —dijo—. Exactamente lo mismo. Bueno... —Se detuvo, en realidad para valorar lo que había dicho—. Probablemente habría sido un poco más firme en la aplicación de la presión en la herida, pero, aparte de eso, sí. Bueno...

—Para —le dije secamente—. Antes de que arruines nuestro conmovedor momento.

La ventana por encima de nosotros se abrió de repente y apareció la masa de pelo encrespada de Jude.

—Ru, ¿estás bien? Oh, Dios mío, Vida no me dejaba mirar, pero traté de ir por ahí delante, pero las puertas están todas bloqueadas y no hay nada aquí, así que solo...

Chubs me ayudó a levantarme, lanzándome una mirada que quería decir claramente: ¿qué nuevo infierno es este?

—Te lo contaré todo más tarde, y tú vas a hacer exactamente lo mismo. Pero ahora tenemos que ver si podemos encontrar algún tipo de señal acerca de la dirección que Liam podría haber tomado...

Las cejas de Chubs se juntaron mientras bajaba la voz.

—¿Liam no te contó el procedimiento que él y Harry crearon para estar en contacto?

—Yo sabía que tenían uno, pero no cómo funcionaba —le dije—. Pero ¿él te lo dijo a ti?

Él asintió, dándole la espalda a la ventana. Y pensé en los que estaban dentro.

—Tenemos que marcharnos. Ahora.

—Espera —empecé a decir, pero ya me había cogido el brazo.

—Están vigilando la casa, tenemos que marcharnos —dijo—. Y, lo siento, me gustaría mucho no tener a la Liga corriendo a nuestro lado.

Le aparté el brazo y di un paso atrás.

—No puedo dejarlos aquí.

—Tú no eres de la Liga —insistió—. Tú no eres una de ellos. Tú eres una de los nuestros.

—No creo que haya un «nosotros» y un «ellos» —le supliqué—. Todos podemos trabajar juntos en

esto por ahora. No tienes que volver con nosotros a California después de que encontremos a Liam, solo tienes que quedarte con nosotros ahora.

Por el rabillo del ojo, vi la mata de pelo de color azul eléctrico de Vida a través del panel de la ventana.

—Entonces tampoco quisiste que me quedara, ¿recuerdas?

—Sí, pero eso fue... diferente —dije, en voz baja—. Y tú lo sabes.

—Pero, en aquel momento, tú no lo sabías.

Había leído en él lo correcto. Lo vi en su cara, en las formas rígidas de sus hombros tensos.

—Me preguntaste si confiaba en ti —le susurré—. ¿Confías tú en mí?

Dejó escapar un largo suspiro, con las manos en jarras.

—Que Dios me ayude —dijo finalmente—. Pero confío en ti, no en ellos. Ni siquiera sé quiénes son.

Le tendí la mano y esperé a que la tomara. Necesitaba que cerrara sus largos dedos alrededor de los míos, quería la prueba final de que su mejor juicio y razonamiento habían dado paso a la confianza que solía tener en mí. Esperé a que viniera conmigo, que aceptara que ahora estábamos juntos en esto una vez más, que el tiempo y la distancia y la incertidumbre no habían sido suficientes para alejarnos.

Y así lo hizo.



## CAPÍTULO DIEZ

El SUV marrón apestaba a falsa vegetación. El olor del ambientador era tan abrumador que tuve que abrir la ventanilla para que circulara el aire fresco.

—No te quejarías tanto si estuvieras allí oliendo al tipo del que te libré hace un rato —me dijo Chubs, ofreciéndome un par de gafas de sol—. Ten. Y ahora ponte el cinturón de seguridad, por favor.

Vida y Jude ya los llevaban abrochados en el asiento trasero, aunque ellos no estaban callados ni mucho menos. Mi miembro favorito del equipo le echó una mirada a la reja metálica que separaba los asientos delanteros de la parte de atrás, probablemente pensando en la imposibilidad de arrancarme el pelo de raíz tratando de sacarme del asiento delantero.

—¿Vamos conduciendo tan despacio porque no tienes idea de adónde vamos —preguntó Vida—, o porque tienes la esperanza de saltar fuera del coche y dejar que nos partamos el alma?

Jude se enderezó, alarmado. Los dos nos dimos cuenta de su tono. A Vida le encantaba buscar pelea cuando se aburría, y verdaderas broncas cuando estaba estresada. Si era eso último, solo uno de ellos lograría salir de aquel paseo en coche con vida. Lavaríamos la sangre de las ventanillas durante semanas.

—Eso es lo que hacen esos psicópatas dejándote por ahí suelta.

Por primera vez me sentí agradecida de que hubiera una reja de metal entre nosotros.

—¡No son psicópatas, capullo condescendiente! —gruñó.

—¿Yo soy condescendiente? —preguntó Chubs—. ¿Sabes lo que significa esa palabra?

—¿Capullo de mierda?

—Basta —dijo Jude dijo en voz alta—. Ru, ¿cómo conociste a Chubs?

—Charles —dijo él entre dientes—. Mi nombre es Charles.

—¿Y se supone que ese es mejor? —se burló Vida.

Chubs frenó el coche en un semáforo en rojo y se volvió hacia mí; había fuego tras los cristales de sus gafas.

—Sí —le dije—. Ella siempre es así.

La fuerte tensión que había brotado en el interior del coche flotaba entre nosotros. Una palabra o un mal movimiento podrían hacer que estallara. Jude tamborileó el apoyabrazos con los dedos.

—Corta esa mierda, lerdo, antes de que te los rompa —dijo Vida.

—¿Lerdo? —exclamó él, su tono de voz una octava más alta de pura indignación—. No tiene por qué ser tan mala, ya sabes.

Me llevé una mano a la frente.

—¿Y ahora te enfadas por eso? ¿Porque te ha llamado «lerdo»? Pero si ha estado llamándote Judith durante meses.

Chubs se rio, pero fingió que era una tos en cuanto me vio cómo lo miraba.

—Sí, bueno —resopló Jude, subiendo sus rodillas huesudas hasta el pecho—. Supongo que no me parece tan insultante que me llame como a una chica. Los dos parecéis hacerlo muy bien cuando no me estáis mordiendo la cabeza o actuando como si yo tuviera cinco años de edad.

—¿En contraposición a qué? —dijo Chubs, poniendo el intermitente para incorporarse a una autopista—. ¿A los diez años de edad que tienes en realidad?

—Oye —le advertí—. Nada de eso. Casi tiene quince.

—Ru, gracias —dijo Jude con los ojos brillantes.

—Tú aún eras muy desgarrado cuando te conocí —continué, dándole a Chubs un golpecito en el hombro—, y ya tenías dieciocho años.

—No importa —se quejó Jude.

—Tú eras la desgarrada —me corrigió—, Liam era el imprudente, Zu era el guapo, y yo era el inteligente.

Hubo un golpe en la parrilla detrás de nosotros. El rostro de Jude estaba allí flotando, sus ojos de color marrón oscuro nos miraban desde detrás de la pantalla metálica.

—Estaría bien —dijo— que tuviéramos alguna idea de lo que estáis hablando. Como, por ejemplo, ¿quién es Zu?

Los ojos de Chubs se encontraron con los míos.

—¿Exactamente cuánto les has contado?

—Exactamente nada —dijo Vida—. Y, si esto sigue así, voy a hacer que te arrepientas.

Esta vez fui yo quien puso los ojos en blanco.

—Claro. Lo que tú digas.

Sentí el familiar cosquilleo cálido en el centro de mi pecho y tuve el tiempo justo de jadear cuando una mano invisible me lanzó hacia delante, golpeándome la cabeza contra el salpicadero con la fuerza suficiente para aturdirme.

Chubs clavó los frenos, lo que obligó al cinturón de seguridad a hacer su trabajo y se bloqueó contra mi pecho. Inclínada en el asiento, una explosión de colores me estalló en los ojos.

—¡Oh, maldita sea! —rugió Chubs, golpeando el volante con la mano—. ¡Basta! Nosotros no usamos nuestras habilidades los unos contra los otros, ¡maldita sea! ¡Compórtate!

—Relájate de una puta vez, abuelita —dijo Vida—. Que te va a dar una apoplejía.

—Te voy a... —comenzó a decir Chubs con un gruñido, pero se contuvo.

Jude dejó escapar una risa nerviosa detrás de nosotros, y yo me limité a llevarme una mano a la frente magullada. Ella había conseguido su propósito.

—Zu era una amiga nuestra —le dije—. Viajamos juntos durante un tiempo.

—Creía que fue Cate quien te sacó —dijo Jude—. ¿Os separasteis o algo así? Debió de ser peligroso vagar por ahí fuera.

—No fue así —dijo Chubs—. Después de que los tres saliéramos del campamento...

Podría haber dicho que era un mago. Incluso Vida se inclinó hacia delante, de repente mucho más interesada. Empezó a decir:

—¿Tú? ¿Tú te escapaste de un campamento?

—Liam lo planeó —dijo Chubs entre dientes—. Pero sí. Lo hice.

—¿Ese chico se cree que es una especie de experto en escapadas? —murmuró Vida—. Maldita sea.

Los ojos de Jude brillaban con interés.

—¿Cómo era eso? ¿Tenías tu propia habitación, como una pequeña celda de prisión? ¿Te

obligaban a hacer trabajos forzados? Me enteré de que...

Los chicos de la Liga sabían cosas de los campamentos, aunque muy vagamente. Solo unos pocos de nosotros habíamos vivido realmente en uno y conocíamos la experiencia de primera mano, pero no existía ninguna regla tácita por la que no habláramos de ello. Todo el mundo sabía la verdad, pero la verdad no vivía dentro de ellos de la misma manera que lo hizo en nosotros. Habían oído hablar de las máquinas de clasificación, las cabinas, las pruebas, pero la mayoría de sus historias eran chismes, completamente equivocados. Los niños nunca habían estado durante horas y horas en una cadena de montaje. No habían visto llegar el miedo en forma de objetivo negro de una cámara, un ojo que te seguía a todas partes, en todo momento.

El esfuerzo de mantener el silencio me oprimió el pecho. Uno a uno, mis dedos se cerraron alrededor del cierre plateado del cinturón de seguridad que casi me estaba ahogando.

—¿No te acuerdas? —preguntó Jude—. ¿Estuviste poco tiempo? ¿Por eso no puedes hablar de ello, porque no tienes nada que decir?

—Yo de ti cerraría la boca —le aconsejó Chubs.

—Vamos —se quejó Jude—. Si acababa de empezar a hablar con nosotros.

—¿Qué? —La palabra explotó fuera de mí—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Quieres oír cómo nos ataban como a animales, para llevarnos al campamento? ¿Eh? ¿Qué hay de aquella vez en que uno de las FEP golpeó tanto a una niña en la cara que perdió un ojo? ¿Quieres saber lo que era beber agua putrefacta durante todo un verano hasta que llegaron por fin las nuevas tuberías? ¿O cómo me despertaba asustada y me iba a la cama aterrorizada todos los días durante seis años? ¡Por el amor de Dios, déjame en paz! ¿Por qué siempre tienes que insistir e insistir cuando sabes que no quiero hablar de ello?

Lamenté el arrebató antes de acabar, pero el discurso había salido de mi boca, una palabra traidora tras otra, sin que pudiera hacer nada. Chubs simplemente miró el reloj azul brillante, y luego retrocedió hasta la empapada carretera invernal. En el asiento trasero, Jude estaba tan silencioso como la nieve que caía sobre el asfalto, abría y cerraba la boca, como si estuviera tratando de probar el fuego de sus palabras después de que hubieran salido de sus labios.

—Yo no sé vosotros, pero a mí me gustaría escuchar la historia de la chica con un solo ojo —dijo Vida encogiéndose de hombros.

—Eres realmente la peor persona que he conocido —respondió Chubs.

—Y la gente como tú es la razón por la que tenemos dedos medios.

—Chicos... —empecé.

Cate me había dicho una vez, hace mucho tiempo, que la única manera de sobrevivir a tu pasado era encontrar una manera de bloquearlo, dejarlo atrás, de cerrarle la puerta antes de pasar a otra habitación más luminosa. Tenía miedo. Esa era la verdad. Me aterrorizaba la culpa y la vergüenza que me invadiría en cuanto volviera sobre mis pasos, girara la llave en la cerradura y me encontrara a la chica que había abandonado. No quería saber qué le había hecho la oscuridad, no quería saber si ella siquiera se reconocía a sí misma en mi cara.

No quería saber lo que pensaría Chubs de mí después de saber lo que yo había hecho para la Liga.

No quería saber lo que Liam pensaría de mí, o de ese olor a humo en mi pelo, que nunca se fue, no importaba cuántas veces me lavara.

—Al menos cuéntanos cómo terminó la separación entre Liam y tú —dijo Jude—. Si estabais

viajando juntos, por qué... um, paraste... Cate vino a por ti cuando pulsaste el botón del pánico, lo sé, pero ¿Liam ya se había ido? Y ¿qué pasa con este? —dijo señalando a Chubs.

Esos recuerdos no eran menos dolorosos, pero eran importantes.

—Está bien —le dije—. Ya sabéis que viajábamos juntos, Liam, Chubs, Zu y yo. Pero lo que no sabéis es que nosotros estábamos buscando un lugar, un refugio seguro llamado East River. Para entender por qué lo hice y cómo él se fue por su cuenta, tengo que empezar por ahí.

—Bien —contestó Vida, inclinándose hacia atrás, lejos de la reja, con la mirada perdida más allá de la ventanilla a su derecha.

Los primeros rastros de nieve crepitaban en nuestro camino.

Les hablé de East River, de cómo lo habíamos sentido como un sueño hasta que nos despertamos y nos dimos cuenta de que estábamos atrapados en una pesadilla. Les hablé de Clancy, que fue mucho más difícil de lo que yo esperaba. Les conté cómo nos escapamos, cómo Chubs recibió un disparo y cómo solo llegamos dos a la casa segura. Jude empezó a interrumpirme, sus ojos llenos de ansiedad o confusión, no podría decirlo. Sentí que el corazón me subía por la garganta, hasta que tragué y conseguir enfrentarme a lo que vino después. Mi decisión y el acuerdo con Cate. Lo que yo había visto en los recuerdos de Cole y su propia explicación de los mismos.

De alguna extraña manera, eso me hizo sentir más cerca de Liam. Estaba vivo y lo veía nítidamente en mis pensamientos. El sólido y cariñoso Liam, con sus gafas de sol, con la luz ardiente en el pelo y la letra de su canción favorita en los labios. Casi esperaba levantar la cabeza y verlo en el asiento del conductor.

Nadie habló. Yo no me atreví a mirar detrás de mí, sentí que tanto los sentimientos conflictivos de Jude como los de Vida se aferraban a mi piel del mismo modo en que la condensación se acumula en las ventanas.

Sentí un ligero roce en el hombro. Me volví, poco a poco, para ver a Jude que retiraba el dedo a través de la rejilla de metal. Su labio inferior estaba blanco en el punto en que se lo mordía con los dientes. Pero me miraba, no con miedo o con cualquiera de sus primos feos. Solo con una tristeza profunda y sincera.

Todavía podía soportar mirarme.

—Ru —susurró Jude—. Lo siento mucho.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Chubs. Su tono de voz sonaba aprisionado después de escucharme—. ¿Qué planes tienes para la unidad flash?

—Iba a traérsela de vuelta a Cole —le dije—. Él y yo tenemos un acuerdo: si le llevo la información contenida en la unidad flash, será suficiente para cambiar las prioridades de la Liga, para liberar a los niños de los campamentos y exponer las mentiras del Gobierno.

Chubs se frotó la frente.

—¿Y le crees? Lo único que Liam no dijo de él era que le lanzaba los juguetes al fuego cuando no se salía con la suya.

—Yo le creo —le dije—. No nos hará daño. Es uno de los pocos que no quieren que desaparezcamos.

—¿Qué desaparezcáis? —preguntó Chubs alarmado.

Dejé que Jude lo explicara; su explicación entrecortada e incoherente estuvo empapada de dolor, y

eso hizo que la historia resultara mucho más horrible.

—No, no, no, no, no —dijo Chubs—. ¿Vas a volver con la esperanza de que se las arreglen para encontrar todas las malas semillas?

—No lo digas así —exclamó Jude—. Será mucho mejor. Rob se ha ido, ¿verdad? Cate nos hará saber cuándo podemos volver.

—Tú y Liam estáis a salvo, al menos a salvo de la Liga —le dije a Chubs—. No van a ir a por ti. Lo sabes, ¿verdad? ¿Entiendes por qué le dije a Cole que haría esto?

—Claro. Lo entiendo —dijo.

Su tono de voz sonó lo bastante frío como para provocar un escalofrío que me llegó hasta las venas. Y, de nuevo, leí en su cara la pregunta que realmente estaba haciéndome en el silencio que flotaba en el espacio que había entre nosotros. Yo sabía lo que quería preguntarme, porque era el mismo pensamiento al que yo le había dado vueltas durante días.

Si aquella información era tan importante, ¿por qué deberías dársela a la Liga?

De entre todos los entrenamientos y todas las operaciones y todas las explosiones realizadas por la Liga que había tenido la desgracia de presenciar, ninguna me había parecido tan dramática como el emocionante relato de la fuga de Chubs.

Nos detuvimos en una antigua zona de acampada para pasar la noche, a las afueras de una ciudad llamada Asheville, en el área occidental de Carolina del Norte. Me las había arreglado para ocupar la mayor parte de las cinco horas del viaje con mis explicaciones, y aquello me había dejado agotada. No mostré ningún tipo de reticencia cuando Chubs y Jude argumentaron que debíamos detenernos.

Hicimos un rápido reconocimiento de la zona para asegurarnos de que estaba libre de visitantes antes de volver a usar los suministros de la SUV. Abrí el maletero, dando un paso atrás cuando se abrió la puerta.

—Oh, Dios mío —exclamé.

Todo el asunto era tan... impresionante. Un montón de pequeños botes y cajas de plástico apiladas, todas con etiquetas que ponían cosas como: primeros auxilios, cuerda, vitaminas, anzuelos de pesca. La forma cuidadosa y previsoras con que habían reunido todo aquello era impresionante, completamente aterradora por su despiadada minuciosidad.

Jude le lanzó a Chubs una larga mirada de evaluación.

—Cuando eras pequeño llevabas calzoncillos de esos que tienen impresos los nombres de los días de la semana, ¿no?

Chubs se subió las gafas sobre el puente de la nariz.

—No sé por qué debería ser eso de tu incumbencia.

Me contó toda la historia mientras montábamos la tienda de campaña que estaba perfectamente doblada debajo del asiento trasero. Vida, al menos, fue capaz de encender una fogata con un mechero.

—En realidad no recuerdo la mayoría de las cosas que pasaron —dijo Chubs, luchando con las varillas de la estructura de la tienda—. La Liga me llevó al hospital más cercano, que resultó ser el Alejandría.

—¿No el Fairfax? —le pregunté, apartándome el cabello húmedo de la cara.

Jude y Vida estaban haciendo todo lo posible para escucharnos mientras fingían que no lo hacían.

Chubs se encogió de hombros.

—Recuerdo vagamente algunas caras, pero... Te he dicho que me parezco a mi padre, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Bueno, una de las doctoras me reconoció. Ella trabajaba con mi padre, pero fue transferida. De todos modos, no es importante. Se las arreglaron para tranquilizarme, pero esta doctora y su personal sabían que tenía que estar en un hospital mejor equipado. Así que se puso al teléfono y buscó a mi padre. Iba a reunirse con nosotros en el restaurante de mi tía, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Fue capaz de encontrar la ambulancia cuando llegó al Hospital Fairfax, y ya tenía una identificación falsa preparada para mí, que fue la que usó para registrarme. Me taparon la cara con una mascarilla de oxígeno. Pasé en medio de dos patrullas de guardias de seguridad, y nadie se fijó en mí.

—Y nadie les dijo a los agentes que te habían llevado allí —terminé—. La Liga no tiene idea de lo que te pasó. Todavía estás en la lista como Desaparecido en Acción en todos los archivos relacionados con operaciones.

Chubs resopló.

—Trataron de decirles a los agentes que yo había muerto, pero no picaron. Un día, mi padre fue interrogado por seis personas diferentes que lo visitaron en busca de información, pero no pudieron sacarle una sola palabra.

El verdadero truco no había sido admitirlo en el nuevo hospital con un nombre falso. El hospital había llegado a tener mucha experiencia en su política de «no preguntes, porque no vamos a decírtelo», a la hora de tratar con el Gobierno y sus solicitudes de información, hasta el punto de que casi lo habían clausurado una buena media docena de veces. El golpe de genialidad del doctor Meriwether fue ocultar a su hijo, «Marcus Bell», en una habitación aislada en la sala de maternidad, donde le hicieron el tratamiento que precisaba. Cuando estuvo lo bastante fuerte, lo metieron en una bolsa para cadáveres, cerraron la cremallera y lo sacaron del hospital en un coche fúnebre alquilado. Los agentes de la Liga encontraron los papeles del transporte y trataron de conectar los indicios, pero Chubs ya se había convertido en un fantasma en el momento en que había sido conducido al Hospital Fairfax.

A partir de ahí, solo fue cuestión de encontrar un lugar para Chubs donde pudiera recuperar las fuerzas de nuevo.

—Dejaré que os imaginéis lo que fue vivir en un granero destartado en el estado de Nueva York durante cuatro meses —dijo, haciendo una mueca mientras echaba los hombros hacia atrás—. Hasta que me vaya a la tumba oleré a heno y a estiércol cada vez que cierre los ojos.

El antiguo granero pertenecía a una amiga de la familia, en las montañas Adirondack, y estaba aislado, y era frío y solitario, por lo que decían. Sus padres solo pudieron ir a verlo dos veces, para no levantar sospechas, pero la anciana dueña de la finca iba allí dos veces al día para ayudarlo con su terapia física de recuperación y proporcionarle alimentos. Sin embargo, se aburría hasta las lágrimas.

—Me gusta pensar que me llevo muy bien con las personas mayores, pero aquella mujer parecía arrastrarse desde una cripta todas las mañanas.

—Sí, para alimentarte y hacerte de enfermera —le recordé.

—Los únicos libros que tenía eran sobre una solterona investigadora de crímenes que molestaba a

la gente de su pequeño pueblo —dijo—. Se me permite estar un poco amargado por la experiencia.

—No —dije—, en realidad, estoy bastante segura de que no lo estás.

—Pero ¿cómo llegaste a hacer todo... esto? —preguntó Jude.

Chubs suspiró.

—De hecho, tengo que darle las gracias a la señora Berkshire. Porque fue algo que me dijo después de que le explicara cómo salí de Virginia: que el último lugar donde la gente tiende a buscar la presa es entre los cazadores. Se quedó dormida a mitad de la frase, por supuesto. Tuve que esperar cuatro horas para que me bendijera con la segunda mitad de su misticismo de vieja dama.

Me presioné los ojos con las manos.

—Te haré saber que solo sospecharon de mí una vez —dijo, un poco demasiado satisfecho de sí mismo—. Mis padres consiguieron mi certificado de nacimiento falsificado, que era la parte más difícil. Pero, en cambio, no es tan difícil ser registrado como rastreador de fugitivos oficial. Solo tienes que proporcionar la documentación correcta y establecerte.

El fuego crepitó con fuerza, colapsando el pequeño montón de madera que habíamos reunido. Parecía el lugar adecuado para hacer un alto en la historia. Me levanté y tiré de Chubs para que se pusiera en pie y viniera conmigo. Jude hizo el gesto de levantarse, pero le hice un gesto para que se quedara.

—Solo vamos a buscar comida —le dije—. Volvemos enseguida.

—No te preocupes —dijo Vida con una voz azucarada mientras pasaba un brazo por los hombros de Jude—. Sabremos sobrevivir dos minutos enteros sin ti.

Me costó no correr hacia el coche.

—La verdad es que no confío en esa chica —dijo Chubs mirando por encima del hombro hacia donde Vida seguía sentada, con las piernas estiradas delante de ella—. Los jóvenes que se tiñen el pelo siempre lo hacen porque luchan contra sus complejos de inferioridad. O bien ocultan secretos.

Levanté una ceja.

—¿Los jóvenes?

Estaba tan concentrado en ella que casi se golpeó a sí mismo en la cara con la puerta trasera del coche. La mano de Chubs voló a su hombro izquierdo, como si quisiera protegerlo.

—Déjame verlo —le dije, deteniéndolo antes de que pudiera llegar a la caja marcada como «barritas de proteínas».

Suspiró y sacó el brazo de la manga de la chaqueta. La camisa le iba lo bastante grande como para que le bajara el cuello por el hombro izquierdo, donde una marca del tamaño de una moneda de cuarto de dólar de color rosa le arrugaba la piel y destacaba contra el resto de la superficie cutánea más oscura.

—¿Ellos...? —De repente se me secó al garganta—. ¿La sacaron? ¿La bala?

Se subió la camisa y la alisó con un gesto.

—Fue un tiro limpio. Entró por un lado y salió por el otro. En cuanto las heridas de bala cicatrizan, no son tan horribles.

«No son tan horribles». Tragué saliva, en un débil intento para no llorar.

—Oh, por Dios, otra vez no —dijo—. Estoy bien. Estoy vivo, ¿no?

—¿Por qué has vuelto? —le susurré, descansando al oír mi propia voz—. ¿Por qué no te quedaste allí arriba, donde estabas a salvo?

Chubs apretó los alimentos contra el pecho y estiró su largo brazo para cerrar la puerta.

—¿Y dejaros a los dos, par de idiotas, que siguierais siendo unos prófugos?

Lo vi inhalar dos respiraciones profundas, y luego expulsarlas en nubes blancas de vaho.

—Estoy muy enfadado contigo —dijo finalmente, en voz baja—. Estoy furioso. Sé por qué desapareciste, lo entiendo, y lo único que quiero es que tengas sentido común.

—Lo sé —le dije—. Lo sé, ¿de acuerdo?

—Pero ¿lo tendrás? —preguntó—. No dejarás a esos dos, a pesar de que podrían denunciarme, y a Liam, cuando volváis a la Liga. Te pones en la línea de fuego, con la peor gente, y lo haces sin que nadie te cubra las espaldas. ¿Cómo crees que reaccionará Liam cuando se entere de lo que hiciste?

El nudo en mi estómago se endureció hasta que sentí una punzada de dolor. Estaba furiosa, la fuerza de la ira se encendió en mi mente como un faro. Me hacía sentir vulnerable, expuesta.

—No lo sabrá —le respondí—. Te lo dije, todo lo que tengo que hacer es conseguir la unidad flash y asegurarme de que está bien. Yo no iba a... No voy a interferir.

—Esa es la mentira más cobarde que jamás he oído salir de tu boca —me espetó—. Nos mentiste antes sobre lo que eras, y te pillé. Entiendo por qué lo hiciste, pero ahora... estás fuera, y todos podemos estar juntos de nuevo, ¿y en cambio eliges la única opción que termina con nosotros lejos? Tal vez Liam te pueda perdonar por lo que hiciste, pero si te largas de nuevo a California yo nunca te perdonaré.

Se volvió y empezó a caminar hacia el fuego y la tienda de campaña de color verde oscuro, solo para volverse de nuevo hacia mí.

—¿Te acuerdas de lo que sentiste cuando atacaron en East River y nos escondimos en aquel lago? Durante toda la noche, me quedé pensando. Bueno, esto es lo peor que me ocurrirá nunca. Pensé lo mismo cuando nos escapamos de Caledonia y tuvimos que dejar atrás a los otros chicos de nuestra cabaña, sangrando hasta la muerte en la nieve. Y otra vez más cuando me dispararon, pero el caso es que me equivocaba. Ruby, lo peor, el peor sentimiento, fue estar a salvo en ese granero y no saber, durante seis meses, lo que os había pasado a ti, a Liam y a Suzume. Era ver vuestros nombres aparecer en las redes de los dispositivos de seguimiento de fugitivos con recompensas cada vez más altas y potenciales avistamientos, y no ser capaz de encontraros a ninguno durante meses.

A veces..., o más bien la mayoría de las veces en el caso de Chubs, era imposible diferenciar su enojo de su miedo. Uno estaba dentro del otro.

—Entonces, de repente, aparecisteis por todas partes. En Boston, en una estación de tren en Rhode Island; fuiste muy descuidada allí, ya sabes —me dijo lanzándome una mirada de desaprobación—. Y lo de Liam fue aun peor. Durante meses, nada, entonces un avistamiento en Filadelfia. Tuve que manipular las evidencias porque eliminarlas de la red era una mala estrategia.

La Liga tenía acceso por la puerta de atrás tanto a las FEP como a las bases de datos de los dispositivos de seguimiento de niños, pero parecía que ninguno de los dos perfiles de Liam habían sido actualizado. Yo lo sabía, lo comprobaba dos veces por semana. No es de extrañar entonces que pareciera que no se había actualizado la última vez que miré.

—¿Cómo sabías que tenías que ir a su casa? —le pregunté.

El momento no podía haber sido una coincidencia.

—Pensé que el asunto tenía que ver con el que creó Harry para encontrarse; pensé, basándome en



los avistamientos, que tal vez vosotros dos ibais a su antigua casa para comprobar si su padrastra seguía el procedimiento.

—¿Cuál?

—Cuando Cole y Liam se marcharon para incorporarse a la Liga, Harry les dijo que si él y su madre creían que debían marcharse, les dejaría las coordenadas bajo el alféizar de la ventana del antiguo dormitorio de Liam.

—¿Y tienes las coordenadas? —le pregunté.

—No —dijo—, allí no había nada.

—Por eso se fue a buscar a Cole a Filadelfia, para ver si sabía algo.

Chubs se frotó los labios con los nudillos, asintiendo con la cabeza.

—Eso es lo que también creo. Sin embargo, no nos sirve de nada si Cole tampoco tiene ni idea.

—Lo sé —le dije—. Estamos a ciegas, como en los viejos tiempos.

Chubs suspiró, me incliné hacia él, y apoyé la frente contra su hombro.

—Vamos a comprobar la red de los dispositivos de seguimiento, a ver si hay algún otro avistamiento —dijo Chubs, echando a caminar sosteniendo los botes contra su pecho—. Él ya ha metido la pata un par de veces. Lo más probable es que lo haga de nuevo.

Era un pensamiento aterrador. Podríamos recoger indicios de él aquí y allá, pero lo más probable era que estuviéramos demasiado lejos como para podernos lanzar en picado y ayudarle si lo capturaban. Él ya tenía una ventaja lo bastante grande sobre nosotros, y podía interponer aún más distancia. Y era abrumador saber que, de repente, todo parecía mucho más difícil y más imposible que solo unos minutos antes. Todo parecía tan inútil...

—Estoy tan cansada de esto —le dije—. Sé que no tengo ningún derecho a estarlo, sé que os hice aquello a vosotros, a mí misma, pero no quiero pelear más. Estoy tan cansada de todo, de todo esto, y sé que nunca mejorará. Que nunca haré nada mejor. Estoy tan harta de todo esto.

Chubs sujetó los botes en sus brazos con más cuidado, y se agachó para mirarme a la cara más de cerca. No estaba llorando, pero me dolía la garganta y la cabeza me palpitaba.

—No, solo estás agotada —dijo—. Depresión, ansiedad, dificultad para concentrarte. Eres un caso clásico. Vamos, te sentirás mejor después de comer y de dormir un poco.

—Eso tampoco resolverá nada.

—Lo sé —dijo—, pero es un comienzo.

Hace mucho tiempo aprendí que era posible estar más allá del punto de agotamiento en que se siente que dormir ya no es una opción. Me dolía el estómago de la necesidad de hacerlo, y me notaba la cabeza pesada, pero podía percibir que esperaba algo, los músculos tensos y el cerebro incapaz de tranquilizarse. No importaba cuánto luchara para concentrarme en el punto del techo de la tienda, o en contar ovejas, porque mi mente seguía vagando de nuevo hacia la noche que habíamos pasado en el Walmart abandonado. Hacia los niños que habíamos estado tan convencidos de que nos iban a joder de la peor manera.

Debí de haberme dormido en algún momento, porque lo siguiente que supe es que me desperté sobresaltada por una ráfaga de aire frío. Vida había abierto la tienda, y ahora cerraba la cremallera despacio y de manera tan silenciosa como podía. Mi cabeza salía lentamente de la niebla del sueño,

pero ya estaba lo bastante alerta como para sospechar, no importaba lo mucho que quisiera quedarse a la deriva en la tierra de los sueños.

Conté hasta treinta, sesenta. Escuché mientras sus pasos se hicieron más suaves. Esperé a que regresara.

No lo hizo.

«¿Qué vas a hacer?», pensé, arrastrándome por encima de las largas piernas de Chubs hasta la puerta de la tienda. Si ella había salido para respirar un poco de aire fresco o para hacer sus necesidades, ya habría vuelto.

A pesar de la oscuridad agobiante, la vi enseguida. Estaba temblando, frotándose los brazos para tratar de quitarse de encima las garras de hielo de la noche. Vi que miraba hacia la tienda, y retrocedí, esperando que la luna no fuera lo bastante brillante como para que viera mi forma detrás de la fina cubierta impermeable de la tienda.

Vida avanzó hacia el Ford Explorer de Chubs, rodeándolo dos veces antes de ir a parar al lado del conductor.

«Vida, apestas», pensé, sintiéndome un poco más listilla de lo que probablemente era necesario. Recordaba que Chubs había cerrado el coche con llave, y la pistola seguía en la guantera, así que ella tendría que encontrar una piedra o algo lo bastante pesado como para romper el cristal: algo que no podía hacer en silencio.

Si no hubiera sido por su pelo brillante, la habría perdido en la oscuridad mientras avanzaba fuera de la pista, hacia el bosque. Me levanté y salí, trazando sus pasos alrededor del coche, tratando de ver lo lejos que iría. Al tocar las matas de hierba silvestre y el barro, se me congelaron los dedos. Vida siguió caminando, y yo seguí avanzando poco a poco, cada vez más, hasta que estuvo lo bastante lejos para que su pelo desapareciera entre los árboles, envuelta en la noche por completo, pero no lo suficiente como para ocultar el resplandor blanco azulado del dispositivo que brillaba en sus manos a través de la oscuridad.

## CAPÍTULO ONCE

«Espera a que regrese —razonó mi mente—. Sorpréndela aquí».

Pero, aun antes de que la idea acabara de formarse en mi mente, yo ya iba a la carrera. Todo el entrenamiento que la Liga había intentado meterme en la cabeza, toda mi lógica, todo mi criterio, desaparecieron de golpe, arrancados por el primer destello de aquella luz extraña. Si Vida estaba comunicándose con Cole, ¿por qué tenía que esconderse? ¿Por qué necesitaba enviarle un mensaje en privado?

Porque no se estaba comunicando con Cole.

Me deslicé alrededor del coche. El invierno en ciernes había desnudado las ramas de los árboles que me golpeaban la cara y los brazos. El delgado hielo y la escarcha que cubrían la hierba me pinchaban los pies horriblemente, pero eso no era nada comparado con el problema de abrirse paso a través de los matorrales de arbustos muertos.

No importaba cuánto ruido hiciera. No intentaba sorprenderla; era imposible ganarle la mano a Vida. Solo quería conseguir todo el impulso humanamente posible para derribarla.

Ella aún tenía el aparato en las manos cuando bajé la cabeza y la embestí con el hombro. Tuvo tiempo suficiente para levantar una rodilla y darme con ella en el pecho. Con todo mi peso sobre su cuerpo y solo un pie apoyado en el terreno irregular de la colina, ambas fuimos a dar al suelo.

Enlacé una pierna en la suya y ella me cogió del cuello, y ninguna de las dos estaba dispuesta a retroceder, ni siquiera mientras rodábamos cuesta abajo atravesando el matorral, golpeándonos con la que probablemente era la única roca de esa maldita montaña. No nos detuvimos, no podíamos detenernos, hasta que chocamos contra un árbol que lanzó una lluvia de hojas muertas pardas sobre nosotras.

Mi visión era borrosa, tanto por los giros como por los golpes, pero yo estaba sobre ella; tenía la ventaja y la aproveché. Vida soltó una nube de aliento cálido. Yo tenía las piernas alrededor de su centro y trataba de inmovilizarla mientras intentaba coger el aparato negro que estaba junto a su cuello.

Jamás, en toda mi vida, había visto un terror como el que Vida tenía reflejado en sus ojos.

Se encogió debajo de mí, liberó un brazo atrapado debajo de su cuerpo y me abofeteó con tanta fuerza que perdí la vista durante un instante. Gruñendo, me golpeó un oído con la palma abierta y consiguió derribarme.

Se puso de pie de un salto y yo la seguí, tambaleándome. Mi visión se duplicó y no supe cuál de los dos pies que volaban hacia mi barriga era el real hasta que recibí el impacto. Levanté los brazos para interceptar el segundo golpe.

—¿Cómo te...? —dije, resollando.

Le cogí una muñeca, pero ella se deshizo bruscamente de mí. Le lancé otro puñetazo y observé, aturdida, cómo Vida retrocedía volando por los aires al menos media docena de pasos antes de que yo siquiera pudiera tocarla.

—¡Para! ¡Para!

Yo jadeaba y apenas conseguí mantenerme sobre mis pies un segundo más. Me incliné hacia un lado y me abracé al áspero tronco de un árbol, donde me deslicé hasta quedar de rodillas. Las palabras me llegaban débiles por el rugido de la sangre en mis oídos. Me giré y vi cómo Jude bajaba la pendiente a trompicones, atravesando la densa maraña de ramas y hojas empapadas hasta caer de rodillas junto a Vida.

Chubs se mantuvo a poca distancia, con los brazos aún extendidos en la dirección en la cual había arrojado a Vida.

—¿Qué demonios está sucediendo? —gritó.

—E... Ella —balbuceé, levantando una mano temblorosa para limpiarme la boca. Chubs avanzó hacia mí, alumbrándose con la linterna—. Tenía un... aparato... llamar... D. C. ...

Cuando finalmente llegó donde estaba yo, me cogió del brazo. Me deshice de su mano y evité la intensa luz con la cual él intentaba iluminar directamente mi rostro. Me aparté de él, vacilante.

—¿Lo ves? —Me oí decir—. ¿Lo ves? Dame la... dame la linterna.

—¡... pregúntale a ella! —gritaba Vida—. ¡Ella me atacó a mí!

Chubs apuntó obedientemente la linterna hacia donde yo le indicaba.

—Es necesario que te sientes. ¡Eh! ¿Me estás escuchando?

Tanteé la tierra metiendo los dedos en el mantillo, entre las rocas y las raíces. Lo reconocí en cuanto lo encontré; la cubierta negra era artificialmente lisa y todavía estaba tibia. Durante la pelea, la pantalla se había cerrado y el resplandor había desaparecido.

—¿Qué es eso? —Chubs se puso en cuclillas a mi lado—. ¿Un teléfono?

Casi, pero no.

—¿Un intercomunicador? —dijo la asombrada voz de Jude—. ¿Dónde lo has conseguido?

Jude estaba detrás de nosotros, ayudando a Vida, que se tambaleaba. No, no la estaba ayudando. Le había puesto un brazo delante del pecho para que no se me arrojara al cuello.

«Chico tonto y valiente», pensé por enésima vez. Volví mi mirada a la pantalla y la abrí.

Con mi interrupción, Vida había dejado el mensaje a medio escribir. Vale. Acerqué a pantalla a mis ojos entrecerrados para ver las series de números y letras sin sentido. La pequeña línea negra aún parpadeaba, a la espera de que Vida acabara de escribir.

LOS TENGO // FASE DOS INSTRLWJERL:KS  
SLKJDFJ

—¡Zorra! —grité, levantando la vista—. ¿Realmente creíste que podrías engañarnos? ¿Entregarnos a la Liga? ¿Qué te ha prometido Alban, darte el liderazgo del grupo?

Yo estaba medio ciega de furia, demasiado enfadada para permitirle responder. Me puse en pie y dejé caer el aparato al suelo. Vida y Jude retrocedieron prudentemente. Mi cerebro zumbaba con la necesidad, con el único deseo de infiltrarse en la mente de Vida y dejarla maltrecha y destrozada. Mi cólera sumaba energía a la intensidad de mi deseo y pensé —realmente pensé— que, si se lo permitía, esas manos la agarrarían sin que esta vez fuera necesario que yo la tocara. Me volví dispuesta a dejarlas volar.

Pero sentí que otra mano me agarraba de la muñeca y tiraba de mí hacia atrás. Ahora también Chubs estaba en pie, con los ojos fijos en la pantalla. Oí que presionaba un botón y el

intercomunicador flotó ante mis ojos; leí un antiguo mensaje recibido.

ID AL SUR POR 40 // DIRECCIÓN CONVENIDA //  
AL CONTACTAR EXPLICAR OPERACIÓN ACTUALIZADA  
DE INMEDIATO // DILE QUE LO SIENTO

—¿Dile que lo siento? —Me giré hacia Vida, que miraba en otra dirección, con el rostro como una máscara de piedra—. ¿Quién es? ¿Cole?

Los labios hinchados de Vida le impedían hablar, y, cuando lo hizo, su tono de voz era tan bajo que tuve que esforzarme para oírla. Su renuencia a hablar confirmaba la teoría que iba surgiendo en mi mente: después de todo, solo había una persona a la que ella protegía de ese modo.

—No —respondió—, Cate.

Yo estaba dispuesta a continuar ahí fuera, pero Chubs insistió en que regresáramos al campamento y volviéramos a encender el fuego con un seco:

—Prefiero no recibir las malas noticias en medio de una noche gélida, muchas gracias.

Me condujo cerca del fuego ya extinguido y después se dirigió hacia su coche. Oí de lejos la señal acústica del vehículo cuando abrió una puerta y el golpe al cerrarla. Chubs volvió a sentarse a mi lado y comenzó a limpiar los cortes de mi cara y mis brazos con una falta total de compasión.

—Es mejor que alguien empiece a hablar —dijo—, porque, creedme, no queréis oír lo que yo tengo que decir de todo esto. Especialmente a la una de la madrugada.

Vida aspiró por la nariz y flexionó las rodillas contra su pecho. La mitad derecha de su rostro estaba completamente a la sombra. O bien, cubierta por un enorme moratón.

Sostuve el intercomunicador a la luz débil del fuego, inclinándolo hacia atrás y hacia delante.

—¿Quién te ha dado esto? ¿Nico?

Vida esperó tanto para responder que yo estaba segura de que no lo haría. Todo lo que obtuve fue un encogimiento de hombros. Sus uñas se clavaron en la tierra, llevándose consigo terrones al cerrar los puños.

—¿Así que él y Cate también están metidos en esto? —pregunté—. ¿Quién más?

Vida se cruzó de brazos, con la mirada perdida en la oscuridad.

—¿Por qué nos lo ocultaste? —preguntó Jude—. ¿Ella te lo pidió? No tiene sentido y de verdad que no tiene sentido que aún no quieras hablar de ello. Te han atrapado y ahora toda la Operación está en riesgo. Y ¿qué se supone que debes hacer cuando ocurre eso?

«Aceptar, adaptarse, actuar. Rápido». Las palabras estaban garabateadas en una de las paredes de la sala de entrenamiento. Bien podrían haber sido tatuadas directamente en nuestros cerebros.

—Vale —dijo ella, moviendo los hombros en círculos hacia atrás, como si quisiera aliviar la tensión de su espalda.

«Está enfadada», comprendí. Vida estaba furiosa; consigo misma. El soldadito perfecto había arruinado su propia Operación, la Operación especial que Cate le había confiado. Ella respiraba con dificultad, aspirando el aire entre los dientes apretados. Cate era la persona más importante de su vida, puede que la única que realmente le importara. Yo tenía una idea de por qué había ocultado la información, pero quería que ella lo explicara.

—Cate y Cole planearon todo esto desde el mismo instante en que lo llevamos al Cuartel General —dijo Vida—. Regresan. Cuando él se une a la Liga, ella lo pone bajo su protección, ayuda a entrenarlo. Él le dice la verdad sobre el tonto del culo de tu Príncipe Azul y la memoria USB, y la solución que se les ocurre eres tú. Por algún motivo, Cate confía estúpidamente en ti para que te hagas cargo de todo esto.

—Entonces, ¿por qué hizo que Cole me mintiera?

—La están vigilando. Rob y los otros. Ella sabía cómo era Rob, o por lo menos lo averiguó hace unos meses, pero intentó mantenerse cerca de su repulsivo culo para asegurarse de que no viniera tras nosotros. Cate no podía recurrir a Alban ni a ninguno de los asesores, porque temía que si percibían que era «difícil» la reasignaran lejos de nosotros. Nico nos enseñó a Cole, a Cate y a mí el vídeo en que se veía cómo asesinaban a Blake, y ella se puso echa una furia.

—Y eso ¿cuándo fue?

—Poco después de que dejaras el Cuartel General. —Vida se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja y me miró—. Nico dijo que tú le habías dicho que no lo hiciera, pero algo que tú le dijiste a Cole hizo que él insistiera en el asunto. No enseñarán el vídeo hasta que llevemos la información de la memoria USB.

Por supuesto; porque mantener la Liga de los Niños era la prioridad máxima. No proteger a los chicos. No sacar de ahí a los psicópatas.

—A ver si lo entiendo —dijo Chubs—. ¿Cate estaba involucrada en todo esto desde el principio y no dijo nada? ¿La idea era que funcionara como una medida de seguridad?

—No está mal, abuelito —respondió Vida—. Cole nos dijo que debíamos mantener en secreto el papel que desempeñaba Cate, aun con respecto a vosotros. Si os atrapaban a vosotros, inútiles, y os interrogaban, Cole no quería que pudierais implicarla. Si él caía, al menos Cate seguiría estando de nuestra parte. Ella detestó la medida, pero debió aceptarla, de lo contrario yo no iba a ayudarte. Cate no aceptó hasta que comprendió que no había ninguna forma de excluir a Jude de la misión sin hacer que la gente sospechara. Rob lo había solicitado personalmente.

Jude parecía estar a punto de vomitar. La luz de la fogata resaltó el rubor aterrorizado de sus mejillas.

Vida lo miró con lástima.

—Cate dijo que él huyó después de que lo acusaras. Que desapareció de la jodida red antes de que Barton consiguiera llevarlo para interrogarlo.

—Entonces, cuando regresemos, él no estará ahí —dijo Jude, con un suspiro de alivio.

No, pero significaba que yo había dejado suelto un monstruo furioso en el mundo, para destrozarlo y reconstruirlo a su gusto.

—Eso es todo lo que sé —dijo Vida—. Fin. Pero ahora os digo que si cualquiera de vosotros decís una sola palabra, una sola maldita palabra, sobre Cate, os machacaré de tal forma que bautizarán huracanes con mi nombre durante todo un puto siglo.

Abrí la boca para devolver el fuego, pero al final me lo pensé mejor. Desde que conocí a Vida, había sentido una gran pena por ella por la forma en que adoraba a Cate. Creí que había conseguido ver un atisbo de la auténtica Cate que vivía debajo de ese exterior immaculado. Pero ahora era cada vez más difícil creer que alguna de nosotras estuviera totalmente en lo cierto sobre quién era Cate. A mí,

su creencia en la Liga siempre me había parecido ingenua; creía que ella se autoengañaba respecto de todo lo que ocurría a su alrededor para continuar viviendo en un mundo feliz que solo existía en su mente. Puede que Jude tuviese razón y la Liga de ahora no se pareciera ni remotamente a la Liga a la que ella se había unido de forma voluntaria años atrás.

Entonces ¿por qué se me iba revelando a trozos? Y ¿por qué me había tomado tanto tiempo formar un retrato más o menos completo con esos trozos?

—Supongo que te has puesto en contacto con Cate. —Chubs cogió el intercomunicador de mi mano y le dio la vuelta—. ¿Te ha estado guiando todo el tiempo?

—Sí —respondió Vida—. Me envió las rutas para llegar hasta aquí. Una pena que no haya podido cargar su culo en Google Maps. Ni siquiera Nico ha conseguido rastrearlo.

La pantalla que estaba entre los dedos de Chubs se encendió y soltó un gruñido grave y vibrante. La luz que emitió era lo bastante intensa como para que todos pudiéramos ver cómo se levantaban sus cejas hasta sobrepasar el marco de sus gafas.

—Bueno, tal vez no puede enviar las coordenadas exactas —dijo él, haciendo girar el aparato—, pero tiene una idea de por dónde podemos comenzar.

# CAPÍTULO DOCE

OBJETIVO AVISTADO A LAS AFUERAS DE NASHVILLE //  
TRIBU AZUL HOSTIL EN LA ZONA //  
ACERCARSE CON PRECAUCIÓN

—El avistamiento no aparece en la lista de la red de dispositivos de seguimiento —dijo Chubs. Su dedo se deslizaba hacia abajo rápidamente sobre la pantalla de la pequeña tableta que yo había cogido de la caja seca para él—. Sin embargo, no me sorprende. En los últimos días, no he conseguido coger ni una sola señal de Internet para bajar una actualización.

—¿Qué es eso? —pregunté.

En la parte superior de la pantalla de colores estaba el rostro amoratado de Liam; la fotografía que le tomaron cuando lo llevaron a Caledonia, supongo. Junto a la foto había una lista con la misma información a la cual yo había podido acceder en la red de las FEP; la única actualización era que la recompensa por Liam había aumentado a doscientos mil dólares y que el último avistamiento informado había sido en Richmond, Virginia.

—Tiene acceso directo a la red de dispositivos de seguimiento —dijo Chubs—. Te dan uno después de registrarte y tras la aprobación del Gobierno. Ahí la información está celosamente guardada: las FEP no tienen acceso, por lo cual no pueden arrebatárselas.

Era una pantalla táctil, que permitía recorrer las diversas listas que había debajo. Un rastreador de fugitivos llamado P. Everton había sido quien lo avistó en Richmond; había subido esto en la entrada de Liam: «Stewart conduciendo una camioneta Chevy roja, matrículas robadas. Objetivo en vaqueros y sudadera negra con capucha. Perdido de vista durante persecución en coche».

—¿Por qué comparten la información... —pregunté— si solo uno de ellos se queda con la recompensa?

—Porque, si la pista que das es buena, mejoras tu posición. Además de la suma en dólares, a cada chico se le asignan puntos, especialmente en los casos de las grandes recompensas, y puedes ganar esos puntos aportando pistas o contribuyendo con las FEP cuando intentan localizar a un chico. —Chubs se encogió de hombros—. Los veinte dispositivos de seguimiento, más o menos, con las mejores puntuaciones consiguen más suministros del Gobierno, por no mencionar los equipos de mayor calidad y facilidades de acceso a Internet. Eso solo supone una gran diferencia. No te imaginas la cantidad de chicos tontos que han encontrado por culpa de las fotografías y los mensajes que sus familias tenían online. Creo que esa es la forma en que las FEP me encontraron la primera vez. Mi madre olvidó que había subido un álbum de nuestra cabaña a un sitio web.

Asentí, mientras seguía revisando las entradas de la lista. Solo había aproximadamente un millar de esas entradas de chicos activos, muchas de ellas sin fotografías. Estos, supuse, eran los afortunados que habían sido añadidos al registro de ENIAA online por padres que no sospechaban nada, para recibir actualizaciones e instrucciones del Gobierno, pero que habían evitado ser recogidos y llevados



a un campamento. O bien habían encontrado un muy buen lugar donde ocultarse, o bien habían llegado a dominar el arte de vivir fuera de la red. Continué revisando la lista.

Dale, Andrea. Dale, George Ryan. Daley, Jacob Marcus.

Daly, Ruby.

La fotografía era de cuando tenía diez años, con mis ojos muy abiertos bajo un desaliñado caos de pelo oscuro y húmedo. «Vale —pensé—. Aquel día llovía y nos hicieron entrar».

—¿Qué diablos? —La sostuve para mostrársela—. ¿Cuatrocientos mil dólares de recompensa?

—¿Qué...? Ah, eso. —Chubs me arrebató la tableta de las manos y dijo con un gesto adusto en el rostro—: Enhorabuena, eres oficialmente una puntuación alta.

—Eso es... Yo... ¿Por qué?

—¿De verdad necesitas que haga el análisis por ti? —dijo suspirando—. Te escapaste de Thurmond con ayuda de la Liga, y..., ah, sí, dicho sea de paso, eres una Naranja.

—¿Qué son todas estas entradas? —pregunté—. Jamás he estado en Maine ni en Georgia.

Chubs sostuvo la pantalla para que yo pudiera mirarla.

—Mira más de cerca.

«Avistada en las afueras de Marietta, Georgia, dirigiéndose hacia el este. J. Lister».

Al menos cinco de esas entradas pertenecían a J. Lister, alias el adolescente sentado al volante a mi lado.

—Habría subido más, pero te penalizan por subir pistas falsas a la red. Intento hacerlo por ti y por Liam cada vez que puedo para despistar a los dispositivos de seguimiento.

—Y ¿qué hay de Zu?

—Lo mismo —dijo él—. Pero con una frecuencia muchísimo menor. No es bueno subir actualizaciones respecto de los mismos chicos sin prestar atención a las distancias y todo eso. No puedo subir que te he visto en Maine y, cinco minutos después, que he visto a Zu en California. De todos modos, me he inventado una historia, y en lo que a los dispositivos de seguimiento respecta, Zu está en algún lugar de Florida.

—¿Crees que ella y los demás realmente han llegado a California? —pregunté—. No ha habido actualizaciones en la red de las FEP a las que la Liga haya tenido acceso. Lo revisé por última vez la semana pasada y aún no había nada.

—Yo... —Chubs se aclaró la garganta—. Me gustaría creer que sí. Cuando encontremos a Liam, tendremos que ir a verlo por nosotros mismos.

Los demás estaban en nuestro campo de visión, al otro lado del parabrisas. Vida intentaba desmontar la tienda golpeándola hasta que se rindiera. Jude estaba tendido de espaldas en una parcela de tierra con hierba, mirando el cielo con la brújula sobre su pecho. Hacía frío, pero había salido el sol por primera vez en días. Observaba el cielo con una especie de asombrada admiración.

—¿Qué crees que mira? —preguntó Chubs, estirando el cuello hacia delante para seguir la mirada de Jude—. ¿Ese chico está mentalmente... sano?

—Yo diría que su cerebro está a unos veinte mil kilómetros de aquí, componiendo la narración de esta heroica aventura —dije—. Pero sí. Es un chico tierno. Hiperactivo, sin ninguna intención de aceptar la realidad, pero tierno.

—Si tú lo dices —murmuró Chubs.

Vida lanzó un grito ahogado y arrancó una de las estacas que sostenía la tienda. Se inclinó y giró

toda la estructura hasta ponerla de lado y la aplastó de un pisotón.

—¿Por qué soy la única que está trabajando? —gritó—. ¡¿Holaaaaaa?!

Chubs ya estaba saliendo por su puerta antes de que yo hubiera puesto una mano sobre la mía.

—¿Podrías no destruir mi tienda, desgraciada incompetente y desagradecida? —bramó.

—¿Yo soy una incompetente? —La voz de Vida se tornó áspera—. ¿Quién fue el imbécil que tiró las instrucciones?

Tras una rápida mirada para asegurarme de que Vida no fuera a empalar a Chubs con la estaca que tenía en una mano, cogí la tableta y la encendí otra vez.

Durante dos, tres, cuatro segundos agónicos, todo lo que vi fue el lento giro del círculo gris mientras el aparato se cargaba. Con una breve señal acústica, apareció una página de inicio: un minúsculo menú que abarcaba desde emergencias hasta bases de datos y actualizaciones. Sobre este había un mapa digital de Estados Unidos, un mapa que parecía realmente útil para orientarse.

Eso no era para lo que lo necesitaba.

Sentí un nudo de ansiedad en el estómago, pero mis dedos no temblaron cuando tecleé el nombre.

«Gray, Clancy».

Y después, el dolor desapareció con una larga exhalación.

«No hay registros».

Aún nos quedaban cuatro horas para llegar a Nashville, y Chubs y yo nos repartimos la tarea de conducir. Verlo tras el volante en lugar de en el asiento trasero, detrás de mí, ya era bastante raro, pero su postura relajada y confiada lo hacía parecer una persona diferente. Yo me estaba obligando a adaptarme, a aceptar el hecho de que este Chubs no era el que me habían quitado. ¿Cómo podría serlo, después de todo aquello?

Aparte de su reacción ante los insultos y las provocaciones de Vida, estaba más calmado, más expresivo. Yo lo miraba de cuando en cuando y veía que una sombra le cruzaba las líneas duras de su rostro. «Dímelo», pensaba, pero las nubes oscuras pasaban y desaparecían, dejando que el camino se inundara con la brillante luz del sol, y se veía otra vez como Chubs. Por lo menos hasta que llegara la hora de comer.

Antes, Chubs se había quejado y había despotricado ante la idea de detenernos y que uno de nosotros entrara a comprar comida en una tienda o un restaurante. Siempre había sido Liam quien entraba a comprar mientras las sonoras protestas de Chubs lo seguían como una sombra agobiante.

—Venga, vamos. Estará bien —dijo cuando insistió en aparcar en un área de descanso donde ya había un puñado de personas deambulando por el lugar.

Cada vez era más obvio que Chubs usaba su identificación de rastreador de fugitivos como un escudo antibalas; se la enseñaba a todo aquel que lo miraba con cierta intensidad. Una parte de mí se preguntaba si no se había acostumbrado demasiado a actuar en ese papel o si acaso algo había cambiado realmente en su interior.

El resto de nosotros esperamos, tan quietos como nos era posible en los asientos, mientras Chubs se tomaba su tiempo para usar el lavabo, abusar de las máquinas expendedoras y respirar el aire fresco del otoño.

—Creí que habías dicho que ese chico era listo —dijo Vida, sibilante.

—Lo es.

Lo observé por encima de la curva del salpicadero.

—Entonces es condenadamente maleducado —respondió con sequedad—. O está intentando hacer que nos cojan.

No, no era eso. Chubs era muchas cosas, pero en él no había bastante maldad como para rechazar a alguien que necesitaba de su ayuda.

«¿Ah, sí? —dijo una vocecita en el fondo de mi mente—. ¿No es eso precisamente lo que intentó hacer contigo?».

Negué con la cabeza en el momento en que Chubs entraba en el todoterreno, arrojando un montón de patatas fritas y caramelos sobre mi regazo. Me dirigió una mirada. Me miró otra vez.

—¿Qué haces?

Mis labios se abrieron por la sorpresa.

—¿Tú qué crees? ¡Cualquiera de estas personas podría habernos denunciado!

Chubs arrugó el ceño cuando por fin comprendió. Miró a los demás, que todavía estaban agazapados en la parte trasera. Jude se abrazaba las rodillas con los brazos, enterrado en el espacio que había entre la rejilla de metal y su asiento.

—Sí —dijo Vida sin dirigirse a nadie en particular—, no es más que un maldito idiota.

—Está bien —dijo Jude con una alegría forzada—. No nos han delatado. En todo caso, no tienen aspecto de FEP ni de dispositivos de seguimiento.

Los dispositivos de seguimiento no tenían «aspecto»; Chubs era la prueba de ello. Puede que se hubiera vestido según el papel, pero no era uno de ellos. Chubs no poseía la distante frialdad que parecía emanar de los demás. Esta reacción, la forma en que forzaba la llave del encendido del motor, me hicieron preguntarme si en algún momento se había percatado de cuán irresponsable estaba siendo en ese instante.

Esto no se convirtió en un auténtico problema hasta que llegamos a las afueras de Nashville y a las barricadas que había montado la Guardia Nacional, dotadas con una docena de sus mejores hombres.

—Ciudad cerrada —dijo Jude, leyendo la señal pintada con aerosol que dejamos atrás.

Era una sucesión de señales, una detrás de la otra. Zona inundada. Despacio. Ciudad cerrada. Regresen. Solo Guardia Nacional. Ciudad cerrada. La voz de Jude bajaba solo un poco con cada señal que leía, pero el todoterreno iba cada vez más rápido. El puesto improvisado fue al principio una línea borrosa en el horizonte del camino resbaladizo por la nieve, y el alambre de espino y las vallas fueron cobrando forma gradualmente.

—Reduce la velocidad —le dije a Chubs—. Detente un instante.

Él ignoró ambas órdenes.

Vida levantó la vista del intercomunicador en el que estaba escribiendo otro mensaje para Cate.

—Ah, sí. Dice Cate que la ciudad ha estado cerrada desde el verano. Algo relacionado con que el río inundó la ciudad y un grupo de personas organizó una revuelta al no recibir ayuda de ningún tipo.

Dejé escapar un suspiro y apoyé el rostro en mis manos.

—Nos habría sido útil conocer esa información hace veinte minutos. Cuando estábamos en medio de la conversación, ya sabes, acerca de la mejor manera de entrar en la ciudad.

Vida se encogió de hombros.

—Uuuh —exclamó Jude con un claro matiz de pánico en su tono de voz—. Hay un tío que viene hacia aquí. Viene condenadamente rápido.

Como era de esperar, un Guardia Nacional se había separado de la valla de alambre y los sucios barriles amarillos que usaban para bloquear el camino. El hombre se acercaba al trote y su arma y su equipo se sacudían con cada paso. Una punzada de pánico me subió por la espalda.

El Guardia Nacional se detuvo y se llevó una mano a la pistola que tenía en el costado.

Entonces Chubs preguntó:

—¿Lleváis puestos los cinturones de seguridad?

—Bromeas —empecé a decir.

No era posible. Él nunca lo haría.

Vida levantó la vista del intercomunicador.

Jude aulló cuando el coche arremetió hacia delante. Chubs pisaba el acelerador a fondo.

Extendí una mano y giré el volante, obligando al coche a virar bruscamente hacia la izquierda. Chubs intentó apartarme de un empujón, pero yo hice que el coche girara en redondo, esquivando por poco al soldado que venía a nuestro encuentro. Chubs levantó el pie del acelerador de inmediato, pero ya avanzábamos en la dirección correcta, alejándonos de la valla, los soldados y el peligro. Vida colocó la palma contra la rejilla, y el acelerador se hundió bajo su control hasta pegarse a la sucia alfombrilla del todoterreno. Chubs intentó bombear el freno y el coche pareció chillar a modo de protesta.

Cuando finalmente la barricada se transformó en un pequeño punto en el espejo retrovisor, Vida levantó la mano y el pie de Chubs pisó el freno. Los cinturones de seguridad se ajustaron sobre nuestros pechos.

—Yo... —comencé a decir cuando finalmente recobré el aliento—. ¿Por qué...? Tú...

—¡Maldición! —exclamó Chubs, golpeando el volante con las manos.

No parecía ser él mismo; antes me había gritado, innumerables veces, pero esto era... Sentí que realmente me hacía más pequeña.

—¡Cómo te atreves a hacer eso! ¡Cómo te atreves!

—Si vais a pelearos, ¿podéis hacerlo fuera? —dijo Vida—. Yo ya tengo suficiente dolor de cabeza sin oír cómo mamá y papá se lanzan a la garganta del otro.

«Por mí, de acuerdo». Me desabroché el cinturón de seguridad e ignoré los gruñidos de Chubs mientras hacía lo mismo.

—¿Qué? —preguntó él, rodeando el frente del todoterreno para venir hasta mí.

Sus botas resbalaron en la nieve pegada a la oscura superficie de la carretera. Tenía la respiración caliente por la ira. Formaba un abanico blanco y pegajoso que se adhería a mis mejillas ardientes.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté—. ¿De verdad ibas a atravesar la barricada por la fuerza?

Lo que me enfureció fue el modo en que se encogió de hombros, como si no importara, como si no fuera nada.

—No me lo puedo creer —dije—. ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Tú no eres así!

—No hubiera tenido que hacerlo si no me hubieras cargado con estos niñatos. ¡Podría haber enseñado un par de papeles y ya estaríamos dentro!

Se pasó una mano por su pelo oscuro.

—Y ¿sabes qué? Aunque la hubiera atravesado a la fuerza, no significa que nos hubieran alcanzado. Francamente, no erais tú y Liam los que siempre decían que debíamos asumir riesgos si queríamos salir adelante.

—En... —Yo no podía pronunciar la palabra—. ¿En serio? ¿Riesgos? ¿Dónde tienes la cabeza? Pero ¡si tú eres mucho más listo!

¿Importaba el hecho de que yo estuviera gritando o que él estaba haciendo todo lo posible para sobrepasarme con su altura? ¿Importaba que los otros dos nos estuvieran observando desde el otro lado del parabrisas?

—Sin duda, habríamos atravesado las barricadas, pero ¿qué habría sucedido si hubieran apuntado la matrícula y nos hubieran denunciado? ¿Qué habría ocurrido si más adelante hubiera habido otra barricada y nos hubieran estado esperando? ¿Qué habrías hecho? Tú eres el único que tiene papeles; tal vez te habría ido bien, pero ¿qué habrías hecho si me hubieran cogido a mí? ¿O a Jude, o a Vida? ¿Habrías podido vivir con eso?

—Y ¿qué sucede con Liam? —gritó Chubs—. Ya sabes, el chico al que decidiste freírle el cerebro. El que está perdido o muerto o casi muerto porque decidiste fastidiarlo. ¿Lo recuerdas?

Sentí cada centímetro de mi piel como las ramas de los árboles que había sobre nuestras cabezas: desnudas y cubiertas de escarcha.

—Entonces, me culpas.

—Y ¿a quién más debería culpar? —gritó—. ¡Es culpa tuya, maldita sea! ¿Y ahora actúas así? ¿Como si para ti todos esos chicos fueran más importantes que nosotros? Sí, he debido hacer algunos ajustes. ¿Y qué? Me ha ido bastante bien tomando mis propias decisiones. Tú actúas como si yo aún estuviera desangrándome en tus brazos, pero ¡estoy bien! ¡Estoy mejor que bien! Tú eres la que está mal. Tú eres...

No había oído abrirse la puerta, pero de pronto Vida estaba a mi lado, con su hombro junto a mi hombro.

—Atrás. Vámonos. —Sentí que su mano se cerraba sobre mi muñeca—. ¿No nos quieres aquí, tonto del culo? Pues bien. Nos vamos.

Jude estaba pálido al escabullirse hacia la parte posterior del coche y coger nuestras pocas posesiones.

—Estoy listo —dijo, y su tono de voz no traicionó el temor que yo veía en sus ojos.

Cogí la chaqueta de piel que Jude me pasó, mientras mi mente intentaba comprender qué sucedía. Los dedos de Chubs aferraron el bolsillo y lo sostuvieron con firmeza.

—¿Qué haces?

—Creo... —Sentía la cara insensible—. Creo que ha sido una mala idea.

«¡No —gritaba mi cerebro—, no, no, no!».

—¡Ruby! —dijo él, asombrado—. Dime que no... ¡Ruby!

—¿Crees que somos unos inútiles? ¿Quieres demostrar que eres tan condenadamente valiente? —le gritó Vida—. Pues adelante. Ve y haz que te maten. ¡Veremos quién encuentra primero a Stewart!

Vida enganchó su brazo al mío y comenzó a arrastrarme por la ligera curva del arcén de la carretera, hacia el bosque salpicado de nieve. Era profundo y oscuro, y encantador. Yo no veía ni su principio ni su fin.

—Imbécil —mascullaba Vida—. Pero qué pedazo de mamón; detesto su estúpida cara, su jodida conducción; actuando como si fuéramos idiotas. ¡Imbécil!

Jude trotaba para mantenerse a nuestra velocidad. Las ramas me azotaban el rostro y se enganchaban en mi cabello. Los destellos del sol a través las copas de los árboles me desorientaban: de un rojo cegador en un instante y naranja al siguiente; y todo lo que yo podía pensar era en el fuego. Todo lo que veía era el rostro de Chubs cerca del mío, aferrados el uno al otro bajo el muelle de East River, mientras el mundo sobre nuestras cabezas ardía.

Sentí que una mano me tocaba la cintura y ya no pude hacerlo más. Se me enredaron las piernas y conseguí a duras penas cogirme de un árbol antes de colapsarme completamente.

«¿Qué estás haciendo? —pensé—. Es Chubs. Aún es Chubs». Durante varios minutos agonizantes no pude oír nada más que mi propia respiración. Me sentí físicamente enferma, como si estuviera a punto de vomitar todo lo que había en el pozo de mi estómago.

«Es Chubs». El que constantemente dice cosas de las que se arrepiente, aun cuando sean verdad. El que se permite que la ira se lleve lo mejor de él, especialmente cuanto está asustado. Y tú lo has abandonado. Lo has dejado. Ese era Chubs, y tú lo has abandonado.

Sentí que una mano tiraba de la mía. Jude estaba junto a mí, y se le arrugaba la chaqueta de paramédico.

—Creo que las dos estáis equivocadas —dijo con tranquilidad—. No os culpa por lo que acabó ocurriendo con Liam. Se culpa a sí mismo. Se está comportando de este modo porque ha llegado al punto en que está dispuesto a hacer cualquier cosa para corregirlo.

—Y ¿por qué él iba a pensar que nada de esto es por su culpa? —pregunté.

—Es un arma cargada —dijo Vida, mirando por encima del hombro—. Ha sobrevivido a un disparo. Una parte de él cree que es invencible y que puede cometer errores estúpidos y salirse con la suya. Hay otras formas en las que podríamos haber viajado, pero él escogió correr con los jodidos lobos. Si no está desesperado, si no se detesta a sí mismo, entonces realmente es un maldito idiota.

—Vosotros no lo conocéis —dije yo.

—No —respondió prudentemente—, pero te conocemos a ti.

—Y si tú crees que no has estado comportándote del mismo modo los últimos seis meses, entonces tú también eres una maldita idiota. —Vida me giró hacia la dirección del camino y me dio un fuerte empujón—. Ve a buscarlo. Si no estás de regreso en cinco minutos, continuaremos solos en busca de Stewart. ¿Dijiste que no tuviste elección cuando te uniste a la Liga? Bien, enhorabuena. Ahora tienes la jodida elección. Puedes volver o no, pero yo soy más que capaz de llevar a cabo esta Operación sin tener que aguantar todos tus lloriqueos.

Comprendí lo que me decía con total claridad.

—Volveré —les dije—. Enseguida, lo juro.

Di un paso vacilante, manteniendo la mirada en las temblorosas huellas que habíamos dejado en la nieve. Y la mantuve enfocada hacia abajo y adelante, porque no soportaba la idea de que los otros me vieran partir.

«No puedo abandonarlos». A ninguno. No puedo dejar a Vida, porque es demasiado cabezota para su propio bien. Ni a Jude, que no soporta el silencio ni la oscuridad. Ni a Chubs; no después de todo aquello.

El todoterreno aún estaba ahí, torcido, aparcado en el arcén. Chubs estaba en el asiento del conductor, inclinado sobre el volante. Rodeé el coche por detrás, mirando a ambos lados del camino para asegurarme de que no hubiera otros ojos mirándonos, después me arrojé en la chaqueta de Liam para sentirme más segura.

Chubs no me vio. Sus hombros se estremecían pero yo no sabía si estaba respirando con dificultad o llorando. Di un golpecito en la ventanilla. Y Chubs —mi Chubs— dio un salto de terror hacia el asiento del acompañante.

—Lo siento —le dije moviendo los labios, sin pronunciar palabra, a través del cristal.

Había estado llorando. Algo se retorció en mi interior, con brusquedad y firmeza, cuando Chubs abrió la portezuela.

—¡Me has dado un susto de muerte! —gritó—. ¿Sabes lo fácil que es caerse y romperse un tobillo cuando se camina sin rumbo? ¿O en un río congelado? ¿Sabes lo que ocurre cuando sufres una hipotermia?

Me incliné hacia delante y puse los brazos sobre sus hombros.

—Yo... quiero decir... —Sentí sus manos coger con fuerza la chaqueta de Liam en su intento de retenerme donde estaba—. No soy el de antes. No lo soy y lo sé. No me gusta quién soy ni lo que he tenido que hacer, ¡pero tampoco me gusta que nos separemos otra vez! ¡No lo hagas! ¡No desaparezcas! Si estás enfadada conmigo, pues golpéame, pero no creas que no quiero estar contigo. ¡Siempre querré estar contigo!

Apreté mi abrazo, con mi rostro sobre su hombro.

—Tú también estás diferente —dijo—. Ahora todo es diferente. Yo solo quiero que todo vuelva a ser como antes, cuando estábamos en el estúpido monovolumen. Dios santo, ¿vas a decir algo?

—No llames estúpido a Black Betty —dije.

No supe si reía o lloraba otra vez, pero ambos nos estremecimos con fuerza.

—Lo echo de menos —decía Chubs—. Lo echo tanto de menos; sé que es tonto. Es que... estoy asustado...

—No ha muerto —lo interrumpí—. No. No puede estar muerto.

Chubs se retiró lentamente, levantando sus gafas para pasarse el antebrazo por los ojos.

—No es eso a lo que me refiero. Me asusta lo que dirá cuando averigüe... todo esto. —Sus manos volvieron al volante—. Esto.

—Probablemente hará algunos chistes tontos a tu costa —dije yo—, y te pondrá otro sobrenombre ridículo.

—No —respondió, con evidente esfuerzo—, lo sabrá...

Súbitamente me sentí muy quieta. No había otra forma de describir el terror que me subió por la espalda cuando Chubs se alejó de mí.

—Antes te he hablado de todos los papeles que hay que rellenar para registrarse como un rastreador de fugitivos —dijo—, pero... esa es solo la mitad del asunto.

—¿La mitad? —repetí.

Chubs asintió con la cabeza. Estaba muy abatido.

—Para ser aceptado debes entregar un chico. No hay ninguna otra forma de poner un nombre en las listas. No se puede engañar al sistema. Créeme, lo he intentado.

Pasó una cantidad inconmensurable de tiempo hasta que lo estaba diciendo llegó a mi cerebro. Con cada segundo que pasaba, su rostro se hacía cada vez más transparente. Sus pensamientos y sus temores volvían sin control.

—¿Quién? —pregunté por fin.

—Un Verde que encontré en Nueva York. —Chubs tragó con dificultad—. Estaba... Había vivido mal durante varios años. Lo advertí por su aspecto. Torturado. Hambriento. Estaba prácticamente cadavérico. Lo vi porque estaba intentando romper una máquina expendedora fuera de uno de esos centros comerciales suburbanos. Fue en pleno día. Había una muchedumbre observándolo, pero no se acercaban.

—¿Qué sucedió?

—Él... No lo sé, ni siquiera se defendió —dijo Chubs, con la voz ronca por la emoción—. Solo me miró y vi que se había rendido. Y en ese momento pensé, ya sabes, que en un campamento por lo menos tendría comida. Tendría una cama. No era más que un Verde. Lo tratarían bien si mantenía la cabeza baja.

—Tuviste que hacerlo. —¿Qué otra cosa podía decirle?—. Era el único modo.

—¿Esperas que se lo explique así a Liam? Oh, perdona. ¿Tu vida era más importante que la de él? No lo entenderá. —Chubs se aclaró la garganta—. El hecho es que habría hecho cosas mucho peores. Habría hecho cualquier cosa para encontraros. Me asusta. Siento que, si no hubiera nadie para ponerme freno, no sé qué haría.

Era un sentimiento que conocía muy bien: la sensación de caída libre en un pozo oscuro, sin saber cuándo chocarás contra el fondo, ni siquiera si hay un fondo.

—No importará —dije—. Al final, no importará. Te conviene creer que, cuando hayamos encontrado a Liam y conseguido la información, empezaré a quemar hasta los cimientos de cada uno de esos campamentos.

Chubs tenía tal aspecto de inseguridad que me partió el alma.

—Deberé hacerlo. ¿Confiarás en mí? —susurré.

Tras un momento, Chubs asintió.

—Vale. —Se aclaró la garganta, en un intento de volver a su habitual tono huraño—. ¿Dónde han ido los otros?

—Nos están esperando.

—¿Entonces iremos andando? —preguntó—. Tendré que esconder el coche.

Lo miré un instante, confundida. Entonces comprendí. «Está dejándote liderar el grupo».

—Sí —dije—, creo que deberíamos intentar entrar en la ciudad a pie.

Chubs asintió con la cabeza y después de eso no hubo más discusiones. Condujimos el coche por la carretera hasta encontrar un pequeño camino de acceso. Tras ocultar adecuadamente el todoterreno entre los árboles y el sotobosque, nos alejamos hacia el bosque.

—No hacía esto desde hace tiempo —dijo Chubs, cambiando el bulto donde habíamos reunido las provisiones y uno de los tropecientos mil equipos de primeros auxilios que él insistió en incluir. Chubs sonreía, apenas, pero era algo.

—Ojalá pudiera hacer lo mismo —dije, colocando una mano sobre uno de sus hombros para pasar por encima del tronco de un árbol caído.



—¿Dónde has dicho que estaban?

No había advertido que estábamos otra vez en el pequeño claro de antes hasta que vi la confusión de huellas que había en el fango y en el musgo. Entonces habían cumplido su palabra. Habían seguido adelante y nosotros deberíamos alcanzarlos.

Miré a Chubs para decírselo, pero sus ojos estaban concentrados en la nieve, con el ceño fruncido.

Había más de tres pares de pisadas. Mi cerebro había echado un vistazo y había dado por supuesto que Jude había estado paseándose como de costumbre o que Vida había estado recorriendo el claro con impaciencia. Pero, para comenzar, había muchas más huellas.

Entonces comprendí lo que debía de haber ocurrido. Una espiral de huellas donde Vida había intentado luchar, que acababa en una zona de tierra en la que había caído. Del otro lado, el suelo estaba cubierto de ramas rotas; avancé otro paso, siguiendo el sendero hasta que mis pies encontraron unas gotas de sangre de un rojo muy brillante sobre un espacio de nieve a medio fundir.

No. El viento hizo sonar un gruñido amenazador en mis oídos. No habían seguido adelante.

Los habían capturado.

## CAPÍTULO TRECE

No pensé que Chubs no pudiera seguir mi ritmo de carrera. El grupo había despejado una senda a través del fango y la nieve, apisonándola con los pies hasta hacerla transitable. Aspiré una gran bocanada de aire seco e intenté ignorar la nieve que resbalaba de las ramas bajas de los árboles y los arbustos. Cuando finalmente me detuve, mis pantalones y mi abrigo estaban empapados. El rastro de huellas, tan ancho y obvio antes, desapareció a la orilla de un río congelado.

Cuando llegó donde yo estaba, Chubs jadeaba, agitado por el esfuerzo, apretándose el hombro con una mano. Me giré para coger la bolsa de provisiones que había reunido, pero me lo pensé dos veces. La que me había dado era tan pesada como aquella y no podría avanzar por la nieve con las dos; no al menos con rapidez.

—¿Y ahora qué? —dijo entre resuellos—. ¿Han cruzado aquí?

—No, no es posible —respondí, poniéndome de rodillas para comprobar la firmeza del hielo—. No hay manera de que hayan cruzado sin romper el hielo.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Puedes saber todo eso a partir de unas cuantas huellas?

—No —respondí—. No sé el número exacto. Diez o más. Vida no se habría dejado capturar por un grupo menos numeroso.

Chubs tenía una expresión de duda, pero no negó la posibilidad.

Avancé por la ribera del río, en busca de algún rastro, humano o de otro tipo. No podían haberse desvanecido.

«Mierda», pensé, enredando mis dedos en el caótico rodete en el que había atado mi cabello. «¡Mierda!».

—¿Es posible...? —Chubs tragó saliva, cambiando de sitio sobre sus hombros el incómodo peso de la bolsa—. ¿Crees que los han capturado los soldados? ¿Unos enviados a perseguirnos desde la barricada?

Negué con la cabeza.

—Habrían usado la carretera. Los habríamos visto. —O, por lo menos, eso es lo que me estaba diciendo a mí misma—. ¿Dispositivos de seguimiento, tal vez?

Esta vez fue él el que rechazó la posibilidad.

—¿Diez de ellos? ¿Por qué habrían de estar aquí, en medio de la nada?

—Entonces... —empecé a decir.

Los ojos de Chubs se agrandaron cuando captó el hilo de mis pensamientos.

—¿La tribu de Azules que estamos buscando? —preguntó—. Pero ¿por qué comenzar una pelea?

Luché contra el primer escozor causado por unas lágrimas de pánico. «Oh, Dios. Jude debe de haber estado aterrado».

—No saben cómo funciona. No han tenido una vida fuera de la Liga; les... nos enseñaron que solo debemos confiar en nosotros mismos.

Fue una suerte que me girara hacia el río cuando lo hice, que el viento apartara el follaje verde de

los árboles. De lo contrario, no habría visto el destello plateado del arma entre las ramas.

Me arrojé sobre Chubs, que cayó de cabeza al suelo, en el instante en que se oyó el primer disparo. Sentí que algo tiraba de mi bolsa y volví la cara hacia el otro lado cuando la bala impactó en el suelo, junto a nosotros, causando una pequeña explosión de hojas sucias y nieve.

Las balas aullaban al hendir el aire detrás de nosotros, mientras arrastré de los dos hacia la protección de los árboles.

—Mantén la cabeza gacha —le susurré a Chubs, casi empujándolo hacia la densa cobertura de los arbustos.

Sentí que el arma que yo había cogido de la guantera del coche estaba tibia al extraerla de la cintura de mi pantalón. Disparé apuntando hacia el lugar donde creía haber visto a alguien, al otro lado del río. Los disparos se detuvieron súbitamente.

El aire de la tarde estaba claro y quieto. Tenía una cualidad cristalina; olía a nieve.

—¡Ruby!

Una mancha oscura cayó desde el árbol que estaba a mis espaldas. Me giré sin pensarlo y lancé un codazo. Golpeé con todo mi peso algo blando que crujió con el impacto.

Se oyó un agudo alarido de dolor, seguido por un ruido sordo y pesado. El impacto levantó torbellinos de nieve. Me volví hacia Chubs y me extendí para cogerlo a través de la nube blanca y sentí que una mano se cerraba sobre mi antebrazo. La piel era clara y cada nudillo estaba desgarrado o cubierto de costras.

Retrocedí un paso y levanté una rodilla para rechazar al siguiente atacante, pero la lucha acabó antes de comenzar. Sentí la punta fría y afilada de un cuchillo en mi espalda y bajé los brazos. Me giré un poco por encima del hombro para mirar a Chubs. Estaba cubierto de fango, con la cara pálida.

—¿Quién eres? —pregunté, volviéndome lentamente para enfrentarlo y manteniendo el cuchillo lejos de mí.

—Hija de puta —me espetó.

El tono de su tono de voz fue suficiente para que supiera qué edad tenía el chico realmente: mi edad. Uno o dos años más, a lo sumo.

El chico que había recibido mi golpe se levantó vacilante y se limpió la nariz con la manga de su abrigo, sobre la cual quedó una larga línea roja. El chico del cuchillo retrocedió, pero no apartó el arma.

Nariz Sangrienta extendió una mano como si yo fuera a entregarle mi pistola. En el último minuto bajé el arma y en lugar de entregársela le estreché la mano y me metí en su mente. Su cuerpo se retorció bajo mi dominio. En el interior de su mente vi una imagen fugaz del rostro asustado de Jude y eso fue suficiente para mí.

—¿Qué les habéis hecho a esos chicos? —gruñí—. El chico y la chica que encontrasteis antes. ¿Dónde los habéis llevado?

Chubs tenía una expresión rara en el rostro mientras me miraba, pero permaneció en silencio.

—Los chicos... —dijo, con la voz alterada por el repugnante ángulo en que le había quedado la nariz. A mí me dolía el codo—. Los chicos... Se los llevaron al Huidizo.

Por supuesto.

Esas fueron las primeras palabras que surgieron en mi cabeza, que rompieron el hielo que me mantenía clavada en el lugar. «Por supuesto». El sistema de Clancy había funcionado tan bien la

primera vez; ¿por qué no habría de intentarlo de nuevo? «Por supuesto». No importaría quiénes fueran los chicos, solo que estuvieran dispuestos —o las habilidades de Clancy los hubieran dispuesto— a ir a la guerra contra el presidente Gray.

Por supuesto.

Tuve que soltar la mano del chico cuando aparecieron otros cuatro personajes en el bosque a nuestro alrededor, y se acercaron a investigar lo que había pasado. Yo podía controlar una persona, pero no era Clancy; más de una era imposible, y todo intento por mi parte habría revelado la ventaja que yo tenía. Di un paso adelante, les mostré que no estaba armada y le hice un gesto a Chubs para que hiciera lo mismo.

—Quiero ver al Huidizo —dije—. No os causaremos problemas.

—¿Es cierto? —preguntó uno de ellos, echando un vistazo al chico aturdido que estaba a mis pies—. Michael, ¿has oído o el golpe te ha aflojado un tornillo?

Nariz Sangrienta —Michael— sacudió la cabeza en un obvio intento de despejarla. Una herida en la cabeza era una buena tapadera para lo que yo le había hecho, pero a su pequeño cerebro le estaba llevando tanto recuperarse que comencé a preocuparme de que los demás chicos empezaran a sospechar. No parecían estar dispuestos o ser capaces de hacer algo sin su permiso.

—Los llevaremos con nosotros —dijo Michael—. Hacedlo rápido. Dos de vosotros os quedaréis en este puesto. Yo enviaré a alguien a buscaros.

«¿Este tío es el líder?», pensé. No era absurdo. Solo su tamaño ya inspiraba temor, aunque nada más.

Empujaron a Chubs hacia mí y retrocedimos hacia el río. Yo le abracé la cintura para mantenerlo cerca. Los chicos cogieron nuestras bolsas y se las pusieron sobre los hombros.

—Bueno —murmuró Chubs—, mierda.

Otra vez estábamos al descubierto, cerca del río congelado y, más importante, en la línea de tiro del tirador que estaba entre los árboles.

Había manos sobre mí, cacheándome, palpando el interior de mis botas. Intenté no reaccionar cuando uno de ellos me quitó la navaja suiza que llevaba en la bota. El aire gélido me escocía la cara, pero lo que realmente me heló la sangre fue pensar en lo que encontrarían en los bolsillos de Chubs.

Chubs debió de leer la pregunta en mi rostro, porque sacudió apenas la cabeza, en un gesto de negación. El chico que lo estaba registrando solo encontró su cuchillo y un bolsillo lleno de papeles de caramelo. Chubs contaba con información suficiente y se había deshecho de su identificación de rastreador de fugitivos en el bosque, durante el ataque, o la había dejado en el coche. Gracias a Dios.

Dirigí la mirada al otro lado del río, evitando por muy poco las patadas de Chubs mientras lo elevaban por el aire.

Luchó contra el aire durante el medio segundo que le llevó al chico con la mano extendida elevarlo y, sin otra cosa que sus habilidades de bicho raro, depositarlo en la orilla opuesta.

Yo sentí el tirón cálido en la boca del estómago y reconocí la sensación. No tuve oportunidad de protestar antes de ser levantada, también, sobre el río, y arrojada sobre Chubs con una falta absoluta de amabilidad.

Los otros chicos se echaron a reír, elevándose los unos a los otros por encima de la corriente congelada con toda la suavidad de una brisa. Salvo por la risa, no hablaron; no ofrecieron ninguna

explicación ni confirmación respecto del lugar donde nos conducían. Dos de ellos se quedaron en el lugar para borrar nuestras huellas del polvo blando y blanco.

Caminamos en silencio. La nieve comenzó a caer otra vez, acumulándose en mi cabello y mis pestañas, deslizándose, fría, a través del abrigo de Liam. Chubs se puso tenso y se frotó el hombro lastimado de forma distraída. Nuestras miradas se cruzaron y pude ver mi ansiedad reflejada en sus ojos oscuros.

—No me lo puedo creer —murmuró—. Otra vez.

—Yo me ocuparé de él —dije en voz baja, enlazando mi brazo con el suyo.

—¿Lo dices por lo bien que funcionó la última vez?

—¡Eh! —Michael levantó su pistola plateada—. ¡Cerrad las malditas bocas!

Anduvimos lo suficiente como para que yo empezara a preguntarme si alguna vez llegaríamos al campamento o dondequiera que planearan llevarnos. No se me ocurrió que nos desplazáramos hacia Nashville hasta que apareció el gran río.

Comprendí de inmediato por qué habían cerrado la ciudad originalmente; aunque el río debía de haber rebasado sus riberas meses atrás, la mayor parte del agua aún tenía que congelarse o retroceder completamente a su nivel normal. Las orillas estaban atascadas e impedían que el terreno circundante drenara. El río era un monstruo que se hacía mayor cuanto más nos acercábamos. Era lo único que había entre nosotros y un almacén blanco al otro lado del camino.

Esperándonos en la orilla había tres pequeñas balsas que no parecían más que cajones y tablas sobrantes que se mantenían unidas mediante una cuerda de vinilo azul brillante. En cada una de ellas había un chico vestido de blanco que sostenía una larga pértiga. En cuanto nos distribuimos en las tres balsas, los chicos de las pértigas nos condujeron por el agua lodosa y poco profunda, con movimientos lentos y metódicos.

Cerré los puños a los lados. Una de las dársenas del almacén estaba abierta y a la espera. Con una firmeza inesperada, la balsa flotó el resto del camino hasta la rizada puerta plateada y el interior de la oscura estancia.

La plataforma de carga estaba lo bastante elevada para que las balsas no fueran necesarias. Me levantaron por la cintura y me depositaron en los brazos de oro de los chicos que esperaban allí. La chica que me sostenía era delgada y pálida, y sus ojos verdes sobresalían de los marcados huesos de su rostro. Dejó escapar una tos estruendosa y húmeda que procedía de lo más profundo de su pecho, pero no dijo nada cuando me cogió del brazo y me obligó a entrar.

Las paredes y el suelo eran de hormigón y estaban cuarteados y cubiertos por tres centímetros de grafitis viejos y descoloridos. El almacén tenía aproximadamente el tamaño de un gimnasio de instituto, y aún conservaba algunos indicios de su vida anterior: señales que indicaban dónde podían dejarse los cables. La pared trasera, hacia la cual caminábamos, estaba pintada de un matiz oscuro de cian, y, aunque alguien había intentado cubrirlas con una capa de pintura blanca, debajo aún se podían leer las letras negras que rezaban: «JOHNSON ELECTRIC».

Chubs se puso a mi lado, y me indicó con un ademán de la cabeza la línea marrón que recorría todas las paredes a media altura. Entonces, ¿el agua del río había llegado tan alto?

Cada paso que daba, cada voz a nuestro alrededor, cada gota de agua que caía de las grietas del techo abovedado parecía tener un eco. Los sonidos rebotaban en las paredes desnudas y las ventanas

cerradas con listones de madera a nuestro alrededor. A pesar de que no estábamos expuestos a la nieve ni al viento, el edificio no estaba tan aislado como para mantener a raya el frío persistente. Habían utilizado viejos cubos de basura como contenedores de fogatas, pero la mayoría estaban situados en el otro extremo del almacén, no cerca de los grupos de chicos diseminados en las cercanías de la entrada por la que habíamos llegado nosotros.

Esto... no era nada parecido a East River.

Y el adolescente sentado en una plataforma elevada, en el fondo, y que desaparecía y reaparecía detrás de una nube de humo de cigarrillo y fuego, no era Clancy Gray.

—Y tú, ¿quién diablos eres?

Cuando nos empujaron dentro, hubo un murmullo de interés, pero cuando hablé se hizo el silencio. Mis ojos se habían dirigido directamente al rostro del chico, con tanta rapidez que ni siquiera me percaté de los demás adolescentes que lo rodeaban hasta que avanzaron para mirarnos mejor. Había chicas que temblaban, vestidas con camisetas y pantalones cortos, y se inclinaban sobre la base de la plataforma o acurrucadas junto a los cajones apilados detrás de él, con solo unas pocas mantas entre ellas. A su alrededor había grupos de chicos que reían y contribuían al humo gris y pútrido con sus propios cigarrillos.

Este chico debía de estar más cerca de los veinte que los demás. Su rostro estaba enmarcado por una barba rojiza que él se ocupaba de frotar contra la mejilla de una chica de cabellos rubios, largos y sucios, que estaba sentada en su regazo. Cuando la chica se volvió para mirarme advertí el moratón de sus labios, que se extendía hasta la base de la mandíbula.

El cabello rubio del chico era largo, pero estaba peinado con esmero detrás de sus orejas. Las botas de combate y la chaqueta negra reglamentarias del uniforme de las FEP estaban salpicadas de fango, pero por lo demás estaban impecables; un poco demasiado impecables como para haber sido usadas alguna vez.

—¿Perdona? —Un acento sureño.

—Tú —repetí—, ¿quién diablos eres?

Los otros adolescentes que estaban en la plataforma se giraron para mirarlo en perfecta sincronía, pero él solo me miraba a mí. Sentí el tirón tibio en el estómago otra vez, y, pese al intento de Chubs de aferrarme, mis pies resbalaron por el suelo sucio hacia él. Apenas conseguí controlarme antes de chocar contra el costado de la plataforma. Viejos cajones apilados, cubiertos por un contrachapado de madera combado por el agua, asegurado con clavos; esa era toda la plataforma. Su silla era poco más que metal plegado con una manta doblada encima, probablemente como detalle de efecto.

El adolescente se puso de pie, deshaciéndose de la chica que tenía encima. Cuando ella gritó por la sorpresa, él le arrojó el cazo con el que estaba comiendo para hacerla callar. Me esforcé por controlar el impulso de buscar a Vida y a Jude entre las sombras que se movían a nuestro alrededor.

—¿Dónde los has encontrado?

Se puso en cuclillas en el borde de la plataforma para observar mi rostro. Sus ojos eran verdes, aunque una gran mancha marrón le cubría la parte superior del ojo derecho.

—Cerca del arroyo —respondió Michael.

—Tú —dijo el líder a una de las chicas que estaban sobre la plataforma—, dale esa manta antes de

que se congele. Esta noche este tío es un rey. Mira el lote que nos ha traído.

La chica no pareció comprender por qué o cómo podían pedirle semejante cosa. Se quedó mirando, atontada y muda, detrás de él, hasta que uno de los chicos la agarró por el pelo y la arrojó hacia delante, hacia el borde de la plataforma elevada. Debajo de la tibia manta de lana marrón, llevaba una camiseta amarilla manchada y un par de viejos pantaloncitos que habían pertenecido a alguien más. No llevaba zapatos ni calcetines.

Michael le arrancó la manta de las manos, chasqueando la lengua ante su resistencia. Otro de los chicos, un niño, le alcanzó una botella con agua que tenía en las manos y lo observó con los ojos entrecerrados mientras se bebía lo que quedaba antes de lanzársela de nuevo al chico, tras aplastarla con la mano. Después se colocó a la derecha del líder. Cómo era siquiera posible que alguien tuviera un aspecto tan engreído y orgulloso enrollado en una manta y con la cara cubierta de sangre seca es algo que no pude comprender.

El líder arrojó su cigarrillo, cuyo extremo aún latía con un rojo brillante, a nuestros pies. Mantuve los ojos sobre el área de piel expuesta sobre el cuello de la chaqueta de las FEP.

Una chaqueta sin usar. Yo había trabajado con ellas lo suficiente en la Fábrica para reconocer una así a primera vista. No tenía insignias, ni siquiera la bandera americana de rigor. A menos que hubiera arrancado todas las costuras, lo que era improbable, dado que el material no mostraba las marcas, probablemente la había robado de un cargamento; no se la había quitado a un soldado.

Dejó de mirarme para mirar a Michael. Una sonrisa apretada, de tiburón, se dibujó en sus labios.

—¿Él te hizo eso? —preguntó, señalando a Chubs con un gesto de la cabeza.

El otro adolescente utilizó la manta nueva para limpiarse la sangre seca del labio superior. Abrió la boca, pero fue obvio que se lo había pensado mejor antes de admitir que una chica de la mitad de su tamaño le había dejado la cara así.

El primero soltó una carcajada mientras se volvía hacia mí.

—¿Codo, puño o pie?

—Codo —respondí—. Me encantará hacer una demostración contigo, si es que necesitas una.

El murmullo había regresado, además de unas pocas risas lobunas a mi alrededor. Contraje la mandíbula para no volver a decir algo igual de tonto. «Contrólate —me dije—. Descubre cómo es él».

—¿Una luchadora? —preguntó, levantando las cejas—. ¿De qué color eres, nena?

No me percaté de que Chubs se había movido hasta que estuvo junto a mí.

—Es una Verde. Yo un Azul. ¿Y tú eres?

—Me llaman Knox —dijo él—. ¿El nombre de Huidizo os suena de algo?

—Si tú eres el Huidizo —respondió Chubs—, yo soy el jodido conejo de pascuas. ¿Y se supone que esto es East River?

Knox se puso de pie súbitamente, con la sonrisa divertida trocada en otra mucho más fría.

—¿No es como te lo habías imaginado?

—Los atrapamos en el mismo lugar en que cogimos a los otros dos, junto a la carretera —dijo Michael—. La otra chica también era una Azul. Podríamos tener una iniciación esta noche...

Knox lo hizo callar con la mirada. Sobre nuestras cabezas, la nieve parecía haberse convertido en lluvia. Bajaba por el techo de metal, era el único ruido que se oía además de los ávidos susurros de los chicos apiñados a nuestro alrededor.

—¿Qué sabes de East River? —preguntó.

—Bueno, para comenzar... —dijo Chubs, cruzándose de brazos.

—Hemos oído que fue en Virginia —interrumpí—. Nos dirigíamos hacia allá cuando nos capturaron tus amigos.

Este era el asunto: era obvio que este chico petulante, quienquiera que fuese, de dondequiera que hubiese salido, no era el auténtico Huidizo. Eso lo sabíamos. Knox lo sabía. Pero, si él sabía que *nosotros* lo sabíamos, no dudé ni por un segundo de que Knox se desharía de nosotros antes de que pudiéramos revelar el secreto a otros. El nombre era legendario; si alguien podía reunir a tantos chicos y montar su propio almacén, ¿por qué no iban a creer que era el Huidizo?

—Menuda Operación la que tienes —continué, forzando mi cuello para poder mirar hacia atrás. Jude no aparecía. Ni Vida. Pero era evidente que se trataba de la tribu de Azules sobre la cual Cate había intentado advertirnos—. Bonito lugar. ¿Estos son todos los chicos?

Knox resopló e hizo un ademán a uno de los adolescentes más jóvenes para que se acercara a él. El chico, de doce o quizá trece años, enrojeció al convertirse en el centro de atención. Knox le susurró algo al oído y el chico asintió, y después saltó de la plataforma y partió a la carrera. Lo último que vi de él fue su chaqueta azul manchada con tizne que desaparecía tras una de las puertas laterales.

—Me llamo Ruby —dije, y luego señalé a Chubs con el pulgar—. Este es Charles. Como te he dicho, solo estamos de paso; nos dirigimos al este.

Knox regresó a su asiento y, sin mediar palabra, la misma chica de antes se apresuró detrás de él y le entregó un cazo con comida. Sopa, a juzgar por las gotas que salpicaron su chaqueta. No me pasó inadvertido que los adolescentes que lo rodeaban parecían inclinarse hacia él, mirando cómo desaparecía el caldo cucharada tras cucharada.

«No mires a Chubs», me ordené. Yo no habría sido capaz de contenerme. La chica vestida con harapos estaba en los huesos.

Knox le hizo un gesto a Michael y él y otros adolescentes arrojaron nuestros bultos sobre la plataforma. Las otras dos chicas, de menos edad que las primeras, pasaron a la acción. Desarmaron pieza por pieza los bultos con las provisiones que con tanto esmero habíamos guardado. «Adiós barritas nutritivas; adiós botiquines de primeros auxilios; adiós botellas de agua, mantas y cerillas...».

Cada cosa que ellas cogían era suficiente para superar el escaso control que yo tenía sobre mi furia. Miré hacia donde estaba Knox, que observaba el proceso, y me imaginé lo agradable que sería desarmar su mente de esa misma forma. Sería fácil, si pudiera acercarme a él.

Cuando Knox levantó los ojos para mirarnos, en su rostro había una expresión completamente nueva. Una expresión... ávida. De excitación.

—¿De dónde habéis sacado todo esto?

—Lo hemos cogido de una vieja gasolinera —dije, mientras daba un paso adelante—. Es nuestro. Lo encontramos nosotros.

—Lo vuestro es mío, nena —dijo él—. Aquí todo el mundo tiene que ganarse sus cosas.

Chubs masculló algo entre dientes.

—Llevad todo esto al depósito —le dijo Knox a Michael—. Después tú y tus chicos podréis comer. Todo lo que queráis.

Michael sonrió y se arropó aún más en la manta que llevaba sobre el abrigo. Su grupo no cabía en sí de la emoción y avanzaban empujándose hacia la misma puerta por la cual había salido el otro



chico, con excepción de un niño, el que iba en la retaguardia. Era de estatura mediana y vestía un chaleco militar verde que le iba pequeño y estaba desgarrado. Su pelo era tan largo y enmarañado como el de los demás chicos de su grupo, pero lo mantenía lejos de la cara con un gorro de estilo cazador forrado de piel. Justo antes de que se cerrara la puerta, algo debió de llamarle la atención, porque se volvió y se apoyó en la pared.

—¿Estáis con los chicos que mis muchachos han capturado hoy? —preguntó Knox, haciendo que centrara mi atención en él. Al inclinarse hacia delante, una gruesa cadena de oro asomó por debajo de su camiseta y su chaqueta—. ¿La tía buena y el espantapájaros?

Bueno..., esa era una forma de describirlos.

—No —dije. Un paso más cerca. Uno más—. No tengo la menor idea de qué estás hablando.

—¡Ru!

Todas las cabezas que había en el almacén se giraron hacia la puerta lateral. Una oleada de alivio me recorrió el cuerpo: Vida y Jude estaban ahí, con un aspecto ligeramente peor por el cansancio, pero enteros. Ninguno llevaba chaqueta. Jude había renunciado a todo intento de fingir que no se estaba congelando, pero Vida tenía las mandíbulas apretadas y los brazos firmemente colocados a los lados. Advertí que algo se agitaba en sus ojos, pero no dijo nada. Habría deseado poder decir lo mismo de Jude.

—¿Ves? —le decía él, dándole golpecitos en el brazo—. ¡Te dije que vendrían!

Suspiré y me volví hacia Knox, que estaba en la plataforma.

—¿Quieres intentar responder de nuevo, dulzura? —me preguntó otra vez, con frialdad.

Encogí los hombros y no dije nada. «Maldición».

—Así que una Verde, un Amarillo y dos Azules se meten en mi bosque... —comenzó a decir Knox.

Se detuvo y bajó de un salto de la plataforma. Empujaron a Vida y a Jude hacia nosotros.

Knox se paseaba delante de nosotros, para diversión de los demás chicos.

—Ahora bien, los dos Azules: sois sumamente bienvenidos, aunque, desde luego, tendremos que averiguar cuál de las dos es lo bastante fuerte para unirse a nuestros grupos de caza en una iniciación.

—¿Iniciación?

—¿Debo resolver esto a puñetazos con él? —preguntó Vida con petulancia—. ¿Creí que habías dicho que habría una pelea?

Knox lanzó una carcajada; y, cuando Knox rio, todos los demás también se echaron a reír.

—Francamente —dijo Vida, echándose su melena azul sobre el hombro—, podrías dejarlo marcharse. No vale para absolutamente nada. Lo tendré de espaldas en el suelo en tres segundos. Digo.

Jude mostraba su confusión de forma evidente, sin comprender que esta era la retorcida forma de Vida de intentar proteger a Chubs de un combate que jamás podría ganar. Yo estaba sorprendida de que le importara lo bastante como para intentarlo.

—No miente —dije yo—. Si quieres a la mejor luchadora, es ella, de cajón. Pero él tiene entrenamiento en primeros auxilios. Me ha cosido más de una vez. Mira.

Me levanté el pelo para poner al descubierto la cicatriz de mi frente.

Knox no mordió el anzuelo de examinarla de cerca. Entrelazó los dedos y se llevó las manos a la nuca, mientras parecía darle vueltas al asunto.

—La cuestión es qué vamos a hacer contigo y con el Amarillo.

No me gustó la dirección que estaba tomando la conversación. Ni a Jude. Sentí cómo empezaba a temblar, un poco, y le cogí la muñeca.

—No aceptamos a los débiles —dijo Knox—. Este no es un desfile de caridad ni un hogar para los sin techo. No desperdiciaré comida en una Verde ni en un Amarillo. Aquí nadie puede responder por vosotros, así que tendréis que demostrar vuestro valor de... otra forma.

Chubs se preparó para lanzarse contra él, con los puños apretados a los costados, pero otra voz se alzó antes de que pudiera hacerlo. Era pequeña, más tímida de lo que yo recordaba, pero la reconocí.

—Yo puedo responder por ellos.

En East River, Clancy había confiado a dos chicos diferentes la seguridad del campamento: Hayes, la bestia del tamaño de un ogro que dirigía las incursiones para conseguir provisiones, y Olivia, quien coordinaba la vigilancia del perímetro del campamento. Decir que me sentí aliviada al ver una cabeza con cabello largo y rubio como la miel abrirse paso a través de la multitud no haría justicia a mi sensación, pero su rostro... Reconocía sus partes, pero era como si se los hubieran arrancado para montarlos de forma descuidada. Al acercarse advertí que cojeaba mucho.

Sí. Era Olivia. Pero a la vez no lo era.

Sus mejillas llenas, siempre rojas por las prisas o las órdenes que acababa de vociferar, se le habían hundido tanto que sus ojos parecían los de un búho. El bronceado que había besado su piel se había desvanecido para convertirse en un tono ceniza opaco, y, cuando se giró para mirarme, una oleada de horror me heló el corazón, el pecho, el estómago. Casi todo el lado derecho de su rostro estaba arrugado con tejido cicatrizal rosado; se extendía desde el rabillo de ese ojo hasta la mandíbula. Era como si hubiera sido atacada por un animal salvaje o como si la hubiera alcanzado algún fuego.

—Olivia —dije, con un grito ahogado—. ¡Oh, Dios mío!

¿Cómo...? No, yo sabía cómo había escapado. Liam nos lo había contado. Cuando los fuegos y las FEP llegaron a East River, unos cuantos chicos de la Guardia habían tenido la fortuna de escapar a tiempo, entre ellos Olivia. Liam fue el único que volvió a buscarnos

—Cielos —dijo Chubs, adelantándose un paso hacia ella de forma automática—. Te...

—Los cuatro estaban conmigo cuando huimos de la furgoneta de las FEP que nos había capturado —dijo Olivia, ignorando la mano que Chubs levantaba en su dirección. Con el rabillo del ojo vi al chico del abrigo verde dejar la pared junto a la puerta y avanzar entre la multitud hasta situarse junto a Knox—. Nos separamos cuando escapamos por el bosque.

La Olivia que yo conocía tenía tanta energía que podría haber reducido el almacén a un montón de estúpidas cenizas. Ahora se limitaba a mover la cabeza con una docilidad que no le era propia.

—Ruby fue quien planeó la huida, señor.

—Ah, sí —dijo el chico del abrigo verde. Se metió las manos en los bolsillos, balanceándose sobre los talones—. Me parecían conocidos. Ese día se nos escapó un par de chicos.

La mirada de Olivia se desvió hacia la de él y levantó las cejas en lo que era un gesto de sorpresa o de confusión. Sin duda no era gratitud.

—En serio —la voz de Knox seguía siendo inexpresiva, pero sentí que sus ojos volvían hacia mí—. ¿Y habéis pasado los últimos meses vagando por mi hermosa propiedad?

—Pasando desapercibidos, juntando provisiones y buscando a Olivia —dije yo rápidamente, arriesgándome a mirar al chico.

¿Cuál era su intención?

—¿Por qué no se lo mencionaste a Michael, Brett? —preguntó Knox—. ¿Por qué no lo dijiste antes?

El chico, Brett, se encogió de hombros.

—Supongo que no había visto la relación hasta ahora. Su cabello —me señaló con la cabeza— era más corto y él vestía ropas diferentes.

—Ellos pueden ayudarme —continuó Olivia con los ojos aún fijos en el suelo—. Por lo menos hasta que te demuestren su valor.

Knox soltó un suspiro de exasperación. Comenzó a pasearse otra vez, y cada uno de sus pasos resonaba como un trueno en el silencio del almacén. Parecía saltar a cada paso que daba.

—Vale —dijo, mirando hacia arriba—. Llévate al Amarillo y a la Verde. A Charles también.

Y en un segundo estuvo fuera de mi alcance. Ahora yo ya no era útil para sacarnos de aquí.

—La buenorra se quedará y nos mantendrá entretenidos —dijo Knox, alisándose el pelo detrás de las orejas con una gran sonrisa. Dirigió un ademán con la cabeza a los chicos situados a su izquierda—. Quitadles las chaquetas, coged todo lo que aún puedan llevar de valor y dejadlos fuera, que es donde debe estar la basura.

# CAPÍTULO CATORCE

La puerta lateral del almacén conducía a un enorme aparcamiento. El océano de oscuridad estaba interrumpido por unas pocas tiendas de aspecto deprimente, todas al borde del colapso a causa del agua que se había juntado en sus techos. Cada tienda estaba sobre una especie de plataforma flotante formada por tarimas de madera conectadas entre sí, que formaban un rizo. Comprendí rápidamente por qué eran necesarias: nos mantenían varios preciados centímetros por encima del agua turbia que inundaba la totalidad del aparcamiento.

El humo se elevaba perezosamente desde los restos ardientes de unas hogueras, mezclándose con el olor acre del agua estancada. Me crucé de brazos y sentí desaparecer la última gota de cólera y desesperación cuando me quitaron la chaqueta de Liam. En el extremo izquierdo del aparcamiento había dos pequeños edificios grises, de uno de los cuales Michael y su equipo surgían con los brazos llenos de pan y patatas fritas. Cuando volvían al almacén se cruzaron con Brett, le dieron unas palmadas en el hombro e intentaron hacerlo volver al depósito. Él se limitó a saludarlos con la mano y continuó hacia el edificio del que acababan de salir los demás y el contiguo, cuya puerta estaba señalada con una X roja pintada con rociador. A juzgar por el aspecto de la puerta, nadie salía ni entraba por ahí.

Olivia esperó hasta que los cazadores entraran otra vez en el almacén antes de volverse y cogermelo del hombro.

—Oh, Dios mío —decía, con voz temblorosa—. Vosotros no... Él...

—¿Qué sucedió? —susurré. Chubs estuvo ahí en un segundo y pasó uno de sus brazos sobre los hombros de Olivia—. ¿Qué diablos está pasando?

—Esperad, ¿vosotras dos os conocéis? —gritó Jude.

Chubs lo atrajo de un tirón, incorporándolo a nuestro corrillo.

—Después de dejar East River... estaba, bueno... —En sus palabras había una furia enorme—. Encontré un coche, con algunos de los demás, y viajamos hasta Tennessee.

Asentí a la espera de que continuara.

—Por supuesto, el coche se estropeó. Las FEP estaban encima de nosotros y realmente no teníamos alternativas. Nos separamos y huimos. Nos metimos en el bosque y a mí me atrapó uno de los grupos de caza del Huidizo.

—Pero yo pensaba que Ranci era el Huidizo.

Jude se abrazó el torso en un vano intento de conservar el calor. Vida le dio un fuerte codazo.

—¿Ranci? —preguntó Olivia, sobresaltada.

—Es el sobrenombre que le puso a Clancy —dije yo, soltando un largo suspiro.

En sus labios se dibujó una leve sonrisa, solo para dar paso a una mueca de dolor intenso y oscuro. Se llevó la mano al cuello y a la clavícula, como si intentara mantener algo ahí por la fuerza.

—¿Sabes lo que pasó, verdad? —musité—. ¿Sabes que él fue responsable?

Ella asintió.

—Al principio no quería creerlo, pero esa noche, cuando intentasteis escapar..., comprendí que

nos había manipulado. Que nos había controlado. Nuestro sistema de seguridad era casi perfecto y siempre supimos que Gray dejaría en paz a Clancy antes que arriesgarse exponerlo. La única forma en que podía encontrarnos era que alguien filtrara las coordenadas o lo provocara, y el único que disponía de medios para hacer eso era... era...

Se pasó la mano por la garganta, ocultando el temblor.

Antes, en East River, yo solo conocía a Olivia de forma superficial. El tono de la mayoría de nuestras interacciones dependía de si Clancy o Liam estaban cerca; si no lo estaban, apenas nos reconocíamos. Ella se había dedicado a ambos de diferentes maneras. Liam era alguien con quien resultaba fácil trabajar y la retaba a pensar acerca de lo que podrían hacer por los campamentos en lugar de esperar el momento oportuno en lo profundo del bosque. Pero Clancy, Clancy fue a quien ella había querido proteger, impresionar.

Como para todos los demás chicos del campamento, Clancy había sido su salvador. Todo.

—Pues Ranci le va bien —dijo finalmente, alejándose un paso de mi abrazo.

Avanzamos con cuidado por el oscilante camino formado por las tarimas.

—Cuando el equipo de caza me encontró, fui con ellos porque quería llegar hasta Clancy —murmuró Olivia—. Ni siquiera pensé en lo extraño que resultaba que él hubiera montado otro campamento tan rápido o que hubiera escapado. Solo quería preguntarle por qué nos había hecho eso. Creo que lo habría matado.

—Una reacción completamente razonable —le aseguró Chubs—. Más razonable aún si lo hubieras hecho lentamente, con mucho fuego y picahielos.

Olivia no lo encontró divertido.

—Imaginad mi sorpresa cuando me arrastraron ante ese paleta —dijo ella—. Lo primero que me dijo es que solo abandonaría su tribu si decidían arrojar mi cuerpo al río.

Sacudí la cabeza, intentando hacer desaparecer el pitido de cólera que sentía en mis oídos y centrarme en el aquí y ahora, en lugar de pensar en lo que le haría a ese bastardo.

—¿Cuál es su historia?

—¿La de Knox? —Olivia echó un vistazo alrededor, pero estábamos solos—. No he conseguido saber la verdad. Supuestamente escapó de la custodia de las FEP hace unos años y estuvo escondido en diferentes lugares de Nashville hasta el momento de la inundación. No sé cómo convenció a los primeros chicos para que se unieran a él, pero puedo decirte que la mayoría de nosotros no lo hemos hecho de forma voluntaria.

Las espesas cejas de Jude se fruncieron.

—¿Por qué odia tanto a los otros colores? ¿Qué sucedió?

Olivia levantó un hombro.

—¿Quién sabe? Nadie se arriesga a hacerlo enfadar haciéndole preguntas. Ya debemos pelear por cada mendrugo de pan.

—Me estaba preguntando sobre ese asunto. Parece que tampoco trata demasiado bien a los Azules que tiene aquí —dije—. ¿Se quedan porque están asustados?

Ella hizo un gesto con la cabeza indicando los árboles del otro extremo del aparcamiento, más allá de las tiendas.

—Si intentaras salir corriendo, te toparías con la patrulla que ha montado, y si te topas con la patrulla no regresas. Ya es bastante duro con que te quite todo lo que tienes y te obligue a «ganártelo»

otra vez, pero si no te esfuerzas lo suficiente, ni eres lo bastante pelota, ni lo entretienes, te envían allá. O te intercambian.

—¿Te intercambian...?

Jamás había visto a Olivia tan al borde de las lágrimas.

—Él... Así es como consigue comida. Ya has visto las barricadas alrededor de la ciudad, ¿no? ¿Los soldados? Entrega a los chicos que considera inútiles; los cambia por cigarrillos y alimentos. Solo que ahora le piden más chicos y le dan cada vez menos cosas a cambio. Me sorprende que no nos hayan atacado, pero supongo que Knox se las ha arreglado para mantener este lugar en secreto.

Creía que ella era la única que estaba temblando hasta que me miré las manos.

Olivia se mordió el labio.

Y, por supuesto, por supuesto, entrega a los chicos de la Tienda Blanca, aquellos a quienes nadie echará de menos. Sabe que no puedo hacer nada y que ellos no se volverán contra él. La única vez que lo intenté, él cogió a dos chicos en lugar de a uno.

—Y ¿qué hay de ese chico... Brett? —pregunté—. Él salió en tu defensa. ¿Podrías...?

—No es así como funciona —dijo Olivia—. No es como Michael, pero Michael es el segundo en el mando. Brett podría traerme cosas para los chicos, de cuando en cuando, pero si Michael lo atrapara... sería el siguiente en desaparecer.

La Tienda Blanca era exactamente eso: una tienda grande y torcida, hecha con una lona blanqueada, separada de las demás. Su hedor nos llegó casi antes de que pudiéramos verla. Olivia se cubrió la boca con el pañuelo rojo que llevaba alrededor del cuello. El aire era denso y apestaba tanto a desechos humanos que respirar era casi imposible.

—Debéis llevároslo y escapar mientras aún tiene alguna oportunidad —decía Olivia—. Mientras vuestra amiga esté en el almacén, no conseguiréis llegar a ella. Pero al menos os lo podéis llevar a él. Yo os puedo ayudar. Entre todos podríais vencer a la patrulla.

La mano de Jude se cerró sobre mi brazo.

—No te preocupes —le dije—. No es una opción. No la abandonaremos.

Él asintió, con el rostro contraído por la preocupación mientras miraba hacia el almacén.

—¿Van a hacerle daño?

Levanté una ceja.

—Estoy mucho más preocupada por lo que ella podría hacerles a ellos.

—Olivia —dijo Chubs en voz baja—, ¿estás bien?

Se había detenido fuera de la tienda, arrugando la tela con las manos. Incliné la cabeza hacia delante, hasta apoyarla en la puerta.

—Él... Lo siento, lo he intentado; lo he intentado tanto, pero... —El tono de voz de Olivia parecía angustiado—. Soy la única que los ayudará. Él lo intentó durante un tiempo, pero...

—¿Él? —repetí, sintiendo que el corazón se me detenía—. ¿Quién?

Olivia parpadeó, su confusión apenas visible entre las cicatrices de su cara.

—¿No habéis venido...? ¿No estás aquí por Liam?

No recuerdo haberla hecho a un lado, pero sí mis manos, tan pálidas como la tela de la tienda, al apartar la vieja sábana que hacía las veces de puerta. Dentro el hedor se intensificaba, combinado con el nauseabundo olor del moho y el agua estancada. Al entrar, las tarimas crujieron bajo mis pies y una

de ellas se partió por completo.

Había tantos; al menos veinticinco chicos, en hileras a cada lado de la tienda. Algunos estaban de costado, hechos un ovillo, otros enredados en las finas sábanas.

Y, en el centro de todos ellos, estaba Liam.

Había mentido antes.

A Cate. A los demás. A mí misma. Todos los días. Cada día.

Porque aquí estaba la verdad. Estaba aquí; haciéndome pedazos, arrancándose de mí, empujando mis pies hacia el rincón más lejano de la tienda, alzándose como un quejido.

Me arrepentí.

Ver su rostro, cómo se curvaban sus manos agrietadas y amoratadas sobre la manta de color amarillo pálido plegada sobre él; me arrepentí tanto, con un dolor tan agudo, que sentí que me doblaba antes de dar siquiera un paso hacia él.

Durante meses, su rostro había vivido solo en pantallas de ordenador, su entrecejo fruncido capturado para siempre en ficheros digitales. Estaba grabado en mi memoria, pero yo sabía de primera mano cómo los recuerdos se deformaban y desvanecían con el paso del tiempo. Era tan egoísta de mi parte, tan terrible y repugnante, pero durante tres largos segundos todo lo que pude pensar fue que debí haberlo dejado conmigo.

Lo había echado de menos. Lo había echado de menos. Oh, Dios cuánto lo había echado de menos.

Había tanta quietud y silencio en la tienda. Pasé un dedo por el borde del tejido despeluchado de su manta. Alguien lo había desvestido hasta dejarlo solo con su camiseta gris. Sus pies desnudos sobresalían en mi dirección, pálidos, teñidos de un azul descolorido. Sentí que perdía el aliento de un solo golpe. La última vez que lo vi tenía el rostro cubierto de morados y cortes, gracias a un mal intento de huida de East River.

Pero este era el rostro que yo recordaba, el que había visto aquel primer día en el monovolumen. El que jamás podía ocultar un pensamiento. Mis ojos vagaron desde su frente ancha y despejada hacia el borde del mentón fuerte y sin afeitar. Ese grueso labio inferior, agrietado por el frío. Su cabello enmarañado y más oscuro; demasiado largo hasta para él.

El aire que llenaba su pecho salía con un terrible silbido. Extendí la mano intentando impedir que temblara mientras la colocaba sobre su pecho. Deseaba contar el espacio entre las respiraciones, asegurarme de que ese movimiento superficial aún era movimiento. Fue apenas un ligero contacto, pero sus ojos se abrieron. El azul cielo había adquirido un matiz vidrioso, brillante por la fiebre en su rostro que, por lo demás, estaba sucio. Volvieron a cerrarse, y habría jurado que las comisuras de los labios se levantaron en una débil sonrisa.

Si un corazón puede romperse una vez, no debería poder ocurrir otra vez. Pero aquí estaba yo y todo era tanto más terrible de lo que jamás podía haber imaginado.

—Liam —dije, colocando mi mano otra vez sobre su pecho, con mayor firmeza.

Llevé mi otra mano a su mejilla. Eso era lo que yo temía; no estaban rojas por el frío cortante. Su piel estaba caliente. Liam, abre los ojos.

—Aquí... —dijo entre dientes, moviéndose bajo las mantas—. Aquí estás. ¿Puedes...? Las llaves están... Las he dejado, están...

«Aquí estás». Me puse tensa, pero no moví la mano.

—Liam —dije otra vez—, ¿puedes oírme? ¿Entiendes lo que digo?

Abrió los ojos.

—Solo necesito un...

La tarima crujió cuando Chubs se arrodilló a mi lado.

—Hola, colega —dijo, y el aire se le atragantó al colocar el dorso de la mano en la frente de Liam

—. Has metido tu tonta persona en un buen lío.

Liam lo miró. La tensión de su rostro pareció desvanecerse y fue reemplazada por una expresión de alegría.

—¿Chubachubs?

—Sí, sí; quítate esa expresión de memo de la cara —dijo Chubs, a pesar de que él tenía una expresión idéntica en la suya.

Liam arrugó el ceño.

—¿Qué...? Pero estáis... ¿Tu gente?

Chubs me miró.

—¿Puedes ayudarme a sentarlo?

Cada uno de nosotros lo cogió de un brazo y levantamos su peso muerto hasta dejarlo sentado. La cabeza de Liam cayó hacia un lado, sobre la curva entre mi hombro y mi cuello.

Mis dedos recorrieron las líneas de sus costillas, cogiendo los huesos. Estaba tan delgado; coloqué mis dedos en las prominencias de su columna vertebral y me esforcé mucho para no llorar.

Chubs colocó el oído contra el pecho de Liam.

—Respira hondo y exhala.

La mano derecha de Liam se alzó con torpeza y le dio a su amigo varias palmaditas cariñosas en el rostro...

—... también te quiero.

—Respira —repitió Chubs—; una respiración larga y profunda.

No fue larga, ni profunda, pero vi el aliento blanco salir de su boca.

Chubs se irguió, se acomodó las gafas y me hizo una seña para que lo ayudara a recostarlo. Creí oírlo murmurar: «¿Aquí?», pero Chubs me apartó para coger su muñeca y tomarle el pulso.

—¿Cuánto lleva en este estado? —preguntó Chubs.

Fue la primera vez que me vi capaz de apartar la mirada del rostro de Liam. Olivia esperaba a nuestras espaldas, con la cara manchada por las cicatrices y el frío gélido. Jude se estaba congelando en la entrada, con la boca abierta en una expresión de horror absoluto.

—Lo atraparon hace una semana y media, y tenía un bicho del cual no podía deshacerse —explicó Olivia con la voz ligeramente temblorosa—. Supe de inmediato que algo estaba mal. Le preguntaba sobre vosotros todo el tiempo, pero parecía confundido. Tuvo fiebre y después... esto.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Jude—. ¿Por qué actúa de ese modo?

Como si respondiera por sí mismo, Liam se giró súbitamente hacia uno de los lados y su rostro se retorció con el esfuerzo para toser. Una tos profunda y húmeda que sacudió todo su torso y lo dejó boqueando. Yo mantuve mi mano en su vientre, tranquilizada por el débil pulso que ahí sentía. Dios, su rostro; mi mirada volvía a él una y otra vez.



—Creo que tiene neumonía —dijo Chubs—. No estoy seguro, pero parece lo más probable. Si debiera hacer una conjetura, diría que la mayor parte de los demás también. —Se incorporó y las piernas le flaquearon un momento—. ¿Qué tratamiento le estáis dando?

Desde el instante en que entramos en la tienda hasta ahora, mi conmoción y horror al ver a Liam habían sido suficientes para olvidarme hasta de mi cólera. Pero la amarga realidad estaba tomando forma a mi alrededor, y podía sentir el calor aumentando dentro de mi pecho, girando, girando y girando hasta hacerme sentir que la siguiente exhalación sería de fuego.

Las palabras de Olivia brotaron una detrás de la otra.

—Ninguno. No hay nada. ¡Debo rogar para que me den comida, estamos rodeados de agua, nos estamos ahogando en agua y no podemos conseguir ni siquiera una gota de agua potable!

—Está bien —le dije—. Liv, está bien. Sé que te estás esforzando.

—¿Tienes algo en el coche? —pregunté, levantando los ojos para mirar a Chubs.

—Nada que sea lo bastante fuerte para esto —respondió—. Primero necesitamos calentarlos, secarlos e hidratarlos.

Olivia aún sacudía la cabeza.

—Lo he intentado tantas veces, pero no trasladaba a los enfermos al almacén. La mayoría no son Azules y han empeorado tanto porque él rehusó darles trabajo, y si no trabajas no consigues comida. No puedes entrar en el almacén. Francamente, creo que intenta esconderlos de los demás.

Bueno. No pudo esconderlos de mí. No pudo esconder lo que le había hecho a Liam. Sentí que una furia pura, implacable, se apoderaba de mí. No me podría haber deshecho de ella aún si hubiera querido hacerlo. Me puse de pie y me dirigí rápidamente hacia la entrada, y solo tenía una idea en la mente, que daba vueltas y vueltas en mi cabeza, haciendo crecer mi ira hasta que sentí que explotaría por su causa.

—¿Adónde vas? —preguntó Jude, poniéndose en mi camino—. ¿Ruby?

—Voy a encargarme de esto. —Era la voz de un extraño. Calmada, segura.

—De ninguna manera —dijo Chubs—. ¿Qué pasaría si alguno te atrapara manipulándolo? ¿Qué crees que te harían?

—¿Manipulándolo? ¿Como habría hecho Clancy? —preguntó Olivia. Sus ojos se abrieron un poco cuando asentí—. Oh. Creí que... Me preguntaba por qué tenía tanto interés en ti. Por qué se esforzaba tanto para impedir que te fueras.

—Jude —dije—. Ayuda a Chubs. Debéis averiguar si hay alguna forma de encender una hoguera aquí sin incendiar todo el lugar. Recuerdas cómo hacerlo, ¿no?

Jude asintió, con el rostro aún retorcido por la aflicción.

—Tienes que hacer algo. Debemos detenerlo, convencerlo de que esto no está bien. Por favor.

—Ruby —dijo Olivia. Su tono de voz era claro; cada palabra tallada en la piedra—. Hazlo pedazos.

Mi mente zumbaba, despertaba de un sueño largo y desagradable. Había pasado mucho tiempo, ¿no es así? Mi mano derecha se cerró en un puño, como si cada dedo se imaginara cómo se sentiría estar alrededor de esa garganta. Sería fácil, todo lo que necesitaba era acercarme a él.

Sabía que era lo que habría hecho Clancy. Él pensaba que usar nuestras habilidades era nuestro derecho, que las habíamos recibido por algún motivo. Debíamos usarlas, había dicho, para mantener a

los demás en su lugar.

El tono sedoso de su tono de voz se deslizó dentro de mí y le siguió, como un eco, un estremecimiento. Al decirlo, sus ojos oscuros ardían con fiereza y convicción. Entonces me había aterrorizado. Por lo que podía hacer... con tanta facilidad.

Yo también poseía esas habilidades. Por alguna razón —por el conocimiento encerrado en los servidores de la Leda Corporation—, yo poseía una forma de enderezar todo el mal que Knox había hecho a estos chicos. Y Jude se había vuelto hacia mí sin vacilación, con una fe absoluta. Como si fuera lo más natural del mundo que yo me encargara de esto. Estaba empezando a ver cómo era.

«Hazlo pedazos». Haría más que eso. Lo humillaría, lo rebajaría, lo convertiría en una cáscara vacía cuyo único recuerdo será mi rostro. Lo perseguiría en sueños. Haría que se arrepintiera del momento en que decidió retener a Liam aquí y dejarlo fuera para que muriera.

—Ten cuidado —susurró Jude, dando un paso al costado para dejarme pasar.

—No te preocupes por mí —dije—. Fíjate en si por aquí puedes encontrar un abrigo negro. Busca en los bolsillos para asegurarnos de que no se haga con la memoria y la intercambie.

—Nos vemos, caimán —dijo él.

—En una hora, girasol —musité.

Pude sentir la mirada de Chubs en mi espalda, pero no me volví; no podía, no sin sentir el temor de quedar congelada para siempre en ese preciso lugar, observando cómo Liam se consumía ante mis ojos.

«Estoy aquí —pensé al salir a la lluvia—. Él está aquí. Estamos todos aquí».

Y nos marcharíamos todos juntos. Hoy.

# CAPÍTULO QUINCE

El chico que vigilaba la puerta de acceso al almacén no era mayor que yo, pero sí era mucho más alto y robusto. Unos pocos meses atrás, habría sido un auténtico obstáculo.

—Quédate donde estás —dijo en voz alta, viendo cómo yo avanzaba hacia él—. Ya no tienes autorización para entrar, no hasta que lo diga Knox.

Le habían dado un arma, pero por la manera en como la sostenía supe que no sabía cómo usarla, o bien no estaba dispuesto a hacerlo. Extendí una mano y rocé la suya con mis dedos. Detuve sus recuerdos antes de que subieran burbujeando; la ira hacía que mis habilidades fueran más precisas, más eficientes, en cierta forma.

—Siéntate y quédate ahí —le espeté, y abrí la puerta.

Nuestro instructor de combate nos dijo que, cuando intentabas resolver una disputa sin violencia, la emoción menos «productiva» a la que podías ceder era la ira. Nadie puede razonar con una persona que está tan furiosa que no puede pensar. Vale.

Pensé que era muy productivo hacerlo a mi manera. Dejé que el viento cerrara la puerta con un golpe a mis espaldas.

Estaba en la oscuridad, parpadeando para adaptar mis ojos a la luz. Sentí que algo se movía junto a mí, un hombro ancho y firme apareció directamente ante mí, bloqueándome el paso y la visión. Seguí la línea del abrigo verde hasta el rostro adusto de Brett.

—No puedes estar aquí —susurró. Sentí que intentaba colocar algo en mis manos y bajé la vista. Se había quitado el sombrero, que estaba repleto de pequeños paquetes de galletas saladas—. Cógelas y regresa allá antes de que él vea que...

Acababa de poner mis dedos sobre su muñeca cuando los ojos que estaban sobre la plataforma finalmente me distinguieron entre la multitud sombría.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo Knox—. Mira lo que nos ha traído el viento.

Miré a mi alrededor, sorprendida al descubrir casi el doble de chicos dispersos por el lugar. La mayoría estaban cerca de la plataforma, sentados en el suelo, con bolsas de patatas fritas y cajas de cereales ante ellos. Sus ropas tenían diferentes tonos de grises y blancos; ¿cazadores que regresaban de su cacería? Los chicos y las chicas situados en el extremo del almacén estaban tumbados sobre el hormigón y se movían lo justo para que yo pudiera ver que respiraban. No vi ni comida ni fuego cerca de ellos.

Me obligué a respirar hondo y relajé mi rostro en una sonrisa fingida. Debía resolver esto lentamente, hacer que bajara su guardia para poder acercarme a él. Cada nervio de mi cuerpo gritaba que avanzara, que corriera, que lo agarrara. Mi corazón pulsaba con el estribillo: «Ahora, ahora, ahora». Pero había demasiados cuerpos entre nosotros. Demasiadas manos con demasiadas armas.

Knox se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Quieres decir algo?

Entonces advertí la presencia de Vida, con su mechón de cabello azul sobre el hombro. Se movía con cuidado, sorteando los cuerpos que había sobre el escenario con sus extremidades largas y

gráciles.

La expresión de su rostro me dijo todo lo que necesitaba saber. Si en ese momento Knox cometía el error de inclinarse hacia atrás en su silla, ella estaría encantada de encontrar la forma de romperle el cuello.

«¿Bien?». Le dije moviendo los labios. Vida asintió; sus ojos se desviaron hacia Knox y volvieron a mí. Sabía lo que me estaba indicando que hiciera.

Michael se levantó de donde estaba manoseando el pecho tembloroso de una pobre muchacha y bloqueó otra vez mi visión de Vida.

—Me preguntaba qué sería necesario para convencerte de que me permitieras salir de cacería —dije. Mientras subía a la plataforma, me metí las manos heladas en los bolsillos traseros de mi pantalón—. Que me permitieras salir a buscar provisiones para todos.

Knox echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Varias chicas y chicos más jóvenes que estaban sentados en la plataforma alrededor de sus pies soltaron sus propias carcajadas, jadeantes y forzadas. Me hormigueaba la piel: sonaban como si una jauría de perros con las cuerdas vocales cortadas intentara ladrar.

Sentí que a mis espaldas se movía un cuerpo, que venía hacia mí, pero no me giré para ver quién era. Estos chicos no iban a intimidarme. Michael podía golpearme, Brett podía arrastrarme afuera, pero lo que yo podía hacerles iba más allá de lo físico.

—¿Tú? —se mofó Michael—. ¿Una Verde?

—¿Cuál es el problema? —pregunté—. No me digas que tienes miedo de que yo demuestre que, al fin y al cabo, los Azules no sois nada especiales. Siempre he oído que sois todo músculo; sin cerebro.

Tal como había creído, sin duda no estaba acostumbrado a que le hablaran así. El matón que albergaba en su interior estaba a la vez fascinado y muy... muy enfadado. Muy probablemente porque todos los que nos rodeaban estaban comenzando a preguntarse por qué yo no podría salir y conseguir las provisiones que, obviamente, necesitaban.

Knox se levantó con lentitud, echando con un golpecito la ceniza de su cigarrillo al suelo.

«Ven aquí —pensé—. Ven aquí y déjame acabar con esto».

El goteo comenzó en el fondo de mi mente y se convirtió en un bramido. Yo podía hacerlo. Un paso más cerca y le enseñaría por qué a los de mi clase los habían puesto en la categoría Naranja y a los de la suya solo en la Azul.

Lo destrozaría.

El cabello de Knox cayó hacia delante, sobre sus orejas. Cuando se lo echó hacia atrás, vi que en cada dedo llevaba un anillo hecho con papel brillante. Casi parecía... Casi parecía el proyecto que haría un niño aburrido con un papel de caramelo. No sabía qué diablos eran ni por qué los llevaba, pero me dieron una idea.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? —le pregunté—. Sin trabajo no hay comida, ¿verdad? ¿Me dejas unirte a uno de estos equipos de caza para que yo pueda comer y traer alimentos suficientes para el invierno, para todos?

Knox se burló y puso los ojos en blanco.

—No estoy mintiendo —dije—. Ya has visto lo que llevábamos en nuestras bolsas. Eso es solo lo que pudimos meter ahí. Debimos de dejar toneladas de cosas.

Los labios gruesos y rosados como pétalos de Vida se abrieron y de ellos brotó una muda pregunta.

Por supuesto que estaba mintiendo. Ella lo sabía. «Venga», pensé. Tenía que aceptar. Sentí que el ánimo de los chicos que nos rodeaban se agitaba ansioso. Me miraban de una forma nueva.

—Había comida enlatada, estantes repletos... y litros de agua potable. Hasta papel higiénico —añadí, porque, seamos francos, hay algunas cosas que deseas aunque no las necesites realmente—. Vestimenta, mantas, lo que quieras. Podrías surtir este lugar por completo.

Para cuando acabé de hablar, había tanto silencio que podía oír el retintín del agua que goteaba de un techo cercano.

—¿Ah, sí? Y ¿dónde está ese país de las maravillas? ¿Detrás del arcoíris, todo recto hacia tu imaginación? —Knox se paseaba por la plataforma otra vez, siempre detrás de la barricada que formaban los chicos sentados en el borde. Si no mordía el anzuelo con rapidez, iba a tener que subir de un salto yo misma.

—¿Por qué iba a decírtelo... —pregunté— si no me das lo que yo quiero?

Así funcionaban las relaciones en esta época. Nadie hacía nada por otro a menos que obtuviera algún beneficio a cambio. Era obvio que Knox había visto lo suficiente del mundo en que vivíamos como para haberlo averiguado.

Pero no le gustaba.

«Venga —pensé, echando chispas—. ¡Venga!».

Dio un salto y bajó de la plataforma, a la vez que yo era arrojada contra el hormigón por un conjunto invisible de manos. Me castañetearon los dientes y me mordí la lengua. La carcajada de Michael tronó a mi alrededor, como si hiciera de eco a las figuras tímidas y silentes que nos rodeaban.

—¿Crees que necesito darte algo a cambio? —soltó Knox—. ¿Crees que no tengo otras formas de hacer que tú y tus amigos habléis?

Tenía las manos contra el suelo y las muñecas me latían por el impacto. El chico tenía más orgullo que codicia, algo que yo no había previsto. Ni siquiera se percataba de que el hecho de disponer de más comida y provisiones suponía más poder para él. Todo lo que veía era a una niñita que decía saber más que él, que le ofrecía una solución para el problema que él había creado y hacía surgir preguntas indeseadas en los chicos que lo rodeaban. Aun si los chicos no me creían, *querían* creerme.

—No tengo duda —dijo Vida—. Pero ¿estás dispuesto a arriesgarte a esperar cuando la Guardia Nacional regrese a despejar el lugar?

Vida se había acomodado en el asiento de Knox, para horror de todos los chicos cercanos.

Michael se volvió como un huracán, y de sus hombros salía la furia como si fuera vapor.

—¡Knox! ¿Vas a dejar que te hable así?

—No me digas que te asustan unos cuantos soldados —continuó Vida, examinándose las uñas rotas—. ¿Por eso intentas demostrar que está equivocada? ¿Porque te asusta lo que ocurrirá si tiene razón?

—Vamos —me llegó la voz de Brett, de algún lugar a mi derecha—. Debes admitir que suena demasiado bonito para ser cierto. Hemos recorrido el río arriba y abajo un millón de veces en busca de comida y jamás hemos encontrado siquiera una bolsa de patatas frías vacía.

—¿Así que desperdiciarías una oportunidad como esta? —pregunté—. Después de haber visto las pruebas.

Teniendo en cuenta su apariencia ruda, Brett era sorprendentemente razonable a la hora de debatir.

—Yo podría ir con ella y asegurarme de que no intente sorprendernos. Me encantaría hacer otro viaje con un equipo y conseguir los suministros...

—Ah, ¿podrías? —gruñó Michael—. ¿Te encantaría? ¿De qué equipo estás hablando, del mío? ¿Crees que no sé lo que intentas hacer, imbécil? ¿Que no he estado observando tus intentos de robarme el juego...?

Knox levantó una mano, deteniéndolos antes de que comenzaran a caminar en círculos como un par de gatos salvajes hambrientos.

—La respuesta es no. Ni ahora ni nunca.

—Debí haberme dado cuenta —dije, poniéndome de pie—. Dejaste a esos chicos en el frío gélido para que murieran. ¿Por qué te importaría darles a todos la comida y los suministros que necesitan?

Se puede presionar el botón de alguien una y otra vez para conseguir lo que se desea, pero a veces se llega a un punto en el que el dedo resbala y presiona el botón equivocado.

—Michael —murmuró, repentinamente muy silencioso. Vida había hechizado la estancia lo suficiente como para que fuera necesario llamarlo dos veces para sacarlo del encantamiento—. Llévate a estas dos... perlas fuera.

—Knox —empezó a decir Brett—, ¿qué hay de las provisiones...?

El puño de Knox salió disparado, golpeando a Brett debajo del mentón.

—Llévalas fuera. Si están tan ansiosas de ser cazadoras, pueden demostrarlo esta noche en la iniciación, como ha debido hacer todo el mundo.

Vida se levantó de la silla y se dejó caer en el suelo, cerca de Knox. Ya fuera que lo quisiera así o no, los ojos de Knox recorrieron su rostro y su cuerpo, cada centímetro expuesto de su oscura piel.

—Si lo conseguís, estáis a bordo. Pero, si veo vuestras caras una vez más antes de que yo envíe a alguien a por vosotras, os las quemaré yo mismo.

—Cerremos el trato con un apretón de manos —ofrecí, esforzándome para no sonreír con suficiencia.

Extendí la mano, mientras la cabeza me vibraba de expectación por cómo se sentiría, de qué haría exactamente para rebajarlo tanto como había rebajado él a quienes lo rodeaban.

Knox avanzó hacia mí, con su rostro de piedra y la mandíbula apretada. Levantó una mano hacia la mía y, justo cuando sus dedos estaban a mi alcance, la desvió para coger el extremo de mi trenza. Todo se redujo a que él fue un segundo más rápido que mis instintos. Apretó el extremo ardiente de su cigarrillo contra la palma de mi mano y lo apagó en mi piel antes de arrojarme al suelo.

El dolor fue tremendo y cegador; no grité, ni siquiera emití un resuello. Pero supe, desde el momento en que se giró para mirarme con esa sonrisa de superioridad, que tampoco había clavado mis ganchos en él.

Nos condujeron a un lugar situado al otro lado del almacén, fuera de la vista de las tiendas y la puerta, a una gran jaula en la que estaban encerrados los generadores eléctricos muertos y las unidades de corriente alterna.

Cuando Vida vio nuestro futuro hábitat, empezó a patear y gruñir, forcejeando con los dos chicos que la sostenían. Ellos la levantaron por el aire y la arrojaron dentro, mientras ella lanzaba un alarido que hería los oídos. Yo estaba en tal estado de dolor ciego que bastó un empujoncito del chico que me

cogía del brazo para meterme en la jaula de alambre.

Esperé hasta que hubieran cerrado los candados y se marcharan de regreso al edificio antes de caer de rodillas. Metí la palma llena de ampollas de mi mano en un charco de gélida agua estancada. La quemadura se había abierto paso entre todas las ideas de mi mente.

A mi lado, Vida se levantó, tras flexionar las piernas para poder apoyarse en la valla. Respiró hondo, con los ojos cerrados.

—Déjame adivinar —dijo, cuando se sintió más fuerte—. ¿Has encontrado a tu Príncipe Azul en la Tienda Blanca?

—A él y a otros veinte —dije yo, y detesté la forma en que me temblaba la voz.

Sentía que toda la mano me ardía. Intenté evitar el dolor sacudiéndola, pero sentía que la quemadura se abría camino por las diversas capas de mi piel.

—Déjame ver —dijo Vida.

Como yo no giraba la palma hacia arriba, ella lo hizo por mí. Me sorprendió sentir que ella vibraba con su propia cólera.

—Maldición. Lo mataré.

Con cuidado, Vida colocó la palma de mi mano otra vez en el agua.

—Lo he arruinado todo —dije—. Yo estaba justo ahí. Él estaba justo ahí. Solo debí... haber usado la otra mano o...

—Por favor, zorra —dijo ella—. Si hubieras sido capaz de recuperarte lo bastante rápido como para hacer algo, entonces no serías realmente humana.

—Y ¿qué sería?

Vida se encogió de hombros.

—¿Un maniquí? ¿Una zorra desalmada e insensible que se nutre de las aflicciones de los demás y es físicamente incapaz de llorar, a menos que sean lágrimas de sangre?

Coloqué mi mano sana sobre mi regazo.

—¿Esa es mi reputación en el Cuartel General?

—Te llaman Medusa —dijo Vida—. Una mirada equivocada y tu cerebro se transforma en piedra. Creativo. Adecuado, también.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—En la Tienda Blanca, fuera —dije. Me senté contra el acero de la unidad de corriente alterna para poder mirar a Vida—. Están muy pero que muy enfermos. La mitad de ellos parecen estar ya muertos.

—¿Están tan mal? —preguntó—. ¿Stewart también?

—Sí.

—Maldición —masculló entre dientes—. Me preguntaba por qué parecías tan enfadada.

—Sí —dije, sintiendo que la cólera comenzaba a pincharme otra vez. Lo tenía; estaba *justo ahí*, y yo había sido demasiado tonta y lenta para acabarlo—. Lo estoy.

—Oye, Bu —dijo ella—. Ahora yo también estoy en esto y tengo mucha experiencia manejando a los gilipollas como si fueran jodidas arpas. Necesitas ayuda, lo entiendo. Deja de intentar convencerte de que estás sola.

Levanté la vista, sorprendida.

—Pero, para que lo sepas —dijo, y sonaba otra vez como Vida—, si resulta que debemos luchar

entre nosotras en esta mierda de iniciación, igual te doy una paliza.



## CAPÍTULO DIECISÉIS

Estuvimos encerradas el tiempo suficiente para que la escasa luz natural que ahí había dejara paso al inicio de una noche invernal. Tiempo suficiente para que nos diera hambre, para que aquella llovizna finísima como la niebla se convirtiera en una nevisca y para que un preocupado Jude abandonara la protección de la Tienda Blanca para salir a buscarnos.

Sin electricidad para las farolas del aparcamiento, era casi imposible distinguir algo más que la forma de las personas o las cosas. Abandoné mi búsqueda de un rostro amistoso y concentré toda mi atención en los chicos que estaban en la esquina del almacén, a unos cien metros de donde estábamos encerradas. Yo estaba tan ensimismada en la horrorosa conversación que mantenían acerca de cómo Knox había acabado con un perro salvaje que no vi a Jude hasta que apareció en el otro extremo de la jaula.

—¡Ru! —susurró—. ¡Ru!

Vida se volvió con rapidez, en busca de un arma que no estaba ahí.

—¿Cómo has conseguido...?

—Maldición, maldición, maldición. He tenido que rodear todo el edificio para llegar aquí sin que me vieran.

Dirigí una última mirada a nuestros «guardias» y avancé hacia el rostro resplandeciente de Jude. A su favor diré que estaba bien agazapado, de forma tal que Vida y yo pudiéramos ocultarlo a la vista de los otros chicos.

—¿Qué ha pasado? —La valla de tela metálica tintineó cuando Jude se apoyó en ella—. Pensé que solo ibas a conversar con él, pero has estado fuera tanto tiempo, oh, Dios. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué has hecho? Chubs estaba...

—Jude —intenté interrumpirlo—. Jude...

—... y después me dije: «Imposible; Ru no dejaría que pasara nada malo», pero Olivia empezó a contar todas las cosas horribles que había hecho Knox y no pudimos encontrar la memoria USB, lo que quiere decir que aún debe de estar en esa chaqueta...

—¡Jude!

Se detuvo en medio de sus divagaciones.

—¿Qué?

—Necesito que vayas a preguntarle a Olivia dónde guardan las chaquetas y las cosas que les quitan a los chicos que reclutan —le dije.

—¿Por qué? —preguntó Jude—. ¿Para intentar encontrar la chaqueta de Liam?

Vida chasqueó los dedos, interrumpiéndolo. La miré agradecida.

—No, no; no tenemos tiempo para revisarlas todas, y es posible que otro chico la haya cogido. Necesitamos que Liam nos diga qué pasó con la memoria flash. Lo que quiero es que encuentres la chaqueta que yo llevaba puesta, la de piel, ¿la recuerdas? El intercomunicador está en el bolsillo interior izquierdo. Eso es todo lo que tienes que traer.

Me miró fijamente; obviamente no comprendía lo que le había dicho.

—El intercomunicador —repetí. Vida acudió en mi ayuda metiendo un dedo a través de la valla y clavándose entre los ojos imperturbables—. En el bolsillo interior izquierdo. ¿Puedes traérmelo?

—Tú... quieres que yo...

—Sí —respondimos Vida y yo con voz sibilante.

Jude vaciló un instante, y luego nos dedicó la sonrisa más grande y bobalicona que habíamos visto en mucho tiempo.

—¡Vale, guay! —dijo—. ¡Claro que puedo hacerlo! Pero ¿crees que tendré que forzar una cerradura? Es que nunca conseguí abrir aquella puerta en el Cuartel General, cuando el instructor Bigelow intentaba enseñarme... Esperad. —Jude miró primero a Vida, después a mí, y el resplandeciente entusiasmo de sus ojos desapareció con rapidez, junto con su sonrisa—. ¿Por qué estáis dentro de una jaula?

Muy rápidamente, con la menor cantidad posible de interrupciones por parte de Jude, le conté lo que había sucedido.

—Lo que significa que no puedes ir allá ahora mismo, ¿vale? —le dije—. Debes esperar a esta noche, cuando estemos en la iniciación.

—¿Qué es? —preguntó él—. ¿Alguna clase de combate?

—No importa —respondí—. Puedes hacerlo. Es sencillo. Casi toda la atención estará centrada en nosotras, por lo cual solo tienes que encontrar el momento adecuado para escabullirte. Después deberás ponerte en contacto con Cate y hacer que ponga a Nico a buscar un lugar donde podamos colarnos en busca de las medicinas que necesita Chubs. Diles que lo necesitamos ahora mismo y que el lugar debe estar cerca de aquí. ¿Lo recordarás?

—Vale. —Jude retrocedió un paso, balanceándose de puntillas. El rostro floreció nuevamente en una sonrisa rápida y nerviosa—. Me ocuparé de todo.

Su mano se movió de forma instintiva hacia el sitio donde debería haber estado el bulto duro de la brújula.

—¿Dónde está? —pregunté alarmada.

—Me la han quitado. Cuando nos trajeron. No pasa nada; está bien. La encontraré. Probablemente esté en esa habitación.

—¿Están bien los demás? —pregunté—. ¿Liam?

—Eeeh... —vaciló, mordiéndose el labio—. No está bien. No lo diré, pero creo que Chubs está muy preocupado. Dijo que si no conseguimos las medicinas hay una gran probabilidad de que él y los otros chicos mueran. Y yo le creo. Ru, esto va mal. Muy, muy mal.

Me coloqué la mano sobre la frente y cerré los ojos, intentando controlar la cólera que subía por mi garganta. «Lo tuviste justo delante de ti y no fuiste capaz de detenerlo. Liam va a morir y no has podido hacer nada al respecto. Después de todo esto, Liam morirá y la culpa es tuya».

—Jude —dije. Deslicé una mano a través de una de las secciones combadas de la malla de metal y lo cogí de la camiseta para acercarlo nuevamente a la jaula. Jude me superaba en altura varios centímetros, pero yo era un poco mayor y tenía bastante más experiencia que él en eso de entrar y salir de los lugares sin ser vista—. Sé que puedes hacerlo. Confío en ti. Pero, si crees que están a punto de descubrirte, abandona la Operación, ¿me entiendes? Podemos resolverlo de otro modo.

—Lo entiendo, Ru —respondió, con la voz henchida de promesas—. No te defraudaré.

Retrocedió, enseñándonos un pulgar en alto que no hacía más que demostrar que no tenía la menor idea de cuán grave era realmente la situación. Exhalé lentamente mientras miraba cómo se lo tragaba la noche y los torbellinos de nieve se desviaban para seguirle los pasos. Se movía rápido, con tanta energía incontrolada que hasta el viento parecía cambiar de dirección para ir detrás de él.

Yo sabía que Jude podía lograrlo; durante nuestro entrenamiento, una de las primeras simulaciones por las que nos hacían pasar era la de forzar nuestra entrada en un lugar. Y, francamente, la dura verdad era que, si bien el muchacho era tan sigiloso como un par de platillos golpeando el suelo, también era la clase de persona cuya desaparición no llamaría la atención. No en una muchedumbre y, por lo menos, no inmediatamente.

—Cinco minutos, como máximo —dijo Vida, recostándose en la valla, junto a mí—. Eso es lo que le doy antes de que atrapen su flaco trasero y se lo lleven a Knox.

—Entonces —dije, cerrando mis ojos bajo la nieve—, es mejor que montemos un buen espectáculo y le demos una oportunidad.

Vinieron a buscarnos en silencio; surgieron del frío de la noche con las manos húmedas y pegajosas como fantasmas.

—Silencio —le susurré a Vida.

Los muchachos que nos empujaban hacia delante, seis en total, equitativamente divididos entre chicos y chicas vestidos con sus mejores ropas blancas, no dijeron una sola palabra. El viejo saco de tela se deslizó sin problemas sobre mi cabeza, pero Vida no iba a permitir que le anularan ni uno solo de sus sentidos.

—Está bien —intenté persuadirla—, mantente atenta. Sentía cada extremidad y cada articulación pesada y tensa. El solo hecho de andar enviaba punzadas de dolor a través de mis hombros y mi cadera. Describimos un giro pronunciado en dirección del almacén. Sentí que el agua del aparcamiento salpicaba mis pesadas botas e hice una mueca. Pronto estaríamos dentro. Por lo menos sería un lugar seco.

Sin embargo, la puerta de metal nunca chirrió. Nunca se abrió.

La mente de Vida debió de conducirla hacia esos mismos pensamientos porque la oí decir: «¿Ruby?» una vez; un murmullo que escapó de sus labios.

—Mantente atenta —dije otra vez, porque ¿qué otra cosa podía decir? ¿Todo irá bien?

Recordé que, de pequeña, mi padre solía llevarnos a ver algunos partidos en el instituto. Fútbol, la mayoría de las veces; en ocasiones béisbol. Le encantaba ver un buen partido —cualquier partido—, pero lo que más me gustaba a mí era *observarlo* a él. Mirar cómo se giraba todo su cuerpo para seguir la trayectoria de un pase increíble, la sonrisa que le brotaba cuando la pelota de béisbol volaba por encima de la valla. Papá se sabía de memoria los jaleos de cada equipo.

Por eso reconocí el tono cuando lo oí: el rugido de una muchedumbre ávida de emociones. El pulso acompasado de las manos al aplaudir cuando por fin han encontrado el mismo ritmo. Me dio grima mucho antes de que el humo se arremolinara en mi nariz.

Trastabillé una y otra vez, mientras los chicos me hacían avanzar a empujones, empujándome por el ruinoso borde del pavimento hacia la tierra blanda y mullida, y otra vez sobre un suelo más duro. Sólido. Una oleada de aire abrasador me rozó los brazos cuando pasamos junto a lo que parecía ser un

muro de fuego.

No podía oír siquiera mis propios pensamientos por encima de las voces de los demás. Durante un instante, solamente, creí oír la voz de Chubs bramando mi nombre y la voz más suave de una niña repetirlo. «Ruby, Ruby, Ruby, Ruby...», y también la voz de alguien más.

Nos arrearón directamente hacia una pequeña aglomeración de cuerpos y sentí que cada uno de ellos intentaba empujarnos en la dirección contraria, que intentaban impedir que entráramos.

En cuanto me vi libre de la máscara, tragué una bocanada de aire cálido e intenté sacudirme la sensación de tener mil alfileres latiendo en mis venas. Había demasiados rostros a mi alrededor, demasiados ojos grandes, labios partidos, caras marcadas con cicatrices. La visión de todo eso, el *olor* de sus ropas y sus cuerpos sin lavar se combinaba con la terrosidad del humo, hasta que se convirtió en algo muy diferente. Estiré el cuello y busqué el rostro de Chubs a través de las manos que se extendían hacia nosotros. La luz del fuego parpadeaba en la oscuridad.

Finalmente lo encontré, Olivia estaba a su lado. Gracias a Dios, Jude no se veía ni oía por ninguna parte, pero el alivio que me invadió al pensar en ello solo duró hasta que el terror inundó sus caras, sus labios, la totalidad de sus cuerpos que intentaban abrirse paso a empujones. El pánico que zumbaba insistentemente en mi cabeza ahogaba mis oídos con algo que se parecía al Ruido Blanco.

Olivia tenía las manos sobre la boca y nos gritaba algo. Creo que «ojo».

Nosotras estábamos en otro edificio, probablemente el que había visto junto al almacén. Parte del tejado y de la pared oriental se habían desmoronado, lo que nos obligaba a arrastrar nuestros cuerpos, insensibles y agotados, sobre los montones de hormigón caído y metal retorcido. Se trataba de otra versión del almacén, más pequeña y casi calcinada, a juzgar por su apariencia. Las paredes y los suelos de hormigón estaban desnudos, salvo por las sombras negras proyectadas por los chicos. En el propio centro de la estancia había un gran círculo de contenedores de basura. De sus bocas subían llamas doradas hacia los chicos de blanco que miraban desde arriba.

En Thurmond, habían montado la Fábrica de forma tal que garantizara que todas las FEP pudieran mirar cómo hacía su trabajo un edificio lleno de bichos raros. La planta de aquel edificio era abierta, muy semejante a esta, y apiñada del mismo modo. Dos caminos de metal, en realidad dos vigas bajas, colgaban sobre el lugar.

Ahí había un océano blanco, y Knox estaba cómodamente situado en el medio, sentado en el borde de una de las vigas. Michael estaba a su derecha, junto a una lata llena de algo, y nos miraba con malicia. Al ver sus caras sonrientes, sentí un latido de dolor en la mano. Apreté la palma contra mis pantalones mientras mi mente se aceleraba al ver que nos empujaban a Vida y a mí al centro del círculo de fuego.

«Maldición». Realmente íbamos a tener que luchar entre nosotras.

Observé cómo Vida desgarraba el viejo saco que le cubría la cabeza y lo lanzaba dentro del más cercano de los contenedores de basura en llamas. Tenía las venas del cuello hinchadas por la rabia y parecía más cerca de las lágrimas de lo que jamás la había visto. Ese fue el primer momento en el que realmente tuve miedo. Necesitaba a Vida, necesitaba su aguda intuición y su determinación de no retroceder, ni siquiera por un segundo, en una batalla perdida.

—Mantente atenta —susurré nuevamente.

Sus manos se abrían y cerraban a los costados de su cuerpo, como si intentara deshacerse de la ansiedad de ese modo.

En ese momento, se alzó una voz por encima de la demás.

—Holaaaa, señoritas —dijo Knox a voz en cuello—. ¿Os habéis comportado?

El círculo de fuego ocupaba la mayor parte de la estancia de la planta baja, pero aún había espacio suficiente, por lo que los chicos que estaban fuera, los que no vestían de blanco, podrían haberse apretujado dentro si lo hubieran deseado. Pero en lugar de ello se mantuvieron a distancia, incluso Chubs, cuya forma apenas podía distinguir a través de la cortina de aire caliente y vibrante que ascendía desde las hogueras.

—Podría bajarlo —susurró Vida—. Cogerlo por sorpresa y ponerlo en tus manos.

Negué la cabeza.

—Demasiadas armas.

Y todas apuntaban a nuestras espaldas. Demasiados Azules, además. Deberíamos esperar a que decidiera bajar por sí mismo, y entonces sería mío. Sentí que la ira me inundaba y permití que me llenara, que latiera con mi sangre, que extinguiera cualquier noción de piedad. Me sentía como un depredador, lista para saltar desde las sombras y dejar que vieran mi auténtico rostro.

—Las reglas son simples —dijo Knox—. Si te empujan fuera del círculo, quedas fuera de combate. Si te noquean, quedas fuera de combate. Y si quedas fuera de combate yo puedo hacer contigo lo que me venga en gana. No se atienden súplicas. El único modo de salir es permanecer dentro o lanzarte fuera y quemarte. ¿Entendido? Ah, ¿cómo podría olvidárseme? Dado que sois vosotras dos, quebrantaré mis propias reglas. Lucharéis sin usar vuestros poderes. Es un combate a puño limpio, así que no os contengáis.

Vida y yo nos lanzamos una rápida mirada. No podía saber qué estaba pensando, pero la única idea que tenía en la mente era encontrar la forma más rápida de que Vida me venciera, sin hacer trampas. Rehusarme a combatir estaba descartado, pero la idea de que Vida me paseara a puntapiés por el círculo de fuego no me producía entusiasmo, precisamente.

—¿Qué hay del trato? —grité—. Provisiones a cambio de permitir que me una a una de las partidas de caza.

Knox se puso rígido al oír la palabra «provisiones» y, más importante, los chicos que lo rodeaban se inclinaron hacia delante. Un pequeño recordatorio para ellos de lo que su líder les ocultaba.

—Joder —dijo él—, sí que eres fastidiosa. Gana y puede que me lo piense.

Retrocedí unos cuantos pasos cerrando los ojos. ¿Cuán fuerte debería darme Vida para dejarme fuera de combate de un solo golpe?

—¡Tráiganlo! —Al ver nuestras reacciones, Knox lanzó una carcajada—. ¿Qué? ¿De verdad os creísteis que lucharíais entre vosotras? Dios, eso sí que tiene gracia.

Vida se volvió hacia mí y hacia la abertura derrumbada del edificio. Yo no me giré; sabía por la expresión de su rostro que, fuera lo que fuera, era malo.

De arriba nos llegó un murmullo que fue ahogado rápidamente por nuevos ruidos que lo reemplazaron. Un crujido, el largo ronroneo de algo pesado al ser arrastrado por el suelo.

Un hilillo de sudor descendió por mi espalda al oír los gruñidos de esfuerzo, el berreo gutural, el tintineo de lo que no podía ser otra cosa que cadenas.

La mente es algo extraño, y la mía es la más extraña de todas. Es selectiva en lo que recuerda y hasta caprichosa respecto de qué recuerdos se mantienen tan claros y agudos como una astilla de

vidrio. Esos eran los que permanecían con uno, los que un único sonido u olor podía hacer salir. Había olvidado tanto de mi vida antes de que me cogieran los soldados, pero que me cuelguen si alguna vez consigo desterrar un único recuerdo oscuro del campamento.

No era posible olvidar la selección, la prueba que casi había fallado.

No era posible olvidar la expresión del rostro de Sam mientras me deshacía de su memoria.

No era posible olvidar el brillo de las pistolas negras bajo el sol del verano o la nieve cayendo blandamente sobre la valla electrificada.

No era posible olvidar la larga fila de chicos peligrosos, encadenados entre sí, con los rostros ocultos dentro de sus morrales de cuero.

—¿Qué...? ¿Qué coño? —dijo Vida entre dientes mientras extendía su mano para arrastrarme hacia ella, detrás de ella.

Ahí estaba, pálido como el cielo de una mañana nueva, vestido con los restos hechos jirones de sus pantalones camuflados y una camisa que le colgaba del pecho hundido. A primera vista pensé que debía de tener mi edad, pero era imposible decirlo. Ahora se veía encogido y blando, pero la forma en que se sostenían los pantalones mediante una bolsa de plástico enhebrada en las presillas me hizo pensar que antes había sido mucho más corpulento.

Knox se había asegurado de envolverlo primorosamente en una serie de túnicas y cadenas. Llevaba un pañuelo en la boca, apretado por unos dientes amarillos, y todo lo que pude pensar fue: «Ojalá le hubieran tapado los ojos en lugar de la boca». Orlados por una costra y cubiertos de moratones, sus ojos penetraban las sombras que nos separaban, negras y sin fondo. Nos miraba a nosotras, a través de nosotras, dentro de nosotras. Entonces comprendí lo que Olivia había estado gritando. Pude oír su voz sonando alta y clara en mi cabeza.

«Rojo. Rojo, Ruby, Rojo».

# CAPÍTULO DIECISIETE

Hay pesadillas y *pesadillas*.

El Rojo bajó la cara y una espesa cortina de cabellos oscuros le cayó sobre la frente. Sin embargo no ocultó sus ojos. Estos nos miraban a través de las separaciones de sus rizos enredados. El cuerpo del Rojo experimentó una repentina crispación, como si se le hubieran agarrotado los músculos, y parpadeó para alejar el espasmo. Cuando sus ojos se volvieron a abrir eran más grandes y vidriosos, pero otra sacudida le atenazó el cuerpo y todo rastro de humanidad en él se desvaneció.

—Señoritas, permítanme presentarles a Crispado. —Knox parecía disfrutar con nuestras expresiones de pasmo—. Lo recogí en Nashville, después de que escapara de las FEP, que lo llevaban con una correa. Iba de un lado a otro a trompicones, como un drogadicto. Ha recorrido un largo camino desde que comencé a entrenarlo.

Knox le hizo una señal con la mano a un chico que, con expresión de innegable terror en el rostro se acercó al Rojo y comenzó a cortar sus cuerdas con un cuchillo.

—Creo que os vais a llevar condenadamente bien —gritó Knox—. Que os lo paséis bien.

No creo haber visto a dos adolescentes correr a mayor velocidad que aquellos cuando la última cadena cayó en un charco alrededor de los pies de Crispado. Él avanzó un paso, atravesando el muro de llamas que formaban los contenedores de basura. Una onda recorrió el círculo resplandeciente, oscureciéndolo por un instante, estallando luego en un blanco cegador.

—Ese cabrón gilipollas —masculló Vida. Se volvió hacia mí—. Nos ha echado encima un incendiario.

Crispado hizo honor a su nombre. Su cabeza se ladeó hacia la derecha y después se movió en un espasmo hacia la izquierda, de una forma que parecía dolorosa. En los instantes —esos preciosos segundos— que hubo entre ambos movimientos, el único cambio visible fue el vislumbre de algo parecido a la confusión en sus ojos. Knox se llevó los dedos a la boca y silbó. Entonces ya no hubo más pensamientos.

Vida y yo nos zambullimos, alejándonos la una de la otra cuando el primer estallido de fuego brotó de los contenedores en llamas hacia el suelo que ahora nos separaba. Caí con un golpe y giré intentando sofocar los bordes en llamas de la pierna derecha de mi pantalón. Sentía como si la quemadura de mi palma estuviese a punto de abrirse en un estallido de llamas.

El aire sobre mi cabeza se volvió caliente —más caliente—, letal, consumió el oxígeno y me obligó a rodar una vez más. El fuego del contenedor contra el cual había chocado brotó por encima del borde de metal y se dirigió hacia mí. Corría por el hormigón hacia nosotras.

El Rojo levantó una mano y chasqueó los dedos. Entre sus dedos curvos apareció súbitamente una llama y él la lanzó hacia mí como si fuera una pelota. «Levántate, levántate, levántate», gritaba mi mente. El sudor de mis manos resbaló en los escombros sueltos. Me puse de pie y busqué a Vida. Ella corría moviendo sus brazos como pistones; estaba cargando contra el centro del Rojo.

—¡No! —grité.

Las llamas de los contenedores de basura se alzaron otra vez, cruzando el círculo y conectándose

en una sucesión de puentes. Vida siseó de dolor al ser azotada por un latigazo de fuego que la alcanzó entre los omóplatos.

Durante un momento pensé que Vida realmente iba a cargar contra las hileras de fuego que tenía delante; solo había dos entre ella y el Rojo, pero ahí estaban, ardiendo con un rojo dorado, iluminando su piel con una luz marrón terrosa.

—¡Vi...!

Aterrizó sobre su cadera y se deslizó los últimos metros directamente hacia las piernas del Rojo, que cayó con un inhumano bramido de protesta del que solo hicieron eco los niños de blanco que miraban desde lo alto. Arriesgué una mirada hacia arriba.

La mayoría de los contenedores aún ardían, al igual que algunas partes del hormigón, ahí donde el fuego había colapsado. Derribé uno de ellos al correr hacia Vida.

Crispado se alzó bruscamente del suelo, deshaciéndose de Vida con un odio fiero y pulsante que llenó el espacio que había entre nosotras. Conseguí llegar a ella antes de que su espalda quemada golpeará el suelo. Su cabeza me golpeó la mandíbula y se me nubló la vista, pero no permití que cayéramos. La levanté hasta dejarla sobre sus pies.

Solo había entrenado lucha contra el instructor Johnson una vez, y el «combate» había durado quince segundos. Había sido justo al comienzo de mi entrenamiento, cuando él necesitaba «evaluar» mi nivel de habilidades. Después de eso cojeé durante dos semanas y tuve dos morados con forma de mano en los brazos durante el doble de ese tiempo.

El instructor Johnson se habría marchitado como una margarita bajo este Rojo.

Crispado ya no se crispaba. Ahora sus movimientos eran cuidadosos y precisos, entrenados; algo se había conectado dentro de él. Vida y yo bailábamos, alejándonos de él una y otra vez, girando y agachándonos para evitar los puñetazos que lanzaba hacia nuestras caras.

¡Y a mí me había parecido escuálido!

—¡Venga, señoritas! —dijo Knox a voz en cuello, apremiándonos—. ¡Esto está muy aburrido!

Cogí a Vida del brazo antes de que pudiera lanzarse contra el Rojo nuevamente y la arrastré unos pasos hacia atrás. Crispado no nos siguió de inmediato; en lugar de ello, permaneció en la otra mitad del círculo, avanzando y retrocediendo como una pantera, mientras sus botas militares rechinaban bajo sus pies.

Era la primera vez que podía pensar sobre este combate. Mi cuerpo se estremeció de agotamiento y dolor. «Piensa».

Crispado no había estado en un campamento de rehabilitación, por lo menos no en tiempos recientes. Puede que nunca, pero entonces ¿de dónde venía su equipo? No daba la impresión de ser lo bastante independiente como para asaltar una estación de la Guardia Nacional. En realidad, salvo por los breves brotes de confusión que aparecían en su rostro, no parecía que tuviera ningún pensamiento independiente en absoluto. Lo que significaba que...

«De ninguna manera —pensé—. No es posible».

Sin embargo, llegados a este punto, ¿qué no era posible?

—Jamboree —dije, jadeando, a Vida.

Ella parpadeó.

—¿No es coña?

Vida conocía la Operación Jamboree al igual que algunos niños conocen los cuentos de fantasmas,



por susurros y por los sueños más oscuros de su propia imaginación. En la Liga, el ejército secreto de Rojos entrenados del presidente Gray era algo sabido; habían intentado sin éxito filtrar información sobre ello durante meses. En apariencia todo el asunto era demasiado «disparatado» para que la Coalición Federal creyera en ello, y los perros guardianes de Internet identificaron y bloquearon toda referencia al proyecto antes de que una sola palabra pudiera filtrarse a la prensa internacional.

Lo que Vida no sabía era que la idea original había surgido desde el rincón más retorcido de la mente de Clancy. Fue él quien implantó la idea en las mentes del presidente y todos sus asesores. Hasta el momento en que el padre finalmente se dio cuenta de lo que estaba haciendo su hijo, Clancy había desempeñado un papel clave en el programa de entrenamiento de los Rojos.

Me dolía la mandíbula, allí donde Vida me había dado con la cabeza, y de mi labio goteaba sangre. Escupí en el suelo y me pasé el brazo por la cara para quitarme el sudor que me escocía los ojos. ¿Cómo había planeado Clancy controlarlos? En un instante, el Rojo actuaba como si su cerebro estuviera destrozado por la ira, pero al siguiente era un soldado cuidadosamente entrenado. Era obvio que estaba desorientado y solo seguía sus instintos, todo lo cual sugería que estos habían sido reprogramados con único objetivo: *matar*.

«Dios», pensé, y la furia se abrió paso rápidamente a través de mi miedo mientras yo miraba a Crispado. «Dios, lo que les han hecho a esos chicos...».

Durante años había estado tan segura de que los controladores de los campamentos y las FEP cogían a los chicos peligrosos y los eliminaban. El hecho de saberlo había anidado en mi cuello como un demonio, atenazándome hasta el punto de no poder respirar cuando pensaba en ello. Me había sentido tan aliviada cuando Clancy me contó que no era así. Pero ahora... *Ahora* me preguntaba si, después de todo, la muerte no hubiera sido mejor. Al menos no serían animales. La mente del chico ya ni siquiera le pertenecía.

—Oye, cariño —dijo Vida apretando los dientes—. Debemos atacarlo las dos a la vez.

—Y ¿eso de qué servirá?

—Él puede crear fuego y controlarlo, pero fíjate cuánta concentración necesita para hacerlo —dijo—. Se detiene en cuanto lo atacamos, como si su cerebro no pudiera manejar las dos cosas a la vez.

Vida tenía razón. Pese a todo el daño que podía causar, Crispado era igual que el resto de nosotros: el uso de sus habilidades le demandaba esfuerzo y práctica. Pero este chico estaba muy maltratado, y su sentido de la realidad había sido distorsionado; ya fuera que lo hubiera conseguido Clancy mediante su influencia o quienquiera que dirigiera la Operación Jamboree mediante un condicionamiento, era evidente que Crispado había sido entrenado de forma tal que cuando viera a alguien supiera atacar.

—¡Callaos y pelead! —aulló Knox.

—Distráelo —dijo Vida—. Yo acabaré con esto.

Knox solo había dicho que debíamos permanecer dentro del círculo; nunca dijo nada acerca del tamaño exacto del círculo dentro del cual debíamos permanecer.

El público situado sobre nuestras cabezas dio un grito de alarma cuando pateé el primer contenedor. Los llameantes restos de madera se diseminaron por el suelo, pero el fuego que corría por el frío hormigón se apagó en pocos segundos. Crispado se detuvo con un pie en el aire, mirando perplejo las llamas que se extinguían. Para entonces yo ya me ocupaba del segundo contenedor. Oí el

gemido sordo de Vida al lanzarse a por el Rojo nuevamente.

—¡Para! —aulló Knox—. ¡Zorra! Tu amiga tendrá a Crispado para ella sola...

Otro aullido hizo que dirigiera mi atención hacia Vida. Se estaba dando golpecitos en la punta del pelo, intentando apagar las llamas que lamían sus cabellos. Cayó de rodillas, jadeando, maldiciendo con saña entre sollozos. Me abalancé hacia ellos, pero el fuego de los contenedores cercanos se alzó formando una resplandeciente red de luz y calor intensos.

—¡No, Ruby! —gritó Vida.

Crispado había cogido a Vida por la nuca y levantaba la otra sobre su cabeza. Una llamarada se alzó del contenedor más cercano, enroscándose entre sus dedos y su muñeca, como una serpiente. Los chicos que estaban sobre las vigas gritaban, pero el único sonido que necesitábamos oír nunca llegó. Knox no iba a detenerlo.

«Nadie iba a detenerlo». Me llevé los dedos a la boca e intenté imitar el sonido que había hecho Knox, pero no conseguí soplar con suficiente fuerza. El humo me escocía los ojos y me quemaba la garganta...

«Va a matarla, va a matarla, va a...». Esta vez no había opción.

—¡Rojo! —grité con voz ronca.

El chico levantó la vista y ya era mío.

Fue algo casi inconsciente, como dejarme llevar. Fue algo total e inmediato, como exhalar profundamente el aire que había estado conteniendo sin darme cuenta de ello. Sentí cómo la maraña de dedos de mi mente comenzaba a desplegarse: la ira, el terror y la desesperación descascarando cada hebra de poder hasta que sentí un brote de hormigueante calor en la base del cráneo. El muro de fuego que había delante de mí pulsó al ritmo de las frenéticas crispaciones del Rojo. Oí que Knox comenzaba a gritar allá arriba, pero ahora el muchacho estaba en mi poder. Había entrado en su mente sin siquiera haberlo tocado.

En una mente típica, se tiene la sensación de hundirse en sus pensamientos. Es una sensación lenta y resbaladiza que de mi lado normalmente va acompañada por una tremenda jaqueca. Unas veces he caído lentamente, de inmediato otras veces. Por el matiz de la memoria de una persona, el tono de sus sueños, podía saber mucho sobre ella.

Pero Crispado estaba destrozado. Muy destrozado.

En lugar de avanzar deslizándome, fue como una puñalada, como un cuchillo abriéndose paso en un montón de vidrios rotos. Sus recuerdos eran precisos, pequeños, aquí, y desaparecían en un instante. Vi a una muchacha morena en un columpio, una mujer inclinada sobre un horno, una hilera de lagartijas embalsamadas, un nombre compuesto con letras de imprenta sobre una repisa. Entonces todo se aceleró: botas negras, vallas de alambre, el escay verde del asiento de un autobús escolar. Barro, barro, barro, excavar, el tintineo de cadenas, la presión de un bozal, una hoguera en la oscuridad, cada vez más caliente. Tuve que recordarme que debía respirar. El aire ardiente incendió mis pulmones.

Encontré el refinado rostro de Clancy entre las imágenes fracturadas, de pie solo detrás de un muro de cristal, con la mano sobre el vidrio. Aparecía en la oscuridad, como una pesadilla. Clancy dijo algo y todos los pensamientos se fundieron a blanco.

No podía oírme por encima de los chillidos de los espectadores. No entendía lo que gritaban; todo era tumulto y ruido. Pero tenía al Rojo en mi poder; tenía su poder a mi disposición y lo sentía tan

profundamente como si el fuego corriera por mis venas. Me volví hacia Knox y los demás permanecieron perplejos, con los ojos clavados en nosotros desde su lugar seguro, encima del cuadrilátero.

«Ya no es tan seguro», pensé, volviéndome al Rojo. ¿Qué haría Knox cuando volviera su pequeña mascota contra él? ¿Qué haría cuando sintiera arder su piel?

Crispado me observaba. Sus pupilas se contrajeron, se expandieron en todo su tamaño y volvieron a contraerse. Su boca comenzó a moverse en silencio; dejó escapar gemidos de dolor apenas audibles y, finalmente, se echó a llorar. Esperaba una orden.

«Mason».

Ese era el nombre escrito en su puerta, el que su madre le susurraba amorosamente cuando lo metía en la cama.

Su nombre es Mason. Mis pensamientos se desbordaban intentando comprender lo que acababa de suceder. Mason vivía en una casa con una cerca azul. Su madre le preparaba el almuerzo todos los días. Tenía amigos y un perro, y todos desaparecieron cuando esos hombres vinieron y se lo llevaron en la furgoneta. Tenía pósteres de los White Sox en la pared de su dormitorio. Montaba en bicicleta en el terreno abandonado que había junto a su casa. Su nombre era Mason y tenía una vida.

Caí de rodillas con una mano en mi frente. La conexión se rompió con el siguiente recuerdo de bordes dentados que se filtró de su cabeza. Cayó a poca distancia de mí, cerca de una pila de escombros. Durante un instante no oí nada con excepción de mi propia respiración dificultosa y mis latidos. Después sonó un crujido audible en mis oídos, un repugnante chasquido.

—¡Para! —oí que gritaba Vida—. ¡Para!

A pesar de ver cómo Mason cogía el dentado trozo de hormigón y lo estampaba contra su cráneo, era como si mi mente no comprendiera el movimiento. Vida le arrancó la piedra de la mano con un grito de protesta. El Rojo levantó la cabeza y la golpeó contra el suelo una y otra vez. No se detuvo, no hasta que deslicé mis manos entre el sólido hueso y el despiadado hormigón.

En ese instante el hedor de la sangre se abrió paso a través de la intoxicadora nube de humo. La sentí resbaladiza y caliente sobre su fino cabello.

—¡Para!

Vida presionó sus manos contra los hombros de Mason en un intento de clavarlo en su sitio. Yo le abrí los dedos para quitarle otro trozo de hormigón de la mano. Cuando el muchacho se desmoronó y golpeó el suelo, aferraba con fuerza mi mano.

—... ayúdame —sollozaba—. Por favor, por favor, ayúdame, por favor, no puedo; no más, oh, Dios, Dios, ya vienen otra vez, vienen en la oscuridad...

—Está bien.

Me incliné acercándome a su oreja.

—Ayúdame —suplicaba—, por favor.

—Todo está bien, Mason. Está bien; estás a salvo.

Podía zambullirme en sus pensamientos otra vez; mi mente era un remolino de posibilidades. Podía borrar sus recuerdos, por lo que había pasado, todo lo que había visto. Podía dejar las rodillas raspadas, los días de sol en el patio, la dulce sonrisa de su madre. Solo lo bueno. Lo merecía. Mason necesitaba librarse de esto.

—Tengo miedo —susurró. Sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas y sangre—. Quiero irme a casa...

La bala pasó tan cerca de mi oreja que me dejó una muesca. Sentí la punzada de dolor y el tibio hilo de sangre, y me incliné sobre Mason para protegerlo. El disparo había venido de arriba. Oí que Vida gritaba algo, pero no comprendí del todo lo que había pasado hasta que me cogió por los hombros y me arrastró lejos del Rojo lanzándome al suelo. Knox o quienquiera que me hubiera disparado no dispondría de otra oportunidad, no si Vida podía hacer algo para impedirlo.

Yo tenía toda la parte delantera empapada con un líquido tibio. La camisa se me pegaba a la piel de forma incómoda; intenté alisarla, pero tenía las manos heladas. Algo mareada, me pregunté cómo era posible que mi oreja hubiera sangrado tanto en tan poco tiempo.

—¡No, maldición! —La voz de Vida se elevó por encima del pitido que sentía en los oídos—. ¡No, maldito!

Me incorporé con esfuerzo y me giré hacia su aterrorizada voz. El débil pitido en mi oído se agudizó, tomando forma hasta que pude distinguir el nítido gritar y susurrar de los niños allá arriba. Todos observaban al muchacho Rojo, mirando cómo burbujeaba la sangre del sitio en que se había alojado la bala, en su garganta, viéndolo ahogarse y escupir mientras arañaba el suelo con las manos. El espacio entre sus respiraciones se alargó cada vez más, hasta que llegó la última exhalación como un suspiro estrangulado.

Yo no podía hablar, no podía oír, no podía ver nada salvo a Mason. Mis manos se alzaron frente a mí con vida propia, mis ojos estaban fijos en el charco de sangre que se extendía por el hormigón hasta que el borde tocó mis rodillas.

—Fallé —dijo Knox. Estiré el cuello, observando, mientras él bajaba la pistola plateada apenas un poco—. Bueno, mi madre decía que era importante deshacerse de los juguetes rotos.

La furia me inundó como una fiebre, incinerando las últimas trazas de resistencia. Y ni siquiera tuve que pensarlo; no había nada que decidir. Me incorporé, volviéndome otra vez hacia él.

Solo necesitó mirarme, volver rápidamente su mirada hacia mí con esa arrogante sonrisa de suficiencia. Sentí las oleadas cada vez más intensas de cólera condensarse en un ataque punzante, perfecto.

La mente de Knox apareció en la mía como una ampolla caliente, hinchándose cada vez que la rozaba, hasta que finalmente estalló y de ella surgió, desbordándose, una ráfaga de recuerdos líquidos. No tuve la paciencia ni el interés para examinarlos. Ignoré los recuerdos espesos y congelados de puños y cinturones, de palabras airadas que estallaban como bombas en su oscuro mundo; me abrí paso a través de academias militares, de cabellos rapados, de golpes; me abrí paso hasta que Knox cayó de rodillas.

Era como si hubieran extraído el aire a la estancia, junto con las voces de todos. Las hogueras crujían al devorar el resto de madera que había en los contenedores. Oí a Vida arrastrarse hacia mí, tragándose un grito ahogado, agudo y dolorido. Era como si sus caras orbitaran a nuestro alrededor; no había nadie más en el mundo, salvo él y yo.

—¿Knox...?

El chico situado junto a él aún tenía su arma apuntada hacia nosotras, pero se arriesgó a bajar la vista para mirar a Knox. Miraba del mismo modo en que lo hacíamos todos los demás, mientras Knox

clavaba los dedos entre sus cabellos y comenzaba a balancearse hacia delante y hacia atrás.

—Baja —dije con frialdad—. Ahora mismo.

Unos pocos niños hicieron débiles intentos de cogerlo y mantenerlo en su lugar, pero él se abrió paso por la fuerza. Me estremecí de poder al pensar que mi dominio sobre él era tan fuerte que hubiera luchado contra ellos para llegar hasta mí. Arrojó una escala de cuerda por el borde de la pasarela y comenzó a descender.

—¿Qué está pasando? —gritó alguien—. ¡Knox! ¿Qué diablos...?

Knox pasó tambaleándose por delante de Vida, quien lo miraba todo con los ojos abiertos de par en par, desde el suelo. No sé bien si lo supo en ese momento o solo quería aprovechar el instante, pero levantó su rostro, manchado de tizne y sudor. Su pierna giró violentamente, haciéndole una zancadilla que lo hizo caer y despatarrarse a mis pies.

—¿Estáis satisfechos? —les gritó Vida, a él y a los chicos que nos rodeaban—. ¿Os habéis calentado mirando eso? ¿Hemos superado vuestra estúpida prueba?

En apariencia, solo había una persona que decidía si alguien superaba las pruebas o no, y esa persona era la que ahora estaba de rodillas ante mí.

—Quiero que pidas perdón —dije yo—. Ahora. A Mason. A todos estos niños, por lo que les has hecho, por no darles nunca lo que necesitaban o merecían. Por hacerlos luchar contra otros niños y fingir que esa es la única manera de sobrevivir en este mundo. —Me puse de rodillas frente a él—. Quiero que pidas perdón por los niños que dejaste fuera para que murieran, por los que dijiste que no valían para nada y por los que trataste como si fueran invisibles. Porque, lamentablemente para ti, no eran invisibles para mí.

—Perdón.

Era un frágil susurro, la sombra de una palabra. Varios chicos ahogaron un grito, pero la mayoría de ellos estaban tan perplejos que se habían quedado sin habla. Y, con todo, yo comprendí por los rostros a mi alrededor que una sola palabra no bastaba. Jamás bastaría.

—Diles tu verdadero nombre —le ordené.

Sus pupilas relampaguearon, como si estuviera luchando para evadirse de mi dominio. Intensifiqué mi control sobre él y mis labios se elevaron en una breve sonrisa cuando se sacudió.

—Wes Truman.

—Y tú, Wes, ¿eres el Huidizo?

Negó con la cabeza manteniendo la mirada hacia el suelo.

—Diles cómo has estado obteniendo las provisiones —dije, dejando que la escarcha enfriara las palabras—. ¿Qué les pasa a los chicos de la Tienda Blanca cuando necesitas otro paquete de cigarrillos?

Podía oír pasos moviéndose sobre los escombros sueltos de la pared caída, pero mantuve mis ojos enfocados en el lamentable chico que se encogía de miedo en el suelo.

—Los... intercambio.

—¿Con las FEP? —insistí.

Se mordió el labio y asintió.

El silencio se derrumbó a nuestro alrededor. Gritos de asombro, alaridos desarticulados, débiles protestas y una palabra que se repetía una y otra vez: «Naranja».

—¡Que alguien acabe con ella! —gritó un chico—. ¡Disparad! Nos hará lo mismo...

—Ahora sabéis lo que soy —les dije a voz en cuello—. Pero eso significa que también sabéis que cada palabra salida de su boca es verdadera. Os han estado mintiendo todo este tiempo; os han tratado como si no valierais para nada y fuerais incapaces de tomar vuestras propias decisiones, pero eso se acaba esta noche. Ahora mismo. —Me giré para mirar a Knox, quien se observaba aturrido las palmas de las manos—. Quiero que os marchéis esta noche y no volváis nunca más... a menos que —empecé a mirar sus rostros allá en lo alto— alguien tenga algún problema con lo que digo.

Una parte de mí debió de entender que muchos de ellos callaban por temor. Los chicos que habían protestado antes enmudecieron en cuanto mi mirada pasó sobre ellos; apretaban las armas en sus manos. «Todos estáis de acuerdo —pensé—. Estáis de acuerdo y siempre lo estaréis».

Fue tan sencillo. Todo. Los mismos chicos asintieron y se retiraron hacia las sombras; solo tuve que colocar las imágenes correctas en sus mentes, moviéndome rápidamente entre los cuatro o cinco que sabían lo que yo había hecho. Miré a Knox, que aún estaba en el suelo. Mis labios se contrajeron en una mueca de desagrado cuando inundé su mente con mis propias visiones: él, moviéndose con dificultad en la nieve helada, él tosiendo, débil, incapaz de defenderse mientras avanzaba hacia el oeste y desaparecía para siempre. Quería que experimentara cada segundo de desorientación y sufrimiento y fiebre que había padecido Liam. Quería que se lo tragara el mundo que lo había creado.

Lo observé ponerse de pie lastimándose las manos contra el suelo áspero. Avanzó con lentitud, vacilante, entre los chicos apiñados alrededor de la pared derrumbada. Por un breve instante pensé que lo harían regresar y que luego se volverían contra mí, pero la primera muchacha, Olivia, dio un enorme paso al costado. Se cruzó de brazos y lo observó alejarse con ojos fríos e impávidos. Un ruido surgió de los demás mientras la imitaban, abriéndole un camino, un ruido de siseos, escupitajos y gruñidos que decía lo que la mayoría de las palabras no podía decir. En ese momento, los chicos que estaban situados a resguardo, sobre nosotros, comenzaron a imitarlos, dejando escapar con ellos meses, años de ira y miedo y desesperanza reprimidos. Su intensidad era sofocante; me llevé la mano a la garganta. Bajo las yemas de mis dedos, mi pulso iba a toda velocidad.

Estaba ahí y luego ya no lo estuvo. Sentí que la rabia que me había impulsado lo seguía hasta la puerta y se desvanecía como un viejo recuerdo, desapareciendo en la negra noche. Lo pensé; me refiero a hacerlo regresar. De repente no me parecía suficiente. Merecía algo mucho peor. ¿Por qué le había dado una oportunidad que él no había encontrado en su negro corazón para dársela a los otros chicos?

Vida vino cojeando hacia mí, mirándome con ojos recelosos. Mantuvo la distancia entre nosotras, sus manos cerradas sobre los pantalones desgarrados. Me miraba de un modo en que jamás me había mirado antes. Iba a preguntarle qué le pasaba cuando sentí que alguien me cogía del brazo y me hacía girar.

Chubs tenía los labios apretados y sus ojos ocultos por el reflejo del fuego en sus gafas. Me resultó asombroso que después de todo lo que había sucedido esa noche todavía tuviera la fortaleza para deshacerme de su brazo y alejarme de él. Intentó cogerme otra vez, sacarme de ahí, llevarme lejos de esos ojos en llamas que se clavaban en mi espalda.

Pero yo no temía a esos chicos ni a lo que pudieran hacerme ahora que sabían lo que yo era. Si hubiera logrado encontrar las palabras se lo hubiera dicho. Hubiera dicho que antes no había sido lo bastante fuerte como para mantener unido a nuestro grupo. No había tenido suficiente control,

suficiente poder para mantenerlos a él y a los demás a salvo del mundo que intentaba despedazarnos. Ahora sí.

El ánimo del lugar había cambiado, estaba cambiando; en ese momento me sentía tan conectada con todos en ese almacén ruinoso que prácticamente podía sentir el sabor de su alivio como una lluvia fría y dulce sobre mi lengua. Pasó algún tiempo antes de que me percatara de que esperaban a que yo hiciera el primer movimiento.

Con el rabillo del ojo vi a Jude abrirse paso entre la muchedumbre; su pecho subía y bajaba por la carrera. El intercomunicador estaba encendido en su mano y vibraba con intensidad suficiente como para que yo lo oyera. Vi la única confirmación que necesitaba extenderse en su cara en la forma de una sonrisa.

Pero entonces sus ojos se movieron y fue obvio que ya no me veía. Solo veía la ruina, solo veía los fuegos agarrados al hormigón. Solo veía a Mason, con su mirada vacía aún fija en algo que nosotros no podíamos ver.

—Todo está bien —le dije, rompiendo el silencio—. Estamos bien.

Y no importaba si los demás lo creían realmente. De todas formas me siguieron al salir.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

«Si puedes oír esto, eres uno de los nuestros. Si eres uno de los nuestros, puedes encontrarnos. Lago Prince. Virginia...».

El sonido de la voz de Clancy que brotaba de los pequeños altavoces del radiocasete hizo que se me erizara el vello de la nuca. Olivia lo había colocado al borde del escenario de Knox, y Jude había cargado las baterías lo suficiente como para garantizar unos cinco minutos de buena audición.

—¿Por qué se sigue emitiendo esto? —pregunté—. Creí que se emitía fuera de East River.

Olivia negó con la cabeza.

—Arregló un par de señales para que el mensaje pudiera emitirse incluso hasta Oklahoma. Supongo que no pensó que era importante apagar las demás.

Era la primera vez que los reuníamos a todos en el almacén, y era la primera vez que yo podía hacer una especie de recuento. Había cincuenta y dos chicos dispuestos en media luna alrededor del pequeño aparato, cautivados por las palabras y los estallidos de estática.

Finalmente, cuando fue obvio que Olivia no podía soportar la idea de escucharlo otra vez, apagó el artefacto. El ensalmo de calma y curiosidad desapareció con él. Las voces se elevaban hacia las pasarelas, las preguntas iban y venían rebotando contra las manchadas paredes de cemento. Deseaban saber de quién era la voz, de dónde había salido el radiocasete, por qué habían hecho entrar a los chicos de la Tienda Blanca y les habían acercado los contenedores con fuego.

—¿Os vale como demostración? —les pregunté—. Knox nunca fue el Huidizo, por lo menos no el auténtico, y esto no es East River.

Me irritaba el mero hecho de tener que hacer esto; era evidente que la mayoría de los chicos creía lo que yo había dicho la noche anterior, pero unos cuantos miembros de un grupo de caza se resistían y mantenían su tozuda lealtad hacia Knox. Puede que ni siquiera fuera eso; creo que solo temían no recibir la parte del león de las provisiones ahora que Knox no estaba ahí para hacer cumplir sus reglas espurias.

O quizá realmente habían hecho creer a sus corazones que esto era East River.

Me senté junto a Olivia, en el borde del escenario. Con los chicos delante de mí, pude ver otros rastros de la crueldad de Knox. Quemaduras. Esa avidez de ojos saltones. Los sobresaltos cuando el viento gemía a través de las grietas del techo.

—¿Basta con eso para todos? —preguntó Olivia, volviéndose hacia el chico de blanco que estaba de pie justo delante del viejo aparato.

Brett ya no era uno de los pequeños perros guardianes de Knox. Era un chico de diecisiete años, nacido y criado en Nashville, que nunca había puesto un pie en un campamento y, aparentemente, era lento para procesar las noticias importantes.

—Ponlo de nuevo —dijo con la voz ronca—. Una vez más.

La voz de Clancy tenía un matiz —de confianza, supongo— que hacía que cuando hablaba lo escucharas hasta la última palabra. Me froté el dorso de la mano contra la frente y dejé escapar el aire cuando acabó de pronunciar con lentitud el último «Virginia».



—¿Cómo sabemos que ese es el Huidizo? —preguntó Brett.

Él era quien había llamado a los otros tres grupos de cazadores y a sus líderes: Michael, Foster y Diego. También era quien había insistido en observarnos mientras pasábamos por la deprimente tarea de darle descanso a Mason. No nos había ofrecida ni ayuda ni consuelo, ni siquiera cuando las ampollas de mis manos reventaron por el esfuerzo de intentar clavar la pala en el suelo congelado.

Yo, sin embargo, lo comprendía. Éramos foráneos. Habíamos desmontado el sistema. Lo único que me ponía nerviosa era que él estuviera tan... tan enfadado por nuestra pequeña revolución que convenciera a los demás de cortar los suministros. Aun ahora, lo atrapaba echando miradas por encima del hombro hacia donde Chubs estaba de rodillas, atendiendo a los chicos enfermos.

Se me estaba haciendo evidente que él era un eslabón clave de la cadena comunitaria. Si él se ponía de nuestro lado, los demás lo seguirían de forma natural. Pero el tiempo se nos escapaba. Lo sabía por los labios apretados de Chubs, cada vez que le tomaba la temperatura a Liam.

—Solo estoy aquí para deciros la verdad —dijo Olivia—. La he callado bastante tiempo, pensando que Knox mejoraría o que cambiaría su forma de actuar. No lo hizo. Solo empeoró, y si Ruby no lo hubiera desterrado... no sé qué hubiera hecho Knox a continuación, pero ninguno de los chicos que están ahí hubiera sobrevivido.

—¿Es verdad que intercambió esos chicos? Knox dijo que habían intentado huir y que él se había encargado de ellos —dijo la misma muchacha que estaba sobre el regazo de Knox el día en que nos trajeron.

Había sido una de las primeras en recibir de mí una manta del depósito. Habíamos sacado todo del edificio derrumbado y lo habíamos colocado en el centro del almacén, para que todos vieran lo que quedaba. Algunos chicos, los mayores, tuvieron el valor suficiente como para reclamar sus pertenencias, pero la mayoría nos había mirado con la mirada perdida, sin comprender.

Los murmullos comenzaron de nuevo cuando Olivia asintió:

—Había once, por lo menos desde que llegamos.

—Hizo lo que tenía que hacer para conseguir comida —gruñó Michael—. Nos hemos sacrificado. Eso es justo.

—¿Cómo puede ser justo dejar que un muchacho enfermo se muera de hambre porque está demasiado débil para trabajar y no puede trabajar nunca puede curarse? —le espetó ella—. ¿Cómo?

Olivia se incorporó hasta quedar de pie sobre la plataforma. Se echó el pelo rubio hacia atrás y se irguió en toda su altura.

—Oye; no tiene por qué ser así. He estado en East River y he visto cómo puede ser. Viví ahí inviernos y veranos, y todo lo que hay entre ellos, y jamás pasé hambre, ni una sola vez. Nunca tuve miedo. Era... Era un buen lugar, porque ahí nos cuidábamos unos a otros.

Yo esperaba el estallido, ver sus caras cuando ella les dijera cómo había desaparecido esa pequeña tajada de cielo y que la persona que había detrás de ella no era más que una máscara. Pero Brett, quien claramente había estado esforzándose por procesar y aceptar todo eso, la observaba, y la tensión de su rostro se relajaba con cada palabra hasta comenzar a asentir con la cabeza.

—Podemos tener algo así aquí —continuó Olivia—. Sé que podemos hacerlo. Hay espacio para cultivar alimentos, formas de montar una seguridad mejor. El Huidizo no tiene por qué ser una única persona ni East River tiene por qué ser un único lugar. Podemos construir nuestro propio East River.

—Y ¿cómo esperas que lo hagamos con esto? —preguntó Michael. Sacudió la cabeza, el cuello desgarrado de su camisa se abrió y exhibió las franjas de las pálidas cicatrices rosadas dejadas por las quemaduras, como burbujas en su cuello y hombros. Señaló el magro montón de provisiones con el pulgar—. Eres tan tonta como fea, ¿verdad?

—¡Eh! —vociferó Brett, dando un paso amenazante hacia Michael, quien retrocedió con una mueca de desagrado.

—Debemos comenzar asegurándonos de que esos chicos sobrevivan —continuó Olivia—, que todos sobrevivamos al invierno. Si nos ayudáis a Ruby y a mí con esto, podremos alimentarnos durante meses. Salvaremos sus vidas y, de paso, salvaremos las nuestras.

—Y ¿dónde está ese mundo mágico de ensueño, eh? —insistió Michael.

—En uno de los hangares del aeropuerto John C. Tune —respondió Olivia, sosteniéndole la mirada—. ¿Alguien sabe dónde está?

Brett levantó la mano.

—Está a unos tres kilómetros hacia el oeste, creo... Quince a lo sumo.

—Vale —dijo Olivia. Los vaqueros le colgaban de las caderas, medio ocultos por la chaqueta que había cogido del montón de suministros—. Eso es factible.

—No —gruñó Michael—, es una trampa. Y todos los que participéis en esta mierda os tendréis bien merecido lo que os suceda.

Los chicos de blanco —los cazadores— estaban inquietos y apretaban los dientes. Mi mente reaccionó, agitándose. Acababa de volver mi mirada hacia él cuando Olivia volvió a hablar.

—Oye, si esto va a funcionar, porque puede funcionar y va a funcionar, aquí deben cambiar varias cosas. No podemos ser solo una tribu de Azules. No, no, ¡escuchadme! —Olivia levantó la voz por encima de las sorprendidas protestas—. No se trata de colores. Nunca debió haber sido así. Este debe ser un lugar en el que no nos separamos por colores. Este debe ser un lugar de respeto. Si no os podéis respetar los unos a los otros, así como a vuestras habilidades, si no estáis dispuestos a ayudar a que los demás se entiendan entre sí, entonces este no es vuestro lugar.

—¿Y tú decides todo eso por qué? —insistió Michael—. ¿Quién eres tú, exactamente, para querer que te hagamos caso? Ya teníamos un sistema que funcionaba jodidamente bien. ¿Quieres que nos volvamos blandos? Hay una razón por la cual solo nos juntamos con otros Azules: el resto sois tan jodidamente patéticos que no podéis hacer nada, ni siquiera para protegeros.

Olivia vaciló; sus propias dudas sobre sí misma habían estado bullendo bajo la superficie de su piel surcada de cicatrices. La duda irradiaba desde ella e infectaba a todos los que estaban cerca. Parecía languidecer ante mí. Sentí un pequeño estremecimiento de pánico, como un segundo indeseado latido. Aún no habíamos acabado. Yo necesitaba su ayuda; necesitaba que fuera fuerte.

—El Negro es el color.

Me abrí paso a través de la presión de los recuerdos, dejando que esas palabras me inundaran. Las oía pronunciadas con suavidad en el acento sureño de Liam, exactamente como había sido cuando las dijo por primera vez, tantos meses atrás.

Olivia lo comprendió. Yo no necesitaba palabras bonitas para explicarlo, y, la verdad, no había palabras para describir lo que ese lugar había sido para nosotras. Ahí habíamos estado juntas, habíamos trabajado juntas, vivido juntas, sobrevivido juntas. East River no había sido solo un

campamento, era una idea, un faro. Una creencia. Puede que Clancy haya sido el Huidizo, pero también lo era cada chico que eludía el sistema. Cada chico que no se quedaba callado. Cada chico que no se avergonzaba de lo que era.

—Ser listo no significa ser blando —continué—. Puedes quedarte o marcharte, pero recuerda: si huyes, huyes solo. Y, créeme, es un camino largo y solitario.

—Eso es —dijo por fin Olivia—. Si quieres marcharte, este es el momento. Ten en cuenta, sin embargo, que a partir de hoy nunca dejarás de huir, no hasta que te atrapen. Nunca.

—Eso es una estupidez —gritó Michael—. No es así como debe ser. Si crees que uno solo de mis hombres apoyará esta...

—Entonces, lárgate —dijo Olivia—. Si no te gusta, vete. Esto solo funciona si quieres estar aquí. Coge lo que necesites y lárgate.

Abandoné la pequeña plataforma y me dirigí hacia él. De lejos, Michael me había parecido el filo de una navaja en una piel de acero, pero ahora podía ver cómo temblaba. Me superaba en altura por una cabeza, pesaba decenas de kilos más que yo, estaba armado... y nada de eso me importaba. No tuve que meterme dentro de su cabeza para saber que estaba repasando los hechos de la noche anterior. Que sus pensamientos giraban en torno a lo que yo le había hecho a Knox.

«Algo que no puedo hacerle a él».

La idea me dio justo en los dientes, deteniendo mis pasos repentinamente. Podía influir en él, eso ni siquiera estaba en duda. Pero había sido tan franco, tan abiertamente hostil que si ahora lo hacía cambiar de opinión, su milagroso cambio de perspectiva habría suscitado algunas sospechas. Todos comprenderían que yo podía hacerles lo mismo a ellos. Todavía seguirían temiéndome, solo entonces tendrían motivo suficiente para hacer algo al respecto.

Michael me clavó la mirada, respirando con esfuerzo. Olivia se situó detrás de mí al instante, con los brazos cruzados. Michael se lamió los labios y se lanzó hacia delante, con el viejo rifle repiqueteando en su costado por la intensidad de su paso.

—No, hombre; venga —dijo otro chico vestido de blanco, cogiéndolo por el hombro—. No es necesario quedarse.

Michael encogió los hombros, deshaciéndose del agarre del otro chico. Se dirigió rápidamente hacia la puerta de la plataforma de carga, luego se giró hacia Brett.

—¿Tú también, eh?

—Cuando las cosas van mal tienes que arreglarlas —dijo Brett quedamente.

Solo cinco de los ocho chicos del grupo de caza de Michael lo siguieron, sin decir una sola maldita palabra, sin coger nada del montón de suministros, sin prestar atención a la oleada de manos que se extendían en un silencioso adiós. Y solo uno de ellos se volvió para mirarme.

Vi cómo se desplegaba el plan en su mente como si él hubiera abierto un libro y estuviera pasando las páginas para mí. Volver al campamento por la noche, *página*, escurrirse en el almacén, *página*, descargar toda la munición sobre los chicos dormidos en pequeños grupos, *página*, los cinco llevándose los suministros que habíamos traído.

Mi columna se tensó: pasó de hueso al granito y el acero. Sacudí la cabeza y arranqué el plan de su cabeza.

—¿Alguien más? —preguntó Olivia, mientras examinaba la multitud apiñada que tenía ante ella—. ¿No? Vale. Entonces pongámonos a trabajar.

Los antiguos ocupantes de la Tienda Blanca habían sido colocados junto a los suministros, dentro de un círculo de calor producido por el anillo que formaban a su alrededor los contenedores en llamas. Chubs levantó la vista desde donde estaba, encorvado sobre los hombros de Vida cuando me abrí paso por el círculo; el humo despertó un oscuro recuerdo tras otro. Respiré hondo, manteniendo una mano sobre mi boca hasta que el rostro de Mason desapareció detrás de mis ojos y avancé hasta los chicos dormidos. Los había colocado en dos filas otra vez, esta vez no estaban amontonados unos sobre otros.

—¡Apesta! —gruñó Vida—. ¿Qué, has olvidado el rastrillo en el coche? ¡Échale un poco de agua y déjalo, joder!

Vida estaba sentada con las piernas cruzadas frente a Chubs, con los codos sobre sus rodillas y el rostro colocado firmemente entre sus manos. Ahora yo sentía una conmoción cada vez que la miraba; un feo, pequeño recordatorio de la noche anterior. Cuando regresamos al almacén, a todos nos resultó evidente que la mayor parte del largo cabello de Vida no podía salvarse. Afortunadamente, se las había arreglado para apagar el fuego antes de que llegara al cuero cabelludo, pero los extremos azules se le habían chamuscado y faltaban en algunas partes. Con una única fiera mirada, Vida había extraído el pequeño cuchillo que Jude había sacado de contrabando de la habitación de depósito y se lo había cortado ella misma. Su cabello ondulado ahora se rizaba alrededor de sus orejas y su barbilla.

—Con un rastrillo iría más rápido —masculló Chubs—. Sin embargo, supongo que te agrada el lujo de tener piel en la espalda.

Se lamió el sudor del labio superior. El arduo proceso de eliminar las partes chamuscadas de la camisa de Vida de la quemadura de sus hombros había comenzado hacía más de una hora y todos escuchábamos angustiados cómo intentaba desinfectar la zona.

—¡Atrás! —siseó ella—. Hueles peor que un culo sucio.

—¿Qué tal? —pregunté, agachándome junto a él.

—Podría ser mejor —murmuró—, podría ser peor.

—En serio, te voy a matar —dijo Vida con la voz temblorosa por la intensidad del dolor—; te voy a dar en toda la cara.

La pinza que sostenía la mano de Chubs se detuvo un instante. Él se aclaró la garganta, pero cuando volvió a hablar el enfado se había evaporado de su tono de voz.

—Por favor. Si eso significa estar lejos de ti durante cinco minutos, te dejaré hacerlo con mucho gusto.

—Podría ser peor —concilié, mientras miraba alrededor otra vez—. Tengo la lista de todos los medicamentos que le diste a Jude, pero ¿hay algo más que quieres que busque?

Volvió a dejar el trapo en el agua.

—Gasa estéril para las quemaduras de Vida, cualquier clase de desinfectante, como por ejemplo almohadillas con alcohol... Cualquier equipo de primeros auxilios completo, si de verdad lo tienen.

—Y ¿qué hay de otros medicamentos? —insistí, obligándome a no mirar la forma inmóvil de Liam—. ¿Algo para tratar la neumonía?

Chubs se pasó el dorso de la mano por la frente con los ojos cerrados.

—La verdad es que no hay nada más y, aun así, el medicamento funcionaría únicamente si se tratara de una neumonía bacteriana. Si es vírica y ya está tan mal, ni siquiera estoy seguro de que el

Líquido intravenoso pueda ayudar.

—¿No hay nada más... ni siquiera en tu libro?

Chubs había insistido en recorrer otra vez todo el camino hasta el coche para buscar una especie de texto médico que le había dado su padre para controlar la lista de medicamentos.

Negó con la cabeza.

Sentí que el grito me quemaba la base de la garganta. Él no. Liam no. Por favor, no os lo llevéis. Me pregunté si así era como se habían sentido todos aquellos padres cuando la ENIAA se hizo pública y comprendieron que había una probabilidad del noventa y ocho por ciento de que sus hijos no sobrevivieran, sin importar lo que ellos hicieran para ayudarlos.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Chubs—. ¿Quién irá contigo?

—Dentro de unas horas —respondí—. Vendrán la mayoría de los grupos de cazadores, pero se quedarán algunos chicos. Y Vida.

La imagen del tiroteo en la mente que aquel chico había sido suficiente para preocuparme por otros posibles planes que pudieran tener para recuperar su antiguo hogar esa noche. Si eran lo bastante tontos como para intentar algo, tenían asegurada una buena cuota de dolor y trauma.

—Y ¿por qué eso es un consuelo? —preguntó.

Vida extendió una mano hacia atrás, intentando golpear cualquier parte de Chubs que estuviera a su alcance.

—Se acabó —declaró, levantándose de un salto.

Las tiras de camisa que él había cortado para cubrir sus quemaduras cayeron de su regazo cuando se lanzó tras ella. La miramos cruzar a trompicones el anillo de fuego que nos rodeaba. Los ojos de Chubs se entrecerraban un poco más con cada torpe paso que ella daba. Lentamente, cuando hubo desaparecido en medio de los chicos que se arremolinaban a nuestro alrededor, se volvió para mirarme.

—Sí —dije—, debes ir a buscarla.

Levantó las cejas desafiándome.

—Se infectará —le recordé.

—Conseguiría que hasta un santo cometiera un asesinato. Uno de esos crímenes con múltiples puñaladas en el abdomen.

—Qué bueno que tú no eres un santo.

Al oír eso se detuvo y me arrojó el cubo con la toalla y el agua caliente, haciendo una especie de seña vaga hacia los chicos enfermos que había detrás de nosotros.

—Volveré dentro de cinco minutos. Haz algo útil, intenta que beban agua.

Recorrí las filas de chicos, despertándolos de sus sueños febriles, acercando un vaso de plástico a sus labios. Salvo abrir sus bocas por la fuerza y verter el agua en sus gargantas, no había mucho que yo pudiera hacer para hacer que la tragaran. Les limpié las caras lo mejor que pude con un trapo y les hice una serie de preguntas que comenzaban con «¿te duele?» y acababan con «¿te sientes peor que ayer?».

Solo uno de los chicos había sido capaz de responder. «Sí», musitó, «sí». A cada pregunta, un «sí» dolorido y débil.

Una tos aguda atrajo mi mirada hacia el otro lado de la estancia, donde una cabeza familiar, con los cabellos enmarañados, luchaba por deshacerse de la manta azul claro que lo cubría. Intentaba

apoyarse en los codos mientras el pecho le subía y bajaba por el esfuerzo. Me preocupó su agitación, su respiración superficial, la forma en que sus brazos sacudían su peso.

—Detente —dije, acercándome a él—. Por favor..., está bien, solo recuéstate...

Los ojos de Liam estaban completamente abiertos, con los párpados hinchados y rodeados de moratones que aún no acababan de desaparecer. Sus brazos cedieron bajo su peso, y, sin pensarlo, lo cogí por los hombros y lo recliné en el lecho con cuidado. Sus ojos no dejaron de mirarme en ningún momento. Ahora su azul era algo más pálido, más brillante y vidrioso por la fiebre.

—Con cuidado —murmuré.

Después de tocar su piel ardiente sentí mis manos tan frías como vacías y las retiré.

—¿Qué sucede? —susurró Liam, esforzándose por tragar—. ¿Qué... está pasando?

—Chubs acaba de salir a buscar unas cosas —dije en voz baja—. Vuelve enseguida.

Liam hizo un leve movimiento de asentimiento y cerró los ojos con un suave suspiro. Hice el gesto de extender la mano para quitarle las puntas rizadas de su cabello de la frente; él se volvió hacia mí y se obligó a abrir los ojos.

—Eres... increíblemente guapa. ¿Cómo te llamas?

Las palabras surgían de él entre resuellos y silbidos, de una forma que partía el alma, pero su coherencia me tomó por sorpresa y tardé varios segundos preciosos en responder.

—Ruby —repitió con los tonos cálidos y acariciantes de su acento sureño—. Como Ruby Tuesday. Qué bueno.

Entonces la expresión de Liam se disolvió por completo. Arrugó el ceño en un gesto de intensa concentración y sus labios repetían esa única palabra una y otra vez, en silencio.

«Ruby».

Me puse de rodillas a su lado, desplazando el cubo. Coloqué una mano en el suelo, junto a la suya, cuya palma miraba hacia arriba.

—Ruby —repitió, con los claros ojos nublados—. Tú... Cole dijo... Me dijo que no nos conocíamos y pensé... Pensé que... era un sueño.

Acerqué el trapo a su rostro y comencé a limpiarlo con suavidad, a quitar de él el polvo y el tizne. Así estaba bien, pensé. No estaba tocándolo directamente a él. Cuando le pasaba la tela por la barbilla, la barba incipiente raspaba. Me concentré en la pequeña cicatriz blanca de la comisura de sus labios. Me concentré en no colocar la mía en ese lugar, sin importar cuánto sentía que me perdía ahí.

—¿Un sueño? —le pregunté, con la esperanza de mantenerlo hablando—. ¿Qué clase de sueño?

No era... No, no era posible. Había visto a la gente quedar confusa después de que yo hubiera manipulado sus recuerdos, los detalles un poco embrollados, pero me había ocupado de ello y había borrado cada recuerdo de mí de la mente de Liam. Los había reemplazado por aire y sombras.

En sus labios se esbozó una sonrisa.

—Uno bueno.

—Liam...

—Necesito... ¿Las llaves...? —Su tono de voz se hacía más débil—. Buscaremos... Creo que Zu está... Está en el pasillo... El que tiene...

«¿Pasillo?».

—No quiero que esos tíos... la vean. Les harán daño, a las dos...

Retrocedí, pero de algún modo la mano de Liam encontró la mía en el suelo y sus dedos se aferraron a ella, clavándome en el sitio.

—¿Qué tíos? Zu está a salvo; nadie le hará daño.

—El... Walmart... Le dije, le dije que fuera con... Se fue con... No, ¿dónde está? ¿Dónde está Zu?

—Zu está a salvo —aseguré, intentando recuperar mi mano.

Su agarre era persistente, como si intentara obligarme a comprender algo, y, cuanto más se esforzaba, más difícil le resultaba respirar. Levanté mi mano libre y la puse sobre la mejilla, inclinándome sobre su rostro.

—Liam, mírame. Zu está a salvo. Debes... debes relajarte. Todo estará bien. Ella está a salvo.

—A salvo. —Las palabras parecían vacías. Liam cerró los ojos—. No te vayas otra vez —susurró—. No te vayas... donde no puedo seguirte, por favor, por favor, otra vez no...

—Me quedaré aquí mismo —respondí, acariciándole el mentón con el pulgar.

«Debes dejar de hacerlo. Debes marcharte. Ahora mismo».

—No mientas —murmuró él, al borde del sueño—. Este es... un lugar en el que no necesitamos...

Al ponerme de pie de un salto, mi visión se quedó en blanco, con un montón de puntos y un palpitante torrente de sangre. Me llevé la mano a la boca y esperé que mi vista retornara, mientras intentaba no tropezar con los chicos que tenía cerca. Sabía qué era lo que había intentado decirme. Ya había oído esas palabras, me las había dicho a mí misma, pero había... No era posible...

«Este es un lugar en el que no necesitamos mentir».

—¿Ruby?

Vida y Chubs estaban de pie frente a los contenedores, mirándome con expresiones de preocupación. ¿Cuánto llevaban ahí, escuchando? Chubs dio un paso hacia mí, pero yo lo detuve con un gesto.

—Estoy bien, él solo...

Me puse en cuclillas y coloqué la cabeza entre las manos, obligándome a realizar dos inspiraciones profundas para tranquilizarme.

Imposible.

—¿Estás segura? —repitió Chubs, con una voz más fría que antes—. ¿Has acabado ya con este juego?

Asentí, sin apartar los ojos de mis pies. Tenía el estómago revuelto. Oí a Liam luchar con la manta que se le había enredado entre las piernas y mi mente se estremeció súbitamente.

—¿Crees que está bien tratarlo con dulzura ahora y confundirlo aún más? El plan sigue siendo coger la memoria USB y marcharnos en busca de la Liga, ¿no es así? —preguntó—. ¿Qué pasará cuando despierte?

—Ella irá por ahí deprimida y fingirá que nunca lo ha visto en todos los tristes y lamentables años de su vida —dijo Vida, sentándose a pocos pasos de distancia—. Porque esta es la Operación «cógela y vete». Ruby sabe que esto no es otra cosa, ¿no es verdad? Dijo que no permitiría que sus sentimientos se confundieran al respecto, ¿no es así?

Tragué con dificultad.

—Lo sé. Podéis... ¿Le explicaréis por qué estamos aquí?

—¿La verdad? —dijo Chubs, con voz tajante.

Comenzó como una simple tos, pero reconocí el primer jadeo como lo que era. Liam luchaba con sus mantas intentando llevarse las manos a la garganta mientras se esforzaba por respirar. Succionaba el aire e intentaba girarse de lado, pero no conseguía rodar sobre su hombro. No había forma de saber quién de nosotros se movió primero. Cuando llegué al lado de Liam, Chubs también estaba ahí, levantando a su amigo para impedir que se ahogara.

—Está bien —dijo Chubs, inclinándose para darle palmaditas en la espalda. Su tono de voz era calmado, pero tenía la frente perlada de sudor—. Respira poco a poco. Estás bien. Estás bien.

Pero no parecía estar bien. Parecía que...

«Va a morirse». Mis manos me retorcían el pelo. Después de todo lo pasado, Liam iba a morir ahí, de esa forma, luchando y perdiendo, y alejándose hacia un lugar donde yo no podría encontrarlo.

—¿Agua? —preguntó Vida al llegar renqueando con una botella de plástico en la mano.

Detestaba el destello frío de sus ojos. Su veredicto sobre la enfermedad de Liam y la mirada de pena que me dirigió.

—No —respondió Chubs—, podría obstruir sus vías respiratorias. Ruby. Ruby..., estará bien. Lo mantendré despierto y me aseguraré de que cambie de posición. Necesito esos medicamentos. Necesito líquidos, calentadores, cualquier cosa. Rápido.

Asentí con la cabeza, agarrándome el pelo, obligándome a respirar una bocanada húmeda tras otra.

—¡Ru! —La voz de Jude llegó flotando hasta nosotros un momento antes de que apareciera en el borde de las hogueras; sostenía algo que parecía una chaqueta—. ¡La he encontrado, la he encontrado, la he encontrado!

Los tres lo hicimos callar.

—¡Ven! —le indiqué con un gesto, y cogí la chaqueta antes de que se prendiera fuego accidentalmente.

Solo había echado un rápido vistazo al abrigo en los recuerdos de Cole, y, aun así, había estado semioculto por las sombras que se arremolinaban en aquel lugar; este se le parecía bastante, aun cuando no era negro. La chaqueta era gris oscura, de lona impermeable, con un forro de franela. Pese a estar lejos de su dueño actual, aún olía a él: pino, humo y sudor. Sentí los ojos de Vida y de Chubs sobre mí mientras recorría las costuras con los dedos, hasta que encontraron el bulto duro y rectangular que Cole había cosido dentro de la tela oscura.

—Tiene razón. —Le pasé la chaqueta a Vida—. Déjala ahí, de momento; la sacaremos antes de marcharnos.

Mi mirada se volvió hacia el rostro ceniciento de Liam, que se retorció con el esfuerzo de una nueva tos, pero ahora el sonido me parecía más fuerte, como si de algún modo la obstrucción se estuviera reduciendo. Jude revoloteaba junto a mí, enterándose de todo. El orgullo que resplandecía en su rostro se desvaneció. Sus manos se cerraron sobre mis hombros, bien para sostenerse, o bien para sostenerme. Para sostenernos a ambos, supongo.

—¿Puedes ir a decirle a Olivia que estaremos listas cuando ella lo esté? —le pedí—. Y... eh... —Le cogí la camisa por detrás—. Consíguete algo más abrigado, ¿vale?

Un torpe saludo fue todo lo que recibí a cambio. Vida levantó las cejas mientras él se alejaba con un petulante «¡suerte con eso!» en su rostro. Tal vez Vida tenía razón y debí haberlo obligado a quedarse, pero no había forma de saber con qué clase de tecnología nos encontraríamos. Puede que no



fuese capaz de acertarle a un objetivo a medio metro, pero, como Amarillo que era, Jude había sido entrenado específicamente para vérselas con cerraduras electrónicas y sistemas de seguridad.

Ayudé a Chubs a bajar a Liam al suelo, pero él me cogió las manos antes de que pudiera retirarlas. Su mirada pasó del rostro pálido de su amigo al mío.

—¿Esto es realmente mejor que si simplemente os hubierais quedado juntos?

Yo me encogí.

—¿Crees que quizá sobrestimaste su capacidad para cuidar de su pobre culo sin nosotros? —preguntó Chubs—. ¿Solo un poco?

No era mejor, pero tampoco era necesariamente peor. Chubs podía rascar esa costra todo lo que quisiera, señalando cada vez que la herida había comenzado a sangrar de nuevo, pero él no lo entendía. El Liam que teníamos delante era un reflejo del mundo en el que estábamos obligados a vivir, y, por más cruel y duro que eso fuera..., por lo menos no era el Liam en el cual la Liga lo hubiera convertido: un reflejo violento e implacable de cómo pensaban ellos que *debería ser* el mundo.

—Esto no me gusta.

—Lo sé —susurré.

Me incliné sobre la forma torcida de Liam para poner mis brazos alrededor del cuello de Chubs. Si mi acceso de cariño lo sorprendió, no lo demostró. En lugar de ello, me dio unas suaves palmaditas en la espalda antes de regresar a finalizar su trabajo con Vida.

—Me enloqueces tanto como una bolsa de gatos, pero, si algo llegara a sucederte, me volvería loco de verdad. ¿Estás segura... cien por cien segura de que sabes lo que haces?

—Sí —respondí. Desafortunadamente—. He recibido entrenamiento, ¿lo recuerdas?

Su boca se torció en una sonrisa sin gracia.

—Y pensar que cuando te encontramos...

Chubs no necesitó terminar la oración. Sabía lo que era cuando los encontré: una muchacha aterrorizada que había sido destrozada mucho tiempo atrás. No tenía nada, a nadie, ni ningún lugar real donde ir. Puede que aún estuviera hecha pedazos y que lo estuviera para siempre; pero ahora, al menos, me iba componiendo lentamente, poniendo las piezas irregulares en su lugar, de una en una.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

Solo esperamos lo suficiente para que el sol se ocultara, antes de salir. El breve atardecer era una de las pocas bendiciones de un invierno que se acercaba rápidamente. Intenté calcular de forma más o menos distraída cuánto tiempo había pasado desde mi partida en busca de Liam. ¿Dos semanas, a lo sumo? Era diciembre; recordaba el visualizador digital de la estación de Rhode Island. Conté hacia atrás.

—Nos perdimos tu cumpleaños.

Íbamos al final del grupo, avanzando de forma casi natural, mientras que Olivia y Brett se habían hecho cargo del frente.

Jude interrumpió en medio de una nota la canción de Springsteen, fuera cual fuera, que iba tarareando para sí.

—¿Qué?

—Fue la semana pasada —dije, acercándome a él para estabilizarlo cuando saltaba sobre un árbol caído—. Hoy es 18 de diciembre.

—¿En serio? —Jude se envolvió el torso en sus brazos y comenzó a frotarse—. Eso parece, supongo.

—Quince —dije con un silbido bajo—. Estás acumulando años, viejo.

Empecé a desenrollar la bufanda de lana que llevaba en el cuello, pero él me rechazó con un ademán y siguió adelante; la chaqueta de paramédico se arrugaba con sus movimientos. Teniendo en cuenta lo nutrido de nuestro grupo, avanzábamos silenciosamente por el sotobosque, rompiendo alguna rama aquí y allá, abriéndonos camino a través de áreas de hielo. De todos modos, aún estábamos demasiado lejos, dentro de lo que Brett había llamado Área de Gestión de la Vida Silvestre de Cheatham, como para llamar la atención.

—Ah, ¿la has encontrado? —pregunté cuando advertí el brillo plateado en la mano de Jude.

Jude la sostuvo de modo tal que yo pudiera verlo. Era un disco circular, casi plano. El recubrimiento plateado resplandecía bajo el único rayo de luz lunar que atravesaba las ramas de los árboles. La cogí de su mano y coloqué el metal tibio dentro de mi palma. El cristal de la brújula se había roto en dos sitios.

—Sí —dijo él, cogiéndola a su vez—. Por un instante... no importa.

—¿No importa? —repetí, incrédula—. ¿Qué sucede?

—Es que por un instante me alegré, realmente, de haberla encontrado, ¿sabes? Y luego empecé a pensar que tal vez no debería habérmela llevado.

—¿Por...?

—Porque me la dio Alban —respondió—. Pocos días antes de que yo llegara al Cuartel General. Me decía todo el tiempo lo orgulloso que estaba de que yo formara parte de la Liga, pero es como... Ahora no creo estar muy orgulloso de ser parte de ella.

Solté un largo suspiro, buscando las palabras adecuadas. Jude solo se encogió de hombros otra vez y pasó el cordel sobre su cabeza. La brújula desapareció bajo su chaqueta y yo pensé: «Esa es la

diferencia». Esa era la diferencia fundamental entre nosotros. En cuanto hube despertado a la realidad, no pude volver al sueño; pero Jude todavía podía abrigar en su corazón la esperanza de que estuviera ahí, esperando por él, cuando estuviera preparado para regresar. Después de todo lo que había pasado, él aún creía que la Liga podía ser de otro modo, mejor, más sana.

Yo no estaba en mal estado físico, pero subir y bajar colina tras colina, luchando contra el espeso mantillo de hojas muertas recién caídas, con el estómago vacío, y todo eso mientras intentaba impedir que mi cerebro regresara a Liam, estaba empezando a desgastarme. La barriga de Jude había gruñido al menos cuatro veces en la última media hora, y, si bien él parecía inmune al malhumor que se iba apoderando del resto, empecé a sentir que también él se hundía conmigo.

—Ya casi hemos llegado —le aseguré, echando una mirada iracunda a la nuca de Brett.

No era culpa suya; no disponíamos de coches para transportarlos a todos. Habíamos hablado de descender por el río Cumberland navegando, pero aun meses después de la inundación la corriente era demasiado inestable para las barcas. Por tanto, partimos caminando y llevamos tela cortada de las tiendas como improvisadas bolsas para las provisiones.

Anduvimos quince kilómetros, dieciséis, diecisiete. Mis dedos estaban rígidos; ni siquiera conseguía que la sangre volviera a fluir por ellos poniéndomelos debajo de las axilas.

Jude frunció los labios en un mohín y levantó una mano para ajustarse la gorra. Al enfundársela, quedó en un ángulo tan extraño sobre su cabello rizado que empujó sus orejas hacia delante, haciéndolas parecer de mayor tamaño del que tenían. Por un extraño segundo, al verlo mi corazón se ensanchó un poco.

—Bueeeeeeno —dijo Jude, maestro en transiciones extrañas—. Esto será magnífico. Tan magnífico. ¡Llegamos en esto —hizo chasquear los dedos—, robamos las medicinas y algo de comida, y desaparecemos en un pispás!

Cerró ambos puños y los abrió de repente.

—No se enterarán de que hemos estado ahí hasta que nos hayamos ido. ¡Seremos unas condenadas leyendas!

Jude siguió diciendo «ellos» esto y «ellos» lo otro, pero ese era el problema: no sabíamos quién estaba a cargo del aeropuerto ni por qué almacenaban provisiones ahí. Había intentado enviar otro mensaje a Cate y Nico para preguntárselo, pero hasta el momento de salir no habían respondido.

Todavía nos dirigíamos hacia el este, hacia el centro de Nashville, pero el río no seguía una trayectoria recta. Serpenteaba una y otra vez delante de nosotros.

Avancé a empujones hasta la delantera del grupo. Mi mano extendida finalmente encontró el hombro de Olivia y me transportó hasta la orilla del río Cumberland.

—¡Hala! —fue el único comentario de Jude.

Hasta que llegamos a la primera barrera, no comprendí realmente por qué la ciudad todavía estaba cerrada varios meses después de que las aguas de la inundación hubieran bajado. Pero era como en todas las catástrofes: la limpieza era casi siempre peor que el estrés del desastre mientras este tenía lugar. No era extraño que el terreno bajo mis botas se hubiera convertido en poco menos que una ciénaga, no era extraño que el río todavía estuviera retrocediendo. Las primeras tormentas habían sido lo bastante intensas como para arrastrar partes íntegras de casas hacia el río y llevarse enormes barcas para dejarlas encalladas, oxidándose bajo el sol. Eran un obstáculo tremendo para el drenaje. El agua no podía fluir naturalmente hacia la ciudad, lo que significaba que todavía estaba drenando de

los campos y los bosques cercanos.

—Es ahí —dijo Brett señalando las distantes formas blancas. Como si hubiera estado esperando una señal, una luz roja comenzó a parpadear sobre una de aquellas formas, lenta y constantemente—. Es bueno ver que Gray y sus muchachos se han movido para limpiar este desastre tal como prometió.

—¿Vamos a... nadar? —pregunté conteniendo una mueca.

Olivia se volvió hacia mí sosteniendo nuestra única linterna. La mitad cubierta de cicatrices de su rostro se amplió en una sonrisa genuina.

—No. Vamos a saltar al burro.

Resultó que «saltar al burro» con un montón de Azules significaba, básicamente, permitir que te lanzaran desde un objeto flotante a otro como si fueras un muñeco de trapo. El sistema que montaron era impresionante. El río era demasiado ancho para que los Azules pudieran levantar un chico con sus habilidades y enviarlo al otro lado. Sin embargo, Brett aprovechó los restos de los escombros de la inundación levantando a Olivia y colocándola, con asombrosa precisión y cuidado, sobre la esquina levantada de una barcaza semihundida. Ella, a su vez, envió al siguiente Azul un poco más lejos y lo colocó sobre el techo de una caravana. Cuando los tres estuvieron en sus posiciones, pudieron transportarnos a cada uno de nosotros sin ninguna dificultad. Yo aterricé de rodillas, por fin en la otra ribera.

Nos abrimos paso a través de un bosquecillo, del cual surgimos cubiertos de fango y empapados por la lluvia que caía sobre nuestras cabezas. La pista de aterrizaje era más corta que las que había visto en otros aeropuertos más grandes y estaba abarrotada de aviones de todos los tamaños y formas. Mezclados entre los helicópteros y los monoplazas había vehículos militares de color verde bronce. Después de todo, en ese momento el aeropuerto no estaba en uso, y, si los aviones y los camiones estaban ahí fuera, quería decir que había buenas posibilidades de que la información militar de Cate y Nico fuera buena y en esos hangares hubiera almacenado algo más.

Alguien —la Guardia Nacional, por el aspecto de los vehículos— había colocado una tímida valla de alambre alrededor del perímetro de las pistas y los hangares, así como señales que ponían cosas como «prohibido entrar» y «alta tensión». Olivia arrojó una piedra, que rebotó y acabó en el fango casi sin hacer ruido. Jude se deshizo de la mano con que yo le aferraba la camisa, para ir a deslizarse por la hierba sobre la barriga.

—¡Eh! —susurré—. ¡Jude!

Dio un golpecito en la valla con un dedo, y otra vez para asegurarse antes de apresurarse a regresar donde estábamos nosotros.

—Eso tiene tanta electricidad como mi zapato —susurró.

«Esto no está bien», pensé. Si hubiera algo que mereciera la pena tener ahí, habría gente para protegerlo..., ¿no?

Recorrí una vez más con la mirada el campo que teníamos ante nosotros, mientras la voz del instructor March sonaba en mis oídos: «Si parece demasiado bueno, demasiado fácil, nunca lo es». Y la simulación que habíamos llevado a cabo después —en la que Vida y yo irrumpimos en la casa— lo había confirmado. Sin duda, fuera todo estaba despejado. Los agentes que hacían de guardias nacionales nos estaban esperando dentro.

—Ru —gruñó Jude—. Venga.

Entre los árboles y los hangares no había ninguna protección real, pero eso no impidió que Brett y algunos más nos adelantaran y continuaran avanzando. Incluso Olivia me echó una mirada exasperada antes de ponerse de pie y salir trotando para alcanzarlos.

—Vale —le dije a Jude—, quédate cerca...

Pero Jude ya se había puesto de pie y corría, también, entre los vehículos y los aviones de la pista. Finalmente los alcancé cuando se detuvieron en el borde de asfalto, en cuclillas detrás de la última fila de vehículos.

—Me llevaré a Brett y a Jude conmigo —dije, cogiendo la linterna de las manos de Olivia—. Dos destellos para indicar que no hay moros en la costa, uno para que regreséis. ¿Entendido?

—Aquí no hay nadie, Ruby.

—¿Y eso no os parece raro? —mascullé—. Había huellas de neumáticos por todas partes a nuestro alrededor; si hubieran sido antiguas se habrían borrado tras tantos días de lluvia.

Los aparcamientos cercanos estaban casi vacíos o repletos de grandes camiones de reparto. De cuando en cuando brillaba una luz sobre ellos, pero con excepción de eso el aeropuerto estaba oscuro.

Para cuando me reuní con Brett otra vez, después de haber alcanzado los edificios, tenía una sensación de hormigueo en cada nervio de mi cuerpo. Señalé con la barbilla hacia donde habíamos dejado esperando a Jude.

—Esto es demasiado fácil —admitió por fin Brett, colocándose el viejo rifle en el hombro—. ¿Dónde demonios está todo el mundo?

«Por favor, en los hangares no —pensé—. Por favor». Esta había sido mi idea; los había metido en esto y sería mi responsabilidad sacarnos de aquí si todo salía mal.

Cate no nos habría enviado aquí si creyera que era demasiado peligroso, me dije, no si había alguna posibilidad de que nos capturaran.

—Diles a los demás que vengan —le pedí a Jude, haciendo callar la vocecita, antes de que me arrastrara como un torbellino hacia el auténtico miedo.

Los conté otra vez mientras corrían hacia nosotros. Uno, dos, tres y así hasta veintiuno.

El grupo de caza se apiñó bajo la sombra del Hangar 1, las espaldas contra la pared, las miradas recorriendo el campo oscuro. La puerta del hangar estaba cerrada con una serie de imponentes cadenas que no teníamos ninguna forma de cortar, pero había una puerta lateral que, como yo había predicho, disponía de una cerradura electrónica de algún tipo que parecía haber sido teletransportada de un futuro lejano.

—Hazte a un lado —dijo Jude, ahuyentándome con las manos—. Aquí está el maestro.

—Cuidado —advertí—. Si la fríes del todo, es probable que también acciones la alarma.

—Francamente —dijo, entrecerrando los ojos ante la pantalla de la cerradura. Cuando Jude se situó delante de ella, la pantalla se iluminó instintivamente y apareció un teclado numérico digital—. ¡Actúas como si nunca lo hubiera hecho antes!

—Nunca lo has hecho —le recordé—. Nico suele inutilizar los sistemas de alarma de forma remota.

—Detalles, detalles. —Jude me ahuyentó con una mano y puso la otra sobre la pantalla—. Calla para que el maestro pueda hacer su trabajo.

—¿El maestro puede darse prisa? —dijo Brett entre dientes, mientras saltaba de un pie al otro con

los brazos cruzados.

Yo también estaba empezando a sentir las dentelladas del invierno. Sentía como si el sudor que resbalaba por mi cara estuviera a dos grados de congelarse en forma de cristales sólidos.

—A la de tres —exhaló Jude— empuja la manija de la puerta. ¿Lista?

Lo rodeé y cogí con decisión la manilla de metal.

—Venga.

A la de tres, la pantalla del sistema se puso negra y esperé lo suficiente para oír el ruido de la cerradura al abrirse antes de empujar la puerta con el hombro. Cuando el teclado digital apareció de nuevo emitió un inquietante halo rojo sobre los copos de nieve que pasaban flotando.

Esperé a que llegara el estridente aullido de la alarma, los cegadores destellos de los reflectores enfocados sobre nuestro pequeño grupo. Esperé a que Jude se encogiera contra la pared, detrás de mí, aterrizado. Esperé, esperé y esperé. Pero no había nada que esperar.

—¡Vale! —dijo Jude en voz alta—. Le he hecho creer al sistema que, en realidad, la puerta está cerrada; lo único que debemos hacer es mantenerla abierta y no nos meteremos en problemas.

—¡Bien hecho! —susurré.

Los demás pasaron rápidamente junto a nosotros, dejando un rastro de lodo y nieve derretida sobre la rampa de hormigón. Olíamos a perro mojado que se hubiera revolcado en un cenicero.

Jude sonrió mientras se apresuraba tras ellos. Alguien encendió las luces e inundó la estancia de un blanco immaculado. Me cubrí los ojos con una mano mientras intentaba adaptarme al resplandor.

Ahora el aire parecía extrañamente cargado; sentí que el humor de Jude pasaba de su entusiasmo chispeante a la clase de conmoción que sigue tras recibir un ladrillazo en la cara. El cambio fue tan rápido, tan repentino que casi temía ver el hangar por mí misma.

—Hostia...

Había hileras de repisas de metal alineadas en la resonante estancia, casi como los anaqueles de una biblioteca, pero debían de tener al menos dos o tres veces el tamaño normal. Los soldados las habían arrastrado para disponerlas en hileras apretadas y ordenadas. La gruesa capa de pintura de color melocotón suave que cubría el hormigón todavía mostraba las marcas de los golpes y los arañazos que así lo confirmaban. Apilados sobre los anaqueles había palés y pirámides de cajas. Muchas de ellas carecían de etiquetas y muchas más estaban envueltas apretadamente en un plástico claro.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó Olivia.

Le dio un puntapié a la caja más cercana, haciendo caer el polvo y los montones de tierra que había sobre ella con la punta de su bota. Una hebilla la cerraba por un costado y la madera estaba agrietada, como si hubiera caído de gran altura y aterrizado sobre la tapa.

—¿Chino? —conjeturó Jude—. ¿Japonés? ¿Coreano?

Yo no reconocía las palabras impresas en ellas, pero sí reconocía la sencilla cruz roja que habían estampado encima.

Si creíamos en las noticias, las filiales de la Cruz Roja Americana se habían quedado sin fondos ni suministros al detenerse todos los transportes hacia y desde Estados Unidos. La gente temía que la ENIAA fuera contagiosa y pudiera abandonar la nave y viajar en un paquete o una persona para ir a fastidiar otro país más sano. Tras la pérdida de su economía, la organización apenas disponía de fondos suficientes para mantenerse a flote un par de años más.

Por tanto, ¿qué demonios era todo esto?

—¡Liv, échale un vistazo! —dijo uno de los muchachos.

Él y unos cuantos más habían cortado el plástico y habían bajado las cajas, levitando, desde los anaqueles superiores hasta el suelo. Una de ellas ya estaba destripada y sus interiores rojos se esparcían por el pavimento. Recogí uno de los paquetes rojos que habían caído y me sorprendieron su peso y su forma rectangular. Tenía un esquema de un hombre llevándose comida a la boca y una bandera, ambos impresos bajo las palabras: «RACIÓN DIARIA HUMANITARIA».

—«Esta ración contiene los requisitos alimentarios completos para una persona» —leyó Olivia.

Había más líneas debajo... quizás en francés e inglés.

—Donación de alimentos del pueblo de China —terminé de leer yo, devolviéndole el paquete.

Hubo varias exclamaciones de sorpresa, pero la mayoría de los chicos habían sido atraídos hacia la siguiente repisa y habían bajado unas cajas de cartón en las que se leía: «DIEZ RACIONES PG DE 24 HORAS APROBADAS POR LA NATO/OTAN».

—Estos vienen del Reino Unido, creo. —Jude había abierto una de las cajas y estaba examinando un panfleto que había dentro—. Hay... hay tantas cosas. Cerillas, sopa, chocolate... ¡Dios mío, hasta té!

—Coge lo que necesitemos —dije—, pero busca las medicinas. ¿Ves algún medicamento?

—¡Esto es de Rusia! —oí que decía Brett alzando la voz desde el pasillo siguiente.

—Aquí hay de Alemania, Canadá y creo que de Japón —respondió Olivia.

—Y de Francia e Italia también —dijo otra voz—. ¡Todas ponen que son raciones diarias!

Extraje la delgada hoja de papel en la que Chubs había garabateado su lista y la sostuve a la luz. Su letra manuscrita era tan oscura y emborronada como siempre; el boli que había conseguido encontrar en el montón de suministros había comenzado a perder tinta mientras escribía «penicilina». Especificó todos los tipos debajo de la palabra: amoxicilina (Amoxil), ampicilina (Rimacillin), bencilpenicilina (Crystapen)...

Recorrí los pasillos al trote, inspeccionando las cajas y los cajones con recelo. Más comida, bolsas de residuos llenas de lo que parecían ser mantas de lana, todo en cajas, todo impreso con banderas que yo no reconocía. Había cruces rojas por todas partes, impresas en cada objeto. El polvo y la hierba seca se aferraban a los bordes de las cajas. Me percaté de que todo había estado fuera alguna vez. Quizás había sido lanzado desde un avión. Cate había mencionado los rumores de que había llegado ayuda extranjera a ciertas partes del país, pero esos mismos rumores se habían desvanecido cuando no apareció nadie con las pruebas para demostrar su verdad.

—¡Un momento!

Mi corazón dio un salto; el aire que escapaba entre mis dientes sonaba fuerte en mis oídos. Aquí, bajo las altas cubas plásticas amontonadas contra la pared del hangar, estaba más silencioso. Me incliné, quitándole el polvo del costado. Más de esos extraños paquetes. Pasé al siguiente contenedor, oyendo a medias los susurros ansiosos que llegaban desde el otro lado del hangar.

No dejé de buscar hasta que mis ojos vieron el familiar cuello curvo del cisne dorado de Leda Corporation. La lista de Chubs revoloteó hasta el suelo mientras yo me ponía de puntillas e intentaba ver qué había dentro. Leda Corporation suponía medicinas; mi experiencia volando en la cola de los aviones de carga me había enseñado eso. Me cogí lo mejor que pude de la tapa de plástico y comencé a tirar de ella. Jude me llamaba y su voz se oía por encima de las demás.

—Vamos, vamos —mascullé, mientras mis brazos temblaban por el esfuerzo.

El tambor se abrió con un estallido al chocar contra el suelo; hurgué entre los paquetes claros de tubos de ensayo y agujas estériles hasta que reconocí uno de los nombres de la penicilina que Chubs había escrito en su lista. Cogí tantos como pude y los metí en mi bolsa. Otro tambor tenía una etiqueta que ponía «VACUNAS», pero el que estaba debajo tenía rollos de gasa, compresas de algodón y alcohol.

—¡Necesito un poco de ayuda! —grité.

Una de mis bolsas ya estaba repleta y la segunda se estaba llenando rápidamente. Necesitábamos más. Liam necesitaba más.

Los pasos caían rápidos y pesados sobre el cemento. Sentí que alguien pasaba con rapidez a mis espaldas, murmurando algo entre dientes que no conseguí entender; una mirada por encima del hombro me indicó que la mitad del grupo hacía el último recorrido por los pasillos esforzándose bajo el nuevo peso de sus bolsas.

—¡Ruby!

No fue la voz quebrada de Jude lo que hizo que me girara con rapidez; fue el olor repentino y abrumador a humo de cigarrillo rancio.

Pero no lo hice lo bastante rápido. Me moví con la intención de levantar un brazo para interceptar el lance, pero el cuchillo me alcanzó un instante antes de que lo hiciera el golpe en la nuca.

No sé si grité. Abrí la boca cuando sentí el estallido de dolor. Intenté recuperarme mientras me lanzaba hacia los contenedores, pero una mano me agarraba del pelo y me arrastraba hacia atrás. No tuve ninguna oportunidad para recuperar el equilibrio. Me quitaron la pistola de la cintura antes de que pudiera pensar con bastante claridad como para sacarla.

Michael respiraba de forma irregular, más por la furia que por el esfuerzo producido por el ataque. El cuchillo, o lo que fuera que hubiera usado, giró en mi espalda y esa vez sé que grité. El brazo que me cruzaba el pecho se deslizó hacia arriba para apretarme la garganta; en la mano llevaba mi pistola firmemente aferrada. Apreté el brazo con la barbilla, con tanta fuerza como me permitían los huesos del cuello. No podía respirar, no podía tragar, no podía moverme.

—¿Me has echado de menos? —masculló.

Intenté echar la cabeza hacia atrás, girarme, liberarme. «Estás bien —me dije—. Ni tu columna ni tu riñón, solo...».

—Gracias por encontrar este lugar —continuó Michael, golpeándome contra los bidones que tenía delante. Se inclinó sobre mí, acercando sus labios a mi oído—. Tú y los otros pueden llenarse las bolsas hasta que lleguen las FEP, ¿vale?

La fuerza de Jude al golpearnos con el hombro no fue suficiente para alejar a Michael de mí completamente, pero sí fue lo bastante fuerte como para que yo pudiera volverme y clavarle una rodilla en el abdomen. Oí que el cuchillo se aflojaba en mi piel con un ruido de succión y chocaba contra el suelo. La fregona rizada de Jude se abalanzó sobre el arma al mismo tiempo en que lo hacía Michael. Todo mi costado derecho dio aullidos de dolor cuando lancé un puntapié hacia su cara.

—¡Zorra! —gritó, y un instante después yo volaba hacia atrás hasta chocar contra las repisas colocadas frente a nosotros.

Jude salió volando, también, en otra dirección, hacia Brett y Olivia, que venían por el pasillo a ver qué estaba ocurriendo. Se oyó un disparo, otro; las luces pasaron del blanco a los destellos rojos y



después un chillido rítmico se lo tragó todo.

## CAPÍTULO VEINTE

No sé cómo llegué de la parte trasera del hangar al frente; solo sé que cuando el negro manto de confusión se levantó de mi cerebro y la nauseabunda luminosidad de las luces del techo se calentó hasta adquirir un brillo intolerable, Jude me sostenía de un hombro, Olivia del otro, y mirábamos a Michael y a otros cuatro recoger nuestras armas y nuestras bolsas con las raciones de alimento.

Hacia la derecha, temblando como una hoja otoñal, estaba un Knox de mirada ausente.

Conque ahí es donde habían ido Michael y los demás: a buscar al antiguo líder del grupo. Sin embargo, ahora no parecía serles de mucha ayuda. Knox balbuceaba para sí, balanceándose hacia delante y hacia atrás sobre los talones, mientras en sus labios se formaba la misma palabra una y otra vez: «Marcharse, marcharse, marcharse».

—... vuestra elección —gritó Michael. El ruido había cesado, pero no los destellos—. ¡Escogisteis a unos extraños antes que a Knox! ¡Antes que a mí! ¿Queréis quitarnos todo y echarnos de una patada? ¡Nosotros encontramos el jodido almacén! ¡Nosotros lo montamos todo!

Jude temblaba, pero no de miedo ni de frío, sino de furia.

—Así que, si tú no lo tienes, nadie puede tenerlo, ¿es eso? —dijo Jude mientras su mano ajustaba mi cintura—. ¿Odias tu vida y por eso tienes que hacer que todos sean tan miserables y hambrientos y penosos como tú?

—¡Yo no soy penoso; ninguno de nosotros lo es! Si ella no lo hubiera fastidiado, Knox os lo estaría diciendo. ¡Miradlo, mirad! ¿Queréis que os lo haga a vosotros también? ¿Queréis otra función de su espectáculo de bichos raros?

—Créeme... —Sacudí la cabeza en un débil intento de eliminar las manchas que me nublaban la vista—. Si no dejas esas bolsas y desapareces de mi vista en dos segundos, tú serás el siguiente.

Michael levantó su pistola, pero tanto Olivia como Brett dieron un paso adelante, interponiéndose.

Hubo un rápido movimiento a mi izquierda. Dirigí hacia ahí mi mirada justo a tiempo para ver a uno de los del grupo de Michael abrir la puerta nuevamente. Advertí que uno de ellos debía de haberla cerrado. Eso, para empezar, explicaba que se hubieran activado las alarmas.

—Debemos marcharnos —gritó el chico—. Se están deteniendo.

El corazón se me petrificó en el pecho. Si ellos estaban aquí, ya era demasiado tarde.

—¡No! —advirtió Brett, pero Michael cogió a Knox y siguió a los demás hacia fuera, hacia la noche.

Hubo dos segundos de silencio. Cerré los ojos y volví la espalda hacia los gritos, los coches que chirriaban, las armas y los uniformes. Se oyó un disparo. Respondieron cien.

—¡Al suelo! —ordené, abalanzándome sobre Jude.

En su mayoría, las balas rebotaron en el gran portalón del hangar, justo a la derecha de la puerta lateral más pequeña por la que habíamos entrado, pero algunos proyectiles atravesaron el delgado metal y fueron a hundirse en las mismas estanterías de suministros que acabábamos de saquear.

Los bordes de mi mente se deshilachaban, un palpitante dolor de cabeza reproducía cada latido de dolor de mi cintura. Me quité la gota de sudor que tenía sobre el labio superior de un manotazo. No

necesitaba contactar con Brett ni encontrar una forma de mirar fuera. Sabía lo que vería: cuatro estúpidos muchachos muertos y una multitud de uniformes negros y camuflados montando una línea de defensa.

—Cuento treinta de ellos —dijo uno de los Azules.

«Ni siquiera sé cómo te llamas —pensé aturdida—, y tú nos seguiste hasta aquí de todos modos. Voy a hacer que os maten».

Cuando me puse en pie sentí un incontenible impulso de vomitar. «Estamos muertos. Yo he hecho que nos maten».

—Esto será pan comido, ¿vale? —dijo Brett y se aclaró la garganta. Se volvió hacia los demás—. Ellos tienen armas, pero nosotros tenemos cerebros. Me gusta como están las apuestas.

—Un único buen esfuerzo debería bastar —coincidió Olivia—. Yo puedo llevar la mitad por el río del mismo modo que vinimos, pero alguien debe intentar llevar a la otra mitad por el camino largo.

Brett se pasó una mano por el pelo oscuro con una risa ligera.

—¿Con «alguien» quieres decir yo? ¿Tan ansiosa estás de deshacerte de mí?

Los Azules se estaban dividiendo en dos grupos, detrás de Olivia y de Brett, respectivamente, y lo absurdo de lo que estábamos por hacer —empujar a los hombres como si fuéramos matones en el patio del cole y después intentar correr más rápido que las balas— me hizo querer gritar.

Yo permanecí al margen del ruido y el movimiento, sintiéndome extrañamente desconectada de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Pero Jude se abrió paso a través del pánico y los cuerpos para llegar a la caja de fusibles que había en la pared.

—Todo el mundo, formad una fila ante la puerta —dijo y golpeó el pequeño candado del cuadro eléctrico con un extintor que había cerca.

Arrojó el metal roto a sus espaldas y abrió la tapa gris. Cogió con los dientes el extremo de su guante derecho y se lo quitó, tras lo cual colocó la mano desnuda sobre los diversos interruptores. Los diales superiores empezaron a girar y sus diminutas manecillas rojas casi no se veían.

—Vosotros arrojadlos hacia atrás y detrás vendré yo con mi golpe. —Sonaba calmado, demasiado calmado para él.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

El aire se sentía más cálido y me hacía cosquillas en el rostro. La fregona de cabello castaño que yo tenía delante comenzó a elevarse y a crepitar por la estática. Retrocedí un paso, pero hasta que las luces se apagaron y la alarma se calló no pude ver la sucesión de chispas azules que corrían por sus manos y sus brazos.

—Ruby, tú debes presionar el botón del portalón —dijo.

El mero hecho de estar cerca de él hacía que se erizara el vello de los brazos.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté otra vez.

Parecía dividirse en dos ante mis ojos. Parpadeé, pero la aureola de luz que había a su alrededor no desapareció.

—Confía en mí —dijo, y en su tono de voz había una calma que no era natural—. Lo tengo todo bajo control.

Contó de forma regresiva empezando por el tres, obligando a los Azules a apresurarse a formar la hilera que él había ordenado. Jude se cuidó de no tocar a nadie, de pie en el centro de la hilera; los demás parecían curvarse a su alrededor como reacción a su carga y a su cambio de talante.

«No —pensé, tragándome la palabra—. No, ahí no. No ahí, donde pueden herirte...».

—¡Uno! —resonó la voz de Jude.

Golpeé el botón con la mano.

Mientras estábamos dentro, la nieve había sido reemplazada por una intensa lluvia. Caía como una cortina, distorsionando las luces que los soldados habían colocado. Los haces blancos eliminaron nuestros pies y fueron subiendo por nuestras piernas a medida que el gran portalón se levantaba. Jude esperó hasta que la luz le dio directamente en el pecho y entonces cerró ambos puños.

Advertí que no eran reflectores. Solo eran los faros de los cuatro coches que habían aparcado formando un semicírculo alrededor de la puerta del hangar. La mayoría de los soldados había tomado posiciones detrás de los vehículos verdes y apoyaban sus armas sobre el capó para apuntar con mayor estabilidad. Delante de ellos había al menos dos docenas de soldados, rodilla en tierra, apuntando sus rifles y con los cascos abrochados.

El portalón se detuvo sobre nuestras cabezas con un chirrido.

Unos cuantos soldados camuflados se sentaron sobre los talones o retiraron la vista de las miras de sus armas. Sorprendidos, estoy segura, de ver nada más que un pequeño grupo de bichos raros. Uno de los hombres de la vanguardia se giró y les gritó algo a los demás, pero la lluvia ahogó sus palabras.

Hubo un estallido de chirriante estática. Alguien había traído un megáfono a uno de los hombres mayores de negro.

—Venid con nosotros —dijo— por la autoridad del comandante de las Fuerzas Especiales Psi, Josep Taylor. Si no cooperáis, usaremos la fuerza.

—¿Ah, sí? —respondió Brett a voz en cuello—. ¡Podéis decirle a Joseph Taylor que, por nuestra autoridad, puede mamármela!

Esa fue la señal, sin importar si esa era su intención. Los Azules dieron un paso adelante y arrojaron sus armas al suelo. Hasta los soldados que advirtieron lo que sucedía fueron demasiado lentos para reaccionar. El pop-pop-pop de un arma automática quedó ahogado entre los gritos de asombro cuando el grupo de soldados y sus vehículos fueron levantados y arrojados hacia atrás, como si los hubiera alcanzado una ola invisible.

Entonces Jude salió a la lluvia.

Era a la vez horrible y hermoso de ver; resultaba familiar ver la rugiente electricidad que había acumulado en el hangar flotar a su alrededor como un sol azul. La luz se hizo más intensa, atravesó las paredes de su piel y corrió por el agua encharcada sobre el pavimento en ríos de ardiente luz. La forma de Jude se transformó en una sombra, una simple silueta, mientras la electricidad fluía frente a él, aumentando como una explosión silenciosa y cegadora.

La noche perdió su olor a lluvia fresca, que fue reemplazado por un nuevo hedor a piel y pelo chamuscados, y el inconfundible olor nauseabundo del caucho quemándose. La electricidad chisporroteaba al avanzar. Saltó por encima de las botas de suela de goma. Iluminó las ropas, los huesos y la piel, calentó los botes de metal del aerosol de pimienta hasta que estallaron. Los soldados que no habían sido alcanzados por el golpe de los Azules comenzaron a retorcerse en el suelo. Uno de ellos consiguió apuntar su arma en la dirección general en que se encontraba Jude, solo para ser empujado de nuevo por Brett.

Jude permaneció de pie tanto como pudo, estremeciéndose y temblando como un conejo en el frío.

Después se derrumbó sobre el pavimento, rodillas, pecho, cara sobre el hormigón, de forma tan desarticulada que lancé un grito y me abrí paso entre los demás para llegar hasta él.

Lo volví de espaldas ignorando los agudos alfilerazos de estática en mis dedos. Su rostro ardía pese al manto de lluvia helada. Al caer Jude, también había caído la tensión eléctrica y los azules brotes de electricidad se habían disipado como el vapor.

Detrás apareció el grupo de Olivia cogiendo todas las armas que tenían a su alcance y apartando a puntapiés a los soldados derribados para llegar hasta ellas.

—¡Olivia! —gritó Brett.

Levanté la vista en el momento en que él y los demás llegaban a la carrera detrás del primer grupo. Ella se detuvo, y, al volverse, sus pies resbalaron en el pavimento, pero él ya tenía una mano alrededor de su brazo y otra en su trenza. Brett se inclinó sobre la cara surcada de cicatrices de Olivia y la besó. No duró más que un instante. Un mensaje claro y preciso.

—¡Ahora corre! —gritó él y la empujó hacia los demás.

Me debatí bajo la incómoda longitud de Jude, intentando levantar su cuerpo derrumbado. Brett me apartó con el hombro, sin paciencia ni, obviamente, tiempo que perder en el intento de despertar a Jude de su agotado estupor. Se lo echó al hombro y empujó con el pie la bolsa que llevaba hacia otro Azul que la levantó sin detenerse.

—¡Por aquí! —exclamó.

La carrera fue mucho peor, mucho más dura de lo que había imaginado. El sonido de unos motores rugió con intensidad a nuestras espaldas. Vi más coches acelerar por el camino, pero solo los dos últimos nos vieron lo bastante pronto como para desviarse hacia el campo, antes de entrar en el recinto del aeropuerto. Los faros botaban con cada bache que encontraban los todoterrenos. Los árboles, sin embargo, los árboles estaban delante y sus oscuras y apretadas filas se ilu...

Una mano me apesó la muñeca y me arrastró hacia atrás. Caí con fuerza y mis pies resbalaron a causa de la combinación de fango, escarcha y hielo. Me golpeé la cabeza contra el suelo y una explosión de manchas grises surgió detrás de mis párpados.

La soldado me alumbró la cara con una linterna, lo bastante cerca de mis ojos como para que tuviera que cerrarlos a fin de evitar el resplandor. Me puso una rodilla en el pecho quitándome hasta el último soplo de aire. Me retorcí y pateé mientras un grito de frustración me desgarraba la garganta.

Entonces la luz se alejó y pude abrir los ojos otra vez. La soldado era joven, pero lo más importante es que estaba furiosa. Extrajo un objeto naranja del cinturón y lo sostuvo sobre mi cabeza. Después gritó algo que no puede oír; la lluvia, solo era lluvia, llenándome la boca, la nariz, los ojos, los oídos. El artefacto naranja apareció otra vez en mi campo de visión y desapareció dentro de otro estallido de luz blanca.

Supe el momento en que el aparato le enseñó mi perfil. El rostro de la de las FEP empalideció de terror y sus ojos se volvieron hacia mi cara.

Giré la cabeza y le hundí los dientes en la rosada carne quemada de la muñeca. Lanzó un chillido, pero yo ya estaba en su mente. Las brillantes luces de un vehículo cortaron la oscuridad resaltando las formas que corrían hacia nosotros dirigiéndose hacia el bosque.

—¡Apártate...!

Lancé un último puntapié con tanta fuerza que hasta el instructor Johnson lo hubiera aprobado.

La soldado se derrumbó lejos de mí y cayó con fuerza sobre la tierra. Tenía los ojos abiertos y

ausentes clavados en mí. Esperaba una orden.

No me molesté en arrancarle las garras de mi mente. No me importaba. Sentía cada parte de mi cuerpo lenta y pesada. Me exigió toda mi concentración llegar hasta los árboles sin caerme, y más que eso arrastrar las piernas a través de los matorrales y el hielo. El suelo se elevaba; cada colina parecía alejarme del grupo un poco más.

Corrí. O intenté correr. Intenté con todas mis fuerzas atravesar la niebla que obnubilaba mi mente y controlar el temblor que había comenzado en las piernas y subía sin pausa con cada desnivel del terreno. Pensé en Liam, en Vida, en Jude. Debíamos regresar y avisar a los demás, debíamos trasladarlos, por si los soldados seguían nuestros rastros.

—Jude... —balbuceé mientras mi pie resbalaba. Algo hirviente me caía por la cadera—. Jude... Vida... Chubs... Liam... Jude...

Brett lo había recogido, ¿no? Si él podía atravesar las retorcidas ramas de los árboles con todo el peso del muchacho sobre sus hombros, yo también podía hacerlo. Podía mantenerme de pie.

«Lo has hecho tú». Estábamos perdidos. Nos cogerían y jamás volvería a ver a ninguno de ellos otra vez.

Pronuncié sus nombres hasta que en mi pecho no quedó ni un soplo de aire. Caminé hasta que mis piernas desaparecieron debajo de mi cuerpo. Observé cómo se desvanecía el último rastro de los chicos allá delante, en la cima de una colina, sangrando en la profunda oscuridad del bosque. No recuerdo haber caído, solo la sensación de que de algún modo había perdido la mitad de mi cuerpo, que la había dejado atrás, bajo los árboles.

Me giré hasta quedar de espaldas y me palpé la cintura en busca de una pistola que no estaba ahí. «Aceptar, adaptarse, actuar». Con un sollozo de dolor me arrastré hasta el tronco de un árbol y me alcé hasta apoyar mi espalda en él. Así podría ver si venía alguien. Ahora podía descansar.

Miré a través de los huesos de los árboles viejos que me rodeaban y vi cómo la lluvia desgarraba el cielo trozo a trozo, hasta que no hubo nada salvo la oscuridad.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Nací en el oscuro corazón de un fiero invierno.

Eran palabras de mis padres y de mi abuela, no mías. A ella y a papá les encantaba contar la historia de aquel viaje, desafiando la muerte, desde el hospital a casa, cuando yo no conseguía calmarme por las noches o me aburría y me ponía nerviosa durante las cenas familiares. La ventisca me envolvía constantemente. Yo me dejaba envolver por ella del mismo modo que las palabras de ellos dos parecían destilar peligro, la forma en que usaban sus manos para mostrar la altura de la nieve acumulada. Apenas podía seguirlos; intentaba absorber las palabras cada vez, interiorizarlas tan profundamente que soñaba con ellas cuando por fin me dormía. Ahora solo tenía esa agobiante sensación de vergüenza. Detestaba lo estúpida que había sido al pensar que haber sobrevivido significaba que de algún modo yo era especial. Haber pensado que esa era una prueba innegable de que yo debía vivir para hacer algo más adelante.

—El cielo tenía el color de la ceniza —decía papá—, y en el instante en que dejé el aparcamiento las nubes parecieron caérsenos encima. Debí haber regresado de inmediato, pero tu madre deseaba llegar a casa, con la abuela. Había preparado una fiesta de bienvenida para nosotros.

Habían llegado tan lejos como les era posible. Papá en el asiento del conductor, intentando abrirse paso a través de la asfixiante cortina blanca, mamá conmigo en el asiento trasero, gritándole que se detuviera antes de que cayéramos por un acantilado inexistente. A él le gustaba especialmente contar esa parte: papá era el único capaz de captar el matiz alto y velado de la voz de mamá cuando ella estaba a punto de sufrir un colapso.

Los faros de los coches no podían con la nevada, pero aún había gente que intentaba salir de ese tramo de carretera. Papá se detuvo, pero alguien que venía de la dirección opuesta salió de su carril y se estrelló contra el frente de nuestro coche. No sé adónde iban o por qué iban tan rápido y casi sin ver por el viento y la falta de visibilidad, pero destrozaron nuestro coche, arrojándolo fuera del arcén, hacia el banco de nieve cada vez más alto. Dejaron inservibles el motor y la batería.

No había cobertura telefónica, ni siquiera podían usar la radio. Mamá siempre contaba esa parte de la historia con voz tensa, con la imaginación fija en todo lo que nos podría haber pasado si la tormenta hubiera durado bastante más de lo que duró. Los tres nos apiñamos en el asiento trasero, intentando no dejarnos llevar por el pánico, manteniéndonos muy juntos para conservar el calor. Yo dormí todo el rato.

Creo que a mi abuela le gustaba la historia porque a ella le tocó hacer de héroe. Había movilizó a los vecinos para montar una partida de búsqueda y después usó su automóvil para tirar el coche de mis padres hasta dejarlo otra vez en la carretera.

—Así es la vida, Abejita —me dijo años después—. A veces es una la que se apresura, presa del pánico, y hace demasiadas cosas sin prestar atención, arruinando cosas sin intención. Y a veces la vida simplemente te ocurre y no puedes evitarlo. Te lleva por delante para saber de qué estás hecha.

A pesar de lo terrorífica que me resultaba la historia cuando era niña, de mayor todavía me encantaba el invierno; el frío no me molestaba, porque sabía que en cuestión de meses, semanas, días,

la estación volvería a cambiar. Es fácil pasar los días más fríos sin otra cosa que la promesa de calor de la gente que se tiene alrededor.

Pero este frío, el que sentía ahora, me calaba hasta los huesos; era una insensibilidad que nada me quitaría, de la cual no había escapatoria.

El suelo comenzó a deslizarse bajo mi espalda; zonas de barro a las que sucedían zonas de hielo y a estas las sucedían rocas que se clavaban en mi cóccix y me desgarraban la espalda. Oí el crujido de las hojas escarchadas al pasar junto a mis oídos, sentí el doloroso tirón cuando mi pelo se enganchó en algo. Una de mis manos intentó cerrarse sobre una raíz que pasaba, anclarme en la corriente de ese río de tierra, pero se movía demasiado rápido. El sol relumbró, rojo detrás de mis párpados, clavándose en el dolor pulsante que me inundaba el cráneo. No podía sentir la pierna derecha; en realidad, no podía sentir el lado derecho. Y hasta que la luz no disminuyó y yo pude abrir los ojos, mi mente no consiguió comprender que la que se movía era yo, no el suelo.

El cielo, allá en lo alto, era azul detrás de los parches de grandes nubes blancas. Lo distinguí a través de los brazos desnudos y grises de los árboles. Fruncí el ceño y aspiré el penetrante hedor de un cuerpo. Oí un gruñido de esfuerzo cuando bajo mi espalda se deslizó una superficie grande y áspera. Después vino una tierra lisa y rápidamente apareció una cuesta, sin aviso, como la zambullida inicial de un avión al descender. Mi estómago y mis ojos se movieron hacia abajo.

El hombre vestía una chaqueta acolchada rojo oscura, una prenda desgastada y raída por los años. El dobladillo de la cintura estaba desgarrado y el relleno blanco asomaba por el agujero. Los vaqueros le iban demasiado ajustados: protestaban cada vez que se giraba para coger mejor mi pierna.

—No...

No tenía voz. Intenté levantar mi otra pierna para soltarme de un puntapié, pero ninguno de mis miembros me respondía.

El hombre debió de sentir mis movimientos, porque echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Estás despierta?

Yo veía dos hombres, después tres, después cuatro. «Concéntrate», me ordené a mí misma. El hombre se veía tan amenazador como un Santa Claus de centro comercial: llevaba la barba larga e irregular, pero tenía la misma barriga. Papá solía leerme libros que hablaban del destello en los ojos de Santa y de sus mejillas sonrosadas. Bueno, los ojos de este también resplandecían. Con el signo del dinero.

—Si intentas algo raro te parto el cuello. ¿Me has oído?

«Muévete». Intenté levantar las caderas. El instructor Johnson me había enseñado cómo deshacerme de un agarre como este, varias veces seguidas. Tenté el suelo en busca de una piedra que pudiera arrojarle al punto blando de la base de la nuca; busqué la navaja suiza que ya no estaba oculta en mi bota. Mi cuerpo no respondía. Me había golpeado la cabeza, pero no tan fuerte, ¿no era así? La noche ante mí era oscura. Recordé la larga caminata, Jude reconfigurando el sistema de seguridad, todas esas cajas y cajones con banderas e idiomas extraños. Y Knox. Knox había estado ahí, ¿no era así?

El dolor de cabeza estalló tras mis ojos y los apreté otra vez. El sol brillaba; ¿por qué hacía tanto frío?

—Hay alguien que estará superinteresado en conocerte —siguió el hombre—. Vino esta mañana husmeando, preguntando si habíamos visto a unos chavales. Dijo que había habido una gran pelea en



el aeroparque, que unos cuantos podrían haberse escapado. Y yo me dije, Joe Hiddle, este hombre puede estar loco o puede tener razón. Así que salí a cazar, como siempre, ¡y mira lo que he encontrado!

Bajé las caderas en un intento de crear tanta fricción como me fuera posible mientras bajábamos la siguiente colina. Puede que no pudiera pelear, pero no se lo iba a poner fácil.

—Pero —comenzó a decir, torciéndome el tobillo en un ángulo poco natural— ¿no acabo de decírtelo?

Utilicé la escasa movilidad que tenía en el cuello para estirarlo hacia delante cuando bajábamos la última colina. Tiendas, más de las que había visto en el almacén. La mayoría eran blancas o tenían impresas las palabras «PROPIEDAD DEL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS». Una sacudida de terror me atravesó el cuerpo e impulsó una única patada en la rótula del hombre. La explosión de dolor en el costado no fue nada en comparación con el puntapié que me dio el hombre en todas las costillas.

Me quedé quieta porque no tenía otra alternativa. Sentía que me habían drenado hasta la última gota de energía y casi podía imaginar el hilillo que quedaba a nuestras espaldas como un rastro de sangre.

—¡Sandra! —gritó el hombre—. Sandy, ¿ese tío está todavía aquí?

Hubo pies y rostros a nuestro alrededor desde el instante en que entramos en la fila de tiendas. Aquí los olores aparecían en ráfagas: carne ahumada, ropa sucia, agua estancada. Alrededor de las entradas de las tiendas todo era fango, pero dentro había alfombras y velas y montones de colchones viejos y sábanas.

—Joe, ¿esa es...? —comenzó a preguntar alguien.

—Aparta, Ava —le advirtió Joe—. La he encontrado yo. ¡Sandra!

—Acaba de marcharse —llegó la voz de otra mujer, con un acento casi indescifrable—. Iré a ver si su coche aún está en la carretera. Tú... tú mantenla aquí.

El jersey se me había levantado en la espalda y el fango se sentía tan baboso como helado. Algo —alguien— me tocó la mano izquierda con el costado del pie.

—Esta es... Es esa chica...

El rostro rubicundo de una mujer madura se inclinó sobre el mío, acercándose. Se quitó uno de los guantes que no hacían juego entre sí e hizo ademán de ponerme el dorso de la mano en la frente. Joe le gruñó, obligándola a retroceder. Se me cerraron los ojos otra vez, y cuando conseguí abrirlos había otras caras en lugar de la de ella. Era una galería de emociones no contenidas.

Retratos de temor agotador, paisajes de tristeza, miniaturas de curiosidad. Intenté moverme de nuevo, pero no pude disminuir el dolor que me atenazaba la cabeza.

—Está temblando —dijo uno de los hombres. Vi sus Nike amarillentas, no su rostro—. Déjame traerle una manta.

—¿Está enferma? ¡Está tan pálida! —Esta vez fue una mujer—. Dios, no puede tener más de dieciséis; mírala, Joe. ¿Se la vas a entregar a ese hombre?

Esto es lo que sucede con las armas: son como el bastón para hablar que mi maestra de primer grado solía utilizar para pasar de mano en mano durante las clases. Quien tenía el bastón era el único que podía hablar.

—Volved a vuestras jodidas tiendas.

El arma de Joe era un brillante revólver plateado y nadie estaba dispuesto a comprobar cuántas balas quedaban en el tambor.

Una mujer, Sandra, soltó un chillido.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —Y el viento lo trajo hasta nosotros. Al chillido le siguió el inconfundible sonido del motor de un coche, el rugido se oía cada vez más fuerte a medida que el vehículo rodeaba el hundido perímetro de la ciudad de tiendas.

Me lamí los labios agrietados, intentando respirar una bocanada de aire que nunca llegó. El hombre, quienquiera que fuese, fue como una piedra arrojada a un lago de aguas tranquilas. Hasta la gente que había cuestionado a Joe se dispersó. Dejaron caer mi pierna al suelo. Sentí que la sangre que se apresuró a regresar a ella estaba repleta de vidrio.

—¿Y mi dinero? —decía Joe—. Quiero saber cómo me lo reembolsará Gray. ¡Estoy jodidamente seguro de que no hizo nada cuando el río se llevó todo lo que yo tenía!

—Tu nombre ingresará en el sistema de rastreadores. Ellos te encontrarán. Yo solo soy el transporte. Sostenla, ¿quieres?

La niebla que cubría mi cerebro se desgarró. Alguien me pisó la muñeca, clavándome al suelo.

—¡No! —solté, mientras mis ojos recorrían la parte delantera de la tienda en busca de un rostro compasivo, de cualquiera que no fuera Rob Meadows.

Observaban. Todos ellos, cada persona de esa ciudad de tiendas. Su ansiedad movió el aire como una garra y se agitó en mi mente. Pero su silencio... era ensordecedor.

Abrir mis ojos otra vez lo haría real, pero así lo quería él. Su mano se cerró sobre lo que quedaba de mi coleta, estirando y torciendo mi cabeza hacia atrás para verme mejor. Sonrió.

—Hola, Joyita —gruñó Rob—. Ha pasado algún tiempo.

Ahugué un no.

—Toma. —Con un gesto ausente, Rob le pasó una tableta al hombre—. Escribe tu nombre y tu número de la Seguridad Social; la recompensa se divide en sesenta-cuarenta.

—¡Sesenta-cuarenta! —escupió Joe—. Es... Dios santo... ¿Esa cifra es correcta?

—¿Cuánto? —gritó alguien desde fuera—. No olvides que yo te he prestado el revólver; ¡me debes las raciones del mes pasado!

—¡Sujétala! —vociferó Rob—. ¡Necesita sujeciones adecuadas!

Me juntaron las manos y así se quedaron; lo que las sostenía no era de plástico, sino de metal. Oí tintinear la cadena; sentí que me levantaba la cabeza y aspiré el olor del cuero.

Grité. Fue un sonido desgarrado y feo que me lastimó la garganta. «No», supliqué, sacudiendo la cabeza, retorciendo el cuello para escapar. Las rodillas de Rob me cayeron sobre el pecho y mi siguiente exhalación fue un sollozo.

—Ah, sí, lo recuerdas, ¿verdad?

—¡No! —gemí—. Por favor...

Al final, todo aquel entrenamiento había quedado en nada. Podía moverme y llorar e intentar gritar, pero sentía como si mis costillas se estuvieran derrumbando. El mundo entero se estaba derrumbando y aplastaba, desintegraba las caras de todos los que estaban de pie, observando la escena. Rob se colocó un par de gruesos guantes de goma antes de colocarme el bozal sobre la boca y ajustar la correa detrás de mi cabeza, y fui una niña pequeña una vez más. Yo era el monstruo del cuento.

Mi respiración era caliente, vapor. Joe le devolvió la tableta a Rob y retrocedió varios pasos. Miró a la mujer de cabellos canosos que tenía a su derecha y dijo:

—Dios, si lo hubiera sabido... ni siquiera la habría tocado.

Rob se inclinó e intentó arrastrarme fuera del fango tirando de la cadena que unía las esposas al bozal. No me incorporé más allá de las rodillas; el resto de mi cuerpo aún no se había solidificado debajo de mí. Rob me levantó con una enérgica maldición y un gruñido de desagrado y me transportó bajo un brazo arrastrando mis pies por el camino. Volví a sacudirme, intentando golpear con mi cabeza los nódulos de los músculos del brazo, pero él se limitó a soltar una risita.

—El mundo no siempre me sonrío —dijo—. Pero a veces me trata bien. Esa mirada tuya, cuando me viste... La verdad, eso ha sido magnífico.

Seguí retorciéndome mientras él me arrastraba hasta la parte trasera de su viejo jeep rojo.

—Sabía que si vigilaba la red de dispositivos de seguimiento, al final la cagarías. Me tocaría preguntarte sobre el motivo real por el que te evadiste de la Operación; qué tienen que ver Cate y Cole en esto. Quería ser yo el que te atrapara, llevarte directamente a ese pequeño campamento tuyo y ver cómo te arrastraban dentro.

Grité dentro del cuero, pateando el respaldo del asiento.

—¿Tú y yo? —dijo, extrayendo una larga tira de plástico de la mochila que llevaba para atar mis pies. Intenté patear otra vez y solo conseguí otra carcajada—. Nos lo vamos a pasar muy bien en este viaje a West Virginia. Ni siquiera pediré la recompensa.

La puerta se cerró en mi cara, ocultándome al grupo de adultos que se apiñaba en una sola hilera antes sus hogares, observando. El coche se balanceó cuando Rob abrió la puerta del conductor y se sentó.

—¿Quieres saber por qué maté a todos esos niños, zorra? —dijo—. No eran luchadores. Ninguno de vosotros lo sois, pero ahora sois los que tenéis poder en la Liga. Podéis pasar por encima de nosotros, decidir las operaciones, convertir a Alban en un montón de arrullos de mierda. Pero no lo comprendes; ninguno de vosotros lo comprendéis. No entendéis cómo debe ser el mundo si hemos de sobrevivir a esto. Ni siquiera los dispositivos de seguimiento; no entienden que tú eres más valiosa para este país muerta que viva.

Rob aceleraba, pese a las estremecidas protestas del jeep, con los condenados ZZ Top en la radio a todo volumen. Me gritó que estaba cansado de oírme gimotear y sollozar. Qué coincidencia. Yo estaba jodidamente cansada de «La Grange» y del olor a gases de tubos de escape.

Intenté todo lo que se me ocurrió para quitarme el bozal. La correa que envolvía mi cabeza no cedía. Rob la había ajustado hasta el punto de dolerme y, por el ruido que hacía, había utilizado un cable de plástico más pequeño para reforzarla. Gruñí y me doblé intentando alcanzar mi bota.

Sentí un tirón en la cintura y algo parecido a un desgarrón. Me mordí los labios, ignorando el flujo de líquido cálido que empapaba mis vaqueros.

Michael. Había olvidado su ataque. No era extraño que me sintiera como si hubiera sido arrollada por un camión. Había visto la hoja; era pequeña, de tamaño semejante al de mi navaja suiza. Necesitaba abrirme paso a través del dolor, mantenerme sobre la ola de adrenalina para evitar desmayarme otra vez.

El espacio era estrecho y casi insuficiente para moverme, pero yo podía hacerme pequeña cuando quería serlo. Deslicé los dedos entre los nudos del cuero que me apretaba la cabeza. Flexioné las rodillas para llegar mejor a mis botas antes de recordar que ahí no había nada; nunca había recuperado mi navaja suiza. No había logrado encontrarla entre los suministros. Tragué con dificultad. «Vale. Vale. Vale. No te dejes llevar por el pánico», pero yo ya me había dejado llevar por el pánico. Podía sentir el terror burbujeando en mi pecho, y supe que si permitía que se me escapara de las manos me ahogaría. «Estás bien».

La canción por fin —por fin— se terminó.

—«Los preparativos para la Cumbre de la Unidad están en marcha —dijo la voz siniestramente calmada del presidente Gray—. Ansío sentarme con estos hombres, por muchos de los cuales siento un gran respeto, y...».

Rob cambió de emisora de un manotazo.

—Es divertido, ¿verdad? —dijo—. Que súbitamente el presidente sea mucho más revolucionario que Alban. Que quiera algo nuevo.

«Sí —quería decir—, graciosísimo». El tío había tenido la mala fortuna de dirigir una organización a la cual le había crecido otra cabeza, una cabeza con dientes más afilados.

—Le tomó demasiado tiempo a Alban darse cuenta del error que era traerte, y encima os envía a unos gilipollas a hacer trabajos que cualquiera de nosotros podría haber hecho. Puede que él tenga su pasado, pero no va a cambiar mi futuro.

Miré alrededor, en busca de algo potencialmente afilado para cortar las esposas de plástico que me sujetaban las muñecas.

—Y Connor... Lo único que le interesaba era cuidarte, pero no hay tiempo para eso. No hay sitio para ti, ni aquí ni en ninguna parte. El único sitio para ti está en esos campamentos o enterrada como los demás. ¿Me oyes? —Ahora gritaba—. ¡No necesito una excusa para lo que hice! Me uní para sacar a Gray de ahí, no para jugar a las casitas con un tío que está demasiado asustado hasta para salir a la superficie. ¿Cree que nos unimos a causa de vosotros? ¿Quiere saber por qué no os respetamos? ¿Pero no nos permite utilizaros para lo único que valéis?

«Morir por gente como él —pensé—, eso es lo que está diciendo».

—Hice lo que tenía que hacer, y lo haría de nuevo. Se lo haré a cada jodido niño de la Liga hasta que entiendan, y voy a empezar con tu grupo.

La rabia palpitaba a través de mi cuerpo, compitiendo con el asco.

«Mantén el control —me ordené—. Él no lo sabe». No necesitaba tocarlo. Rob podía callarme, pero no tenía poder sobre mi mente.

—¿Qué pensará Jude de la valla eléctrica de tu antiguo hogar, Ruby? —se preguntó en voz alta—. ¿Qué le harán los guardias a Vida cuando vean lo bonita que es, el cuerpazo que tiene para una chica de su edad? Y Nico... es un blanco bastante fácil, ¿no es así?

Cerré los ojos. Me obligué a relajarme, a recordar que aquí, ahora, siempre, yo era el depredador. Esto es lo que había querido decir Clancy al asegurar que yo nunca había conseguido controlar mis habilidades porque tenía demasiado miedo a aquello en lo que me transformarían.

No había conseguido hacerlo antes, no por falta de deseo o de intentos, sino porque no podía deshacerme de la necesidad de controlar hacia dónde me llevaría.

No había necesitado tocar a Mason ni a Knox para deslizarme dentro de sus mentes. No había intentado contener mis habilidades por temor, y, a cambio, me habían dado lo que yo deseaba.

Todo lo que deseaba ahora era salir de este condenado coche. Deseaba enseñarle a Rob lo pésimo de su decisión de venir tras de mí, de amenazar a las personas que me importaban.

Estaba comprendiendo que, en cuanto había estado dentro de la mente de alguien, el camino para volver era más despejado, cada vez más fácil que la anterior. Todo lo que necesitaba era canalizar el deseo y sentir que abría un ardiente hueco en medio de mi pecho, e imaginar la cara de Rob y las manos invisibles desplegarse con calma, reptar como hilillos de humo por debajo de los asientos que nos separaban. Era mío; me había hundido en su mente con la gracia y la firmeza de un ancla en el agua.

Antes, sus recuerdos y pensamientos se habían abierto con lentitud y suavidad, como el terciopelo, y se expandían en cada recodo. Ahora estallaban como burbujas de alquitrán, un amasijo de rostros, números, manos y armas.

Recordé cómo eran esos chicos; no tuve que imaginar los detalles. Solo tuve que deslizar la imagen de los chicos sentados en el coche, a su lado. La chica sentada junto a él, en el asiento del acompañante, y el chico detrás.

—¿Qué... qué co...?

Forcé la imagen de la chica mirándolo, exactamente como lo había hecho un instante antes de que presionara el gatillo. El coche se desvió hacia la izquierda, hacia la derecha, mientras Rob maldecía. Me concentré en el muchacho, trayéndolo delante de nuestras mentes.

«Más».

Esto no era suficiente. No para él. Homicida, asesino, animal; alguien que obtenía un placer enfermizo de la caza, pero más todavía del hecho de destripar a la víctima. Había visto su cara esa noche, cuando asesinó a esos niños. Una sonrisa de satisfacción, con un matiz de avidez que no había comprendido hasta ahora. «Más».

¿Qué le habría hecho a Jude si yo se lo hubiera permitido? ¿Le habría disparado como a los demás? ¿Le habría cortado el cuello? ¿Lo habría estrangulado hasta haber ahogado su última chispa de vida?

Hice que la chica extendiera su mano hacia él y él vio la escena una y otra vez, tal como la había visto yo. Cómo se había partido la órbita ocular cuando la bala penetró en ella. Un chorro de sangre le salpicó la cara y el parabrisas y la alucinación era tan intensa, tan deliciosamente poderosa, que el coche se desvió y oí que se encendía el limpiaparabrisas.

—¡Para! —gritó—. ¡Joder, para!

Evoqué a la chica extendiendo la mano, recorriendo el brazo de Rob con su mano, y, dado que su mente así se lo indicaba, él la sentía. «Más».

Él había matado a esos chicos, pero no solo era eso. Primero les había hecho escapar de su campamento. Les había dado la esperanza de la libertad, de volver a ver a sus familias alguna vez. Les había quitado los sueños y los había aplastado.

—¡Sé lo que estás haciendo! —bramó—. ¡Sé que eres tú!

Con su primer jadeo desgarrado, un estremecimiento de satisfacción recorrió mi cuerpo. Envié al chico reptando hacia delante, sobre el apoyabrazos, a rodear el cuello de Rob con sus brazos. Manchó

con sangre la parte delantera de la camisa de Rob y apoyó el rostro en ella. Era necesario que Rob sintiera su pulso cálido, un fluido pegajoso y ardiente que jamás se quitaría de la tela, mucho menos de su piel. El chico y la chica comenzaron a sollozar, a gemir, a revolcarse; vertí hasta el último gramo de mi furia y mi miedo y mi devastación en ello.

Un disparo hecho desde el asiento del conductor hizo estallar la ventanilla del acompañante; Rob intentó descargar todas las balas del tambor sobre la muchacha sentada ahí, pero con cada disparo yo la acercaba un poco más a él, hasta que su mano estuvo sobre el arma, sobre su mano y las giró a ambas hacia el pecho de Rob.

«Puedo acabarlo así —pensé—, por su propia mano». Estaría bien. Ahora yo tenía el poder de castigar. No el hombre del arma, no el asesino entrenado ni los soldados ni los guardias que recorren las vallas eléctricas en Thurmond. Yo. Este pensamiento fue suficiente para bombear sangre electrificada por mis venas; ya no sentía dolor en la espalda ni en la cabeza. Me sentía ligera, en la cima, flotando en libertad. Podía acabar con su vida por su propia mano, con un único disparo al corazón. La misma mano, el mismo corazón que habían destrozado tantas vidas y me habían llevado a mí a esto, a este lugar de dolor y miedo atroz. La misma mano que me había atado como a un animal.

Él era el animal. Una bestia estúpida, igual que lo había sido Knox. Necesitaban un entrenador, alguien que tomara las decisiones por ellos, para estar seguros de que jamás volverían a lastimar a nadie.

—Para..., para —sollozó, y su voz sonaba como la de un niño—. Por favor, Dios, por favor...

Su terror se filtraba a través de sus poros, el olor de su sudor acre, sus jadeos que se oían aún bajo el cuero. La nariz me ardía al aumentar mi control sobre él para acercarlo a la muchacha cada vez más hasta que su pálida mano espectral flotó hacia arriba y le acarició un lado de la cara, haciendo dibujos infantiles en la sangre y la porquería imaginarias.

«Debemos usarlos para mantener a los demás en su sitio».

—Eres... eres un monstruo —boqueó Rob—. ¡Nos destruiréis; lo destruiréis todo, malditos, malditos, malditos!

Un estallido de ruido y movimiento estremeció la parte trasera del coche, arrojándome contra el asiento. Hubo una pequeña explosión y empezamos a girar, giramos, hasta que dejamos de hacerlo.

La intensidad del choque hizo volar los cristales y lanzó una lluvia de vidrio sobre mí. Oí un último grito de Rob antes del impacto y nada más, salvo un chirriante ruido de metal aplastado al hundirse la parte delantera del vehículo en un bosquecillo que había junto al camino.

Embisté el respaldo del asiento; mis dientes repiquetearon. El golpe de la frente hizo desaparecer todos mis pensamientos en un blanco cegador. Las imágenes del chico y la chica me fueron arrancadas de detrás de los párpados. Se desvanecieron, el rostro de Rob desapareció y solo quedé yo; solo yo y lo que había hecho.

«Oh, Dios mío». Intenté aspirar el aire a través del bozal, pero en los últimos minutos se había ajustado cada vez más; un alarido chillaba dentro de mi cabeza. Me golpeé la cara contra la alfombrilla, y el primer sollozo se abrió paso hacia fuera como si alguien me lo hubiera arrancado de la garganta. «Oh, Dios mío; oh, Dios mío; oh, Dios mío».

Clancy habría estado tan orgulloso de mí. La manera en que había usado a esos chicos, retorciéndolos, manipulándolos, desgarrando la mente de Rob hasta despedazarla. Clancy me habría mirado a la cara y habría visto su propio reflejo en ella.

«Debemos usarlos para mantener a los demás en su sitio».

Se me revolvió el estómago, y la bilis se abrió camino ardiendo hasta mi boca hasta que me ahogué con ella. Quería vomitar, quería quitarme la negrura de dentro, necesitaba aire, alejarme de Rob, de esto, de lo que él me había hecho y de lo que había hecho yo.

«Monstruo, monstruo, monstruo, monstruo, monstruo». Estampé un pie contra la puerta del maletero una y otra vez hasta que el plástico comenzó a agrietarse. ¿Dónde estaba Rob? ¿Por qué no decía nada?

Hubo un rechinar de frenos y ruido de puertas que se cerraban. Yo solo pateé más fuerte, un continuo «pum, pum, pum» como el ritmo de un viejo tema de rock and roll, como armas que disparan en la noche.

Todavía sollozaba cuando por fin la puerta se abrió de un golpe. Rodé fuera del coche y fui a dar a la tierra, boca abajo, con un gemido de dolor. Incluso al aire libre, el bozal era sofocante y no podía quitármelo; nunca iba a poder quitármelo...

—¿Un día ajetreado, amiga mía?

Vida se alzaba a mi lado y su sombra se alargaba en el suelo, junto a mi rostro.

Yo intentaba quitarme el maldito bozal, mientras sentía el sabor del cuero y de mis lágrimas saladas. Sabía que estaba hiperventilando, pero no conseguía reprimir el creciente pánico que finalmente había estallado en mí al chocar el jeep. No quería que Vida me viera así. No quería que nadie me viera así. «Por favor, marchaos, por favor, dejadme sola; no puedo estar cerca de vosotros, por favor, por favor, marchaos y dejadme aquí...».

—Ruby —dijo, girándome—. Vale, vale, Ruby, deja que te quite esto...

Su cuchillo cortó la abrazadera plástica que me sujetaba las muñecas, pero sentí que sus dedos forcejeaban inútilmente con las correas del bozal. Yo le gritaba, suplicándole: «¡Déjame! ¡Déjame!», y no me salía nada más que un débil gemido.

—¡Mierda!

Vida tuvo que recurrir al cuchillo para cortar el cuero, que cedió bajo sus cuidadosos dedos. Primero una correa, luego la otra y el aire estaba en mi boca, frío y con sabor a escape de coche.

—No —grité—, no puedo... Tenéis que... Tenéis que...

—¡Vida! —La voz de Jude sonaba muy lejana—. ¿Ruby está bien?

Mi vista subía y bajaba en un mar de espuma gris. El frío era una serpiente que reptaba por mis miembros, enroscándose con fuerza alrededor de mi pecho mientras yo intentaba recuperar el aliento. Hubo un bullicio de zapatos contra el asfalto suelto del arcén. Un nuevo par de manos, una cara nueva sobre mí.

—¡Echadle un vistazo a él! —vociferó Chubs.

—Oh, con mucho gusto —gruñó Vida, rodeando la parte trasera del jeep.

—¿Puedes levantarte? —El rostro de Chubs apareció justo sobre el mío y sus manos se apoyaron en mis mejillas—. ¿Te duele? ¿Puedes hablar?

Intenté arrastrarme lejos de él, tosiendo el sabor amargo y ardiente que bajaba del fondo de mi garganta.

—Ruby, cielos. —Chubs me cogió por los hombros, manteniéndome en el sitio. Su tono de voz se quebró—. Estás bien. De verdad, te lo prometo. Estamos bien, ¿vale? Respira hondo. Mírame.

Mírame; estás bien.

Apoyé la frente en el asfalto, e intenté sacar de mí las palabras, la advertencia. Mi visión parpadeaba y se oscurecía en los bordes de mis ojos, pero sentía la cabeza como si alguien me la hubiera abierto de un golpe. Mis uñas se hundieron en el camino, como si pudiera cavar lo suficiente para enterrarme. Oía voces que gritaban, cerca y lejos, pero también oía a Clancy, su voz sedosa susurrando en mi oído: «Ahora eres mía».

—¿Bien? —preguntó Chubs.

Mi mirada se posó en el rostro de Vida, que había adquirido un tono gris enfermizo. Se pasó el dorso de la mano por la boca.

Me levantaron del suelo entre los dos. Vida casi me llevaba sobre sus hombros.

—¿Puedes quitarle las esposas? —le preguntó a Chubs.

La cadena todavía estaba unida al bozal y ambos se arrastraban por el suelo, señalando nuestro camino.

—Eso no es primordial; ¿sabes conducir?

—Soy un crack —le espetó con modestia—, ¿por qué?

—¡No...! —berreé. Agarré el cuello de mi camisa en un intento de evitar que el tejido me ahogara—. No, tenéis que dejarme... Debéis dejarme...

—¡Ru! —gritaba Jude—. ¿Qué le pasa?

—¡Abre la puerta! —ordenó Chubs—. ¡No, tú no, imbécil; tú quédate en el coche!

—¿Está bien? ¿Chubs?

Liam... Ese era Liam, ¿verdad? Sonaba como Liam, el antiguo Liam, al otro lado del túnel. ¿Cómo era posible? ¿El medicamento?

La puerta trasera se abrió y Chubs entró primero, arrastrándome detrás de él hasta tenderme en el asiento. Apreté los dientes por el dolor, mi visión se volvía borrosa mientras veía a Jude saltar dentro del coche y deslizarse bajo mis piernas estiradas. Intenté levantar una mano para apartarme el pelo de la cara, pero no podía sentir nada de los hombros para abajo.

Hubo otro destello blanco. El dolor era atroz, gritaba, ahogaba la culpa, la devastación, hasta el miedo. Y supe que me iba, me iba porque parecía que Liam también estaba gritando.

—¡Chubs! —Giré la cabeza y vi una mano blanca que golpeaba la rejilla de metal. La voz suplicante de Liam era tan agonizante como la áspera tos que le siguió—. ¡Para, Chubs, le estás haciendo daño!

—¡Oh, joder, no vas a abrir esa puerta! —gritó Vida—. ¡Pon tu culo en el asiento, rubito, o te meteré un tranquilizante!

—¿Dónde? —preguntaba Chubs mientras sus manos apartaban el cabello de mi espalda y mi nuca.

No comprendí a qué se refería hasta que Jude dijo:

—En la espalda; no sé cuán grave es, pero está herida.

El coche salió pitando, saltando, hasta que llegó a la superficie lisa de la carretera y entonces volábamos a toda velocidad entre las perplejas protestas de Chubs.

—¿Está bien? ¿Está herida? Cielos, Chubs, ¡dímelo!

Chubs me levantó el jersey y la camisa, exponiendo mi espalda al aire cálido de las toberas. Hubo una expresión de asombro, pero no estaba segura de si había sido él o yo. Sentí sus dedos de hielo cuando presionaron el centro pulsante del dolor.



—¡Oh, Dios mío! —gritó Jude. Sostenía mis piernas sobre su regazo, abrazándolas contra su pecho—. Ru, lo siento, no sabía...

—¿Qué? —rogó Liam—. ¿Está bien?

Chubs no mentía o, por lo menos, cuando lo hacía, eran mentiras importantes, habitualmente para proteger a uno de nosotros o a todos. Pero nosotros dos formábamos el Equipo Realidad, y en general no edulcorábamos las cosas. Debió de haber sido grave, porque Chubs decidió no responder.

—¿Qué hay del tío ese? —preguntó.

Fuera lo que fuera lo que había colocado en mi espalda, estaba helado, y después, sin advertencia, comenzó a pincharme.

Está limpiando la herida, pensé, mientras mi visión flotaba.

—Ya no causará problemas —dijo Vida con firmeza—. Nunca más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Chubs.

—Jackson Pollock es un principiante al lado de ese parabrisas —respondió, con sencillez.

—No lo... —comenzó a decir Jude.

—No —respondió Vida, y pude sentir el arrepentimiento en su tono de voz—, los árboles y el volante son los responsables de esa obra maestra.

—¿Conoces a Jackson Pollock?

Las manos de Chubs se detuvieron, solo por un instante.

—Sorpresa, idiota —dijo ella—, sé leer, coño.

—¡Chubs! —La palabra sonó como si alguien la hubiera arrancado de la garganta de Liam. Estaba desnuda por el miedo y mi corazón se encogió al oírla—. ¡Dime que Ruby está bien!

—Está... bien —dijo con voz ronca.

Me sentí derivar, planear sobre una ola de hielo que me insensibilizaba y robaba las sensaciones de mis manos, mis piernas, mi columna. Solo hizo falta que Chubs presionara la punta de la aguja contra mi piel para que el dolor se extendiera y me arrastrara hacia abajo, hacia la oscuridad.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Despertar me hizo sentir algo familiar y extraño a la vez. Como si un recuerdo se hubiera enredado en otro y ambos lucharan bajo el extraño peso del *déjà vu*. Sólido, llano, frío; estaba en el suelo. La tierra dura y firme. Todo era tierra húmeda y algo específicamente humano que me llenaba la nariz, no el olor a falso limón de la antigua vida de Black Betty como furgoneta de servicio. No era el zumbido de un presentador de radio que informaba sobre las horribles noticias del día en mis oídos, sino la respiración estable y profunda de los otros cuatro, que habían caído dormidos.

Encontrar la conciencia fue como arrastrarme desde el fondo de una ciénaga lodosa. Solo cuando salí a la superficie me azotó el dolor. Comenzó en la cintura y se disparó hacia arriba y debajo de mi costado derecho tensando cada músculo y cada tendón hasta el punto de hacerlos crujir. A la vez, el suelo, las mantas, la oscuridad fueron demasiado para mí. Sentí la presión fantasma de la correa de cuero alrededor de la cabeza y el sabor acre del metal dentro de mi boca. Comprendí que era posible ahogarse con un recuerdo, sentirlo muy apretado alrededor del cuello. Cuero. Todo lo que podía oler era cuero.

«La tienda de Chubs», noté. Había sido real. Me habían encontrado.

«Jude, Vida...». Me incorporé con esfuerzo, ignorando las protestas de mis músculos rígidos y el lacerante dolor en la espalda. Ahí estaban, durmiendo prácticamente uno encima del otro. «Chubs. Liam».

Un viento frío me levantó la camisa por la espalda, pero se sentía refrescante en comparación con el aire viciado y tibio del interior de la tienda. Tuve la borrosa idea de que debía buscar mis botas, pero eso no me pareció ni la mitad de importante que largarme. Buscar un lugar donde estar sola, liberar el grito que crecía desde mi núcleo. Justo delante estaban los restos ardientes de la fogata, en el centro del claro —quizás un antiguo sitio de acampada público—, y un tendedero del que camisas y sudaderas colgaban amontonadas, heladas y rígidas.

Sentía más frío que al llegar a Tennessee por primera vez. Habían encontrado un terreno plano donde aparcar el coche, pero un rápido vistazo alrededor me indicó que aquí las colinas eran más abruptas de lo que lo habían sido antes. La hierba muerta era más fina, más larga, y estaba enterrada bajo montones de piedras beis. Sin duda, no estábamos en Nashville.

Respiré hondo por la boca varias veces y rodeé el montón de madera chamuscada y cenizas que habían constituido la fogata del campamento. Chubs había dejado fuera una cantimplora, pero tanto esta como una botella de plástico que había junto a ella estaban vacías.

Mis calcetines estaban mojados y mugrientos, y resbalaban en el fango. Avancé a trompicones, mascullando entre dientes algunas palabrotas hasta que mis piernas decidieron abandonarme. Me tomó más de lo que jamás admitiré llegar hasta el todoterreno, pero cuando choqué con fuerza contra el lado del acompañante tuve oportunidad de recuperar el aliento. Habían dejado una botella de agua debajo del asiento delantero. Recordaba haber sentido el plástico darme en los talones cada vez que Chubs tomaba una curva cerrada. Solo necesitaba un sorbo. Un único sorbo para deshacerme del asqueroso sabor que me cubría la lengua.

Las puertas estaban cerradas. Abandoné el coche sacudiendo la cabeza mientras volvía hacia el lugar de la fogata. Había una manta de lana fina gris plegada sobre el tocón desgastado de un árbol; la cogí y me envolví con ella los hombros.

«No hay sitio para ti, ni aquí ni en ninguna parte. El único sitio para ti está en esos campamentos o enterrada como los demás».

Sacudí la cabeza para ahuyentar la voz indeseada y me eché el cabello suelto sobre las mejillas y los hombros. Cuando tocó mis mejillas lo sentí limpio. Hasta suave. Saqué una mano de debajo de la manta y busqué las puntas enredadas. Ni hojas ni nudos. Alguien lo había cepillado.

«Dios», pensé, envolviéndome aún más en la manta. Ese tío... Me había arrastrado tras de sí, me había arrastrado directamente hacia...

Me dolía la garganta. Oí los estallidos de la estática por encima del pulso cada vez más intenso en mis oídos. Durante un aterrador segundo estuve segura de que Rob había regresado, que había traído consigo una máquina de Ruido Blanco. Pero este ruido era débil y distante, no era doloroso en absoluto.

Abandoné el claro en pos del origen del ruido y de inmediato vi el viejo sendero de excursiones. La nieve cubría como un manto el terreno irregular, ocultando las afiladas rocas y los implacables agujeros, pero yo vi la senda curva y sin árboles. Me apoyé en los firmes cuerpos de los robles blancos y los arces. El sol comenzaba a tocar el horizonte; los primeros rayos de pálida luz amarilla se extendieron sobre la nieve.

Cuando llegué a la poza de agua me sentí tonta por haber pensado que podía ser algo tan aterrador y horrible, algo tan poco natural como el Ruido Blanco.

Una cascada. Una cascada inquieta y rugiente en lo que parecía un cañón en miniatura. El agua saltaba sobre el borde curvo del acantilado rocoso, dividiéndose en cascadas más pequeñas a los lados de otra mayor. Las rocas oscuras que encerraban la poza se inclinaban hacia dentro, casi como un cuerpo que encorvara sus hombros para protegerse del frío.

El sendero se conectaba con lo que parecía ser una plataforma de madera construida sobre el borde de un pequeño cuerpo de agua. Avancé junto a un pequeño arroyo que salía de la poza, quebrando la costra de hielo fino que había al lado del cauce.

La plataforma estaba húmeda y en ella había montones dispersos de nieve. Empujé a un lado un brillante montón de nieve y me paré justo en el borde, donde disponía de la mejor vista de la corriente de agua que bajaba, salvaje y rugiente.

La cascada arrojaba una neblina sobre la centelleante superficie del agua. Me incliné y tomé un poco del líquido helado en mis manos y me lo arrojé a la cara.

Deslicé una mano bajo la manta y bajo la sudadera, buscando el origen del ardiente dolor. El bulto de puntos limpios y regulares solo dejó de pincharme cuando mis dedos rígidos y helados se posaron sobre el lugar y lo insensibilizaron.

Al principio pensé que solo era la neblina que se adhería a mis mejillas. Que el viento debía de haber traído hacia mí el rocío de la cascada. Pero el dolor en mi garganta persistía, sólido e inmóvil, y algo muy parecido a un sollozo comenzó a bullir en mi pecho. No había nadie ahí que me viera llorar, y no tenía sentido intentar contener las lágrimas.

Apoyé mi rostro en la manta y con ella sofoqué el grito que salía por mi boca. Y fue como si, al

comenzar, hubiera abierto una compuerta; el resto llegó como una riada y no pude detenerlo. Cada fugaz pensamiento que cruzaba mi mente estaba teñido de sangre; podía sentirla en el fondo de mi garganta.

«Yo maté a ese hombre».

No, no era solo eso. Lo había torturado mediante el miedo. No es que no mereciera el castigo por los crímenes que había cometido; era cómo lo había castigado yo, cómo había usado a esos chicos, manipulándolos a ellos y sus recuerdos, cuando ellos ya eran víctimas. Y me había gustado hacerlo. Había disfrutado con lo fácil que había sido consumir su mente, llenarla de terror, un paso horroroso tras otro, hasta sentir que se desintegraba por completo. La oscuridad que se había extendido hacia mí era cálida. Estimulante. Su avalancha me había dejado una sensación de cosquilleo en los miembros que aún no me podía quitar.

Había desterrado a Knox por lo que le había hecho a Liam, pero había ignorado tozudamente la realidad de que Liam jamás, jamás habría considerado que esa fuera la decisión correcta. Había dado por supuesto que Knox era irredimible, pero era un chico: Knox o Wes, o como quiera que deseara llamarse, era uno de los nuestros. ¿En qué sentido era más perdonable haberlo arrojado fuera para que muriera de frío que intercambiar a los otros chicos por comida? Y Mason... Yo pude haberlo ayudado. Pude haber borrado sus recuerdos dolorosos, pero mi primera reacción había sido utilizarlo como arma. Como si no hubiera sido humano ni digno de tomar sus propias decisiones.

Puede que... Puede que los directores de los campamentos tuvieran razón al hacer lo que nos habían hecho a los chicos peligrosos. Puede que necesitáramos ser amordazados, encadenados, condicionados para seguir órdenes; me había parecido tan natural darles órdenes a Rob y a Knox, y a todos los demás chicos que me desafiaron en el almacén.

Y eso me transformaba en Clancy. Me hacía ser Martin. Me hacía ser la chica Naranja que, en el autocar hacia Thurmond, había impulsado a aquella mujer a suicidarse con su propia arma. Me hacía ser los innumerables chicos que habían torturado a las FEP y a los directores de los campamentos llenando sus cerebros con imágenes horripilantes.

Yo no era diferente de ellos en nada. Todo el tiempo había creído que obtener más control sobre mis habilidades suponía recuperar mi vida. Pero ese no era el caso, ¿verdad? Era completamente posible que mi incapacidad para controlarlas —temerlas— hubiera sido la única razón por la cual no había seguido antes a los demás Naranjas por aquel camino.

Ahora comprendía en qué sentido la Liga había sido buena para mí. Me había dado disciplina, concentración y dirección en cuanto a cómo usar mis habilidades. Eso solo demostraba que había tenido razón al decirle a Cate que yo no debía ser un Líder; necesitábamos personas más fuertes, personas que aún pudieran hacer honor a ese nombre. O, como mínimo, personas que aún pudieran confiar en que sus instintos no las llevarían hacia este tipo de oscuridad.

«Asesina». Igual que los demás agentes de la Liga.

La manta estaba cálida y húmeda con mis lágrimas. Levanté la cara otra vez e intenté enfriar mi rostro dolorido y mis pulmones, pero nada servía. Nada borraba las imágenes del aspecto que yo imaginaba que tenía Rob cuando Vida lo vio por última vez. Nada aliviaba los últimos pensamientos que habían fulgurado en su mente en los segundos anteriores al final de su vida. Una mujer hermosa con un vestido de cuadros, una bicicleta roja, un campo, el atardecer en Los Ángeles...

—Para —dije entre dientes—, para.

Y me dolía. Cada parte de mi cuerpo, desde el cegador dolor de cabeza detrás de mis ojos a los cortes y moratones de la espalda. No había suficiente espacio en mis pulmones para todo el aire que necesitaba. Sin importar cuán intensamente sacudieran mi cuerpo los sollozos, no podía atenuar aquella presión. Era como si me hubieran plegado una vez, y otra y otra más, hasta que ya no había quedado nada por hacer, salvo quebrarme.

El ajeteo del agua ahogaba los demás sonidos, incluidos los pasos que ahora marcaban un andar lento y vacilante sobre la madera, a mis espaldas. Pero yo supe que estaba ahí.

—Hola —dijo Liam con voz suave.

La niebla proveniente de las cascadas pasó entre nosotros, haciendo girar copos de nieve y transformándolos en una pantalla de un blanco puro. Cuando se alejó, con la siguiente brisa helada, Liam estaba ahí de pie, aún con mis botas aferradas contra el pecho, aún con ese aspecto torturado en su rostro ceniciento y ya desgastado. Abrió la boca y dio un pequeño paso adelante. Sus piernas estaban inestables aún, pero fue la forma en que me miró abiertamente, escrutando mi cara, lo que me produjo ansiedad.

Pero estaba vivo. Estaba ahí, de pie por sus propios medios. La niebla de sus ojos había desaparecido. Su respiración era superficial pero firme; una inspiración firme, una espiración firme, con solo una pequeña interrupción para toser.

Siempre había sido fácil leer el rostro de Liam. No podía ocultar sus pensamientos ni sus sentimientos, sin importar el número de sus sonrisas forzadas. Su cara estaba tan abierta como siempre, era tan desgarradoramente perfecta, aun cuando el dolor le hacía apretar los labios. Sus ojos eran... son tan pálidos bajo esta luz, y se fijaban en mis ojos, en mi nariz, en mis labios, como si nunca me hubiera visto antes y no deseara dejar de mirarme jamás. En el centro de mi pecho se inició un dolor que se expandió, retorciendo mis entrañas, hasta que finalmente me obligué a apartar la mirada.

—Yo no... —comenzó a decir, con palabras teñidas de una suave desesperación—. ¿Cómo puedo ayudar? ¿Qué... qué puedo hacer para que deje de doler? ¿Para que te sientas mejor?

«Liam, no puedes. Esta vez no». La idea me hizo sentir como si estuviera fuera de mi cuerpo, como si lo observara desde arriba de las cascadas mientras se acercaba a mí.

—Solo que no se lo digas a los demás —susurré—. Por favor.

Me sequé las lágrimas de la cara. Me escocían al deslizarse por mis mejillas, por mi barbilla, hacia mi cuello. Era vergonzoso y abrumador, pero de algún modo estaba bien que hubiera sido él quien me encontró.

Con el rabillo del ojo vi que asentía con la cabeza. Comprendía, desde luego; él se había alejado varias veces porque no quería que lo vieran descompuesto y deshecho. Cuando hay personas que dependen de ti, no puedes hacer otra cosa que dar una imagen valiente y decidida; de lo contrario, también socavas su confianza.

—Debe de haber un poco de ese medicamento... en la bolsa —decía él—, algo que te ayude a descansar o a... a...

Entonces habían llevado las medicinas al campamento. Chubs se las había administrado. El hecho de que Liam estuviese siquiera coherente como ahora significaba que la incursión no había sido en vano; algo bueno había salido de todo aquello.

Cogí las botas cuando me las ofreció y me las puse. La insensibilidad subía desde mis dedos hacia mis tobillos y mis pantorrillas, y yo aguardaba a que se extendiera. Estaba tan cansada; sentía mucho dolor. Me parecía estar debajo de una placa de hielo gris, sin la fuerza suficiente para salir de ahí. Respiré hondo, inclinando mi cabeza hacia atrás, como si eso fuera a bastar para contener las lágrimas.

—Dime —imploró—. No puedo... Esto es... Es demasiado.

«Demasiado». Mi mente se quedó con esa única frase. «Demasiado, demasiado, demasiado».

Liam se puso de rodillas junto a mí, su nuez de Adán subía y bajaba cuando tragaba; yo no podía quitarle los ojos de encima, no hasta que él extendió una mano y recorrió la cicatriz de mi frente con un dedo. Cuando no me alejé, lo sentí bajar suave como la caricia de una pluma por un lado de mi cara, a través de mi mejilla. Sentí sus manos ásperas y agrietadas a causa del tiempo inclemente mientras se deslizaban por mi cabello hasta descansar detrás de mis orejas. Cerré los ojos y permití que sus pulgares me quitaran los diminutos copos de nieve atrapados en mis pestañas.

«Vete —me dije a mí misma mientras me obligaba a abrir los ojos—. Vete, porque él no lo hará». Podía sentirlo inclinándose hacia mí, acercando su cabeza a la mía, y yo hice lo mismo: incliné mi rostro hacia arriba para encontrarlo a mitad de camino. Liam tenía los ojos cerrados y, por un instante, pareció estar atrapado en una especie de sueño. Sentí que su aliento entibiaba mis labios.

El contacto fue tan seguro, y yo lo había deseado durante tanto tiempo, que en aquel momento de aquella mañana casi me resultó fácil olvidar lo que yo había hecho.

Que se suponía que él no me conocía en absoluto y mucho menos que yo le importara lo bastante para intentarlo.

«Demasiado».

—¿Qué haces? —susurré.

Cada músculo en él pareció congelarse, y advertí la alarma en su rostro. Liam retiró las manos bruscamente, perdiendo el equilibrio con el gesto. Intentó erguirse sobre sus pies, pero estaba lento y débil, y lo máximo que consiguió fue mirar hacia otra parte mientras los extremos de sus orejas enrojecían. Ya estaba de pie y se alejaba, antes de que la sensación de su contacto hubiera desaparecido de mi piel.

Murmuró algo, colocándose las manos bajo los brazos mientras sacudía la cabeza. Retrocedió dos pasos, y me pregunté qué expresión debía de tener mi cara para que la reflejara con semejante aspecto de estar perdido.

—Está bien —le dije, aunque eso estaba muy lejos de la verdad; me habría reído si ya entonces no hubiera estado llorando.

Era asombroso; no tenía la menor idea de que uno podía seguir hundiéndose aun después de haber tocado el oscuro fondo de su vida. Pero permitir que se acercara tanto, permitir que me consolara después de todo lo que yo había hecho, eso era dolorosamente vil.

Antes de que pudiera acabar, Liam estaba hablando de nuevo y había regresado de nuevo su extraño tono de voz. Aun mientras hablaba, seguía sacudiendo la cabeza.

—Ruby... Eres Ruby. Chubs me dijo que tú, Vida y Amiguito lo ayudasteis a cuidar de mí. Dijo que tú y yo, que nunca nos habíamos visto antes, pero nos conocemos, tiene que haber sido así porque conozco tu cara. Conozco tu voz. ¿Cómo es posible?

—Mientras estabas enfermo, yo te hablaba —dije, sintiendo la garra del pánico en mi estómago—. En el almacén de Nashville.

—No..., no..., digo, sí. Sé que lo hiciste. —Liam se paseaba de un modo que casi parecía el de un perturbado. Iba y venía recorriendo el ancho de la pequeña plataforma de madera—. No es eso; sé que no lo es.

Ponle un fin a esto ahora. No lo empeores. Un corte limpio y puedes acabar con esto ahora.

—Pertenezco a la Liga —le solté de forma brusca, porque era lo único que sabía que evitaría que se me acercara, lo único que cambiaría esa mirada de compasión por una de total desprecio.

—Tú... —comenzó—. ¿Qué? Eso... no es posible.

Los campamentos. Necesitaba pensar en los campamentos que liberaríamos en cuanto les llevara de regreso a Cole y Cate la información de la memoria USB. La buena obra que resultaría de todo esto, alzándose sobre la sangre que se juntaba a mis pies y sobre el rastro de humo y fuego que habían dejado mis pisadas. Ahora ese era mi futuro. Era lo único que quedaba para mí.

—Tienes razón. Nos conocemos —dije—. Del santuario de Maryland. Te entregué el dinero que te enviaba tu hermano, ¿lo recuerdas?

Ahora lo recordaba. Pude verlo en su rostro, en la forma en que recobraba su seguridad. Mantuve la mirada en los árboles situados detrás de su cabeza y los brazos cruzados sobre mi regazo, en un intento de atrapar esa última brizna de calor. Liam parecía a punto de vomitar.

—Pero te saliste, ¿no? —dijo Liam—. Porque Chubs me lo habría dicho. No me lo habría ocultado. Pertenecías a la Liga, pero ahora eres...

—Estoy con la Liga, y también lo están Vida y Jude. —Conocía a Chubs lo suficiente como para saber exactamente por qué no había dejado escapar esa información—. No te lo dijo porque sabía que querrías marcharte. Pero él y yo tenemos un acuerdo.

—No... no lo entiendo —consiguió decir con esfuerzo Liam. Ahora retrocedía otra vez, pasándose una mano por el rostro—. ¿Un acuerdo?

Ya le había clavado el cuchillo en el pecho. Retorcerlo daría fin a todo para siempre.

«No —susurró una vocecita—. Otra vez no».

Me miraba con fijeza, esperando, temblando de frío o de furia, no podía saberlo. Me acerqué a él y él me lo permitió. Ahora Liam respiraba con mayor esfuerzo, con un ruido sibilante y húmedo, mientras yo extendía una mano hacia el dobladillo inferior de la chaqueta de su hermano y desgarraba la costura que había hecho Cole ahí apresuradamente.

La memoria USB era un simple rectángulo negro con la impresión del cisne dorado de Leda Corporation. Estaba tibia por la cercanía de su cuerpo durante las últimas horas, días quizás.

Liam retrocedió vacilando mientras cada pensamiento suyo chocaba contra su rostro.

—¿Qué diablos es eso?

—Tu hermano —dijo—. Nos envió a buscarte. Cuando huiste, en Philly, te llevaste su chaqueta en lugar de la tuya. Y te llevaste esto.

—¿Qué es eso? —repitió, intentando coger la memoria.

Cerré el puño y me lo metí en el bolsillo antes de caer en la tentación de hacer algo estúpido. Todo esto por un pequeño trozo de plástico barato.

—Es información clasificada —le dije, obligando a mis pies a avanzar por el sendero—. De la

Operación que dirigía tu hermano.

Tenía la débil esperanza de que no viniera tras de mí. De que permaneciera ahí y yo pudiera regresar, atravesar el campamento, el bosque que hubiera y, sencillamente, desaparecer. Pero en mi vida nunca nada iba a ser tan fácil. En lugar de ello, pasó junto a mí por el sendero dando esos primeros pasos como si estuviera saliendo a trompicones del mar con el agua hasta las rodillas, inestable y tosiendo el fluido que tenía en los pulmones. De forma instintiva extendí una mano para sostenerlo, pero se deshizo bruscamente de mí y continuó avanzando, llamando a Chubs.

Chubs ya debía de haber estado buscándonos. El chico era un desastre de ojos soñolientos y ropas arrugadas; su cerebro no debía de haberse despertado del todo, porque no se le había ocurrido ponerse un abrigo o unos zapatos a pesar de la gélida temperatura.

—¿Qué? —gritó, mirándonos a uno y a otro—. ¿Qué sucede?

—Ni siquiera puedo creerte a ti —le espetó Liam—. ¿Qué jodida clase de juego estáis jugando aquí?

Chubs parpadeó.

—¿De qué...?

—¡Lo sé todo! —Liam se plantó ante Chubs, agitado aún por la subida de regreso hacia el sendero—. ¿Cuánto tiempo más planeabas ocultármelo? ¿La Liga? ¿De verdad? ¡Cielos, se supone que aquí tú eres el listo! ¿Hiciste un trato con ellos?

—Ah.

Chubs se pasó una mano por la mata de pelo negro y dejó escapar un suspiro largo y exasperado. Tenía unos tres segundos para desviar la ira de Liam hacia mí otra vez antes de que Chubs dijera algo de lo que realmente se arrepentiría.

—¡Sí, eso!

Liam entró en el campamento y se acercó furioso al fuego ya extinguido. No me dejaba acercarme ni siquiera lo bastante como para compartir el aire que respiraba.

—¿Puedes escucharme, por favor? —pregunté—. Todo fue idea mía; todo. Tu hermano nos envió a buscar la memoria, y mientras lo hacíamos encontramos a tu amigo. Acordamos que, si lo ayudábamos a encontrarte, no diríamos nada acerca de ti a la Liga. Y que te ayudaríamos a llegar a California para buscar a Zu.

Al principio supuse que la mirada que Chubs dirigió en mi dirección, con los ojos como platos, se debía a su perplejidad por mi capacidad para decir una mentira tras otra. Pero una parte de mí debió de saber, aun mientras decía aquellas palabras, que estaba tocando el tema incorrecto.

—Y tú, ¿cómo sabes eso? —preguntó Liam—. Y ¿de dónde la conoces exactamente?

Tragué saliva y crucé los brazos sobre el abdomen mientras mi mente daba vueltas por las excusas, una peor que la otra.

—¡Contesta!

Me encogí.

—Yo solo he... oído historias; de Chubs, quiero decir.

Liam se volvió hacia Chubs con el rostro rojo de rabia e incredulidad.

—¿Qué más le has dicho?

—¡Nada! Liam, debes calmarte; por favor, siéntate. Escucha.

—¡No puedo creerlo! ¿Te das cuenta de que tienen formas de rastrearla? ¿Es que quieres que se la



lleven? Zu..., prometimos que lo haríamos, creía...

—Él no me dijo nada sobre ella, salvo que viajabais juntos por un tiempo —dije con calma.

Liam se había mostrado protector con todos nosotros, pero Zu había sido un caso especial.

—¡Tú no te metas en esto, Verde! —Todavía estaba concentrado en Chubs—. ¿Qué más le has dicho? ¿Qué más consiguió sonsacarte?

Me eché hacia atrás; una única palabra me había hecho perder el equilibrio.

—¿Cómo la has llamado? —lo interrumpió Chubs.

Desde luego, él también lo había pillado.

—¿Qué? ¿Ahora no se me permite usar su nombre? —preguntó. La expresión de su rostro rebosaba escarnio—. ¿Cómo quieres que te llame? ¿Qué astuto nombre clave ha pensado para ti la Liga? ¿Calabaza? ¿Tigre? ¿Mandarina?

—Me has llamado Verde —dije yo.

—No, no lo he hecho —contestó él—. ¿Por qué demonios te llamaría así? Sé lo que eres.

—Sí lo has hecho —insistió Chubs—. La has llamado Verde. ¿De verdad no te acuerdas?

Mi corazón hizo añicos el hielo que lo cubría y golpeó contra mi parrilla costal, latiendo cada vez más fuerte con cada minuto de silencio que siguió. La ira lo había abandonado por completo y fue reemplazada por la confusión, que se transformó en un temor franco, sin tapujos, cuando nos miró a Chubs y a mí.

—Está bien —dije, extendiendo las manos en un débil intento de apaciguarlo—. Está bien. Puedes llamarme como quieras; en realidad no importa...

—¿Estás jugando con él? ¿Lo estás obligando a ser bueno contigo? —preguntó Liam.

Su rostro había enrojecido y casi parecía que su ira se había convertido en ansiedad. Miraba a su amigo y veía a un extraño.

No podía seguirle el ritmo a sus repentinos cambios de humor y de repente me pregunté si merecía la pena el intento. El recuerdo de lo que había pasado cuando me encontró junto a las cascadas se evaporó como la neblina bajo los rayos del sol. Tal vez yo lo había imaginado todo.

—¿Me tomas el pelo? —dijo Chubs—. ¿Después de lo que sucedió en East River? ¿Necesito recordarte que mientras Clancy Gray te transformaba en su mascota a mí ni siquiera podía tocarme?

—Yo no... ¿Qué? —El aire salió de los pulmones de Liam como una explosión—. ¿De qué estás hablando?

«Oh —pensé—, maldición».

Cuando entré en su mente y me borré de los recuerdos de Liam, tuve que... cambiar algunos de ellos, de lo contrario hubieran resultado absurdos. La noche que intentamos marcharnos de East River era uno de ellos, porque todo el aterrador episodio se había desencadenado a raíz de que yo había bajado la guardia y confiado en Clancy cuando no debí haberlo hecho. Yo era una parte esencial de la historia.

Pero ¿qué había colocado ahí en su reemplazo? ¿Había borrado esa noche por completo? Mi mente daba vueltas, intentando averiguar qué imágenes había deslizado en ese espacio vacío, pero todo era negro, y negro y negro.

Chubs se volvió para mirarme con una furia que podría haber calcinado una montaña.

—¿Por qué la miras a ella? —explotó Liam—. Ni siquiera sé qué estás haciendo aquí, ¡y con ellos!

—¡Estábamos intentando encontrarte! —dijo Chubs—. ¡Lo único que queríamos hacer todos nosotros era ayudarte!

—¡Pero me cago en todo! —Se oyó la estridente voz de Vida desde el interior de la tienda—. ¿Podéis callaros los dos y volver a los arrumacos? ¡No necesitamos oír la misma mierda de discusión por la jodida décima vez antes de las cinco de la mañana!

Jude hizo un valeroso intento de hacerla callar, pero el daño ya había sido hecho.

—Tú... tú... No puedo... —soltó Chubs demasiado furioso para formular una oración completa—. ¡Sal de ahí! ¡Ahora mismo!

—Ven a buscarme, grandullón —le respondió ella—. Sé que no tengo esas partes que te gustan, pero siempre podemos hacer que funcione.

—Ah, ¿un cerebro que funcione, por ejemplo? —gritó él.

—¡Chubs! —le espeté. Él sabía cómo era Vida; solo estaba haciéndole el juego—. Vida, por favor, sal. Tú también, Jude.

Vida abandonó la tienda envuelta en una manta como si fuera el manto de una reina. El efecto se estropeaba por el hecho de que su pelo azul desvaído sobresalía a cada lado de su cabeza como si fueran dos cuernos. El aspecto de Jude no era mucho mejor: no sé si había visto alguna vez semejantes ojeras. Salió, encorvado, detrás de ella, vestido con su chaqueta acolchada, y se sentó al otro lado del hoyo de la fogata.

—No cambiaré de opinión, así que ni siquiera empieces a contarme la historia de lo magnífica que es la Liga, de lo maravillosos que son los agentes —dijo Liam, cruzando los brazos sobre el pecho—. Dile a Cole que se vaya a tomar por culo. No necesito que ni él ni tú cuidéis de mí.

—Lo dice el chico que estaba a dos pasos de las zarpas de la muerte cuando lo encontramos —dijo Vida, poniendo los ojos en blanco—. Por cierto, no me des las jodidas gracias.

—Te prometo que la única motivación que tenemos es obtener la memoria flash y cumplir nuestro acuerdo hasta el final —le dije mientras observaba cómo su pecho subía y bajaba por el esfuerzo de inhalar suficiente aire.

Era más fácil hablarle como si fuera un desconocido. Y con aquella palidez, con su delgadez, sin afeitarse y sucio como estaba, no era difícil imaginárselo así.

«Este no es Liam —pensé—. Algo va mal».

—¿Es así? —dijo Liam con frialdad—. Yo no he pedido nada de esto y lo último que podría desear es recibir los cuidados de alguien como tú.

Me tomó un segundo más que a los otros comprender que aquel último comentario estaba dirigido a mí.

—¡Eh! —intervino Jude—. Solo intentamos ayudar. No es necesario que nos trates mal por ello.

—Liam, estás siendo drástico —comenzó a decir Chubs.

—Y tú..., cielos, es como si te hubieran dado un par de gafas nuevas, un coche y un poco de tecnología y te creyeras Rambo en la selva. Nunca pensé que te prestarías a esto.

—Si él se fía de nosotros —intentó otra vez Jude—, ¿por qué no puedes confiar tú?

—¿En la Liga? —Liam soltó una única carcajada—. ¿De verdad eres tan tonto? —Levantó una mano para acallar lo que fuera que Vida estaba por decir—. Hablan de rehabilitación y no hacen más que tener a los chicos de rehenes. Hablan de entrenar a los chicos para que puedan defenderse y

después se dan la vuelta y los envían a que los maten. O bien estamos en campamentos, o bien estamos con la Liga o bien somos fugitivos, y esta no es siquiera una opción. ¿Quieres saber lo que yo quiero? Una opción. Solo una. Y este soy yo escogiendo mi opción. Puede que estés bien volviendo a los brazos de esos asesinos, pero yo voy a mantenerme lejos de ellos. De ti.

Tras decir esto, pasó junto a donde estábamos Chubs y yo, y se dirigió hacia el mismo sendero que llevaba a las cascadas. Chubs me miró de soslayo, pero yo mantuve los ojos en Liam mientras me sentaba en un tronco, frotándome de forma distraída la hilera de puntos que tenía en la cintura.

—¿De verdad crees que quiere que vaya en su busca esta vez? —pregunté.

Chubs lanzó un suspiro, frotándose los brazos enérgicamente con las manos y siguió a su amigo por el sendero. Ninguno de los dos llegó muy lejos; si me ponía de puntillas podía ver dónde estaba Liam, apoyado con todo su peso contra un árbol. Al principio pareció que Chubs mantenía una prudente distancia, evitando provocar a Liam otra vez. Pero debió de decirle algo, debió de disculparse, porque un instante después estaba junto a él, con una mano en la espalda de Liam y la otra señalando en nuestra dirección.

—No me puedo creer que dijera toda esas sandeces —se quejó Vida—. Ese chico tiene más cambios de humor que la fiesta de cumpleaños de un niño pequeño.

—No me había dado cuenta de que nos odiaba tanto... —dijo Jude.

—No te odia a ti —le prometí, mirando aún a los chicos—. Odia a la Liga. Cree que estaríamos mucho mejor sin ellos; cree que no los necesitamos.

—Bueno, él nos necesitaba —dijo Vida— en el momento en que se estaba ahogando en sus propios mocos.

Jude permanecía en silencio, aun cuando me observaba observar a los otros. Cuando lo miré para preguntarle qué pasaba, no hizo más que desviar la mirada y ocuparse de buscar el abrigo de Chubs dentro de la tienda. Me obligué a sentarme en uno de los troncos que había junto a la fogata apagada mientras mi cerebro latía al compás de mi pulso.

Pasaron diez minutos antes de que Chubs y Liam regresaran. Chubs aún sacudía la cabeza, obviamente frustrado. Liam mantuvo su rostro inclinado, evitándonos a todos. El viento gélido, o la vergüenza, le había enrojecido las puntas de las orejas. Cuando pasó junto a nosotros, hacia la tienda, seguía con las manos en los bolsillos.

—Ha aceptado quedarse, por ahora —dijo Chubs—. Desea ir a California a buscar a Zu, pero no quiere que ninguno de vosotros pueda rastrearnos; bueno, probablemente debamos separarnos antes de llegar a la frontera estatal.

—A ese chico le falta un hervor, ¿o no? —dijo Vida, poniendo los ojos en blanco. Jude se apiñó con ellos y le extendió el abrigo a un agradecido y tembloroso Chubs—. Asegúrate de mandarnos una postal cuando te cojan de una oreja y te arrastren de regreso a un campamento.

—Seguiré intentándolo —prometió Chubs—. Solo necesita calmarse.

—Lo sé —dije yo—. Gracias.

Pero sabía que eso no sería suficiente.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

El parque estatal de Natural Falls estaba situado en Oklahoma, en lo que la mayoría consideraba las tierras altas de los Ozarks, justo en la esquina noreste del estado, donde el mes de diciembre era realmente muy frío. Chubs me ofreció un breve paseo por el campamento mientras volvíamos en busca de los demás. Unas cuantas mesas de picnic aquí y allá, un aparcamiento para caravanas, varios senderos que entrelazaban entre sí. Lo único que importaba de verdad era que el sitio de acampada estaba abandonado.

—¿Sientes dolor? —me preguntó mientras arrojaba otra rama al fuego cada vez mayor.

—Estoy bien. Solo quiero saber qué ocurrió.

Me hice a un lado, dejándole la mitad del tronco para que no tuviera que sentarse en la nieve, y le pasé un extremo de la manta por encima de los hombros, acercándolo a mí. Todavía olía débilmente a jabón de lavar y a desinfectante de manos; sentía los olores de la tierra, de esa que delataba cuántas noches había dormido en el suelo sin ducharse. El pobre chico probablemente se sentía morir.

—Vale —dijo, y respiró hondo.

Habían sabido de inmediato que algo iba mal cuando solo regresó la mitad del grupo que iba con Olivia. Ella y su grupo de diez habían regresado casi sin un rasguño, con tantas provisiones como pudieron cargar sobre el agua. Brett no apareció hasta dos horas después, avanzando dificultosamente por el aparcamiento, empapado, con Jude aún sobre los hombros. A su grupo no le había ido tan bien: solo cinco de ellos habían conseguido regresar, y yo no estaba incluida entre ellos.

—Le enseñé a Olivia cómo suministrar correctamente el medicamento a los chicos, le di su dosis a Liam, y después lo llevamos al coche. Pasamos la mayor parte de la noche dando vueltas, intentando coger una señal de Internet para bajar una actualización de la red de dispositivos de seguimiento. Estábamos convencidos de que las FEP te habían echado el guante.

—Casi —susurré, pero no pensé que pudiera oírme.

Aun antes de que ellos encontraran una conexión a la cual conectarse, Cate había mandado un mensaje a través del intercomunicador. Resulta que, cuando te cargan en el analizador, el artefacto que las FEP habían usado conmigo, no solo te ponen sobre el tapete para placer visual de las FEP o de la red de dispositivos de seguimiento. Además, actualizó esa misma lista con marcas de tiempo y ubicación, tanto en la red de las FEP como en la de los dispositivos de seguimiento.

«Así es como Rob supo que debía buscar en esa área», pensé.

—Pero ¿cómo supisteis que debíais buscar a Rob, para empezar?

—Al principio no lo supimos. Viajaba con un nombre falso. —Chubs bajó la vista hacia donde sus dedos estaban entrelazados—. Él actualizó la red de dispositivos de seguimiento para informar que te había recobrado. Cuando sucedió eso, pude mirar su perfil, saber qué coche había registrado y cuál era la matrícula. No estábamos demasiado lejos de la zona, pero todavía me asombra que consiguiéramos mantener la calma el tiempo suficiente para encontrarte. Después de eso vinimos aquí; llevamos casi cuatro días acampados.

—Gracias —dije, tras un breve silencio— por no abandonarme.

—¿De verdad pensabas que íbamos a abandonarte? —preguntó—. ¿Que no habríamos hecho todo lo posible para encontrarte?

—No es eso lo que quise decir —dije—. Es solo que... —«Tal vez habría sido mejor si hubieran permitido que me llevaran». El zumbido en mis oídos ahogó el mundo y sentí que regresaba el primer contacto con el pánico—. Si él no se siente bien con nosotros, podría ser mejor separarnos.

—No. No tiene sentido —dijo Chubs—. No puedo seguirle el ritmo a sus cambios de humor. Cuando te encontramos estaba desesperado, hundido en un colapso total. Nunca lo había visto así. Puede que una parte de él se haya dado cuenta de que vosotros erais miembros de la Liga antes de que se lo dijeras... Eso es lo único que se me ocurre como explicación de por qué actúa así. El Liam que conocí no habría admitido abandonar a un grupo de chicos si hubiera pensado que podíamos llevarnos bien; tú eres una prueba de ello. Pero es como si, desde que comenzó a sentirse mejor, estuviera nervioso. Irritable.

—No tiene ningún motivo para confiar en nosotros —dije—. Lo entiendo.

—Oye, yo no voy a escoger —dijo Chubs—. No puedo dejar que se marche solo otra vez, pero tampoco voy a abandonarte. Así que debes encontrar una forma de hacer que esto funcione, ¿lo entiendes? Debes hacer que confíe en ti. Espera..., ¿por qué dices que no con la cabeza?

—Me refería a lo que le dije —expliqué—. No era toda la verdad, pero es lo máximo que puedo hacer. Os ayudaré a llegar dondequiera que queráis ir; después volveré con Cole, a acabar con todo esto.

El brazo de Chubs me apretó con más fuerza, pero lo que me ahogó fue la conmoción, el dolor y el miedo que emanaba de él mientras yo me esforzaba por hablar.

—Tú sabes... Tú sabes cuán importante es esto. Pienso que, si no estoy ahí para asegurarme de que ocurra, si no veo por mí misma qué causó esto —hice un gesto entre nosotros—, nunca me lo perdonaré. Si no puedo... Si ya no puedo estar cerca de Liam, al menos puedo hacer eso por él. Ese era su sueño, ¿lo recuerdas?

—No —susurró—, no puedo hacerlo; no puede ser como fue con Zu, como ha sido estos últimos seis meses. Sé que es egoísta, pero necesito saber que estás a salvo, y nunca estarás a salvo con ellos. Piénsatelo, por lo menos, ¿de acuerdo? Dame una oportunidad para hacerte cambiar de opinión también a ti.

«No», pensé, dirigiéndole una débil sonrisa tranquilizadora. Aun si Liam no me mirara con ese odio en los ojos, incluso si me hubiera besado en la cascada, nada habría importado. Yo no era la página en blanco que había sido cuando Liam, Chubs y Zu me encontraron. Había hecho cosas de las que me avergonzaba, sin duda, pero ahora había llegado a un lugar del cual no podía volver, y en ellos había demasiada luz como para arrastrarlos conmigo a ese lugar.

—Ya lo veremos —le dije, apretándole los dedos—, ya lo veremos.

A pesar de que no teníamos mapas, ni ninguna forma de bajar una actualización de la red de dispositivos de seguimiento para orientarnos, Chubs siguió insistiendo para que abandonáramos el parque tan rápido como pudiéramos. Disponíamos de una noche más para descansar, y después, al día siguiente, conduciríamos otra vez hacia el oeste.

Yo dudaba de que eso fuera así porque le urgiera llegar a California. Chubs había llegado al límite

de sus fuerzas para poder vérselas con un entorno tan frío, tanto en lo físico como en lo emocional. No estaba segura de lo que podría hacer Vida si recibía un sermón más sobre la hipotermia, pero me imaginaba que probablemente incluía a Chubs, la fogata y un certero empujón. Ella no se había percatado de que la preocupación de Chubs no era por sí mismo.

El frío estaba haciendo estragos en los pulmones de Liam. Jadeaba y resoplaba, y carraspeaba y tosía de forma seca cada vez que intentaba acelerar su andar lento y dificultoso. En lugar de intentar recoger las provisiones dispersas, se acurrucó junto a Jude y le ayudó a avivar el fuego, mientras debatían cuál de los dos discos de Bruce Springsteen era mejor, si *Born in the U.S.A.* o *Born to Run*.

Tras lo cual, fueron hasta el asiento trasero del todoterreno a buscar más abrigo. Sin pensárselo, Liam cogió su antigua chaqueta de piel y se la colocó sobre la más delgada de color verde oscuro.

—Pero esa es... —comenzó a objetar Jude.

Sacudí la cabeza enérgicamente en su dirección y la agaché antes de que Liam se volviera y averiguara por qué Jude había cerrado el pico. Después de eso, me ocupé especialmente de no cruzarme en su camino. Cuando él iba hacia la izquierda, yo iba a la derecha, y siempre mantenía el fuego entre nosotros. Para cuando Jude comenzó a dar fuertes indicios de que necesitaba que le dieran la cena, Liam parecía haberse relajado. Lo suficiente, al menos, como para sonreír cuando Chubs tropezó y se vino abajo con un graznido, lanzando por el aire las raciones de comida que traía entre los brazos.

—Me preguntaba qué había pasado con todo esto —dije, mientras le ayudaba a recoger los paquetes de papel de aluminio.

—Tuvimos que dejar la mayor parte —respondió Chubs, mientras volvíamos donde los demás se acurrucaban junto a la fogata—. En su mayoría, es lo que pudimos meternos en los bolsillos. Ha sido suficiente. Vale, ¿quién quiere qué?

—Yo cogeré una de esas barritas de higo chinas, si ves alguna por ahí —dijo Jude.

—Yo la mezcla de frutos secos francesa —pidió Vida—. El envoltorio plateado.

—¿Alguno se ha preguntado de dónde ha salido todo esto? —pregunté—. ¿O por qué estaba ahí, echándose a perder?

—Decidimos que la respuesta a eso es que el presidente es un mamón taimado y que el resto del mundo no es ni la mitad de malo de lo que habíamos pensado —dijo Vida—. Punto pelota.

Todo ese tiempo, el presidente Gray había insistido en sus discursos semanales en que los norteamericanos estaban saliendo adelante por sí mismos y cuidando a sus compatriotas. El presidente se había ocupado especialmente, una y otra vez, de culpar a las Naciones Unidas por las sanciones económicas que habían impuesto al país. Nadie comerciaba con nosotros, por lo que debíamos comerciar entre nosotros. Nadie enviaría ayudas financieras, por lo cual las pocas personas que no habían perdido la mayor parte de su fortuna al desplomarse los mercados deberían ser los donantes. Los norteamericanos ayudarían a los norteamericanos.

Reino Unido, Francia, Japón, Alemania, dijo una vez, «sencillamente no entienden el estilo americano». No habían sido afectados por la ENIAA; no habían sentido la punzada de nuestro dolor. Lo miraba en uno de los televisores del atrio, allá en el Cuartel General, con un rostro que se veía más viejo y gris que solo una semana antes. Parecía como si estuviera sentado en la Sala Oval, pero Nico había señalado el brillo alrededor de la imagen, lo cual indicaba la utilización de alguna clase de pantalla verde. Teniendo en cuenta que era un personaje con infinitas posibilidades de protección, no

había vuelto a D. C. desde las primeras bombas; simplemente se había trasladado de un rascacielos de Manhattan a otro.

«No entienden que en momentos como estos son necesarios ciertos sacrificios —había continuado Gray—. Que podemos superarlo, con tiempo y dedicación. Somos estadounidenses, y lo haremos a nuestro modo, como siempre lo hemos...». Y ese fue su discurso más largo; cuantas más palabras usaba, menos significado tenían. Era una inacabable corriente de ideas tan vacías como su tono de voz. Todo lo que hacían entonces era girar y girar y girar en círculos hasta que nosotros estábamos demasiado mareados para escuchar lo que en realidad estaban diciendo.

—Y tú, ¿qué tal? —le pregunté a Liam—. ¿Tienes hambre?

El tiempo y el silencio, y su evidente vergüenza por el ataque de nervios, habían suavizado a Liam un poco; primero con respecto a Jude, quien, a pesar de todo lo que Liam le había dicho, lo miraba igual que un niño podría mirar boquiabierto a su jugador de béisbol favorito. Después, con respecto a Vida, cuya encantadora personalidad no permitía que nadie la ignorara demasiado tiempo. Yo notaba que Liam aún estaba enfadado con Chubs, pero que hasta eso iba menguando ahora que la conmoción inicial se había desvanecido. Me alegraba que Vida y Jude pudieran atisbar quién era realmente Liam, sin aquella armadura extraña y magullada en la que se había metido.

—Sí... Me conformo con lo que sea.

No levantó la vista de la pequeña libreta negra que tenía en su mano derecha.

Volví a sentarme junto a Chubs y dejé que hablara sin parar, sin escuchar una sola palabra de lo que me decía. A mi derecha, Jude construía un muñeco de nieve en miniatura usando los M&M de su mezcla de frutos secos para hacerle la sonrisa, aunque era lo bastante torcida como para que, más que mono, pareciera un loco. Mientras lo hacía tarareaba una versión suave y aspirada de un tema de Springsteen.

—¿Joseph Lister? —preguntó Liam súbitamente, rasgando el silencio—. ¿En serio? ¿Él?

Chubs, junto a mí, se puso rígido.

—Ese hombre fue un héroe. Fue un pionero en la investigación de los orígenes de las infecciones y la esterilización.

Liam miró con frialdad la cubierta de escay de la identificación del dispositivo de seguimiento de Chubs, mientras escogía las palabras.

—¿No podrías haber escogido algo más guay? ¿Alguien que quizá no sea un tipo blanco, viejo y muerto?

—Su trabajo condujo a la reducción de las infecciones postoperatorias y a prácticas quirúrgicas más seguras —insistió Chubs—. ¿A quién habrías escogido tú? ¿Al Capitán América?

—Steve Rogers es un nombre perfectamente legítimo. —Liam le devolvió la identificación a Chubs—. Todo esto es... muy Boba Fett de tu parte. No sé bien qué decirte, Chubsie.

«Dile que está bien —pensé, recordando el temor en la voz de Chubs al confesar que había entregado a aquel chico—. Dile que entiendes por qué debía hacerlo, aun si no lo entiendes».

—¿Qué? —se burló Chubs con una voz apenas demasiado ligera—. Por primera vez te has quedado sin palabras.

—No, solo me siento... —Liam se aclaró la garganta—. Agradecido, creo. De que vinieras a buscarme y tuvieras que hacer... esto. Sé que no ha sido fácil... Sé que no puede haber sido fácil.

—Callaos y empezad a chuparos la cara unos a otros de una vez —gruñó Vida, inclinándose de una forma extraña sobre el tronco. Ella jamás iba a admitirlo, pero yo sabía que el dolor de las quemaduras de la espalda la estaba matando—. Estoy intentando recuperar el sueño que perdí cuando os pusisteis a chillar como dos gatos en celo.

—Señorita Vida —dijo Liam—, ¿le ha dicho alguien que es usted la guinda del postre de la vida? Ella le dirigió una mirada asesina.

—¿Te han dicho alguna vez que tu cabeza tiene forma de lápiz?

—Eso es físicamente imposible —refunfuñó Chubs—. Sería...

—De hecho —comenzó Liam—, Cole me lo dijo una vez... ¿Qué?

—Oh, perdona —dijo Chubs—, al parecer la mitad de mi oración ha interrumpido el comienzo de la tuya. Continúa.

—Supondré que probablemente no deseáis oír sobre la ocasión en que hizo pasar mi cabeza a través de la valla del vecino...

—¿Dolió mucho? ¿Hubo mucha sangre? —preguntó Vida repentinamente interesada—. ¿Perdiste una oreja?

Liam se puso las manos junto a las orejas indicando que ambas estaban firmemente pegadas a su cráneo.

—Entonces no —dijo ella—. Nadie quiere escuchar tu aburridísima historia.

La noche cayó rápidamente. Seguí el movimiento del sol a través de los árboles. El débil resplandor naranja recorrió el suelo nevado del bosque, hasta que finalmente se perdió en un gris soñoliento y el frío nos obligó a entrar en la tienda.

Vida estaba tumbada, con el intercomunicador en alto, y lo movía en busca de la posición correcta para captar una señal. Había estado intentando enviar un «DESPEJADO // OBJETIVO CONSEGUIDO» como respuesta a los diez mensajes de «INFORMAR ESTADO» que nos estaban esperando cuando conectó el aparato, pocos días antes. Si Cate estaba la mitad de ansiosa por establecer contacto de lo que estaba Vida, yo tenía la sensación de que habría otros diez mensajes esperando cuando el artefacto volviera a conectarse a la red del intercomunicador.

—¿Nada? —pregunté.

Lo dejó caer sobre su pecho con un suspiro de fastidio y sacudió la cabeza.

—Tal vez cuando hayamos salido de las montañas —dije, pero ella no pareció consolarse con la idea.

Vida me lanzó una mirada entrecerrando los ojos desde el otro lado de la oscuridad de la tienda.

—¿Cuándo has empezado tú a beber del vaso medio lleno?

Gruñí, y al sentir la siguiente punzada de dolor en mi espalda apoyé otra vez el rostro sobre los brazos.

—¿Te duele? —preguntó Chubs.

Mantuvo una mano abierta sobre mis omóplatos para mantenerme inclinada mientras con la otra tiraba de los puntos.

Respondí con otro gruñido.

—Voy a desinfectarla otra vez —advirtió Chubs.

—Estupendo.



Nos sumimos en una pequeña calma que iba a contracorriente de los vientos que soplaban fuera. Cuando acabó conmigo, Chubs cogió un libro, *Colmillo blanco*, y se tumbó a leer en su saco de dormir. Yo permanecí boca abajo, esforzándome en dormir.

Jude reapareció en la entrada de la tienda con las linternas que lo habían mandado a buscar al coche. Su cabello rizado estaba cubierto de una gruesa capa de nieve que decidió sacudirse sobre nosotros. Fue la primera sonrisa que le vi en varios... ¿días? ¿Semanas? Cuando nuestras miradas se cruzaron, Jude apartó la suya y fue a sentarse junto a Liam para volver a su juego de guerra.

Cuanto más tiempo permanecíamos en silencio, más agobiante se hacía la incomodidad. Vida, además, empezaba a tener aquel peligroso resplandor en los ojos: una sonrisa que se iba haciendo gradualmente más malvada mientras miraba el costado de la cabeza de Chubs.

—He estado pensando —dijo Liam súbitamente.

—Toda una novedad —replicó Chubs, volviendo la página del libro.

Liam puso los ojos en blanco.

—Se está haciendo tarde y he pensado que deberíamos turnarnos para hacer guardia. Establecer turnos. ¿Os parece bien?

Asentí con la cabeza.

—El joven Jude, aquí, y yo podemos hacer la primera guardia —dijo Liam—. Ruby y Chubs, la segunda, y Vida puede encargarse de la última.

Pensé en objetar el orden, pero Liam parecía estar preparado para el reto y yo no era capaz de enfrentarme a él.

No pude dormir más que a ratos y me revolví toda la noche en las mantas que hacían las veces de ropa de cama. Estuve despierta para oír cómo Liam le contaba en voz baja a Jude una película de terror que había visto religiosamente de pequeño.

Las mantas susurraron cuando los chicos regresaron a los lechos arrastrando los pies. Jude casi había caído de rodillas entre Chubs y yo, agotado, dándonos palmaditas en la espalda hasta que estuvimos despiertos y sentados. Soltó un suspiro feliz mientras se enrollaba en las mantas. Pero Liam se acercó lentamente, casi dubitativo. Sentí su mirada fija en mí igual que se siente un rayo de sol que entra por la ventana. Cálido. Concentrado.

Me levanté cuando él se deslizó debajo del otro extremo de la manta, y se puso tan lejos de mí como pudo sin renunciar a la tibieza o la comodidad de la tela acolchada que nos separaba del suelo.

Para estar ocupados y mantener la sangre en movimiento, Chubs y yo dimos una vuelta por el campamento, agradecidos de que el viento y la nieve hubieran cesado, aunque solo fuera por unos minutos.

—¿Por ahí entrasteis con el coche? —pregunté, señalando un sendero que parecía más amplio que los demás.

Chubs asintió.

—El camino da unas vueltas y conecta directamente con la carretera. Esta sección ha sido clausurada, creo, a causa de que no hay nadie que quite la nieve de los caminos. Espero que comience a fundirse mañana, de lo contrario no tengo ni idea de cómo saldremos de aquí en el coche.

Pocas horas después, justo antes del amanecer, llegó el turno de Vida. Se puso de pie e intentó sacudirse el sueño de encima, físicamente, antes de salir tambaleándose a la mañana fría. Miré el

minúsculo espacio entre Chubs y Liam, y rápidamente me giré y la seguí al exterior.

Cuando me senté a su lado, Vida interrumpió su intensa mirada hacia el otro lado del claro, pero no pareció sorprendida.

—Dormí demasiado en el coche —mentí, mientras me calentaba las manos rígidas al fuego—. Simplemente, no estoy cansada.

—Ajá —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—. ¿Quieres decirme qué piensas realmente?

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Te importa?

—Si es sobre el Príncipe Azul, pues no, no mucho —dijo Vida, inclinándose hacia atrás—. Pero si tiene que ver contigo, escaqueándote con el Gordo y el Flaco, dejando que Judith y yo acabemos la Operación, sí quiero oírlo.

Negué con la cabeza.

—Lamento informarte de que no me voy a ninguna parte.

—¿En serio? —Ahora sí Vida sonaba genuinamente sorprendida—. ¿Entonces que fue todo ese murmullo entre tú y el abuelito?

—Me ha pedido que vaya con ellos —admití—, pero no puedo hacerlo.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó Vida.

—No puedo —susurré—. No quiero. ¿Qué importancia tiene?

Vida se irguió en su asiento.

—¿Qué te pasa? —Me encogí de hombros, frotando los dedos en el gastado borde de la manta en la que me había envuelto—. Desde que te encontramos, has estado actuando como un gato escaldado...

Observé cómo trabajaba su mente detrás de sus ojos oscuros, que se entrecerraban a medida que iba atando cabos.

No sé por qué era más fácil decírselo a Vida o por qué quería decírselo a ella cuando no había sido capaz de decirle una palabra a Chubs. Quizá porque sabía que ella ya tenía una opinión tan mala de mí que no importaba en absoluto si eso hacía que me detestara un poco más.

—Me he excedido —dije—. Con Knox, con los chicos del almacén; con Rob.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Te refieres a que no necesitas tocar a las personas para usar ese vudú cerebral tuyo?

—Es complicado —dije entre dientes—. No le encontrarías sentido.

—¿Por qué? ¿Por qué crees que soy tonta? —Vida me pateó un pie—. Dame una respuesta directa, y, si a mi cerebritito bonito y pequeñito se le ocurren preguntas, puedo hacértelas.

—No es eso... —Me detuve. Debía dejar de discutir con ella por cada maldita cosa—. Es solo que... tú te sientes bien con tus habilidades, ¿verdad? Tan bien como se puede, digo —corregí, viendo su mirada—. Pero yo detesto lo que puedo hacer. Lo detesto cada día, cada minuto. Y ahora que le he cogido un poco el tranquillo es mejor, pero antes... —Cada minuto había sido una pesadilla. Había vivido segundo a segundo, conteniendo la respiración, a la espera del error inevitable que lo arruinaría todo una vez más—. No está bien, ¿entiendes? Sé que no está bien. No me gusta cómo se siente uno al obligar a las personas a hacer cosas, especialmente cuando sé que es lo opuesto a lo que harían normalmente. No me gusta ver sus recuerdos ni sus pensamientos ni las cosas que quieren reservarse.

Vida no apartó su mirada ni un instante.

—Yo no veo el problema...

—Yo... me metí muy hondo —dije—. Podía sentir que cavaba cada vez más hondo, pero no me importaba. Yo tenía el control. Podía obligar a cualquiera a hacer lo que yo deseara. Me tocaba castigar a quienes me habían hecho daño y os lo habían hecho a ti y a Liam; y deseaba aún más. Cuando no me fue necesario tocar a las personas para usarlas, fue como si hubieran quitado el último obstáculo.

Vida lanzó un suspiro.

—No es que esto vaya a hacerte sentir mejor, pero Knox, al final, recibió lo que se merecía.

—No fue solo él —dije—. También estuve en la cabeza de Mason, y pensé, de verdad que pensé en volverlo contra Knox. Ese fue mi primer impulso, no ayudarlo. Y después, con Rob...

Vida no reaccionó cuando le expliqué en detalle lo que había sucedido en el coche, lo que yo le había hecho a Rob. Se lo confesé todo, y las palabras salían en tropel, aflojando el nudo que se había ido ajustando en el pozo de mi estómago desde el instante en que había ocurrido.

—No quiero estar con él, Vida —me oí decir—. No quiero usar mis habilidades a menos que sea necesario, pero ¿cómo hago para detenerme?

—¿Por eso gritabas que te dejáramos? —preguntó—. Hablando de lo cual, por cierto: que te den. ¿Crees que soy tan imbécil?

—¿Y si no puedo detenerme y te pasa algo? —dije—. ¿O a Jude, o a Nico, o a Cate, o a Chubs, o a...?

«Liam». La idea me revolvió el estómago.

Me sorprendió el silencio que siguió. Vida sacó las manos y se las puso en el regazo, observándolas mientras se limpiaba las cutículas manchadas de sangre.

—El otro Naranja —dijo, después de un rato—. Era un auténtico bicho raro.

—Sí —coincidí—. Nunca se cortó a la hora de coger lo que quería de quienquiera que lo tuviera.

—Me daba jodidos escalofríos —murmuró—. Se metía en mi cabeza y me susurraba toda clase de cosas asquerosas. Intentó hacerme... hacer cosas.

—Lo sé, él... —comencé a decir. Finalmente mi boca alcanzó a mi cerebro—. Espera un momento. ¿Qué?

—Ese chico. Martin —dijo con esfuerzo—. Quise decírselo a Cate, pero él nunca me permitió acercarme a ella lo suficiente.

No sé qué fue lo que surgió entonces en mi interior; puede que fuera sorpresa por no haberme imaginado nunca a Martin situado en el centro de mi equipo, hablando con Nico, luchando con Vida en cada turno, molestando a Jude. El mínimo destello de celos que les hubiera tenido, aun cuando solo hubiera sido por unas pocas semanas. El horror, principalmente, de que Cate los hubiera expuesto a ese monstruo.

Yo aún tenía pesadillas en las que iba con él en el coche y sentía el roce de su influencia alargándose por mi sangre. Él había jugado conmigo, golpeándome con sus zarpas, y yo no había podido hacer ni una maldita cosa al respecto.

—Me imaginé que tú serías igual. —Sus ojos negros se encontraron con los míos—. Pero tú estás bien..., supongo.

Solté una carcajada sin gracia.

—Gracias..., supongo.

—Sin embargo, el chico del presidente era así, ¿no? —dijo ella—. Joder, macho.

—Te afecta —dije—. Lo que me asusta es que una parte de mí comprende de dónde vienen esos chicos. Nos lo quitaron todo, ¿sabes? ¿Por qué no íbamos a recuperarlo si teníamos el poder para hacerlo?

—¿Estás de coña? —preguntó Vida—. El solo hecho de que puedas hacerte estas preguntas quiere decir que no has descendido a su nivel y que probablemente nunca lo harás. Lo entiendo; digo, entiendo por qué estás asustada. De verdad. Pero te estás saltando la diferencia clave entre ellos y tú.

—¿Cuál?

—Tú no estás sola —dijo—. No lo estás, aun cuando a veces sientas que lo estás. Tienes personas en tu parte del campo que se preocupan por ti como locos. No porque los hayas obligado a sentirse de ese modo, sino porque ellos quieren. ¿Puedes decirme, con honradez, que esos otros dos gilipollas tienen eso? ¿Crees que habrían sido la mitad de malos si hubiera habido alguien que les dijera cuándo parar?

—No puedo dejar de pensar en esos chicos —dije, mientras las lágrimas se me agolpaban en los ojos.

—Bien —dijo Vida—. Depende de ti recordarlos y recordar cómo te sentiste al salir de la oscuridad y ver lo que habías hecho. Perdónate, pero no lo olvides.

—¿Y si con eso no basta?

—Entonces yo te detendré —dijo—. No temo tu extravagante poder. Al menos, ya no. —Vida se puso de pie y se sacudió los pantalones—. Voy a dar un paseo. Cuando vuelva, será mejor que ya estés dormida, o te pondré a dormir yo misma.

—Gracias —dije—. Por escuchar, quiero decir.

—De nada.

Esperé a que Vida cogiera el sendero antes de volver a la tienda y deslizarme entre Liam y Chubs. Estaba demasiado cansada y exhausta como para preguntarme o preocuparme acerca de si esa era una mala idea. Me acomodé y cerré los ojos, dejando que mis pensamientos se desaceleraran y se deslizaran en un sueño azul claro.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Estaba tan acostumbrada al extraño patrón de sueño de mi vida actual que no sé bien qué fue lo que me despertó. No fue un ruido. Vida estaba en la parte trasera de la tienda, tarareando en voz baja una vieja canción que yo reconocí a medias. Desorientada, observé mientras ella arrancaba alegremente trozos de las páginas de *Colmillo blanco* y los arrojaba, convertidos en pequeñas bolitas, dentro de la boca abierta del dormido Chubs.

Me senté y me froté la cara, intentando quitarme las lagañas de los ojos.

—¿Qué hora es?

Vida encogió los hombros.

—¿Las quién diablos sabe y media? Vuélvete a dormir.

—Vale —respondí, y me recosté sobre los codos.

Los sonoros ronquidos de Chubs iban a ritmo con el persistente rasgueo de cada página. Tanto él como Jude dormían de espaldas, hombro contra hombro. Me deslicé otra vez bajo las mantas y volví a ponerme sobre el lado izquierdo. Me enrollé en la manta, dejando a Liam sin cubrir unos tres centímetros.

Volví a sentarme, pese a la pesadez de mis brazos, y me desenrollé de la suave lana. Cuando la mitad de la manta de Liam quedó finalmente libre de mi cuerpo, la lancé cuidadosamente en su dirección, para constatar con ojos incrédulos que la tela de color melocotón claro flameaba en el aire vacío y se depositaba en el suelo.

—¿Dónde está Liam?

Antes no estaba despierta. Ahora sí.

—Ha salido —dijo Vida, sin levantar la vista de su tarea.

—Ha salido —repetí, y las palabras me supieron como la sangre—. ¿Ha salido adónde?

—A caminar un poco —dijo Vida—. Ha dicho que no podía dormir.

—¿Lo has dejado salir solo? —Tenté el suelo en busca de mis botas. Las manos me temblaban cuando me las puse—. ¿Hace cuánto se marchó?

—¿Qué pasa? —balbuceó Chubs.

—Liam se ha marchado —respondí.

—¿Qué?

Sus manos aporrearon el suelo hasta que encontró las gafas y se las puso.

—¿Estás segura?

—Iré a buscarlo —dije, poniéndome la sudadera azul y un enorme chaquetón marinero con manchas de polvo que habían cogido por error al abandonar el almacén de Nashville—. Vida, ¿ha dicho adónde iba?

—Déjalo en paz, Bu —dijo ella, sin volverse—. Ya es un chico mayor. Si hasta lleva sus calzoncillos y todo.

—No lo entiendes —le dije—, no volverá. Se ha marchado para siempre.

Vida separó sus labios mientras miraba a su alrededor y todo el peso de mi frase caía sobre ella

dejándola sin aliento.

—Bueno... Por lo menos tienes la memoria, ¿no es así? No es una catástrofe total...

—¿Me tomas el pelo? —grité. Jude se sentó muy erguido, parpadeando, pero no tenía tiempo para responder ninguna de sus preguntas—. ¿Adónde habrá ido? Necesitará un coche o una bici. ¿A vosotros no os ha dicho nada?

—¡No! —respondió Chubs—. ¡Te lo habría dicho!

—En absoluto —dijo Jude—. Hablaba todo el tiempo de que nos marcharíamos mañana todos juntos. Tal vez..., quiero decir, podría volver, ¿no? ¿Y si le damos unos minutos?

Tal vez Jude tuviera razón. Me obligué a tragar una profunda bocanada de aire. Apreté con firmeza una mano contra mi pecho, en un intento de apaciguar el agitado latido de mi corazón. Puede que solo hubiera ido hasta la cascada. Eso era posible, ¿verdad? Liam nunca se habría marchado sin Chubs ni sin ninguna clase...

Me detuve en medio de la idea, al advertir el pequeño trozo de papel que sobresalía del bolsillo de la camisa de Chubs. Habían abierto el botón para deslizar ahí una nota doblada. Extendí la mano y la cogí antes de que Chubs pudiera detenerme.

Gasolinera junto a la carretera, 3 kilómetros al sur. Ven a las 6.

Aplasté la nota en mi puño y se la arrojé a Chubs.

—¡No lo sabía! —dijo él antes de siquiera haberla leído—. ¡No lo sabía!

Disponíamos de un total de dos armas que Vida y yo convinimos transportar, puesto que tanto Chubs como Liam habían rehusado por principios morales. El revólver estaba en el suelo, a los pies de Vida, y la semiautomática negra descansaba sobre la mochila deshinchada. Lo que significaba que Liam no tenía ninguno de los dos.

Por supuesto..., por supuesto, Liam iría al único lugar en el que había más posibilidades de que lo vieran. ¿En qué estaba pensando? ¿Que estaría a salvo en la oscuridad de la noche?

Salí a la carrera, a trompicones, dejando la entrada de la tienda abierta. Las gruesas suelas de mis botas aplastaban la nieve.

—¡Espérame! —gritó Vida—. ¡Ruby!

Fuera de nuestro pequeño refugio, el aire gélido me dio en la cara como un bate de béisbol. En los preciosos segundos que me tomó orientarme y dirigirme hacia el camino que Chubs había indicado antes, grandes copos de nieve ya se las habían arreglado para deslizarse por mi pelo suelto hacia el cuello de mi abrigo. Pero la nevada no era en absoluto lo bastante intensa como para cubrir las huellas que Liam había dejado.

Corrí. A través de los remolinos de nieve, la niebla matutina, los senderos descuidados, hasta llegar a la carretera. El manto de nieve que cubría el camino no era ni remotamente tan alto como el que cubría el suelo del bosque. Le perdí el rastro en el momento de resbalarme en el asfalto congelado. Los puntos de la espalda me tiraban tanto que me quedé sin aliento. Avancé a trompicones; mis pulmones ardían. El sol se alzaba en el este, y esa fue la única razón de que supiera cómo dirigirme al sur.

Pasaron otros veinte minutos, toda una vida de ponzoñoso terror, antes de que tomara forma la pequeña franja de comercios en la neblinosa carretera y yo viera la gasolinera que debían de haber

pasado cuando entraron por el camino.

Yo estaba sin aliento. Mi cintura daba alaridos de dolor cada vez que avanzaba la pierna izquierda. El camino asfaltado desapareció en una tierra húmeda que salpicaba mis espinillas. La media docena de bombas de gasolina estaban en el pavimento hecho trizas.

Había un par de vehículos aparcados detrás de la gasolinera, uno de ellos, un camión, con el capó abierto como si alguien acabara de echarle un vistazo. Si Liam había encontrado un fallo en el motor, había una oportunidad de que estuviera buscando algún repuesto en el taller. «O comida —pensé, volviéndome hacia el edificio—. Abastecerse antes de huir».

La puerta trasera de la gasolinera no estaba cerrada con llave; en plan más técnico: la cerradura y la manija habían sido reventadas. La puerta crujió cuando la abrí y me deslicé dentro.

La tienda era más grande de lo que había imaginado, pero también era peor. Alguien había hecho un trabajo bastante completo vaciando el tugurio, pero aquí y allá había bolsas enormes de patatas fritas y un expendedor de soda que aún resplandecía y zumbaba con las últimas chispas de electricidad. Tenía la pistola en la mano, fría y sólida, apuntando hacia las puertas de cristal de las neveras de refrescos y los interminables grafitis que ocultaban a mi vista todo lo que aún había dentro.

Seguí las hileras de expositores que se extendían más allá de la caja y los contenedores de cartón con caramelos, a lo largo de la parte delantera de la tienda, hasta una sección bastante nueva del edificio con un cartel que rezaba «SERVICIO INTEGRAL».

El breve pasillo que había entre la tienda y el taller mecánico estaba adornado con fotos y carteles de viejos automóviles sobre los que había chicas en biquini. Aspiré una bocanada lenta y fortificante de aire. Ahí era todo goma, gasolina y aceite; ni el tiempo ni la lejía iban a eliminar esa peste.

Había otra entrada exterior a esa sección. El cartel de la puerta de cristal todavía indicaba: «VUELVO EN 15 MINUTOS», y solicitaba a los visitantes que por favor preguntaran en el taller de la parte de atrás en caso de emergencia. Había sillas, fotos de empleados con ojos ausentes alineadas en la pared y modelos de neumáticos, pero no había huellas, ni ruido, ni rastro de Liam.

Una punzada de temor me cruzó el cuerpo cuando abrí la puerta del taller empujándola con el hombro. Me volví para coger la pesada hoja antes de que se cerrara con un golpe, y ese fue mi error; lo supe incluso mientras me giraba, aun cuando la frase preferida del instructor Johnson sonaba en mis oídos: «No vuelvas la espalda a lo desconocido».

Sentí un cosquilleo en la espalda que reconocí un segundo demasiado tarde. Un estallido de presión me golpeó arrojándome hacia delante, como si alguien me hubiera hecho un placaje desde detrás. Mi frente golpeó contra el marco de la puerta. Mis ojos destellaban negro, blanco, negro mientras me derrumbaba. La pistola se alejó ruidosamente, deslizándose por el hormigón, más allá de mi alcance.

Entonces oí una voz conocida, con un matiz de temor:

—¡Oh, Dios! Perdona. Creía... —La forma clara de Liam apareció detrás de la carrocería vacía de un coche situada en medio del taller—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —pregunté, buscando la pistola debajo de los bancos de trabajo y las mesas. Había herramientas y recambios diseminados por doquier, juntando polvo y más suciedad—. Has venido solo, sin protección...

—¿Protección? —repitió levantando una ceja.

—¡Ya sabes lo que quiero decir! —Me agaché, parpadeando para eliminar las manchas negras de mi campo visual, y tenté bajo la mesa de metal hasta que mis dedos se cerraron alrededor del cañón—. ¿Qué habrías hecho contra una de estas?

Se volvió hacia el coche con los labios apretados en un gesto de enfado.

—A ti te he desarmado con bastante facilidad. ¿Qué dirían los instructores al respecto?

Me hizo más daño del que esperaba. Lo observé en silencio mientras abría otra vez el capó del esquelético coche, con la herramienta plateada brillando en una mano. Pero no trabajaba; en lugar de ello, sus manos estaban apoyadas en el marco verde. La chaqueta de piel se aferraba a sus hombros mientras se inclinaba, avergonzado. Mantuve la espalda contra la puerta; un guardia silencioso frente a cualquier cosa que pudiera entrar.

—Así que me has encontrado —musitó con voz tensa—. Supongo que se lo debo a Chubs.

Su mente giraba en un mar de emociones, oscilando entre lo que percibía como rabia y una confusa culpa, y una desesperanza aplastante en cuestión de segundos. Yo sentía como si su mente llamara a la mía, como si gritara llamándome.

Me coloqué el dorso de la mano en la frente. Desde que había cedido y dejado de intentar contenerlas, mis habilidades habían estado más silenciosas. Hasta tranquilas. Este no era el momento para perder la calma.

—Sé —comencé a decir, lamiéndome los labios secos—, sé que puedes cuidar de ti mismo. Pero no sabemos nada sobre este pueblo. No sabemos quién puede venir, y la idea de que estuvieras ahí fuera, solo...

—Deseaba estar solo —dijo él en tono huraño—. Deseaba... Necesitaba aclararme las ideas. Lejos de ellos. Lejos de ti.

Lo miré fijamente, intentando hacer encajar lo que acababa de decir con la expresión de total desesperación de su rostro.

—Oye —comencé a decir—. Lo entiendo. Yo no te gusto, pero...

—¿Que no me gustas?

Soltó una carcajada grave y hueca. A esa le siguió otra y era horrible; no era él en absoluto. Casi se ahogaba en esas carcajadas cuando se volvió, sacudiendo la cabeza. Sonaba casi como un sollozo, la forma en que brotaba el aire de su interior.

—Que no me gustas —repitió, con el rostro sombrío—. ¿Que no me gustas?

—Liam —empecé a decir, alarmada.

—No puedo... No puedo pensar en nadie más —susurró. Levantó una mano y la pasó hacia atrás por su cabello—. No puedo pensar cuando estás cerca. No puedo dormir. Siento como si no pudiera respirar... Yo solo...

—Liam, por favor —supliqué—. Estás cansado. Aún no te has recuperado de la enfermedad. Solo... ¿Podemos volver con los demás?

—Te quiero. —Se volvió hacia mí con esa expresión agonizante aún en el rostro—. Te quiero cada segundo de cada día y no entiendo por qué, o cómo hacer que se detenga...

Parecía loco de dolor. Me dejó clavada en el lugar aun antes de que lo que había dicho se registrara en mi mente.

—Sé que está mal; lo sé hasta el fondo de mi alma condenada. Y siento como si estuviera enfermo.



Intento ser una buena persona, pero no puedo. Ya no puedo hacerlo.

«¿Qué es esto?». La expresión de dolor en su rostro era muy difícil de interpretar. Mi mente no podía trabajar lo bastante rápido.

Cerré los puños en los bolsillos del abrigo. Me sentí retroceder hacia la puerta, intentar escapar de esa expresión, intentar evitar que el corazón me desgarrara el pecho. Está confundido. Explícaselo. Solo está confundido.

—Mírame.

No podía moverme; no había dónde ir. Él ya no se escondía de mí. Yo sentía sus sentimientos desplegarse a su alrededor, una corriente de tibieza y un dolor punzante atravesaron mi aturdimiento cuando él se me acercó.

Mis manos se mantuvieron en los bolsillos; él llevaba las suyas a los lados. No nos tocamos. Tuve el repentino recuerdo de cómo se habían rozado nuestros dedos pocas horas antes. Él inclinó su cabeza sobre mi hombro, y su aliento se coló entre tres capas de ropa para entibiar mi piel. Uno de sus dedos se introdujo por una de las presillas de mis vaqueros y me acercó aún otro poco. Su nariz acarició mi garganta, mi mejilla, y yo no vi nada. Mantuve los ojos muy apretados mientras su frente, finalmente, se apoyaba sobre la mía.

—Mírame.

—No lo hagas —susurré.

—No sé qué me pasa —suspiró—. Siento que... Siento que estoy perdiendo la maldita cabeza, que tengo tallada tu cara en el corazón, y no recuerdo cuándo y no entiendo por qué, pero la cicatriz está ahí y no puedo hacer que sane. No se va. No puedo hacer que desaparezca. Y tú ni siquiera me miras.

Mis manos se deslizaron fuera de la seguridad de mi abrigo y aferraron la piel suave de su chaqueta. Todavía llevaba la chaqueta de Cole bajo la suya.

—Está bien —dije casi sofocada—. Lo resolveremos.

—Juro —susurró, y su boca flotaba sobre la mía—. Juro, juro... Juro que estuvimos en esa playa, y te vi vestida con ese vestido verde claro, y hablamos durante horas. Tenía una vida y tú también, y las vivíamos juntos. No encaja. Esa parte no encaja. Claire estaba ahí y Cole prometió que nunca habíamos estado ahí. Pero entonces... Veo tu rostro a la luz del fuego y recuerdo diferentes fuegos, diferentes sonrisas, diferente todo. Y te recuerdo con ese vestido verde y entonces se transforma en un uniforme verde y no tiene sentido.

¿Un vestido verde, la playa? ¿La playa de Virginia?

Una lágrima se escapó por mis pestañas, luego otra. Había sucedido con tanta rapidez, tuve que trabajar con tanta velocidad en esa habitación azul celeste. Lo que él estaba diciendo, nada de eso había sucedido, no en realidad, pero cuando me lo dijo entonces yo lo había sentido real. Pudimos habernos conocido aquel verano, en esa playa, con nada más que un diminuto espacio de sol y arena entre nosotros. Debí de haber estado pensando sobre ello, aun mientras me borraba de sus pensamientos y recuerdos. Debió de haberseme escapado ese pequeño trozo de mí, o lo coloqué, o...

—Estoy... Es... Es como una tortura. —Tenía la voz cansada, apenas era un susurro—. Creo que me estoy volviendo loco. No sé qué está pasando, lo que sucedió, pero te miro a ti, te miro y te amo tanto. No por algo que hayas dicho o hecho, ni por nada en absoluto. Te miro y sencillamente te amo y me aterra. Me aterra lo que yo haría por ti. Por favor..., debes decirme..., dime que no estoy loco. Por favor, solo mírame.

Mi mirada se elevó hacia la de él y todo terminó.

Sus labios atraparon los míos en un beso, abriéndolos con su intensidad. No tenía nada de suave. Sentí la puerta crujir contra mi espalda mientras él se movía, apretándome contra ella, cogiendo mi rostro entre sus manos. En mi mente, todo pensamiento había estallado convirtiéndose en un blanco puro y pulsante, y sentí una oleada oscura de deseo comenzar a retorcerse dentro de mí, quebrantar todas mis reglas, cortando los últimos temblorosos cabos de contención. Intenté por última vez separarme de él.

—No —dijo él, atrayendo mis labios nuevamente hacia los suyos.

Era como había sido antes; deslicé mis manos bajo su chaqueta para atraerlo aún más hacia mí. El gemido bajo en el fondo de su garganta, un sonido débil y suplicante que encendió cada centímetro de mi piel.

Entonces cambió. Me alejé, boqueando para respirar, y cuando nos juntamos de nuevo fue más profundo, más suave, más dulce. Era un beso que yo recordaba, la clase de beso que solíamos darnos cuando parecía que disponíamos de todo el tiempo del mundo, cuando los caminos se abrían solo para nosotros.

Me rendí a ese sentimiento. No me importaba en qué me convertía: débil, egoísta, tonta, horrible. Recordaba aquel trocito de tibia paz antes de que yo lo arruinara, arrojando su mente a un revoltillo de confusión desesperada. Había en él tanta oscuridad; los corredores claros y brillantes se habían derrumbado sobre sí mismos. Me abrí paso con esfuerzo, desgarrando sábanas negras y de un marrón quemado. Me ahogaba en ello, en él, y era tan diferente, tan extraño, que no reconocí el hecho de que estaba en su mente hasta que fue demasiado tarde.

«Para, para, paraparapara...».

Lo empujé hacia atrás, cortando la conexión física entre nosotros. Ambos vacilamos; mi cabeza dio alaridos de dolor cuando caí de rodillas. Liam cayó hacia atrás sobre la mesa más cercana, haciendo volar cientos de pequeñas herramientas y tornillos que estaban ahí apilados, que cayeron al suelo como una lluvia con un ruido punzante que parecía no tener fin, haciendo eco al latigazo final que atravesó mi cuerpo cuando mi mente se alejó abruptamente de la de él.

«Mierda», pensé, abriendo la boca para respirar. Me sentía mal, físicamente enferma, y el mundo se abrió bajo mis pies. Durante varios aterradores segundos, el ardor de mi mente fue lo bastante intenso como para que no pudiera ver en absoluto. Me arrastré en busca del arma que se me había caído, y él me cogió. Intenté ponerme en pie apoyándome en una de las repisas que tenía tapacubos, pero lo único que conseguí fue arrancarla de la pared y hacer volar por el aire los tapacubos, que cayeron sobre mí.

Al final, me rendí, apoyé mi espalda en la pared y flexioné las rodillas contra el pecho. El dolor había bajado por mi nuca y goteaba poco a poco hacia el centro de mi pecho. «Mierda, mierda, mierda». Apreté las palmas de las manos contra los ojos, tragando otra difícil bocanada de aire.

—Ruby.

Levanté la vista, buscando su rostro en la oscuridad.

—Ruby, tú... —La voz de Liam tenía un tono de pánico mientras extendía una mano y me levantaba hacia él. Caí contra su cuerpo, demasiado aturdida para alejarme mientras él me rodeaba los hombros con sus brazos y hundía la cara en mi cabello—. Nosotros... El santuario...

«Oh, Dios».

—Tú me hiciste algo... Tú... ¡Oh, cielos, Chubs! —Liam alejó su rostro y aferró el mío entre sus manos—. ¡Le han disparado a Chubs! Lo cogieron, y nos cogieron a nosotros; estábamos en esa habitación y tú..., ¿qué hiciste? ¿Qué me hiciste? ¿Por qué me marché? ¿Por qué me marché sin ti?

La cara se me quedó sin sangre; todo mi cuerpo se quedó sin sangre. Acaricié sus cabellos, obligándolo a mirarme directamente a los ojos. Cada uno de sus músculos estaba temblando.

—Está bien. ¡Liam! Chubs está bien, está bien. Fuimos a buscarte a Nashville, ¿lo recuerdas?

Me miró otra vez, y por primera vez sus ojos estaban nítidos. Despejados. Me estaba mirando, y supe el momento exacto en que se dio cuenta de lo que yo le había hecho. El pelo le cayó sobre el rostro mientras sacudía la cabeza; sus labios se movían en una incredulidad silenciosa. No conseguí decir una sola palabra.

«No es posible».

¿Cuántos recuerdos había borrado? ¿Docenas? ¿Cien? Y desde el principio, desde aquella expresión de puro temor en la cara de mi madre, supe que no regresaría. Cuando le sucedió a Sam, eso solo lo confirmó. Deslizarme en su mente, intentar componer lo que había hecho, solo había demostrado que no había nada que yo pudiera hacer. Que no había rastros de mí para eliminar en el primer plano de su mente.

Pero ahora... no había introducido recuerdos en la mente de Liam. Sabía cómo se sentía. Esto era algo diferente; debía serlo. Todo lo que había hecho era liberarme antes de hundirme demasiado y hacerle daño de verdad. No había ninguna posibilidad de que eso estuviera ocurriendo. Ninguna.

Liam retrocedió, lejos de mi alcance. Lejos de mí.

—Puedo explicártelo —empecé a decir, con voz temblorosa.

Pero él no quería escuchar nada más. Liam volvió al coche que estaba en el centro de aquel taller húmedo, recogió una mochila que no reconocí y se la colgó del hombro. Llegó hasta la puerta con movimientos aterrorizados. Comprendí que necesitaba ver por sí mismo que Chubs estaba bien. Que todo lo que había sucedido desde que lo encontramos había sucedido realmente.

—¡Espera! —grité, lanzándome detrás de él—. ¡Liam!

Oí sus pasos redoblar contra el linóleo de la recepción y su gruñido de frustración cuando se golpeó contra el escritorio.

Oí disparos. La onda expansiva del explosivo destrozó una pared de cristal e hizo que mi mundo se derrumbara.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

Salí a toda prisa atravesando la sala de espera, balanceando el arma en mis manos mientras corría. Liam acababa de doblar la esquina, metiéndose otra vez en la tienda; lo vi en el suelo, tendido boca arriba. Lo cubría una gruesa capa de vidrio; a primera vista casi parecía como si alguien hubiera roto una sólida lámina de hielo sobre su pecho.

Eso fue suficiente. Algo tranquilo y sereno me invadió. El terror que casi me había hecho caer de rodillas se había transformado en algo útil, algo que la Liga de los Niños había procurado desarrollar y alimentar.

El pánico controlado.

Mi impulso fue correr directamente hacia el interior de la tienda, pero gracias a innumerables simulaciones sabía cómo actuar en esa situación. En lugar de correr, asomé la cabeza lo suficiente para ver qué nevera había recibido el impacto. Solo la última de ellas, la más cercana a mí, estaba destrozada.

Probablemente el tirador estaba en la puerta trasera; debió de ver a Liam doblar la esquina y disparó.

Miré hacia abajo lo suficiente para ver que su pecho subía y bajaba. Se llevó las manos al pecho a la vez que se esforzaba por respirar. Vivo.

¿Dónde estaba el tirador?

Me tragué la cólera que ardía en mi cuerpo, y mis dedos estrangulaban la pistola, mientras buscaba en la pared de enfrente de la tienda algo que hiciera las veces de espejo. Había uno de esos espejos de seguridad redondos justo detrás de la caja registradora, y, pese a lo sucio que estaba y a lo estrecha que se había hecho mi visión, aquella mujer nunca me hubiera pasado desapercibida. La mujer estaba entrada en carnes, tendría unos cincuenta y tantos o casi sesenta. La delataba el cabello gris, oculto solo a medias por el sombrero y el cuello de la cazadora verde.

Temblaba mucho, y la oí maldecir cuando se le cayeron los cartuchos que intentaba recargar. Después desapareció detrás del expositor de ChapStick para recogerlos. Me coloqué sobre Liam y apunté a través de los marcos dorados de las neveras. Cuando se asomó, yo estaba lista y le descargué dos disparos que fueron a parar a la pared que había detrás.

No creo que ni siquiera me mirara antes de hacer ese último disparo y salir pitando. Me encogí por instinto, aunque era evidente que había apuntado mal. La ventana delantera de la tienda se hizo pedazos cuando los perdigones impactaron contra ella. Y todo fue estruendo, estrépito, ansiedad y terror, y vidrios rotos. Muchos vidrios rotos.

Liam, a mis pies, lanzó un gemido. Me incliné para quitarle las esquirlas del cabello y el pecho. Mis manos se deslizaron otra vez dentro de su chaqueta, en busca de sangre. No le habían dado. La idea pasó fugaz por mi mente mientras me esforzaba para sentarlo. Se desmoronó contra la nevera, obviamente aturdido. El zumbido en sus oídos debió de ser horrible.

Le tomé el rostro con las dos manos para aliviarlo, apoyando mis labios sobre su frente, su mejilla. —¿Estás bien? —pregunté en un susurro.

Liam asintió y puso una mano sobre la mía. La caída lo había dejado sin aliento.

—Estoy bien.

Fuera, rugió el motor de un coche. Retrocedí, recogiendo al pasar la pistola del suelo.

—¡Ruby! —gritó Liam, a mis espaldas, pero yo ya corría, abriendo con el hombro la destrozada puerta trasera.

Las luces traseras del coche se hacían cada vez más pequeñas con la distancia que la mujer ponía entre ella y nosotros. Corrí tras ella todo lo que pude en un acceso de furia. Había estado a punto de hacerle daño, de matarlo.

Afirmé los pies y levanté la pistola por última vez, con la mira firmemente apuntada al neumático trasero izquierdo. Si la mujer había visto a uno de nosotros y aún le quedaba tino para denunciarnos...

No. Mi brazo bajó pesadamente y coloqué el seguro del arma. Aun si nos había visto, aun si había descubierto lo que éramos, estábamos en el corazón palpitante del Medio de la Nada. No era un pueblo, mucho menos un lugar, donde los dispositivos de seguimiento, ni siquiera las FEP, pensarían en buscarnos. La mujer podía llamar, pero pasarían horas, tal vez días, antes de que alguien respondiera a la llamada.

Me quité el sudor de la frente con la muñeca. Dios. Probablemente esa mujer había venido a buscar comida, tal vez refugio. No estaba entrenada, y la forma torpe en que había sostenido el arma me hizo pensar si acaso no había hecho los primeros disparos por equivocación. Liam y yo no habíamos sido discretos en el taller. Puede que la mujer nos hubiera oído y le hubiera entrado el pánico al pensar que iban a atraparla robando.

No merecía la pena intentar resolver el enigma y tampoco tenía la energía para hacerlo. Mis problemas ya no estaban allá delante. Estaban justo detrás de mí.

Me di la vuelta lentamente y me dirigí hacia la gasolinera, donde Liam esperaba. Con el sol naciente a sus espaldas, su rostro estaba en penumbras. Todavía tenía esquirlas de vidrio sobre los hombros, pero mantuve los ojos en la mochila que aferraba entre sus dedos. Sus nudillos agrietados, como blancos huesos.

Tenía un corte nuevo en la nariz y la sangre manaba de una herida de su barbilla, pero eso fue lo peor que le hizo el cristal. Solo tuve que mirarlo a la cara una vez para saber que lo que yo le había hecho era un corte que le llegaba al corazón.

Esperó a que llegara hasta él, dando un agonizante paso tras otro. Sentí que me inundaba una vergüenza cálida, que me atenazaba la garganta y me llenaba los ojos de lágrimas. El rubor le subió por la garganta, el rostro, hasta la punta misma de las orejas. Liam me observaba con el deseo tallado hasta el hueso en el rostro; yo sabía el esfuerzo que hacía para combatirlo, porque yo intentaba con toda mi voluntad no extender el brazo y coger su mano, y acariciar el pulso tibio de su muñeca. Lo que había entre nosotros era insoportable. Cuánto deseaba fingir que jamás habíamos tenido una vida fuera de este instante.

—¿No...? —Liam se llevó el puño a la boca, luchando con sus siguientes palabras—. ¿No querías estar conmigo?

Era casi demasiado para mí.

—¿Cómo puedes creer eso?

—¿Qué se supone que debo creer? —preguntó—. Me siento como si hubiera estado... bajo el

agua. No puedo pensar bien, pero recuerdo eso. Recuerdo ese santuario. Estábamos juntos, íbamos a estar bien.

—Sabes que no sería así —le dije—. Era lo único que podía hacer. Era el único modo de que ellos te dejaran marchar, y yo no podía permitir que te quedaras.

Casi desde el principio, Liam y yo tuvimos un entendimiento entre nosotros que no necesitaba palabras, que se alimentaba de miradas y sentimientos. Yo sabía instintivamente por qué él tomaba las decisiones que tomaba, y él podía rastrear mis líneas de pensamiento con tanta facilidad como se puede seguir un camino iluminado. Jamás pensé que este momento llegaría, pero tampoco creí jamás que él no sabría por qué tomé esa decisión.

—Ni siquiera te arrepientes —resopló.

—No —logré decir, pese al nudo que me obstruía la garganta—. Porque lo único peor que estar sin ti habría sido ver cómo te quebrantaban día tras día hasta que ya no fueras más tú, hasta que te enviaran a una Operación de la cual no volverías.

—¿Como hicieron contigo? —preguntó Liam con frialdad—. ¿Y ahora yo debo aceptarlo? Me quitaste la posibilidad de escoger, Ruby. Y ¿para qué? ¿Porque creíste que yo no era lo bastante fuerte para sobrevivir como miembro de la Liga?

—¡Porque yo no soy lo bastante fuerte para sobrevivir viéndote como miembro de la Liga! —exclamé—. Porque quería que, después de todo por lo que habías pasado, tuvieras la oportunidad de encontrar a tus padres y vivir tu vida.

—¡Maldición, yo te quería a ti! —Liam me cogió por los brazos y sus dedos me apretaron como si de ese modo pudiera hacerme comprender su dolor—. ¡Más que nada! Y tú sencillamente... te colaste en mi mente y lo sellaste todo, como si hubieras tenido el derecho, como si yo no te hubiera necesitado. Lo que me destroza es que confiaba en ti, tan seguro estaba de que lo sabías. ¡Yo habría estado bien porque tú habrías estado conmigo!

¿Cuántas veces me había contado a mí misma una versión parecida? Sin embargo, oírlo fue como sentir un cuchillo en la garganta, el filo de una navaja del cual no podía separarme.

—Mi cabeza está tan condenadamente confusa que no veo nada claro. —Retrocedió un paso y se dejó caer en cuclillas—. Hirieron a Chubs, y Zu todavía está por ahí, y han quemado East River, y... todo lo que sigue es como una pesadilla. Y tú... tú estabas con esa gente todo el tiempo. Te podría haber pasado cualquier cosa y yo jamás lo hubiera sabido. ¿Sabes cómo me siento?

Caí de rodillas ante él, golpeando el suelo con fuerza suficiente como para que por fin cayeran las lágrimas que se aferraban a mis pestañas. Me sentía agotada. Vacía.

—No puedo arreglarlo —le dije—. Sé que lo he fastidiado todo y no hay forma de volver atrás, ¿vale? Lo sé. Pero tu vida valía más de lo que yo quería, y esa fue la única manera que se me ocurrió para asegurarme de que no se te metiera en la cabeza venir a buscarme.

—¿Quién dice que lo habría hecho?

Sabía que lo decía intentando ser cruel, que era un momento de debilidad y que lo único que quería era que yo sintiera tanto dolor como él, pero en sus palabras no había suficiente veneno como para hacerme daño. Simplemente no podía hacerme daño.

—Yo hubiera puesto todo el maldito país patas arriba para encontrarte —dije con suavidad—. Puede que sea verdad que te habrías marchado. Puede que no hubieras venido en mi busca. Puede que lo haya malinterpretado todo. Pero si alguna vez sentiste la mitad de lo que yo sentí... —Mis palabras

vacilaron—. Solía preguntarme, ¿sabes?, todo el tiempo, si todo eso no era porque sentías compasión. Porque yo te daba pena y buscabas a otra persona que proteger.

—¿Y nunca viste otro motivo? —susurró con voz fiera—. ¿No podía ser porque respetaba con cuánto esfuerzo luchabas por sobrevivir? ¿Porque vi cuán amable era tu corazón? ¿O que eras divertida y valiente y fuerte y me hacías sentir que yo también era todas esas cosas, aun cuando no lo merecía?

—Liam...

—No sé qué decir ni qué hacer —dijo, sacudiendo la cabeza—. Siento que para mí nunca acabó. ¿Lo entiendes? No puedo olvidar lo que pasó. No puedo odiarte... No puedo, no cuando quiero besarte con tantas malditas ansias. —Después, con la voz tan quebrada que apenas podía entenderle, continuó—. ¿Por qué no te lo llevaste todo, no solo los recuerdos, sino también los sentimientos?

Lo miré con la mente ausente y confusa.

—Es aterrador, aterrador, conocer a una extraña y sentir algo tan intenso por ella que tu corazón realmente se detiene y no tienes ninguna explicación para ello. Ningún contexto. Los sentimientos están ahí, y es como si te desgarraran el pecho, porque necesitan salir. Aun ahora, cuando te miro, siento como si me aplastaran... con tanto deseo. Cuánto te necesito y te amo. Pero tú ni siquiera te arrepientes; crees que estaré bien por el solo hecho de que arrojaste por la borda tu vida por la mía.

El mundo a nuestro alrededor se había retraído tanto de nuestro pozo de miseria que me había olvidado hasta de que existía. Que estábamos junto a una carretera expuesta, sin protección contra frío gélido ni respecto de los ojos de quienes pasaran por ahí. La realidad llegó rugiendo en la forma del motor de un coche, una bocina estridente y unos faros que se dirigían hacia nosotros.

Levanté a Liam hasta que estuvo en pie y busqué la pistola en el bolsillo de mi abrigo, pero entonces vi el coche, el familiar todoterreno marrón y polvoriento de Chubs. El coche derrapó y se detuvo a pocos metros, levantando una explosión de nieve.

Chubs abandonó de un salto el asiento del conductor, dejando el motor en marcha.

—Oh, gracias a Dios. Os vi a los dos en el suelo y pensé que os habías matado el uno al otro.

Me volví dándoles la espalda a ambos y me sequé las mejillas con las mangas del abrigo. Oí a Chubs respirar hondo, detrás de mí, pero Liam fue quien habló, con una voz tan calmada que daba miedo.

—Ven dentro de un segundo. Hay un poco de comida que podemos llevarnos.

No quise seguirlos, pero tampoco quería meterme en el coche. No podía moverme; la pelea, si es que podía llamársele así, me había dejado sin fuerzas hasta el punto de que vi a dos Jude bajar del coche y venir hacia mí.

—¿Ru? —Su voz sonó asustada.

Me sacudí para despejar mi mente.

—Estoy bien.

—¿Qué ha sucedido? —susurró, poniéndome una mano consoladora sobre la espalda—. ¿Habéis discutido?

—No —respondí—. Ahora recuerda.

Nos giramos y vimos a Chubs que tropezaba intentando mantener el paso mientras Liam lo arrastraba hacia la gasolinera. Chubs me miró por encima del hombro con los ojos muy abiertos

cuando Liam abrió la puerta de un puntapié. El estrépito que produjo al golpear contra el bloque de hormigón que había detrás fue suficiente para sacar también a Vida del coche.

Los gritos empezaron dos, quizá tres segundos después. Se habían adentrado lo bastante en la tienda como para que no entendiéramos exactamente qué decían; cada tanto sobresalían palabras dichas en un volumen particularmente alto: «¿Cómo pudiste?» y «¿por qué?» y «ella, ella, ella».

—Mierda. —Vida se volvió hacia mí con los brazos en jarra—. Te dije que dejaras al chico en paz. ¿Qué le has hecho?

Sentí la piel tensa y caliente por el esfuerzo de no estallar en llanto.

—¡... un maldito imbécil! —gritaba Liam—. ¡Porque me siento como un jodido idiota!

—¿Lo sabe? —preguntó Vida—. ¿Se lo has dicho?

—No... Creo que lo recuerda. Creo que lo deshice. O nunca lo hice, realmente. No lo sé. No me habla. Nunca volverá a hablarme.

—No creo que eso sea cierto —ofreció Jude—. Probablemente está sobrepasado. Parece que...

—¿Qué parece? —preguntó Vida.

—Que una parte de él te recordaba. Se puso nervioso cuando te encontramos y creyó que ibas a morir, ¿lo recuerdas?

—Entonces, ¿por qué actuaba como un imbécil? —preguntó Vida.

—Piénsalo: él sabía que Ru pertenecía a la Liga, pero la trató de forma diferente a como nos trataba a los demás, ¿no es así? Puede que tu cercanía lo haya hecho sentir confuso, que su cerebro le dijera una cosa, pero su instinto le dijera otra.

Así lo había explicado Liam; Jude había sido lo bastante perceptivo como para percatarse de algo que yo nunca hubiera imaginado posible. Con mis padres y Sam... habían sido fríos después de que hubiera borrado su memoria, sellado sus recuerdos o lo que fuera que yo hacía. Entonces era tan pequeña que suponía que una parte de ellos aún me reconocía y me detestaban por eso.

Tal vez entonces no estuviera del todo equivocada. Si les había quitado sus recuerdos de mí, pero ninguno de los sentimientos que tenían, ¿había sido igual para ellos que para Liam? ¿Estaban asustados y confusos por lo que sentían? Mi madre no tenía un comportamiento estable, precisamente: sufría ataques de pánico si yo llegaba siquiera un segundo tarde a casa cuando regresaba de la escuela. Tal vez ella me vio aquella mañana y fue demasiado para ella. Y papá, mi calmado y responsable padre, tal vez le preocupaba lo que ella hubiera podido hacer y por eso no me permitía volver.

«Tal vez pueda arreglarlos a ellos también». La voz era pequeña, pero estaba ahí, tirando de mi oreja.

—Eso no cambia cómo se siente Liam ahora —dije—. Ni cómo se sentirían mis padres si averiguaran lo que su hija era realmente.

Dejé que los demás me condujeran hasta el coche y me deslicé en el asiento trasero. Habían desmontado la tienda y abandonado el sitio de acampada antes de salir a buscarnos, no solo porque estaban preocupados, sino porque Vida había conseguido enviar un mensaje a Cate.

Y había recibido otro en respuesta.

En lugar de sentarse en uno de los asientos delanteros, Vida se sentó junto a mí. Jude se disponía a entrar detrás de Vida cuando ella lo empujó con el pie y le dijo:

—¿Puedes ir a buscar al abuelito y decirle que se dé prisa?

Jude comenzó a protestar, pero Vida ya estaba cerrando la puerta.



—¿Qué sucede? —pregunté, sintiéndome mucho más alerta al ver el intercomunicador en su mano

—. ¿Qué te ha dicho?

—No lo sé... Hay algo raro —dijo Vida—. Léelo tú misma.

La luz blanco azulada del intercomunicador inundó el asiento trasero mientras yo desplazaba el cursor hacia arriba en busca del último mensaje.

ME ALEGRA QUE ESTÉS BIEN // NECESARIO REUNIRSE  
CUANTO ANTES // ¿LOCALIZACIÓN ACTUAL?

Vida había respondido:

LOCALIZACIÓN ACTUAL OK // PUEDO ESTAR EN CA  
MAÑANA

La respuesta fue inmediata:

NOS REUNIREMOS Y OS ACOMPAÑARÉ // PUEBLO, CO //  
DESCARTA OBJETIVO

Sabía que en los mensajes cortos y abruptos la auténtica voz de una persona se pierde. Y esa era precisamente la idea del intercomunicador: transmitir información o materiales tan rápidamente como fuera posible. Sin embargo, «descarta objetivo» parecía especialmente lacónico. No solo eso, ¿por qué se arriesgarían Cate o Cole a dejar el Cuartel General y llamar la atención sobre su plan?

NO DECIR A OBJETIVO LOCALIZACIÓN DE REUNIÓN

Debajo había una dirección.

—¿Crees que ha pasado algo? —insistió Vida—. ¿Por qué diablos se arriesgaría dejando el Cuartel General si eso podría arruinar toda la Operación?

—Tal vez piense que no conseguiremos cruzar la frontera de California sin su ayuda. —Era una explicación pobre, pero verosímil—. Vida, ¿te dio Cate el intercomunicador directamente a ti? ¿Te lo entregó físicamente a ti?

—Sí —dijo Vida—. El propio Nico estableció el enlace entre ellos. —Vi cómo se abrían sus ojos oscuros al ocurrírsele la misma posibilidad que se me había ocurrido a mí—. ¿Crees que alguien le cogió el intercomunicador? ¿Que le ha sucedido algo? ¿O lo tiene Cole?

—Creo que es posible que alguien pinchara el enlace entre nuestros intercomunicadores —dije, y mi voz sonó mucho más calmada de lo que me sentía—. Y que han estado interceptando todos nuestros mensajes, en un sentido y en otro.

—No es posible —dijo Vida—. La idea es que la línea no se puede hackear. ¿Hay alguna manera de comprobarlo?

Puede que hubiera una. Apreté las mandíbulas y escribí cada palabra cuidadosa y deliberadamente.

CONTACTARÉ AL LLEGAR // HASTA LUEGO COCODRILO

Los segundos pasaron lentamente y la pantalla se oscureció por la inactividad, pero no la cerré y Vida no se alejó hasta que volvió a brillar por completo. La vibración pareció recorrer todos mis huesos, produciéndome escalofríos.

BIEN // HASTA LUEGO CARAHUEVO

Pasaron otros diez minutos hasta que aparecieron los chicos en la entrada de la tienda, cada uno con algo diferente en las manos. Chubs acariciaba un paquete de papel higiénico con el mentón, Jude intentaba equilibrar cinco bolsas gigantes de diferentes tipos de patatas fritas y Liam se esforzaba por no dejar caer diez botellas de refrescos.

—Respira, Bu —dijo Vida—, tú tranquilo. Solo tenemos que llegar a Colorado.

«Y mentir todo el camino», pensé, apoyando la frente contra la puerta. No había sido ninguna decisión. Si los que nos estaban esperando no eran Cate ni Cole, quería decir que algo les había sucedido: o bien su plan con la memoria USB había sido descubierto, o bien alguien había averiguado que ellos sabían exactamente dónde estábamos y no estaban haciendo nada para hacernos volver. Por mi mente desfilaron demasiados sospechosos: Alban, sus consultores, Jarvin, todos sus amigos. No podía quitarme de encima las ideas de cómo usaría alguien como Jarvin la información de la memoria flash en su propio beneficio, en vez de ayudarnos. Y lo peor de eso era que no sabríamos si era seguro volver al Cuartel General con la memoria hasta que lo confirmáramos con quienquiera que nos estuviera esperando en Colorado.

Y si realmente era Cate, entonces estaba todo bien. Pueblo, Colorado, era un lugar tan bueno como cualquier otro para dejar a los chicos y seguir nuestro camino. Como había dicho Vida, era absurdo aferrarnos a ellos cuando al final yo debía cortar la cuerda.

Una ráfaga de aire frío nos golpeó cuando abrieron la puerta del maletero y arrojaron las provisiones dentro. Jude se sentó junto a Vida, frotándose las manos para devolverles la sensibilidad. Cuando se inclinó hacia las toberas para orientarlas todas en su dirección, el aire frío escapó de los pliegues de su chaqueta.

Chubs ocupó el asiento del conductor, todavía mirando hacia atrás como si le sorprendiera que no lo hubieran ocupado. Mis ojos se encontraron con los de Liam justo antes de que abriera la puerta del acompañante y entrara en el coche.

No tenía idea de qué esperaba Chubs, pero debimos de permanecer en silencio al menos cinco minutos antes de que, finalmente, Liam dijera:

—¿Podemos fingir que esto no es desoladoramente incómodo, y puede alguien explicarme qué está pasando?

Por fin, Chubs quitó el freno de mano.

—Después. No puedo conducir con seguridad y eficacia por la carretera si no hay silencio.

—Abuelito —dijo Vida—, eso es penoso hasta para ti. ¿Quieres que alguien mayor conduzca?

—¡Yo conduciré! —ofreció Jude, cerrando de golpe la tapa de la brújula y sentándose muy erguido—. Recibí algunas lecciones en el Cuartel General.

—Recibiste una lección —dije yo—, y acabó cuando chocaste de refilón con otros tres coches al intentar aparcar.

—Destrozaste ese hermoso Mercedes —dijo Vida—, ese coche hermoso, hermoso.

—¡No fue culpa mía!

Chubs nos ignoró y volvimos a la carretera, a su prudente velocidad habitual. Yo me dediqué a contar una vez más, lo mejor que podía, la historia de lo que Cole planeaba hacer con la memoria en cuanto la tuviera en su poder. Todo había comenzado a ir mal a partir del instante en que trajeron el cuerpo de Blake; la huida en Boston, encontrar a Chubs, hallarlo en Nashville. Liam tenía preguntas —buenas preguntas— acerca de cómo iban a utilizar Cole y Cate la investigación como punto de apoyo para poner a la Liga en el buen camino.

—Vale —masculló Liam cuando hube acabado, más para él que para mí—. Vale... Eh, tengo una pregunta más. Si ibas a arriesgar el pescuezo para evadirte de esa Operación y salir a buscarme, ¿tú qué sacabas de eso?

¿No era evidente?

—Ya te lo he dicho. Cole dijo que, si le llevaba la memoria, Alban le daría lo que él quisiera. Lo que incluía intentar liberar los campamentos —dije—. Y, mientras tanto, yo podría asegurarme de que tú estabas a salvo y de que Alban no tuviera ningún motivo para ir detrás de ti y hacerte regresar al rebaño.

Cuando Liam finalmente volvió a hablar, su tono de voz era casi ronca.

—No es... que fueran a dejar que te salieras. ¿Dejarte marchar?

Tomó mi silencio como el «no» que era.

—¿Pensaste en preguntar, siquiera? —susurró, con los primeros indicios de enfado otra vez en la voz—. ¿Volverás así, simplemente, como si esos agentes no estuvieran resueltos a matar a otros chicos?

—Debo acabar esto —respondí.

—Sí, y ¿quién va a protegerte? —me espetó—. ¿Les darás la información y esperarás que suceda lo mejor, esperarás que no incumplan sus promesas ni que te maten porque les da la gana? Solo quiero saber por qué. ¿Por qué vas a entregársela cuando tenemos la oportunidad de utilizarla para nuestro propio bien? Si lo que dice Cole es verdad y realmente han encontrado una causa, ¿no nos merecemos conservar la información? ¿Tomar decisiones sobre qué hacer con ella?

Liam estaba tan serio, tan apasionado al decir todo eso, que fue como si estuviera surgiendo su antigua forma de ser. Hasta le iba volviendo el color a la cara.

—Eso no admite discusión —dije—. Lo siento, pero debemos ser realistas. Antes... Antes creímos que podíamos hacerlo solos, que no necesitábamos ayuda; y mira cómo ha resultado. Necesitamos ayuda. Todavía podemos hacer lo que queremos, pero no podemos hacerlo solos.

—¿Y tu elección es la Liga? —preguntó.

Continué, ignorando eso y el ruido indignado que había hecho Vida.

—Todas las tribus están dispersas y no tenemos ningún modo de reunir las en una especie de ejército; y, aun cuando lo hiciéramos, solo serviría de carnada para que las FEP vinieran a arrearnos. Sé, sé que detestas esto, que esta no sería tu elección, pero ¿qué esperabas que pudiéramos hacer con los resultados de la investigación? ¿Emitirla a todo el mundo? ¿Tienes tú la tecnología para hacerlo? ¿Tienes los recursos? Yo intento pensar qué es lo mejor para los chicos que están en esos campamentos...

—No —dijo fríamente—. No, no estás pensando en absoluto.

—¡Ya está hecho, Liam! —exclamé—. Puede que no cumplan su palabra, pero yo no estoy dispuesta a incumplir la mía. No cuando hay tanto en juego. Si..., no me gustaría, pero entendería que quisierais que nos separáramos ahora, en lugar de hacerlo en Colorado. Todo esto no debería ser vuestro problema.

—¿Colorado? —dijeron a la vez Chubs y Liam.

—Por fin hemos recibido un mensaje de Cate —dije, levantando el intercomunicador—. Quiere que nos reunamos en Pueblo, Colorado.

—¿Ah, sí? —comenzó a decir Jude—. Pero por qué...

—¿Cuándo nos lo ibais a decir? —interrumpió Chubs.

Y enfadado como estaba con su amigo, Liam estuvo muy dispuesto a secundarlo en esto.

—¿Esperas que, sencillamente, te abandonemos ahí? ¿Qué ha ocurrido con eso de permanecer todos juntos hasta llegar a California?

—Si Cate viene a buscarnos, el motivo probablemente sea que ella cree que no hay ninguna forma segura de que crucemos la frontera con California —mentí y me odié por hacerlo—. Es probable que quiera volar hasta allá. Estoy segura de que os llevará...

—Ni siquiera te molestas en acabar la frase —dijo Liam.

—¡Vale, vale, vale! —gritó Chubs por encima de nuestras voces girando bruscamente hacia la derecha—. Por favor, por el amor de Dios, ¿no podemos quedarnos callados y en paz durante cinco condenados minutos y recordar que en realidad somos amigos, que nos preocupamos los unos por los otros y no queremos poner las manos en el cuello de los demás? ¡Porque lo cierto es que eso parece lo correcto en este instante!

—En cierto modo —dijo Vida después de que hubieron pasado unos largos, silenciosos e incómodos cinco minutos—, esto es peor.

Liam debió de haber coincidido, porque extendió la mano y encendió la radio, murmurando algo por lo bajo mientras intentaba sintonizarla a través de la estática, la cháchara en español y los anuncios, hasta que finalmente se detuvo en la voz profunda y regular de una mujer.

«... la Liga de los Niños ha emitido una declaración sobre la Cumbre de Navidad...».

—Oh, no puedes... —dijo Chubs, extendiendo la mano para apagarla—. No nos meteremos en esto otra vez.

—¡No! —protestamos los tres desde el asiento trasero.

Jude prácticamente aplastó la cara contra la rejilla metálica que había entre él y el altavoz de la radio, y, en el instante en que la voz de Alban surgió de los altavoces, Vida ya estaba junto a él.

—Ese es... —comenzó a decir Jude con voz excitada.

—«No creemos que la paz que Gray intenta prescribir sea en el interés de nadie más que el suyo propio. Si se lleva a cabo este apócrifo encuentro de mentes, arruinará todo el esfuerzo que los ciudadanos americanos de a pie han hecho para reconstruir las vidas que él destrozó. No nos quedaremos de brazos cruzados mientras él entierra la verdad bajo sus mentiras. El tiempo de actuar es este, y actuaremos».

Era un buen discurso. Cortesía, estoy segura, de Labios de Rana. El hombre escribía casi cada palabra que Alban hacía pasar entre sus alegres dientes. Yo ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para ver la cabeza calva del viejo inclinada sobre sus tarjetas de apuntes escritas a mano, mientras las luces

de las cámaras teñían con un resplandor azul su piel delgada como el papel.

—«... cuando se le pidió que hiciera un comentario al respecto, el secretario de prensa respondió: “Cada palabra que sale de la boca de un terrorista está pensada para incrementar el temor y la incertidumbre que aún existen. Ahora John Alban habla claro porque teme que, cuando la paz y el orden sean restaurados, los americanos dejen de tolerar sus actos violentos y su conducta poco patriótica”».

—Él no «teme» —masculló Vida—. Son ellos los que deberían estar aterrados.

Jude la hizo callar con un ademán.

—¿Puedes subir el volumen?

—«Tengo en la línea a Bob Newport, consejero político superior de la senadora Joanne Freedmont, de Oregón, para conversar sobre cómo enfocará la Coalición Federal la Cumbre de la Unidad. Bob, ¿estás ahí?».

La línea crujió con la estática, y durante varios segundos lo único que llenó mis oídos fue el ruido grave de las ruedas del todoterreno sobre la carretera.

—«Hola, sí... ¿Mary? Disculpa. La intensidad de la señal aquí en California no es... —Su tono de voz se interrumpió, para volver con mayor volumen que antes—. Durante los últimos meses».

—Las antenas y los satélites de telefonía móvil no son muy de fiar, últimamente —expliqué a los chicos del asiento delantero—. Alban cree que Gray los está manipulando.

—«Bob, antes de que te perdamos, ¿puedes contarnos cómo planea encarar esta reunión la CF? ¿Puedes adelantarnos algo sobre los temas que la senadora Freedmont y el resto piensan llevar a la mesa de negociaciones?».

—«Claro. No puedo darte muchos detalles... —La línea vaciló ora vez, pero después volvió—... sin duda será el reconocimiento de la Coalición Federal como partido nacional, y, desde luego, presionaremos para que haya elecciones la próxima primavera».

Mary, la presentadora, soltó una risita.

—«Y ¿cómo crees que reaccionará el presidente a tu solicitud de acortar su tercer período de Gobierno?».

Bob también tenía una risa falsa.

—«Eso habrá que verlo. El reclutamiento, desde luego, será otro tema principal de conversación. Me gustaría saber si el presidente tiene preparado algún plan para eliminarlo gradualmente, en concreto el programa de las Fuerzas Especiales Psi, que, lo sé, ha sido un asunto polémico en todo el país...».

Al oírlo, los cinco nos inclinamos hacia la resplandeciente pantalla verde de la radio. Jude me cogió del brazo.

—¿Crees que...? —susurró.

—«¿Tratarán también los programas de rehabilitación? —Mary olía el menor vestigio de sangre y ahora tenía la nariz pegada al suelo y buscaba el rastro—. Últimamente ha habido cierta falta de información sobre la situación de los programas y de los chicos que ingresaron en ellos. Por ejemplo, el Gobierno ya no envía cartas informando a los padres registrados acerca de los progresos de sus hijos. ¿Crees que se trata de un indicio de que el programa sufrirá alguna especie de transformación?».

—¿Realmente enviaban cartas? —pregunté.

Era la primera vez que oía algo al respecto.

—Muy al principio, nada más que un breve papel impreso en el que ponía: «Su muchacho progresa adecuadamente y no causa problemas» —dijo Liam—. Todos recibían lo mismo.

—«Ahora mismo, nuestra atención está en conversar sobre los planes que nos gustaría que el presidente Gray pusiera en práctica para estimular la economía y reanudar las conversaciones con nuestros antiguos socios internacionales».

—«Pero volviendo al asunto de las Fuerzas...». —La voz de Mary comenzó a vacilar, chisporroteando con un chirrido metálico poco natural.

—¡Detente —dijo Vida—, si no perderemos la señal!

—«... ¿le pedirá que se sincere en relación con qué programas de investigación están en marcha y si han avanzado o no en su análisis del origen de la ENIAA? Yo, como madre de un niño, tengo especial interés en averiguar si mi hijo, quien ya acude a pruebas semanales y sesiones de monitorización, deberá ser incluido en un programa especializado según las instrucciones del Registro de la ENIAA. No cabe duda de que hay políticos en ambos bandos que comprenden de forma similar a los miles de padres a los que se ha dejado sin respuestas, en ocasiones durante años. Creo que hablo por todo el mundo cuando digo que eso es inaceptable».

—Exacto —dijo Jude—, lo tienes, Mary. ¡No dejes que cambie de tema!

—«Creo que a la CF le interesaría modificar... el programa... —Otra vez la estática. No podía siquiera empezar a ocultar cuán incómodo se sentía Bob con este tema—. Querríamos seguir teniendo a los niños de cinco años monitorizados durante un año en una de las instalaciones, pero, si no evidencian... efectos peligrosos de la ENIAA, querríamos que se los enviara a casa, en lugar de promoverlos automáticamente a uno de esos campamentos de rehabilitación...».

La línea quedó en silencio tras un clic seco. La presentadora repetía su nombre, «¿Bob? ¿Bob? ¿Bob?», una y otra vez, como si de algún modo pudiera recuperar su voz a través del aire muerto.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

Las señales habían sido dolorosamente francas al llamarle a esa parte del país «TIERRA DE NADIE». Nos sentiríamos más aliviados cuando finalmente saliéramos de la prolongación de Oklahoma hacia Kansas y entráramos en este último, si realmente pudiéramos distinguir ambos estados. Durante horas no vimos otra cosa que pastos altos, otrora verdes, aplastados por el hielo y la nieve. Pequeños pueblos, cuyas vidas y gentes habían sido ahogadas poco a poco. Había bicis y coches oxidados abandonados a lo largo de la carretera. Cielo abierto, vacío.

Había visto el desierto en el sur de California, pero esto... Esta zona parecía inacabable y dolorosamente expuesta; hasta el cielo parecía curvarse para encontrarse con la carretera. Nos detuvimos dos veces, ambas para buscar gasolina en los coches abandonados que se alineaban junto a la carretera. Había gasolineras en funcionamiento a lo largo de todo el camino, pero a cinco dólares el litro, y no nos parecía tan apremiante rellenar el depósito de forma legal.

En su mayoría, el tráfico aparecía como una lenta llovizna. La solitaria patrulla de caminos pasó volando, con una prisa horrible, hacia dondequiera que se dirigiera. Con todo, Chubs condujo las primeras cinco horas con las manos aferradas al volante. En nuestra siguiente parada para ir al baño, Vida le robó el asiento del conductor y trabó la puerta, obligándolo a sentarse en el lugar del acompañante y a Liam a pasar al asiento trasero, junto a mí.

Abandonamos las llanuras y nos dirigimos hacia las montañas bajo un manto de oscuridad. Esa fue la única advertencia de que estábamos llegando a Colorado. Pasarían horas hasta que llegáramos a Pueblo, pero al nudo que sentía en el estómago no parecía importarle. Delante, unas líneas de luces les daban formas a ciudades distantes que solo se hicieron más grandes y brillantes cuando descendimos hasta el valle. Yo estaba demasiado ansiosa como para dormir, como hacían Jude y Vida. Aferraba el intercomunicador y la memoria flash, en el bolsillo de mi abrigo, e intentaba concentrar mis pensamientos en lo que había delante, visualizando las diferentes posibilidades que nos esperaban y cómo actuaríamos en cada caso.

Vida y yo echaríamos un vistazo al lugar; si era una persona, Jarvin u otro de los otros agentes, podríamos atraparlo sin problemas. Ella lo atacaría a su modo y yo lo agobiaría al mío. Si había un grupo de agentes armados esperándonos, escaparíamos sin ser detectados. Eso debería funcionar. «Eso funcionará», me dije a mí misma. La única pregunta importante era qué haríamos si ya no era seguro llevar la memoria de regreso al Cuartel General o si Cole, o Cate, ya no estaban ahí. O habían muerto.

Los ojos de Liam estaban cerrados y ahora respiraba con mayor facilidad que en los días anteriores. De cuando en cuando, los faros de un camión solitario alumbraban la ventanilla en la cual estaba apoyado, iluminando su cabello dorado. Y, en esos preciosos segundos, no podía ver los cortes ni las contusiones de su cara. Ni siquiera las ojeras que tenía bajo los ojos.

La canción de los Beatles que fluía desde la radio dio paso a un rasgueo suave de Fleetwood Mac, que fue reemplazado por los alegres fraseos iniciales de «Wouldn't It Be Nice», de los Beach Boys.

No sé si antes de aquel momento había comprendido realmente que aquello era el fin. Que en cuestión de kilómetros, horas, abandonaría el coche y cerraría la puerta detrás de mí por última vez.

Ya había sido muy difícil dejarlo antes, y ahora... esto. Tal vez ese era mi auténtico castigo por las cosas que había hecho: quedar atrapada en un mundo en el que debía abandonarlos una, y otra, y otra vez hasta que en mi corazón ya no quedara nada que romper.

En ese momento no me incomodaba ni me avergonzaba llorar. Era mejor dejarlo salir mientras los demás dormían y Vida estaba concentrada en el negro camino. Me permití, esta única vez, hundirme más profundamente en el dolor. Me permití preguntarme por qué esto me sucedía a mí —a todos nosotros— hasta que estuve segura de que la forma de la memoria USB quedaría grabada en mi mano.

Ahora, por lo menos, con suerte, sabríamos quién... qué... era el responsable de todo aquello. Tendría algo a lo que culpar, no a mí misma, por el desastre que era mi vida.

Y esa canción que no acababa nunca. Seguía tocando, ese ritmo optimista de voces y cuerdas punteadas, la promesa de un futuro que jamás sería mío.

Al principio el roce fue tan vacilante que estaba segura de que Liam aún dormía y se movía en sueños. Su mano se acercó a la mía, que estaba sobre el asiento y sus dedos fueron cubriendo los míos, uno por vez, cogiéndolos de una forma que era a la vez tierna y tímida. Me mordí los labios y dejé que su piel tibia y áspera envolviera la mía.

Él tenía los ojos cerrados y así se quedaron, aun cuando pude ver que le costaba tragar. Ahora no había nada que decir. Él se llevó nuestras manos enlazadas hasta su pecho y ahí permanecieron, a través de la canción, las montañas, las ciudades. Hasta el fin.

Pueblo —«¡HOGAR DE HÉROES!» o «CIUDAD DE ACERO DEL OESTE», según el cartel al cual creyéramos— estaba casi abandonada, pero no lo bastante desierta como para tranquilizar mi mente al avanzar a lo largo de una línea de farolas y concesionarios de automóviles vacíos. El lugar se parecía mucho a lo que habíamos visto hasta el momento, rodeado de montañas que se elevaban en el paisaje y, por o demás, llano y árido. Creo que siempre me había imaginado ese estado como una inmensa montaña cubierta por un espeso manto de coníferas y pendientes para esquiar. Había nieve, sí, coronando las lejanas Rocosas, pero aquí, a la luz del día, no había árboles que ofrecieran cubierta, ni flores que ofrecieran algo de belleza. La vida, en un lugar así, parecía algo poco natural.

Vida aparcó el todoterreno junto a la acera opuesta de la dirección que nos había enviado «Cate» y dejó que el coche se detuviera en un lugar decepcionante.

—¿Estás segura de que esto está bien? —preguntó Chubs, mirando una vez más la tableta.

Tenía razón. Encontrarse en un Dairy Queen abandonado parecía realmente extraño; supongo que estaba en consonancia con lo que yo había visto del sentido del humor de Cole, pero la incertidumbre de todo me hacía dudar.

—Aquí no veo a nadie —dijo Chubs por décima vez—. No lo sé..., quizá deberíamos dar una vuelta más.

—Tranqui, abuelito; me estás provocando una úlcera —dijo Vida, colocando la palanca de cambio en la posición de aparcar—. Probablemente estén esperando en uno de esos coches.

—Sí —dijo Liam—, pero ¿en cuál?

La mayoría eran turismos más pequeños, de gran diversidad de colores y formas. Lo único que tenían en común, además de la paliza que el sol le había dado a la pintura, era que cada centímetro de superficie parecía estar cubierta de polvo. Los techos, las ventanillas, los capós. La única excepción



era un todoterreno blanco, cuyas ruedas y mitad inferior estaban cubiertas de suciedad, pero el resto estaba limpio. No había estado aquí mucho tiempo.

—Dijo que la buscáramos dentro —dije yo, desabrochándome el cinturón de seguridad—. Comenzaremos por ahí.

—Espera —comenzó a decir Chubs con un matiz de pánico en la voz—. ¿No podríamos... esperar unos minutos más?

—No podemos dejarla esperando más tiempo —dijo Jude—. Probablemente esté muerta de preocupación.

Mis ojos se cruzaron con los de Vida en el espejo retrovisor.

—Por qué nos os quedáis aquí y metéis provisiones en una bolsa —sugerí, en tono despreocupado—. Vida y yo nos informaremos. Veremos qué planes tiene y si es seguro que vosotros viajéis con nosotras.

—Vale —dijo Jude—, ¡te busco ahí dentro enseguida!

—Tómate tu tiempo —respondí, pasando por encima de sus largas piernas—. Piensa en lo que necesitaremos.

—Pero Cate probablemente tendrá todo lo que necesitemos —objetó él—. Y, de todos modos, quiero verla. Parece como si hubieran pasado años desde la última vez.

Vida siguió mi ejemplo y se desabrochó el cinturón de seguridad.

Cerré la puerta detrás de mí, cuidando de no mirar el rostro de Liam al rodear la parte trasera del coche para encontrarme con Vida. Oí un débil clic cuando ella revisó el tambor del revólver que llevaba en la mano.

—No entraremos hasta que confirme que no nos dirigimos a un paredón de fusilamiento, *cáspite*? Entramos y salimos, solo el tiempo suficiente para que practiques tu vudú cerebral y veas si los demás están bien —dijo ella—. ¿Cuánto tardarán Judith y los demás en ponerse quejicas e impacientes y venir detrás de nosotras?

—Diez minutos, como mucho. —Quizá doce si Liam distraía a Jude.

Avanzamos por las sombras de la calle, zigzagueando entre los coches. No me había sentido nerviosa hasta el momento en que me pareció ver un destello de luz y un movimiento en una de las ventanas del restaurante. Pero Vida me aferraba el brazo y me arrastraba alrededor de los inmensos contenedores de basura Dumpster y sus entrañas, olvidadas y podridas. La puerta trasera de la tienda estaba abierta, sostenida por una pequeña piedra. Vida solo perdió un segundo en mirarme y luego se agazapó en la oscura cocina del Dairy Queen. La puerta se cerró a nuestras espaldas y yo le eché la llave lo más silenciosamente que pude.

El reflejo de Vida apareció fugazmente sobre el refrigerador de metal situado al otro lado de la habitación, y volví a verla agazapada, desplazándose a lo largo de los freidores plateados y las repisas vacías. La encontré junto a la puerta que conducía al mostrador y al comedor.

Quitó el seguro a la pistola y avancé, agazapada, a lo largo del mostrador y los espacios vacíos en los que deberían haber estado las neveras con helados. No, a pesar de las luces, del olor dulce que todavía flotaba en el aire, este no era un restaurante en funcionamiento.

Y la única alma que había en el comedor, además de nosotras, no era la de Cate.

Estaba sentado en la única área de mesas que no se veía desde las grandes ventanas de cristal, hojeando con pereza una edición en rústica, vieja y raída, de un libro cuyo título rezaba *Obras*

*escogidas de Friedrich Nietzsche*. Vestía pantalones caqui y un jersey gris sobre una camisa blanca remangada con esmero. El cabello oscuro era algo más largo de lo que yo recordaba; le caía sobre los ojos cada vez que se inclinaba para pasar la página. Y, con todo, lo más extraño de esta imagen de Clancy Gray no era el hecho de que estuviera ahí, en el desierto, en un Dairy Queen, bajo un cartel despintado que ofrecía alguna clase nueva de gofre; lo más extraño era que estuviera tan relajado que había colocado los pies sobre uno de los muretes que separaban los reservados.

Él sabía que yo estaba ahí —debía de saberlo—, pero Clancy no se movió cuando aparecí detrás de él y apoyé el cañón de la pistola en su nuca.

—¿Al menos puedes esperar a que acabe este capítulo? —preguntó con el mismo tono de voz simpático de siempre.

Sentí que se me revolvía un poco el estómago. También sentí otra cosa: el consabido goteo en mi nuca.

—Deja la pistola, Ruby —dijo Clancy, cerrando el libro.

Una parte de mí quería echarse a reír. ¿De verdad lo estaba intentando? Dejé que los dedos invisibles de su mente rozaran los míos por un único y solitario segundo antes de hacer bajar la pared, afilada como una navaja, entre ellos. Esta vez Clancy sí se movió, se dobló hacia delante, siseando de dolor al volverse hacia mí.

—Buen intento —dije, manteniendo firmes mi voz y mi mano—. Tienes treinta segundos para decirme qué diablos estás haciendo aquí y cómo te colaste en nuestro intercomunicador, antes de que haga lo que debí haber hecho hace meses.

—Es obvio que no sabes negociar —me reprendió—. Yo no gano nada. Si te lo digo muero y si no te lo digo también. ¿Por qué debería resultar motivador?

Clancy me dirigió la mejor de sus sonrisas de hijo de político, y yo sentí que la ira que hacía tanto tiempo se cocinaba a fuego lento en mi interior llegaba a su punto de ebullición. Deseaba verlo asustado antes de acabar con su vida. Deseaba que tuviera tanto miedo y se sintiera tan indefenso como el resto de nosotros aquella noche.

«Detente —pensé—. Cálmate. No puedes hacerlo otra vez. Contrólate».

—Porque hay otra opción, peor —dije.

—¿Cuál? ¿Entregarme a las FEP?

—No —contesté—. Hacerte olvidar quién eres. Lo que puedes hacer. Arrancar cada recuerdo de tu cabeza.

La comisura de los labios de Clancy se crispó.

—He echado de menos tus vanas amenazas. Te he echado de menos a ti, la verdad. No es que no haya estado al tanto de tus actividades. Ha sido algo fascinante de observar estos últimos meses.

—Oh, no me cabe la menor duda —repuse, apretando la pistola con más fuerza.

Clancy se repantigó en la silla.

—Me mantengo informado de todos mis buenos amigos. Olivia, Stewart, Charles, Mike, Hayes. Tú, especialmente.

—Vaya. Tú sí que sabes cómo halagar a una chica.

—Sin embargo, tienes que contarme por qué os separasteis Stewart y tú. Leí el informe en los servidores de la Liga. Os ingresaron a ambos, pero no decía nada sobre la razón por la cual dejaron

marchar a Stewart.

No dije una palabra. Clancy entrelazó los dedos sobre la mesa mientras una sonrisa se extendía por su atractivo rostro.

—Mírate, tomando la decisión imposible —dijo él—. Eso es lo que aquella Cuidadora tuya decía sobre ti en tu expediente, ¿sabes? Así justificó tu nombramiento como Líder de tu triste equipito. «Ruby es ferozmente protectora y posee la firme voluntad y resiliencia necesarias para tomar decisiones imposibles». Eso me gustó. Muy poético.

Salió del reservado con las manos en alto, en la clásica pose de quien se rinde. Era igual de genuina que su sonrisa.

—Ruby. —Su tono de voz era suave y sus manos bajaron hasta colocarse en un ángulo que parecía que fuera a acercarse para abrazarme—. Por favor. Estoy tan contento de verte otra vez...

—Quédate donde estás —le advertí, apuntándole otra vez con la pistola.

—No me dispararás —continuó Clancy, y su tono de voz adquirió esa cualidad sedosa que adquiría siempre que intentaba manipular a alguien.

Hizo que se me erizara el vello y se me humedecieran las manos. Lo odiaba; lo odiaba por todo lo que había hecho, pero lo odiaba aún más por tener razón.

Mi expresión debió de delatarme porque se abalanzó sobre mí, con los dedos extendidos hacia el arma.

El disparo llenó la habitación de luz y pólvora; la bala surcó el aire y lo alcanzó en el brazo; la explosión la siguió un segundo después. Clancy aulló de dolor y cayó de rodillas. Se llevó la mano izquierda al lugar donde la bala le había herido el antebrazo derecho.

Oí que Jude golpeaba la puerta trasera de la cocina, sus gritos ahogados, pero quien apareció fue Vida. Se alzó detrás del mostrador con el revólver apuntando directamente a la cabeza de Clancy.

—Te ha dicho que te quedaras donde estabas —dijo Vida fríamente mientras se situaba detrás de mí—. La próxima será en los huevos.

Advertí el peligro dos segundos tarde, cuando Clancy levantó la cabeza.

—¡Para...!

Vida hizo un ruido parecido a un breve jadeo mientras su rostro se retorció por la intensidad de la intrusión de Clancy. Se estremeció, combatiéndolo; yo podía verlo en sus ojos antes de que se pusieran vidriosos con el roce de la mente de Clancy. El brazo de Vida se sacudió cuando levantó el arma de nuevo, esta vez apuntándola hacia mí.

—Deja el arma y escúchame —ordenó Clancy.

Se había incorporado y estaba sentado en el borde del murete, mirando la línea de sangre que oscurecía su camisa, antes prístina. No me moví; combatí cada impulso de mi cuerpo de dejarlo muerto de un disparo en ese lugar y acabar de una vez con todo aquello. Detrás de mí, Vida temblaba; sentí que el cañón del revólver vibraba cuando se apoyó en mi cráneo. Las mejillas de Vida estaban húmedas, pero no miré lo suficiente como para saber si era sudor o lágrimas.

Me sorprendió percatarme del poco temor que sentía en aquel momento, más allá de lo que le sucedía a Vida. Si Clancy se había tomado el trabajo de hacer todo esto: venir aquí, hackear el enlace entre nuestros intercomunicadores, degradarse a esperar en un Dairy Queen, ni más ni menos, lo había hecho porque tenía un motivo. No podía hablar conmigo si yo estaba muerta.

—Ah —dijo suavemente, como si yo hubiera dicho mis pensamientos en voz alta.

Clancy volvió la mirada hacia Vida. El revólver se alejó y fue a apoyarse contra la sien de Vida.

—No vas a hacer nada de eso —musité.

—¿De verdad me pondrás a prueba?

Levantó las cejas y movió una mano para indicarme el otro lado del murete, invitándome a sentarme. Permanecí de pie, pero coloqué el seguro de la pistola y la introduje entre mi cintura y mis pantalones.

«Puedo cortar la conexión», pensé, y dejé que mi mente se extendiera hacia la de ella. Pero era como una lámina de acero soldada alrededor de los pensamientos de Vida; no importaba con cuánta fuerza me arrojara contra ella, la lámina me rechazaba. Apagar.

—Has mejorado mucho —dijo Clancy—. Pero ¿crees francamente que podrías quebrar mi dominio antes de que yo disparara?

«No», pensé, esperando que la expresión de mis ojos bastara para transmitirle a Vida cuánto lo sentía, que aún no me había rendido.

—¿Cuánto llevas vigilando el enlace de nuestro intercomunicador? —pregunté volviéndome hacia él otra vez.

—Haz una conjetura, y luego otra, sobre cuándo comencé a responder en lugar de Catherine Conner.

Empezó a tamborilear en la mesa con los dedos, y la mano de Vida aferró el arma con mayor firmeza; el dedo se tensó sobre el gatillo. Cerré los puños, pero me senté frente a él, sin molestarme en ocultar la expresión de repugnancia de mi rostro.

—Está muy preocupada por todos vosotros. Y, hay que reconocerle el mérito, supo que yo no era tú antes de que tú advirtieras que yo no era ella. Y, mejor aún, te envió a Nashville. Supongo que fue ahí donde encontraste a ese pequeño impostor. ¿Te encargaste de él?

Me tomó un momento darme cuenta de que estaba hablando de Knox.

—Te debe de haber matado —dije— saber que un vil Azul se pavoneaba con la identidad que tú inventaste. ¿Sabías que tenía uno de tus Rojos?

—Oí algunos rumores al respecto. —Clancy hizo un gesto con la mano—. Sabía que el Rojo estaba destrozado, de otro modo habría ido a buscarlo y me lo hubiera quedado. Me habría resultado increíblemente útil, pero no tengo tiempo para quedarme de brazos cruzados y reciclar a ese chico, para eliminar todo su condicionamiento y reconstruirlo.

—Ellos lo destrozaron, tú lo destrozaste —dije—, al proponerle el programa a tu padre. Ese chico... era como un animal.

—Y ¿qué otra opción había para ellos? —preguntó—. ¿Habría sido mejor permitir que la gente de mi padre los matara a todos como hicieron con los Naranjas? ¿Qué es mejor, ser más monstruoso que el monstruo o dejarse devorar por él sin oponer resistencia? —Clancy recorrió el borde de su viejo libro—. Una buena pregunta de Nietzsche. Yo ya tengo mi respuesta. ¿La tienes tú?

Yo no sabía quién era Nietzsche ni me importaba, pero no iba a dejar que desbaratara la conversación.

—Dime por qué has venido —dije—. ¿Otra vez los Rojos? ¿O por fin te has aburrido de fastidiar a la gente? Apuesto a que uno se siente bastante solo cuando la única compañía que tiene es su ego.

Clancy lanzó una sincera carcajada.

—Seré el primero en admitir que mi plan de East River era infantil. Carecía por completo de la sofisticación necesaria para tener éxito. Me precipité y tanteé el terreno antes de que estuviera preparado. No, estoy aquí porque quería verte.

Cada articulación de mi cuerpo pareció separarse al sentir las garras del frío pavor.

Su ataque llegó como un cuchillo en la oscuridad; la sensación extraña y desconcertante en mi nuca fue la única advertencia. Pero yo también era rápida. Fue exactamente como había dicho el instructor Johnson: a veces el único instante en que el oponente tiene la guardia baja es en mitad de su ataque; así que lo intenté. Ahora sabía lo que hacía. Bloqueé su ataque con el mío y me lancé hacia las profundidades de su mente.

Las imágenes y las sensaciones pasaron revoloteando, estallando con destellos blancos y calientes, cambiando cada vez que parecía que iba a aferrar una de ellas. Me concentré en una que subía —el rostro de una mujer enmarcado por cabellos rubios— y la capturé, colocándola delante de todos sus pensamientos.

La escena se extendió a mi alrededor, temblorosa y descolorida al principio, pero se iba haciendo más intensa cuanto más la sostenía. Con cada respiración aparecía un nuevo detalle. La habitación a oscuras tembló en mi mente antes de que apareciera un círculo de mesas de acero inoxidable. Con la misma rapidez, las mesas se poblaron de máquinas resplandecientes y complicados microscopios.

La mujer ya no era una cara, sino toda una persona, y estaba de pie en medio de todo aquello. Aunque su rostro era sereno, tenía las manos extendidas hacia delante, en un gesto de apaciguamiento que me hizo pensar que intentaba calmar a alguien o defenderse de algo.

Al retroceder, la mujer tropezó con algo que había a sus espaldas y cayó al suelo. El vidrio diseminado por las baldosas brillaba con la luz de un fuego cercano. Me incliné sobre ella y advertí el pequeño rocío de sangre sobre su guardapolvo blanco, así como las palabras «Clancy, no, por favor, Clancy» que se formaban en sus labios...

No estoy segura de cómo acabamos en el suelo, alejándonos el uno del otro, arrastrándonos con las piernas débiles y temblorosas. Oí que Jude gritaba mi nombre otra vez desde fuera golpeando la puerta trasera con los puños. Me coloqué una mano en el pecho como si eso fuera a ser suficiente para calmar el ritmo galopante de mi corazón. Clancy no podía dejar de sacudir la cabeza; incrédulo, tal vez, o para despejarla. Durante un momento largo y terrible no hicimos nada más que mirarnos fijamente.

—Supongo que ese que está ahí fuera, golpeando la puerta como un perro, es Stewart —dijo finalmente.

—No —respondí, apretando las mandíbulas—. Él se ha ido. Nos dejaron aquí.

La mirada de Clancy se dirigió hacia Vida otra vez y oí un gimoteo.

—¡Te estoy diciendo la verdad! —dije yo—. ¿Crees que estaría dispuesta a permitir que se involucrara en este embrollo? Se ha marchado. Se ha ido.

Clancy me clavó la mirada mientras sus ojos recorrían las líneas de mi cara un poco divertido y más que un poco molesto.

Los cristales laterales del restaurante se hicieron añicos, destrozados por una fuerza que no vi. Toda la atención de Clancy pasó de mí a Vida; la rabia le brillaba en los ojos oscuros. Ni siquiera se me ocurrió preguntarme quién irrumpía en el lugar; mi cuerpo fue muy por delante de mi cerebro. Me lancé hacia las piernas de Vida y la arrojé al suelo, quitándole el revólver antes de que Clancy pudiera

reaccionar.

Giré sobre mi espalda y, desde el suelo, apunté las dos armas hacia él. Vida maldecía, furiosa y confundida al regresar de la niebla en la que la había sumido Clancy, pero mis ojos estaban fijos en él; y los de él estaban fijos en los chicos que llegaban en tropel, con tal fuerza que resbalaron en los montones de vidrios rotos. «¡No! —pensé—. ¡No, aquí no!».

—Se ha marchado —murmuró Clancy imitando mi voz—. Se ha ido.

La mirada de Liam trazó un arco desde donde yo estaba, en el suelo, hasta donde estaba Clancy, aún sentado en el murete, poniendo los ojos en blanco con un gesto de exasperación. Un momento después, Liam avanzaba, acercándose a él, con una máscara de furia pura e impávida extendida sobre sus rasgos. Vi su decisión, la leí en la forma de su puño sediento de sangre. Y Clancy también.

—¡No...! —grité.

Liam se retorció deteniéndose, cada músculo de su cuerpo congelado, mientras Clancy se hundía en lo profundo de su mente. Lo vi desplomarse sobre el suelo sin ninguna forma de evitarlo.

Me puse de pie de un salto mientras el hijo del presidente miraba a Liam con los brazos cruzados sobre el pecho. La sangre de su herida goteaba sobre el abrigo de piel de Liam. El rostro de Liam pasó de un gesto de dolor a una mueca y de ahí a una masa roja de agonía, y supe que era diferente que antes; la fría sonrisa de Clancy mientras miraba a Liam era mucho más aterradora de lo que había sido en East River.

—¡Para! —dije, interponiéndome entre ellos. Empujé a Clancy hacia atrás, con una de las armas clavada bajo su mentón—. ¡Déjalo, Clancy!

No estoy segura de por qué retrocedió, retirando su dominio. Dejé que mis ojos le dijeran todo lo que estaba dispuesta a hacerle. Y Clancy acababa de comprender, tal como lo había hecho yo, que yo no mataría para protegerme, pero sí lo haría para proteger a las personas que quería. Y, si ya no podía invadir mi mente, y sin esas personas, él ya no tenía ninguna forma de controlarme. La ira oscureció sus ojos cuando retrocedió con las mandíbulas apretadas.

Lo obligué a meterse en el reservado, asegurándome de que oyera el ruido de la pistola al quitarle el seguro. Me temblaban las manos; no de temor, sino por la repentina aceleración de mi pulso. El poder que había sentido al verlo encogerse sin siquiera una palabra entre nosotros era tóxico. Lo haría si intentaba manipular a alguno de mis amigos otra vez; lo mataría, y la última cosa que vería sería la sonrisa de mi rostro. Necesitábamos salir de ahí. Mientras todavía tuviéramos la memoria flash y la ventaja.

Vi la idea brillar detrás de los ojos de Clancy, la forma en que todo su cuerpo pareció relajarse al averiguar qué era exactamente lo que debía decir para seguir con vida.

—Si me matas ahora, jamás sabrás lo que les sucederá a tus amigos de California. No antes de que ellos también mueran.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

El primero que fue capaz de hablar, pese a su debilidad, fue Jude. Miré cómo levantaba la mano y colocaba la brújula sobre su pecho.

—¿De qué hablas?

Coloqué el cañón de la pistola aún más cerca del rostro de Clancy.

—Respóndele.

En ese momento fue tan obvio para mí como lo era para Clancy que él jamás había estado en una situación como esta, de la cual no podía escurrirse ni, mucho menos, controlar. La renuencia y la frustración grabaron un feo gesto en su rostro.

—Tengo una fuente de información en la Liga que dice que ellos siguen con sus planes de volar a esos chicos por los aires. Si me matas, no tendrás la menor idea de cuándo ni cómo sucederá.

Negué con la cabeza, pero se me retorció el estómago.

—¿Quién es tu fuente de información? Por lo que sabemos, podrías haber sacado esos planes de una red de ordenadores.

Su sonrisa de suficiencia bastó para hacerme desear apretar el gatillo. Empezó a pronunciar el nombre a regañadientes, distorsionando las vocales:

—Nuestro común conocido, Nico.

—¡No! —gritó Jude—. ¡No! Ru, está mintiendo...

—Nico y yo nos conocemos de toda la vida —interrumpió Clancy, mirando hacia donde Liam se ponía de pie con esfuerzo, tosiendo.

—¿Alguna vez dices la verdad? —le pregunté—. Nunca tuviste acceso a Nico. Él estuvo en el programa de pruebas de Leda hasta que la Liga lo reclutó, y desde entonces no ha abandonado el Cuartel General.

Clancy me miró como si no pudiera creer que yo no hubiera comprendido antes todo eso.

—Ruby. Piensa. ¿Dónde estuvo Nico antes de eso? ¿O realmente no lo recuerdas?

—Lo que yo sí sé es que te arrancaré la piel de la cara a tiras —gruñó Vida desde el suelo, esforzándose visiblemente por ponerse de pie.

Lo miró con desagrado, disponiendo su rabia a su alrededor como una armadura.

—Esa es la actitud —murmuró Chubs, a la espera de que ella por fin aceptara su ayuda, algo que, por supuesto, no hizo.

—¿Qué? —dijo Jude, colocándose detrás de mí—. ¿De qué está hablando?

Me sentí mareada, tan débil que volví a sentarme.

—¿Nico estuvo en Thurmond? ¿Mientras tú estabas ahí?

—¡Oooh, lo ha comprendido! ¡Por fin! —Clancy me dedicó un breve aplauso—. Éramos colegas de bisturí. A ellos les gustaba comparar nuestros cerebros... para estudiar chicos en los extremos opuestos del espectro cromático. Hasta nos llevaron el mismo día. De toda la vida.

Mi mente se apresuraba a pensar en un intento por descubrir cómo no lo había comprendido hasta ese momento, si Nico había dado alguna vez una pista al respecto. Pero yo no podía recordar si había

estado en Thurmond alguna vez. ¿Había estado Cate?

—¿Dices que tu padre hizo que experimentaran contigo? —preguntó Liam con voz ronca, mientras se ponía detrás de mí.

Clancy tamborileó en la mesa con los dedos. No tenía pruebas. Su padre había consentido que lo hicieran con la condición de que los investigadores no le dejaran marcas.

—Después de salir del campamento me pregunté qué había sido de los demás; me imaginaba que debían de haber trasladado los experimentos a otra localización al comenzar a expandir el campamento para ingresar en él a jóvenes como nuestra amiga Ruby. Me tomó algún tiempo averiguar que se los habían llevado al laboratorio de Filadelfia de Leda Corporation.

Se me revolvió el estómago. Intenté decir algo, cualquier cosa, pero la imagen de Nico, el pequeño y asustado Nico, atado a una de las camas de la Enfermería fue demasiado para mí. No podía procesar nada más.

—Incluso antes de East River —dijo Clancy, entrelazando los dedos sobre la mesa, frente a él—. Comprendí que los únicos chicos que alguna vez entenderían lo que yo intentaba hacer eran los que habían estado ahí conmigo. Pensé que podían ser útiles. Pero cuando seguí su rastro hasta Leda Corporation, Nicolas era el único superviviente cuyo cerebro no había sido destruido por completo.

—Y todo lo que debías hacer era esperar a que la Liga lo sacara de ahí para ponerlo a tu disposición —dije, disgustada—. ¿Planeabas convencerlo de huir y reunirse contigo en East River antes de que el plan se desbaratara?

—Yo no esperé a nadie. ¿Quién crees que le pasó a la Liga la información sobre lo que estaban haciendo en aquel laboratorio? ¿Quién crees que les propuso una forma de sacar a los chicos de ahí? Tuve que ser paciente, desde luego, y esperar hasta que lo llevaran nuevamente a California antes de ponerme en contacto con él. Y no, el plan nunca incluyó llevarlo a East River, Ruby. Me era más útil ahí, recogiendo cada trozo de información que yo le pedía sobre la Liga.

—No —dijo Jude, pasándose las manos hacia atrás a través de su cabello—. No, él no...

—Todos tenéis una idea equivocada de él. Lo habéis subestimado. Nadie ha sospechado de él jamás, sin importar cuánto le hiciera indagar yo. —Los ojos de Clancy estaban sobre el arma, mientras seguía hablando—. Él es quien me ha dicho que la Liga seguirá adelante con la idea de atar las bombas a esos chicos. Por eso Nico pirateó el intercomunicador para mí. Para que pudiéramos reunirnos. Para que yo pudiera hacerle ese favor.

—Él te habló de la memoria —dije—. Ese es el auténtico motivo por el que has venido, ¿verdad?

Sus cejas se alzaron, sus labios se separaron un poco. El brillo ansioso apareció otra vez en sus ojos.

—¿La memoria? Y ¿qué puede haber en esa memoria? ¿Algo que sería de mi agrado?

—Tú...

La palabra se le ahogó en la garganta. Clancy nos miraba a todos, como si estuviera escogiendo qué mente invadir. Cuál le permitiría acceder más fácilmente a la verdad. Usé la pistola para obligarlo a volver su atención hacia mí.

—Dijo que buscabas a Stewart porque estaba en peligro. Mi único papel era traerte hasta aquí y contarte lo que había sucedido. Pero hay algo más.

—Habla —dije—, dímelo todo, y tal vez, tal vez, te deje vivir.

Clancy suspiró. Su renuencia socavaba su entusiasmo sobre el posible filón con el que había



tropezado.

—Hace dos días, varios agentes se rebelaron, mataron a Alban y tomaron el control de la organización. Todos los que les hicieron frente acabaron encerrados o muertos.

Miró a Liam con una sonrisa en las comisuras de sus labios.

«Cole. Cate. Todos los instructores». Hasta el rostro curtido de Alban, su sonrisa amarillenta, pasó fugazmente por mi cabeza.

Cuando menguó la conmoción inicial, Liam comenzó a temblar. Puse una mano sobre su brazo para calmarlo. Pero debí haberme preocupado por Vida, quien lanzó un puñetazo hacia el rostro presuntuoso de Clancy. Chubs apenas alcanzó a cogerla por la cintura, y la fuerza que tuvo que hacer para volverla a su sitio los envió a él y a ella al suelo. Vida aullaba —realmente aullaba— mientras forcejeaba y lanzaba puntapiés para liberarse de los brazos fibrosos de Chubs.

Liam había recibido la noticia sobre su hermano sufriendo una conmoción, y Vida había sido devorada por su ira feroz. Pero Jude... estaba cayendo en la clase de pena evidenciada solo por lágrimas silenciosas.

—¿Cuál es su plan? —pregunté—. Los detalles.

—Los sacarán de LA mañana a las seis de la madrugada.

La conmoción me hizo retroceder un paso y el espacio entre nosotros se llenó de un terror palpable. Sentí que me lamía la piel dejando atrás una pátina de sudor helado. «Tan pronto». Intenté calcular mentalmente el viaje en coche, buscar horas extra en el día entero que necesitaríamos para llegar a tiempo.

—Los otros chicos no tienen idea de lo que está ocurriendo, según Nico. Parece que tu querida Cate solo tuvo tiempo de avisarle a él antes de que se la llevaran.

Y, de algún modo, de algún modo esa era la peor parte, lo más difícil de oír.

—¿Se la llevaran adónde? —preguntó Vida—. Dímelo, maldito cabrón o te arrancaré...

—¿Por qué mañana a las seis? —preguntó Chubs, luchando aún para mantener los brazos de Vida en su lugar.

—Porque es Navidad —dijo Clancy, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿El lamentable intento de mi padre de llevar a cabo una cumbre de paz? ¿Por qué no querrían robarle un poco de ese protagonismo? ¿Por qué no socavar todo lo que la Coalición Federal podría verse obligada a aceptar?

«No, no, no, no», supliqué, como si eso pudiera cambiar algo las circunstancias. Como si ese breve ruego pudiera destruir el pavor que reptaba por cada centímetro de mi cuerpo.

—Suerte con el regreso —dijo Clancy, y la malicia chorreaba de cada una de sus palabras—. ¿Sabes cuánto tiempo me tomó encontrar un avión y una fuente de combustible para llegar hasta aquí? Días. Casi una semana completa, y después un día más para encontrar un piloto. Aun si consiguieras cubrir la distancia en coche en seis horas, aun así, te faltaría atravesar sin que te cogieran las barricadas que mi padre y la Coalición Federal han levantado a cada lado del límite con California. Todo eso está bien, ¿eh? Saber que podrías haber salvado a esos chicos si hubieras dispuesto de unas pocas horas más.

Estaba tan segura de que mi odio hacia Clancy tendría un final natural, y que ese final llegaría algún día, un punto que podría alcanzar no cuando lo perdonara, sino cuando aceptara lo que había ocurrido y siguiera adelante. Pero no fue así; ahora me percataba de ello. El sentimiento era como el

humo y cambiaba su olor y su forma según pasaban los meses y los años. Nunca me libraría de ese sentimiento. Solo crecería, crecería y crecería hasta que un día, finalmente, me sofocaría.

No les di a los demás la oportunidad de opinar. No quería que ninguno de ellos me convenciera de dejarlo, no cuando había otros veinte chicos en California a punto de ser enviados a la muerte y no teníamos tiempo. No había tiempo. Bajé la mirada hacia Jude, que estaba derrumbado contra la pared, con la brújula aferrada entre los dedos y una imagen tan perfecta del dolor en el rostro que tuve que esforzarme para no copiar el gesto.

En lugar de ello, permití que la ira fluyera otra vez por mi cuerpo. Le asesté un golpe con la pistola en la cara a Clancy y lo cogí del cuello de la camisa. «Este es el único modo», me dije y lo puse en pie. Sangraba por la nariz y tenía una expresión de incredulidad en el rostro.

—Vamos —mascullé—. Tú nos conseguirás las horas que necesitamos.

—¿Alguien advertirá que esto ha desaparecido?

Miré a Chubs por encima del hombro, mientras subíamos la escalera hacia el interior del pequeño avión a reacción que Clancy había alquilado.

Una parte de mí deseaba lanzar una carcajada —una auténtica carcajada— cuando Clancy por fin admitió que había un aeropuerto en la ciudad y que así había llegado a reunirse con nosotros. Por su aspecto, el aeropuerto había sido preparado exclusivamente para recibir aviones privados, aunque había un único avión de carga de gran tamaño rodando por una de las pistas de despegue. Cuando lo vi, sentí un pequeño estremecimiento de pánico, al pensar que nuestro medio de transporte estaba a punto de despegar sin nosotros.

Pero no, por supuesto que no. ¿Por qué viajaría Clancy como una persona común si podía manipular y obligar a cualquiera para que le diese lo que él deseaba?

El avión era absurdamente bonito. Ante la alfombra mullida y los enormes asientos de piel beis, lancé un pequeño suspiro. Cada lado del avión privado tenía hileras de ventanillas ovales y luces cálidas y acogedoras. El revestimiento de la pared trasera y los lados de la aeronave eran de ese material brillante y apariencia costosa que imita la madera. Por lo que pude ver, había un servicio de bebidas completamente provisto entre los dos lavabos de la parte trasera, más allá de los ocho inmensos asientos de piel afelpada.

—¿A quién le has robado esto? —pregunté mientras empujaba a Clancy dentro del avión clavándole la pistola debajo de los riñones.

—¿Acaso importa? —masculló él, dejándose caer en el asiento más cercano. Levantó las manos atadas, indicando con la cabeza la abrazadera plástica que Chubs había conseguido con tanto placer—. ¿Puedes cortarla ahora?

—¿Está en condiciones de pilotar? —le pregunté, señalando con el pulgar en dirección del piloto.

La mayoría de las personas apenas podía recordar su nombre cuando yo estaba dentro de sus cabezas, mucho menos operar una maquinaria delicada.

Clancy se cruzó de brazos.

—Cada vez que nos mira ve a seis adultos, cada uno de los cuales le ha pagado muy bien por ocuparse de todos los detalles del vuelo en un viaje de negocios.

Liam buscó mi mirada al entrar en el aparato detrás de los demás.

—¿Cuándo podremos deshacernos de él?

Era la primera vez que me hablaba desde que abandonamos el restaurante. Yo no había podido mirarlo a la cara hasta ahora, temerosa de la decepción que sabía que encontraría. Si se lo hubiera permitido, Liam habría discutido conmigo por ello, al igual que yo habría bregado para que él y Chubs se quedaran lejos del combate que se acercaba.

Pero creo que ambos sabíamos que eran batallas perdidas.

—¿En medio del vuelo? —preguntó Chubs con voz plena de esperanza—. ¿Sobre un desierto?

Vida ocupó el asiento situado a mi derecha antes que Liam.

—Todavía no lo arrojaremos, ¿verdad, Bu?

Vida sabía exactamente lo que yo estaba pensando. Esto era lo que la Liga nos había enseñado a hacer cuando localizábamos un activo valioso: se capturaba, se le extraía la información y después se intercambiaba por algo mejor. Sacudí la cabeza intentando no sonreír ante la alarma que cruzó fugazmente por sus ojos oscuros.

—No, no lo haremos.

La mirada que me dirigió Clancy en respuesta hizo que mi piel se tensara sobre mis huesos. Pero él ¿qué podía hacer? Nada que yo no pudiera hacerle a él de forma cinco veces peor.

Advertí que Chubs quería preguntar qué queríamos decir con eso exactamente, pero la voz del piloto nos interrumpió, diciéndonos que había acabado las comprobaciones finales y estaba listo para despegar.

No relajé la presión de mi mano sobre la pistola hasta que estuvimos en el aire, volando sobre los picos abruptos de las Rocosas. Pese a todas sus quejas acerca de cuánto más probable era que un avión de esta clase tuviera un accidente en comparación con un avión normal de pasajeros, Chubs se durmió en su asiento a los cinco minutos del despegue. Miré por encima de mi hombro y observé cómo se deslizaba lentamente hacia la derecha, hasta despertar con un sobresalto y enderezarse. Los demás habían reclinado sus asientos y descansaban acurrucados, cubiertos con las mantas que habíamos encontrado en uno de los compartimentos para el equipaje.

Clancy se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso en pie.

—¿Vas a alguna parte? —pregunté.

—A usar el lavabo de la parte trasera —me espetó—. ¿Por qué? ¿Quieres venir a mirar?

No quería, pero igualmente lo seguí, y le dirigí una mirada muy expresiva antes de que cerrara la puerta detrás de él con un golpe.

Me recliné contra las repisas de bebidas y vajilla de la cola del avión. Mi mirada pasó por Liam, Vida, Chubs y, finalmente, Jude, quien estaba sentado cerca. Había estado tan callado hasta ese momento que lo supuse dormido como los otros.

—Hola —susurré.

Había estado mirando por la ventanilla la interminable extensión de terreno que sobrevolábamos y así se quedó, incluso cuando le toqué el hombro. Jude, que odiaba el silencio, a quien el pasado le resbalaba como una sombra sobre el cristal, no dijo una sola palabra.

Me senté en el apoyabrazos de su asiento y eché un vistazo para asegurarme de que tanto Liam como Chubs aún dormían. Había visto a Jude el Preocupado, a Jude el Extasiado, pero no conocía este matiz de su personalidad.

—Dime algo —le pedí.

Jude se echó a llorar.

—¡Eh! —le dije, poniéndole una mano sobre el hombro—. Sé que no lo parece, pero todo irá bien.

Me llevó varios minutos convencerlo de que se calmara y se sentara erguido. Tenía manchas sobre la piel, y la nariz no le dejaba de moquear. Se la sonó con la manga de la chaqueta.

—Debería haber estado allí. Con ellos. Podría haber... Podría haberlos ayudado de alguna forma...

Cate y Alban. Me necesitaban y yo no estaba ahí.

—Y gracias a Dios que no estabas allí —dije yo—. De lo contrario estarías atrapado, con los demás. —O muerto. Era demasiado horrible para pensarlo.

Le pasé un brazo por encima de los hombros, y cualquiera que fuera la cuerda invisible que lo sostenía se cortó de inmediato. Se inclinó sobre mi hombro, llorando aún.

—Oh, cielos —murmuró—, eso es tan poco guay. Es... Tengo miedo de que Cate también esté muerta. Todos ellos. Es como lo de Blake otra vez, y me siento responsable. ¿Habría sucedido algo de todo esto si yo no hubiera sido tan tonto? ¿Si Rob y Jarvin no nos hubieran pillado escuchando aquel día?

Solté la respiración que había estado conteniendo sin advertirlo y le froté el brazo.

—Nada de esto es por culpa tuya —le dije—. Nada. No eres responsable de lo que la gente hace, sea malo o bueno. Todos toman las decisiones que creen que les ayudarán a apañárselas.

Jude asintió, limpiándose los ojos con el dorso de la mano. Durante un largo rato, los únicos sonidos que se oían eran el quejido de los motores y los ronquidos acompasados de Chubs.

—Pero podría haber cambiado algo —susurró Jude—. Podría haber peleado...

—No —lo interrumpí—. Lo siento. Sé por qué lo dices y son todos buenos pensamientos, pero no creo que merezca la pena. No vale la pena que pienses en lo que pudiste o debiste haber hecho si no hay ninguna forma de cambiarlo. No merece la pena arriesgar tu vida por ello. Nada es más importante o valioso que tu vida. ¿Lo entiendes?

Asintió con la cabeza, pero otra vez se quedó en silencio. Sin embargo, pensé, estaba un poco más tranquilo que antes.

—Es que no es justo —dijo Jude—. Nada de esto lo es.

—La vida no es justa —dije—. Me ha tomado un tiempo comprenderlo. Siempre te decepciona de un modo o de otro. Harás planes y te empujará en otra dirección. Amarás a unas personas y se las llevará de tu lado, sin importar cuánto te esfuerces por conservarlas. Intentarás algo y no lo conseguirás. No debes buscarle sentido, no debes intentar cambiar las cosas. Solo tienes que aceptar que están fuera de tu alcance e intentar cuidar de ti mismo. Esa es tu tarea.

Jude asintió. Esperé a que hubiera respirado hondo y pareciera un poco más calmado antes de ponerme de pie y pasarle la mano por el pelo rebelde. Estaba segura de que él protestaría o la apartaría, pero en lugar de ello la cogió con la suya.

—Ruby... —Tenía el rostro desencajado. No exactamente triste, pensé, solo cansado—. Si no puedes cambiar nada, entonces ¿para qué todo esto?

Entrelacé mis dedos en los de él y apreté su mano con fuerza.

—No lo sé. Pero cuando lo averigüe tú serás el primero en saberlo.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Jamás pensé que me alegraría tanto ver la confusión desigual y discontinua del sistema de autovías de California por el cual nos dirigíamos hacia los resplandecientes rascacielos del centro de Los Ángeles. El camino estuvo lleno de baches, como toda vía de escape, y el familiar olor de la gasolina surtía su efecto a través de las toberas de ventilación del vehículo, ahogando incluso el desconcertante olor a coche nuevo de los asientos de piel. Sin embargo, eso no nos importaba demasiado.

Al desembarcar en Los Ángeles, encontramos un gran todoterreno negro. Liberé las manos de Clancy para que pudiera recibir las llaves que le ofrecía un hombre con traje y gafas negras, pero lo tuve del otro lado del cañón de mi pistola antes de que pudiera pensar en intentar escapar. Tras haber pasado tanto tiempo solos nosotros cinco, sentí que Jude se encogía ante la mirada que le dirigió el hombre.

—Necesitamos un plan —dije, cuando ya estábamos en el coche, a varios kilómetros del aeropuerto.

Eran poco más de las siete de la tarde. Si en el Cuartel General las cosas habían seguido su curso normal, la primera de las dos clases de la noche ya habría comenzado. Después, pasarían un par de horas antes del apagón obligatorio y otra hora más antes de que los agentes tuvieran que retirarse a sus habitaciones. Sería mejor y más fácil intentar reunir a los chicos en un único lugar —los dormitorios del segundo nivel—, pero había cámaras por todos lados. Sin mencionar que el éxito dependía de tres grandes «si». *Si* llegábamos hasta ahí. *Si* encontrábamos la entrada. *Si* no nos atrapaban colándonos en el lugar.

—Y eso solo si mantienen los horarios habituales —añadí—. ¿Dijo Nico algo sobre eso? Eh. —Agarré a Clancy por el cuello desgarrado de su camisa—. Te he hecho una pregunta.

Él rechinó los dientes.

—No ha respondido mis últimos mensajes. Supongo que les han retirado los intercomunicadores para evitar que se difundan rumores.

—Han mantenido los horarios de siempre —dijo Vida con certidumbre, desde el asiento del conductor—. No quieren que los demás chicos sepan que Alban ya no está. Eso haría que cundiera el pánico, ¿no es así? No le dirían a nadie el auténtico objetivo.

—¿Cómo arreglarán lo de las detonaciones sin que los niños se enteren? —preguntó Liam—. Parece que un chaleco de explosivos sería un indicio demasiado obvio.

—Esa es la parte fácil —dijo Clancy—. Los divides en grupos pequeños de dos o tres, coses los explosivos en el forro de un abrigo y los haces estallar mediante un detonador a distancia. Todo lo que hay que hacer es no darles las chaquetas a los chicos hasta poco antes del último momento.

Lo dijo de forma despreocupada, sin una señal de desagrado, como si una parte de él admirara el plan.

—Eso significa que el tiempo dedicado a los preparativos en el Cuartel General será mínimo. Si trasladan a los chicos a las seis, más o menos, los levantarán a las cinco... —Me volví para mirar a Vida, que iba sentada al volante—. ¿Qué tiene más sentido, ir a las tres o a las cuatro?

—A las cuatro —dijo.

—¿A las cuatro? —repitió Clancy, como si fuera la cosa más tonta que hubiera oído en su vida—. Seguro, si quieres aumentar las probabilidades de que te atrapen.

—Apagones programados obligatorios —expliqué a los demás, ignorándolo—. Es la forma en que California ha estado intentando conservar su energía. Tienen lugar cada noche, entre las tres y las cinco. El sistema de seguridad y las cámaras son lo único que está conectado al generador de emergencia, pero al menos estará oscuro en los corredores cuando pasemos por ellos.

—Cuando estemos dentro, yo puedo encargarme de los agentes de la sala de monitores —dijo Vida—. Ni siquiera necesitamos apagar el sistema. ¿Cuánto tiempo crees que nos llevará entrar y salir por esa entrada tuya?

—No lo sé, nunca he pasado por ahí. Solo los he visto meter y sacar gente por ahí.

—¿Adónde lleva? —preguntó Jude—. Y ¿cómo es que yo no sé nada al respecto?

Me miré las manos, intentando mantener un tono de voz ligero.

—Es donde llevaban a los traidores y a los activos clave, para interrogarlos. Y después... los sacaban.

—Mierda, te han hecho torturar a personas —dijo Vida, con una expresión tanto intrigada como impresionada. Al igual que Clancy—. ¿Dónde está?

—Yo no los torturaba —objeté con timidez—, solo los... interrogaba. De forma agresiva.

Liam mantuvo su mirada en algo que estaba al otro lado de la ventanilla, pero yo lo sentí tan tenso a mi lado que temí que se rompiera.

—La puerta cerrada está en el tercer nivel, ¿verdad? —preguntó Jude—. ¿La que está justo después de la sala de ordenadores?

—Alban me dijo que conduce a una entrada cerca del puente de la calle Siete, sobre el río Los Ángeles —dije—. Si retienen a algún agente u ocultan pruebas de algo que han hecho, los encontrarás en esa habitación.

—Vale, muy bien, dejando de lado que la Liga tiene una mazmorra de torturas secreta —dijo Liam—, ¿estamos seguros de que no habrán interceptado el camino de salida y entrada?

—¿Por qué todos seguís diciendo «nosotros»? —preguntó Clancy—. Espero que no creáis que bajaré a ese agujero de mierda con vosotros.

—Pues no tienes suerte, tú eres el único que no puede escoger —le dije—. ¿Quieres saber lo que está ocurriendo en la Liga? ¿Quieres conversar con tu amigo Nico otra vez? Pues ya está. Asiento en primera fila.

Debió de haber sospechado todo el tiempo que sería así, pero no parecía asustado. Quizá, después de todo lo sucedido, aún no estaba convencido de que lo serviríamos en bandeja a la Liga para que hicieran con él lo que quisieran. Puede que ya supiera que lo intercambiaría con Jarvin y los demás si eso implicaba sacar de ahí a los otros chicos. Si había siquiera una grieta en el plan, él encontraría una forma de escabullirse por ella.

Lo que significaba que debería vigilarlo de mucho más cerca y colocarme tres pasos por delante de él, en lugar de uno.

—¿Qué sucederá si no podemos entrar sin ser detectados? —preguntó Chubs.

—Si es así, los chicos tendrán que hacer aquello para lo que han sido entrenados —dije— y

deberán defenderse.

El río Los Ángeles es una extensión de setenta y siete kilómetros de hormigón que siempre ha servido más como golpe de efecto que como auténtico río. En algún momento de su larga vida probablemente fue un verdadero curso de agua, pero la humanidad había hecho su entrada triunfal en escena y había limitado su cauce a un único canal de hormigón que serpenteaba por las afueras de la ciudad, acompañado por las vías del tren a cada lado.

Cate me lo había señalado una vez, al salir hacia una Operación, y me había dicho que lo usaban para filmar persecuciones de coches para películas de las cuales yo jamás había oído hablar. Ahora, sin embargo, si se caminaba a lo largo del río, que normalmente estaba tan reseco como el suelo de Pueblo, resultaba difícil encontrar algo que no fuera los colores eléctricos de los grafitis o los vagabundos errantes que buscan un lugar donde pasar la noche. Si llueve, algo raro en el sur de California, al río llegan cosas de todo tipo, provenientes de las bocas de tormenta: carritos de la compra, bolsas de basura, balones de baloncesto deshinchados, animales embalsamados, algún cuerpo sin vida...

—No veo nada —susurró Chubs, levantando un poco más la linterna para que yo pudiera examinar los pilares del puente una vez más—. Estás segura...

—¡Aquí! —anunció Vida desde el otro lado del canal.

Liam nos hizo señas con su linterna para que los viéramos. Las farolas estaban apagadas, y, sin la contaminación lumínica que normalmente llega desde la ciudad, nos esforzábamos tanto por ver algo más allá de nuestras narices como por que nadie más nos viera.

Cogí a Liam del brazo y lo guie mientras bajábamos por la pendiente del terraplén, y después otra vez hacia arriba, hacia el otro lado, al lugar donde el arco de la parte inferior del puente se encontraba con el suelo. Mantuve la luz de mi linterna sobre la espalda de Clancy para asegurarme de que caminara todo el tiempo delante de mí.

«Jude —pensé, contándolos con los ojos—, Liam, Vida, Chubs».

—Creo que es esta.

Vida retrocedió y mantuvo su propia linterna dirigida hacia los patrones enormes y turbulentos de grafitis. Había una estrella azul en el centro, pero era el aspecto de la apariencia de la pintura lo que delataba la puerta: ahí era más gruesa, hasta el extremo de que parecía pegajosa al tacto. Busqué con la mano una manija oculta antes de empujar la puerta con el hombro. El panel de hormigón se hundió, arañando los escombros que había del otro lado. Vida, Liam y yo nos asomamos y proyectamos la luz de nuestras linternas hacia abajo de la escalera de metal.

Cogí a Clancy y lo empujé hacia delante.

—Tú primero.

Si eso era posible, este túnel era aun más tosco que el que usábamos habitualmente para entrar y salir del Cuartel General. También era diez veces más largo y estaba diez veces más sucio.

Clancy tropezó delante de mí y recobró el equilibrio en el último instante maldiciendo entre dientes. Las paredes, que al comienzo estaban lo bastante separadas como para que camináramos en

hileras de tres, se estrecharon hasta obligarnos a caminar en fila india. Liam venía detrás de mí; el aire húmedo y rancio entraba y salía de sus pulmones con un silbido que comenzaba a preocuparme.

Reduje la velocidad un poco, lo que le permitió alcanzarme y darme un empujoncito hacia delante.

—Estoy bien —aseguró—. Sigue adelante.

Podía oír el murmullo de una corriente de agua en la oscuridad distante, aunque era obvio que el lodo por el que arrastrábamos nuestros pies llevaba ahí el tiempo suficiente como para empezar a pudrirse y solidificarse.

¿Cuántos prisioneros habían traído por aquí, me pregunté, y cuántos cuerpos habían arrastrado afuera? Intenté no estremecerme ni encender la linterna para ver si el agua era tan roja como la veía en mi mente. Intenté dejar de imaginarme cómo habrían sacado a rastras, Jarvin y los demás, el cuerpo de Alban..., el de Cate, el de Cole; abiertos los ojos sin vida, mirando la sucesión de luces vacilantes colgadas del techo.

—Después de esto nos bañaremos todos en lejía —nos informó Chubs—. Y quemaremos estas ropas. He estado intentando descubrir por qué huele tanto a azufre, pero he decidido dejarlo, de momento.

—Probablemente sea mejor —dijo Clancy. Al volverse, iluminado por el haz de luz de mi linterna, el aspecto de su rostro era pálido, lo que hacía que sus ya oscuras cejas parecieran pintadas con tizne—. ¿Cuántos túneles de estos ha excavado la Liga?

—Unos cuantos —respondí—. ¿Por qué? ¿Ya estás planeando cómo huir?

Clancy resopló.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las tres cincuenta y tres —respondió Vida—. ¿Ves el final?

«No». Sentí la primera gota helada del pánico bajar por mi columna. No, no lo veía. Habíamos andado durante casi una hora y media, y parecía que no habíamos avanzado en absoluto. Eran los mismos muros de hormigón, el mismo chapoteo de nuestros pasos; de vez en cuando la luz de nuestras linternas alumbraba una rata que huía hacia la pared a toda prisa y se perdía por alguna oscura grieta del suelo. El túnel parecía arrastrarnos hacia la oscuridad como un bostezo profundo. Las paredes se hicieron más bajas, obligándonos a caminar inclinados hacia delante.

¿Cuánto tiempo más nos llevaría? ¿Otra media hora? ¿Una hora? ¿De verdad dispondríamos de menos que eso para encontrar a los chicos y sacarlos de ahí?

—Ya casi hemos llegado —musitó Liam, tomándome del brazo y dirigiendo el haz de su linterna hacia el extremo del túnel, donde el camino comenzaba a bajar y dejaba atrás el lodo.

Donde había una gran puerta de metal.

—¿Es esa?

Asentí con la cabeza, aliviada y sintiendo el palpitar de la adrenalina al darme la vuelta hacia los demás.

—Vale —dije en voz baja—. Hemos llegado. Vida, controla el tiempo. Quince minutos para entrar y salir. ¿Todos recordáis lo que tenéis que hacer?

Jude pasó entre nosotros con dificultad, adelantándose para abrir la cerradura electrónica, que se iluminó cuando él se acercó.

Examiné el techo y las paredes cercanas buscando cámaras de cualquier tipo, y apenas me sorprendí cuando no encontré ninguna. Interesante. Alban se había ocupado de mantener el bloque de



interrogatorios en secreto, protegiéndolo del resto del personal y los consejeros, o bien le preocupaba la idea de que alguien obtuviera pruebas visuales de la gente que él llevaba y traía por el túnel. Probablemente las dos cosas.

«Bien». Una cosa menos de la que preocuparse.

Acababa de apagar la linterna cuando sentí una mano cálida cerrarse sobre mi brazo. Me volví y me encontré entre los brazos abiertos de Liam.

El beso acabó antes de comenzar. Un solo roce, pleno de urgencia, bastante frustración y deseo hizo que me hirviera la sangre. Aún estaba intentando recuperar el aliento cuando se retiró, manteniendo sus manos en mi rostro y sus labios tan cerca de los míos que me permitió sentir qué él también jadeaba.

Después retrocedió, lejos, dejando que la distancia fluyera entre nosotros una vez más. Su tono de voz, fue bajo, ronco:

—¡Dales caña, cariño!

—¡Y por el amor de Dios, tía, no te dejes apuñalar! —añadió Vida.

Habría sonreído si no hubiera escuchado la risita débil de Clancy a mi derecha.

—El menor indicio de que nos das problemas es lo único que necesito para usar esto —le advertí, colocando la pistola contra su nuca—. Es la única excusa que necesito para dejar tu cuerpo aquí para que se lo coman las ratas.

—Ya —dijo Clancy, con su tono de voz bajo y aterciopelado—. ¿Y si me porto bien también me darás un beso?

Empujé a Clancy hacia delante, pero sin dejar de aferrarle el cuello de la camisa.

—Vale, estoy listo —dijo Jude, mientras ponía una mano sobre la pantalla de la cerradura y la freía—. Lidéranos, Líder.

El aire dentro del bloque de interrogatorios no estaba más fresco ni más limpio que el del túnel. Al cruzar la entrada y bajar por la corta escalera, el familiar hedor a porquería y vómitos humanos me revolvió el estómago. Llevaba mi linterna en una mano y la pistola en la otra, ambas apuntadas hacia la entrada situada en el otro extremo del corredor con puertas de metal provistas de ventanas de observación. Recorrí el lugar con el pálido haz de luz y, tras comprobar que estaba despejado, hice señas a los demás para que avanzaran.

—Justo detrás de ti —dijo Vida, mientras sus pesados pasos cogían el ritmo de los míos.

En algún lugar de la oscuridad, detrás de nosotros, los demás abrían las puertas en busca de prisioneros..., de Cole.

Al llegar a la puerta del final, me agazapé, solté la camisa de Clancy y constaté que Jude venía detrás de mí. Ya fuera que realmente lo evocara desde las profundidades de mi memoria o que lo hiciera naturalmente, el entrenamiento de la Liga hizo que abriera la puerta e inspeccionara el corredor, con la pistola delante de mí, antes de pensar en dar un paso adelante.

Cuando me adentré en el corredor, arrastrando a Jude conmigo, el pulso me latía en los oídos, saltando, saltando y saltando junto con mis nervios.

Vida se separó de nosotros al llegar a la curva y cogió la primera escalera. Un nivel, pensé. Quinta puerta a la derecha. Ella tiene el trabajo difícil, no tú. Tú debes subir un nivel; ella debe subir dos para

llegar al cuarto de vigilancia. Un nivel, quinta puerta a la derecha.

Se oyó un fuerte estrépito a mi izquierda. Me detuve repentinamente y Jude chocó contra mi espalda. Cuando me volví hacia donde estaba Clancy, un poco más adelante, desapareciendo en la penumbra, el corazón me dio un brinco. Troté detrás de él para alcanzarlo haciéndole señas de que continuara.

Seguimos la curva y nos dirigimos hacia la otra escalera. Sentí como si fuera la primera vez que ponía un pie en la sala de informática, ahora sin el suave rumor de la estática. Lo cual explicaba, supongo, que no me sorprendiera no reconocer el primer rostro que vimos tras subir las escaleras y abrir la puerta de acceso al nivel siguiente.

Había docenas de agentes de la Liga en el Cuartel General de Georgia, aún más en el de Kansas. Debí haber sabido que Jarvin y los demás traerían a todos los partidarios que pudieran para ayudar a eliminar a Alban.

Podía oler el alcohol de su aliento y las especias de lo que habían cenado esa noche. Debían haberle indicado cómo llegar a las habitaciones de los agentes, en el primer nivel, pero vernos a nosotros fue suficiente para que lo olvidara. El cabello rubio le cayó sobre los ojos al saltar a un lado. La sonrisa tonta y perezosa que llevaba dibujada en la cara dejó paso a un ceño fruncido.

—¿Qué diablos hacéis fuera de la cama? —preguntó, extendiendo una mano hacia mí.

Fui más rápida; le descargué un golpe sobre el rostro con la culata de mi pistola y lo empujé por las escaleras. Jude aferró la puerta antes de que se cerrara con un golpe y se asomó por una grieta para examinar el corredor.

Entrar en una mente ebria fue como meter una cuchara en un flan. La única dificultad era encontrar lo que buscaba en esa maraña de ideas, todas las cuales parecían confundirse unas con otras.

—¡Ru! —susurró Jude—. ¡Vamos!

Si la memoria del hombre estaba en lo cierto, había otros agentes en esa planta, la mayoría en la enfermería, pero había uno, sin duda, situado ante la puerta de los dos dormitorios.

Arrastré al hombre hacia un costado de la escalera, evitando por poco a Clancy, que esperaba en silencio. Lo dejé en un rincón y le quité el cuchillo que llevaba en el bolsillo trasero.

—Quédate detrás de mí —le dije a Jude, mientras yo miraba a Clancy, que parecía desvanecerse y reaparecer entre las sombras—. Todo el tiempo.

El apagón continuaba y los corredores eran poco más que una cortina oscura por la que intentábamos abrirnos paso con esfuerzo. En el suelo y alrededor de los diversos picaportes y pantallas de las cerraduras habían colocado cinta luminiscente, pero toda su luz combinada no era más que una fracción de la que habría dado mi linterna si la hubiese encendido.

Mientras avanzaba contaba los pomos de las puertas. «Uno, dos, tres...».

«Esto realmente va a funcionar».

«... cuatro, cinco».

«Por favor, que funcione».

La agente apostada fuera de los dormitorios —la agente Clarkson— no era una extraña. Era alta, desgarbada, con rasgos oscuros y una destreza en el combate con cuchillo que durante años nadie había superado. Se había esforzado tanto para ser promocionada a agente superior que su confianza se había tornado en desesperación y después en una frustración que solo podía sacarse de encima con quienes tenía debajo: nosotros. Era lo opuesto de Cate en muchas formas que antes no me habían

parecido importantes.

—Andrea —dije suavemente—. ¿Andrea?

—¿Chelle? —preguntó ella—. ¿Ya es la hora? Creí que los despertaríamos a las cinco.

Percibí un movimiento a unos dos metros más adelante, a mi izquierda. No podía mirarla a los ojos para atraparla de ese modo, pero en el instante en que capté el olorillo a detergente y la sutil ráfaga de aliento cálido que agitó el aire delante de mí, extendí un brazo y la cogí del pecho.

Su arma golpeó el suelo con estrépito, pero su cuerpo quedó blando y en silencio cuando le impuse la imagen de que se sentaba y se hundía en un sueño profundo. La agente se desplomó sobre mí y la bajé hasta el suelo.

Jude pasó como un rayo por donde estaba yo, dirigiéndose a la puerta del dormitorio de los chicos. Aferré el picaporte de la puerta de las chicas, la misma que había abierto durante meses sin siquiera pensarlo, avancé y cerré la puerta en silencio detrás de Clancy. Encendí mi linterna.

—Arriba... —empecé a decir, alumbrando la litera más próxima.

La habitación no era grande. Solo necesitaba alojar a doce chicas, aunque siempre había habido una litera de más junto a la pared de la derecha, en caso de que la Liga trajera a otra chica. La litera que habíamos compartido Vida y yo, en la esquina trasera derecha, estaba bien tendida, con las sábanas bien estiradas sobre el colchón, con la precisión militar de Vida. Todas estaban... Casi como si...

Como si no quedara nadie que durmiera en ellas.

«Demasiado tarde».

—No lo digas —le advertí a Clancy—. Ni una maldita palabra.

Clancy miró las camas vacías con una expresión fría en el rostro, pero no dijo nada.

Se me aflojaron ligeramente las rodillas, reflejando la sensación de que mi corazón había caído como una piedra a través de mi pecho. «Demasiado tarde».

Esas chicas, todas... estaban... estaban...

Me llevé las manos a la frente y me di golpes una y otra vez mientras un grito silencioso crecía en mi garganta. «Oh, Dios mío. Todas».

«Demasiado tarde».

Abrí bruscamente la puerta y dejé que Clancy saliera antes que yo en dirección al dormitorio de los chicos. Jude no lo sabía; no se preocuparía por no hacer ruido. Despertaría a toda la base...

Mientras que el dormitorio de las chicas estaba frío y oscuro, este estaba lleno de luces de linternas y del calor natural del cuerpo de veinte chicos, todos despiertos, completamente vestidos y apiñados en las literas.

Mis ojos recorrieron cada uno de los rostros antes de llegar a un pequeño montón de armas apiladas a los pies de Jude y de Nico, en medio de la habitación.

—¡No, no, *no!* —gritó Nico—. ¿Qué hacéis aquí?

—Ya te lo he dicho: hemos venido a buscarte —dijo Jude—. ¿Qué diablos pasa?

—Creía que conocías sus planes —dije—, sobre las bombas y los campamentos. ¿No pensaste que vendríamos a sacarte de aquí después de que tu amigo nos dijera lo que ha sucedido?

Clancy mantenía su expresión inescrutable y examinaba la habitación.

—¡Claro que lo sabía! —Nico dejó escapar un débil gemido—. Nos hemos estado comunicando

gracias a los intercomunicadores todo este tiempo. ¡Se suponía que no os meteríais! ¡Le pedí que os dijera que no volvierais hasta que fuera seguro! ¡Hasta mañana!

—¿Qué diablos? —dije, volviéndome hacia Clancy—. ¿A qué estás jugando?

Los rostros a mi alrededor se veían tan confundidos como me sentía yo.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Jude, mirando alrededor.

—¡Con él! —le espeté, exasperada. Intenté coger a Clancy antes de que se escabullera por la puerta—. ¿Con quién más?

—Ru... —comenzó a decir Jude, con los ojos muy abiertos—, ahí no hay nadie.

—Clancy...

—¿Clancy? —dijo Nico—. ¿Está aquí? ¿Ha venido?

—Está aquí mismo —dije, extendiendo la mano para cogerlo del brazo.

Mis dedos lo atravesaron en el aire frío. La imagen de Clancy tembló, parpadeó.

Se desvaneció en la nada.

Él... Mi mente fue presa del pánico. No pude acabar la idea.

—No lo vi marcharse —dijo Jude—. ¿Se lo ha llevado Vida para desactivar las cámaras? ¿Ru?

—¡Las cámaras ya están desactivadas! ¡Pirateamos los programas hace horas! —exclamó Nico.

—Debemos quedarnos aquí —añadió otro de los chicos—. Nos dijeron que fuéramos a un dormitorio y nos quedáramos ahí hasta que todo hubiera acabado. Habéis venido demasiado pronto.

—¿Hasta que hubiera acabado qué? —preguntó Jude. Yo apenas lo oía por encima del bramido de la sangre en mis oídos—. ¿Qué sucederá a las seis?

Nico inclinó la cabeza hacia atrás por un instante y aspiró una bocanada profunda y frustrada de aire.

—Cate y los otros vendrán a buscarnos.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Era un truco.

—Vale... —dije, intentando atrapar alguna de las ideas que pasaban por mi cabeza el tiempo suficiente como para traducirlas a palabras—. Vale..., nosotros...

Estaba ahí. En el túnel; estaba ahí. Entró con nosotros. Si iba a escaparse, ¿por qué no lo había hecho antes? Clancy podía influir en más de una persona. Para empezar, podría habernos engañado a todos sin bajar del avión. Pero había bajado. Yo misma lo había arrastrado por la escalera, y había sentido cómo se le aceleraba el pulso al empujarlo hacia la escalera para que bajara al túnel. ¿Por qué no había escapado en ese momento? Estaba tan oscuro ahí fuera...

—¿Qué hacemos? —preguntaba Jude.

«Porque necesitaba que yo lo hiciera entrar aquí». Antes de que Cate y los demás regresaran.

—Tenéis que quedaros aquí, donde estaréis a salvo —divagaba Nico—. Si salís...

«He dejado que me engañara otra vez».

—Ruby, ¡Ru!

Jude me cogió del hombro, girándome hacia él, obligándome a apartar la mirada de una grieta en la pared del fondo. Su cabello estaba revuelto y sus ojos tenían un brillo salvaje; sus pecas se superponían en un mapa que yo había aprendido a interpretar poco tiempo atrás. Estaba ansioso, pero no tenía miedo. Era bueno contar con este Jude.

—Ve abajo y trae a Chubs y a Liam —dije—, pero regresa si crees, siquiera por un segundo, que pueden atraparte. ¿Comprendido?

Asintió ansioso.

—Vida estará aquí dentro de unos minutos —les dije a los demás. Y probablemente de un humor horroroso cuando advierta que la he enviado a desactivar las cámaras inútilmente—. Cuando regresen los cuatro, arrastrad las literas y formad una barricada. Nadie más entra.

—Y ¿qué hay de ti? —preguntó Nico.

—Debo encargarme de tu amigo —respondí, con la esperanza de que mi voz bastara para transmitirle a Nico las dimensiones del problema en el que nos había metido su traición.

—Debería ir contigo... —susurró Nico—. ¿Está aquí? ¿De verdad?

Había visto esa mirada cientos de veces, miles, en East River: la total adoración de quien no se imaginaba que bajo la piel de Clancy había escamas de reptil, o de alguien lo bastante trastornado como para que eso no le importara. Pensé en Olivia y en la forma en que casi se atragantaba cada vez que decía su nombre. Yo había estado nutriendo mi ira hacia Nico desde el instante en que Clancy nos dijo que era él quien le había estado pasando información todo este tiempo. La había dejado crecer en pensamientos como: «Jamás lo perdonaré». Sin embargo, ahora, al mirarlo, había olvidado todo mi enfado en un instante. Sencillamente, lo había hecho pedazos mi aflicción, y lo que había quedado era la verdadera comprensión de cuán destrozado estaba el chico que tenía ante mí. Su paranoia, su inquietud nerviosa, su talante silencioso. Por supuesto que Clancy era su héroe: lo había salvado de un infierno de pesadillas demasiado horribles.

—¿Te hizo últimamente alguna pregunta sobre el Cuartel General? —le pregunté—. ¿Sobre algún expediente o una persona en particular...?

Por el modo en que Nico parecía retorcerse, parecía cada vez más que la lealtad hacia Clancy superaría su sensación de alarma por que Clancy hubiera mentido de forma flagrante y nos hubiera traído aquí a pesar de sus advertencias.

—Me dio una lista de palabras y personas para que las buscara —dijo Nico—. Había muchas... Una de ellas apareció en el sistema hace unas pocas semanas. Una agente llamada Profesora.

Me puse tensa.

—¿Profesora? ¿Estás seguro?

—La agente estaba haciendo algún tipo de investigación en la base de Georgia; simplemente apareció en el servidor clasificado hace unas semanas. Creo que sabía quién era, porque quería la localización de la base.

¿Qué había dicho el Consejero al entrar en la oficina de Alban, hacía tantas semanas? Algo acerca de un problema en Georgia, con Profesora... y un proyecto llamado Snowfall.

—Y ¿qué hay de cosas de aquí, del Cuartel General?

—Me preguntó acerca de los diferentes túneles y de los apagones... —dijo Nico, con lentitud.

—¿Qué más? —insistí. Yo era consciente del avance del reloj, aún cuando él no lo fuera—. ¿Qué hay de los apagones?

—Quería saber si apagaban cosas como cerraduras, escáneres de retina...

Me di la vuelta, desequilibrando a Jude al abrir la puerta y salir a toda velocidad hacia el corredor. Ante mis ojos, que intentaban adaptarse otra vez a la oscuridad, pasaban puntos fugaces. Mientras corría, contaba los picaportes de las puertas. Me mantuve en la parte exterior de la curva, con un ojo en las ventanas de la oscura enfermería, situada a mi derecha. Habían cerrado todas las cortinas. No se colaba hacia fuera ni siquiera la luz de las máquinas.

En realidad, la única luz de todo el segundo nivel parecía ser la linterna que Clancy apretaba entre los dientes mientras hojeaba los archivos del gabinete del despacho de Alban.

Todas las cerraduras y los escáneres de retina *sí* estaban conectados al generador de emergencia y normalmente habrían bastado para impedirle la entrada a Clancy, si hubieran seguido en su sitio, sobre las puertas. Alguien había usado algo —una barreta, un hacha, un pequeño explosivo— para reventarlas.

Me escabullí hacia delante, empujando la puerta un poco más, mientras extraía la pistola de la cintura de mis vaqueros.

Clancy hizo un ruido breve y triunfal al arrancar un abultado archivador rojo del lugar donde estaba atrapado entre otros cientos de carpetas. No perdió el tiempo hojeando las páginas mientras rodeaba el escritorio de Alban. Alguien había volcado el mueble sobre uno de sus lados al registrar el lugar. Clancy usó una de las patas anchas y planas para mantener abierto el archivador y liberar una mano para sostener la linterna. La expresión de su rostro era tan dolorosamente ansiosa que sentí una punzada de aprehensión.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

Clancy levantó la cabeza con rapidez y a la vez deslizó el archivador en una papelera de metal. Por un instante la ira y la exasperación se disputaron su rostro, pero él se decantó por una sonrisa mientras

miraba el cañón de la pistola.

—Sí, pero... ¿no tienes cosas más importantes de las que preocuparte? —Su tono de voz había adquirido la textura del humo—. ¿Otras personas más importantes que yo?

Inclinó la cabeza hacia el otro extremo de la oficina de Alban y, aun antes de girarme, el aroma metálico de la sangre tibia y pegajosa estaba por todas partes. Un poco más allá del primer plano de mi visión, los vi a ambos en el suelo. Chubs se había desplomado y estaba hecho un ovillo, como una hoja justo antes de caer del árbol en otoño. Liam se había derrumbado sobre él y tenía el rostro del color del hielo. Y me miraba sin parpadear, con sus ojos que habían pasado del azul claro a un gris opaco. Tenía un brazo sobre Chubs, como si hubiera intentado protegerlo, y ahora esas manos que habían sostenido mi rostro con tanta suavidad... estaban en un charco de líquido oscuro que se deslizaba por el hormigón del suelo.

La pistola resbaló de mi mano.

Clancy rodeó el escritorio de Alban, mirándome con la misma sonrisa desdibujada. Dejó caer lo que parecía ser un mechero en la papelera.

No es real. Empujé las palabras en mi mente. No son ellos. Me obligué a mirarlos otra vez. A mirar de verdad, sin importar cuán aterradora fuera la imagen. Las gafas de Chubs eran doradas en lugar de plateadas. El cabello de Liam era más largo de lo que lo llevaba ahora; era obvio que Clancy no había estudiado con tanto detalle como yo la forma en que se rizaban los extremos de sus cabellos.

Era una imitación exasperantemente buena, casi sin defectos. Pero no eran ellos.

Permití que Clancy se me acercara y le di tres segundos para que creyera que había conseguido pasar junto a mí, distraída por mi pena. Iba murmurando algo en voz baja y ronca. Ahora estaba lo bastante cerca como para sentir su aliento cálido sobre mi mejilla; lo que significaba que estaba lo bastante cerca como para golpearlo en la garganta.

A la vez que el golpe, lancé sobre él mi mente, proyectándola como un cuchillo y desgarrando la imagen de Chubs y Liam que él había colocado ahí. Clancy salió al corredor a trompicones, agarrándose la cabeza, boqueando. La imagen de la mujer con el guardapolvo blanco se filtró otra vez a través de nuestra conexión, pero me obligué a empujarla a un lado, hasta otro momento. De la papelera subía un hilillo de humo; la volteé y diseminé las páginas ardientes por el suelo, pisoteando las llamas con mis botas. Si él quería deshacerse de esos papeles, entonces yo quería verlos.

—Maldición.

Cuando lo encontré otra vez en el corredor, Clancy estaba de rodillas, jadeando, intentando respirar hondo. Había una delgada línea de conexión entre nuestras mentes. La aferré antes de que pudiera cortarse definitivamente e inundé su cerebro con la ilusión del calor. No podía verlo en la oscuridad, pero podía oírlo golpearse frenéticamente los brazos y las piernas, las extremidades que su mente le decía que estaban ardiendo hasta el hueso.

Entonces sus manos se detuvieron.

—Tú... —empezó Clancy—, ¿realmente quieres jugar a este juego?

Sentí el beso del metal frío en mi nuca; de forma tan repentina que ya me había autoconvencido de que se trataba de otro de sus trucos mentales. Pero, cuando se pierde el sentido de la vista, es verdad lo que dicen: los demás se agudizan hasta adquirir una eficacia implacable. Sentí el aliento tibio, oí el crujido de otras botas, olí su sudor. Agentes... nos habían encontrado.

Clancy se giró para huir; no lo vi, solo oí el repugnante crac cuando algo duro le golpeó en la

cabeza y lo derrumbó al suelo.

Y oí la voz de Jarvin, en la oscuridad, diciendo:

—Sabía que volverías. —Sentí sus manos; una al cerrarse sobre mi nuca y ponerme de rodillas con un tirón. El cañón se deslizó hasta el punto blando que hay entre el cráneo y la columna vertebral—. Rob dijo que todo lo que tendríamos que hacer era esperar.

Vestidos con sus uniformes de faena, él y los demás agentes de la Liga a mis espaldas eran sombras más claras que las demás.

Quitó el seguro del arma.

—No debes hacerlo —le advertí, sintiendo que las manos invisibles de mi mente comenzaban a desplegarse.

Me sentía ansiosa, pero no asustada. Calma controlada.

—No —acordó Jarvin—. Mejor haré esto.

Se oyó un débil clic, el único sonido de advertencia antes de que el Ruido Blanco inundara el corredor y me ahogara.

Era posible olvidar aquella clase de agonía, después de todo.

Hubo una época en mi vida, unos cuantos meses de mi estancia en Thurmond, en que activaban el Ruido Blanco casi todos los días. Cuando había Rojos que controlar y Naranjas que castigar, una sola mirada incorrecta hacía que las FEP llamaran por radio a la Torre de Control. Era parte de mi vida; tal vez me había acostumbrado y el impacto real había sido atenuado por el tiempo.

Pero de eso hacía meses, y la avalancha de dolor me retorció el estómago hasta el extremo de hacerme sentir enferma. Me derrumbé sobre el suelo, lo bastante cerca de Clancy como para poder ver el corte que le cruzaba la frente, del que manaba sangre. Había pensamientos en mi cabeza; había una voz que decía: «Puedes controlar a Jarvin, puedes controlarlo, hacerle daño...», pero incluso eso fue ahogado al crecer el Ruido Blanco y caer sobre nosotros como una ola que rompió sobre mi pecho.

Y era asombroso; todo lo que yo podía hacer, la clase de poder que podíamos ejercer sobre los demás, no significaba nada. Todo eso quedó en nada.

En Thurmond, oíamos dos explosiones de advertencia, y, un segundo después, el ruido prorrumpía de los altavoces del campamento. No era algo fácil de describir; era una estática aullante, intensificada, aguzada para perforar la parte más gruesa de nuestros cráneos. Nos atravesaba como una corriente eléctrica, haciendo que nuestros músculos saltaran y se tensaran por el dolor hasta que lo único que quedaba era intentar enterrar la cabeza en el suelo para huir de él. Si era afortunada, no perdía el conocimiento.

No fui tan afortunada. Sentí que me desvanecía y flotaba hacia la oscuridad del corredor. No podía mover mis brazos de donde los tenía pegados al pecho. Mis piernas se habían convertido en aire. Por último, viendo que yo no podía siquiera levantar la cabeza, Jarvin lo apagó. Fui a la deriva, de un momento al otro, mientras me pitaban los oídos. La negrura del corredor me arrastró, empujando mi cabeza bajo su turbia superficie.

Cuando volví en mí, alguien me agarraba el brazo. Oí a Jarvin hablar con los demás, solo porque ahora gritaba.

—¡Encended las malditas luces! ¡No me importa lo que debas hacer; encendedlas, maldición!



¡Aquí pasa algo! ¿Alguien puede darme una jodida luz?

La que le respondió fue una voz cálida del sur.

—Claro, colega. Te tengo cubierto.

Se oyó un chasquido, solo uno, y una llamita mínima apareció en la oscuridad, iluminando el rostro furioso de Cole Stewart.

Al principio creí que había encendido una cerilla, pero el fuego que había en la punta de sus dedos creció, tragándose sus manos, devorando el brazo que lanzó hacia la cara de Jarvin. Hubo gritos, muchos gritos, al crecer el fuego a nuestro alrededor y pegársele a los soldados que estaban detrás de él, tragándose los en una oleada de calor que los envió corriendo por el corredor, tropezando unos con otros hasta que finalmente se derrumbaron. El olor a piel quemada hizo que se me revolviere el estómago. No pude evitarlo.

—¡Mierda! ¡Eres un...! —empezó a decir uno de los agentes.

Uno de los nuestros, terminó mi mente, apagándose otra vez con la visión del fuego nuevamente entre los dedos de Cole y de cómo le lanzaba una bola ígnea al agente que había hablado; cómo la avivaba y dejaba que se propagara por el cuerpo del hombre que gritaba hasta que solo pude ver la silueta oscura atrapada en las llamas que bailaban sobre su piel.

«Rojo».

No... No, él era... Cole era demasiado mayor, no era...

—¡Hola! ¡Hola!

El fuego había desaparecido, pero las manos de Cole todavía estaban calientes cuando intentó ponerme de pie. Mis piernas aún no respondían. Hizo el intento dándome una suave bofetada en la cara.

—Mierda..., chica, venga. Tú puedes hacerlo; sé que puedes.

—Tú... —intenté decir—. Acabas de...

Soltó la respiración que había estado conteniendo, aliviado. Cole me depositó sobre uno de sus hombros, abofeteándome la parte trasera de mis muslos, irritado.

—Joder, Joyita, hacer que me preocupara de ese modo. Oí el Control Calmante desde el corredor, pero tuve que esperar hasta que lo apagara. No pude acercarme. Lo siento, lo siento.

Abrió de un puntapié la oficina de Alban y me dejó en el suelo, detrás del escritorio, acomodando mis extremidades para que al menos pudiera sentarme, y desenfundó una de sus armas de mano y me la colocó entre los dedos flácidos.

Después, cogió mi cara entre sus manos.

—No puedes decírselo a nadie, ¿me oyes? Nadie más puede saberlo, ni siquiera Liam, especialmente Liam; ¿vale? Asiente con la cabeza.

Dios. ¿Liam no lo sabía? ¿Nadie más lo sabía?

—Tú, yo, Cate y Alban —dijo Cole, como si me hubiera leído el pensamiento—. Y ya está. Y ahora somos un equipo de tres. Si se lo cuentas a alguien, es mi fin.

Asentí.

—... otro... —dije débilmente, inclinando la cabeza hacia el corredor.

Cole gruñó.

—No hago esto de la doncella en peligro con tíos.

Le dirigí lo que esperaba fuera una mirada furiosa y no una simple bizquera. Suspiró y se puso de

pie, acomodó los hombros como lo hacía Liam cuando estaba decidido. Desapareció durante un segundo al escabullirse para coger a Clancy. Dudo que siquiera le haya mirado la cara antes de depositarlo junto a mí.

—Los Verdes nos enviaron un mensaje diciendo que estabais aquí, así que decidimos comenzar la fiesta un poco antes —me explicó—. Ya no veías la hora de ver este guapo careto, ¿verdad?

Tosí, intentando deshacerme de lo que fuera que tenía atravesado en la garganta.

—Si sabes lo que te conviene, te quedarás aquí —me espetó—. ¡Si dejas esta habitación antes de que te demos la señal de que está todo despejado, te despellejaré el trasero!

Cuando se volvió hacia la puerta, fue como si toda su confianza y todo su control hubieran vuelto a su lugar. Sus movimientos eran fluidos, seguros.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que el ruido del tiroteo llegara hasta nosotros: cinco minutos, diez, tal vez quince. Las sensaciones estaban regresando a mis extremidades en forma de oleadas calientes de alfileres y agujas, pero prefería el dolor a su inutilidad. Cuando pude, me puse de rodillas y empecé a empujar contra la puerta el antiguo escritorio de Alban. Sabía que no me proporcionaría mucha protección ni sería un gran reto para cualquiera realmente decidido a entrar, pero era mejor que no hacer nada. Y, si he de ser franca, también era un obstáculo visual para mí. Un recordatorio de que debía esperar y dejar que Cole y los demás despejaran la plaga de Jarvin antes de salir a buscar a los demás.

«Están bien, están bien, tú estás bien...». Me arrastré hasta el gabinete de los archivadores, me puse las piernas flexionadas contra el pecho, y las abracé en un intento de aprisionar los sentimientos que me parecían demasiado grandes para mantenerlos dentro.

«Están bien».

Clancy se movió junto a mí, y un mechón de pelo oscuro le cayó sobre los ojos. A pesar del largo tiempo que habíamos compartido en East River, jamás lo había visto dormir; ahora me daba cuenta de que él nunca permitía que hubiera alguien cerca cuando estaba en ese estado tan vulnerable.

Mis ojos se giraron hacia la papelera y a los papeles que yo había desparramado. Me arrastré sobre ellos, ayudándome con las manos y las rodillas, y recogí la linterna que se le había caído a Clancy. Fuera de la oficina había tantos gritos que no podía entender lo que decían las voces.

Respiré hondo cuando los disparos disminuyeron y las puertas que conducían hacia la escalera se abrieron y se cerraron varias veces, con repetidos golpes. «Están bien, tú estás bien».

Aparté el haz de luz de la puerta y lo dirigí hacia las páginas chamuscadas que había reunido en mi regazo. Un cuarto de las hojas, más o menos, era ilegible; considerables quemaduras habían agujereado las fotografías y las páginas. Aparte de las manchas de tizne y hollín de las hojas superiores, el fondo de la pila estaba en condiciones mucho mejores. La mayor parte contenía gráficas y dibujos, todas escritas en el mismo extraño lenguaje científico que hubiera hecho trastabillar incluso a Chubs. Estos eran medicamentos, términos médicos. Tenían el mismo tipo de nombres complicados que la lista que Chubs me había dado en Nashville. De cuando en cuando mis ojos captaban una palabra aislada en inglés común.

**El sujeto A no presenta síntomas tras el procedimiento y la rutina... Muestra indicios de conducta pasiva...  
Los resultados concluyentes aún están pendientes...**

Pero en la parte superior de todas ellas, impresas en negrita, había dos palabras que reconocía: **Proyecto Snowfall**.

Solo dejé de hojear las páginas cuando llegué a las fotografías. A aquella que mostraba el rostro de la mujer.

Era una de las desventajas inesperadas de haber vivido casi la mitad de mi vida encerrada en un campamento sin acceso a ninguna clase de medios de comunicación masiva. Tenía la sensación de que cada rostro que encontraba en la tele o en los periódicos me era conocido, pero el nombre se me escapaba antes de poder atraparlo. La sentía ahora, mirando esa mujer rubia, que me resultaba conocida.

La propia foto era extraña: ella miraba por encima del hombro, pero no a la cámara en sí. Detrás había un edificio de ladrillo visto que parecía curiosamente ruinoso en comparación con el traje azul oscuro, clásico y pulcro que llevaba ella. La expresión de su rostro no era tanto de temor como de nerviosismo, y me pregunté por un instante si ella pensaba con razón que alguien la estaba siguiendo. La siguiente foto era más pequeña y estaba rota de una forma que me hizo pensar que Alban había comenzado a destruirla, pero había cambiado de parecer. En esta, ella estaba entre el antiguo líder de la Liga y un mucho más joven presidente Gray.

La relación me quitó el aliento.

«Clancy, no, por favor, Clancy».

—Joder —murmuré—. La mujer que había visto en su mente... era...

La primera dama de Estados Unidos.

Me extendí hacia donde estaban las otras páginas desparramadas y las reuní en un montón. Desordenados, los documentos y los informes no parecían tener mucho sentido, pero había diagramas y cerebros, con nítidas X escritas sobre ellos.

Eché un vistazo a los recortes de periódicos que describían el trabajo de beneficencia que Lillian Gray había realizado por todo el país. Alguien había resaltado diferentes frases clave sobre su familia («una hermana en Westchester, Nueva York», «padres retirados en su granja de Virginia», «un hermano fallecido») y sus diferentes títulos académicos, incluido el doctorado en neurología que había obtenido en Harvard. Ella también había ofrecido un «conmovedor» panegírico en el funeral del vicepresidente, «flanqueada por las ruinas humeantes del Capitolio», y había rehusado hacer declaraciones sobre la renuencia del presidente a reemplazarlo de inmediato.

La última nota que encontré se centraba en su desaparición de la vida pública poco después del ataque a Washington, D. C. En ella, se citaba al presidente diciendo: «La protección y la seguridad de mi esposa son mi principal preocupación», y no se daban más detalles.

Y esa era su leyenda. No las docenas de ceremonias a las que había asistido, ni su revolucionaria investigación en neurociencia de sistemas, ni las fiestas que había dado en nombre de su marido. No su atesorado hijo único. Según una nota de *Time*, que Alban había incluido en el dossier, había rumores de que había sido asesinada o secuestrada por un país hostil, poco después del brote de la ENIAA. Se tornó especialmente preocupante cuando Clancy salió por su cuenta, en nombre de su padre, a elogiar el programa de campos de rehabilitación, mostrándose a sí mismo como el primer sujeto exitoso.

Habían pasado casi diez años, y ella aún no había aparecido en público otra vez.

Pero aquí estaba, en este dossier, su rostro, su investigación..., sus notas. Cerré y abrí los puños varias veces en un intento de obligarlos a dejar de temblar.

Había tres notas manuscritas mezcladas en el embrollo de documentos, cada una de unas pocas líneas de extensión. No había sobres, pero los folios aún estaban pegajosos a causa de lo que fuera que habían usado para sellarlos. Alguien debía de habérselo entregado en mano, en lugar de arriesgarse a enviarlo por medios digitales. La clara letra manuscrita de Alban había añadido las fechas en la parte superior, probablemente para su propio registro. La primera de las notas, de cinco años atrás, decía:

No importa lo que haya pasado con nosotros; si quiero salvarlo es necesario que me ponga fuera de su alcance. Si me ayudas a desaparecer, yo te ayudaré a ti. Por favor, John.

La siguiente, dos años después:

Adjunto los últimos descubrimientos de nuestro trabajo; me siento increíblemente optimista respecto de que esto acabará pronto. Dime que lo has encontrado.

Y la última, de tan solo dos meses atrás:

No voy a cruzarme de brazos a esperar tu aprobación; ese nunca fue nuestro trato. Filtraré la localización en el servidor esta noche. Si no viene a buscarme, entonces yo misma lo encontraré.

Clancy todavía estaba inconsciente, con la cabeza colgando hacia un lado. Observé su pecho subir y bajar, y algo afilado se retorció en la base de mi estómago.

—Pobre hijo de perra —musité.

Este era el motivo por el cual había venido hasta aquí. Esta era la tarea que no podía confiarle a nadie más. Hojeé las páginas otra vez, intentando descifrar exactamente en qué había estado trabajando su madre. Una parte de mí había sospechado que tenía algo que ver con nosotros al ver los diagramas, pero ¿por qué llevaba a cabo en secreto sus propios experimentos sobre las causas de la ENIAA al mismo tiempo que Leda Corporation? En su primera nota se mencionaba la necesidad de ponerse «fuera de su alcance»; ¿era posible que ella creyera que su esposo falsificaría los resultados de Leda Corporation y pensara que la desinformación pondría en peligro la vida de Clancy?

Pero, entonces..., ¿por qué Clancy querría destruir los papeles? Retrocedí por los folios de gráficas y dibujos, y ahí, a pie de cada página estaban las iniciales L. G. Volví a hojear las páginas asegurándome de mirar todas y cada una de ellas. ¿Por qué había querido destruirlas? ¿Para proteger el paradero de su madre? ¿Para destruir las pruebas de que ella le proporcionaba a Alban información sobre su investigación?

Nada de esto tenía sentido para mí. Su nota final decía que filtraría la localización —¿su localización?— en un servidor. Eso casaba con la explicación de Nico de que la palabra Profesora, una de las que Clancy le había pedido que buscara, apareciera en el servidor. Pero ella solo había filtrado la información cuando se consideró preparada. Solo después de que el Proyecto Snowfall hubiera sido completado.

Comprendí que ella no quería que él supiera en qué estaba trabajando. Pero ¿por qué iría buscarlo? ¿Por qué permitir que él la encontrara, si era evidente que él era el único de quien ella necesitaba protección?

## CAPÍTULO TREINTA

Las luces y las máquinas del despacho de Alban regresaron con un estallido de ruidos y estática, y yo ya estaba de pie antes de que la radio se encendiera y atronara la estancia con una impactante versión coral de «O Come, All Ye Faithful». Levanté una mano en un tibio intento de bloquear el destello mientras avanzaba tambaleándome hacia la esquina del despacho. Mis ojos lagrimeaban y no podía ver ninguna de las perillas de la radio, por lo que me decidí a darles manotazos y girarlas hasta que finalmente el sonido bajó a un nivel tolerable. Después del Ruido Blanco, hasta el menor rasguño sobre una puerta sonaba como un trueno. Durante un largo y terrible minuto me obligué a quedarme quieta y a readaptarme al mundo de la luz; lo mismo que le tomó a Clancy soltar un gemido bajo y comenzar a sacudir la cabeza.

Y para mí comprender que mi ventana para poder controlarlo se cerraba de golpe.

Fuera, la lucha había menguado hasta ser un solitario rocío de balas disparadas una planta más arriba. Era un riesgo suponer que ya habían limpiado este nivel de agentes rebeldes, pero la razón había superado mi miedo. La mayoría de los agentes estaban en el primer nivel —dormidos en sus habitaciones, y unos pocos, como Jarvin, de patrulla—, cuando Cole y los demás entraron en el edificio.

Sería rápido. Si el corredor estaba despejado, podría bajar a buscar a los demás antes de ocuparme de esto. Asegurarme de que Liam y Chubs estuvieran escondidos con Jude y Vida en la seguridad del dormitorio protegido por la barricada. Simplemente no podía dejarlo ahí, no con las cerraduras reventadas.

Por detrás de él, pasé los brazos alrededor del pecho de Clancy esforzándome por cogerlo bien y haciendo saltar uno de los botones de oro de su abrigo en el intento.

—Eres... —dije en un resuello, sintiendo cómo se estiraban los puntos de mi espalda—. Eres, oficialmente, el mayor fastidio...

Tuve que dejarlo en el suelo para quitar la mesa que bloqueaba la puerta. Di un paso más, respiré hondo para calmarme ante la visión de los cuerpos de Jarvin y los otros agentes, pero el corredor estaba vacío. Mientras lo arrastraba hacia el pasillo, tuve la idea, fugaz, de meterlo en la enfermería, pero vi figuras que se movían detrás de las cortinas y no estaba dispuesta a apostar por que fuera alguien del equipo de Cole. Había un gran número de puertas a lo largo del corredor, la mayoría de ellas conducía a habitaciones que nunca me habían permitido ver. Solo había un armario abierto y le habían quitado el anaquel de las armas, dejando espacio suficiente para colocar ahí un cuerpo humano.

Acababa de acomodar a Clancy en aquel estrecho espacio, cuando oí gritar mi nombre como para que lo oyera toda la maldita base.

Me giré con rapidez en busca del origen. De repente, Cate estaba ahí, saliendo de la enfermería a la carrera, colocándose la correa del rifle sobre el hombro. Se quitó el pasamontañas negro y lo dejó caer. Estuve en sus brazos, en su calidez, antes de tener la sensatez de prepararme para el impacto. Un alivio que no esperaba me recorrió el cuerpo cuando me apoyé en ella.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

Y yo estaba tan francamente conmocionada por su aparición que realmente le dije la verdad.

—Encerrando a Clancy Gray en un armario.

Retrocedió con brusquedad, mirando la forma tendida a nuestros pies. Y Cate, por primera vez en su vida, no me preguntó si quería hablar acerca de cómo me sentía. Yo no necesitaba explicarle por qué no podíamos dejarlo en la enfermería ni en uno de los dormitorios, de los cuales podría escapar. Ella sabía lo que él era y cuánto valía.

—Vale. Traeré las llaves.

—Cate —dije—. ¿Ya ha acabado?

Ella sonrió.

—Hace diez minutos.

—¿En serio? —Mi voz sonaba diminuta a mis propios oídos.

Sentía como si tuviera cinco años, como me sentí aquella vez que me perdí en un centro comercial y súbitamente encontré la mano de mi padre otra vez, tras haberlo buscado con frenesí. Sabía que era tonto llorar, pero el agotamiento me había llevado hasta un punto de fractura y una repentina e inesperada oleada de temor y dolor me atravesó el cuerpo.

Cate avanzó hacia mí, cogiendo mi rostro entre sus manos. Era como mirar la luna llena elevándose al atravesar la noche.

—Sabía que podías hacerlo.

Apreté los ojos cerrados, y detrás de mis párpados brotó una tienda blanca. Ahí estaba Mason, inspirando por última vez. El olor de un rígido bozal de cuero. Rob, gritando, gritando, gritando... Quería contárselo todo a ella, descargarlo en ella y compartir con ella el aplastante peso de todo aquello. Se había ofrecido tantas veces, y en cada caso la había decepcionado, rechazándola de mala manera. Aun ahora, sentía la misma renuencia envolviéndome el pecho, intentando proteger el débil y palpitante músculo que ahí había.

—Ha sido horrible —susurré.

Ella limpió una lágrima solitaria de mi mejilla.

—Y tú has sido más fuerte que todo eso.

Sacudí la cabeza.

—No he... sido...

¿Cómo podría decirlo de una forma que ella entendiera?

—No es eso lo que Jude y Vida me han contado.

Abrí los ojos y escruté su cara en busca de una señal de que mentía.

—¿Están bien?

—Están bien —aseguró ella—. Preocupados por ti. Puedo llevarte con ellos, pero primero creo que debemos ocuparnos de un pequeño problema. —Cate señaló a Clancy con la cabeza—. ¿Vale?

—Sí —dije, aspirando una gran bocanada de aire—. Vale.

El equipo de Cole y Cate había trasladado a los chicos al atrio y había cerrado las puertas, para impedir que viéramos el continuo flujo de cuerpos que se recogían en el recibidor de la residencia y eran llevados a la enfermería. Eran los agentes que habían derrocado a Alban, todos ellos. Una parte de mí pensaba que era ridículo que intentaran evitar que no lo viéramos. Otra parte de mí se sentía

agradecida.

Respiré, sacudiéndome la tensión de los hombros, y luego me dirigí a la puerta.

Habían empujado la mayoría de las mesas hacia los lados de la habitación, dejando el centro libre para los catres. El personal médico trataba los golpes y rasguños de algunos de los chicos y agentes. Me pareció absurdo que ignoraran una enfermería totalmente provista y acarrearán las gasas y el antiséptico hasta el dormitorio; hasta que recordé que ahora la enfermería era una morgue improvisada.

—¿Están todos muertos? —pregunté en voz baja.

Además de los veintitantos chicos de la Liga apiñados en el centro del dormitorio, que desayunaban lo que habían conseguido en el almacén de la cocina, había unos cuarenta agentes que, en grupos negros, rodeaban la habitación. Pero estas eran las caras que yo había esperado ver: agentes a cargo de los equipos Psi, instructores que nos miraban con ojos tristes y anhelantes cuando no los veíamos.

—Los que no se rindieron —dijo Cate discretamente.

—O sea, ¿todos?

—Sé que debes de haber creído que estaban todos contra ti, pero había un grupo de agentes a los que el asesinato de Alban tomó por sorpresa y se quedaron únicamente porque era demasiado tarde para marcharse sin sufrir represalias de parte de Jarvin. Cuando irrumpimos en los dormitorios no presentaron batalla, y quedaron libres para marcharse si no deseaban participar en esto.

Mis ojos no dejaron de recorrer la habitación hasta que los encontré a todos. Chubs y Liam estaban ante uno de los televisores, con sus espaldas hacia mí, y miraban las noticias acerca de una especie de edificio blanco con forma de cúpula. Jude y Vida estaban cerca de ellos, agazapados en el suelo, frente a Nico, quien parecía esforzarse por hacerse un ovillo y desaparecer para siempre.

Cate siguió mi mirada.

—Habla sobre eso más tarde.

—¿Habla sobre qué? —sonó una voz cansina a nuestras espaldas. Sentí que un brazo pesado me caía sobre el hombro—. ¿Podría ser sobre el pobrecito de *moi*?

Intenté liberarme, pero me retuvo y me pasó la mano por el pelo hecho un desastre. No pude evitar encogerme cuando olí el humo en él. «Rojo».

Psi.

Imposible.

Es... Me pasé el dorso de la mano por la frente. Estaba tan sereno; en cambio, Mason se derrumbaba por dentro. Y no era que Cole no fuera intimidante; lo era, de una forma que desarmaba y confundía. Es que cada Rojo con el que yo había tropezado en Thurmond había actuado como un animal encerrado dentro de su propia piel. Rehusaban mirar a los demás a los ojos y se paseaban con esas miradas ausentes, escuchando una voz dentro de su mente, supongo, que los demás no podíamos oír. De cuando en cuando volvían en sí, y la avidez les oscurecía el rostro. Los descubrías observando a otro chico, con esas pequeñas sonrisas retorcidas en la comisura de los labios, y sabías —sabías— lo que sucedería a continuación.

Pero Cole no solo se había controlado, se había fortalecido.

«Rojo».

Los dos miraron por encima de mi cabeza.



—Me ha dicho que te ha sido confiado... un secreto muy importante.

No dije nada; no porque no pudiera pensar en una respuesta, sino porque no conseguí atrapar una de las miles de preguntas que se agolpaban en mi mente. Finalmente, me volví hacia él y me decanté por:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que tenía doce años —respondió—. Un desarrollo tardío comparado con el vuestro. Me hizo cagar de miedo. Mamá y Harry siempre pensaron que escondía cerillas o mecheros y quemaba las cosas para portarme mal. No es algo de lo que hablas si no quieres que te pongan en un autobús y te envíen a un campamento, ¿sabes?

—¿Por qué no se lo contaste a Liam? —pregunté—. ¿Por qué se lo ocultaste?

Cole entrecerró los ojos.

—Tengo mis motivos, ninguno de los cuales es de tu incumbencia. Me diste tu palabra de que no...

—No lo haré —dije, detestándome por ello. Otra cosa más que ocultarle. Otra mentira—. Yo solo... ¿Cómo es posible? Eres demasiado mayor. ¿Hay... más como tú?

No me extrañaba que Alban lo valorara: un Psi que podía pasearse entre los adultos sin ser detectado, solo porque excedía la supuesta edad límite para serlo.

Cate miró a su alrededor, asegurándose de que no hubiera oídos figoneando en las cercanías.

—Muchos, muchos, muchos menos. Unos pocos cientos con valores atípicos de edad. Pero este no es el momento para hablar de ello. Ahora mismo tenemos preocupaciones mayores.

—Hablando de lo cual —Cole bajó la voz al tiempo que se agachaba—, ¿no pudiste haberme dicho que la doncella en apuros número dos era el hijo del presidente?

—A ver cuántas palabras puedes decir tú con el cerebro totalmente revuelto.

—De acuerdo. —Miró a Cate—. ¿Va a ser un problema?

—Está en el armario B-dos —dijo ella, levantando las cejas en lo que a mí me pareció un reto.

—Vale, vale —dijo Cole—. Esto primero, eso... después. Aquí no ha quedado ningún arma, ¿verdad?

No sé quién tenía la expresión de mayor irritación, si Cate o yo.

Cole aún exhibía una sonrisa suficiente cuando preguntó:

—¿Traes el premio gordo además de al capullo de mi hermanito?

Me palpé los bolsillos, buscando el pequeño rectángulo de plástico. Se lo ofrecí, súbitamente ansiosa de que otra persona cargara con su peso durante unos pocos minutos. Cole miró a Cate.

—Toda tuya. ¿Te marchas pronto, no es así?

—Dentro de un minuto. Necesito contarles a mis chicos adónde voy.

—¿Porque no sabrán qué hacer consigo mismos si no está mami preocupándose por ellos cada dos segundos?

Al oír eso, me alejé de él, sintiendo que mi irascibilidad alcanzaba una cota peligrosa. Cole levantó las manos y retrocedió un paso.

—Acepta una broma, Joyita. Sonríe. Hoy es un buen día, ¿lo recuerdas? Un triunfo de verdad.

—¿Adónde vas? —le pregunté a Cate.

—Saldré con unos agentes a buscar algún medio de transporte para todos nosotros.

—Pero...

—Estaré de vuelta dentro de unas pocas horas, lo prometo. Creo que sabes que... probablemente no es bueno quedarse aquí después de esto.

—¿Adónde iremos? —pregunté—. ¿Kansas? ¿O Georgia?

—¡Ru!

Era asombroso que hubiéramos podido estar ahí tanto tiempo antes de que el radar de Jude comenzara a pitar. Estaba de pie, abriéndose paso a través de los agentes que había entre él y nosotros, y casi tropieza con un grupo de chicos que, era obvio, solo intentaban permanecer sentados ahí, comer y no echarse a llorar. Con el rabillo del ojo, vi a Chubs y a Liam girarse, pero desaparecieron con la misma velocidad y lo único que había en mi mundo era Jude envolviéndome con sus largos brazos.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó.

Lo abracé. Mi comité de bienvenida de un chico.

—Yo también estaba preocupada por ti —dije—. ¿Sucedió algo?

Jude negó con la cabeza, haciendo flamear sus rizos.

—¿Lo has encontrado?

—Te dije que estaba bien. —Vida le puso una mano sobre el hombro y trató de arrancarlo de ahí por la fuerza—. Judith. Suéltala.

Cate lanzó una carcajada y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, tengo que contaros algo a vosotros dos y a Nico.

Eso fue suficiente para que Jude cediera un poco.

—Todavía sigue sin hablar. No he podido sacarle una sola palabra. Es como si se hubiera apagado.

Le dirigí un tímido saludo con la mano mientras ella se los llevaba, a él y a Vida, hacia donde estaba Nico.

—Ah —musitó Cole.

Lo sentí tensarse, cambiar su postura de una relajación informal a otra que era sólida. Compuesta. Hasta su rostro pareció endurecerse. Se separó de donde había estado apoyado en la pared y pasó junto a mí sin más palabras. Echó una única mirada de advertencia por encima del hombro.

Menos amenazadora que la que le dirigió a Liam —y menos aún que la que Liam le dirigió a él— al pasar, rozándose, en direcciones opuestas. Encontré de frente la mirada de Chubs, y la expresión que tenía fue suficiente para decirme que más tarde habría una historia.

«Vivos, vivos, vivos, vivos», cantaba mi corazón. Permití que el recuerdo ponzoñoso de lo que Clancy me había mostrado se fuera desvaneciendo, hasta que en mi pecho no quedó nada más que un fulgor inquieto. Me dejó sin aliento. «Vivos». El polvo sobre sus caras no era nada. El corte que se había vuelto a abrir en la barbilla de Liam no era nada. La rotura de un cristal de las gafas de Chubs no era nada.

Ellos lo eran todo.

Los dos estaban frente a mí, con los brazos cruzados, con idénticas expresiones de reprobación.

—¿Estáis bien? —pregunté, ya que era obvio que no iban a decir nada.

—¿Lo estás tú? —me espetó Liam—. ¿En qué estabas pensando al ir tras él de esa manera?

El tono de sus palabras me enardecía.

—Estaba pensando en que se dejó arrastrar hasta aquí por algún motivo, y yo tenía razón.

Metí la mano en un bolsillo y cogí una de las fotos del alijo de documentos plegados. Los ojos de Chubs observaron con cierto desagrado el papel manchado.

—Esa sangre no estuvo dentro de tu cuerpo en ningún momento, ¿verdad?

Le apreté la fotografía contra el pecho, obligándolo a cogerla.

—Rastreé a Clancy hasta el despacho de Alban. Lo que él buscaba estaba ahí.

Liam se inclinó para mirar. Aparentemente, ellos no tenían el mismo bloqueo mental que yo. En sus ojos se encendió el reconocimiento. A Chubs se le quedó la boca abierta.

—La está buscando —dije yo—. Las fotos estaban en un archivo, junto con lo que, según creo, es la investigación que ella estaba llevando a cabo. No sé si él pensó que ella estaba aquí o sabía que Alban podía tener alguna clase de pista, pero...

Cole se subió a la mesa que estaba en medio de la habitación y aplaudió un par de veces. Se llevó las manos ahuecadas a la boca:

—¿Podéis atenderme?

Había una formalidad en su tono que no sonaba natural. Aparentemente, el Cole de las sonrisas taimadas y las provocaciones que enfurecían se había retirado por lo que quedaba de la mañana. El agente Stewart no tenía tiempo para él.

—Vale. Seré breve. —Los agentes y los chicos de la habitación se movían, fluyendo alrededor de los catres y las mesas para quedar ante él—. Lo que ha sucedido aquí... ya ha acabado. Cumplisteis con vuestra parte estupendamente. Y, si bien desearía poder decir que finalmente ellos no habrían seguido adelante con su plan, creo que todos sabemos que esa sería una maldita mentira.

Liam se movió, apoyándose en la pared, en la misma posición que había asumido su hermano unos minutos antes. Mantuvo los ojos fijos en mí y obviamente esperaba algo.

—Bien, no me van los discursos bonitos. No os mentiré, porque os han mentido durante toda vuestra vida y eso debe acabar. He aquí lo que necesitáis saber. —Cole se aclaró la garganta—. Cuando Alban dio comienzo a todo esto, su intención era, únicamente, exponer la verdad sobre la ENIAA y que Gray admitiera lo de los campamentos. Más que ninguna otra cosa, deseaba que este país volviera a ser como era: el lugar del que él estaba orgulloso y al cual estaba feliz de servir. La Liga de los Niños fue su sueño, aun cuando al final se torció. Él deseaba volver a esa vida. Pero yo digo que no podemos volver atrás.

Me coloqué de frente hacia él, rodeando a Chubs, para conseguir una ubicación mejor. Los otros chicos lo miraban, cautivados. ¿Por qué no iba a ser así? Aquello era igual que todas esas otras veces que había oído hablar a Liam de liberar los campamentos; la pasión que ponían en las palabras despejaba toda duda que ellos dijeran tener sobre su capacidad para expresarse. Se entregaban al fuego cuando tantos de nosotros temíamos que el fuego nos calentara.

«Él es uno de los nuestros», pensé. Los demás no lo sabían y, pese a ello, tenían la sensación que eso era correcto. De que él debía estar al mando.

Liam se mofó y puso los ojos en blanco. Chubs y yo nos miramos, y me pregunté si él también podía sentir las oleadas sucesivas de decepción que Liam enviaba en nuestra dirección.

—En este momento, para nosotros, es hacia delante o hacia ninguna parte. Nosotros, todas las personas que hemos regresado, dejaremos este lugar y este nombre atrás. Todavía no sé qué será ni si adoptaremos otro nombre, pero sé lo que haremos. Averiguaremos qué diablos causó la ENIAA,

descubriremos a todos los responsables y sacaremos a esos pobres chicos de esas cloacas de tristeza. Nos marchamos, iremos al rancho; ahora mismo hay agentes que lo están poniendo en funcionamiento. Queremos que vengáis. Queremos que luchéis. Queremos que vengáis con nosotros.

Cate se puso de pie en el lugar donde había estado sentada con los demás y me hizo un gesto mientras salía por la puerta del otro extremo de la habitación. Cuando salió, Vida, Jude y Nico no levantaron los rostros. Asentían, permitiendo que las seguridades de Cole los inundaran con el embriagador subidón de las posibilidades. Yo también lo sentí en mi interior. No había consejeros que le dictaran lo que decía, no había gabinetes cerrados, no había corredores oscuros. Esto era sincero. Real.

—¿Qué es el rancho? —susurró Chubs.

—El antiguo Cuartel General de la Liga, cerca de Sacramento —dije—. Lo cerraron al acabar de construir este.

—Queremos que vengáis con nosotros —repitió Cole, y su mirada se dirigió hacia donde estábamos nosotros—. Pero la decisión es vuestra.

Lo miré a los ojos, intentando no poner los ojos en blanco cuando me dirigió un guiño. Sabía que me tenía.

Y también lo sabía Liam.

Liam se despegó de la pared, pero me permitió cogerlo de la chaqueta al pasar junto a mí. Sus hombros se sacudían con cada bocanada profunda e irregular de aire que aspiraba. Tras días de recuperar sus fuerzas y su color, Liam estaba otra vez a solo un paso del colapso. Tenía la piel cenicienta y me miraba con ojos enfurecidos.

—Dime que te marcharás hoy con nosotros —susurró Liam—. Con Chubs y conmigo. Sé que eres demasiado lista como para creerte todas esas patrañas. Yo te conozco.

Vio la respuesta en mi rostro. Sus manos aferraron mis muñecas y las alejaron de él.

Justo antes de llegar a la puerta, Liam se volvió y dijo con voz ronca:

—Entonces ya no me queda nada que decirte.

Después de la arenga, Cole desapareció murmurando algo acerca de «ir a echarle un vistazo», sin ofrecer ni una palabra más de explicación sobre qué o quién era ese «le». Tuve la intención de seguirlo para asegurarme de que «le» *no* fuera Clancy Gray, pero no sé si habría podido levantarme de la mesa si lo hubiera intentado. Nosotros cinco, Jude, Vida, Chubs, Nico, y yo, habíamos ocupado una de las mesas circulares cercanas al televisor, principalmente, creo, para mantenernos fuera del camino de los agentes que intentaban «retirar» el edificio y llevarse de ahí todo lo que pudiera resultarles necesario.

Pasó una hora. Más que suficiente para que Jude preguntara:

—¿Ya ha regresado Cate?

Y para que yo comenzara a preocuparme por Liam. Sentí que, cuanto más tiempo pasara ahí sentada, más pesadas se volvían mis extremidades, hasta que me encontré imitando a Nico, que estaba en el otro lado de la mesa, y coloqué la cabeza sobre mis brazos, aligerándoles ese peso a mis hombros.

—Dijo que tardaría un rato —dijo Vida, mirando la hora una vez más en su viejo intercomunicador—. Somos setenta. Son muchos neumáticos que reunir.

«Estamos transmitiendo en directo desde el edificio del Capitolio del estado de Texas, donde en menos de quince minutos el presidente Gray y los representantes de la Coalición Federal darán comienzo a la Cumbre de la Unidad...».

Jude extendió una mano para subir el volumen. Había sido la imagen de la calma toda la mañana; no había lloriqueado ni una sola vez diciendo cuán hambriento estaba ni cuán cansado se sentía. De nuestro triste grupo, él era el único que realmente prestaba atención a la pantalla. Nico se había ensimismado tanto que, básicamente, estaba en estado de coma. Chubs no paraba de mirar su reloj de pulsera y la puerta.

Las noticias sobre la cumbre de paz del día de Navidad habían comenzado quince minutos antes de las nueve, hora de Texas. La mayoría de las imágenes mostraban a la multitud, y de ella solo una pequeña parte. Cuando el cámara enfocó accidentalmente un grupo de manifestantes con pancartas, a los cuales se mantenía lo más lejos posible del edificio, la toma se interrumpió.

Cole se deslizó en el espacio que había entre Jude y yo, haciendo caer, casi, al chico de su asiento.

—Eh, Joyita, te necesito un segundo.

Me volví y hundí aún más la cara entre mis brazos.

—¿Puede esperar?

—Está despierto y muy enfadado, y agradecería un poco de orientación acerca de cómo enfocar el asunto, ya que tú eres la única que podría decirme si está intentando fundirme el cerebro.

—¿Saben los demás lo que es realmente? —preguntó Chubs, sorprendido—. ¿Se lo has dicho?

—Alban ya lo sabía —dijo Cole—. Vio a Clancy ejercer su influencia sobre uno de sus agentes del servicio secreto en una parada durante una de sus ruedas de prensa, después de salir del campamento.

Al oírlo me erguí en mi asiento.

Si Alban ya sabía lo que Clancy era y lo que podía hacer, la primera esquela de Lillian Gray podía interpretarse de una forma completamente diferente. «Si quiero salvarlo es necesario que me ponga fuera de su alcance». Lillian podría haber advertido, aun antes que el presidente Gray, que su hijo estaba usando sus habilidades para ejercer su influencia sobre las personas de su entorno.

Por fin iba tomando forma para mí la sucesión temporal de los hechos. Alban habría visto a Clancy hacer esto justo antes de marcharse para unirse a la Liga y se puso «fuera del alcance», como lo llamó Lillian, de Clancy. Si ella hubiera intentado pedir ayuda a su esposo o alguno de sus consejeros para desaparecer, Clancy habría tenido acceso a la información. En realidad, había sido un plan desesperado.

—Entonces, ¿por qué diablos no hizo nada al respecto? —llegó la voz de Liam desde detrás de nosotros. El ceño arrugado profundizaba las líneas de la cara—. Eso habría hecho estallar toda la farsa de los campamentos.

Cole puso los ojos en blanco.

—Y ¿cómo lo habría demostrado? El chico era un fantasma. Intentamos apagar los sensores para ver si venía por su cuenta, pero nunca mordió el anzuelo.

—Porque él no os necesita —dijo Nico, con voz ronca—. No nos necesita. Él puede cuidarse solo.

Abrí la boca para explicar mi teoría, pero Liam me interrumpió.

—¿No deberíais estar ayudando a los demás a limpiar el lugar? —preguntó en tono enfático.

Miró la mano de Cole sobre mi hombro.

Era algo demencial verlos de pie así, uno junto al otro, con idénticas expresiones de furia en los rostros casi idénticos.

—Puedes marcharte cuando quieras, Liam —dijo Cole, despidiéndolo con un gesto—. Aquí nadie te retiene. Ya te he dicho cómo encontrar a mamá y a Harry, así que, adelante. Corre de regreso y escóndete. Ojalá pudiera estar ahí cuando les expliques cómo casi conseguiste fastidiar a todo un grupo de chicos porque eres demasiado idiota como para prestar atención a lo que haces o adónde vas. Eso, por supuesto, después de que les hayas contado lo que ocurrió cuando intentaste escapar del campamento.

Oí que Vida maldecía entre dientes y dejaba caer su mano sobre el brazo de Chubs para evitar que interviniera. Pero a mí no me vigilaba nadie.

—¡Para! —dije—. Escúchate...

—Tú... —Una oleada de rubor cubrió el cuello de Liam, y era obvio que se esforzaba por mantener su rostro bajo control—. Tú... no tienes ni idea...

—Venga, no lloriquees —dijo Cole, poniéndose de pie—. ¿No me has avergonzado ya bastante? Solo... vete. Cielos, márchate si estás tan mal. ¡Deja de hacerme perder el tiempo!

—Chicos —la voz de Jude era muy aguda y se quebraba al hablar—. ¡Chicos!

—Por favor —intenté otra vez—. Solo...

Jude se inclinó sobre la mesa y me cogió del brazo girándome hacia el televisor.

—¡Cállate y mira!

El presidente Gray había bajado de su coche y miraba hacia la multitud, con la mano en alto, en un saludo practicado muchas veces. Su cabello era más gris de lo que yo recordaba de unos meses atrás. Las bolsas debajo de sus ojos oscuros eran más visibles. Pero aún era el rostro de Clancy, un atisbo de cómo se vería en treinta o cuarenta años, y solo por eso yo quería apartar la mirada.

—Qué... —comenzó a protestar Vida cuando la cámara enfocó a una pequeña figura encapuchada que pasó empujando a un lado a la atractiva presentadora rubia y saltó por encima de las vallas policiales.

El presidente avanzaba lentamente por la prístina escalinata blanca del Capitolio, con la mano extendida hacia el gobernador. Detrás de él, las banderas americana y texana flameaban en la brisa. No pareció advertir que algo iba mal hasta que los hombres trajeados que había a su lado sacaron las armas y la cara del gobernador empalideció.

Los oficiales de la policía que bordeaban la escalinata salieron volando por los aires con tal fuerza que cayeron entre las filas de cámaras y fotógrafos. No había necesitado tocarlos, solo mover los brazos ante él, como si estuviera abriendo una pesada cortina.

—¡Dios! —exclamó Liam a mis espaldas—. ¡Es un chico!

Era delgado, todo fibra y piel morena, como un corredor que ha pasado todo el verano entrenando en la pista de carreras del instituto. Llevaba el cabello largo, atado en una coleta para mantenerlo lejos de su cara; eso le mantuvo los ojos despejados cuando extrajo un pequeño revólver de un bolsillo de su sudadera y disparó con calma dos veces al pecho del presidente.

Los televisores, cada uno sintonizado en una cadena diferente, estallaron exactamente en el mismo momento, mostrando la escena desde todos los ángulos posibles.

—«Oh, Dios, oh, Dios...» —gemía la presentadora.

Se había arrojado al suelo; todo lo que veíamos era la parte trasera de su cabeza mientras ella observaba a la policía y al servicio secreto lanzarse sobre el muchacho, ahogándolo en un océano de uniformes y abrigos. La multitud situada a espaldas de la presentadora gritaba; la cámara se sacudió al cambiar de posición para capturar su huida de la escena. Cada mirada de terror. Cada mirada de repugnancia. Todas se volvieron desde el presidente al chico que acababa de asesinarlo.

—¿Esto lo has hecho tú? —gruñó Liam, volviéndose hacia su hermano—. ¿Le ordenaste tú a ese chico que lo hiciera?

—No es uno de los nuestros —dijo Vida—. Jamás había visto a ese pedazo de mierda en mi vida.

Cole giró sobre sus talones y salió disparado hacia el azorado silencio del atrio. Nadie se apartó para que pasara y yo no tenía idea de adónde se dirigía. Vida cogió el mando a distancia y subió el volumen.

—«Damas..., damas y caballeros..., por favor...».

La presentadora aún estaba en el suelo, intentando protegerse de la estampida de espectadores que huían del lugar. La imagen desapareció y aparecieron las caras horrorizadas de los presentadores en el estudio, pero solo estuvieron ahí un instante, antes de que la pantalla se pusiera negra y después aparecieran unas palabras en negrita:

**SISTEMA DE ALERTAS DE EMERGENCIAS**

**EL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS HA EMITIDO UNA  
NOTIFICACIÓN DE ACCIÓN DE EMERGENCIA**

**NO APAGUE SU TV AHORA**

**A CONTINUACIÓN, SE OFRECERÁ INFORMACIÓN  
IMPORTANTE**

Pero el mensaje permaneció en las pantallas y lo único que siguió a continuación fueron los tonos ululantes y graves del sistema de alertas de emergencias, los mismos que habíamos oído miles de veces en los televisores y las radios cuando hacían los simulacros.

Se oyó un estallido sordo que provenía de algún sitio sobre nuestras cabezas; resultó casi inaudible con el ruido de las voces de pánico que provenían del atrio y el volumen ensordecedor de las pantallas de televisión. Dos estallidos, tres, cuatro, todos en rápida sucesión, como el chisporroteo de los fuegos artificiales del Cuatro de Julio que solíamos mirar en casa desde el jardín. Se oían demasiado lejanos como para asustarnos. Por un momento pensé si acaso no *serían* fuegos artificiales. ¿Era la gente tan grosera para estar celebrando ya el aparente fallecimiento del presidente Gray?

Todo se evaporó con el ruido abrumador del torrente de agua. No, era más parecido a la estática. Una feroz oleada de ruidos, chasquidos, restallidos y silbidos, como los de un tornado.

Y en ese momento todo se apagó con un chirrido grave y mecánico; como el último aliento de un animal. Las luces, los televisores, el aire acondicionado, todo se apagó, arrojándonos otra vez a la misma oscuridad impenetrable de la que acabábamos de salir.

Si Jude no me hubiera seguido cogido del brazo, nunca habría conseguido alcanzarlo cuando intentó arrojarse al suelo.

—¡Hala! —exclamé.

Vida estuvo a nuestro lado de forma instantánea, ayudándome a sentarlo otra vez en su asiento.

—Algo... Acaba de pasar algo... —Los agentes situados a nuestro alrededor partían barras luminosas, alumbrando un poco la habitación. Vi las manos de Jude aferrándose el cabello; la expresión de su rostro era de aturdimiento, como si estuviera borracho—. Algo malo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, y permití que Chubs le echara un vistazo más de cerca.

Sus ojos aún estaban ligeramente desenfocados.

—Fue un gran... un gran estallido. Como un destello, y después desapareció. Está todo tan silencioso..., no se oye nada.

Examiné la habitación en busca del equipo de Amarillos. Estaban exactamente en el mismo estado de aturdimiento, incapacitados e insensibles a los intentos de ponerlos de pie de los otros chicos. Pude ver sus rostros a la luz débil y moribunda de las barras luminosas.

—¿Qué diablos? —Oí decir a Chubs—. ¿Otro apagón programado?

Le hice señas de que callara, e intenté escuchar a un agente que le informaba rápidamente a Cole sobre la situación mientras avanzaban de regreso hacia donde estábamos.

—El generador de emergencia aún funciona, pero no hay conexiones de radio ni de móviles disponibles. Las cámaras de la calle se han apagado. Bennett está intentando encenderlas de nuevo...

—Que no se moleste —dijo Cole con calma—. Lo más probable es que estén fritas.

¿Fritas? Pero eso significaría...

Era demasiada coincidencia que la electricidad se hubiera ido en ese momento. Pero lo que sugería Cole no era que alguien había manipulado la red eléctrica de Los Ángeles: creía que alguien había desactivado cada artefacto eléctrico de la ciudad.

—¿Crees que ha sido una especie de pulso electromagnético? —preguntó otro agente.

—Creo que es mejor que saquemos nuestros traseros de aquí antes de que lo averigüemos. —Cole ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó por encima de los murmullos de pánico—. Bien, sé que habéis ensayado esto. Coged lo que podáis llevaros de esta habitación e id directamente al agujero. Nada más. Mantened las filas. ¡La evacuación obligatoria comienza ahora!

Vida puso a Jude a su lado y dejó que yo levantara a Nico de su asiento.

—Podría ser solo otro apagón —objetó un agente—. No puede haber sido una reacción al asesinato. Lo mejor es ir al nivel tres y resistir.

—¡Si se trata de un ataque —añadió otro—, el lugar más seguro está aquí!

—El lugar más seguro está fuera de este...

Se oyeron tres golpes sonoros, como si alguien situado directamente sobre nuestras cabezas solicitara con educación que lo dejáramos entrar. No sé por qué lo hice ni qué creí que era ese ruido, pero arrojé a Nico al suelo, y, un instante después, sentí que Vida, a mi lado, hacía lo mismo con Jude.

—¡Cubríos! —gritó alguien, pero la palabra se desvaneció en un destello de luz blanca y ardiente.

Y llovió fuego sobre nuestras cabezas.



## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

No sentí el dolor de inmediato, solo una fuerte presión sobre la columna.

Desperté en la oscuridad total, mientras Nico me llamaba y los hombres me aferraban. Hubo un único momento de dicha en el que mi cerebro estuvo aturdido y no pudo conectar lo que yo veía y oía y sentía con la realidad de lo que acababa de ocurrir. Todo estaba filtrado por la oscuridad.

—¡No! Primero debo encontrarla...

—¡Liam, muévete! —bramó Cole—. ¡Ve con los otros!

—Están aquí. —Oí decir a Vida—. Ayúdame con este...

Alguien levantó el peso que me obligaba a permanecer sobre Nico y el aire polvoriento inundó mis pulmones. Tosí y tenté el suelo con una mano hasta encontrar lo que en un principio parecía ser una barra luminosa. No lo era. Era el dedo de una persona, y ya no estaba adherido a su cuerpo.

Alguien me levantó y me mantuvo en pie hasta que mis rodillas se solidificaron debajo de mí.

—Todos... —comencé a decir.

—Armas antibúnker —dijo Vida—. Debemos marcharnos.

—Jude...

—Estoy aquí —dijo él—. No puedo verte, pero estoy aquí...

—Estamos todos aquí, estamos bien —interrumpió Chubs—. Dinos adónde ir.

—Abajo... —tosí, deshaciéndome de la gruesa capa de polvo que me cubría la lengua y la garganta.

Ahora que mis ojos se adaptaban a la oscuridad, comprendí que el opaco resplandor naranja que había a nuestro alrededor no provenía de las barras luminosas de los agentes sino del fuego provocado por las explosiones. Todo lo demás cayó sobre mí con la fuerza de una bala en la cabeza: había cables colgando del techo parcialmente derrumbado, y trozos del propio techo. Y el ruido del trueno distante; todavía estaba ahí, ahora más fuerte, explosiones detonadas a intervalos regulares.

«Están bombardeando la ciudad». No importaba quiénes eran, no en ese momento. Me limpié el líquido tibio que me caía por la mandíbula y eché un vistazo para asegurarme de que Nico estaba bien. Él y Jude estaban el uno en brazos del otro.

Abandoné el lugar rápidamente, contando a los chicos sobre la marcha. Chubs estaba de pie, observando las sombras oscuras de los chicos y los agentes que se movían a trompicones hacia la salida oeste del dormitorio. Liam intentaba volver con nosotros empujando a Cole, quien trataba de obligarlo a ponerse en la fila, detrás de los demás. Y Vida; ella miraba los cuerpos inmóviles esparcidos por el suelo, algunos semienterrados en los sitios donde el techo había cedido. Toda la habitación olía a carne quemada y a humo. Las zapatillas y las botas estaban diseminadas, lejos de sus pies, sangrientas e inmóviles.

—No podemos dejarlos —gritó Jude, e intentó ir hasta donde estaba Sarah, una de las chicas Azules. Ella lo miraba fijamente, con el pecho aplastado por la estructura que le había caído encima—. Debemos... No está bien. ¡No podemos dejarlos aquí! ¡Por favor!

—Es necesario —dije—. Vamos.

Desde mi entrada en la Liga habíamos ensayado un total de dos evacuaciones, en las cuales habíamos usado diferentes salidas para abandonar el Cuartel General. Una de ellas era a través del ascensor y el túnel, el camino por el que normalmente se entraba al lugar. La otra era una enorme escalera que subía girando hasta la superficie, cerca de la fábrica cuya finalidad era servirnos de protección. Ahora ninguna de las dos era una opción. Podía saberlo con solo mirar el rostro de Cole.

—Venga, venga, venga —nos decía, dando un empujón hacia la puerta a cada chico y agente—. Abajo, al nivel tres; saldremos por donde entrasteis vosotros. ¡Seguid al agente Kalb!

Hice el intento de contar las cabezas que iban pasando, pero estaba demasiado oscuro y el humo era demasiado espeso. La estructura íntegra se sacudió, arrojándome hacia delante, donde estaba Liam, quien nos esperaba en la entrada.

—¿Estás bien? —preguntó soltando el aire—. Cole me cogió, no quería ir...

Cole lo agarró del cuello de la camisa y lo arrojó hacia el corredor, delante de nosotros. Era obvio que habían apuntado al centro del edificio. Avanzamos en fila detrás de él, a trompicones, intentando caminar entre el hormigón, los escombros en llamas y las tuberías reventadas que silbaban y escupían. Con todo, por algún milagro, el corredor no había resultado tan dañado como el atrio.

La escalera que bajaba al nivel dos estaba obstruida con más humo y vapor. Mi camisa estaba empapada en sudor. Comencé a quitarme la chaqueta y la palpé en busca de la memoria, que no estaba ahí.

«Cate —pensé—. ¿Dónde está Cate? ¿Qué pasa con Cate?».

El siguiente impacto me arrojó hacia delante, hacia la espalda de Liam. Uno de los chicos que iba al frente gritó, pero lo único que pude oír fue a Jude, detrás de mí, murmurando: «Oh, Dios, oh, Dios mío», una y otra vez. No sé qué se imaginaba, pero si era algo parecido a la imagen que yo tenía de quedar aplastada bajo diez toneladas de hormigón y polvo, me sorprendía el simple hecho de que pudiera moverse, mucho más que pudiera continuar avanzando.

Cuando bajamos al segundo nivel, obstruido por algún problema que no conseguíamos ver, la fila comenzó a progresar con más lentitud. Me escurrí, pasando junto a Liam, y cogí el brazo de Chubs para llamar su atención.

—¿Qué hay de la gente que está en la enfermería?

—Si no pueden ponerse de pie y andar, nosotros no lo haremos por ellos —dijo Cole con un tono irrevocable.

—Y ¿qué hay de Clancy? —pregunté, aunque una parte de mí ya conocía la respuesta—. ¿Lo habéis dejado marcharse?

—No hubo tiempo para despejar la planta —contestó Cole.

Miré por encima del hombro, deseando poder ver el rostro de Liam en la oscuridad. En lugar de ello, lo sentí, sentí sus manos sobre mi cintura, que me empujaban suavemente hacia delante. Entonces su tono de voz llegó a mi oído diciendo:

—¿Qué haría él si fueras tú? ¿O yo?

Eso no me facilitaba en lo más mínimo tragar la bilis que se me acumulaba en la garganta. Una cosa era traer una persona como prisionera, y otra muy diferente sentenciarla a lo que era una muerte muy probable.

—¿Estás de coña? —gruñó Vida, mientras ella y Chubs sujetaban a un Nico presa del pánico y lo

hacían avanzar.

Podía ver el rostro pálido de Jude detrás de ellos, mirándolo todo con horror.

—Yo iré a traerlo —dijo Nico—. ¡Yo puedo traerlo!

—¡No! —gritó Jude—. ¡Debemos permanecer juntos!

El temblor provocado por la siguiente explosión nos hizo caer a todos de rodillas. Me golpeé la cabeza contra la pared, y ante mis ojos estallaron cientos de puntos de luz. Me levanté, y ya estábamos todos corriendo escaleras abajo, por el corredor a oscuras, bajando de un salto al bloque de interrogatorios. A mi derecha había partes en que la pared se había desmoronado.

—Quedaos justo detrás de mí —dijo Cole, echándonos un vistazo por encima del hombro—. Vamos, debemos ir al frente.

Él consiguió abrirse paso a través de la fila, pero al llegar a la puerta del túnel todos estaban apiñados. Yo solo podía imaginar cuál habría sido la reacción del resto si nosotros seis hubiéramos intentado adelantarnos hacia el frente de la fila, siguiéndolo.

Por fin estuvimos lo bastante cerca como para ver cuál era el problema. Del otro lado de la puerta, cada chico y cada agente debían trepar con cuidado por las tuberías y el hormigón que las sacudidas habían soltado del techo del túnel.

La sangre me latía intensamente en la cabeza, pero sentía las extremidades huecas por el pánico, mientras esperábamos y esperábamos y esperábamos a que llegara nuestro turno. Liam se balanceaba de puntillas, como si se preparara para lanzarse hacia delante en cualquier momento.

Cuando estuvimos en la entrada, me detuve y di un paso a un lado para dejar que los demás pasaran delante de mí, pero Liam no iba a permitirlo. Casi me levantó sobre los escombros y después trepó él, y su cuerpo era un muro que me impedía regresar.

Oí a Vida maldecir detrás de mí y oí los esforzados gruñidos de Chubs. Con tantos cuerpos apiñados en su interior, el túnel estaba cálido y húmedo. Las explosiones de la superficie habían provocado el derrumbe de secciones del túnel, haciendo que nuestro progreso fuera lento otra vez y convirtiendo lo que había sido un simple sendero en una carrera de obstáculos.

Sentí las atronadoras vibraciones antes de que el ruido de los choques llegara realmente a mis oídos. Fue una sucesión de cuatro estallidos graves, cada uno más intenso y peor que el anterior. Vida nos gritó algo que no pude oír a causa de la violenta onda de ruido que siguió. Mi estómago, mi corazón, todos mis órganos parecieron caer, como si el túnel hubiera cedido debajo de mí. Los segundos pasaban a la mitad de su velocidad, dándome el tiempo suficiente para alejarme de la explosión que destrozó la puerta por la que acabábamos de pasar.

Nos arrojamos al suelo en el momento en que llegó una ola de polvo gris y trozos de hormigón volando desde la entrada. El túnel se sacudió con tanta fuerza que yo estaba convencida de que se hundiría. Ahora los chicos, los agentes, todos gritaban, pero oí la voz de Cole amplificadas por encima de las de los demás:

—¡Avanzad, avanzad, avanzad!

Pero yo no pude. Solo pude ponerme de rodillas, arrastrarme utilizando la pared como apoyo. Pude oír a Vida y a Chubs que hablaban, quejándose de la oscuridad, de que no podían verse entre sí.

—Ese fue el Cuartel General —susurré—. ¿Se ha derrumbado?

—Eso creo —dijo Liam.

—Ahora, la parte posterior del túnel está completamente bloqueada —dijo Chubs en voz alta,

tosiendo.

Los chicos que iban delante de nosotros transmitieron la noticia hacia el frente de la fila. Oímos las reacciones conmocionadas y llenas de lágrimas que llegaban desde la retaguardia de la multitud allí apelotonada.

Esos agentes..., esos chicos..., esos cuerpos que habíamos dejado atrás, cuyas familias nunca sabrían lo que les había sucedido, que no tuvieron la oportunidad de escapar, quienes aún podrían estar aferrándose a la vida cuando...

El sollozo se me atragantó y no pude toser. No lloraba, pero mi cuerpo se estremecía con violencia, con intensidad suficiente como para que Liam me rodeara con sus brazos por detrás. Sentí su corazón en mi espalda, palpitando a toda velocidad, su rostro hundido en mi cuello.

Él era sólido y estaba aquí; todos nosotros, vivos. «Vivos, vivos, vivos». Lo habíamos conseguido. Pero, así y todo, no podía dejar de ver cómo debía de haberse hundido el techo, la lluvia de vidrios, el suelo que de repente ya no estaba ahí, la oscuridad inundándolo todo.

«Concéntrate —me ordené—. Aún hay chicos detrás de ti. Todavía no has salido de todo esto. Liam, Chubs, Vida y Jude. Liam, Chubs, Vida y Jude».

—Respira, respira —dijo Liam, y le temblaba la voz.

La regularidad de su respiración, el subir y bajar de su pecho junto a mí, resultó lo bastante fortificante como para que mis manos se relajaran. Posó los labios sobre mi frente, más por alivio que por otra cosa, pensé.

—Estamos bien —dijo—. Sigue avanzando.

Mi mente captó las palabras y las llevó adelante en la oscuridad. «Sigue avanzando». Cuanto más caminábamos, más difícil era distinguir entre mi miedo, mi rabia y mi culpa. Eran una masa hinchada en mi pecho, una ampolla que crecía. Alguien delante de nosotros reía o sollozaba; el sonido era tan desquiciado que no conseguí distinguirlo.

Mi mayor temor, el que mantenía a mi corazón firmemente situado en la base de mi garganta y hacía que se me aflojaran las rodillas al avanzar, avanzar, avanzar, mientras el hormigón me aferraba los hombros, era saber que, en cualquier momento, todo podía desplomarse sobre nuestras cabezas.

«Respira».

Debió de ser reconfortante sentir que Liam estaba justo detrás de mí. Finalmente llegamos a una sección del túnel que estaba indemne y pudimos caminar erguidos. Caminar así parecía una señal de que casi habíamos llegado. Pero aún estaba tan imposiblemente oscuro. No importaba cuántas veces intentara mirar atrás, no podía ver nada más allá del rostro de Liam.

«Sigue avanzando...». Cabeza gacha, brazos extendidos, solo avanzar, avanzar, avanzar lo más rápido que me permitían mis pies. Perdí la noción del tiempo. Habían pasado cinco minutos, quizá diez. Quince. El olor a moho dio paso a un hedor muy rancio al estrecharse otra vez los desagües. Mantuve las manos extendidas a cada lado y dejé que se deslizaran por el hormigón húmedo y resbaladizo. Liam soltó un gruñido sordo al golpearse la cabeza contra el techo que descendía, y, un instante después, tuve que inclinar la cabeza.

El agua estancada estaba atestada de podredumbre y moho, y apestaba. Oí que alguien comenzaba a tener arcadas y fue como siempre: cuando una persona comenzaba, también los estómagos de los demás se revolvían.

Me llevé las manos a la cara, intentando apartar el pelo que me caía en mechones sobre las mejillas y el cuello. Me pilló desprevenida: el aire pesado y pegajoso pareció desaparecer, los túneles se estrecharon y no podía ver absolutamente nada.

«No moriremos aquí abajo». No desapareceremos sin más.

Intenté concentrarme en el roce rítmico y lento de mi piel contra el hormigón y en la impresión de que el agua parecía alejarse del techo. ¿Cómo era posible que el túnel pareciera tan diferente al salir por él que al entrar? Sentí que se ensanchaba de nuevo; podían ser mis ojos, adaptándose a la oscuridad, pero habría jurado que estaba menos oscuro.

No lo imaginaba. Al principio el cambio fue gradual, un atisbo de un resplandor, pero ahora había luz suficiente como para poder ver el sorprendido rostro de Liam, quien se había vuelto para mirarme. El túnel se llenó de expresiones de alivio. Me puse de puntillas en un intento de ver por encima de las cabezas que tenía delante. Desde el fondo del túnel nos observaba un puntito de luz del tamaño de la cabeza de un alfiler, que se hacía un poco más grande con cada paso que dábamos. Una repentina oleada de energía me inundó subiendo por mis piernas, haciendo que se movieran más rápido, más y más rápido, hasta que pude ver la escalera, las siluetas que salían de la incapacitante oscuridad hacia la luz.

Durante mucho rato no hubo nada más que humo; suspendido a nuestro alrededor como una cortina marrón grisácea calentada por el sol del atardecer.

El polvo levantado por las explosiones aún no se había asentado. Salía flotando por la puerta abierta; un fino hormigón pulverizado que formaba remolinos a nuestro paso. A mí me temblaron los brazos durante toda la ascensión por la escalera. Cole nos esperaba a la entrada del túnel, me cogió de un brazo y me sacó levantándome antes de volverse para agarrar a Liam.

—¡Maldición, niño, eres tonto! —gritó, zarandeándolo. Su tono de voz era ronco y parecía ahogarse con cada palabra—. ¡Me has dado un susto de muerte! Si te digo que te quedes detrás de mí, significa que te quedes detrás. ¿Por qué no avanzaste cuando te dije que lo hicieras? ¿Por qué no puedes prestarme atención?

Lo envolvió en un abrazo, y Liam, con todo su alivio y agotamiento, lo dejó hacer. No entendí lo que se decían entre sí, de pie ante la puerta, pero la interrupción de Vida con su «¡algunos todavía estamos intentando salir, imbéciles!», hizo pedazos el momento.

Otro agente nos guio por el terraplén del río Los Ángeles, hasta el sitio donde los demás se apiñaban debajo del puente. Me quité la camisa por encima de la nariz y la boca, evitando aspirar, pero la sensación del polvo de hormigón ya estaba en mi garganta. Había tragado mi veneno diario, dejando que se mezclara con el humo y la bilis.

La visión de Los Ángeles y del distrito de grandes naves comerciales fue demasiado para nosotros. Nadie estaba dispuesto a girarse y enfrentar la ruina que se veía a lo lejos. Todos sabíamos que la ciudad había sufrido un ataque, pero ver los rascacielos ardiendo realmente contra el horizonte, mirar el humo negro elevarse hacia el cielo azul claro producía náuseas.

Liam y yo nos sentamos a escasa distancia de los otros chicos, que lloraban y se abrazaban entre sí. Para mí era suficiente que él estuviese junto a mí, con su hombro apoyado en el mío. Observé a los demás, las lágrimas que bajaban por sus rostros, y deseé poder echarme a llorar yo también;

deshacerme del nudo de terror que aún se agitaba y se retorció dentro de mí.

Pero aquí fuera el agotamiento me había aturcido. La visión de los objetos cotidianos diseminados en las cercanías del río tranquilizó el torbellino de pensamientos que tenía en la cabeza. Varios centímetros de polvo cubrían los coches, pero en el suelo superaba los treinta centímetros. Cedía bajo nuestro peso como la arena de un arenero. Estábamos a kilómetros del centro, pero encontramos papeles, una silla de oficina, gafas de sol, maletines y zapatos que habían sido desechados o provenían de los edificios derrumbados cercanos. El ataque aéreo había convertido el One Wilshire, el viejo rascacielos que albergaba a la Coalición Federal, en un cascarón negro y ardiente. Lo había visto, solo por un instante, eructando remolinos de humo, oscureciendo las manzanas de toda la ciudad.

Y todo lo que Liam podía decir, una y otra vez, era: «Maldición».

Aspiré una bocanada de aire profunda y fortificante. Vi a Jude por el rabillo del ojo, de pie debajo del puente, con los ojos cerrados, el rostro vuelto hacia el rayo de sol que se abría paso a través del humo. No conseguí levantarme, pero fingí que yo también estaba ahí. Incliné la cabeza hacia atrás y dejé que el calor secara los mechones húmedos y pegajosos de mi pelo. Dejé que eliminara el sabor del miedo de mi lengua. Fingí que estábamos en otro lugar, lejos de ahí.

Liam se puso de pie al ver que Chubs y Vida se dirigían hacia nosotros, con la piel oscura cubierta de polvo plateado. Pasó un brazo por encima de los hombros de su amigo y lo guio hacia donde yo los esperaba.

—Hemos oído a Cole hablar con algunos de los otros agentes que salieron del túnel primero. Dicen que todos los automóviles y todos los teléfonos que han encontrado están inoperativos. Cole cree que fue debido a un pulso electromagnético de alguna clase. Nosotros no nos hemos dado cuenta porque estábamos a mucha profundidad.

Esa era una de las razones por las que Alban había insistido en construir el Cuartel General a tanta profundidad, para protegerlo de cosas de ese tipo. Si Cole tenía razón y habían lanzado un pulso electromagnético, todo estaba ocurriendo tal como había dicho Alban que sucedería. La detonación había desactivado el suministro eléctrico al Cuartel General, pero el generador de emergencia había funcionado, por lo menos durante cierto tiempo.

No podía creer que Gray —o quienquiera que estuviera al mando— hubiera llegado tan lejos, hubiera frito cada vehículo, ordenador y televisor, para asegurarse de que Alban quedara indefenso. Desamparado.

—Podemos ponernos en contacto con Cate —dijo Vida.

—Ella está bien —le dije, con la esperanza de que no sonara tan desesperanzado como me sentía yo.

«La memoria. Cate todavía tiene la memoria flash». Y si algo le había sucedido a Cate, entonces...

—¿La ciudad...?

—Rebosante de soldados, aparentemente —dijo Chubs—. Nada bueno.

—Una invasión total —dijo Vida, dejándose caer a mi lado.

Señaló hacia donde estaba Nico, junto a la puerta que conducía al túnel. Miraba fijamente hacia abajo, como si esperara que saliera la última persona.

Me froté la cara con las manos, intentando eliminar la imagen de Clancy Gray atrapado en la oscuridad. «Ese es su lugar», dijo la voz salvaje dentro de mi mente. En primer lugar, él fue el único motivo por el cual habíamos venido; nos había mentado y arriesgado nuestras vidas, y ¿para qué?

¿Para que él pudiera resolver algún problemita demencial con mami?

Yo no quería pensar en los muertos, así que me centré en los vivos. Me concentré en las personas que me rodeaban, la rara amabilidad que había mostrado la vida permitiéndonos salir justo antes de que toda la estructura se derrumbara. Todavía no me parecía real, pero estos chicos sí lo eran. Liam, con la cabeza inclinada hacia su mejor amigo, susurraba:

—Nos quedaremos con ellos hasta que encontremos una forma de salir de la ciudad.

Chubs asentía, y era obvio que se esforzaba por no llorar. Vida, tumbada de espaldas, tenía las manos sobre el vientre y sentía cómo subía y bajaba con cada respiración profunda.

Y Jude...

Me volví a la derecha, recorriendo con la vista los círculos de chicos. Y... ahí estaba. La cabeza oscura y rizada que yo buscaba se alejaba, conversando animadamente con otro chico. ¿Dónde diablos creía que iba? Inclino la cabeza hacia nosotros y...

«No era Jude».

¿Por qué he pensado eso? Este chico no se le parecía en nada... Era uno de los Verdes, bastante más bajo que él. ¿Por qué he pensado que era él? Había echado un rápido vistazo a su cabello y era como si mi mente hubiera confiado totalmente en mi memoria.

¿Por qué habría pensado yo eso?

Cada músculo de mi cuerpo, cada articulación, cada ligamento se puso rígido, como si fuera de piedra. Estaba temblando otra vez por el intento de moverme, de girarme una última vez. Intenté llamarlo, pero solo me brotó un grito ahogado. Me llevé una mano a la base de la garganta y apreté para desalojar la pesadilla que seguramente acababa de tragarme.

—¿Ruby? —dijo Chubs—. ¿Qué sucede?

—¿Qué? —preguntó Liam, volviéndose hacia mí—. ¿Qué pasa?

—¿Dónde...? —comencé a decir—. ¿Dónde está Jude?

Los chicos se miraron, después se volvieron para examinar a los demás.

—¡Jude! —gritó Vida mientras miraba alrededor—. ¡Judith! ¡Esto no tiene gracia!

No vi su rostro entre los chicos que estaban sentados a nuestro alrededor, y ahora los agentes se estaban asegurando de que nadie abandonara la protección del puente. Las caras empezaron a girarse hacia nosotros, incluida la de Cole.

—¿Jude salió, verdad? —pregunté aterrorizada—. Estaba con vosotros, en la retaguardia, ¿no?

«Oh, Dios mío».

Las cejas de Vida se juntaron bruscamente. Un pensamiento oscuro se agitó en su rostro.

—¡Vida! —la cogí de la sudadera—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—¡No lo sé! —gritó, rechazándome con un empujón—. No lo sé, ¿vale? Estaba tan oscuro...

Empujé a Vida a un lado y eché a correr para meterme en la boca del túnel que se abría en la parte superior del terraplén. Nico levantó los ojos para mirarme y por fin comprendí que él estaba a esperando a Jude, no a Clancy.

—Ruby... —comenzó a decir—. ¿Dónde está?

—Detente —dijo Cole, y me cogió del brazo.

Luché contra él, forcejeando para liberarme. Jude estaba ahí dentro. Estaba ahí debajo. Y el último

lugar donde dejaría a Jude solo era la oscuridad.

—Estabais en la retaguardia, ¿no es así? —continuó—. Ya he enviado a uno de los agentes para que se cerciorara de que no hubiéramos dejado a nadie detrás. Dicen que debió de ceder toda la estructura...

—¡Cállate! —gritó Liam, y me alejó de Cole—. Iremos Chubs y yo, ¿vale? Estoy seguro de que solo se ha separado del grupo.

—De ninguna manera te permitiré volver ahí —dijo Cole—. Te meteré una hostia como vuelvas a dar un paso en esa dirección.

Liam lo ignoró.

—Puede haberse torcido un tobillo o haberse resbalado y golpeado la cabeza —añadió Chubs, pero parecía tener náuseas—. Tal vez solo está atrapado en los escombros...

—¡No! —gruñí—. Es mi...

—Ruby, ya lo sé, ¿vale? —dijo Liam—. Pero tú y Cole y los demás debéis averiguar cómo sacarnos de aquí, y rápido. Deja que al menos hagamos esto por ti.

—Es mi responsabilidad —dije—. Yo soy la Líder.

—Tú no eres mi líder —replicó él en voz baja—. ¿Lo recuerdas? Será más rápido si vamos Chubs y yo. Regresaremos antes de que te des cuenta de que nos hemos marchado. Tú y los demás debéis averiguar cómo sacarnos de aquí.

Negué con la cabeza.

—Ruby, déjalos ir —dijo Vida, tomándome del brazo—. Vamos.

Cole soltó un gruñido brusco y arrojó una barra luminosa al pecho de su hermano.

—Disponéis de una hora. Después nos marcharemos sin vosotros.

Liam miró a Chubs e inclinó la cabeza hacia la puerta, que esperaba.



## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

No regresaron al cabo de una hora ni de dos.

Intenté recordar cuánto nos había llevado atravesar los túneles la primera vez; solo había sido, ¿cuánto, media hora? ¿Más? En ese momento me había parecido una eternidad.

Vida y yo nos sentamos a cada lado de la boca del túnel, con la espalda contra el muro. Ella tenía los brazos cruzados y las piernas estiradas. Cada cinco minutos se presionaba fuertemente el brazo con los dedos; comenzó a sacudir ansiosamente un pie.

Cole y los demás discutían acerca de dividir el grupo por tercera vez. La mayoría de los chicos se había derrumbado, sin importar cuánto esfuerzo hubieran hecho por resistir. Estaban hechos un ovillo a la sombra o apoyados espalda contra espalda. De cuando en cuando la brisa nos traía susurros con el nombre de Jude, pronunciado en el mismo tono que los nombres de los chicos que habían muerto en el primer estallido.

Ocho de ellos, desaparecidos en un instante. Casi la mitad de nuestro grupo.

Oí primero un ruido de pasos y me levanté. Vida se quedó exactamente como estaba y conservó para sí los pensamientos que le surgían en su cabeza. Entrecerré los ojos, dirigidos hacia la oscuridad, para averiguar el origen del movimiento. Los conté por sus formas opacas y sombrías mientras ascendían por la escalera. «Uno..., dos...».

Dos.

«Dos».

Liam fue el primero en salir y extendió una mano hacia mí sin ofrecer ni una sola palabra de explicación. Permití que me condujera otra vez al terraplén, al sol, lejos de los demás. Miré por encima del hombro y vi a Chubs que se sentaba junto a Vida.

—Lo sé —la oí decir con voz grave—. No te molestes.

Liam atrajo mi atención otra vez hacia él. Era obvio que luchaba con sus propias emociones. Por tanto, no lo habían encontrado. Ahora podría ir yo. Conocía a Jude mejor que nadie; debía de haber kilómetros y kilómetros de túneles debajo de la ciudad y sería más fácil para mí adivinar...

Liam giró la palma de mi mano hacia arriba y colocó algo liso en ella. Sus ojos eran de un azul tan claro, sus iris del color del cielo en una nueva mañana. Cuando descendieron, los míos los siguieron en su recorrido. Por su camisa desgarrada, por la piel manchada de sus muñecas, hasta los restos retorcidos de una pequeña brújula plateada.

Y fue extraño cuán rápido se instaló en mí el aturdimiento. Cómo ahogó cada palabra, cada pensamiento, hasta que olvidé que necesitaba respirar. Sentí que mis labios se abrían en el mismo momento en que mi pecho parecía desmoronarse sobre sí mismo.

—No. —Mis dedos se cerraron sobre la brújula ocultándola a la vista, negando que estuviera ahí. La esfera de cristal estaba destrozada; la aguja roja había desaparecido y la fuerza de lo que la había aplastado casi la había doblado por la mitad. «No». Fue solo esa única palabra, pero fue suficiente para encender una llamarada de furiosa negación—. ¡No!

—Recorrimos el sendero hacia atrás —dijo Liam, sosteniendo mi mano como un ancla—. Todo el

camino hasta el lugar de entrada. Tanto como pudimos por los escombros..., y...

—No —supliqué—. No me lo digas.

—No. —Se le quebró la voz—. No sé lo que ocurrió. Apenas lo vi, pero había..., vi su zapato. Lo encontramos, pero no había nada que... Chubs no pudo hacer nada. Ya no estaba... y no pudimos sacarlo de ahí. Estaba en la retaguardia; la explosión lo debió de coger...

Le arrojé la brújula, y cuando eso no lo conmovió, cuando eso no le hizo daño, le lancé un puñetazo y le golpeé el hombro. Él cogió mi puño con su otra mano y lo colocó en su pecho.

«Está mintiendo». No era posible. Lo había visto fuera, mirando el cielo. Lo había oído, lo había visto, lo había sentido.

Sentí que me balanceaba hacia delante en el instante anterior a que me cedieran las rodillas. Liam me tenía lo bastante bien cogida como para impedir que cayera hacia delante, pero él también estaba agotado y era asombroso que fuera capaz de sostenernos a ambos.

—Tenemos que ir a buscarlo —dije—. No podemos sencillamente... No puede quedarse ahí abajo, no le gusta la oscuridad, no soporta el silencio, no debería estar solo...

—Ruby —dijo Liam suavemente—. No habrá nada que traer. Y yo creo que tú lo sabes.

Retrocedí con violencia, intentando rechazarlo, rechazar esa realidad. Pero el brote de energía acabó tan rápidamente como empezó. Las lágrimas calientes bajaron por mis mejillas, mezclándose con la suciedad; rodaron por mis labios hasta la barbilla. Liam cogió mi rostro entre las manos y me secó las lágrimas, aunque yo sentía las suyas sobre mi cabello.

—No pu... puedo —dije—. No puedo...

Por primera vez me pregunté si acaso el motivo por el que Liam no había querido que yo los acompañara no era que pensaba que no lo encontrarían, sino que creía que sí lo harían.

—Estaba solo —grité—. No había nadie con él... Debe de haber estado tan asustado. Le dije que permaneceríamos juntos.

Mi mente estaba fija en el rostro de Jude, la forma de sus orejas sobresaliendo de los lados de su cabeza como si no se correspondieran con el resto del cuerpo. ¿Qué fue lo último que le había dicho? ¿Quédate cerca? ¿Adelante? ¿Qué había respondido? Todo lo que yo podía recordar era su rostro pálido bajo la débil luz de la barra luminosa de Cole.

«Seguir al Líder». Él me había seguido y yo lo había conducido a esto. Yo le había hecho esto.

—¡Liam! —gritó Chubs, y lo repitió más fuerte cuando nadie se movió.

Un avión en vuelo rasante sobre nuestras cabezas arrojaba una nube de algo que parecía ser un gas rojo. Liam levantó las manos para protegernos mientras el viento empujaba hacia nosotros miles de papeles que caían revoloteando a nuestros pies.

Los chicos y los agentes abandonaron la protección del puente para coger uno de los papeles. Yo cogí uno en el aire, cuando pasó volando junto a nosotros. Liam se inclinó sobre mi hombro y lo levanté para que ambos pudiéramos leerlo a la vez.

Centrados en la parte superior de la página estaban el sello presidencial, una bandera norteamericana y la insignia del Departamento de Defensa.

*Tras el intento de asesinato perpetrado por un joven Psi trastornado, el presidente Gray fue llevado a un hospital y observado por los médicos. Como vestía un chaleco de Kevlar, solo ha sufrido*

*contusiones abdominales y dos costillas rotas. Una vez dado de alta, ha emitido la siguiente declaración:*

Hoy hemos recibido la confirmación de dos inquietantes informaciones de inteligencia militar que yo rogaba que no fueran más que rumores. Primero, que la Coalición Federal y sus partidarios bailan al son de la organización terrorista llamada Liga de los Niños, y que habían montado un plan conjunto para condicionar a sus hijos —los mismos que ellos han secuestrado de los salvíficos campamentos de rehabilitación— a ser soldados. A combatir y matar con una ferocidad tan inhumana como las habilidades que poseen. Al ver que no había más alternativas, he ordenado un ataque aéreo contra la sede de estas organizaciones: Los Ángeles.

Son ataques planificados, diseñados para minimizar los daños a civiles. No lamenten la pérdida de estos reprobables seres humanos. En la historia de la humanidad ha habido épocas en las que ha sido necesario el fuego para eliminar una infección insidiosa. Esta es una de esas épocas. Esta es la única forma que tenemos de reconstruir nuestra nación, para que sea más fuerte que antes.

—Ha olvidado la parte de «Dios bendiga a América» —musitó Liam, arrugando el papel.

Se oyó un disparo a nuestras espaldas. Me volví aferrando el brazo de Liam para obligarlo a seguirme. Los agentes habían formado un círculo y rodeaban algo —a alguien— en el otro terraplén. Los hombres y mujeres armados habían desenfundado sus armas. Y las apuntaban hacia el centro.

—¿En serio? —resolló Liam, detrás de mí.

Vida casi lanzó un alarido de furia y corrió hacia el grupo de agentes antes de que ninguno pudiera detenerla.

Algunos de ellos estaban atentos y se apartaron cuando la chica Azul irrumpió en el círculo. Solo Cole fue lo bastante tonto como para intentar impedir que Vida destrozara la garganta de Clancy Gray.

—¿Cómo? —aullaba, mientras nosotros nos abríamos paso entre los chicos y los agentes—. ¿Cómo?

Clancy estaba muy sucio, cubierto de aguas residuales, de polvo y de sangre que se le había pegado alrededor de la nariz hinchada y los ojos. Pero, a pesar de que lo obligaron a ponerse a gatas, se las arreglaba para mostrarse petulante. Desafiante.

Entonces advertí la puerta abierta detrás de él. Estaba exactamente frente a la salida que habíamos utilizado nosotros, en la ribera opuesta, oculta en un punto ciego de uno de los pilares del puente, bajo una capa de brillantes grafitis.

Clancy lanzó una carcajada grave y sin gracia.

—Por los desagües de las duchas de los chicos. —Sus ojos se cruzaron con los míos—. Después de salir a golpes del armario.

—¿Así pensabas salir? —pregunté—. ¿Después de conseguir lo que querías del despacho de Alban?

Clancy se encogió de hombros sin prestar atención a las armas que le apuntaban a la cara.

—Yo no conocía esa salida, ¿y tú?

—Dios —dijo uno de los agentes—. Este es... ¿Es realmente el hijo del presidente?

«Clancy está vivo —pensé, y escondí mi rostro en el costado de Liam—, y Jude no». Liam me rodeó el cuello con un brazo, atrayéndome hacia él. Era absurdo... Era imposible.

—Es nuestro billete de salida —dijo otro, de repente—. ¡Lo entregaremos a cambio de un

salvoconducto! Venga, Stewart. Hay soldados por toda la ciudad, no tenemos transporte ni forma de ponernos en contacto con el rancho. ¿Qué otra carta podemos jugar?

—Bueno, llevarlo con nuestros amigos tampoco será exactamente pan comido. Es un Naranja, encontrará la manera de escaparse. —Cole miró a Clancy ignorando las expresiones de asombro de los demás—. Por tanto puede que sea mejor acabar con él aquí y ahora, y enviarles el cuerpo. Sería un mensaje bastante impactante para papáito. Encontraremos otra forma de salir de la ciudad.

Se oyó el rumor de asentimiento de unos cuantos.

—Jamás saldréis de la ciudad —dijo Clancy—. Mi padre no es reactivo. Esa no es su forma de hacer las cosas. Ya habrá tenido en cuenta todas las estrategias de escape posibles. Créeme, esto es producto de meses, quizá de años, de trabajo. Cuando se cansó de esperar una excusa para justificar el ataque, la creó él mismo.

Eso era casi demasiado ridículo para creerlo.

—¿Crees que tu padre organizó su propio atentado?

—Es lo que hubiera hecho yo. Me imagino que ha sobrevivido, ¿a que sí?

El abrazo de Liam se cerró más sobre mí, hasta hacerse casi intolerable. Yo temblaba de nuevo, solo que esta vez era la furia la que encendía todo mi cuerpo. Vida y Chubs miraron en mi dirección, como si esperaran que lo contradijera. No sé qué me aterraba más: que Clancy tuviera razón o que este fuera el antiguo Clancy, el que siempre sabía que podía salirse con la suya.

—Me creísteis cuando os dije que todo estaba empezando, ¿no es así? —Cole se dirigía a los chicos y agentes que todavía estaban bajo el puente, deshechos y petrificados—. Pues bien, aquí estamos. Seguiremos nuestro propio camino. Pero él no vendrá con nosotros.

—¿Piensa en la información que podríamos sonsacarle! —gritó otro agente, levantando las manos—. Podemos sedarlo...

—Intentadlo —los retó Clancy—. Comprueba cómo te sale el intento.

—Sí, tienes razón —dijo Cole, poniendo los ojos en blanco—. Probablemente deberíamos matarte ahora mismo.

—Adelante, pues. —Al sonreír, Clancy mostraba los dientes manchados de sangre—. Acaba con esto. Acaba con lo que vine a hacer aquí. Y tú y todos... —Se volvió hacia los grupos de chicos apiñados a su alrededor y clavó sus ojos en Nico. El chico temblaba bajo la intensidad de la mirada—. Todos vosotros podéis agradecerme porque aún podéis defenderos. Yo os he salvado. Yo os he salvado.

—¿De qué diablos hablas?

Cole estaba perdiendo la paciencia. Me dirigió una mirada, pero yo no podía apartar los ojos de Clancy Gray. No cuando sentía el primer hilillo de entendimiento abriéndose paso por el dolor que aún nublaba mi mente.

Esa mañana había sido destruida toda una ciudad y con ella innumerables vidas. Esa noche habría tantas personas que nunca regresarían a sus hogares, a sus seres queridos. Todas esas madres, esos padres, hijas, hijos, esposas, esposos pasarían la tarde y la madrugada esperando, manteniendo la esperanza. El humo se colaba por el hormigón que cubría cada centímetro de este lugar, dañando de forma permanente una ciudad ya aplastada. Dentro de diez, veinte años, todavía resultaría terrible hablar de lo ocurrido; una mañana que mil cegadoras mañanas resplandecientes no conseguirían borrar del recuerdo. Pero, de algún modo, cuando Clancy habló, otra vez, sus palabras lo cambiaron todo.

—La cura para la ENIAA —soltó—. La que desarrolló mi madre, la que Alban os ha ocultado a la espera de la oportunidad para intercambiarla con mi padre en su propio beneficio. —Clancy se limpió la sangre que le goteaba de la nariz, riendo otra vez sin gracia—. La que os habría quitado las habilidades y nos hubiera dejado indefensos. Yo la convertí en cenizas y mi padre la ha enterrado sin darse cuenta de ello. Ahora el informe de mi madre ya no existe y nadie nos quitará lo que es nuestro.

Una «cura». Esa única palabra resonaba en mis oídos como una campanada, una y otra vez. Mi mente no la atrapaba, no podía reconocerla. Había pasado tantos años condicionándome para aceptar que eso era imposible, obligándome a olvidar que había un mundo más allá de la valla electrificada de los campamentos, que la palabra ya no existía en mi vocabulario.

Sentí que comenzaba a girarme en busca de la reacción de Jude..., pero Jude no estaba ahí. Lo había dejado atrás. Lo había dejado caer en la oscuridad. Y era como ver a Liam y a Chubs salir del túnel otra vez. Eso me quitó el aliento.

Uno de los chicos más pequeños comenzó a llorar a mis espaldas, preguntando con voz aterrada y confusa:

—¿Qué? ¿De qué... de qué está hablando?

«Oh —pensé—. Oh, Dios mío».

Estaba equivocada..., muy equivocada. La primera dama no estaba investigando la causa de la enfermedad. Había invertido su vida en averiguar cómo ponerle fin.

Sentí que daba un paso adelante, alejándome de los demás. Chubs temblaba de forma visible, a punto de derrumbarse bajo el peso de lo que podría haber sido. Mi mirada se cruzó con la de Liam, pero su expresión era tan clara, tan pura en su dolor y su añoranza que tuve que mirar para otro lado. Sabía lo que él veía. En mi mente también estábamos en una playa, con un cielo cristalino sobre nuestras cabezas y nuestras hermosas familias completas a nuestro alrededor.

Una cura.

Alban había estado en lo cierto al decir que el amor por su hijo nunca había cegado a Lillian Gray. Ella sabía que Clancy jamás renunciaría a sus habilidades de forma voluntaria y que ella nunca lo encontraría. No. Era necesario que él fuera hacia ella, era necesario atraerlo mediante la satisfacción de rastrearla después de haber estado encerrado y sin acceso a ella durante tanto tiempo. Él debía ser el primero en recibir el tratamiento, porque, si él oía siquiera un rumor acerca de esa posibilidad, desaparecería para siempre. Eso me hizo preguntarme si ese había sido el motivo de que Alban hubiera mantenido el secreto durante tanto tiempo. Clancy primero. Después, él podría ofrecer la cura al mundo. Sería el héroe de la nación.

Mientras me agachaba hasta ponerme a su nivel, estudié el rostro de Clancy. Su mirada se desvió hacia mi mano cuando la introduje en el bolsillo de mi abrigo.

Detrás de todas sus palabras ponzoñosas estaba el aguijón de la traición auténtica, un dolor que lo calaba tan hondo que todo su cuerpo parecía vibrar con él. Su madre, su *propia madre* le había tendido una trampa. Y ¿cómo había reaccionado él? Había quemado su laboratorio, la había atacado, había revuelto su mente y utilizado la situación en el Cuartel General en su propio beneficio, para acabar lo que había comenzado en Georgia.

«Así es como supo que ella le había enviado los resultados a Alban —pensé alisando lentamente los papeles sobre mi rodilla. Ahora toda su atención se centraba en mí—. Debió de verlo en la mente

de su madre».

A Clancy le había encantado la idea de que su padre hubiera enterrado la única cosa que podía arreglar su país y salvaguardar su legado. Pero aquí la auténtica ironía era que, si Clancy no hubiera venido a destruir la investigación de su madre, jamás la habríamos encontrado a tiempo. En nuestra huida, habría quedado atrás como todo lo demás.

Él había venido a cerrar una puerta, pero en lugar de ello la había dejado completamente abierta para mí.

«Hay una cura». Lo demencial de la idea me hizo sentir como la aguja de la brújula de Jude: girando y girando y girando en busca de su verdadero norte.

Clancy se lo merecía. Parpadeé para que mis ojos absorbieran mis lágrimas y dejé que mi ira creciera hasta devorar mi angustia. Dejé que me impulsara. Porque Jude se merecía vivir para ver este momento, él debería haber estado aquí, ahora, a mi lado, viendo de repente que todo estaba vivo con la posibilidad del cambio.

Levanté los papeles arrugados y tiznados ante Clancy, a una altura suficiente para que los Psi y los agentes que formaban un círculo a nuestro alrededor también los vieran. Y no sé qué fue más potente y gratificante para mí, si la expresión de terror que se adueñó de su cara o la euforia de saber que finalmente tenía otra vez el futuro en mis manos.

—¿Te refieres a esta investigación?

# AGRADECIMIENTOS

Ante todo, quiero expresar mi cariño al fabuloso equipo de Disney-Hyperion, por la increíble cantidad de duro trabajo y entusiasmo que han invertido en esta serie. Agradezco especialmente a mi editora Emily Meehan, Laura Schreiber, Stephanie Lurie, la extraordinaria publicista Lizzy Mason, Dina Sherman, LaToya Maitland, Andrew Sansone, Lloyd Ellman, Elke Villa y Marci Senders.

Nada de esto habría sido posible sin mi valerosa agente Merrilee Heifetz. No exagero al decir que no podría estar en mejores manos y agradezco cada día tenerte junto a mí.

Muchas gracias a Anna Jarzab y Erin Bowman, quienes leyeron los borradores iniciales, atterradoramente confusos, de este relato y me devolvieron comentarios increíbles y reflexivos, que han hecho que esta narración fuera mucho mejor de lo que yo me habría atrevido a imaginar. Agradezco también a Sarah J. Maas, no solo sus numerosas lecturas y críticas, sino también el enorme cariño y apoyo que me ha regalado durante un año increíblemente difícil.

Muchos cariños a Tyler Infinger y Catherine Wallace; la amistad y el cariño que me han demostrado estos años significan más para mí de lo que las palabras puedan expresar.

Para caer en un tópico, *de verdad* me ha tocado la lotería con los colegas y amigos de RHCB, especialmente con Adrienne Waintraub, Tracy Lerner y Lisa Nadel. Realmente no podría admirarlos más, a todos y cada uno.

Y, por último, mi corazón está con mi familia, por su valentía, su resiliencia y fortaleza este último año. Cada vez que creo que no pueden ser más fantásticos, ellos demuestran que estaba equivocada.



ALEXANDRA BRACKEN. Nació el 27 de febrero de 1987 y se crió en Arizona, Estados Unidos, pero se trasladó hasta la otra punta del país para estudiar en la Universidad de William y Mary en Williamsburg, Virginia, donde se graduó con una licenciatura en Historia y de Inglés en mayo de 2009. Desde hace un tiempo vive en Nueva York, donde trabaja en el mundo de la edición y ocupa un encantador apartamento abarrotado de libros. Publicó su primer libro, escrito como un regalo de cumpleaños, mientras estudiaba y ahora inicia su primera trilogía con *Mentes poderosas*. Según *Publishers Weekly*, es una autora novel que hay que vigilar de cerca.



# NOTAS

[1] El Humvee o HMMWV (en inglés, siglas de High Mobility Multipurpose Wheeled Vehicle) es un vehículo militar todoterreno estadounidense fabricado por AM General. (*N. del t.*) <<